This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Soc. 2431 e. 8/23 d 13/23

= K. 9. 31

COLECCION

DE DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA.

COLECCION

DE

DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA

LA HISTORIA DE ESPAÑA,

POR

D. Miguel Salvá,

Individuo de la Academia de la Historia.

Tomo XXIII.

MADRID.

IMPRENTA DE LA VIUDA DE CALERO.

1853.

BIBLIOTHECA BODLEIANA

LIBRO

DONDE SE TRATA

DE LOS VIREYES LUGARTENIENTES

DEL REINO DE NAPOLES

Y DE LAS COSAS TOCANTES A SU GRANDEZA,

COMPILADO

Por JOSÉ RANEO, año MDCXXXIV,

É ILUSTRADO CON NOTAS

Por D. Eustaquio Fernandez de Navarrete.

PARTE I.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

Ardua empresa es escribir la historia de España durante el período de la dominacion de la dinastia austriaca. Muchas naciones de Europa que hoy forman florecientes reinos con gobierno propio, inmensos continentes y dilatadas islas, que en lejano hemisferio hoy se elevan á la categoría de poderosos estados, eran entónces provincias de su vasta monarquía. En todos ellos brillaban los españoles con inauditas hazañas: por todos ellos tiene que pasearse la pluma del historiador, si su historia ha de ser completa. La actividad española nada dejó en ellos que obrar á sus naturales, mientras imperó en sus territorios; siendo este empeño de hacerlo todo por sí una de las causas de la despoblacion y de la decadencia de la península. Ya entónces lo conocieron los hombres pensadores y lo expresaron en sus escritos. "Tantas y tan varias empresas como se ofrecen, decia uno á principios del siglo XVII, van cada dia enflaqueciendo la España, quedándose en sus ciudades solamente las mugeres. Salen todos los años millares de hombres en el verdor de la edad, para no volver de ciento, diez; y de esos los mas, viejos

y estropeados:" y con referencia á un escritor extranjero de aquel tiempo prosigue advertirse "en los españoles y portugueses cierta razon de estado en todo opuesta á la de donde procedió el poder y grandeza de los romanos. Viendo (estos) no hallarse cosa tan necesaria para las grandes conquistas, como la muchedumbre de gente, pusieron sumo cuidado no solo en propagarse y multiplicar su número con matrimonios, sino tambien con las colonias y tales socorros. En esta conformidad admitieron en sus ciudades hasta á sus propios enemigos. De suerte que por semejantes modos vino su imperio á crecer de manera, que se oponia no solo con el valor sino tambien con la muchedumbre á todo el resto del mundo. Así no pudo Roma destruirse sino con sus propias armas. Al contrario castellanos y portugueses: ya que requiriendo por la inmensidad de paises y distancias de conquistas grandísimo número de gente, solo se valen de la de su nacion que no es de las mas numerosas de Europa; causa de irse continuamente debilitando. Opinan los mas curiosos se deberian admitir en tales ocasiones los pueblos, cuya fidelidad, obediencia y quietud asegura el largo tiempo en que los tiene súbditos el gobierno español; y mas cuando su vasallaje es natural, no de conquista." Mas sea de lo dicho lo que se quiera, es lo cierto que esta plática suspicaz hizo que, en cuantas regiones reconocian el dominio español, fuesen hijos de la península los que obraban; y el escritor tiene que fijar sucesivamente la vista en todas ellas para historiar sus hechos. Por eso no nos parece desacertada la idea del cronista Antonio de Herrera, que tratando de escribir la historia de Felipe II, tomó á todo el globo por teatro de su narracion, titulando su libro *Historia general del mundo*, durante el reinado de aquel poderoso monarca.

Poco menos tiene que hacer cualquiera que tome á su cargo la historia del período en que reinó en España su dinastía. Pero plan tan vasto ofrece dos grandes dificultades: la de dar unidad á un cuadro compuesto de hechos inconexos, sin que parezcan muchos

de los sucesos que abraza, episodios desligados que perjudicando á la lucidez de la obra, solo sirven para hacer cansada su lectura, y la de poder examinar el cúmulo de documentos, que se necesitan para poner en claro, y hablar con conocimiento de causa de tan extenso número de pormenores. La primer dificultad la vence el talento del escritor, aunque es de tal tamaño que no la venció Herrera, pesado por lo comun y sin método, y la rehuyó como de gran monta en su historia de Cárlos V el celebrado Robertson, no encontrando donde meter, sin que interrumpiera la marcha de los sucesos europeos, los dos magníficos episodios de las conquistas de Méjico y el Perú, con cuya supresion dejó manca la historia del Emperador. La segunda dificultad excede las fuerzas de un hombre. Ninguno por larga vida y fuerte cabeza que el cielo le conceda, puede examinar por sí la innumerable cantidad de documentos que dos siglos de incesante actividad en cuantas zonas alumbra el sol, han producido, estudiarlos y compulsarlos con objeto de apurar la verdad, y lograr todavía tiempo para bosquejar el cuadro resultado de estos estudios. Para allanar el camino al historiador es indispensable que otros se ocupen ántes en desbrozarlo. Esto se consigue con la publicacion de colecciones de documentos, y con que escritores de modestas pretensiones se ocupen en componer historias de hechos parciales; pues en estas, como el historiador abarca poco, puede examinar con prolija atencion hasta la circunstancia mas menuda. De un siglo á esta parte se ha dado en España gran importancia á la tarea de acopiar documentos: grande es el número de colecciones inéditas é impresas: mas no hemos sido tan felices en la de escribir historias particulares. Las que se hicieron en el siglo XVI son ya ilegibles para el gran número de los que toman la lectura por mero pasatiempo, y de los que quieren unir á la instruccion el agrado. Aun los eruditos, que prescinden de la aridez y escabrosidad de tales libros, encuentran en ellos falta de crítica y mala eleccion en las noticias. Sabiéndose, pues, nuestros hechos por

obras de autores extranjeros, escritas con mas amenidad y con estilo mas adecuado á nuestro gusto; pero con toda la preocupacion de personas imbuidas en contra nuestra, se han hecho concebir al mundo ideas bien erradas de nuestras cosas, siendo lamentable que ni aun los mismos españoles por el vano deseo de aparecer imparciales se hayan recatado en darles crédito sacrificando su patriotismo. Hasta hace poco cuanto se ha escrito sobre nuestros descubrimientos y gobierno de América, mas merece el nombre de sangrientas sátiras que de historias: lo mismo puede decirse de cuanto se ha impreso fuera de España sobre otros asuntos que nos pertenecen. No solo se ha exagerado lo malo: lo bueno, ó ha sido suprimido, ó contado con cierto aire de sarcástico desprecio. Las colecciones que sobre América han formado sabios y laboriosos españoles han sido solo capaces de modificar en esta parte la opinion general, y á ellas debemos las mas imparciales historias de Irwing y de Prescott, que como no nacidos en Europa, se vieron por fortuna libres de la antipatía, odios y competencias de que no pueden prescindir los pueblos cercanos. Pero, ¿no es depresivo para las letras españolas que esta restauracion de nuestro crédito se deba á plumas extranjeras? Conviene mucho que los españoles tomemos parte en esta honrosa ocupacion, y que se empléen en poner en su verdadero punto de vista los hechos de nuestra historia, ú ocultos ó calumniados: campo extendido prestan para ostentar talento. Yo por ahora me he contentado con lo mas fácil, reuniendo bajo un contexto cuantas noticias he podido sobre el gobierno de nuestros Vireyes de Nápoles en los dos siglos XVI y XVII.

Este asunto no deja de ofrecer interés. Nuestros Reyes ocuparon en este gobierno, que juzgaron de la mayor importancia por su proximidad á los estados pontificios, por la facilidad de reunir en él medios de sostener el Milanesado y por el cuidado que inspiraban los turcos atacando sus costas, á los hombres mas ilustres de España por su nacimiento y sobresalientes cualidades: mas em-

pleando estos su actividad y talentos lejos de la península, sus glorias que acrecen las de la nacion son casi ignoradas en ella. Las empresas militares llamaron casi esclusivamente la atencion de los historiadores españoles, y la larga paz que disfrutó el reino de Nápoles fué causa de que apenas fijaran sus miradas en los nobles personajes encargados de su administracion. Por fortuna sus acciones cayeron en manos de un escritor imparcial y crítico, el juicioso Giannone, que en su *Historia de Nápoles* no creyó desdorarse en hacerles justicia, tributándoles elogios. Poco parece que deja que hacer Giannone; pero cómo no todos creerán justas sus alabanzas, aunque con todos los signos de imparciales, debe sernos preciosa la publicacion de cualquier escrito que las compruebe, que añada nuevas circunstancias, que rectifique alguna asercion aventurada y que dé mayor luz sobre los usos y costumbres de aquella corte y sobre la grandeza de los Vireyes que, príncipes absolutos, rodeados de todo el boato de la soberanía mientras residian en aquel hermoso pais, venian terminado su cargo á confundirse entre los sumisos súbditos del monarca de España. José Raneo, que fué portero de estrado de sus Excelencias, y despues ejercitó el oficio de maestro de ceremonias, durante los vireinatos del duque de Alba y conde de Monterey, compiló hácia 1634 una obra con el título de *Libro en que se trata de los Vireyes lugartenientes de estos reinos y de las cosas tocantes á su grandeza*, que me pareció ofrecer la sobredicha ventaja. Es un códice en 8.°, que existe entre los mss. de la librería de D. Martin Fernandez de Navarrete. Por desgracia no está completo, y todas las diligencias que hasta ahora he hecho para completarlo, han sido infructuosas. La parte que comprende el tomo, que para en mi poder, es un catálogo razonado de los Vireyes de Nápoles hasta el conde de Monterey, y segun un índice general que tiene al principio abrazaba las materias siguientes el que falta.

Orden que se tiene en dar audiencia pública.

Carta de S. M. sobre el tratamiento de Príncipes y Titulados.

Siete oficios del reino.

Príncipes.—Duques.—Marqueses.—Condes.

Arzobispados y obispados, que provée S. M.

Colaterales.

Oficiales del sacro Consejo.

Tribunal de Vicaría.—Regia Cámara de la Sumaria.

Ferias.

Dias que no hay colateral.

A donde suelen ir SS. EE. cuando hay paseo.

Parlamento general, cuando hay donativo.

Procesion del SS. Sacramento.—Procesion de la Sangre de San Genaro.—Procesion de los cuerpos santos de la Anunciada.—Domingo de Palma.—Dia de la Candelaria.—Procesion de la Concepcion.—Fiesta de la víspera de S. Juan Bautista.—Cuaresma.—Semana Santa.

Modo de recibir las pascuas.

Modo que se tiene en dar hábitos.

Cuando SS. EE. van á echar la primera piedra.

Nacimiento de Príncipe nuestro Señor.

Lo que S. E. observa con los obispos.

Modo del bautismo del hijo del Príncipe de Venosa.

Bautismo de la marquesa de Terazona.

Recibimiento de Cardenal, primera vez que entra en Nápoles.

Orden que se tiene en recibir al Cardenal Arzobispo en su posesion.

Visita general de Vicaría.

Venida de visitador general.

Modo de hacer fiestas públicas delante de palacio.

Dia de sarao.—Fiestas por la coronacion de Rey de Romanos.

Cuando alguna muger de Grande visita á la Vireina.

Cuando pasa algun señor forastero lo que hace su Excelencia.

Cuando el Virey, que va á Sicilia, pasa por aquí.

Cuando algun embajador va ó viene de Roma.

Cuando viene algun embajador, enviado por la ciudad.

Estilo de palacio y fuera.

Orden que tenia Monterey cuando iba á Posilipo.

Victorias ó paces señaladas.

Obligacion que tienen los continos.

Obligaciones de los entretenidos.

Orden de la muestra general que tomó Benavente.

Muestra general que tomó Alba.

Ingreso del Emperador Cárlos V.

Entrada de la Reina de Hungría.

Liga en tiempo del Rey Filipo II.

Jornada á Roma á dar la obediencia.

Venida del Generalísimo de las galeras de Francia.

Venida del Príncipe de Polonia en tiempo de Alba.—Id. en tiempo de Monterey.

Recibimiento que Monterey hizo al Príncipe de Mortega.

Salida de los Vireyes á Salerno.

Orden que se tiene en el marchar.

Salida que hace la gente de guerra y continos.

Prevencion para recibir Príncipes de la sangre Real.

Advertimiento para el recibimiento del Príncipe Filiberto.

Obsequias del conde de Lemos.

Obsequias del Rey D. Filipo II.

Orden que se tiene cuando muere hermano del Rey N. Señor.

Obsequias por la Reina Margarita.

Venida de Alcalá á Nápoles, estando en Roma.

Venida del Condestable de Navarra, pasando á Roma.

Procesion de S. Genaro á los 16 de diciembre.

Orden que se tiene en dar audiencia pública.—Id. en audiencia secreta.

Los que gozan de la pieza de los títulos.—Id. de los oficiales.
Procesion de S. Genaro por el Vesubio.
Cuando sus Excelencias son convidados á bodas.
Modo que tuvo Monterey en Tarazona cuando se vino á casar.
Venida del duque de Lorena.
Venida del marqués del Viso, general de las galeras de Sicilia.
Orden que se tuvo en la declaracion de la rebeldia del de Parma.
Venida del duque de Mantua.
Orden que se tiene en jubileo en forma de año santo.
Aclamacion por nuevo Rey.
Cuando la ciudad hace síndico y sus prerogativas.
Cartas de S. M. en razon de tratamiento.
Relacion de la coronacion de Rey de Romanos.
Breve relacion de eleccion de Pontífice.
Epílogo de la bula de Gregorio XV.

Falta por lo que se vé lo mas curioso de la obra. Su hallazgo nos enteraria de las instrucciones y de las costumbres ceremoniosas y graves de los españoles de aquel período, que les captaban la veneracion de los pueblos dominados y de multitud de pormenores que nos harian rastrear las causas de varios sucesos. Porque no se pierda tambien lo que queda, damos á luz pública lo que tenemos, conociendo que su publicacion no es inútil. Por ello se verán las cualidades eminentes de muchos de los que obtuvieron en Nápoles el cargo de Vireyes, su zelo por la justicia, su amor á la magnificencia y su afan por la prosperidad de los pueblos, á quienes beneficiaban con obras públicas de utilidad y de lujo. Es una cosa notable que mientras en España se construian feos y mezquinos pueblos y se dejaban intransitables las comunicaciones, obraba fuera tanto el impulso de los Vireyes. En el nuevo Mundo se construian las ciudades mas hermosas del orbe: en Europa, Nápoles se hermoseaba bajo el mismo influjo, y en el resto del reino se hacian

puertos, se desecaban pantanos, se abrian caminos y se elevaban puentes, apareciendo en las provincias con el grande espíritu de los romanos, los mismos que aniquilaban la metrópoli por su singular indolencia. Al reverso de este cuadro se verán inutilizados los esfuerzos de ilustres Vireyes por las contiuuas urgencias de la Corte de Madrid y por vicios intrínsecos de la administracion interior, por los cuales provincias enteras estaban llenas de bandidos que jamás fue posible estinguir, y se padecian frecuentes hambres en un pais feraz que debiera nadar en la abundancia. Nuestro sencillo autor no deja jamás de citar, para hacer el elogio de un Virey, que procuraba estuviesen abundantes las provisiones. Defecto grande, hijo del atraso de la economía pública hacer por sí el gobierno, lo que haria mejor el interés individual, fomentado por el libre tráfico interior. Un Virey descuidado diezmaba la poblacion, haciéndola morir entre los horrores del hambre.

Raneo no es un escritor, sino un hombre sencillo y sin instruccion que apunta lo que siente y es netamente intérprete de la opinion general; mas la exactitud de sus juicios, aunque favorables siempre á los Vireyes, á quienes miraba como cosa sagrada, la prueba el que coinciden con los de un historiador instruido, como es Giannone. La falta de colores retóricos en su escrito no es defecto para nuestro intento. Muchas veces el buen estilo perjudica á la verdad, disfrazándose los hechos bajo su brillante vestido. Escribiendo castellano, sin ser español, y sin haber hecho profundos estudios sobre el idioma, su lenguaje es además incorrecto y mestizo. En general son breves los artículos que forma de cada Virey, y á esto se ha suplido con añadir á cada uno por via de notas cuantas noticias se han hallado que pueden ilustrarlo, queriendo dejar completas en lo posible las noticias de todos los Vireyes que hubo durante la dinastía austriaca; y por la misma razon se han añadido artículos de los que mandaron desde el conde de Monterey, que es el último de que escribió Raneo, hasta el duque de Medinaceli, último que nombró Cárlos II.

Se ha puesto además como *Introduccion* á la obra una sucinta descripcion del reino, escrita á principios del siglo XVII, por Cristóbal Suarez de Figueroa, literato español, que pasó en él gran parte de su vida. Publicóla en *El Pasajero*, obra que dió á luz en Madrid y que probablemente nunca se reimprimirá. Habrá descripciones mas científicas, exactas y circunstanciadas; pero ninguna tan curiosa por presentar la particularidad de ser hecha por un español, segun se ofreció á sus ojos el reino bajo el dominio de sus compatriotas.

DESCRIPCION

DEL REINO DE NAPOLES

EN EL SIGLO XV BAJO LA DOMINACION DE LOS ESPAÑOLES,

sacada del PASAJERO de Cristóbal Suarez de Figueroa, edicion de Madrid, por Luis Sanchez, año 1617.

Confina hácia Poniente con el estado eclesiástico por el espacio de cincuenta leguas, lo demás es ceñido del mar Tirreno, Jonio y Adriático. Tiene quinientas de circúito; su longitud es de ciento cuarenta y ocho; su mayor latitud de cincuenta. Comunmente se divide en doce partes: Tierra de Labor, Abruzzo citra y ultra, Apulia llana, Capitanato, Principado citra y ultra, Basilicata, Calabria inferior y superior, tierra de Bari y de Otranto. Escriben contener dos mil y setecientas poblaciones, de quien las veinte son arzobispados, obispados las ciento veintisiete, donde se alimentan poco mas

de dos millones de almas (1). El número de príncipes, duques, marqueses, condes, etc., es en extremo crecido, y va de continuo cobrando aumento. Corre á todos obligacion de servir personalmente por la defensa del reino. El Rey tiene ahora en él 1,400 hombres de armas, 2,000 caballos ligeros, un batallon de 24,000 infantes, treinta galeras y 27 presidios. Las plazas principales son: Cotron, Taranto, Galipoli, Otranto, Brindis con la fortaleza de san Andrés, Barleta, Monopoli, Bari, Trana, Manfredonia, Monte Santangel, Gaeta; y en los Mediterráneos el Aguila, Catanzaro, Cosenza, sin otras. No hay distrito donde se halle tanta variedad de frutos, puesto que produce hasta azúcar y dátiles. Ninguno de cuantos reinos comprende el mundo tiene menos necesidad de lo ageno, ni quien mas envíe fuera de lo propio. Despacha almendras, nueces y anís, hasta para Berbería y Egipto; azafran para muchas partes; sedas para Génova y Toscana; aceite para Venecia y otros lugares; vinos para Roma; caballos y ganado diverso para diversas provincias. La Apulia es el granero de Italia. Hállase de invierno llena de ganados menores y mayores, á modo de Extremadura, que en estío pasan al Abruzzo, parte mas fresca. La tierra de Labor es sobre-

(1) Corto número es para la extension y fertilidad del territorio. O los catastros eran inexactos, ó los defectos de la administracion y las muchas cargas que pesaban sobre los habitantes no permitian desarrollarse la poblacion. Una y otra cosa sucederia.

manera abundante; mas todo cuanto produce Italia generalmente está recogido en Calabria: dátiles, algodon, cañas dulces, maná, almástiga, que se coje cerca de Altomonte, minerales de sal inexhaustos, vinos de muchas diferencias y todos buenos; frutos de todas suertes; caballos de excelente raza, seda de toda perfeccion en grandísima copia. Toca á Nápoles el título de Real con justísima causa. Tiene de circuito dos leguas y media. Fuera mayor si no hubiera prohibido el Rey los edificios. Nació esto de las quejas de señores, cuyos súbditos desamparaban los lugares por gozar de las exenciones concedidas á los napolitanos. Es fortísima de muralla con tres castillos, Santelmo en monte, Castelnovo, que es el principal, fundado por Cárlos de Angió (Anjou) y Castel de Hobo. En ninguna ciudad se vé tan gran concurso de títulos, ni donde se haga tanta profesion de caballería y gentileza. Los nobles, á fin de pasar el tiempo con honrosos ejercicios, se reducen á cinco plazas, que llaman *Segios* (1). Su puerto ni es grande ni seguro, si bien ayudado con un muelle. En el Taraçanal se fabri-

---

(1) Bartolomé Facio dice: *Omnis neapolitana nobilitas, quæ longè clarior et potentior olim fuit, in quinque illustres sessiones, sive consessus, appellare quis malit, divisa est.* Leandro Alberto, Ludovico Domenichi y Bernardo Tasso, autores antiguos, hablan de estos segios. Sus nombres eran Capuana, Nido, Montana, Porta y Portanova, y en ellos se juntaban los príncipes, títulos y caballeros á tratar los asuntos de la ciudad.

can continuamente bajeles de guerra, y allí cerca se funde sin cesar varia artillería. Hace doscientas y cincuenta mil personas. Excede á los lugares píos que son muchos y bien ordenados el monte de Piedad (1). Gástase entre lo situado y limosnas sesenta mil ducados al año. Con esto, y sin otras obras cristianas, mantienen por el reino la crianza de dos mil niños expósitos. Ninguno parte desconsolado de aquella casa, puesto que le dan sobre cualquier prenda mas de la mitad de lo que vale, y le esperan año y dia. Pasados lo venden, y satisfaciendo la deuda, queda lo demás en depósito para el dueño. Da gusto ver el concierto que se profesa y la facilidad con que se halla lo que se busca por la notable distincion que hay en todo.

Tiene un golfo bellísimo con playa y senos, islas y promontorios de increible amenidad; Capri, Ischia, Próxita, y sobre todo Pausilipo con sus palacios y jardines, que exceden á los antiguos pensiles en disposicion, cultura, frutos y flores. Las casas son altas, de piedra y vistosa arquitectura, todas con terrados. Su forma es casi de media luna puesta al mediodia; por eso templadísima. Hácenle espal-

---

(1) El Monte de Piedad fué fundacion del gran Virey marqués de Villafranca. Habiendo echado del reino á los judíos, y viendo que algunos cristianos se dedicaban á la usura con mas ardor de lo que á aquellos se echaba en cara, estableció en favor de los desvalidos esta benéfica fundacion.

das contra el septentrion y sus asperezas montañas fructíferas. Levántanse por estío á las dos de la tarde vendabales frescos, que disminuyen el calor. Su mar es bastantemente copioso de varia pesca y de ciertas menudencias regaladas, que llaman marisco. Las carnes son muchas; mas los carneros ceden en bondad á los de Extremadura. Aventaja no poco la ternera, y en particular la de Surriento. Caza y volatería en cantidad, y no menor el número de aves domésticas; capones, gallinas, pollos, pavos. Es el agua admirable, y mucha introducida en la ciudad del Sebeto, rio aunque pequeño, famoso. Viene por arcaduces, y recorriendo las casas, llena sus pozos que llaman *formales*, donde se conserva fresca y delgada. Tiene en puestos públicos hermosas fuentes, y con mas cuidado en la marina, como de mas uso. Deleita la muchedumbre de frutas y flores, en tanto extremo, que abundan las calles de suave olor por los jazmines y azahares, careciendo de cualquier importuno excremento. La copia de seda obliga á gastar mucha comunmente en vestidos. Son sus colores vistosos y alegres, si bien no tan durable como la española. Los vinos son perfectísimos y de muchos géneros; malvasía, griego, asperino, de guindas de Vico y de otros.

El Aranjuez de los Reyes napolitanos fué Pozoreal, recreacion bien digna de este nombre, casi contigua á la ciudad. Tambien cerca penetraron los romanos un monte por espacio de tres cuartos de legua, y en su vacío fundaron un camino

real que llaman *gruta,* cosa monstruosa y solo digna de su gran potencia. En la cumbre está sepultado Virgilio y Jacobo Sannazaro su devoto. Dista dos leguas Puzol (1) con tantas maavillas, que parece haya epilogado allí la naturaleza toda su hermosura. Mírase por su contorno brotar arroyos de aguas medicinales y baños de varias virtudes. Vése un campo lleno de azufre, ceñido de altas rocas, que de continuo arden, de donde se saca y cuece alumbre. Descúbrese el monte Astruno con una boca que por arriba rodea tres millas, y se va poco á poco restringiendo hácia el fondo á manera de anfiteatro, por cuyo medio corre un arroyuelo claro. Aquí está el lago de Añano, los baños su-

---

(1) Puzol y la Gruta tambien debieron mucho á la munificencia de este Virey. Puzzol le debe su conservacion y no hallarse reducida al mismo estado que Cumas, Baya y Miseno, cuyas murallas cubren la arena y yerba. Los frecuentes terremotos, sobrevenidos el año 1538, y las horribles simas que se abrieron en la llanura, que está entre lago Averno y el monte Barbaro, de donde salieron inmensas masas de llamas y humo, aterraron los habitantes en términos que abandonaron el pueblo á la desolacion. El Virey fué en persona, y vió la poblacion casi enterrada entre cenizas; mas no quiso consentir que en su vireinato llegase á ser un desierto. Mandó volver á los habitantes, y para animarlos con su ejemplo hizo construir allí un magnífico palacio, donde pasaba largas temporadas. Restableció el camino que conduce á Nápoles é hizo mas ancha y mas clara la admirable gruta, resto maravilloso del poder de los romanos, de suerte que se pudiese atravesar sin luz. Restableció en fin los baños y los muros de Puzzol, de que hizo un sitio Real.

datorios y aquella prodigiosa caverna, á quien si se acerca alguno corre riesgo de muerte. No se ven menores maravillas junto á Baya, baños Silvanos, Tridolos, Sudatarios, lago Averno, y diversas fuentes de aguas cálidas, saludables todas.

Los napolitanos (1) en general no son aplicados á trabajo. Resisten y sufren poco. Son inclinados á ocio y vicio, á pasatiempos y deleites. Conténtanse con poco, y los que no tienen con que mantenerse dan en ladrones; así hay muchos y no poco sutiles. Delicados en el sustento apetecen mas yerbecillas que cosas de dura digestion. Son litigiosos; y los plebeyos mas prontos de lengua que de mano. Con todo de las naciones es la que con mas conformidad y amor milita entre españoles. De continuo tiene la Vicaría, que es cárcel y casa de tribunales, tres mil presos, siendo casi imposible poderse despachar con presteza. Hay doce jueces, seis criminales y seis civiles. Estos asisten sin cesar al despacho de causas, mas con todo alguna tiene treinta años de antigüedad. Parece no son de provecho tantas decisiones, ritos, premáticas, constituciones y leyes comunes. Quiso cierto Virey saber el número de los que acudian al Consejo Real,

---

(1) Los napolitanos tienen todos los defectos y las virtudes de un pueblo meridional, en que el sol enerva la fibra y aguza al ingenio; de aquí el avenirse tan bien con los españoles como camaradas en la milicia, porque sujetos á las mismas influencias del clima tienen las mismas cualidades.

que dicen de Santa Clara, al de Hacienda con nombre de Sumaria, y á los demás jueces, y hallaron ser de veinte mil personas, comprendidas en litigantes, abogados, procuradores, solicitadores actuarios, escribanos y escribientes (1).

---

(1) Esta plaga de gentes que llenaba las cárceles y asediaba los tribunales de Nápoles son indicio de dos cosas; de la complicacion de las leyes y defectos en los trámites de procedimientos, y de relajacion en las costumbres. Por la primera se eternizaban las causas; por la segunda era tan grande el número de los encausados. En el discurso de esta obra tendrémos ocasion de hablar de los inconvenientes de todos géneros que producia el hacinamiento de presos en las cárceles. Llegó este en ocasiones á ser tal, que el Virey D. Pedro Giron, duque de Osuna, tomó en una el expediente, visitando las cárceles, de imponer á algunos presos la sentencia sin mas que una sumaria informacion de sus delitos, y á uno que le dijo hacia veinte años estaba encarcelado lo puso en libertad, calculando que tan larga prision era suficiente para dejar purgado cualquier crímen. Así lo refiere el Dr. Tarsia en la vida de D. Francisco de Quevedo, notando otros casos que no fueron tan favorables á los reos. A un letrado, que habia dormido el sábado con una cortesana matándola despues, lo hizo ajusticiar el dia siguiente domingo: y á un fraile que mató un caballero en la iglesia, incontinente, hechas las ceremonias acostumbradas, lo entregó al verdugo, legitimando estos atropellos la criminal dilacion de la justicia napolitana. Durante la dominacion de la casa de Austria en Nápoles tomó grandes vuelos y adquirió en aquel reino mucha importancia la profesion de abogado. Esto sucede generalmente en los paises meridionales, en que la juventud desama el trabajo corporal, y en que preocupaciones nobiliarias hacen mirar como plebeya la ocupacion de las artes mecánicas: y se ha notado que la multitud de abogados es un obstáculo para la pronta y recta administracion de justicia, porque siendo muchos los que necesitan comer del oficio, no faltan quiénes lo prostituyan, embrollando los negocios mas claros.

No hace S. M. provision de mas soberanía, puesto que puede el Virey valerse en cuanto quisiere del poder absoluto. Los provechos son de grande consideracion por depender su interés de su albedrío. Ocupa cantidad de hombres en gobiernos, judicaturas y comisiones, letrados y de espada. Elije capitanes, da banderas, remite muertes, y concede vidas con las mercedes, que hace, representando en todo la Persona Real.

Habitan los españoles la parte mejor de la ciudad, á quien llaman cuartel, por vivir todos dentro de sus límites. Participa de calles anchas, de suntuosos templos y deleitosos jardines. Hace guardia al Virey todos los dias una compañía de españoles, de que se saca alguna gente para repartir en varios puestos. Alegra al entrar la bizarría de los soldados, tantas armas doradas, tantas galas y plumas tan diferentes. Contiene el tercio de 24 á 30 compañías. Vienen algunas á servir en Nápoles cuando las llaman; las demás ó alojan por el reino ó estan por presidios. Los cuerdos aléjanse pocas veces del cuartel, porque de internarse mucho los españoles en la ciudad, se han derivado infinitas desgracias (1).

---

(1) El mismo autor, de quien copiamos esta descripcion, se queja mas adelante de las penalidades que producia tener que proceder siempre en Nápoles con advertencias. "Cansa, añade, no enderezar tal vez las acciones con natural descuido, y mas cuando se profesa union y paz, cual es la que tenemos con esas naciones;" y

Todo cuanto hay en este lugar famosísimo entretiene y deleita, en particular la plaza del Castillo, el muelle, Santa Lucía y Chaya, hasta el pié de Gruta, donde está un monasterio de canónigos reglares con una imágen de grandísima devocion. Es cierto que cortas pagas no pueden ministrar largos banquetes; mas al fin hechos camaradas y juntos los sueldos, pasan los soldados medianamente su vida."

---

dice en fin, que en Palermo, capital de Sicilia, penetraban los españoles en la ciudad con mas libertad que en Nápoles. Esta observacion es exacta, pues otro tanto refiere Giannone. "De los reinos de Italia, (escribe lib. 38. cap. 2,) sujetos á la dominacion española, el de Sicilia era el que mas tranquilo soportaba su mando: sea que la tierra, teñida anteriormente con sangre de franceses, hubiese inspirado á sus pueblos horror hácia este nombre y temor á represalias; sea que estuviesen menos sobrecargados de impuestos, parecian adictos á su gobierno."

NOMBRE

de todos los Vireyes Lugartenientes, que han sido en este reino, desde el Gran Capitan á esta parte, con todos los actos notables, edificios y memorias que en sus tiempos se ofrecieron, con una breve relacion puntual y verdadera.

I.

El gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba (1), duque de Terranova, despues de la division de este reino, que se hizo con el Rey de Francia y el Rey Católico, tuvo muchos reencuentros y batallas en su tiempo con franceses y señores rebeldes á la corona de España, que acudian á favor de Francia; salió siempre victorioso de todas sus batallas, como fué en la rota que dió á franceses en la Cheriñola con la mitad menos del ejér-

cito poderoso que tenia el francés; y últimamente en la rota del Garillano con poquísimo ejército rompió el mas poderoso ejército que jamás habia pasado de Francia, quedando libre este reino de franceses, y absolutamente señor y padron el Católico Rey y sus herederos y sucesores hasta el dia presente.

Quedó al gobierno de este reino el dicho Gran Capitan con título de Virey y Capitan General el año 1505. Gobernó con tanta satisfaccion pacífica y quietamente este reino, que con muy justa razon fué digno de nombre eterno y glorioso de ser llamado *Pater patriæ.*

NOTAS.

(1) Memorables son las guerras que á fines del siglo XV y principios del XVI ensangrentaron el suelo de la Italia. Las mayores naciones de Europa vinieron á disputarse encarnizadamente las provincias de este hermoso pais, y los naturales de él dieron á unas y otras la mano para que labrasen las cadenas con que debian aherrojarlo. Son tanto mas dignas de consideracion estas guerras para el historiador filósofo, cnanto que de sus resultas variaron completamente la administracion interior de las naciones y su organizacion militar. Las milicias feudales de que hasta entónces se sirvieron los Reyes en sus guerras interiores, y que servian sin sueldo al mando de sus señores, obligados á acudir al llama-

miento del soberano, tenian limitada su obligacion á número fijo de dias y á combatir solo dentro de su pais. Eran por lo tanto inútiles para estas guerras lejanas, donde necesitándose gente permanente, era necesario acudir á su manutencion con un sueldo constante. De aquí nacieron los ejércitos permanentes, y de aquí la necesidad de proporcionarse los gobiernos dinero con crecidos impuestos; de aquí en fin el sucesivo decaimiento de la caballería y de las instituciones feudales. La monarquía española, que estaba en la época de sus prosperidades, tuvo la fortuna de encontrar un hombre como el Gran Capitan que hiciera en estas guerras valer sus derechos con las armas. Nacido en la frontera de los moros, bebió con la leche el aliento militar; criado en la corte caballerosa de nuestros Reyes, los instintos generosos; y ocupado desde la juventud en la guerra contra los mahometanos, aprendió desde luego los rudimentos del arte de las batallas, que sus talentos habian de perfeccionar. Pronto se conoció que siendo las guerras de Italia de distinta índole que las feudales, reducidas en general á correrías y cabalgadas en que hacia, como este último nombre lo indica, su principal papel la caballería, y variadas las armas por el mayor uso que se iba introduciendo de las de fuego, era preciso variar esencialmente la táctica militar. Desde entónces la infantería formó el nervio de los ejércitos, y solo se consideró la caballería como una arma auxiliar. El Gran Capitan fué el maestro superior de esta nueva táctica; en su escuela se formaron aquellos ilustres caudillos que ilustraron el reinado de Cárlos V; bajo su mando se amaestraron aquellos famosos tercios españoles, que en cerca de dos siglos jamás por fuerzas iguales fueron vencidos.

Inútil es escribir la vida de este gran personaje: las historias están llenas de sus hechos. Tiene crónica propia en nuestra lengua: Paulo Jovio escribió su vida en latin, Zurita, Duponcet, Ayala, Guichardini, Giannone en sus historias, Herrera, en su libro de los españoles en Italia, Bernaldez en su Crónica mss. de los Reyes Católicos, los Comentarios de los hechos del señor Alarcon y otras obras dan extensas noticias, valiéndose de las cuales en nuestro siglo D. José Manuel Quintana ha escrito una elegante vida que hace inútil cuanto queramos decir. Hay además una *Crónica* llamada de las dos conquistas del reino de Nápoles, *donde se cuentan las altas virtudes del Serenisimo Príncipe Rey D. Alonso de Aragon, con los hechos y hazañas maravillosas que en paz y en guerra hizo el Gran capitan Gonzalo Fernandez de Aguilar y de Córdoba, con las claras y notables obras de los capitanes D. Diego de Mendoza, D. Hugo de Cardona* (tal vez sea de Moncada) *el conde Pedro Navarro, Diego García de Paredes y otros valerosos capitanes de su tiempo.* Vendíase en Zaragoza en MDLIX en casa de Miguel Zapila mercader de libros, el mismo que imprimió la Crónica del marqués de Pescara recopilada por el maestro Valles. Poseemos además manuscrita entre nuestros libros una *Historia de las proezas y hazañas del gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdova, su nacimiento, educacion, sus escelentes costumbres y liberalidades*, escrita por el capitan Francisco de Herrera, natural de la ciudad de Córdoba, testigo de ellas. Es un códice en folio pequeño que se copió en Montilla año de 1669. D. Nicolás Antonio no conoció este escrito. La Crónica *de las dos conquistas* de que ántes se ha hablado se dice escrita á pedazos por Hernando Perez del Pulgar, señor del Salar.

(2) El aplauso general que granjearon al Gran Capitan sus portentosas hazañas, así como la moderacion en la gobernacion civil, y el amor que en el reino de Nápoles le tenian grandes y pequeños, y que segun nuestro autor le valió el título de *Pater patriæ*, hicieron concebir al Rey Fernando sospechas de que pudiese levantarse con el reino, por cuyo motivo fué á visitarlo por sí y se lo trajo consigo á España. Por estos temores se ha culpado al Rey Católico de una extremada suspicacia, pero yo los creo disculpables. Aun estaban recientes las costumbres feudales en que los conquistadores de reinos y provincias no hacian grande escrúpulo en declararse soberanos de los paises conquistados, separándose de la obediencia de su señor natural. El reino de Nápoles por su lejanía se brindaba á un acto de esta especie sin que el Rey de España hubiese tenido medios de evitarlo, ni despues de sucedido los hallase para remediarlo. El Gran Capitan tenia seguro el apoyo de los soldados que habian de auxiliar mejor á su general que á su Rey, esperando mas del primero á quien amaban que del segundo á quien no conocian: los barones del reino tambien le hubieran apoyado de buena gana, prefiriendo tener un Rey hazañoso, que hiciese independiente la corona de Nápoles, á ver este reino reducido á provincia de otro; y hubiera contado con la aprobacion y connivencia de los otros potentados de Italia, que no querian ver á ninguna nacion poderosa arraigar en ella su dominacion. A esto hay que añadir que el reino de Nápoles era considerado como feudo de la iglesia, y si el papa tomaba cartas en este asunto en contra del Rey Católico, la investidura del reino dada por su mano podia legitimar cualquiera usurpacion y segun las ideas del tiempo sancionar de una manera irrevocable el domi-

nio. No eran aprensiones del Rey Católico el figurarse que esto podia suceder, puesto que mas adelante se intentó hacerlo á favor del marqués de Pescara, que era inferior en victorias, en fama y en arraigo en el pais al Gran Capitan. El marqués fingió acceder á las insinuaciones del papa si le aseguraba de dos cosas: 1.ª que podria sin nota de infamia y sin incurrir en traicion contra su Príncipe apoderarse de Nápoles: 2.ª que el Emperador Cárlos V lo tenia con mal título, y que solo el Pontífice lo podia dar bueno. No faltaron juristas célebres que le probáran esto y mucho mas: he aquí como lo refiere Illescas en su historia pontifical. "Contentóle estrañamente al Pontífice su respuesta. Encomendó luego al Cardenal Ascolto y al Dr. Angelo Cesio, grandísimos juristas y curiales que resolviesen el derecho; y que con todos los argumentos y razones posibles fundásen el derecho de la iglesia y *colorasen* lo que el marqués pedia para asegurarle la conciencia y la honra." Luego, pues, se probó con citas de leyes y con todo género de textos que desde antiguo se habia establecido que ningun Emperador fuese Rey de Nápoles: que siendo además feudo pontificio podia disponer de él en quien quisiera, quitándoselo á quien poseyéndolo sin su anuencia, lo tenia usurpado. El Rey Católico que era sagaz preveyó que con él se tratase de hacer otro tanto, y lo preveyó prudentemente; temió que el Gran Capitan no supiese resistir á la tentacion de ser Rey, y en esto no iba descaminado, porque tal es el corazon humano, y determinó separarlo del teatro de sus triunfos, recordando que quien quita la ocasion quita el peligro.

No debemos cerrar estas primeras notas sin dar una idea, aunque sucinta, de la variacion que tuvo el gobierno y administracion del reino de Nápoles con la conquis-

ta española. Mientras reinaron en él los normandos y la casa de Anjou la forma de su gobierno y la mayor parte de sus leyes salieron de un molde francés. Los Reyes aragoneses de la rama de D. Alonso V respetaron lo que encontraron, y permaneció el gobierno sin mas variaciones que aquellas que insensiblemente trae el tiempo. Mas cuando por la conquista del Gran Capitan pasó bajo el dominio de los Reyes de España, que habitando en pais muy distante lo gobernaron por medio de sus delegados, comenzó el gobierno á conformarse á los usos y leyes de España y á separarse de los de Francia. Dice Giannone que es incontestable que los españoles poseian casi tan bien como los romanos el arte de reinar; y añade que Bodin y de Thou, aunque franceses, y Arthur Duck, escritor inglés, han reconocido en sus obras que de todas las naciones que gobernaron la Europa despues de la decadencia del imperio romano, la España era la que por su prudencia, su constancia y su política se parecia mas á la romana. "En efecto, prosigue, ningun pueblo la imitó mas felizmente en la institucion de sus leyes, las que nos dió á los napolitanos son tan sabias y prudentes que no hay nada mas que desear que su completa observancia." Estos elogios de estos escritores extraños no deben servir para envanecernos, ántes bien deben cubrirnos de vergüenza al ver lo que hemos degenerado de nuestros padres. Los demás pueblos han adelantado, nosotros parece que hemos caminado hácia atras, y en el dia toda nuestra ciencia legislativa consiste en copiar, venga ó no al caso, la legislacion de nuestros vecinos. En cambio conservamos los defectos que Giannone atribuye á nuestros mayores, y por los cuales hicieron infelices y pobres á los pueblos que de ellos depen-

dian. El principal es el despilfarro y desórden en la administracion de la hacienda pública que hacian infructuosos todos los sacrificios de los pueblos: bien podemos asegurar que desgraciadamente en esto no nos llevaron ventaja. Mas comencemos á hablar de las ruedas que componian la máquina gubernativa de Nápoles.

El virey.—Mientras Nápoles disfrutó de la presencia de sus Reyes, si alguna vez se ausentaban, que eran pocas y por poco tiempo, dejaban un magistrado con nombre de *Vicario:* fueron muy raros los ejemplos de que á estos lugartenientes se les diera el nombre de Vireyes; pero despues, que hecho el reino provincia del imperio español, tuvo que carecer de la vista de sus monarcas, fué preciso que eligiesen un ministro de inteligencia y probidad que los representasen, y en todo lo concerniente al reino le delegaron todos los privilegios de la soberanía, al cual se dió título de Virey. Aunque los Reyes se reservaron la facultad de nombrar para todos los destinos cuyo estipendio llegase á cierta cantidad de escudos, el poder del Virey llegó á ser mas el de dictador que el de monarca. El era el jefe nato de la fuerza armada, y levantaba tropas segun las necesidades lo requerian; manejaba con la mayor independencia los fondos públicos; estaba al frente del poder judicial, y llamaba á sí las causas que le acomodaba para juzgarlas por sí, teniendo derecho de vida y de muerte sobre sus gobernados, con mas latitud de la que ahora se permitiria á ningun monarca; supremo legislador daba leyes, pragmáticas y otros reglamentos segun su arbitrio. Los tribunales que tenia á su lado mas eran consultivos que con autoridad de reprimir sus desmanes. A pesar de esta autoridad ilimitada ningun Virey, de 43 que durante la casa de

Austria ocuparon este puesto, abusó de su poder en términos de dejar un nombre funesto á los napolitanos; y si las guerras y las necesidades continuas de la corte de España, donde se miraba como mejor Virey al que mas dinero proporcionaba, no los hubiesen obligado á sacrificar los pueblos con gruesas y repetidas exacciones, todos hubiesen sido gratos á la nacion. El término del vireinato se señaló en tres años (1); sin embargo los que daban gusto á la corte solian ser reelegidos por otros tres, lo que dió lugar á que tratasen de tener contentos á los ministros de Madrid, aunque fuese en perjuicio de los pueblos. Era sin embargo demasiado grande su poder para que conviniera que fuese de mayor duracion. Los primeros Vireyes puestos por D. Fernando el Católico todos fueron aragoneses; en tiempo de Cárlos V hubo un flamenco (Lanoya), un aragonés (Moncada), un italiano (Colona) y un grande de Castilla, el mas célebre de todos los Vireyes, y el de mas duracion en el mando (el marqués de Villafranca): despues todos en general fueron castellanos. Como el cargo de Virey era tan importante muchos jurisconsultos napolitanos han escrito sobre su autoridad: puede consultarse entre todos al Regente De Ponte, que escribió sobre esta materia un grueso volúmen.

Empleos de palacio.—Con la falta de residencia de los Reyes en Nápoles, estos destinos perdieron casi toda su importancia, quedando la mayor parte reducidos á un título de mero honor: tal fué el de *Gran Senescal*. Todos los que dependian de él fueron suprimidos. En lugar de

---

(1) Este señalamiento lo hizo Felipe II hácia 1580 durante el vireinato del príncipe de Pietra Perzia.

los *chambelanes*, *paneteros*, *archeros*, *escuderos* y otros, cuyos nombres vinieron á Nápoles desde Francia, se introdujeron, según las costumbres españolas, otros oficiales por servir en el palacio Real cerca del Virey y en sus secretarías, por su ninguna dependencia del Gran Senescal. Estableciéronse dos secretarias una de Estado y de Guerra, y otra de Justicia, ambas independientes de la secretaría del reino y del Consejo colateral: de ellas emanaban todas las órdenes del Virey: por Guerra todo lo respectivo á lo militar; por Estado todo lo concerniente al patrimonio Real y ayuntamientos del reino. La de Justicia cuidaba de los negocios relativos á la buena administracion de justicia, de nombramiento de todos los gobernadores y asesores, de todas las ciudades y villas sujetas al Rey, de la elecion de presidentes, auditores de provincia, jueces del vicariato y de todos los demás cargos del mismo género. En una y otra secretaría no se usaba sino de la lengua española; ántes el protonotario era su jefe, despues lo fué el Virey: y sus oficiales para la mas pronta expedicion de los negocios habitaban á su lado en el palacio Real. En el mismo palacio estaba la secretaría de Cuentas, que segun parece se desempeñaba anteriormente en casa del secretario nacional. Formaba esta oficina un tribunal de quien él era el jefe: sus funciones eran tener el registro de todos los que cobraban sueldo del Estado, saber todo lo que habia en los castillos y fortalezas, tanto de municiones como de pertrechos, y no se podia expedir órden alguna para los pagos, ni aun de la tropa, sin estar inscrita en sus registros. En algunos casos el secretario de Cuentas tenia asiento en el Consejo colateral, y se sentaba junto al lugarteniente de la Cámara Real, á cuyo tribunal estaba sujeto: dábasele el titulo de *remarcable*.

Los españoles conservaron unido á los cargos de la casa Real el de tesorero, subordinado ántes al Gran Chambelan, y con ellos dependiente del Virey y de la Cámara Real. Durante la administracion española se introdujo el empleo de auditor general de ejército, que tambien puede llamarse juez del Palacio Real. Conocia en todos los negocios de los soldados españoles á sueldo, y extendia su jurisdiccion sobre todos los soldados, banderas y capitanes italianos. Por una pragmática del conde de Lemos, confirmada por el cardenal Zapata, se extendió la jurisdiccion de este tribunal á otros asuntos.

Oficios del reino.—Eran siete los que tenian este nombre, y todos perdieron mucho con que Nápoles no tuviese Reyes propios. El Gran Condestable, que tenia la superintendencia de los ejércitos en campaña, perdió casi todos sus derechos, siendo el Virey, al mismo tiempo que lugarteniente del Rey, capitan general del reino; quedóle casi por única prerogativa que en caso de ausencia ó muerte del Virey y de que este no hubiese nombrado lugarteniente, tomaba el mando de los ejércitos y aun del gobierno del reino. Por la fundacion del Consejo colateral, de que luego hablarémos, perdió todas sus grandes prerogativas el Gran Canciller. No padeció menos la autoridad del Gran Protonotario y su lugarteniente; pues ya no tuvieron que entender en signar las pragmáticas, privilegios y otros instrumentos, haciéndolo en su lugar los regentes. El Gran Chambelan y el tribunal de la Cámara Real quedaron tambien sujetos, en sus negocios mas importantes del Real patrimonio, al Consejo colateral; y cuando el caso lo requeria el lugarteniente y los presidentes de esta Cámara estaban obligados á acudir al Consejo, y á oir su decision en virtud de la superioridad que tenia

sobre todos los tribunales de la ciudad y del reino. Antes de la dominacion española habia el empleo del Gran Justiciero, por cuya mano pasaban todos los memoriales que se dirigian al Rey, ya demandando justicia, ya pidiendo alguna gracia: despues todos se entregaban directamente al secretario del Consejo ó á sus comisarios de mando, y de ellos se recibia la respuesta. El Gran Almirante perdió casi enteramente su autoridad por la creacion del general de las galeras de Nápoles y del reino con total independencia suya. Este cargo considerado por algunos como el segundo del reino en importancia estuvo siempre en manos de españoles, generalmente en la casa del marqués de Villafranca; y con las instrucciones dadas por Felipe II, el general de las galeras extendió su jurisdiccion sobre todas las personas con quien tenia que ver con motivo de su empleo, y formó un tribunal aparte independiente del del Gran Almirante, con su auditor y otros oficiales subalternos. Tambien se erigió el nuevo tribunal llamado del Arsenal, que ejercia jurisdiccion civil y criminal sobre todos los obreros empleados en construccion, el cual dependia de la Cámara Real.

De otros oficios de menos gerarquia.—En tiempo de los Reyes se comprendia entre los oficiales de la Real Casa al Gran Escudero Real ó caballerizo mayor, si quiere dársele este nombre, que tenia á su cargo todas las yeguadas que el Rey tenia en Nápoles y las provincias, y su tribunal con jurisdiccion sobre todos los empleados en este ramo: este tribunal fué desapareciendo en tiempo de los españoles con el motivo que le dió existencia. El cargo de Montero mayor tuvo suerte muy diferente: antiguamente su jurisdiccion y sus funciones no se extendie-

ron sino á los montes de la corona; despues habiéndose llegado á hacer la caza un derecho privativo del Príncipe, su jurisdiccion se extendió á todo sin reconocer límite alguno, y llegó á ser uno de los empleos de mas realce y provechos. El empleo que adquirió mas importancia con los españoles fué el de director de correos, llamado entónces *Correo mayor:* sobre esto habla con extension Giannone,

Consejo colateral.—Hemos citado en estas noticias y seguirémos citando en otras notas al Consejo colateral, y se querrá saber qué especie de Consejo era este. Esta era la rueda fundamental del gobierno establecido por los españoles en Nápoles: venia á ser lo que en España el Consejo de Castilla. Cuando Fernando el Católico fué á Nápoles y dejó allí de Virey al conde de Ribagorza, hizo que le acompañasen tres juriconsultos, regentes del Supremo de Aragon, deseando establecer otro consejo por el estilo en aquel reino: uno de ellos se llamaba Antonio Agustin, padre del famoso arzobispo de Tarragona del mismo nombre. A estos añadió otro establecido en Nápoles. Habiendo el Rey á su vuelta á España, despues de siete meses de estancia, llevádose consigo dos de los regentes que trajo, nombró otros dos en su lugar, para que unidos á los otros asistiesen al lado del Virey como consejeros; y de aquí nació *á latere* el nombre de Consejo colateral; sus individuos se llamaron tambien Auditores del Rey. Al pronto este Consejo se compuso solo del Virey, de dos regentes y el secretario: mas al principio del reinado de Cárlos V se añadió un tercer regente, y se dispuso que de los tres, dos serian absolutamente nombrados por el Príncipe y el tercero necesariamente elegido entre los regnícolas. El famoso Sigis-

mundo Loffredo fué el elegido en este último concepto; y habiéndole obligado Cárlos á ir á su corte, donde estuvo tres años seguidos para darle cuenta de la situacion de los negocios del reino, nombróse á causa de esta larga ausencia un cuarto regente; y se dispuso que el regente hijo del pais estaria siempre al lado del Rey, á fin que como mas informado de los negocios de su pais é interesado en su buen despacho, pudiese en todas ocasiones enterarle fielmente. Los otros tres regentes no debian moverse de Nápoles. Segun Zurita esta buena política de hacer residir en la corte del Rey un ministro de los reinos de Italia, fué establecida por el testamento que el Rey Católico hizo poco tiempo ántes de morir en 1516; la autoridad de Zurita no necesita comprobacion. Como entónces no poseia España mas estados en Italia que los de Nápoles y Sicilia solo dispuso el Rey Católico que hubiese á su lado dos doctores, uno de cada uno de estos reinos, y que asistiesen al Consejo que se habia formado á causa de la indisposicion mental de su hija y heredera la Reina Doña Juana. El Rey Cárlos que aprobó esta instruccion y se conformó con ella, cuando agregó á la monarquía el estado de Milan, mandó que igualmente residiese un ministro milanés á su lado en su Consejo.

Aunque al principio se dispuso que el regente napolitano residiria en España, como Cárlos V pasó su vida en incesantes viajes, el regente le siguió en ellos, y tan pronto estuvo en Alemania, como en Flándes, etc.; pero cuando entró á reinar Felipe II, que fijó su residencia en España, quiso para tratar los asuntos de Italia establecer un Consejo, á cuya cabeza hubiese un presidente, y mandó que se compusiese tanto de varios regentes españoles como de otros oficiales que hizo ve-

nir de Nápoles, de Italia y de Milan. Así, pues, se estableció en 1558 el Consejo Supremo de Italia, cuyo primer presidente fué D. Diego Hurtado de Mendoza, Príncipe de Mileto y duque de Francavila. Aquí puede observarse como las instituciones crecen y se complican. Cuarenta años ántes se estableció que acompañen al Rey un solo ministro que tomase asiento en su Consejo, y este ministro se ha convertido ya en un Consejo numeroso y completo. Por Nápoles fueron á formar parte de él el doctor Polo del Consejo colateral, y el doctor Marcelo Piñon, Presidente de la Sumaria. En tiempo de Cárlos II se conservaba aun como al tiempo de su fundacion. Dos consejeros llamados regentes para Nápoles, dos para Sicilia y dos para Milan, uno de los dos español. Conocia este Consejo de todos los asuntos de Estado, de Guerra y de Justicia. Consultaba al Rey sobre todos los gobiernos y puestos á excepcion de los reservados al Consejo de Estado; y junto con este consultaba los vireinatos de Nápoles y Sicilia y el gobierno del milanesado, los obispados, gobiernos de provincias y algunas otras materias.

Entretenidos en hablar de este Consejo que en su principio fué hijuela del colateral, hemos olvidado el que formaba el principal objeto de estas líneas. Con el tiempo se añadieron á él dos regentes, con lo que llegaron á ser cinco, unos naturales del pais y otros españoles, segun al Rey agradaba. El reino de Aragon pretendió que debia haber un aragonés, porque miraba á Nápoles como inmediatamente dependiente de su corona. El Virey era el jefe, y entre sus manos juraban los regentes todos los años guardar secreto sobre lo que oyesen. En caso de morir el Virey los regentes de espada, que así se llamaba á los de Estado, tomaban en el inter-

regno, hasta que la plaza fuese provista, las riendas del gobierno juntamente con los regentes de toga, y se juntaban en el palacio Real. Como hemos visto el Consejo colateral absorbió casi todas las atribuciones de los grandes dignatarios del reino.

Nos parece que para nuestro objeto bastan las noticias dadas: el que quiera estudiar este asunto mas á fondo puede leer á Topi, Tassoni y Tapia, jurisconsultos napotitanos.

II.

Don Juan de Aragon, conde de Ripa-corsa (Ribagorza) quedó por Virey de Nápoles (1) por el Rey Católico en este reino cuando vino á él dicho Rey Católico, llevándose consigo á España al Gran Capitan, que fué el año 1507: gobernó con mucha satisfaccion (2): no sucedió cosa notable.

NOTAS.

(1) Despues que el Rey Católico estuvo en Nápoles y decidió traer á España al Gran Capitan porque su gloria le daba recelos, haciéndole promesas que no pensaba cumplir, dejó en aquel reino por Virey al conde de Ribagorza. Este es generalmente considerado por el primero de los Vireyes de Nápoles, porque fué el primero que llevó

este título; pero nuestro autor con mas justo motivo comienza su série por el gran conquistador, como tronco ó cepa de donde proviene la dominacion española en aquel reino. El Rey ántes de dar el vireinato al conde de Ribagorza, lo habia provisto en D. Juan de la Nuza, Virey de Sicilia, por la mucha confianza que tenia de su persona, ya experimentada en otros cargos y gobiernos que tuvo; mas habiendo muerto ántes que el Rey se embarcase, él y su hijo D. Juan Lanuza, que iba á substituirle á Sicilia, hizo llamar al conde que era su sobrino, en quien en medio de su suspicacia esperaba encontrar fidelidad, siquiera por ser ambos de una misma sangre. Dejóle por consejeros principales para las cosas de Estado á Andrés Caraffa, conde de Santa Severina, á Hector Pignatelo, conde de Monteleon, y á Juan Bautista Espinelo, á quien se quitó el cargo de conservador general, suprimiéndolo, para alhagar á los pueblos, por ser oficio nuevo muy odioso y tenido por perjudicial. Aconsejó al Virey que tuviese á raya á los venecianos, aunque sin hostigarlos, para que no extendiesen su dominio y jurisdiccion desde los pueblos que tenian en la Pulla; que considerase á los electos, y que tuviese en cuenta que por favorecer á los nobles no desirviese al pueblo. Otras advertencias le hizo para el buen gobierno de aquel estado, y enviando desde Gaeta á Felipe de Ferreras por embajador á Venecia, partió para Génova. En Saona tuvo vistas con el Rey de Francia, que hizo grandes obsequios al Gran Capitan, y en ellas se trató de hacer la guerra á venecianos. Lo mismo deseaba el Emperador, y así el Rey luego que estuvo en España preparó una grande armada que llevase gente á Nápoles. El Virey reveló con gran secreto á Bernardo de Villamarin, almirante del reino, á Hector Pignatelo, conde de Monte-

y por-
me se ha-
que la
hacer en
en su pre-
entendido
proveer
que, cuan-
la muestra
había en Ná-
poca infante-
. Sin embar-
determinó el
infantes, de-
españoles, y que
para que sirvie-
efecto; aun-
con nues-
habían quedado,
; el conde
, Corbaran,
que era alcaide
asistiesen á su
Pero Lopez de
de la gen-
rey de soste-
el
de
muchos del

(Ri
el R
cho
Gran
mucl

(1
decidi
le dab
pli

Papa y los embajadores del Emperador y de Francia, y el enviado además del Príncipe D. Cárlos (Cárlos V despues) y celebrada misa juraron juntamente con el Rey poniendo la mano en el Santísimo Sacramento que ninguno desampararia á los confederados hasta que cada uno de ellos hubiese cobrado de la Señoría de Venecia los estados que les tenia usurpados. Díjose entónces por muy cierto que llegó al Rey uno que con él usaba de gran confianza, ó por ministro suyo, ó por privado, y le avisó que era fama pública que el conde no servia para aquella empresa, porque sobre no tener conocimiento en las cosas que para ella era menester, era pusilánime y una hormiga le parecia un elefante, lo fácil dificultoso, y lo trabajoso imposible; que el que le hacia esta advertencia lo sabia de ciencia cierta, y no queria que el Rey por ignorarlo tuviese que arrepentirse. El Rey le contestó comedidamente las gracias, pero le dijo estaba resuelto á no enviar otro sin gran necesidad, esperando que el conde, su sobrino, se portase como debia á su sangre, é imitase los ejemplos del duque su padre, pues si aun no se habia distinguido en hechos de armas, era porque no habia tenido ocasion. El conde supo lo que en la corte se habia dicho de él por el secretario Almazan, que se lo escribió: Zurita conjetura que por órden del Rey que quiso valerse de este medio para estimular su pundonor y obligarle á proceder con viveza y energía. Estando el conde á la sazon enfermo, determinó el Rey nombrar los generales para aquella guerra que fueron Fabricio Colona y el duque de Termens. Las plazas de la frontera comenzaron á ponerse en buen estado de defensa; y los venecianos recelosos de guerra hicieron por su parte lo mismo. El Rey declaró entónces las causas que le movian á rompimiento, siendo la principal, la

obligacion en que se hallaba, por conservar la integridad del reino de Nápoles, á apoderarse por via de hecho de los lugares de la Pulla, que los venecianos retenian sin razon ni justicia. Estos que se temian mayor nublado contestaron que deseaban hacer union estrecha con el Rey Católico, para la defensa de sus respectivos estados; y lo querian de veras aunque fuese aventurando parte de lo que tenian en la Pulla; mas el Rey los fué entreteniendo con excusas hasta que se asentó en Francia, en la ciudad de Berri, la confederacion y liga entre él, el Rey Luis y la Señoría de Florencia por la recuperacion de la ciudad de Pisa, con lo cual los venecianos se juzgaron perdidos.

Acordóse que rompiese la guerra cada uno de los Príncipes confederados para primero de mayo; mas en Nápoles habia diversos pareceres y falta de diligencia. Para mayor conflicto tuvo el Virey sospechas que los condes de Santa Severina y Matalon, de la casa y linaje de los Caraffas, y de los mas allegados al Rey, confiando en las novedades que se esperaban, traian algunas pláticas en su deservicio concertando al pueblo con la nobleza para declarar el reino en república á favor del Papa y de la república de Venecia pagando al Papa un tributo. Los Papas hacia tiempo traian y siguieron trayendo en lo sucesivo sus pretensiones sobre el reino de Nápoles, que suponian feudo de la Santa Sede y en general no les agradaba verlo en poder de los españoles, porque les hacia sombra el engrandecimiento de esta nacion en Italia; pero aunque se tomaron precauciones no se confirmaron las sospechas de la rebelion presente; y el darles importancia acaso fué ligereza de los que se las denunciaron al Virey.

Los venecianos desde el mes de marzo, ántes que se

declarara la guerra, comenzaron á hostilizar el reino. Padecian extrema necesidad de vituallas, y sobre todo de trigo; y el Virey receloso de que no diesen sobre Barleta, donde habia grandes provisiones, mandó allá un buen capitan, y dispuso que D. Juan de Guevara estuviese en Manfredonia con algunas compañías de soldados, y que el alcaide tuviese el castillo á buen recaudo. Despues de largas deliberaciones sobre el punto por donde se acometeria al enemigo determinó en fin dirigirse contra Brindis, por las ventajas que ofrecia poseer su capacísimo puerto y la ciudad con sus fortalezas, dejando á Otranto para despues que se hubiese hecho esta conquista, por ser muy fuerte y no ofrecer tanta ganancia su posesion. Antes que se llevase á efecto este designio ya el Rey de Francia habia entrado con su ejército por la parte de Lombardía, y poco despues la gente del Papa entraba por la Romanía, y apoderada de un pueblo que estaba por los venecianos, llamado Solarolo, detúvose á esperar algunas compañías de suizos para echarse sobre Faenza. Venecia trató de que se alzasen por su partido algunos barones de las casas Ursino y Sabelo que tenian sus estados entre los del Papa y el reino de Nápoles, para poner recelo al pontífice y al Virey con ánimo de que no pudiesen emplear todas sus fuerzas en el ejército de Romanía, y lo consiguió aunque no de todos; lo cual indignó sobre manera al Papa, que sospechoso á la vez de los progresos del Rey de Francia quiso ligarse estrechamente con el Rey Católico y el Emperador para evitar que los franceses se apoderasen de Italia.

Fabricio Colona vino en el mes de abril á Nápoles á unirse con el Virey, ya convalecido de su dolencia. Debian partir á la Pulla cuando la armada del Rey estuviese

junta, pues temia Fabricio que sin grandes fuerzas no fuese posible apoderarse por guerra de aquellas plazas que tenian los venecianos por ser muy fuertes y estar muy municionadas. El Rey de Francia quiso que la armada del Rey Católico se reuniese con la suya. Era la que el de España tenia en Nápoles y Sicilia de doce galeras y diez naves muy bien pertrechadas; al mando aquellas de D. Bernardo de Villamarin, conde de Capacho, almirante del reino, y estas al del marqués de la Padula. La francesa era de diez galeras y cuatro carracas. Una y otra habian de reunirse con otras cuatro galeras del Papa para hacer frente á la de Venecia, que ya tenia veinte galeras en el agua, y se creia que con otras treinta las enviaria á la vuelta de Génova. Para juntarse las escuadras coligadas era preciso que hubiese alguna mas dilacion de lo que convenia. El Virey conformándose con el parecer de Fabricio Colona, creyó que entretanto debia sobreseer en la guerra, error muy grande, pues los venecianos vencidos en la Romanía se hallaban en el mayor aprieto, y en el conflicto dejaban sin guarniciones las plazas de la Pulla, cuya conservacion era lo que menos les importaba. El Rey Católico, viendo esta dilacion del conde y disgustado de que ántes le llegaban las noticias de las victorias conseguidas por los ejércitos del Papa y del de Francia, que los suyos saliesen á campaña, envió á mandar que sin pretexto alguno se moviesen y estrechasen las fuerzas de la Pulla.

Una gran victoria adquirida por los franceses junto al Adda acabó de desalentar á los venecianos, y cada uno de los confederados pudo con facilidad recobrar lo que tenia por suyo. En esta sazon llegaba el ejército del Emperador á Italia y Zamudio á Nápoles con dos mil soldados; con lo que poniendo el Virey en órden su ejército parecia

que queria partir. Pero núnca, dice Zurita, se hizo mayor demostracion para menos efecto; por lo cual la murmuracion no dejaba de roer á los que manejaban las cosas, acusando á Fabricio Colona, y no perdonando al mismo Virey. Movióse al cabo la infantería, y la mayor parte de la gente de á caballo y la artillería; y mudado el plan primero se trató de comenzar la guerra por lo mas débil, y dejando á Brindis y Otranto, atacar á Mola ó Trana, Poliñano ó Monopoli, que aun no estaba decidido por cual de estas plazas se empezaria. Dejó el Virey por lugarteniente suyo en la ciudad de Nápoles al conde de Potencia, y fué á reunirse con Fabricio en la Pulla, si bien no tuvo que desenvainar el acero. Trana se entregó por trato: las demás plazas tuvieron órden de los venecianos de darse al Rey Católico, con quien la república queria ponerse bien por separarle de la confederacion, lo que no era difícil, pues estaba inquieto con las conquistas de los franceses que se habian extendido mas de lo que convenia á su repartimiento. Y así no solo movió tratos para confederarse con los venecianos por la conservacion de sus estados, sino que luego cuando el Emperador propuso que los Príncipes coligados prosiguiesen sus conquistas hasta apoderarse de Venecia, él y el Papa se opusieron á este intento. Sin esta oposicion hubiera tenido entónces Venecia la suerte que lé ha cabido siglos despues; pero el Rey Católico conoció que estaba trabajando para que sacasen el fruto otros, cuya vecindad no convenia ni al sosiego de sus estados de Nápoles, ni al bien de la cristiandad. El conde de Ribagorza continuó poco en el vireinato: el 8 de octubre del mismo año 1509 fué llamado á la corte, y dejó por su lugarteniente á D. Antonio de Guevara, Gran Senescal del reino. Giannone dice que lo gobernó duran-

te dos años con tanta habilidad como prudencia; mas por lo que llevamos dicho se ve que su gobierno se resintió de timidez é indecision, y no debia estar muy satisfecho de su mando el Rey cuando le depuso tan pronto, siendo su sobrino.

(2) Mas exacto debe de ser el juicio que hace nuestro autor de su gobierno, contentándose con decir que lo hizo con mucha satisfaccion: efectivamente hay datos para creer que aunque no activo en la guerra, fué atento y considerado con los pueblos, y procuró conservarlos en paz y justicia.

III.

Don Raimondo de Cardona, conde de Albento (1), vino por Virey de este reino por el Rey Católico el año 1509: salió de él con ejército á Lombardía, donde sucedió la rota de Ravena el año 1512: quedó por su lugarteniente D. Francisco Remolino (2), cardenal Sorrentino: gobernó en su tiempo con grandísima satisfaccion y valor, castigando asperisimamente los malos y revoltosos, honrando y gratificando á los virtuosos y beneméritos, gente principal y de servicios. D. Bernardo Villamarin (3) quedó por lugarteniente en el dicho reino por el Rey Católico el año 1513, por ausencia del dicho cardenal, el cual fué á Roma á la creacion del nuevo Pontífice.

NOTAS.

(1) Don Raimondo ó D. Ramon de Cardona sucedió al conde de Ribagorza, y llegó á Nápoles en 24 de octubre de 1509 á tomar las riendas del gobierno. Al principio de su vireinato, mientras el Emperador Maximiliano se hallaba embarazado en su guerra contra los venecianos á pesar de los socorros que le proporcionaban los franceses, y el Papa se movia contra el duque de Ferrara, este Papa que si no era afecto á la casa de Aragon, necesitaba ahora de sus auxilios, dió al Rey Católico la investidura del reino de Nápoles, y relajó el censo que daban á la iglesia los Reyes sus predecesores. Esta ceremonia daba nueva fuerza en las ideas de aquel siglo á la posesion del Rey Católico por suponerse, aunque con fundamentos livianos, como está dicho, que el reino de Nápoles era feudo de la iglesia.

El Papa, el Rey Católico y venecianos hicieron liga en 1511, para quitar al Rey de Francia la posesion que habia usurpado en las cosas de Italia, y esta liga, aunque concluida por asuntos puramente humanos, se llamó santísima. Obligábase el Rey por ella á enviar dentro de 20 dias despues de su publicacíon á D. Ramon Cardona, ó á otra persona de igual calidad, con 1,200 hombres de armas, 1,000 caballos ligeros y 10,000 infantes españoles, y habian de seguir al general que él enviase, y obedecerle toda la gente del Papa y de la Señoría: las demás condiciones pueden verse en *Zurita, lib. IX, tomo VI.* Quedó con esto el Virèy de Nápoles de capitan general de las fuerzas combinadas de Italia, y el ascendiente español establecido sobre cimiento que parecia sólido. La

causa porque el Papa que hasta entónces habia estado rehacio para esta liga se apresuró tanto á formarla, fué el temor de que los florentines acogiesen la gente de armas de Francia, y que los cardenales cismáticos que bajo la proteccion del Rey de Francia se reunieron en Pisa, no procediesen á elegir antipapa. Formaban el campo de la liga muchos ejercitados capitanes, y otros que aunque por su corta edad aun no podian haber dado muchas de su valer, daban en cambio grandes esperanzas, y lo ilustraban con el esplendor de su nobleza. Estaban en él el conde Pedro Navarro, famoso por las hazañas logradas por la tenacidad de su espíritu, Antonio de Leyva, que si ya ilustre, habia de acabar de eternizarse en Pavía, Fabricio Colona, de los grandes y mas acreditados generales de su tiempo, y su yerno el marqués de Pescara, que comenzaba entónces la carrera que le habia de hacer memorable entre todos los capitanes de aquel gran siglo.

La primer jornada que hicieron fué tomar la Bastilla, lugar fuerte de la jurisdiccion de Ferrara. De allí fueron á poner cerco sobre Bolonia, donde estaban fortificados los hijos de Juan Bentivoglio con muy buena gente alemana y francesa. Mientras el nuncio trataba de concierto con los sitiados, el conde Pedro Navarro minaba sus muros, y el Papa hacia bajar de las montañas muchos esguizaros que hicieron gran daño en el Piamonte hasta llegar á Milan. Con estas prevenciones los negocios de los franceses en Italia iban muy de capa caida, cuando entró en ella D. Gaston de Fox, nuevo Virey que nombraron para Milán. Era aun muy jóven, y no tenia motivos de tener experiencia en las cosas de la guerra; pero en breves dias se inmortalizó. Con actividad increible juntó sus fuerzas, y fué contra los esguizaros; peleó con ellos varias veces,

y pudo tanto su esfuerzo y buena fortuna, que los echó de Italia vencidos y destrozados. Puso en seguida cerco con parte de su ejército sobre la ciudad de Bresa, y con el resto partió para Bolonia en socorro de los cercados. La estacion era de invierno, los caminos estaban intransitables de lodos y atolladeros; y sin embargo llegó con gran aparato de gentes y bagajes como pudiera un hombre solo desembarazado. Nadie le esperaba; y si con la presteza que llegó hubiese dado batalla á los enemigos sorprendidos, créese que con ella hubiese concluido la guerra. Cardona cuando supo que el de Fox era llegado, no teniendo por cosa segura trabar con él pelea, levantó el sitio de Bolonia, y tomó la vía de Toscana con tanta priesa, que dejó gran cantidad de vituallas en los alojamientos. El de Fox le siguió la retirada hasta que estuvo lejos de la ciudad, y no quiso seguir el alcance, pareciéndole bastante lo hecho.

Partido el campo de D. Ramon de Cardona del cerco de Bolonia, volvió Gaston de Fox á reunirse con los que cercaban á Bresa con la misma presteza y diligencia que habia anteriormente mostrado. En el camino desbarató á Paulo Ballon junto á la torre de Bañano, y prendió á Guido Rangon. Se apoderó de Bresa, donde se cometieron ináuditas atrocidades que deslustraron su victoria. Como viento impetuoso salió contra los enemigos que estaban algo reforzados, porque el cardenal Juan de Medicis habia enviado á pedir al Papa socorro, y los dos poderosos ejércitos viniéronse á juntar á tiro de lombarda en el territorio de Imola. Estaban los de la iglesia en lugar aventajado, porque desde unos cerros picaban á los franceses con su artillería, y pensaban sacarlos á pelear. Por el de Fox así hubiera sucedido; mas uno de sus capitanes, de quien

mucho fiaba, le fué á la mano, y movió su campo para Ravena, creyendo que ó tomaria la ciudad, ó el enemigo vendria á socorrerla, y allí pelearia con él de igual á igual y sin ventaja. Confiaba en su buena y gruesa artillería; y en que sus caballos ligeros eran mas en número, y mejores que los que mandaba Cardona. Este como entendió que el principal designio de los franceses era ganar á Ravena, á fin de prevenirlos envió con gran priesa á Marco Antonio Colona y á Pedro de Castro con los caballos ligeros de su compañía, y con ellos á los capitanes de infantería Paredes y Salazar para que se metiesen en Ravena, asegurándoles que luego se acercaria con todo el campo á defenderlos.

No bien eran llegados estos capitanes á Ravena, ya estaba sobre ellos el campo francés, y dió la mas terrible batería que pudo pensarse sobre la plaza; pero los de dentro se defendieron con incontrastable bizarría. El ejército de Cardona voló al socorro de la plaza, que está situada entre dos rios á lo largo de la marina, ambos vadeables, entre los cuales estaban acampados los franceses. Los de Cardona hallaron harto trabajo para atrincherarse y alojarse, y tardaron en esta operacion dos dias. Quedaron colocados el rio por frente y la infantería en la ribera, teniendo por trincheras hileras de carros armados de grandes venablos. La caballería se repartió en tres escuadrones, cuyos capitanes eran Fabricio Colona, Padilla y Carvajal, y el general de todos el marqués de Pescara. Los franceses anhelaban pelear, porque vista la resistencia de los sitiados y la falta de bastimentos, que les interceptaban los de Cardona, no tenian otro recurso que batallar ó retirarse; á los contrarios les convenia estarse quedos hasta que el hambre le mermase el enemigo, ó la retira-

da les diese ocasion de ir en su seguimiento. Adoptóse sin embargo el peor consejo, y se combatió con los franceses. Dícese que era de ver el general de estos Gaston de Fox, aunque mozo imberbe, alentar á sus soldados con la serenidad y el aplomo de un viejo capitan endurecido en las batallas; y el efecto mágico de sus palabras en aquellas gentes que lo amaban por su juventud, su belleza, su fortuna y lo ilustre de su alcurnia.

El primero que se movió á combatir de parte de los franceses fué el duque de Ferrara con la artillería, que pasó el rio y la puso de modo que podia herir de través á los soldados de la liga. Luego pasó tambien el rio la caballería ligera francesa que se trabó con la de Fabricio; y conociendo desde luego este la ventaja que llevaba á la suya, rogó encarecidamente al conde Pedro Navarro que se llegase á socorrerle con el escuadron de los españoles; mas este no quiso, opinando debia estar firme mientras jugase la artilleria enemiga. Por falta de este socorro comenzaron á desmayar los caballos de Fabricio; y en un momento fueron desbaratados con muerte de muchos hombres señalados, tanto que Fabricio desesperado se metió á morir en lo mas recio de la pelea, y allí fué hecho prisionero por el duque de Ferrara. Desbaratada la caballería llegaron los alemanes que estaban al servicio de Francia al escuadron de Pedro Navarro que era de españoles, mandados por el famoso capitan Zamudio. Con tan buen jefe arremetieron en muy buen órden, haciendo grande destrozo en los tudescos. En otra parte andaban envueltos los italianos con los gascones, cuyo general murió despues de haber visto espirar á un hijo suyo. Corrieran los italianos grandísimo peligro, si los españoles del segundo escuadron no acudieran á socorrerlos, que los del prime-

ro todavía andaban envueltos con los tudescos, trayéndolos tan acosados, que fué menester que Gaston de Fox acudiese con su caballería, que andaba victoriosa por el campo. Rodeó esta el escuadron de los españoles con tanta ventaja que no quedara uno, si con esfuerzos ináuditos no rompieran por ella y se retiraran con muy buen órden á un camino de la otra parte del rio, donde se fortalecieron por una parte con sus aguas, y de la otra con una trinchera del alojamiento, de modo que no pudieron abrir en ellos brecha. Entónces quiso Navarro como Fabricio morir peleando, y fué como él hecho prisionero. Desde aquel momento quedó casi conocidamente la victoria por los franceses; y Fox comenzó á tratarse como vencedor. Quedaron prisioneros los mejores y mas principales capitanes, y con ellos el legado Juan de Medici, que dicen quedó en el campo auxiliando con caridad cristiana á los muertos y moribundos; lo cual no es extraño, pues los hombres de aquel siglo en medio de sus vicios, tenian encendida la virtud de la fé. Fox no satisfecho con tanto como habia logrado, quiso completar la victoria persiguiendo á los fugitivos; mas habiéndose separado demasiado de los suyos con su primo Lautrech, cayeron en manos de una banda de enemigos que irritados con la derrota los mataron sin que les valiese dar sus nombres, ni ponerles delante las ventajas de su cuantioso rescate. Estas muertes fueron provechosas á los españoles para que libremente se pusiesen en salvo, y robó á los franceses la mejor parte del fruto de su victoria. El campo de la liga, es cierto, cayó en sus manos y Ravena fué entrada y saqueada con un furor brutal.

Tal fué la famosa rota de Ravena, acaecida el dia de Pascua florida 12 de abril de 1512. En el número de muer-

tos hay varias opiniones, y algunas exageradas. Hay quien dice murieron 15,000 combatientes, quien que 25,000, y hay quien hace subir la pérdida hasta 30,000. Debe calcularse que fué grande, pues de una parte y otra habia soldados aguerridos y excelentes capitanes de los pueblos mas valerosos de Europa, y los vencidos no se dejaron arrebatar la victoria de las manos sin heróica resistencia. Tenia el ejército francés aquel dia segun algunos afirman 24,000 infantes entre franceses, gascones, alemanes é italianos, inclusa la gente del duque de Ferrara: 2,000 hombres de armas, mas de 2,000 caballos ligeros y 50 piezas de artillería; y el ejército de la liga, que en la fama era de 18,000 infantes, no llegaba de cierto con mucho á la mitad en los españoles, tenia hasta 4,000 italianos: la gente de armas eran hasta 700 de las capitanías de España y 500 italianos, la caballería ligera 1,000 españoles y otros tantos italianos. Cúlpase á Pedro Navarro de la pérdida de esta batalla. Fabricio Colona no queria presentarla por las razones arriba expuestas; mas él por mal carácter, dice Zurita, sin mas objeto que llevar la contraria á Fabricio, se empeñó en que se diese. El Virey cargó con la responsabilidad de seguir un consejo, que no era el mas prudente y acertado. En Zurita puede verse por extenso la relacion de esta batalla, que difiere de la que hemos formado en algunas circunstancias. Nosotros en la que damos hemos seguido á Illescas que generalmente traduce á autores italianos.

Cuando el Virey salió de la batalla bajó á la marina á Pésaro, y de allí fué á Ancona para recoger la gente que pudiese, y efectivamente allí fué reuniendo mucha gente. El Rey Católico cuando supo la rota, aunque mostró no desanimarse, pensó en enviar al Gran Capitan á Italia, si

bien esta ida no llegó á verificarse, y mandó que entretanto el Virey recogidos los dispersos pásase á Arimino sino estaba perdida esta plaza; y en caso que lo estuviese, en cualquier otro lugar próximo á la marina, y de los mas cercanos á los enemigos, con lo cual se ganaba reputacion y se ponia miedo en la gente francesa. Tenia el Rey decidido que en llegando el Gran Capitan, Cardona fuese á Nápoles á servir su cargo de Virey, y proveyó que entretanto D. Hugo de Moncada estuviese en este reino de capitan general. El Virey desde Ancona ántes de saber lo que el consejo del Rey disponia, acordó ir á Nápoles, contra el parecer de algunos que no quisieran se abandonase el teatro de la guerra ántes de haber recobrado algo de la perdida reputacion. Mas él, que ante todo quiso proveer á lo necesario, no dilató su ida que fué de gran provecho. Allí rehizo el ejército para volver con toda presteza la vía del Abruzzo; y desde allí envió con Luis de Icart razon al Rey de todo lo sucedido, y otro comisionado á Sicilia para que se recogiesen todos los caballos que se pudiesen haber.

Las resultas de la victoria de Ravena fueron de poca consecuencia para los franceses. Creyendo por su parte acabada la guerra se descuidaron en prevenciones militares; lo cual visto por el Papa y venecianos reforzaron su campo. Trajeron esguizaros, y el Emperador Maximiliano, que favorecia al Papa, mandó á los alemanes, que servian al Rey de Francia, que abandonasen sus banderas como de cismático y rebelde. El cardenal Juan de Medicis se escapó cuando los cardenales cismáticos lo llevaban prisionero á Francia. Placencia se declaró por el Papa. Entónces Mr. de la Palisse, á quien los franceses habian dejado por Virey de Milán, conoció el error que hiciera en

quedarse sin gente, y con la mayor diligencia juntó la que pudo para salir á campaña. Con todo eso, los venecianos que le llevaban gran ventaja cobraron á Cremona y á Pavia. El Rey de Inglaterra entró entretanto en la Guinea como tenia ofrecido, y la Palisse para acudir al peligro de casa tuvo que dejar desamparado el ducado de Milan, que volvió al poder de Maximiliano Sforzia, y con esto se dió fin á esta desastrosa guerra, y quedó la Italia libre de la servidumbre de los franceses. Don Ramon de Cardona, volviendo á ponerse al frente del ejército de la liga, reparó en cuanto pudo la quiebra anterior de su reputacion.

Era casi imposible la paz en aquellos tiempos. Dos años despues, en 1513, el Emperador importunaba al Virey para que hiciese la guerra á venecianos, y el Papa por su parte le hacia grande instancia para que con su ejército fuese contra el duque de Ferrara. El Virey le dió esperanzas; mas viendo que el Papa estaba muy enfermo, que si muriese todo el bien de la cristiandad dependia de que se eligiese un buen Pontifice; que el duque de Ferrara perderia el miedo, y los Bentivoglios recobrarian ánimo para volver á Bolonia, detúvose con el ejército hasta ver á donde convendria acudir primero. El Papa murió, y fué electo en su lugar el cardenal Juan de Medicis con nombre de Leon X. El Rey de Francia se confederó con los venecianos; y el Católico asentó tregua con él. En Nápoles se rebelaron algunos vasallos de los barones. El Emperador hizo instancia al Rey Católico para que el Virey Cardona quedase con el ejército en Lombardía. Los franceses pasaron contra el duque de Milán que se recogió en Novara; y suizos y franceses trabaron batalla junto á este pueblo, siendo estos últimos vencidos. En Génova los Adornos y Fliscos con el auxilio de la Francia habian echa-

do de la ciudad los Fregosos; poco despues volvieron estos con el favor del Virey, que hacia la guerra con buen éxito contra venecianos, llegando á vista de la capital y bombardeándola, y venciendo despues junto á Vencencia á Bartolomé de Albiano, capitan general de la Señoría. Durante estos sucesos la provincia de Calabria andaba rebelada contra sus señores, hasta que las serias providencias del Virey la aquietaron: sobre lo cual y otros sucesos hasta la muerte del Rey Fernando el Católico, puede verse á Zurita en la segunda mitad del sexto tomo de sus Anales.

Muerto el Rey Católico, Cárlos su nietò, que se hallaba entónces en Bruselas, escribió una carta afectuosa á la ciudad de Nápoles, en la cual ofreciéndole su benevolencia, le encarga al mismo tiempo que reconozca y obedezca en lo sucesivo á D. Ramon de Cardona, como lo habia hecho hasta entónces, pues él lo confirmaba en el empleo de Virey. Los grandes gastos de este Príncipe, en especial desde que fué hecho Emperador, le obligaron á exigir un donativo de los pueblos, merced al cual se obligaba á confirmarles sus privilegios y concederles otros nuevos. El reino ofreció trescientos mil ducados, y en consideracion á esta oferta se confirmaron los privilegios anteriores, y se concedió que en lo sucesivo no pudiese echársele ninguna nueva gabela. Todos estos actos fueron ratificados por el Virey Cardona en 1520. Pero de poco valieron estas promesas: el Emperador y el Rey de Francia se habian hecho enemigos irreconciliables; estaban en una guerra incesante, y la guerra no se hace sin dinero.

Siguió D. Ramon de Cardona gobernando á Nápoles hasta el 10 de marzo de 1522, en que murió. Su cuerpo fué depositado en la capilla de Castelnovo, y en seguida

trasladado á Cataluña á la iglesia de Monserrate. Giannone dice que teniendo en cuenta las circunstancias en que gobernó este Virey, no puede quejarse Nápoles ni de su habilidad ni de su prudencia para el gobierno civil; y así su conducta fué muy del agrado del Rey Fernando, y mas aun del Emperador Cárlos V, que sintió profundamente su muerte. Respecto al cariño que le tenia el Rey Fernando, debe decirse que á todos extrañó mucho que le hubiese conservado en el mando despues de la desgracia de Ravena, mucho mas habiendo sido ocasionada por una desobediencia á sus órdenes, y por este afecto se murmuraba, dice Zurita, que Cardona era hijo del Rey. No habiendo dejado al morir quien le sustituyese en el mando, ni nombrado el Emperador sucesor, gobernó el Consejo colateral hasta el 16 de julio en que vino D. Cárlos de Lanoya.

(2) Obligado Carmona á estar perpetuamente ausente de Nápoles por su cargo de capitan general de la liga, quedó el cardenal Sorrentino por lugarteniente en el reino, y gobernó con prudencia y tino. Luego que supo la rota de Ravena, temiendo que este desastre no fuese causa de alguna repentina mudanza en los ánimos de los barones, dió aviso á D. Hugo de Moncada que era Virey de Sicilia, y por poder del Rey, capitan general de ambos reinos, mientras Cardona estaba ocupado en la guerra. Requirióle el cardenal que viniera con gente de á caballo y de á pié á pretexto de desempeñar su cargo, y él siguió vigilante. Tenia aviso que el conde de Montorio del Aguila tenia alguna inteligencia con franceses, tampoco le merecia entera confianza Prospero Colona, respecto á las cosas de Roma; y así no perdió de vista al primero y al segundo que estaba en Fundi; lo envió á llamar á pre-

testo de que hallándose solo tenia necesidad de su consejo, mucho mas habiéndose declarado el duque de Urbino por la parte de Francia. Don Hugo en cuanto tuvo la noticia, apresuró los preparativos de su viaje, comenzando á poner en órden todo lo necesario para el pasaje, y juntando 1,000 infantes, 500 caballos y algunas piezas de artillería, con ánimo de hacer mas gente en Calabria si hacia falta. Cuando el Virey Cardona partió á Nápoles á reponerse de la derrota, el cardenal salió á recibirle hasta Capua y le acompañó hasta la misma capital. Puso al momento el mando en sus manos, á pesar de que pensando volver á Lombardía, el gobierno del Virey en propiedad podia ser muy breve; mas el Rey, viendo que habia tenido el reino bien gobernado y pacífico, no le permitió que hiciese dejacion de su destino. Húbolo de hacer luego, segun nuestro autor, cuando fué á Roma á la eleccion de Pontífice. Fué esta eleccion la del Papa Leon X, verificada el año siguiente de 1513.

(3) Siguióle en la lugartenencia el almirante Bernardo de Villamarin. Durante su gobierno, el gran Turco puso en el mar una grande armada, que se temió fuese contra la isla de Rodas, irritados los turcos de los daños y guerras que les hacian las galeras de la religion de San Juan en todas aquellas costas de Levante. De órden del Rey tuvo por este recelo muy en órden todos los puertos del reino, y armó algunas galeras y carracas, no fuese caso que divulgándose empresa contra Rodas mudase de intento y descargase sobre algun punto de Nápoles ó Sicilia. Municionó y proveyó perfectamente los castillos y fuerzas de la Pulla, y sobre todo las plazas de Otranto y Brindis. Los barones de la parcialidad anjoina residian en sus tierras y daban malos tratamientos á sus vasallos; asi

muchos de ellos comenzaron á rebelarse. Estaban las provincias de Calabria y Pulla sin gobernadores, porque Hernando de Alarcon, que lo era de Calabria, y el marqués de la Padula, que tenia el cargo de la Pulla, se hallaban en el ejército del Rey; y aunque en Calabria el doctor Cuadra administraba justicia rígida y sin excepcion de personas, como faltaba gente armada para poner á raya á los culpados, remediaba poco. Auxiliados y aconsejados de franceses y venecianos los de Marturano se levantaron contra el conde, y no habiéndose hecho demostracion alguna de castigar este desman los imitaron los de Semenara, Policastro y Santa Severina, que se rebelaron contra sus respectivos señores, llegando los de Santa Severina á herir y dejar por muerto á su conde, escalando el castillo. A Juan de Leon le mataron sus vasallos en uno suyo, y se hicieron otros muchos desórdenes y tumultos en varias partes, siendo sobre todo notable lo que en la semana santa sucedió al conde de Maynieri del Abruzzo estando en Petrela, fortaleza suya: un tal Jacobeto, marido de una tia suya bastarda, que vivia en Civita-ducal en los confines del reino, la escaló y entró dentro con unos cuarenta hombres que mataron al conde y á su mujer con cinco hijos, y no se salvó sino casualmente una hija. Con estos desórdenes feudales, ocasionados por la falta de fuerza armada para hacerse respetar, tuvo que luchar el almirante Villamarin. El feudalismo se habia arraigado en el reino de Nápoles en tiempos anteriores con harto detrimento de los pueblos. Aun en el siglo XVII se hacian todavía conocer sus males; así un literato español, Cristóbal Suarez de Figueroa, ya citado, y á quien seguirémos citando en estas notas, dice en una obra que escribia en 1629: "Padecen en este reino muy grande

opresion los súbditos de esos que llaman barones, y como llagas de ausentes ni son vistas ni curadas. Apenas les dejan libres los ahumados rincones, ántes la libertad de la respiracion segun los tienen opresos y supeditados. Caso cierto lastimoso, y sobre todo indigno de que suceda en el imperio felicísimo de tan ínclito y católico monarca y de tan grandes y rectos ministros, sus tenientes. El que llega á esta ciudad nobilísima, jardin de suavidades, de todas cosas floreciente, juzgan se hallan como ella los otros lugares del reino, mas corre notable diferencia. Todo es por allá miserias, todo desdichas y llantos de los afligidos pueblos por mil caminos vejados etc."

IV.

Don Cárlos de la Noya (1) vino por Virey de este reino por el Emperador Cárlos V, y salió con ejército con toda la caballería de este reino para el estado de Milán, donde sucedió la notable victoria debajo de Pavía y rota del ejército francés, presa del Rey Francisco de Francia, año de 1525. El cual Rey no quiso rendirse, siendo preso y herido, á Borbon de su sangre Real: solo dió su guante y se rindió preso por el Emperador Cárlos V al dicho Don Cárlos de la Noya, Virey de Nápoles. Gobernó este poco tiempo con tanta satisfaccion y valor, que dejó eterna memoria de su gobierno, valor y cortesía.—

Quedó por su lugarteniente Andrea Carrafa (2), conde de Santa Severina, el año 1526: gobernó en su tiempo con mucho valor y satisfaccion de toda la nobleza y pópulo de esta fidelísima ciudad: no hubo cosa digna de memoria.

NOTAS.

(1) Cárlos de la Noya, sucesor de Cardona, era un excelente capitan muy experimentado en las cosas de guerra, y segun la crónica del marqués de Pescara, publicada por Miguel de Zapila, hombre muy señalado por su astucia secreta y prudencia cubierta. Cuando llegó á Nápoles dió á esta ciudad señales de benevolencia; y pocos meses despues la concedió diversos privilegios, que se expidieron en Castelnovo en octubre de 1522. Pero las esperanzas, que se fundaban en su gobierno, se vieron frustradas, á causa de que no siguió á Nápoles mas que un año; pues estando Prospero Colona, general del ejército de Lombardía, física y moralmente debilitado por la vejez é incapaz de sostener el peso del mando, el Emperador le ordenó, que conservando el título y honores de Virey, fuese á ponerse al frente de aquel ejército. Estaba Prospero Colona, cercado con estrecho sitio por los franceses en Milán y doliente en cama: el marqués de Pescara que era quien podia suplir su falta, retirado en Iscla, no muy contento de la paga que se habia dado á sus anteriores servicios, y los franceses aventajados en Italia; este era el estado de las cosas cuando Cárlos V envió á Lanoya á Lombardía

con toda la mas gente que le fuese posible. Lanoya, que no era bajamente envidioso de sus compañeros de armas, conoció las ventajas que le traeria llevar consigo al marqués de Pescara, y consiguió con promesas que abandonase su retiro. Antes de que llegase á Lombardia, el general francés envió infructuosamente á sitiar á Cremona. Malograda esta empresa, y mortificado el ejército sitiador de Milán por la intemperie del invierno, tuvo que levantar el campo con gran pérdida; y Prospero Colona que estaba á los últimos, murió con el consuelo de haberlos vencido desde su lecho. Muerto Próspero, los cargos de la güerra se repartieron por órden del Emperador entre el marqués y Lanoya; y aquí es de alabar la moderacion de este último, pues si él no hubiese llamado al marqués haciendo justicia á su relevante mérito, la gloria del mando hubiese correspondido á él solo. El marqués acabó de arrojar á los franceses de Lombardía, y pasando tras ellos á la Provenza puso sitio á Marsella: todos los cuales sucesos pueden verse en Paulo Jovio, Vida del marqués de Pescara, en la Crónica del mismo marqués compilada por Valles y publicada por Zapila en Zaragoza, en la historia Pontifical de Illescas, y en la del Emperador Cárlos V por el obispo Sandoval.

Lanoya quedó en Italia mientras el marqués junto con el duque de Borbon, que quejoso del Rey de Francia habia pasado al servicio del Emperador, hacia la guerra en Provenza. Segun Illescas, no se pudo acabar con él que fuese á esta empresa, de que no esperaba buen fin; y así fué á la verdad, pues no consiguiendo los imperiales apoderarse de Marsella, tuvieron que emprender una retirada, que por lo bien conducida pasa por una de las mejores hazañas de Pescara, y fué conocida entre los ita-

lianos con el nombre de la *bella retirada*. Irritado el Rey de Francia con el atrevimiento de haberle los capitanes imperiales llevado la guerra á su reino, atravesó poderosamente los Alpes por octubre de 1524. Llegó con tanta presteza al Tesino, que no dió lugar á la gente de Esforcia para salvar la artillería que habian sacado del castillo de Novara; y envió un embajador á los milaneses para que se le rindiesen y con él al marqués de Saluzo con una banda de caballos, y al conde Ludovico Belgiojoso Barbiano con un escuadron de naturales del país, que huyendo de los imperiales y de Esforcia se habian refugiado en Francia. Esta gente llevaba órden de ocupar las puertas de la ciudad. Tal prisa se dió Esforcia en abandonarla y en llevarse en una barca á Cremona, que los imperiales y en particular Lanoya, sospecharon que su retirada no era hija del miedo, sino de consejo oculto porque no se fiaba mucho de su fé. Dejando en Pavía á Antonio de Leyva con los tudescos, (que Pescara no quiso desmembrar ni apartar de sí á los españoles en quienes fundaba su esperanza para los casos inciertos de la guerra) envióse á Milán al capitan Alarcon con una banda de caballos ligeros para que sostuviese el ánimo de los ciudadanos, y luego tras él fueron Lanoya y el duque de Borbon juntamente con el marqués. Entendida la venida de estos huyeron los trompetas franceses y el marqués de Saluzo, que ya estaban dentro; mas el Rey Francisco, que no quiso abandonarlos en este trance, les envió socorro con dos buenos capitanes Mr. de la Palise y el duque de Albania. Antes que estos llegasen, que tuvieron que caminar de noche por malos pasos, los imperiales habian sido recogidos dentro; mas siendo pocos y cansados, á la venida del socorro francés, se retiraron á

Lodi, no sin escaramuzar ántes en las calles de Milán.

Temió Pescara que el Rey de Francia fuese á sitiarle á Lodi, que no estaba tan en buena defensa como se creía; mas luego que supo que marchaba sobre Pavía, se alegró segun dice su cronista, y preveyó que seria de los imperiales la victoria. Mucho se ha escrito sobre el famoso sitio y batalla de Pavía. Puede verse sobre este asunto á los escritores ántes citados, mas sobre todo al cronista del marqués de Pescara, que es el que da relacion mas larga y circunstanciada, que por ser el libro raro, con gusto copiáramos aquí, si fuera de nuestro intento.

El Papa Clemente, aunque sin dar apoyo á uno ni otro partido, inclinábase á los franceses, á quienes veia triunfantes. Por su consejo el duque de Albania pasó al reino de Nápoles por la Sabina, espantando á los napolitanos despojados de toda guarnicion de guerra. Con esto se trataba de atraer hácia estos estados parte del ejército imperial, que así dividido no hubiera podido emprender nada contra el Rey Francisco, que apretaba á Pavía. Entrado el duque en la tierra del Aquila, Renzo de Ceri alzó infantería á sueldo de aquella tierra, para favorecer á los franceses, y solicitó del ducado de Espoleto á todos los adheridos al bando Ursino. Nápoles, conmovido con el miedo de los franceses y de un levantamiento de sus parciales, escribió á Lanoya que desde el Abruzo y especialmente desde Aquila solicitaba el enemigo los favores de la parte Angioina. Movido por estas cartas estaba muy determinado á volver al reino, cuya custodia le habia encargado particularmente el Emperador, y pensaba llevarse la caballería napolitana con la infantería española y tudescos; pero el marqués de Pescara que conoció el ardid se opuso á su marcha, diciéndole que dividido el ejército ni el uno

podria guardar el reino de Nápoles, ni el otro hacer frente al Rey de Francia; cuando conservándolo unido todo lo decidiria el trance de una batalla, en que si era vencido el Rey de Francia, tendria que desocupar Nápoles y la Lombardía, dándose por muy satisfecho con poder volver á su reino. Esta reflexion del marqués convenció á Lanoya. Despues de algunos hechos de armas se trabó la batalla de Pavía. El Rey de Francia estaba muy ufano con que ántes se habia apoderado de la artillería de los imperiales, y esta ufanía contribuyó á su pérdida. Rotas iban por todas partes sus escuadras, y el Rey desprovisto de todo socorro y guardia trabajaba entre montones de muertos por salvarse. Algunos caballeros imperiales mezclados de diversas escuadras le comenzaron á perseguir; y aunque él sin desanimarse revolvia su caballo y batia el estoque contra los que venian cerca, el caballo herido, cayó al saltar un foso y cogió debajo á su augusto ginete. Aproximáronsele Diego de Avila y Juan de Urbieta, y no conociéndole le pusieron el hierro á la garganta para que se rindiese. Llegó entónces un capitan francés de la caballería de Borbon, y conociendo al Rey en el rostro, le exhortó á rendirse al duque de Borbon, que estaba no muy lejos de allí. El Rey desechó con indignacion esta propuesta y dijo con aire imperioso: "llamad á Cárlos Lanoya." Entretanto el capitan francés iba volando á llamar al duque, llegó allí Lanoya, y haciendo apartar la multitud le dió la mano y lo alzó.

Armado como estaba, llevósele en un pequeño caballo al campo de Lanoya, mientras los vencedores seguian el alcance y acababan de destruir á los vencidos. Curó allí sus heridas, que eran de poca consideracion, y manifestóse sufrido y decoroso. Pocos dias despues fué llevado con

guarda á un lugar llamado Pizziguiton, y allí le visitó Pescara. Este gran suceso de la prision del Rey aterró á todos los Príncipes de Europa, que temieron ser avasallados de la persona del Emperador. El prisionero creyendo que sacaria mejor partido en su suerte viéndose con él frente á frente, formó el proyecto de ser llevado á España por el desengaño de ver que el Papa y venecianos, en viéndole desgraciado, le habian abandonado. Concertóse con Lanoya que consultase con los principales capitanes y soldados como era bien que el Rey fuese llevado á Nápoles para su mas segura custodia; temiendo Lanoya que al publicar su verdadero intento no se opusiesen el duque de Borbon y Pescara al viaje determinado. Así, pues, mientras corria la voz que en Castelnovo se preparaba la prision del Rey, fué llevado á Génova y embarcado; y en pocos dias con buen tiempo y viento llegó á España. Sabido esto por el duque de Borbon y por el marqués en un mismo tiempo, sintieron gran ira y dolor contra Lanoya, especialmente Borbon que juzgó este acto en desprecio del supremo mando que tenia en el ejército, y vínose á España sin otro objeto que dar quejas contra él, reprendiéndole muy agriamente segun el cronista de Pescara, de que por la malicia de su naturaleza habia sido atribuida y cargada gran sospecha de infidelidad á él y al marqués, y públicamente decia que Lanoya con gran desvergüenza procuraba quitar y usurpar para sí todo el fruto de esta victoria. El Emperador no hizo el mayor caso de estas quejas, aunque apoyadas con terribles cartas que se recibieron de Pescara. Lanoya contribuyó con su ascendiente sobre el Emperador á que se pusiese en libertad al Rey de Francia, el cual prometió cuanto se quiso, y luego en vez de cumplir sus promesas hizo liga contra su

libertador con el Papa Clemente VII. A esta conducta en Rey tan caballero, ni aun la adulacion puede encontrarla excusa.

Los Príncipes de Italia descontentos del ascendiente que con estos sucesos tomaban las cosas del Emperador en aquella península, trataron de arrebatarle el reino de Nápoles. El alma de este negocio fué Gerónimo Moron, hombre intrigante y revoltoso, secretario de Francisco Esforcia, y del cual luego se valió el Emperador para sus asuntos diplomáticos. Viendo quejoso al marqués de Pescara por agravios que se le figuraba haber recibido del Emperador, en los que no entraba por poco la aficion que este monarca manifestaba á Lanoya, hizo que le ofreciesen favor y ayuda para alzarse Rey de Nápoles y absoluto señor de todo lo que el Emperador tenia en Italia. El mismo fué por embajador á proponérselo, porque era íntimo amigo del marqués. Estaba este en Pavía y á esta plaza pasó Moron á hacerle su propuesta. Fingió el marqués al principio que no le desagradaba; y cuando se descubrieron mas abiertamente los planes que los señores italianos fraguaban, dió parte al Emperador de todos estos tratos. Fué poniendo guarniciones en todas las ciudades y plazas importantes como para segundar los proyectos de los que le aconsejaban la traccion; y cuando vió que ya era tiempo de arrojar el disfraz, envió á llamar á Moron; púsole preso en poder de Antonio de Leiva, y casi en un mismo dia él y sus capitanes se apoderaron de todas las plazas de Lombardía. Acusó de traidor á Francisco Esforcia que se conservaba enfermo en el castillo de Milán, y púsole cerco; mas en tanto que le tenia sitiado le sobrevino á Pescara una calentura maligna que segó su vida en la florida edad de 35 años.

Mientras esto pasaba en Italia, Lanoya acompañaba al Rey Francisco hasta ponerle en sus estados. Poco despues se verificó la alianza de este Rey con el Papa contra el Emperador. Al Papa no le sucedió bien en este paso, porque los Colonas que eran partidarios de España se unieron con el embajador de esta nacion y con Don Hugo de Moncada, como se dirá en su artículo, y saquearon el sacro palacio. Resentido de este paso de los Colonas, y no atreviéndose con los oficiales imperiales, afectó que su resentimiento y su cólera era solo con los primeros; pero no le valió, porque los españoles miraron la causa de estos como suya. El cardenal Pompeyo Colona, excomulgado y oprimido por la furia pontificia, acudió á Lanoya que ya estaba en Nápoles (*), rogándole tomase su defensa, pues el Papa haciéndole á él la guerra habia roto la paz que tenia capitulada con el César, de quien

---

(*) Segun Paulo Jovio en la vida del cardenal Pompeyo Colona, el Emperador viendo que el Papa despues del convenio hecho con D. Hugo de Moncada reunia tropas, envió á Lanoya á Italia con 6,000 españoles y una armada de 30 bajeles, y escribió á Fernando su hermano que enviase asimismo á Italia al capitan George Franispergo, caudillo muy celebrado de Baviera, con 18,000 tudescos. Las galeras francesas y las venecianas se encontraron con Lanoya en el mar de Córcega. Habiéndose detenido Ludovico Armero general veneciano con la mitad de sus galeras en puerto Venero, llegaron aunque muy tarde sobre el enemigo Andrea Doria, Pedro Navarro y Paulo Justiniano, y lo combatieron con la artillería gruesa. Echaron á Lanoya á fondo dos de sus naves con los soldados y tres se destrozaron con gran matanza de marineros: la capitana quedó tan mal parada que poco faltó para que fuese á pique. Levantóse por fortuna un viento favorable que le ayudó á separarse, y fué á Puerto-Hércule, y desde allí llegó salvo á Gaeta.

pendian los asuntos de la Casa Colona. Parecióle justa á Lanoya esta demanda del cardenal, y tomó el asunto por propio; para lo cual por espantar al Papa (copiamos palabras de Illescas) con el ordinario terror que se acostumbra contra los Pontífices, comenzó luego á publicar concilio general en Alemania, y propusieron citaciones al Papa para que dentro de cierto término pareciese personalmente en Spira, así para dar órden á las cosas de la fé, trastornadas por Lutero, como para remediar otros escándalos. No se descuidaron entre tanto ni el cardenal Pompeyo ni Lanoya en resistir la furia de la gente de guerra; y dióse aviso á Borbon que pasase con la gente desde Lombardía á Roma. Lanoya dejó por su lugarteniente á D. Hugo de Moncada, y salió con todas sus gentes á cercar la villa de Frusinon.

El Papa que solo pensaba hacer la guerra á los Colonas, cuando vió que el Emperador tomaba cartas en el negocio, se declaró abiertamente contra él y trató de ponerle en litigio el reino de Nápoles. Escribió á un caballero francés, descendiente por línea recta del linaje de los duques de Andegavia, ofreciéndole la investidura de aquel reino, y favor y ayuda para conquistarlo, si pasaba para tal empresa. Con el auxilio del Rey de Francia puso este caballero con toda brevedad sus galeras, y con ellas causó grandísimo temor en la costa de Nápoles, saltando en tierra, tomando á Salerno y pasando con su campo hasta ponerse á vista de la misma capital, sin que Moncada pudiese hacerlo retirar, porque los franceses se resistieron con vigor. Lanoya y el cardenal Pompeyo seguian sobre Frusinon, que se defendia tenazmente. Era su guarnicion de la gente de Juan de Médicis, que en memoria de su difunto capitan iba vestida de negro, por lo cual

en Italia la llamaban *las bandas negras*. Daba prisa Colona, á que se probase el último recurso del asalto, porque sabia que los capitanes del Papa debian venir en su socorro, y así sucedió que vinieron y obligaron á los imperiales á levantar el cerco, culpándose á la inaccion de Lanoya de este contratiempo. Los imperiales fijaron su campo junto á Castro, y á no poca distancia de los enemigos en Posio y Cecano. Allí gastaron el tiempo unos y otros en escaramuzas de poca importancia, porque, segun Illescas siguiendo á Jovio, los capitanes del Papa, que eran mercenarios, no trataban sino de alargar la guerra y con ella las pagas; y los imperiales esperaban á Borbon que debia llegar muy pronto.

El Pontífice que era poco amigo de gastar estaba aburrido, y el Emperador tenia ganas de componerse con él. Fué con este motivo F. Francisco de los Angeles, general de los franciscanos de Roma, y se concluyó la paz á 13 de marzo de 1527. Una de sus condiciones era que Lanoya enviase su ejército á Nápoles; que el Papa despidiese el suyo, y que Lanoya quedase en Roma hasta que por su negocio y diligencia Borbon, á quien se temia, porque inhumanamente iba saqueando todo el pais por donde pasaba, diese la vuelta á Milan. Entróse con esto Lanoya en Roma, quedando en rehenes en su campo el cardenal Tribulcio. La indisciplinada gente de Borbon hizo poco caso de las paces concluidas, y prosiguió su camino, de lo cual sabedor el Papa envió á Lanoya á hacerlos entrar en razon, y él tomó esta comision con mucho gusto. Pero hallóse á riesgo de costarle la vida, porque en el camino estuvieron para matarle unos villanos, y en el campo estuvo para ser despedazado de los soldados, consentidos ya en saquear la capital del orbe cristiano. Asi

sin que él les pudiera ir á la mano, dióse á Roma el asalto, en que murió el duque de Borbon, y la ciudad fué entregada al mas espantoso saco. A los horrores del saqueo acompañaron los de la peste que hizo gran estrago en vencidos y vencedores. El Papa fué sitiado y preso en el castillo de Santangelo. Despues salió fugitivo y disfrazado para Orvieto. Dos dias ántes que hiciese esta jornada murió en Roma víctima del contagio el Virey de Nápoles Cárlos Lanoya. El Emperador premió sus servicios haciendo á sus sucesores Príncipes de Salmona, y con este título comenzaron á alternar entre la nobleza mas encumbrada de Nápoles.

Giannone dice que fué un grande y experimentado capitan, y no pudo ser de otro modo segun la confianza que en tiempos tan revueltos tuvo en él el Emperador; mas Illescas traduciendo á Jovio, dice, al hablar del cerco de Frusinon, que sabia muy poco en asuntos de guerra. Parcialidades de Jovio. El cronista del marqués de Pescara, dice, que Lanoya era poco querido de los grandes señores, y que el único que con sutil ingenio cultivó su amistad fué D. Hugo de Moncada. Dejábanle de querer, dice, por envidia y por odio. "Porque parescia que habia ocupado, no por nobleza de sangre ni por alguna virtud ilustre, sino solamente por una continua perseverancia de fiel servicio, como plático y gentil ginete y como maestro de juegos mucho mas ambiciosamente de lo que convenia, todo el lugar de otro en la gracia del Emperador."—Y mas adelante dice que cuando quejosos Borbon y Pescara de que sin darles parte hubiese llevado á Francisco I á Madrid, y sospechosos de que tratase de atribuirse la gloria de Pavía, trataron de malquistarle con el Emperador, este monarca "partió con tal sem-

blante sus quejas que parecia querer excusar lo que Don Cárlos Lanoi, por la mucha aficion que le tenia, habia hecho, dichosamente." El mismo Emperador aplacó al marqués de Pescara, diciéndole que el paso que habia dado Lanoya no lo habia hecho movido por ninguna envidia, sino por el provecho de la república. "Tanta era la gracia, prosigue el autor, que tenia Lanoya con el Emperador que no solo era juzgado ser muy favorecido de él, por la continuidad de servicios agradables y por el singular oficio y siempre fiel en todas las cosas, mas aun por oculto aspecto de estrella benigna." La verdadera estrella benigna es que el Emperador encontraria en él que reunia á una extremada fidelidad otras cualidades sobresalientes. Los escritores franceses celebran su moderacion y cortesanía; y fama de moderado y cortesano debia tener cuando Francisco I lo prefirió á todo otro para entregarle su espada. Cuéntase que el Rey hablando en italiano le dijo: "Monseñor de Lanoya he aquí la espada de un Rey que merece ser alabado, porque ántes de entregarla se ha servido de ella para derramar la sangre de muchos de los vuestros y que no está prisionero por cobardía sino por un revés de la fortuna;" y que Lanoya le contestó, poniéndose de rodillas para recibir las armas del Príncipe, besándole la mano y presentándole su espada: "Yo ruego á V. M. de aceptar que le dé la mia que ha perdonado á muchos de los vuestros, pues no es justo que un oficial del Emperador deje á un Rey desarmado, aunque esté prisionero." Dicen en contra de lo que ántes hemos copiado del cronista de Pescara que era de una de las mas ilustres casas de Flándes, caballero del Toison de Oro desde 1516, y en 1521 gobernador de Tournay. La altivez española tenia en aquel siglo la

preocupacion de no querer reconocer otra nobleza sino la originaria de su propio pais.

(2) Nápoles privado de este Virey, que andaba en las demás provincias de la península italiana, envuelto en tales guerras, tuvo el consuelo de tener por lugarteniente á Andrea Carraffa, conde de Santa Severina, que durante unos tres años escasos que gobernó el reino ganó su estimacion y agradecimiento. Sin embargo las obligaciones de la guerra cada dia mas apremiantes le obligaron, por pedido del Emperador, á sacar de los napolitanos un don de cincuenta mil ducados, que no fué el último. El conde de Santa Severina murió en junio de 1526 y su muerte fué generalmente sentida.

V.

Don Hugo de Moncada (1) vinó por Virey de este reino por muerte de D. Cárlos de la Noya, por el dicho Emperador Cárlos V año 1527: gobernó este reino en su tiempo tan pacíficamente y con tanta cortesía y gracia, que fué digno de eterna memoria. No sucedió en su tiempo cosa que poder notarse (2).

NOTAS.

(1) Don Hugo de Moncada, natural del reino de Valencia, fué hijo de D. Pedro, señor de Aitona. Nació en

1478; y pasó á Italia cuando la expedicion de Cárlos VIII de Francia en compañía de algunos españoles, alistados como él bajo las banderas francesas. Esta empresa no le proporcionó lances en que mostrar su valor. Llamado á Roma por el embajador de España, fué acogido en aquella corte con grandes muestras de benevolencia por el Pontífice Alejandro VI, que como valenciano honraba en él á un paisano ilustre. Agradecido á sus favores y arrastrado además por su genio brioso, acompañó á César Borjia en algunas de sus novelescas expediciones, y la compañía de este hombre osado, que lleva por distintivo *Aut Cæsar aut nihil*, y llenó de escándalos la iglesia y de sangre la Italia, no fué desperdiciada para D. Hugo, pues en ella aprendió la osadía, la perseverancia y aquella confianza en la suerte, por mas que lo persiguiese con reveses, que manifestó despues. La fama del Gran Capitan y el deseo de servir en las banderas de su patria, le condujeron á Nápoles donde se hizo notable entre los grandes caudillos que supo crear el genio de aquel hombre ilustre, y en la batalla del Garellano se distinguió por su intrepidez. Su vida desde entónces fué una cadena de dichas y desgracias, mas todavía le reia la fortuna. El Rey Católico le hizo gobernador de Calabria, y en este gobierno frustró los malos intentos de algunos descontentos y aseguró á Castelvetro contra los franceses. El mismo Rey le dió en 1509 el vireinato de Sicilia y al año siguiente le hizo capitan general de aquel reino é islas adyacentes, donde superando las asechanzas de sus émulos, supo sostenerse hasta 1518. Este año estando en Zaragoza el Rey, que despues fué Emperador Cárlos V, tuvo nueva de la guerra que con el corsario Barbaroja se tenia en Africa y de la muerte de Horrac su hermano. Mas viendo que esta

muerte influia poco en el estado de las cosas si se permitia que Barbaroja se instalase en Argel, envió á mandar á D. Hugo, que aun era su Virey en Sicilia, que juntando gente y armada suficiente se opusiese á aquel intento. Recogió D. Hugo 450 españoles, soldados viejos, y haciéndose á la vela tomó algunos mas en Bujía y Oran. Teníase por cierta la toma de Argel, amedrentada por las correrías que aquel año habia hecho por su costa el marqués de Comares, y así luego echó en tierra la gente y artillería. Don Hugo era de opinion de combatir al momento; pero uno de los mas acreditados oficiales opinó en el consejo de guerra seria bueno esperar al Rey de Tremecen, que vendria luego con muchos alárabes á auxiliarlos contra los de Argel. Esta detencion perdió á los españoles. Un recio viento dió, á los ocho dias de haber desembarcado, con 26 navíos y otros bajeles en tierra, y quebrándose al choque impetuoso se ahogaron 4,000 hombres; con cuya pérdida lastimosa tuvo que retirarse Don Hugo á invernar á Ibiza, cuando si hubiese asaltado la ciudad al tiempo que queria invernára probablemente dentro de Argel. Barbaroja ufano con su fortuna, corrió las costas de Valencia, donde se mostró riguroso y feroz. De Ibiza salió D. Hugo contra los corsarios de los Gelves y dió con ellos cerca de Cerdeña en la roca de S. Pedro. Trabada de noche la pelea perdió dos galeras y quedó herido de una saeta en el rostro. Tratando de vengarse, juntó nueva escuadra con 10,000 infantes, 800 hombres de armas y 500 caballos ligeros, con cuyas fuerzas acometió á los Gelves. Hiriéronle en un hombro y estuvo próximo á ser desbaratado, porque los españoles é italianos se desordenaron: gracias al escuadron de alemanes que permaneciendo compacto, dió lugar á que se rehiciesen, no

se lloró aquel dia una funesta derrota. Huyeron al fin los moros y el jeque se rindió, prometiendo pagar al Rey de España un tributo de doce mil doblas anuales.

El año 1521 el Emperador hacia guerra contra el Rey Francisco de Francia en Flándes, y determinó apoderarse de Tournay. Acudió el Rey en persona con todo su poder, lo cual supo el Emperador que estaba en Valenciennes, sin fuerzas suficientes parà resistirle; y por esta causa se retiró á Aste, dejando al conde de Nasao con el ejército, que al paso de un rio acometió al francés retirándose despues por la inferioridad de su número á Valenciennes; accion atrevida y gloriosa que dió honor á nuestras tropas. El Emperador viendo que los franceses se dirigian á socorrer á Tournay, mandó á D. Hugo fuese á estorbarle los pasos de los rios; é hízolo con tanto esfuerzo y buena dicha, pues con las aguas llovedizas habian crecido, que el Rey Francisco se retiró sin socorrer la plaza, y pasados algunos dias la tomaron los imperiales.

Envióle despues el Emperedor con embajada á Roma, porque el Papa Clemente VII, que siempre se le mostró enemigo, se inclinaba al Rey de Francia; y al llegar á Italia halló Moncada hecha ya la liga contra su señor. Comunicó con los generales imperiales en Milan lo que convenia hacer, y pasó adelante á Roma despreciando el peligro. El duque de Sesa, embajador del Emperador en esta capital, habia salido de ella desesperando de la paz; Moncada trató de probar fortuna á ver si era mas feliz y dió al Papa el mensaje que traia; pero no logrando mas ventajas que el duque salió tambien de Roma, dispuesto á hacer conocer al Papa la imprudencia de su conducta. Rompióse la guerra por Lombardía; favoreció el partido

de los Colonas, que enemigos del Papa se mostraban adictos al Emperador, y concertóse con ellos y el Virey de Nápoles para hacerle la guerra, y aun para prenderlo si fuese menester. Antes que el Papa supiese nada, ni se pusiese en defensa, ya estaba dentro de Roma con golpe de sus parciales: pasó por medio de la poblacion con bandera desplegada, y atravesando el rio se apoderó del Vaticano, que no pudo impedir saqueasen los soldados, lo mismo que San Pedro. El Papa aturdido y confuso del rebato huyó al castillo de Sant-Angelo, metiéndose en él por un pasadizo que da al mismo palacio; y pareciéndole no hallarse prevenido para un sitio, aunque fuese breve, quiso hablar con Moncada que decia no entraba en Roma como enemigo sino para hacer que el Pontifice fuese amigo del Emperador: el modo á la verdad no era el mas suave é insinuante. Conferenciaron largamente, y en fin se concordaron en que se hiciese una tregua. Si el Papa de buena fé la hubiese cumplido y hubiese obedecido mas á la politica que á su odio ciego al Rey de España, á quien no queria como dominador en Italia, ahorrárase en lo sucesivo graves males y sinsabores acerbos. Mas este es punto que pertenece á la historia general y que está minuciosamente historiado en Sandoval en la del Emperador Cárlos V y en la pontifical de Illescas, aunque no con tanta exactitud por guiarse mas de lo que debiera de Paulo Jovio.

Muerto Lanoya, fué D. Hugo elegido Virey de Nápoles contra la voluntad del Pontífice que siempre le conservó enconado rencor. Necesitaba este reino de una cabeza decidida y pronta para acudir á las grandes urgencias que la amenazaban. Pero gozó poco de su mando. Lautrech tenia cercada la capital por el Rey Francisco y en-

cerrados en ella los imperiales, si bien no atreviéndose á dar el asalto, por conocer el gran número y el valor de las tropas que encerraba la plaza, convirtió el sitio en bloqueo, alhagado de la idea de que pronto carecerian los sitiados de dinero y de provisiones. Gran parte del reino obedecia á Lautrech; muchos varones se habian vuelto al partido de Francia: Francisco I contaba con ser dentro de poco el verdadero Rey de Nápoles. Felipin Doria molestaba á los sitiados por parte de la mar, y Moncada y el Príncipe de Orange, creyendo fácil derrotarle, quisieron dejar á la ciudad, abierta la comunicacion por mar. Sabian que Andrea Doria se encontraba todavía en Génova con sus galeras; que no habia nueva alguna de la armada francesa que se preparaba en Marsella, y que los venecianos se ocupaban mas en sus propios negocios que en auxiliar los de los confederados; y ántes pues que todas estas fuerzas pudiesen reunirse, juzgaron los oficiales imperiales convenia presentar el combate. Seis galeras y dos bajeles habia en el puerto de Nápoles; de suerte que esta empresa confiábase mas al valor que al número: llenaron estas naos de 1,000 arcabuceros españoles, gente escogida, y por intimidar al enemigo haciéndole creer superior este armamento, se añadieron algunas barcas de pescadores. Un ermitaño les predijo la victoria; mas á pesar de estas predicciones Doria destruyó del todo la armada imperial en el golfo de Salerno; los valientes soldados que la componian fueron lastimosamente muertos ó prisioneros. Don Hugo, combatiendo con un valor propio suyo, fué primeramente herido en un brazo, y mientras animaba á los suyos pereció bajo los fuegos y piedras que tiraban las galeras contrarias, siendo arrojado al mar su cuerpo desfigurado. Seis meses solo obtuvo

el gobierno de Nápoles; y nada pudo hacer en ellos en materia de legislacion y de administracion interior, que conservase su memoria. Los napolitanos le hicieron magníficos funerales el 8 de junio de aquel mismo año. Tenia 50 años cuando llegó al fin de sus dias, y segun su retrato era hombre extraordinariamente fornido, macizo de carnes y con indicios de una constitucion robusta; pero no hay robustez que baste contra una bala bien disparada.

(2) Dice el autor que no pasó cosa que de contarse sea durante el gobierno de D. Hugo de Moncada, y tiene razon si crée que las turbulencias, las guerras y todos los horrores que traen consigo deben sepultarse en el olvido. Pero si la historia se compone mas de estos hechos que de aquellos en que se funda la felicidad de los pueblos, si maestra de la vida facilita mas enseñanza con estos funestos ejemplos que con los que proporcionan las dulzuras de una blanda paz, ámplia materia tiene el historiador para dilatarse con las tres plagas de guerra, hambre y peste que la cólera divina arrojó sobre el reino de Nápoles durante su vireinato. Roma saqueada, preso el Papa por soldados católicos, eran cosas nuevas en la historia: á nombre de D. Hugo concluyeron un tratado de paz con él, el general de los franciscanos y Serenon, y ratificado por D. Hugo fué su Santidad puesto en libertad despues de tres meses de prision. Pero desde que el Papa estuvo en libertad no hubo tratados de paz que fuesen válidos; los embajadores de Francia y de Inglaterra declararon la guerra al Emperador: Lautrech aceleró su marcha para conquistar el reino de Nápoles, y se apoderó de muchas de sus principales plazas, sin que el reino le opusiera gran resistencia, hasta ponerse sobre Nápoles. Moncada no podia fiarse de la nobleza, aunque al acercarse Lau-

trech muchos barones habian ofrecido sacrificar su vida y sus bienes en servicio del Emperador. Discutióse entre él, el Príncipe de Orange que mandaba las tropas, y el marqués del Vasto si se esperaria al enemigo ó se haria fuerte el ejército en la ciudad, y aunque el marqués estaba por lo primero, prevaleció el dictámen de los otros dos que opinaban que encerrando el ejército en la capital, evitaban las revoluciones que en ella pudiesen sobrevenir. El espanto era tal en Nápoles, que no viéndose por las calles mas que procesiones y rogativas, el marqués del Vasto pidió á Moncada prohibiese estos actos públicos de piedad que enervaban el valor, no permitiendo que se orase sino en las iglesias y los conventos. El Príncipe de Orange fortificó las avenidas de la ciudad, tuvo gran cuidado de proveerla de trigo y de municiones para disponerla á una larga resistencia, y comenzó un alistamiento de napolitanos en estado de tomar las armas; mas luego los españoles viendo su mucho número, y que en vez de darles auxilio tal vez podian servirles de cuidado, pidieron se suspendiese. Todos los dias habia escaramuzas de una parte y otra; todos los dias espectáculos de muertos y moribundos. El pueblo auguraba grandes desastres, porque aquel año dicen que la sangre del Santo no se liquidó como sucedia todos los años el primer sábado de mayo. El Virey y el Príncipe de Orange se disputaban el mando del ejército: el primero pretendia como Virey del pais, teatro de la guerra, que él no debia recibir órdenes de nadie; el segundo procuraba sostenerlo como capitan geral nombrado por el Emperador en sustitucion del duque de Borbon; y estas contestaciones dividieron en dos bandos el ejército cuando mas falta hacia la union. Solo un milagro pudo salvar á Nápoles oprimida de un ejército si-

tiador, devorada por la peste y carcomida por la division interior. La desercion de los Dorias que pasaron con su escuadra al servicio del Emperador, y la peste que despues de destruir el ejército francés acabó tambien á su general Lautrech, hicieron lo que estaba fuera de todos los cálculos humanos.

El laborioso marino Vargas Ponce escribió la vida de D. Hugo de Moncada, que juntamente con la del conde Pedro Navarro presentó á la Regencia en 1814 por medio de D. Francisco Osorio, quien le contestó con este honorífico oficio. " He presentado á la Regencia del Reino los dos tomos en folio mss. que comprenden las vidas de los célebres marinos conde Pedro Navarro y D. Hugo de Moncada; y S. A. ha visto con agrado esta parte de las tareas de V.; é impuesta al mismo tiempo de lo que V. me manifiesta en su carta del 9 del actual con que los acompaña, se ha servido acordar que diga V. el modo y forma en que se hizo la impresion de las vidas del marqués de la Victoria y Pero Niño para determinar lo conveniente sobre las de Navarro y Moncada; que elija V. el amanuense que necesita para continuar con sus tareas y lo manifieste, pues debe ser á gusto de V., y que por la misma razon señale V. el oficial capaz de formarse á su lado en las comisiones de que está encargado, y que por inclinacion á esta clase de ocupacion aspire mas que á otra recompensa al aprecio y aceptacion pública. Y de órden de S. A. lo digo á V. para su inteligencia y cumplimiento y por contestacion á su citada carta.—Dios guarde á V. muchos años.—Madrid 13 de enero de 1814.—Francisco Osorio.—Sr. D. José de Vargas Ponce.—A pesar de esto parece que dichas vidas no se imprimieron, ni creo que ningun oficial quisiese sacrificarse á carrera tan poco con-

siderable y lucrativa, en que Vargas se vió toda la suya arrinconado y sin ascensos, y perdió al cabo por exceso de trabajo la salud y la vida.

VI.

Filiberto Galons, Príncipe de Orange (1), enviado por dicha Majestad Cesárea año de 1528, gobernó con mucha satisfaccion y aplauso de todo el reino (2). No sucedió cosa de que poder advertir.

NOTAS.

(1) Galons le llama el autor, desfigurando el nombre con la facilidad con que los autores antiguos estropeaban todos los extranjeros, sujetándolos á su pronunciacion y ortografía. El verdadero nombre del Príncipe de Orange era *Filiberto de Chalons*. Cuando la invasion del reino de Nápoles por Lautrech fué nombrado capitan general de las tropas imperiales y por muerte despues de D. Hugo de Moncada fué ascendido al vireinato de Nápoles. Resistió el cerco de esta ciudad aniquilada por la peste y el hambre, hasta que la muerte del general francés la libertó de estas calamidades. Apoderóse en seguida de todas las conquistas de los franceses; y las plazas marítimas del Adriático, de que se hicieron señores los venecianos, se devolvieron por el tratado de paz que siguió á esta guerra. Queriendo Cárlos V restablecer la casa de los Médicis

en el señorío de Florencia dió el año 1529 esta comision al Príncipe de Orange y le mandó partir desde el Abruzzo, donde estaba con sus tropas, y pasar á Roma á recibir las órdenes del Papa. Para concluir de apagar las últimas llamaradas de guerra que quedaban en la Apulla fué nombrado el marqués del Vasto; mas habiendo tenido que ir á reunirse con el de Orange, que halló el sitio de Florencia mas porfiado y difícil de lo que imaginaba, fué encargado de esta comision Hernando de Alarcon, marqués del Valle Siciliana. Sobre el sitio de Florencia ha escrito Illescas en su historia Pontifical, á quien sigue casi á la letra Sandoval en su historia del Emperador Cárlos V. En esta malhadada guerra perecieron gran número de valerosos capitanes españoles, y algunos de los que se distinguieron en el saqueo de Roma, lo que entónces se tuvo por castigo providencial.

Llegó Florencia á padecer hambre, y veia por momentos desaparecer sus fuerzas á sus defensores; con todo no querian mostrar flaqueza ántes bien porfiar hasta su última perdicion. No estaba tampoco muy bien el ejército sitiador, falto de paga, porque el de Orange, jóven atolondrado y vicioso, habia jugado á los dados cuanto dinero le habia venido para atender á la guerra, y el que se lo ganó que era un tudesco se puso en cobro con las ganancias. Algunas personas prudentes y sesudas de la ciudad querian entrar en tratos con el Príncipe, que fijamente les hubiera concedido la paz con razonables condiciones, con tal que hubiesen dado dinero para pagar su tropa, porque el Papa tampoco queria que se tomase por asalto su patria ni se saquease, deseando hacerse señor de ella, pero sin maltratarla. Mas un tal Rafael Gerónimo se habia declarado dictador, y acompañado de algunos frenéti-

cos queria llevar el asunto por el último rigor. Habia un capitan dicho Ferruccio que se habia hecho célebre en esta guerra; mandáronle que se metiese en Florencia combinando con él los sitiados una salida para proteger su entrada. Púsose este camino de Florencia con unos 3,000 infantes y 500 caballos sin otros muchos villanos de la tierra y 10 piezas de artillería. No se ocultaban al de Orange sus movimientos, y para estorbarlos tomó consigo ciertos hombres de armas, escribió á unos capitanes suyos que saliesen de unos lugarejos en que estaban alojados á cortar el camino á Ferruccio, y él caminó toda aquella noche para juntarse con ellos. Llegando á Lagon hizo alto en un bosque de castaños para dar algun respiro á su gente en especial á los caballos que iban cansados. Allí supo la estancia de Ferruccio, y empezó luego á marchar la vía de Gabiniano. Encontráronse en el camino los corredores de uno y otro campo, y escaramuzaron reciamente. Aconsejaron los suyos á Ferruccio que torciese el camino; mas él lo juzgó en desdoro de su reputacion, y se dió priesa en llegar á Gabiniano con intencion de hacerse allí fuerte. Cuando él entraba en el pueblo por una puerta, uno de los capitanes del Príncipe entraba por la otra, y en medio de la plaza trabaron una sangrienta escaramuza. Algunos de los de Ferruccio que venian los últimos no quisieron entrar en el lugar sino irse á raiz de las tapias á meterse en el castañar para defenderse de los caballos, ignorando la emboscada que allí habia. El Príncipe como vió á estos, que serian unos 500 arcabuceros, dió tras ellos con sus hombres de armas; y su ardimiento le metió tanto en el combate que al llegar le atravesaron con dos balas y cayó muerto en tierra. Ferruccio fué vencido, y muerto como en sacrificio á los manes del Prínci-

pe, segun la ferocidad que aun reinaba en aquel tiempo. El cuerpo de este fué llevado á Pistoya atravesado en la silla de un caballo. Así pereció Filiberto de Chalons que representó un papel tan principal en los negocios de Italia en aquel tiempo. "Lástima por cierto grandísima, dice Illescas, ver muerto así desgraciadamente uno de los mas hermosos mozos y mas valientes que habia en el mundo y de tan buenas esperanzas, que se tenia creido de él que fuera un excelente capitan."

Florencia al cabo se rindió á los capitanes imperiales que la entregaron á los Médicis. El placer del papa Clemente VII, que habia metido al Emperador en esta guerra, fué sobre toda ponderacion: ya por haberse hecho dueño de la ciudad, su patria, que deseaba dejar como patrimonio á su familia desterrada hasta entónces de ella, ya porque en ella se vió libre de todos aquellos capitanes españoles de que la ciudad pontificia habia recibido insultos en las guerras pasadas, la mayor parte de los cuales perecieron en esta. Asombra la candidez con que Illescas supone estos sentimientos en el Pontífice. "Acrecentábale el gozo y placer, dice, la muerte del Príncipe porque le parecia que con ver muertos en esta guerra dos capitanes como él y Juan de Urbina le habia Dios mostrado palpablemente venganza de quien tantas injurias le hizo en el saco y prision suya. Y lo mejor de todo era (añade remachando el clavo) que si no se muriera el Príncipe no pensára poderle pagar con cuanto tenia. Mayormente que sabia que tenia ojo á casarse con la sobrina Catarina y si se la pedia no habia de podérsela negar. Y no habia cosa en el mundo que mas contra su voluntad él hiciese, porque tenia los pensamientos mas altos como se vió despues, cuando la casó con el duque de Orliens, que fué Rey de

Francia como todos vimos. Queria casarse con ella el Príncipe de Orange, y habíalo dicho muchas veces, por haber con ella el estado de Florencia y de toda Toscana, y así lo deseaban casi todos los capitanes y soldados, porque como era liberalísimo y generoso entendian ser de él mejor pagados que no del Papa." Esta señora es la célebre Catalina de Médicis, de quien tanto habla la historia de Francia, en cuyas revueltas se labró una fama imperecedera, aunque no muy pura.

Ocupado y distraido en continuas guerras el Príncipe de Orange no pudo dar sus cuidados al gobierno interior de Nápoles. Aun cuando se hubiese visto libre de estos afanes, el Virey, que jugaba á los dados los sueldos de su ejército, no era muy á propósito para corregir las costumbres públicas. Así durante el sitio de la ciudad por Lautrech, consintió á los soldados grandes desórdenes, que sino posibles de evitar en un todo en semejantes casos, se modifican y se hacen menores bajo el mando de un jefe rígido y grave. Quéjanse los escritores napolitanos de que en medio del hambre y de la peste robaban con insolencia é impunidad á los infelices habitantes, los maltrataban y aun los mataban, y por medio de la violencia satisfacian en las mujeres sus brutales pasiones. Aun despues de acabadas aquellas calamidades, dice Giannone, que el Príncipe lejos de castigar á los culpables habia derramado entre la juventud napolitana cierto espíritu de desenfreno y libertinaje fácil de evitar cuanto difícil de corregir cuando se apodera una vez de la sociedad. Los grandes del reino no eran solos los que se tomaban estas libertades perjudiciales: los caballeros particulares emprendian tambien arrebatar públicamente y por fuerza de las manos de la justicia los presos, insultaban á los plebeyos, retenian

á los pobres artesanos el fruto de sus sudores; y si ellos se lo pedian, tal vez los contestaban á garrotazos. Las personas pudientes tenian á sueldo facinerosos que les servian de ejecutores de sus crímenes, sin que los capitanes de justicia pudiesen remediarlo. Los palacios eran otros tantos asilos, donde los que entraban, aun cuando estuviesen cargados de mil delitos, hallaban completa seguridad; pues si los esbirros emprendian por órden de los jueces el sacarlos de allí, se les insultaba y perseguía. Esta es la pintura que hace este escritor del estado en que quedó el reino de Nápoles despues de las revueltas que afligieron la Italia en los primeros años de Cárlos V.

(2) El autor mirando con un respeto supersticioso á los Vireyes, cuyo pan comia, parece que no se atreve á hablar mal de ninguno de sus antecesores, y todos segun él gobernaron con universal contentamiento y aplauso. No opinarian del mismo modo del Príncipe de Orange las muchas familias á quienes su severidad en juzgar á los que habian seguido la causa de los franceses durante la invasion de Lautrech dejó por puertas. Los barones napolitanos, de no ver libre su patria, yugo por yugo lo mismo les pareció el de los franceses que el de los españoles, y no juzgaron que debian hacerse matar en favor de este por evitar aquel; así es que cuando vieron que el viento próspero soplaba por los franceses inclináronse á ellos la mayor parte. El Virey Moncada, que conoció lo poco que le podia servir tal gente que se movia al compás de la suerte, por sacar algun partido de ellos, les permitió á muchos mediante grandes sumas de dinero, que aprontaron, que en caso de necesidad pudiesen comprometerse y abrirles las puertas de las plazas que les pertenecian, es decir, les vendió un permiso que llegado el caso ellos de

balde se hubieran tomado. Prevaleciéronse muchos de esta licencia; mas desde que el reino se vió libre y bajo la obediencia del Emperador, el Príncipe de Orange desatendiendo la licencia comprada, so pretexto de que un Virey no tenia autoridad para levantar á los vasallos el juramento de fidelidad hecho á su Príncipe, los persiguió como rebeldes é hizo morir á unos y confiscó á otros sus bienes. La sola sospecha de haber favorecido á los franceses fué castigada con grandes multas. Para perseguir á estos infelices se valió de un genovés llamado Gerónimo Moron, de quien ya se ha hablado, que desempeñó su comision con un zelo y exactitud exagerados, convencido de que en ello daba gusto no solo al Príncipe, sino tambien al Emperador. Cárlos V no perdonaba á ninguno de los que creia le habian ofendido; perseguíalos con una dureza calculada que degeneraba en crueldad; así los barones de Nápoles que dieron oidos á los franceses fueron tratados ni mas ni menos como los comuneros de España. A la natural inflexibilidad de sus resentimientos, uníase aquí que necesitando dinero para sostener tantas guerras no le desagradaba el reunirlo de esta suerte. Es natural que en esta persecucion (que siempre las de este género son inmorales) entráran de por mucho la ambicion y la codicia, aunque disfrazándose bajo el manto del zelo: los mas ricos serian los mas criminales, porque no faltaria quien apeteciese sus bienes. Asi es que de esta ocasion data el empobrecimiento y oscuridad de muchas familias de aquel reino y la elevacion de otras. Hecha la confiscacion de los bienes de los ricos señores, á quienes se daba el título de rebeldes, se distribuyeron entre los oficiales imperiales. El Príncipe de Orange guardó para sí á Ascoli, que despues pasó á Antonio de Leiva. Melfi con la

mayor parte de los estados del Príncipe de este nombre se dió á Andrea Doria: Montesarchio, Airola, Lettere, Grañano y Angri pasaron á poder del marqués del Vasto; Ariano al de Ferrando Gonzaga; el ducado de Atri al de Ascanio Colona; mas rehusando reconocerle los habitantes del Abruzzo, que eran vasallos de este estado, se volvió á examinar con mas detencion la causa del viejo duque de Atri y declarado exento de toda sospecha de felonía, le fueron devueltos sus bienes, dándole un equivalente á Colona. Las tierras de Valle Siciliana que pertenecian á Camilo Pardi Orpino se dieron á D. Hernando de Alarcon, que obtuvo despues el condado de Renda; en fin, no hubo capitan de nota que no adquiriese ricos estados. Gerónimo Moron, inhumano ejecutor de estos despojos, se reservó para sí la ciudad de Boyano.

VII.

El cardenal Pompeo Colona (1) vino por Virey de este reino por el Emperador Cárlos V, año 1530: gobernó con mucho amor, autoridad y grandeza, dejando memoria eterna de un tanto gran Príncipe de la Iglesia (2).

NOTAS.

(1) La familia de los Colonas, una de las mas antiguas y respetables de Roma, produjo personajes de mas talen-

tos de lo que conviniera á la tranquilidad de Roma, y de lo que deseáran los Papas, á quienes dieron bastante en que entender. Sus guerras y disensiones con las que ocuparon la Sede pontificia mortificaron largos años la Italia. La familia Colona buscó la proteccion de España, y así los Papas, que como Clemente VII no fueron afectos á los españoles, tuvieron que lidiar con estos enemigos caseros que les suministraron ratos amargos. Uno, y de los mas encarnizados, fué el cardenal Pompeyo Colona, que aliándose con D. Hugo de Moncada y con Lanoya, coadyuvó al asalto y saqueo de Roma por las tropas que mandaba el duque de Borbon. Fué Pompeyo sobrino de Prospero Colona, quien en su juventud lo educó en la milicia bajo las banderas del Gran Capitan, donde dió pruebas de gran valor é indicios de ser uno de los excelentes discípulos que sacó aquel caudillo eminente. Mas luego prefirió retirarse á Roma y aplicarse al estudio de las buenas letras en tiempo que el Papa reinante colmaba de favores á sus profesores con mas profanidad de lo qne hubiera sido decoroso. El jóven Pompeyo manifestaba talentos y disposicion para cuanto emprendia, dotes que realzados por su alto nacimiento le granjearon los elogios de Minturno y de otros literatos de su tiempo. Los poetas entónces imitando la costumbre de los caballeros andantes de tener una señora de sus pensamientos, buscaban tambien una heroina á quien dedicar sus versos y con quien inspirarse para componerlos. Pompeyo prendado de la gracia y belleza de Doña Isabel Villamarino, Princesa de Salerno, la eligió por su dama para este objeto y escribió multitud de obras en verso, en que cantaba sus alabanzas y le ofrecia su adoracion: exhaló asimismo el incienso de su poesía ante las aras de la célebre Victoria Colona; su pa-

rienta, que le apreciaba mucho; y en fin, declarándose decidido campeon del sexo femenil, escribió un libro en que recapituló todos sus elogios (*).

El Papa Julio II, habiendo muerto el cardenal Juan de Colona, su tio, le nombró obispo de Rieti. Leon X en seguida, prendado de su mucha literatura y de sus modales finos é insinuantes, le elevó á las mayores dignidades; y despues de haberle confiado el gobierno de las iglesias mas distinguidas le nombró Vice-canciller de la Sede Apostólica y despues cardenal.

Todo fué bueno mientras vivió Leon X; pero habiendo sucedido á este Pontífice Clemente VII, enemigo irreconciliable del Emperador Cárlos V, comprendió en el mismo odio á los Colonas como partidarios acérrimos de la casa de Austria. El cardenal que, aunque habia variado de traje, conservaba sus anteriores inclinaciones, y que bajo la ropa telar encubria un corazon guerrero, decidió hacer frente al Papa y oponerse á sus proyectos. La proteccion del Emperador le daba osadía, y llegó á publicar que Clemente habia sido elegido Pontífice por medios ilegítimos. Esta proposicion ofensiva y la alianza de Colona con los generales españoles que le habian de poner en grande aprieto, irritó al Papa que fulminó contra él un terrible monitorio en que se le citó á Roma bajo grandes penas; el Virey de Nápoles estaba en él manifiestamente acriminado y el Emperador con palabras solapadas. Colona no perdió la ocasion de vengarse, siendo este uno de los motivos que hicieron á los de su casa entrar á mano armada

---

(*) Titúlase *De laudibus mulierum* y se conserva ms. en la Biblioteca vaticana.

en Roma, saquear los muebles del palacio pontificio y la iglesia de S. Pedro; atentado que resintió sobre manera á Clemente, y cuando logró una tregua de cuatro meses de Moncada, que estando como espantado de lo hecho contra la cabeza visible de la iglesia, no quiso llevar mas adelante su venganza, declaró herejes y cismáticos á todos los Colonas, y privó de su dignidad al cardenal, el cual estaba en Nápoles y apeló de las censuras al futuro Concilio, al cual citaba á Clemente. Los partidarios de la casa Colona fijaron este emplazamiento en las puertas de las principales iglesias de Roma y aun de Italia. Cuando la toma de Roma por los imperiales, en que el Papa se vió preso en el castillo de Sant-Angelo, tuvo en fin este que recurrir al cardenal depuesto y excomulgado. Colona olvidó entónces sus pasadas discordias y rencores y trabajó francamente para que fuese puesto en libertad, en pago de lo cual el Pontífice le levantó las censuras, lo restableció en su dignidad y le dió la legacion de la Marca de Ancona. Sobre todos estos sucesos debe consultarse á Sandoval Historia del Emperador Cárlos V, y á Illescas en su Pontifical, aunque este autor debe leerse en estos asuntos con algun recelo, perjudicándole su fidelidad estremada en seguir á Jovio. Puede consultarse tambien la Historia del marqués de Pescara por Miguel de Zapila, crónica casi contemporánea.

Sus discordias con el Papa habian hecho al cardenal Colona grato al Emperador Cárlos V que vió en ellas una valiente manifestacion de su afecto á la causa española, y así le dió el obispado de Monreal en Sicilia, silla muy estimada por sus considerables rentas, y cuando el Príncipe de Orange partió para la guerra de Florencia el vireinato de Nápoles. Gianonne dice que fué el primer eclesiástico,

que dejadas las primeras obligaciones de su estado, que eran dedicarse á Dios, fué elegido Virey y capitan general. Pero pasemos á examinar su gobierno en Nápoles.

(2) Hallamos al cardenal en su centro, gobernando; ocupacion para que habia nacido mejor que para vestir hábitos sacerdotales. Desde que se vió en el mando supremo de Nápoles trató de corregir los males y abusos introducidos por las anteriores guerras y desastres, durante los cuales los Vireyes no pudieron dedicarse á los cuidados de la gobernacion. No habia Rey, ni ley, segun el espíritu de libertinaje que el Príncipe de Orange habia infundido en la juventud napolitana. Un hidalgüelo cualquiera, como se ha dicho en las notas al de Orange, se atrevia á apalear impunemente á los ministros de justicia. Este abuso lo hubiera disimulado con mas facilidad por ser cometido por la clase noble, á quien se tenian consideraciones; pero habia llegado á ostentarse con tal insolencia y descaro, que no pudo menos de poner seriamente remedio. Comenzó la justicia por su casa y á un criado suyo que en una de las antecámaras dió un bofeton á otro, le hizo cortar la mano sin que le obligáran á revocar la sentencia las súplicas de Victoria Colona que vino expresamente de Istria para obtener el perdon de este hombre. Hizo despues ahorcar en la plaza del mercado á Nicolás Juan de Monte que el año 1525 habia sido electo del pueblo, y que era entónces escribano de la Vicaría, igualmente que á su hermano Julio, por haberles probado multitud de estorsiones, falsedades y otros delitos. Con estos ejemplares impuso un temor saludable, y los grandes y nobles se guardaron de dar mano á los delincuentes ni resistir á la justicia; así es que habiéndose un criminal refugiado al palacio del Príncipe de Salerno, el grande mas poderoso

del reino, requerido el Príncipe por el Virey con confiscacion de bienes, si no entregaba al criminal á la justicia, tuvo que obedecer y entregarlo. Sin embargo, los males muy arraigados cuesta mucho arrancarlos de cuajo; y así hasta el tiempo de su sucesor D. Pedro de Toledo, aunque mejoraron las cosas, no puede decirse que recobró la justicia todo su vigor y sus derechos.

Otro mal habia en el reino ocasionado por las guerras que era la falta de numerario en el tesoro, al cual no pudo poner remedio sino vejando á los pueblos con nuevas gabelas é impuestos; y como el Emperador era dispendioso, y Nápoles daba grandes fiestas por el nacimiento de un Príncipe, y él pedia un donativo con esta ocasion, y luego otro para coronarse en Bolonia por mano del Pontífice, estas exacciones enormes abrumaban á los contribuyentes. Príncipe ó pueblo que gasta toda su sustancia en el modo ordinario de vivir, se vé imposibilitado para hacer frente á una circunstancia extraordinaria; verdad trivial que tienen muy olvidada esos pésimos gobiernos tramposos que están siempre derrochando sin utilidad alguna pública mucho mas de lo que recaudan. Los turcos infestaban las costas de Nápoles; su gran Príncipe Soliman se presentaba con un poderosísimo ejército sobre Viena; al año siguiente amenazaba con no menos aparato la Hungría; Cárlos V tuvo que hacerle frente, y falto de dinero se presentó con fuerzas muy inferiores; los reinos esquilmados en tiempos ordinarios tuvieron que subvenir á esta necesidad extraordinaria, y Nápoles que lloraba sus costas taladas y saqueados sus pueblos, tuvo que contribuir con seiscientos mil ducados. Por estos continuos pedidos la administracion del cardenal fué muy gravosa á los pueblos. Verdad es que él no hacia sino obe-

decer órdenes de mas alto. El Emperador á sus peticiones añadió cinco pragmáticas que no tenian otro objeto que pedir dinero; únicas que se expidieron en todo el vireinato del cardenal Colona.

Este duró hasta el mes de julio de 1532 en que murió de un modo raro que dió entónces mucho que hablar. Tenia este señor costumbre de pasearse en un jardin que tenia en Chiaja, y á principios de julio fué un dia con el conde de Policastro, su íntimo amigo; allí comió higos, fruta á que era muy aficionado, y despues de la comida le acometió una fiebre continua que en pocos dias acabó con su vida. Llamó tanto la atencion este suceso por las circunstancias que lo acompañaban y por no tener el cardenal mas de 53 años. Así, pues, corrió el rumor de que la muerte del cardenal habia sido ocasionada de que Filippeto, su criado de mesa, habia envenenado los higos, seguro de que comeria de ellos segun la predileccion con que los miraba. ¿Pero por qué se movió Filippeto á atentar contra la vida de su dueño? Unos pretendian que fué corrompido y ganado por un gran personaje de Roma enemigo capital de los Colonas: otros que el golpe habia venido de la familia de la gran señora de quien tanto habia hablado en sus poesías, que estaban muy ofendidos de que hubiera hecho públicos sentimientos, que estaban mejor ocultos con el velo del misterio. Pero Gregorio Rosso, escritor contemporáneo, considera y dice que otros consideraron tambien como cosa extraordinaria que el cardenal muriera, y que el conde de Policastro, que comió tambien de los higos, no sintiese la menor incomodidad. El médico que le asistió durante su enfermedad y asistió á la autopsia del cadáver, afirmó no haber hallado en sus entrañas signo alguno de veneno.

Desde que el Príncipe de Orange murió en la guerra de Florencia, tuvo en propiedad el vireinato que hasta entónces habia solo tenido interinamente, y gobernó con habilidad el reino de Nápoles. El célebre Paulo Jovio obispo de Nocera, escribió su vida, y he aquí como se explica hablando de su gobierno. Seguimos la traduccion italiana que de las vidas que escribió este autor hizo Ludovico Dominichi, y se imprimió en Venecia en 8.° año 1557. "Habiendo, dice, continuado dos años en el gobierno de las cosas públicas se portó con tanta justicia, humanidad y templanza en dar á cada uno su derecho, en restaurar el pais y sacar dinero, que mezclando la severidad con la dulzura, restañaba los daños de la reciente miseria, y manteniendo al mismo tiempo la razon de la pública pobreza y del fisco, conquistaba honor grande. El Emperador con frecuentes gabelas habia dejado exhaustas todas las ciudades del reino, arruinadas además por la guerra con los franceses, y especialmente á Nápoles que recibiera mayores daños de los españoles y tudescos que de los enemigos. (Adviértase que Paulo Jovio odiaba el nombre español). No faltaban napolitanos que prefiriendo su interés privado al bien público con inusitada rapacidad hallaban medios de sacar dinero para dar á aquellos soldados bárbaros, que avaramente y con infinita crueldad habian saqueado algunas ciudades de la Campania y notables castillos. Mas Pompeyo, hombre mas admirable de lo que pudiera decirse, en su aspecto, en su habla, en su discurso y en tomar partido, hallaba pronto remedio á todas estas cosas; castigaba severamente la arrogancia de los españoles; refrenaba la insolencia de los jóvenes napolitanos, y con la severidad de su gobierno abatia de tal suerte la soberbia de los barones, que era te-

mido de todos como Virey, aunque como hombre privado ninguno en su tiempo le igualaba en suavidad y elegancia de costumbres y palabras, en los juegos, en la caza y en los banquetes. Porque tenia en su ánimo una altivez verdaderamente Real, cuando la insolencia le obligaba; de lo contrario si se le pedia con agrado mostraba una humanidad civil; de suerte que era el mas severo y el mas afable de todos los hombres. Brillaba además en todo negocio y accion suya una admirable dignidad que tenia por raro don de la naturaleza. Era de gran presencia, que á semejanza de su ánimo se habia realzado con los honores; de frente serena, de ojos vivos, de hermoso rostro, y de tanta elocuencia, que cuando habia necesidad se encontraba en él con asombro de todos la gravedad de prelado, la libertad del hombre de guerra y una gran civilidad, adornada de las flores de las buenas letras y de los ejemplos antiguos. Mas cuando montaba en cólera, nadie era mas soberbio, mas terrible: sin embargo, sus amigos y familiares, dejándolo solo media hora, lo hallaban luego apaciguado, y que se dejaba vencer con ánimo paciente y atendia á sus razones. Esto era en sus negocios privados; pues en los que pertenecian á la honra de su autoridad y mando era singularmente constante é inflexible, juzgando que tenia que representar en todo la persona de un justísimo Príncipe."

Prosigue hablando Jovio de los ejemplares castigos que impuso el cardenal, y son los mismos que ya hemos referido. Hizo quemar (dice) severamente á Anibal, soldado de Formi, porque con insolencia y grave injuria forzó la honestidad de un niño..... Sin embargo de su rigor dice, perdonó la vida á infinitos mandando á galeras á aquellos á quienes la severidad de las leyes condenaba á

muerte, juzgando que se debian disimular muchas cosas á la pobreza, á la cólera y aun á la libertad del siglo corrompido; y sobre todo que se debia ser benigno con los soldados."

"Habia hecho exornar una casa de campo á lo largo de la ribera del mar donde se extiende hácia el poniente aquel notabilísimo paisaje por la belleza de sus jardines hasta la gruta de Coccio. Compúsola con una selva de cedros y fuentes de mármoles, y en su recinto encontraba un gran deleite por ser sumamente inteligente en agricultura. Vestido siempre de cardenal, allí injertaba árboles, y á la vista del pueblo hablaba con los napolitanos, á quienes agradaba sobre manera la apacibilidad de los jardines, de las diferencias de simientes y del modo de plantar yerbas y flores extrañas. En otras horas, y especialmente ántes de comer, se dedicaba al estudio, en lo cual se recreaba mucho y ejercitaba felizmente el estilo."— Aquí refiere las obras que escribió que ya están dichas y prosigue: "En estas tareas públicas y recreaciones privadas, teniendo por noble placer la caza de cetrería y la pesca, las cuales dejaba y emprendia segun la ocasion, viéndose expuesto á la envidia de los barones por el grandísimo gobierno que tenia entre manos; porque muchos españoles y flamencos movidos de la ambicion y de la esperanza del lucro aspiraban á sustituirle, rogó al Papa Clemente le permitiese retirarse á Frascati. El Papa le respondió que habiendo, despues de tantas miserias, hecho con toda sinceridad las paces con él, deseando tenerle á su lado en el número de sus mas caros amigos queria que prefiriese Roma al campo, y que viniese á intervenir en los negocios cardenalicios. Mas él creyendo que nunca estaba mal el sospechar por la vida, jamás

ni por promesas ni fianzas se animó á volver á Roma."

"No mucho despues, pasando el Emperador desde Alemania á los confines de Hungría contra Soliman, para medir sus armas contra él, Pompeyo envió á Alemania á Camilo y Marcio, hijos de sus hermanos, con alguna infantería, bajo la conducta del capitan general marqués del Vasto, que llevaba al Emperador los soldados viejos españoles y la infantería italiana. Algunos dias despues enfermó de un mal de que al principio se hizo burla; mas que entrando insidiosamente fué el último y mortal. Usaba despues de comer en invierno y verano beber agua fria por tener muy cálido el estómago, que por su gran calor solia digerir toda comida fuerte. Luego que entraba el verano solia mezclar el vino con nieve que hacia venir de las montañas de Benevento, sin que hiciese caso de las reprensiones de los médicos, porque él muchas veces entre chanzas y veras motejaba sus opiniones de dudosas é inciertas. Comió además con exceso higos de primera flor. No habiéndose acudido con tiempo á los remedios, penetró hasta sus entrañas el veneno de la fiebre ardiente, y pasó de esta vida con completo conocimiento á 28 de junio; de modo que en aquel apresurado curso de la muerte conoció animosamente que llegaba el fin de su vida, y recomendó su alma á Dios, diciendo que no tenia otro dolor sino que ántes de arribar á la edad madura le alcanzaba el destino, por lo cual no habia podido hacer bien á sus servidores, y el de verse obligado á dejar contra su deseo la compañía de aquellos hombres doctos y agradables amigos, á quienes habia cobrado aficion teniendo con su trato placeres incomparables."

"Estuvo presente á su muerte Agustin Nipho de Sessa, celebérrimo filósofo de nuestra edad en la secta de Aristó-

teles, y otros muchos hombres sabios y aplaudidos en las ciencias liberales, los cuales lo lloraron con verdaderas lágrimas, como á generoso señor y padre de todos, dándoles mas compasion el verle morir ántes de su tiempo, pues aun no tenia cincuenta y tres años cumplidos. Hubo quien sospechó que habia sido envenenado por Filipo francés, que habiendo sido amado de su amo por su habilidad en la música, lo habia últimamente hecho su escanciador, y se dijo que el Papa lo habia corrompido para que le diese el veneno. Mas los médicos y cirujanos que lo abrieron no encontraron signo de él ninguno en sus entrañas. Ni Clemente mostró alegrarse con la nueva de su muerte, aunqne con ella tuviese como una grande herencia, quedándole para poder dar á su sobrino Hipólito un rico obispado y la vicecancillería que es el mayor empleo entre los cardenales; ántes manifestó en su rostro profunda tristeza, ocasionada de la reflexion de que Pompeyo habia nacido el mismo año y mes que él, y que prematuramente y ántes de lo que podian calcular los hombres habia pasado de esta vida, sin que le valiese la fuerza de espíritu y el indomable brio contra la enfermedad que habia en aquel cuerpo robusto. Clemente tenia grande temor de la muerte, teniendo como por presagio el fallecimiento de cualquier otro; aunque por otra parte no cuidando mucho de su salud parecia que despreciaba la vida."

"Con motivo de esta pérdida entró en largos razonamientos, hablando de corazon de las costumbres de Pompeyo; y como muchos hombres respetables que estaban presentes discurriesen con diversos pareceres segun el amor ó el odio sobre la vida del muerto, él mas que los otros, declaró que Pompeyo habia sido verdade-

ramente grande por los dotes de la naturaleza y del ingenio; mas agudamente añadió con el ejemplo de Anibal Cartaginés que sus grandes virtudes estaban acompañadas de vicios grandes. Algunos le motejaron de genio súbito é inconstante, de natural parcial y altivo, de consejo extraordinariamente terrible. "Yo (habla Paulo Jovio) que por casualidad intervine en esta conversacion, juzgaba que muchos de estos defectos los habia abultado el odio; y viniéndome á la mente todo lo que habia hecho desde la niñez, ya en la carrera de las armas, ya en hábito de cardenal hasta el último término de su vida con valor y magnificencia, juzgo que por el incomparable concurso de sus grandísimas virtudes, el nombre suyo debe pasar con larguísima memoria á la posteridad, como quiera que sea que hoy dia en cuanto concierne á las cosas divinas y humanas no se halla alguno que se manifieste digno de alabanza ni de admiracion, ó por grandeza de ánimo, ó por dignidad de la persona, ó por autoridad del nombre, ó finalmente por disciplina, esplendor y fortuna mayor y mas honrado y glorioso de lo que aparecerá Pompeyo cuando el odio se borre y desaparezca la envidia, compañera de la virtud, y todo rencor humano que suele terminar con la vida de la persona odiada." Así concluye la vida de este personaje Paulo Jovio, á quien puede consultar el que por lo dicho entre en deseo de noticias mas extensas.

Quedando por muerte del Cardenal vacante el vireinato, tomó las riendas del gobierno interinamente D. Fernando de Aragon, despues duque de Montalto, como presidente del Consejo colateral, á quien competia velar por la administracion y tranquilidad del reino hasta la venida del sucesor. Cerca de dos meses y medio tuvo esta in-

cumbencia, que fué lo que tardó en llegar D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca.

VIII.

Don Pedro de Toledo (1), marqués de Villafranca, Virey por su Majestad Católica, año de 1532. Sucedió en su tiempo la revuelta de Nápoles y las diferencias entre el Príncipe de Salerno. Gobernó muchos años con gran valor, castigando asperísimamente los revoltosos y subductores de las revueltas, y despues tuvo pacíficamente con mucha gracia, y limpió de bandidos este reino. Hizo todas las fuentes que hay de consideracion en Nápoles, y amplió y engrandeció esta ciudad con sus edificios (2). Hizo la calle de Toledo, que de S. E. tomó el nombre, y otras calles, haciendo el palacio viejo en forma de casa fuerte, saliéndose de Castillo-nuevo (Castilnovo) donde era casa y estancia de los Vireyes, haciendo la puerta falsa de Castillo-nuevo para cualquiera ocasion que se ofreciese.—Apaciguó la dicha revuelta con mucha autoridad Real: salió de este reino á la guerra de Siena, y ántes que saliese visitó al Príncipe Andrea Doria, el viejo generalísimo de la mar por el Emperador Cárlos V en tiempo que estaba en Puzzol con sus galeras y capitana Real. Consultó y trató con el dicho Príncipe el modo y forma que habia de tener en la dicha guerra

de Siena, y el socorro de bastimentos y gente que se le podia dar con sus galeras por la parte de las tierras marítimas de Toscana, que todas se tenian por el Emperador Cárlos V: vino en su tiempo á esta ciudad victoriosísimo de las guerras de Africa, Batavia, Tunez y la Goleta. Su Magestad Cesárea estuvo algunos dias en esta ciudad; fué en persona á San Lorenzo para recibir el donativo que esta fidelísima ciudad, barones y reino le hizo con tanto amor. Mandó cubrir al dicho D. Pedro y á algunos titulados de este reino honrándoles notablemente, los cuales titulados quedaron con pretension de Grandes de España; pero despues de algunas otras visitas y audiencias estuvo siempre el Emperador descubierto, porque nadie se cubriese: su entrada va escrita aparte.—El dicho D. Pedro de Toledo, con no poca sospecha de veneno, murió en Florencia, habiendo dejado por su lugar-teniente á Don Luis de Toledo, su hijo, en el año 1553: gobernó con tanta satisfaccon que ha dejado eterna memoria.

NOTAS.

(1) El vireinato de D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, equivalió á un largo reinado. Veintiun años y medio gobernó á Nápoles con tanta sabiduría, que pocos Príncipes nacidos en el trono le igualarán en el arte de reinar. ¿Qué podemos decir de este gran Virey que no sea inferior á su mérito? La tierra española que en aquel siglo

se esmeró en producir frutos heróicos, pudo contar al marqués entre los que mas honor le hicieron: la casa de Alba, semillero de hombres ilustres, mirar con complacencia á este digno competidor de los Fadriques y Fernandos. En la vida de Garcilaso hicimos, en cuanto lo comportaba la materia, un breve resúmen de las grandes acciones de este personaje; ahora seriamos injustos si no nos detuviéramos un poco mas en su narracion y exámen.

Fué hijo el marqués de Villafranca de D. Fadrique de Toledo, duque de Alba, magnate respetable por sus talentos, por sus riquezas y por su próximo parentesco con el Rey Católico. Hijo aunque segundogénito de tan gran Príncipe no se le escasearon los maestros ni todo cuanto puede contribuir á una educacion esmerada; pero desde luego manifestó mas aficion á la equitacion, esgrima y á los de todos los ejercicios caballerescos, que contribuyen á dar fuerza y agilidad al cuerpo, que á los que adelgazan el entendimiento con sedentarias tareas. Habia nacido para la guerra y para el mando; no para las especulaciones de la ciencia. El siglo era á propósito para que se entregase á sus gustos y desarrollase sus inclinaciones. Nació la época feliz en que, unidos los tronos de España por el enlace de Fernando é Isabel, se acercaba el último dia de la dominacion de los moros en Andalucía. Toda la nobleza de España acudió al reino de Granada á esta guerra; y D. Pedro apenas salido de la infancia pudo conocer al conde de Cabra, al marqués de Cádiz, al Gran Capitan y á gran parte de los héroes que se hicieron famosos en aquellas empresas, y aprender con sus ejemplos. Otros se presentaban mas próximos á su imitacion. Su padre le habia puesto de paje del Rey Católico; y dotado de un gran talento de observacion desde sus prime-

ros años, no fué inútil á D. Pedro esta escuela; mas aprendió en ella que pudiera en los mejores libros. Era exacto y activo en el cumplimiento de sus deberes y pundonoroso hasta el extremo de no querer que nadie le excediese en este punto. Distinguíase por lo tanto entre todos los cortesanos; y el Rey que admiraba en él estas cualidades, llegó á cobrarle especial cariño. Otras circunstancias le hicieron agradable, cuando creció algo mas en años, á los ojos de la corte, especialmente á los de las damas, que en aquellos tiempos apreciaban á los hombres segun su valor y su habilidad en los ejercicios de caballería. Nadie le ganaba á manejar un caballo, nadie á romper una lanza en un torneo; de todas estas fiestas siempre salia con lauro, y así adquirió el nombre del *Gran Justador*. Su aplicacion constante á ejercicios corporales le habia dado robustez y fuerzas; debia además á su madre Doña Isabel de Zúñiga, que era una señora alta y bien hecha, la ventaja de ser de mayor talle de lo que generalmente habian sido los de la casa de Alba, circunstancia muy importante para este género de ejercicios.

Habiendo muerto desgraciadamente en los Gelves su hermano mayor D. García de Toledo, quedó hijo único de D. Fadrique, aunque no sucesor en su casa, porque D. García habia dejado hijos: el mayor fué con el tiempo el gran duque de Alba D. Fernando, famoso entre todos los de su casa, del cual tendrémos ocasion de hablar. El cariño de D. Fadrique debió por este motivo reconcentrarse en D. Pedro; y trató de emplear su posicion de primo del Rey y el ascendiente, que entre los Grandes le daban sus dotes personales, en proporcionarle una colocacion ventajosa. Habia en Castilla una Grande, riquísima heredera, Doña María Pimentel y Osorio, II marquesa de

Villafranca. Los Reyes Católicos instituyeron este marquesado á favor de Doña Juana Osorio, hija mayor del conde de Lemos, casada con D. Luis Pimentel, hijo primogénito del conde de Benavente á causa de haber pasado los estados de Lemos á un sobrino suyo por derecho de varonía. Hicieron esta institucion en 1486, erigiendo en marquesado perpetuo la villa de Villafranca de Valcárcel y sus tierras; con lo cual indemnizaron á Doña Juana de la pérdida del estado de Lemos, y cesaron las guerras que desolaban á Galicia sobre su sucesion. Don Luis Pimentel murió desgraciadamente en Alcalá de Henares el año 1497, cayendo de una baranda, y fué enterrado en el convento de San Francisco de la villa de Villalon, fundacion de su padre. A su muerte la marquesa Doña Juana quedó en cinta de la dicha Doña María; y con su nacimiento tuvo el consuelo de que se conservase la casa de Villafranca separada, si bien perdia su hija la de Benavente por estar excluidas de su mayorazgo las hembras. Entró luego Doña María por muerte de su madre en la sucesion de la casa, y tomó su tutela el conde D. Rodrigo Alonso Pimentel, su abuelo; y habiendo tambien faltado el conde, la tomó Doña María Pacheco su mujer. Aun estaba en mantillas la marquesa de Villafranca, y ya se intrigaba por su mano. El conde D. Rodrigo Alonso expresó en su testamento deseaba que casase con D. Bernardino Pimentel, su sobrino, que despues fué primer marqués de Tavara, queriendo que los bienes de Villafranca no saliesen de la prosapia de los Pimenteles. Don Alonso, quinto conde de Benavente, queria esta boda para sí, aun con la pension de esperar muchos años á que Doña María estuviese en edad núbil, y pretendia quitar á su madre la tutela de la nieta. Al contrario la condesa su madre,

Princesa de generoso espíritu, ni consentia en dejarla ni aprobaba este casamiento, teniendo resuelto casar á su nieta con D. Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Saldaña, y tratando se efectuase lo acordado con D. Fadrique, duque de Alba, de que el conde y Doña Beatriz Pimentel, sus hijos, casasen con D. García de Toledo y Doña Leonor, hijos del duque. Esta cuestion se acaloró y los Reyes Católicos tuvieron que interponer su autoridad para que en 1500 no llegase á un rompimiento marcial entre madre é hijo. Tales desavenencias ayudaron al duque de Alba para lograr el enlace de la marquesa de Villafranca con su hijo D. Pedro. Casó el mayor D. García con Doña Beatriz Pimentel, con lo cual logró tener á su favor, ó á lo menos no en su contra á la condesa viuda de Benavente su consuegra, y puso en juego la declarada proteccion del Rey su primo hermano, que luego que casó D. Pedro le hizo caballero del Orden de Santiago, donde con el tiempo obtuvo la encomienda de Monreal y la dignidad de Trece. El enlace debió verificarse ántes que la marquesa cumpliese 12 años, pues el de 1506, ya se titulaba D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca.

En 1512 acompañó el marqués D. Pedro al Duque su padre á la conquista de Navarra, y cuando Juan D'Albret con sus tropas y las del Rey de Francia sitió al Duque en Pamplona, dice Zurita que en el asalto que se dió á la ciudad sábado 27 de noviembre, D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, se puso en la plaza mayor con el cuerpo de la guardia. La defensa fué tan gloriosa, que escarmentados los sitiadores y recelosos de la vecindad del ejército con que el duque de Nájera marchaba al socorro, levantaron el sitio tres dias despues, y se marcharon maltratados á Francia. El Duque volvió á Castilla y

dejó en Pamplona al Marqués, su hijo, para que se la entregase al mismo Virey, marqués de Comares. Cuando muerto D. Fernando el Católico, le sucedió el Emperador Cárlos V en el reino, á causa de la imposibilidad de su madre, asistió el Marqués con su padre á la entrada pública de este Príncipe en Valladolid en 1517, y fué uno de los que mas se distinguieron en la justa que allí se hizo por Pascua de Navidad. Tambien asistió entre los otros Grandes á las Córtes generales, que luego se celebraron, para que el nuevo Rey jurase los fueros y leyes de Castilla y recibiese el homenaje de sus súbditos. Al año siguiente acompañó á su padre cuando llevó á la raya de Portugal á la Infanta Doña Leonor que iba á casarse con el Rey D. Manuel; y aunque el Duque la dejó en la raya quiso que sus hijos la fueran sirviendo hasta ponerla en manos del Rey su marido.

Electo Cárlos V Emperador en lugar de Maximiliano I, su abuelo paterno, para ir á tomar posesion de aquella dignidad, se embarcó en la Coruña en 1520 asistido entre otros grandes señores españoles, flamencos é italianos del marqués de Villafranca. Créese que D. Pedro fué uno de los señores á quien Cárlos V dejo íntegras las prerogativas de la grandeza, cuando la limitó á determinadas casas despues de su coronacion, suspendiéndolas á muchos que la tenian. Fúndase esta prevencion en que, además de ser ricohombre de sangre, deudo de la familia Real y aliado por varios parentescos con todos los mayores Príncipes y Grandes de España, tenia para serlo el requisito del opulento estado que Cárlos V juzgó indispensable. El estado solo de Cabrera y Ribera era el antiguo apanaje de los Infantes y de los mayores ricoshombres. El marquesado de Villafranca, el 5.° de toda la mo-

narquía castellana respecto á su ereccion, era por el sitio y por el territorio de los mas considerables. Esto en cuanto á la calidad: en cuanto á la cantidad de rentas comprendia 7 fortalezas y 153 lugares, divididos en diversas merindades, y los de Cabrera y Rivera 38 lugares en la jurisdiccion de Peña Ramiro, todos con la jurisdiccion civil y criminal, justicia alta y baja, meromixto imperio y nominacion de jueces, escribanos y todo género de oficiales de gobierno y justicia. Veintiseis leguas de término comprendian estos estados del marqués D. Pedro en los fines del reino de Leon y principios del de Galicia: tenia muchas presentaciones eclesiásticas de gruesos beneficios y diferentes heredades, caserías, rentas, montes y diezmos.

Si con tales ventajas se le hubiese negado la prerogativa de Grande, estaba en el carácter de D. Pedro retirarse á sus estados, huyendo las concurrencias en que por faltarle aquel requisito hubiera parecido inferior á sus iguales. Al contrario se le ve conservarse en la corte siguiendo al Emperador en la campaña y asistiéndole en todos los grandes sucesos. En las diferencias que hubo en España sobre reconocer á Cárlos V como Rey, y de los mas considerables desórdenes que hubo despues cuando los pueblos se levantaron con nombre de comunidad, á causa de la rapacidad de los flamencos y del desprecio que manifestaron á las franquicias españolas, hizo señalados servicios á la causa del Emperador; y este que ni perdonaba las ofensas ni olvidaba los servicios, le profesó un cariño especial." Considerábale, dice Giannone, mas que á ninguno de sus cortesanos; y queriendo siempre tenerle al lado de su persona, hizo que le acompañase en sus viajes á Flándes, Alemania y á Italia." Efectivamente asistió entre otras cosas á la coronacion

del Emperador en Aquisgran; y cuando el Príncipe Don Felipe, despues Rey, segundo de este nombre, recibió el bautismo en 1527, ceremonia en que eran elegidos los mas notables de los Grandes para llevar la vela, salero, capillo, aguamanil y toalla, D. Pedro fué elegido para llevar la vela. En 1530 estaba con el Emperador en Spira. Desde allí escribió este Príncipe al consejo, justicia y moradores del lugar de Cabrera mandándoles cumpliesen lo que habian ofrecido al Marqués para la fábrica de la fortaleza de Villafranca, que ya en el año 1515 habia empezado á reparar. En la cédula dice el Emperador que por ser el Marqués la persona que es, y tan cierto servidor suyo, y estarle sirviendo allí, tiene voluntad de favorecerle y hacerle merced en todo lo que justo sea. Al año siguiente debieron llamarle á España sus negocios personales, pues entre los personajes que cita Sandoval que el año 1532 salieron aceleradamente de estos reinos para hallarse con Cárlos V en la batalla que solicitaba dar á Soliman, Señor de los Turcos, uno de ellos es el marqués de Villafranca. La batalla no se dió, porque de parte de Soliman hubo algun recelo.

Estando en Alemania con tan plausible motivo, llegó allá la noticia de la vacante del vireinato de Nápoles por muerte del cardenal Pompeyo Colona. No halló el Emperador persona mas á propósito en quien proveer aquel elevado cargo, é hizo que pasase á ocuparle. De su eleccion hace memoria F. Antonio de Guzman en una de sus epístolas á D. Enrique Enriquez, aunque sin decir cosa particular sobre el nombramiento; y F. Prudencio de Sandoval, refiriéndola con su natural bondad, mezcla la nota de su dureza al elogio de otras virtudes. "Puso, dice, en su lugar (del Cardenal) por Virey de Nápoles á D. Pe-

dro de Toledo, marqués de Villafranca, persona de gran valor y suerte, aunque de recísima condicion, que si conviene al buen gobernador ser algo mal acondicionado, no tanto como lo era D. Pedro; y así no dió mucho gusto á los napolitanos; pero sirvió bien á su Príncipe, como convenia á un caballero castellano de tanta antigüedad y nobleza." Mas á pesar de las palabras de Sandoval D. Pedro fué un gran Virey, quizá el mayor de los de Nápoles, no perjudicando para mandar bien la sobra de entereza cuando va unida á la justificacion. Un libro entero de su historia dedica Giannone á referir los grandes acontecimientos de su vireinato y los hechos del Virey, que fueron de calidad que bien merecen esta distincion. Entremos á examinarlos.

Cuando Cárlos V le confirió este mando temióse que la armada de Soliman que estaba en mar viniese á atacar el reino de Nápoles; así, dice Giannone, el Emperador no dudó un momento en hacer Virey al Marqués, no por conferirle nuevos honores, sino por confiar la defensa del reino á manos de una persona idónea, y el valor y capacidad del Marqués le eran bien conocidos. Vino á Nápoles pasando por Roma; esperabásele con ansia, precedido de la reputacion de que gobernaria con justicia y prudencia, de que reformaria un gran número de abusos introducidos y pondria un freno á la insolente nobleza. En las circunstancias en que Nápoles se hallaba, prescindiendo del temor del Turco, necesitaba un Virey del temple del Marqués. Las calamidades anteriores la habia reducido al estado mas miserable; despoblada por la peste y los otros males que la acompañaron, desiertas las campañas, inseguros los ciudadanos, la justicia abandonada ó en manos prevaricadoras, y los nobles abusando de este

estado, declarándose independientes y despreciadores de toda ley.

Hízose el Marqués cargo de todo y parecióle que su reforma debia empezar por la administracion de justicia: ella es el fundamento del bienestar y sosiego de los pueblos, la salvaguardia del individuo que se reune á vivir en sociedad. Llamó á los ministros de los tribunales y les encomendó la rectitud en sus sentencias; pero por si sus consejos no bastaban, comenzó á dar audiencia todos los dias, y paciente y astuto oia las quejas, y estudiaba los negocios para conocer las faltas de los jueces, que al ver que el Virey los vigilaba tan de cerca, creyeron lo mas seguro cumplir con su obligacion. Viendo que la principal causa por qué la justicia no obraba con independencia, era por qué los nobles la violentaban ó seducian, entró á estos en vereda, haciendo cortar la cabeza al comendador Juan Francisco Pignatelli y al segundo conde de Policastro, que por su elevada clase creian que habian de quedar sus crímenes impunes. Dió un edicto prohibiendo la costumbre de tener astilleros con armas en los portales y salas bajas de las casas: vedó salir de casa con otra que con espada, y que de noche se pudiese usar ninguna: impuso pena de muerte á los robos nocturnos en la ciudad; hizo demoler todos los pórticos y lugares oscuros en que se ocultaban los criminales para cometer sus delitos; persiguió á las cortesanas y las señaló sitios acomodados en que viviesen para ejercer su vergonzoso comercio; no paró hasta extinguir una banda de malvados que se llamaban entre sí *los compañeros*, y por algun tiempo prohibió que por la calle de noche transitasen mas de tres personas juntas. Quitó los derechos de asilo que tenian las casas de algunos barones; y sabiendo que ha-

bia en Nápoles algunas en que se recogian los foragidos, y aun se les daba sustento y dinero para valerse en la ocasion de sus auxilios, las hizo demoler, para que con este ejemplo de rigor nadie se atreviese en adelante á otro tanto: procuró que los artesanos fuesen puntualmente pagados por su trabajo, y logró que nadie los maltratase: creó guardas de la ciudad y aumentó los de la campaña: prohibió las cencerradas que se daban en Nápoles á las viudas que pasaban á segundo matrimonio, en las que siempre habia escándalos y desgracias: tambien puso coto á la costumbre pagana de vivir en tiempo de vendimias en el mas completo libertinaje, y suprimió el uso bárbaro, indigno de un pueblo civilizado, de que las viudas apareciesen acompañando la pompa fúnebre de sus maridos, vestidas con largos vestidos de luto, dando alaridos y arañándose el rostro y conmoviendo la ciudad con el exceso de su pesar verdadero ó fingido. Mirando por las mugeres, tuvo además cuidado de dar una pragmática para la conservacion de sus dotes; y dió leyes suntuarias para la represion del lujo. Impuso pena de muerte contra los que se batian en desafío, por corregir su escandaloso abuso. El gobierno desmoralizador del Príncipe de Orange habia hecho muy frecuentes los raptos, no estando segura la hermosura y la calidad ni en los lugares mas castos y mejor guardados. Mas el Marqués que detestaba las seducciones y los escándalos públicos estableció la pena de muerte sin remision contra cualquiera que de noche fuese hallado con escala de palo, ó cuerda, ó de cualquier otro género: prohibicion que fué ejecutada con la mayor puntualidad, pues en 1549 habiendo sido preso un noble en el momento que bajaba con una escala de casa de una dama, fué decapitado, aunque la

Princesa de Salerno y la de Sulmona y casi toda la nobleza de Nápoles intercedió por él.

Sentados estos preliminares entró á reformar los tribunales. El de la Vicaría, que era el en que se juzgaban las causas criminales, y el de la Cámara Real donde se ventilaban los asuntos del fisco, merecieron sus solícitos cuidados, y no los mereció menos el de Santa Clara, destinado á los asuntos civiles: tribunal que él partió en dos salas para la mas pronta expedicion de los negocios; y que durante su vireinato adquirió gran reputacion por el mérito relevante de los individuos que lo componian. Despues que trabajó á la buena organizacion de los tribunales, no descuidó el que estuviesen alojados con decoro. El quinto año de su vireinato echó los cimientos á un palacio que dedicó á la justicia, en el sitio donde anteriormente estaba el castillo Capuano, antigua habitacion de los Reyes napolitanos; y cuando estuvo concluido, reunió allí bajo un techo todos los tribunales. Debajo del edificio se construyeron las cárceles, á donde se condujeron por centenas los presos de la Vicaría y de otras partes. Y en él construyó habitaciones donde obligó á habitar al presidente de Santa Clara, al lugarteniente de cuentas, al regente del vicariado y á un juez criminal. Ganaron mucho con estas providencias cuantos tenian negocios, y en el ramo criminal no se ganó menos con la disposicion que tomó de que dos presidentes ordinarios de Santa Clara, presidirian como jueces criminales en la Vicaría, á fin de que la experiencia y habilidad hiciese mas expedita y segura la administracion de justicia; y de que todos los sábados visitasen este tribunal dos regentes colaterales. Del mismo modo y por iguales medios restableció la justicia en las provincias y restauró sus tribunales. Agradecida

Nápoles por este servicio grabó en su honor una medalla en cuyo anverso se vé la efigie del Virey con una barba larga, y al rededor PETRUS TOLETUS OPT. PRIN., y en el reverso al mismo Virey sentado; á sus pies la justicia de rodillas que él levanta del brazo derecho, y al rededor estas palabras: ERECTORI JUSTITIÆ. Esta curiosa medalla hállase en el gabinete numismático del Emperador en Viena.

De sus trabajos y proyectos en bien del reino vino á distraerle la ida de Cárlos V á Nápoles despues de la expedicion de Tunez. El marqués del Vasto y los Príncipes de Salerno y de Bisignano suplicaron al Emperador que con esta ocasion honrase á Nápoles con su presencia con la intencion secreta de pedirle la deposicion de D. Pedro de Toledo, cuyo gobierno les era insoportable, porque con su rigidez habia abatido la arrogancia de la nobleza. La estancia del Emperador en Nápoles se celebró con magníficas fiestas, saraos y torneos. Redoblaron entónces los enemigos del Virey sus insinuaciones malignas para su deposicion; pero no hicieron mas mella en el ánimo del Emperador que las que le habian hecho durante su viaje desde Sicilia á Nápoles. Dícese que en esta travesía trataron de preparar el terreno, ponderando la extrema dureza del marqués, el disgusto de los pueblos y la opresion de la nobleza, sacando en consecuencia que no convenia que estuviese de Virey; y que el Emperador cuando lo vió en Nápoles le saludó diciendo: *Seais bien hallado marqués, no os encuentro tan grueso como me han dicho.* El Virey que no ignoraba los pasos de sus émulos le contestó: *Ya sé que á V. M. le han dicho que me habia vuelto un mónstruo, sin embargo no lo soy.* No por el poco fruto que sacaban dejaron los enemigos del Virey de tra-

bajar en su ruina: ganaron á Gregorio Rosso, electo del pueblo, y este hizo cuanto pudo por arrinconar al Marqués. Preguntado, segun cuenta el mismo en su Diario, por el Emperador qué pensaba del pueblo de Nápoles, y qué podria hacer en su favor, aprovechó la ocasion para decirle que las extorsiones del Virey habian resfriado en aquel pueblo leal el cariño hácia S. M., y que habia algun descontento. Esta contestacion le costó en el mismo dia su cargo. Mas ni por este ejemplo perdieron ánimo. Al principio de 1536, Cárlos V queriendo sacar alguna ventaja de su estancia en Nápoles, ordenó un parlamento en la iglesia de San Lorenzo: acudieron los barones y oficiales del reino, y en él representó él mismo las necesidades de la corona, y como era preciso que hiciesen algun esfuerzo para ponerle en el caso de hacer frente á las nuevas guerras con que le amenazaban el Turco y el Rey de Francia. La asamblea sin premeditar ni contar con sus fuerzas, le ofreció un millon y quinientos mil ducados: oferta tan exorbitante que el mismo Emperador, reconociendo la imposibilidad de hacerla efectiva, la disminuyó en los quinientos mil ducados. Reuniéronse los diputados varias veces en San Lorenzo para buscar los medios de distribuir aquella enorme suma; y se dispuso que los barones pagarian tres cuartas partes y el pueblo la cuarta restante. La nobleza dominaba en la asamblea; y discutiendo qué gracias y privilegios pedirian al Emperador en pago del cuantioso donativo, se propuso que la deposicion del Virey; pero como hacer esta propuesta directa y especialmente era ofenderle demasiado y contar con una repulsa segura, se decidieron á suplicar al Emperador que revocase los nombramientos de todos los oficiales Reales, grandes y pequeños, en cuya peticion estaba tácitamente

incluso el Virey. Aunque la mayor parte de la nobleza se conformó con esta imprudente opinion, hubo quien se opuso, y nada pudo concluirse en estas asambleas. Acaloráronse sus individuos, y el marqués del Vasto y Scipion de Soma se dijeron los mayores improperios.

Durante estos altercados pasaba el carnaval en fiestas, juegos y máscaras. El marqués del Vasto acompañando una noche al Emperador á palacio, le hizo presente las muchas razones que pedian que se quitase al de Villafranca el gobierno de Nápoles; mas por sus contestaciones comprendió que no era esta su intencion. Desde entónces dejó de acudir á las asambleas de S. Lorenzo; con lo cual hizo un gran servicio al Virey, pues sus enemigos, privados del poderoso apoyo del del Vasto, se desanimaron, y contentóse solamente con seguir á su señor á las fiestas y diversiones que diariamente se daban. Por el contrario el electo Stinca y el diputado Terracina pidieron al Emperador una audiéncia y expusieron que si la nobleza manifestaba tanto empeño para obtener la separacion de D. Pedro de Toledo, era porque hasta su vireinato habian podido oprimir y maltratar al pueblo; mas que al presente sustituida á sus terribles tiranías una estricta justicia, deseaban sacudir el freno que se les habia impuesto. Este discurso confirmó al Emperador en la idea en que estaba de no hacer cambio alguno en el gobierno; conocia cuanto valia el marqués de Villafranca, y trató de darle nuevas pruebas de su aprecio y de su completa confianza, aumentando sus poderes y su autoridad, persuadido del buen uso que habia de hacer de ellos; de suerte que la actividad y manejo de sus poderosos contrarios dió resultado opuesto del que ellos buscaban.

El Emperador partió para Roma el 22 de marzo; y agradecido el Virey á su Soberano prosiguió con mas ardor que nunca los vastos proyectos que habia formado para engrandecer y hermosear la ciudad de Nápoles, sin que olvidase por eso obras de utilidad y de conveniencia en las provincias. En esto se ocupaba cuando el Rey de Francia Francisco I, haciendo irrision del nombre que llevaba de Cristianísimo, se aliaba con el gran Turco Soliman contra el Emperador. Soliman estaba enojado con este por la reciente empresa de Tunez, y conservaba siempre resentimiento de que le hubiese hecho abandonar la Hungría; á Francisco le devoraba la envidia de haber sido vencido en la contienda sobre el imperio. En la primavera de 1537 preparó Soliman una poderosa armada para conquistar á Nápoles. El embajador francés le incitaba á esta empresa, y por otra parte Tovilo Pignatello que, resentido de la muerte ignominiosa que el Virey habia hecho dar al comendador su hermano, se refugió con varias gentes del reino á Constantinopla, le presentaba como fácil la ejecucion de este designio. Tiempo hacia que el Virey velaba sobre los pasos de Pignatello, y para prevenir á Soliman puso en estado de defensa, lo mejor que pudo, todas las costas del reino: informó al Emperador de todos los designios del Turco, y le pidió para reforzar las guarniciones un socorro de infantería española. Tomó otras precauciones, como reunir todas las tropas y acamparlas en las llanuras de la Pulla; armar los ciudadanos de Nápoles, en lo cual no encontró inconveniente, siendo para resistir al enemigo comun, y convocar en parlamento á los barones para que se preparasen.

En estas circunstancias llegaron al puerto de Nápoles 24 bajeles con tropas españolas, y poco despues el Prín-

cipe Doria con 25 galeras y 2 galeones. El Papa Paulo III envió además cinco, y provista de municiones, partió esta escuadra con D. García, hijo del Virey, caminando hácia el levante de Mesina, donde Doria batió al enemigo. El Virey envió la infantería española hácia la Pulla con algunos cañones; y habiendo tenido avisos ciertos de que Soliman habia llegado á la Velona, partió él tambien de la capital, seguido de toda la nobleza y de un grueso de caballería. Supo al poco tiempo que Lussibec, bajá turco, se habia arrojado de repente sobre Castro, puesto fuego á la ciudad, robado mujeres y niños y asesinado todo lo que no redujo á la esclavitud. Ugento y algunas casas que habia á sus contornos sufrieron la misma suerte. Al mismo tiempo Barbaroja con 70 galeras abordó á Otranto, é hizo desembarcar un golpe de caballería é infantería para apoderarse del país; mas el gobernador de la provincia Scipion de Soma rechazó al enemigo vigorosamente. Cuando el Virey supo estas nuevas hizo avanzar las tropas, que tenia en Melfi, y fué en persona á Taranto, donde supo que los enemigos se habian reembarcado y que Soliman habia partido de la Velona, con intento de dirigirse contra Corfú. La causa de esta presta retirada fué el ver en completo estado de defensa todas las costas de Nápoles, el saber que Doria habia echado á fondo algunas galeras de su escuadra y el temor de que los venecianos se reuniesen con él, pues, aunque tenia treguas con su república, podia considerarse como rota.

El marqués de Villafranca despidió á los barones al verse libre del Turco, pero no se entregó á una imprudente seguridad. Determinó conservar un buen número de tropas en pié, y visitó con buenos arquitectos é ingenieros las plazas marítimas con ánimo de fortificarlas.

Dió órden de edificar el castillo de Regio; amuralló la ciudad de Cortona; hizo los castillos de Otranto, Castro, Leca, Galipoli, Trani, Barleta, Brindis, Monopoli y Manfredonia; y fortificó á Vesti, pueblo situado en la última punta del monte de Sant-Angel. Un buen gobernador tiene muchas ventajas que visite sus provincias. En este viaje vió D. Pedro que muchas ciudades particularmente de la Pulla estaban tan cargadas de deudas, que sus habitantes las abandonaban; y así estaban en la imposibilidad de pagar los impuestos en favor del fisco. Buscó expedientes para desempeñarlas, y quedaron libres Barleta, Trani, Bisceglia, Monopoli, Manfredonia y otras que volvieron á su antiguo esplendor. Despues de estos trabajos acantonó su ejército en diversos puntos, y volvió á Nápoles, que en reconocimiento de sus beneficios le regaló una cadena de oro de exquisita labor y le proclamó libertador del reino. En los años siguientes prosiguió los trabajos de su fortificacion, y obtuvo licencia de Cárlos V para establecer de distancia en distancia á orillas del mar torres muy altas donde colocar guardas con sueldo fijo, que de una á otra avisasen la llegada de corsarios turcos, para que los habitantes de la campaña tuviesen tiempo de ponerse en salvo. En los confines del estado eclesiástico hizo construir una gran torre para que por este lado ningun culpable escapase á pais extranjero; lo mismo hizo en el Abruzzo, en la tierra de Labor y en Baya. En el año 1544 Barbaroja vino de nuevo á desolar el reino; y despues de derruir las islas de Isquia y de Procida pensó hacer lo mismo con Puzzol; mas el Virey que tenia allí una fuerte guarnicion corrió él mismo á poner remedio.

Gobernaba el Marqués el reino con toda habilidad y

prudencia, y todos le amaban y respetaban, á la excepcion de algunos nobles que llevaban á mal su severidad; mas la pretension que tuvo de plantear en él como estaba en España el tribunal de la Inquisicion rompió violentamente la armonía entre el Virey y el pueblo, y pudo dar lugar á graves males. Ya Fernando el Católico habia tratado infructuosamente de establecerle. Cárlos V lo quiso volver á intentar, dando á ello motivo la nueva herejía de Martin Lutero. El 4 de febrero de 1536 estando en Nápoles hizo publicar un riguroso edicto, obligatorio en todos los estados de su monarquía, prohibiendo toda relacion y comercio con los contaminados en la herejía luterana, con pena de muerte y confiscacion de bienes; y ántes de dejar el reino encomendó expresamente al Virey que velase porque tales herejías no penetrasen en él. Un capuchino de Siena, famoso predicador, fué acusado por los teólogos escolásticos de verter en sus predicaciones doctrinas heréticas. Fuése por conviccion ó exasperado por la persecucion, el capuchino se declaró disidente y huyó á Ginebra. Otros novadores, aunque con cautela, habian tambien esparcido su semilla, que por los católicos se temia fecundase demasiado: sospechóse que hubiesen hecho gran número de sectarios, pues muchos nobles y hasta señoras principales los favorecian en secreto. La célebre Victoria Colona, viuda del marqués de Pescara, y Julia Gonzaga, eran sospechadas de herejía. Corrian anónimos algunos libros de ideas anticatólicas, y obras de Melanchthon y Erasmo. Al principio circularon sin que de ellos se hiciese caso; mas luego los prohibió el Virey, y los hizo recoger y quemar ánte gran concurso á la puerta del arzobispado; y vigilante siempre contra la herejia publicó en 1544 una pragmá-

tica estableciendo que los libros de teología y de santa escritura, impresos de 25 años á aquella parte, no se pudiesen reimprimir: que nadie fuese osado leerlos sin que ántes pasasen á la aprobacion del capellan mayor; y que los de una y otra materia que no tuviesen nombre de autor, ó no estuviesen aprobados, fuesen suprimidos.

El Virey siempre celoso, creyó deber informar al Emperador de lo que habia pasado en Nápoles, mirándolo como asunto digno de atencion. Este que estaba entónces palpando en Alemania los desórdenes y revoluciones que la nueva doctrina producia, á toda costa queria evitarlos en sus demás estados, y juzgó que el remedio mas eficaz era establecer el tribunal de la Inquisicion. Escribió, pues, al Virey que procurase establecerlo, usando sin embargo de todo género de temperamentos para que no se alarmasen los pueblos. Antes que el Emperador le escribiera ya habia pensado el Marqués en el modo de ponerlo en planta, pues no se le ocultaban las dificultades: así á la carta del Emperador, contestó que le parecia muy peligrosa la empresa; pero que echaria mano de todo lo que la prudencia mas consumada y la mas refinada política le inspirasen, procurando siempre ocultar que el Emperador y él eran los promovedores de este asunto. Paulo III viendo cundir las herejías habia enviado inquisidores por todas las provincias de Italia de acuerdo con el Emperador, mandándoles sin embargo que procediesen por la via ordinaria, es decir, diciendo al acusado los testigos, y que no pudiese darse sentencia alguna de confiscacion de bienes. D. Pedro, creyendo poder ocultar sus propias miras, haciendo aparecer este negocio como de Roma, negoció con el cardenal Borja que se enviase á Nápoles un comisario de la Inquisicion como á las otras provincias de

Italia. Hízose así; mas el Papa tomó poco calor en el negocio, al ver que lo que se trataba era poner la Inquisicion como en España, y no por el estilo de Roma; y aun dice Giannone que estaba esperando con placer que los napolitanos se amotinasen por el horror que tenian á este tribunal. Si esto deseaba, sus deseos quedaron satisfechos. No bien se publicó el Breve en la puerta del arzobispado, que el Virey no quiso se publicase con mas aparato, alborotóse el pueblo y corrió á las armas. El Virey se fué entretanto á Puzzol fingiendo que era extraño á todo lo que pasaba. Allí recibió comisionados de la ciudad, y en vano quiso sosegarlos. Los nobles vieron en la exaltacion del pueblo una ocasion favorable para vengarse de D. Pedro, á quien odiaban entrañablemente. Unieronse á los populares dándoles el nombre de hermanos, y exhortándolos á mantenerse firmes, presentándoles como indudable que el Virey queria establecer la Inquisicion. Dias despues los jefes temerosos de algunos actos de rigor del Virey, que abandonada su estancia de Puzzol, estaba ya en Nápoles, acaloraron al pueblo diciendo que el Virey habia enviado tropas españolas para prenderlos. Tocóse á rebato, multitud inmensa tomó las armas resuelta á morir por defender la patria; y en medio de aquella fanática embriaguez, se juntó Consejo, en que á los directores del motin les fué muy fácil conseguir que se resolviese: 1.° que ninguno reconoceria mas al Virey ni le daria obediencia: 2.° que á este efecto se haria una Acta de *union* entre la nobleza y el pueblo, por la que se comprometian á perecer todos si alguno perecia: 3.° que se enviarian diputados al Emperador. Esta union fué hecha y confirmada por un auto público, y fué de embajador á Cárlos V el Príncipe de Salerno. Cuando vinieron á de-

cirle á D. Pedro, (quien todo el dia de la union estuvo á la puerta del palacio para mejor informarse de lo que pasaba) que ya los napolitanos no le reconocian por Virey, volvióse á los caballeros que le rodeaban y les dijo riendo: "Señores, vamos á divertirnos porque ya nada tengo que hacer no siendo Virey de Nápoles."

A pesar de su risa temió que esta Union no degenerara en una rebelion abierta: los naturales mataban á los españoles, donde quiera que los encontraban; hacian bastiones para defenderse; estuvieron tres dias y tres noches consecutivos en perpetuas escaramuzas con la tropa española; y por cesar los estragos hubo que firmar una tregua. Ninguna persona decente podia vivir en una ciudad sin gobierno y sin leyes, entregada á bandidos y dominada por el vil populacho. Todos los que tenian que perder deseaban que el Virey recobrase su autoridad. Acabada la tregua, volvióse á los combates en las calles; y la chusma popular hacia irrupciones hasta Chiaja y Puzzol, desolando su propio territorio y robando las casas de campo para mortificar al Virey. Mas de quince dias se llevaban en este desórden que no tenia trazas de acabar. El duque de Florencia, yerno del marqués de Villafranca y la república de Siena le ofrecieron sus auxilios; y él dándoles las gracias, solo aceptó los del duque, á quien encargó armase cinco mil hombres y se los enviase á Nápoles por mar. Estando en esto vino el adjunto que la ciudad habia enviado con el Príncipe de Salerno al Emperador, y con él un comisionado que el Virey habia tambien diputado. Hízose una segunda tregua y convocóse un Consejo para oirlos. Dijeron que S. M. Imperial ordenaba y mandaba que la ciudad depusiese las armas y se entregase al poder del Virey; quien les declararia en seguida

cuales eran sus voluntades acerca de los sucesos pasados. Por duro que fuese ponerse inerme en manos de su enemigo, la ciudad que siempre habia procurado que su motin no se considerase como rebelion contra su Señor natural, obedeció sin réplica; y el Virey entró en sus funciones, disimulando con prudencia lo pasado y publicando que no conservaba odio contra la ciudad que consideraba seducida por unos pocos. Convencióse con estos sucesos que Nápoles jamás admitiria la Inquisicion; y así se lo escribió al Emperador; mas queriendo extirpar algunas herejías que levantaban cabeza en varias partes, dió apoyo al vicario de Nápoles para que procediese contra los disidentes por la via ordinaria y con arreglo á los cánones. Quien quiera leer mas por extenso este levantamiento puede consultar el lib. XXXII de la Historia de Nápoles por Giannone.

Despues de la expedicion de Cárlos V á Africa y la guerra que sostuvo en 1551 contra Mauricio, duque de Sajonia, á la cual contribuyó Nápoles con 50,000 ducados, apaciguados todos los movimientos ocasionados por el temor del establecimiento de la Inquisicion, el reino parecia que debia de gozar de una paz segura. El Virey no habia perdido nada de su poder, pues el Emperador tuvo cuidado de escribir que cuanto habia hecho habia sido por órden suya, y de encargar que se le obedeciese y venerase como á su propia persona. Mas entónces se oyó hablar de una guerra mas formidable que las anteriores, pues los Príncipes confederados que trataban de emprenderla eran los que contaban con mas recursos en Europa. Enrique II, Rey de Francia, que habia heredado de su antecesor Francisco el odio á Cárlos V, y las pretensiones al ducado de Milan, concluyó un tratado con

Soliman por el cual debian reunir sus fuerzas marítimas para atacar el reino de Nápoles. Solicitábalos para esta empresa el Príncipe de Salerno, que anhelaba vengarse á cualquier precio del Virey, á quien acusaba de que habia hecho disparar sobre él un tiro de fusil yendo de Nápoles á la capital de su estado. El Emperador informado de esta acusacion, por el mismo Virey, no hizo caso de ella, de suerte que el Príncipe salió descontento del reino, á pretexto de ir á Padua á curarse de una fingida debilidad de nervios, resultas de la herida que le causó aquel tiro. El Emperador le mandó ir á su lado; y en lugar de ir él envió un comisionado á que capitulase con él la seguridad de su persona, proposicion que irritó al Monarca. Entónces el de Salerno, cada vez mas rencoroso, decidió declararse en rebelion, y pasar al servicio del Rey de Francia, el cual le confió el mando de su escuadra para la expedicion proyectada contra Nápoles; paso que le costó ser condenado á muerte y ver confiscado su principado de Salerno. El Virey sin perder tiempo fortificó el reino y reunió á los barones para que preparasen auxilios; y propuso reunir 300,000 ducados para mantener 30,000 hombres; cantidad que se depositaria en una caja comun bajo la custodia de las personas de la ciudad que se señalasen. Reunióse esta suma de que no se echó mano por el pronto; pero en adelante fué de gran utilidad al reino el tenerla reunida.

La escuadra turca salió de Constantinopla, compuesta de 150 galeras gruesas, gobernadas por Dragut bajo el mando de Sinam Bajá: poco tiempo despues ancló junto á Procida sembrando la consternacion en Nápoles. Cerca de un mes permaneció en aquellas aguas adelantándose todos los dias al Cabo Posilipo á molestar á la escuadra

de Génova; pasado este tiempo, levó anclas é hizo vela para Levante. La causa no se sabe con exactitud; créese que se sobornó al Bajá con 200,000 escudos para que se retirase. Entretanto el Príncipe de Salerno caminaba con la escuadra francesa para reunirse á la turca; y cuando llegado á los mares de Génova supo su partida, volvió á buscarla; pero no pudo persuadir al comandante turco que retornára hácia Nápoles. Fuése á Constantinopla por su consejo, esperando con su presencia negociar de Soliman mayores socorros para el año siguiente; pero entregándose en aquella ciudad á todo género de desórdenes cayó en tal desprecio que los auxilios que Soliman le preparaba se los dió á Pedro Corsio para hacer la conquista de la Córcega. Volvió á Francia donde fué bien tratado mientras vivió Enrique II; pero despues de su muerte, habiendo abrazado en las guerras civiles el partido de los hugonotes, se retiró á Aviñon, y reducido á una extrema miseria murió en aquella ciudad, de edad de 71 años, en 1568. Aunque disipada la cruel tempestad que amenazaba á Nápoles, no estuvo libre el reino en los años siguientes de piraterías, pues el famoso corsario Dragut, á quien el gran Señor envió en favor del Rey de Francia, por molestar al Emperador interrumpia la navegacion de Nápoles y desolaba sus costas; males á que estuvieron siempre expuestas las de los dominios españoles, porque el Emperador turco y el Rey de España hacian profesion de estar en incesante guerra sin que cupiese entre ellos paz ni tregua.

Despues que estalló la rebelion del Príncipe de Salerno, el Marqués, figurándose que debia tener muchos cómplices, hizo proceder severamente contra diversas personas, y en las investigaciones que con este motivo se hi-

cieron apareció complicado Antonio Grison, á quien hizo condenar á muerte: otros salvaron la vida con la fuga. Estas persecuciones hicieron su gobierno odioso y formidable. El año 1552 hubo diversos movimientos: el principal de todos fué la rebelion de Siena. Esta república subsistia bajo la proteccion del Emperador que habia enviado á ella al famoso D. Diego Hurtado de Mendoza, el autor de la Historia de la guerra de los moriscos de Granada y de otras apreciables obras, hombre tambien de un temple de alma acerado. Los ciudadanos de Siena entraron en sospecha de que los queria privar de la libertad porque proyectaba establecer en la ciudad una fuerte ciudadela; por cuyo medio los españoles aunque en pequeño número le hubieran impuesto la ley. El pueblo alarmado determinó acudir al Rey de Francia, que encargándose de su defensa dió órden á sus ministros de Italia de hacer cuanto fuese preciso para ampararlo; y en consecuencia se convino que el conde de Pitillano y los dos condes de Santaflor levantarian con el mayor secreto y presteza 6,000 hombres de infanteria y buen número de caballos. Pitillano entró al frente de 3,000 hombres en Siena; y uniéndose al pueblo, que apellidaba libertad, obligó despues de un combate en que murió mucha gente á Oton de Monteagudo, á quien el duque de Florencia habia enviado á favor de los españoles, á retirarse bajo la ciudadela. El de Florencia se propuso remitir nuevos socorros á Oton; mas la república le envió embajadores, representándole que su intencion no era sustraerse á la fidelidad debida al Emperador, sino revindicar su libertad de que insensiblemente los habia despojado Mendoza. El duque concluyó entónces con los sieneses un tratado en que se propuso que los españoles saldrian de

Siena y Oton volveria con sus tropas á Florencia, sin que se le hiciese mal alguno. Asi cuenta Giannone el levantamiento de los sieneses. Illescas en su *Historia pontifical y católica* da otros pormenores. Refiere "que los sieneses fingiendo temor de las galeras del Turco cuando estuvieron en Terracina, á instigacion del Príncipe de Salerno pidieron á D. Frances de Alava, jefe de la guarnicion española, que allí habia, les permitiese tomar las armas y salir á poner recaudo en sus puertos, si acaso los turcos quisiesen entrar en alguno. D. Frances no receló de esta pretension y ellos obtenido el permiso salieron hasta Luciñarolo. Creyeron aquella ocasion para echar de sí la servidumbre que les pareció tenian con los españoles, y vengarse del agravio que decian haber recibido del Emperador por un castillo que habia mandado levantar en la ciudad, y de allí determinaron volver y dar de rebato sobre D. Frances y echarle fuera. No fué esto tan secreto que D. Frances no lo sintiese. Salió de presto á la plaza con toda su gente y mandó sopena de la vida que nadie se moviese de casa. Prendió al capitan del pueblo y dió aviso al duque de Florencia de lo que pasaba. El duque envió luego á su capitan Oton Montacuto con hasta ochocientos infantes que se metieron en Siena aquella misma noche. Otro dia siguiente volvieron los de Luciñarolo y sin poder ser resistidos entraron en la ciudad y echaron de ella á Montacuto y á D. Frances. Por entónces dieron un cierto modo las cosas con que los sieneses quedaron en su libertad, mas luego la perdieron y de señores vinieron á ser súbditos del duque de Florencia."

Despues de haber hecho sus tratos con este potentado, los sieneses derribaron la ciudadela y admitieron en la ciudad guarnicion francesa, trabajando en fortificarse con-

tra los españoles. En este tiempo estaba el Emperador ocupado en el sitio de Metz en la Lorena; y luego que supo la revolucion de Siena escribió á D. Pedro de Toledo que levantase tropas y fuese contra la ciudad en persona. Don Francisco de Toledo, encargado de negocios de Cárlos V cerca del duque Cosme, vino á Nápoles para dar calor á la ejecucion de esta órden. La riguridad del invierno no fué obstáculo para que se hiciesen con todo secreto y diligencia los preparativos necesarios, y aunque el Virey en medio de sus ocupaciones se hallaba atacado de un catarro con fiebre, que todos los años le molestaba, y que le obligaba por consejo de los médicos á pasar esta estacion en Puzzol, activó sin embargo el apresto. Comenzaba á correr la voz de que el armamento era contra Siena, y que el marqués en persona debia mandar la empresa, poniéndose de acuerdo con el duque de Florencia su yerno. Muchos barones se ofrecieron á seguirle, mas él dió las gracias á todos, y concedió el permiso á muy pocos. Nombró á su hijo D. García lugarteniente del ejército, y le envió por tierra con 12,000 soldados escogidos, españoles italianos y alemanes. Esto fué al principio del mes de enero de 1553. Don García pasó por las tierras del estado eclesiástico sin cometer ningun desórden, y entró á Roma seguido de muchos caballeros; penetrando despues en el Sienés, tomó con grande actividad muchos castillos.

Su padre entretanto hizo embarcar en las galeras del Príncipe Doria el resto de los soldados españoles y su corte, dejando por lugarteniente del reino á D. Luis de Toledo su hijo segundo. Detúvose tres dias en Gaeta, pasó á Civitavechia y desembarcó en Liburna. El tránsito por mar aumentó sus indisposiciones, de suerte que envió al momento los soldados españoles que habia llevado consigo

á reunirse con D. García; y él postrado de la fiebre quedó con su comitiva en aquel pueblo; pero juzgando los médicos que su temperamento no le convenia, le obligaron á ir á Pisa y desde allí á Florencia, donde el duque Cosme, su yerno, le recibió afectuosa y espléndidamente. Durante este tiempo Ascanio de la Cornia y otros coroneles de su ejército fueron á tomar sus órdenes; y D. Pedro creyéndose aliviado, haciendo que su corte tomase la delantera, se disponia á montar al dia siguiente á caballo; pero atormentado mas que nunca de sus males aquella noche quedó casi sin fuerzas.

A la nueva del estado peligroso de su salud, corrió su hijo D. García, proponiéndose darle al mismo tiempo cuenta de la situacion del ejército; mas el Virey sin querer que esperase á su lado el término de su enfermedad, le envió dándole su bendicion á proseguir la empresa con título de su lugarteniente. Empeorando el mal de dia en dia espiró D. Pedro el 12 de febrero de 1553 entre los brazos de su hija y de su yerno. La maledicencia pública supuso que sus dias fueron abreviados por veneno que le hizo administrar este por sospechas que tenia de que el mismo D. Pedro atentaba contra su vida: por infundadas que sean estas voces es un dolor que el pueblo haya siempre tenido una opinion tan poco ventajosa de los que le mandan; y mas sensible todavía el que estos no hayan dejado de dar lugar en ocasiones á que forme tales ideas. Díjose tambien con maligna suposicion que despues de las turbulencias de Nápoles habia decidido el Emperador quitarle el vireinato, y que buscó por pretexto encargarle la guerra de Siena; mas diversos autores niegan ambos hechos, y aun citan una carta de Cárlos V que D. Pedro recibió en Florencia poco tiempo ántes de su muerte, en la

cual creyendo que aun no habia salido de Nápoles le mandaba por saber que estaba indispuesto, que no fuese en persona á la empresa contra Siena, bastando que enviase á su hijo D. García. Don Pedro tuvo varios hijos de su primera mujer Doña María Osorio Pimentel; del segundo ninguno. Los hijos varones fueron tres: D. Fadrique el mayor, D. García que dejó al morir lugarteniente del ejército contra Siena, y D. Luis que quedó de lugarteniente en Nápoles. Las hijas fueron cuatro: la mayor llamada Doña Isabel, se casó con D. Juan Bautista Spinelli, duque de Castro-Villari y conde de Caviate; Doña Leonor la segunda casó en 1539 con Cosme de Médicis, duque de Toscana; Doña Juana la tercera se casó con D. Fernando Gimenez de Urrea, primogénito del conde de Aranda; y la última Doña Ana con D. Lope de Moscoso, conde de Altamira.

Don Pedro de Toledo tenia todas las cualidades que necesita un gran Príncipe para restaurar un poderoso estado, en que las guerras y las desgracias han relajado todos los vínculos sociales. Voluntad fuerte y enérgica, amor á la justicia, actividad incansable para el trabajo, severidad de costumbres, corazon magnánimo, inclinacion á todo lo que es ilustre y grande. Con tales prendas fué uno de los personajes mas preclaros de su siglo; y si no ha dejado entre los españoles fama correspondiente á su mérito, fué porque alejado la mayor parte de su vida de su territorio, y habiendo tenido un reino extranjero por teatro de sus grandes acciones, nunca ha sido de ellos suficientemente conocido. El fué quien engrandeció el poder de los Vireyes de Nápoles; y bajo su mando tomó esta alta dignidad la forma y atribuciones que con leves diferencias subsistió despues. Su primer pensamiento en cuan-

to llegó á Nápoles fué arreglar los tribunales desquiciados y dar decoro á los magistrados, y lo consiguió de una manera permanente. El odio mismo que le profesó la nobleza es un lauro para D. Pedro, pues prueba la igualdad de su justicia que no admitia acepcion de personas. La pureza de su administracion y la presteza con que se hacia obedecer le facilitaron, en medio de los grandes impuestos que los dispendios del Emperador exigian al reino, recursos para grandes empresas que parecian necesitar una larga série de reinados para ser ejecutadas. La ciudad de Nápoles estaba á su llegada afligida por el hambre; dictó sabias providencias para que estuviese abundantemente provista, y durante su vireinato no se volvió á sentir aquella plaga: era mal sana especialmente en verano á causa de las emanaciones pútridas del agua estancada en los pantanos que se extendian desde el territorio de Nola hasta el mar, que á veces ocasionaba estragos que desolaban toda la provincia de Labor: hizo abrir en medio de aquellas grandes llanuras un canal ancho y profundo, dispuesto de manera que todas las aguas de los pantanos cayesen en el mar con la velocidad de un rio; con lo cual no solo hizo de Nápoles la ciudad mas sana del mundo, sino que entró en cultivo en sus alrededores feracísimos terrenos que aumentaron su riqueza. Mas como no basta hacer sino que es preciso buscar medios de sostener lo hecho, asignó una renta para la limpieza del canal, y encargó su cuidado al tribunal de la Cámara Real, el cual nombra para el efecto un presidente y un comisario.

Lo que se hizo solo dentro de la ciudad de Nápoles para hermosearla, es sorprendente. Persuadido de que la limpieza es parte de la hermosura de un pueblo, restableció todas las alcantarillas por donde las inmundicias desa-

guaban en el mar, y para evitar los lodos y el polvo empedró con esmero todas las calles de la ciudad, cuyo pavimento hasta su tiempo era de tierra. Quitó todos los estorbos de pórticos y salidizos que las asombraban; las allanó y puso á cordel, y excitó el gusto de los habitantes por el ornato de las fachadas: aumentó las dimensiones de la ciudad derribando las antiguas murallas y puertas, monumento de Cárlos II y de otros Reyes de la casa de Anjou, y haciendo mas extenso el ámbito de las nuevas, tanto por la parte de tierra como por la del mar, donde se fijaron los cimientos á gran coste debajo de las aguas, dando á la ciudad dobles dimensiones de las que ántes tenia. Restauró el castillo de San Erasmo; hizo el palacio Real, que se conoció con el nombre de palacio viejo despues que el conde de Lemos hizo otro nuevo; abrió la ancha calle que se extiende desde la nueva puerta Real á que se puso el nombre de calle del Santo Espíritu, aunque prevaleció el de su fundador, y es conocido con el de calle de Toledo; adornó el pueblo con multitud de fuentes de mármol; levantó suntuosas iglesias y monasterios; en fin hizo de Nápoles una de las ciudades mas hermosas del mundo. Si los Vireyes que le siguieron continuaron hermoseándola, á él se debió el primer ejemplo é impulso.

Aun le quedó tiempo y recurso para dar sus atenciones en otros puntos del reino á obras no menores de ornato y utilidad. Levantó en la marina torres de trecho en trecho que sirviesen como de atalayas para las invasiones de los turcos; fortificó los puertos y plazas marítimas; por sus órdenes se edificó el castillo de Reggio; la ciudad de Cotrona fué provista de murallas y baluartes; fundó los castillos de Otranto, Castro, Lecca, Galipoli, Trani, Barleta, Brindis, Monopoli y Manfredonia, y asimismo fortificó á

Vesti, plaza situada en la última punta de Monte-Sant-Angelo. En los confines del estado eclesiástico construyó la torre llamada del Puerto-de Martin Severo, para que por aquel lado no pudiesen escapar los culpables; y si de estas obras de utilidad y defensa pasamos á otras de hermoseamiento y recreo, ahí está Puzzol, su morada favorita, que debió su restauracion y conservacion al esmero del gran Virey.

Tan grande era la munificencia de este ilustre personaje, tan preclaro por otros títulos. Algunos le han culpado de que no protegió tanto las letras como las artes; pero alma tan elevada no podia menos de ser partidaria de aquellas; y si en los tiempos tristes que alcanzó no permitió por temor á la ponzoña de la herejía toda la libertad que deseáran los escritores, expresos están los sentimientos de su ánimo en este punto, admitiendo á Luis Tansilo, el mejor poeta napolitano de su tiempo entre los continos de su casa, y favoreciendo al dulcísimo poeta Garcilaso, á quien llevó consigo á Nápoles en términos que mas que de protector puede decirse que le sirvió de padre.

Sobre la guerra de Siena última empresa de su vida, que no pudo mas que preparar, se lée al fin de la Crónica del marqués de Pescara, en casa de Agustin Millán, año de 1562, en 4.° francés, un escrito con este título: *La Conquista de Siena traducida de diversas partes de lengua toscana en nuestro vulgar castellano por Diego de Fuentes, y dirigida al Illmo. Sr. D. Juan Ximenez de Urrea, conde de Aranda y Vizconde de Biota, etc.*—Ocupa desde el fol. CXLVJ vto. hasta el CLVIJ tambien vto.

IX.

Don Pedro Pacheco (1), cardenal seguntino, Virey en este reino por el Emperador (2), y confirmado por el Rey Felipe II, por renunciacion que de este reino le hizo el Emperador su padre por casamiento que hizo con la Reina de Inglaterra, viniendo á tomar posesion de este reino por la Majestad del Rey Felipe II. El marqués de Pescara el año 1554 tomó dicha posesion por via de aclamacion, saliendo á caballo por toda la ciudad, electo del pópulo, capitanes y consultores de las plazas, gritando en alta voz por todos los sijos (segios) y plazas del pópulo, echando mucha moneda nueva, estampada con el efigie y nombre de Felipe II, diciendo: *viva, viva, viva el Rey Filipo II, nuestro Señor.*—Don Bernardino de Mendoza (3) quedó por lugarteniente por la ausencia de dicho cardenal en el año 1555.

NOTAS.

(1) El cardenal Pacheco estaba en Roma en 1553 cuando, informado el Emperador de la muerte del gran marqués de Villafranca, le mandó que sin detenerse fuese á Nápoles. Obedeció el Cardenal y entró en aquella ciudad

en junio del mismo año. Fué hijo de D. Alonso Tellez Giron, señor de la Puebla de Montalban, el cual lo fué tercero del maestre D. Juan Pacheco, quien fundó para él el mayorazgo de Montalban. Don Alonso Tellez Giron estuvo casado con Doña María Velez de Guevara, hija de D. Ladron de Guevara, señor del Valle de Escalante; y esta señora fué la madre del Cardenal. Adriano VI, que estando de gobernador de España, fué hecho sumo Pontífice, lo llevó consigo de camarero, y no lo fué largo tiempo por la corta vida de este Pontífice. Fué luego dean de la iglesia de Santiago y reformador de la universidad de Salamanca. En el año 1529 el Emperador lo presentó para el obispado de Mondoñedo, y le mandó visitar la Chancillería de Granada para evitar que la administracion de justicia se relajase. De esta iglesia fué promovido para la de Ciudad-Rodrigo, y de esta para la de Pamplona, de que tomó posesion á 10 de julio de 1539, entrando en ella á 14 de marzo de 1540. El P. Sandoval en su Catálogo de los obispos de Pamplona dice así: "Vinieron con las bulas apostólicas á tomar la posesion el Dr. Martinez y Gaspar Lirano, clérigos de la diócesis de Toledo, y á 10 de julio, año de 1539, las presentaron en cabildo, y en virtud de ellas tomaron la posesion en la forma que esta iglesia acostumbra. Y en el año siguiente á 14 de marzo á las cuatro de la tarde entró el obispo en esta ciudad, siendo recibido de todos con la solemnidad acostumbrada, y luego trató de visitar el obispado, lo principal por su persona, y lo demás por varones de letras y virtud. Y en el año de 1544 á 16 de agosto celebró sínodo donde se ordenaron y reformaron las cosas convenientes al obispado; y se fundaron ciertas procesiones que perpetuamente el pueblo celebrase el dia del Córpus, dia de Resurreccion y el octa-

vo dia del Córpus; otra en memoria de San Agustin y San Francisco; y señaló y añadió las distribuciones á los que se hallasen los dias principales á los maitines; y si durara mas tiempo en el obispado fueran colmados los bienes que á esta iglesia hiciera. Sacóle el Emperador de ella, si bien contra su voluntad, y ocupándole en cosas de su servicio. Quedó en el gobierno del obispado como vicario suyo D. Gabriel Guevara á 3 de enero de 1545, y fué promovido á la iglesia de Sigüenza." Hasta aquí Sandoval. Antes de pasar á esta nueva silla edificó en la Puebla de Montalban el convento de religiosas franciscas, y lo dotó en 500,000 mrs. y 400 fanegas de trigo. Gil Gonzalez Dávila creyó que desde Pamplona fué trasladado al obispado de Jaen. Efectivamente fué así: y de esta diócesis pasó á la de Sigüenza, porque pocos prelados españoles habrán mudado mas sillas. Mas en esta no residió, porque el Emperador lo tenia en Roma ocupado en negocios de religion y de estado; y así la gobernó por medio de sus provisores, que al principio de su pontificado lo fué Nicolás de Lira, y despues D. Gabriel de Guevara, que estaba ya en este oficio á mediados del 45. El 51 ganó el obispo en Roma letras ejecutoriales contra el dean y cabildo de su iglesia, á favor de su dignidad episcopal sobre el derecho y posesion antigua que los obispos de Jaen tenian de mudar á su voluntad los prebendados, dignidades, canónigos y racioneros de la iglesia de Jaen á la de Baeza, y viceversa.

A instancia del Emperador el papa Julio III hizo segunda convocacion del concilio de Trento en 1551; y continuando las sesiones del tiempo de Paulo III se celebraron la XI, XII, XIII y XIV, y en el siguiente de 1552 la XV y XVI que fué la última de este pontificado. El

obispo de Jaen asistió á ellas. El 54 fué promovido á la iglesia de Sigüenza, en el mismo que fué llamado por el Emperador á gobernar á Nápoles, y por eso le llama nuestro autor Cardenal *seguntino*. Tomó posesion de este obispado en 1554, de suerte que fué 9 años obispo de Jaen, en cuya diócesis recibió en 1546 el capelo de Cardenal que le confirió Paulo III. Pedro Melario dice que por mandado de este Papa asistió en el capítulo general que celebró en Roma la Compañía de Jesus en 2 de julio del 58, en que fué electo general el V. Padre Lainez. La Santidad de Pio IV le dió el título de Inquisidor en la Inquisicion de Roma, que se tiene en presencia de su Santidad, y con él nombró otros cuatro que fueron los cardenales Crapi, Puteo, Trani y Alejandrino, que despues fué papa con el nombre de Pio V. Pedro Rosso en la descripcion de Nápoles dice que fué arzobispo de Monte Sant-Angelo ó sipontino. Murió en Roma con título de obispo Albanense á 4 de febrero de 1560 á los 60 de su edad. Su cuerpo fué depositado en el convento de Santa María Araceli de religiosos franciscos, y de allí trasladado á la Puebla de Montalban á un costoso sepulcro, sin epitafio.

(2) Digamos algo de la gobernacion en Nápoles del cardenal D. Pedro Pacheco. La fama que le acompañaba de extremada severidad asustó al pronto á los napolitanos, aun conociendo que merecia el puesto para que estaba nombrado, por su alto nacimiento, por su saber y por los grandes servicios que habia hecho al Emperador. Pero luego que llegó á la ciudad, su afabilidad y su dulzura les hizo ver que era errónea la opinion que habian formado de su nuevo Virey. No solo los trató con bondad, sino que los sirvió con el Emperador y obtuvo la exacta

observacion de los privilegios que este Príncipe habia concedido en Bruselas. Ya no se oyó hablar de prisiones clandestinas ni de penas impuestas á los acusados, por el simple exámen de informaciones secretas: é hizo sabios reglamentos para la colacion de las prebendas de la Capilla mayor, para las prelaturas Reales, el doctorado en medicina, los cargos de magistratura, las castellanías del reino etc.

Cárlos V cedió á su hijo Felipe II los reinos de Nápoles y Sicilia con el estado de Milan, con motivo del casamiento de este Príncipe con María, Reina de Inglaterra. Felipe envió al marqués de Pescara á tomar la posesion en su nombre, y esta ceremonia se hizo públicamente en 25 de noviembre del mismo año al tiempo que el Emperador, ó aburrido de las cosas del mundo, ó temeroso de los reveses de fortuna, meditaba completar la cesion, desposeyéndose de todo. El nuevo Rey de Nápoles confirmó al cardenal Pacheco el cargo que le habia dado su padre. Continuó, pues, el Cardenal, merced á esta disposicion, gobernando el reino con la misma prudencia y velando con la misma atencion en favor de sus gobernados, por la buena administracion de justicia, de que son buen testimonio las ocho pragmáticas suyas que se leen entre las leyes de Nápoles. Mientras vivió Julio III, sucesor de Paulo III, y durante el subsiguiente pontificado de Marcelo II, la paz de Italia no se perturbó, y el reino de Nápoles disfrutó de esta ventura. Pero habiendo vivido poco este Papa, los ánimos volvieron á estar inquietos y perplejos. El Virey tuvo que ir á Roma á la eleccion de nuevo Pontífice; su influjo en el cónclave y de los cardenales españoles no pudieron evitar la eleccion de Juan Pedro Caraffa, que despues de Papa tomó el nombre de

Paulo IV. Era de nacion napolitano y arzobispo de Nápoles, dignidad que debia á Cárlos V, y sin embargo inimicísimo de él y de los españoles; no pudiendo olvidar que muchos parientes suyos, que cuando la invasion de Lautrech habian seguido el partido francés, habian sido castigados con severa mano despues de restablecida la tranquilidad. Cuando Nápoles se alborotó contra D. Pedro de Toledo, como hemos referido, él fomentó los alborotos, y no cesó de persuadir al Papa reinante no desaprovechase esta ocasion de echar á los españoles del reino de Nápoles, que él le ayudaria para ello con sus parientes y parciales.

Con estos antecedentes, cuando le nombraron arzobispo de la capital de aquel reino, tuvo dificultad para conseguir de Cárlos V el *regium exequatur*, y no lo hubiera logrado nunca en vida de Paulo III. Pero muerto este pontífice, y sucediéndole Julio III, con quien el Emperador no tenia motivo ninguno de disgusto, habiéndoselo rogado Julio, suponiendo falsedades y calumnias cuanto se habia dicho de la complicidad del cardenal Caraffa en los alborotos de Nápoles, no quiso Cárlos V desairarle. En cuanto subió Paulo IV al solio pontificio se descubrió su deseo de vengar sus resentimientos contra los españoles, y que con esta intencion proyectaba una nueva liga con Enrique Rey de Francia, para atacar el reino de Nápoles, tantas veces inundado en sangre por las pasiones mundanas, de quienes mas debieran tenerlas refrenadas. Illescas escritor católico y piadoso, y en quien menos se debe suponer deseo de denigrar lo que merece venerarse, dice con este motivo. "Quien habia conocido la mansedumbre, religion y recogimiento del Pontífice, ántes que lo fuese, no pudiera creer que en

su tiempo habia de comenzar la turbacion y desasosiego del mundo. En lo cual no se debe dar á él la culpa, sino á los deudos que consigo tenia, porque como el cardenal Carrafa y el conde de Montoro, (que despues de la privacion de Marco Antonio Colona se llamó duque de Paliano), y los demás sus parientes tenian fresca la memoria de las pasiones que habian tenido con el Cesar, comenzaron luego á mostrarse sus enemigos y á alterar el mundo por ver si podian quitar á nuestro Rey el reino de Nápoles. El principio de estas disensiones nació de que el Pontífice por algunas causas que para ello debió tener, propuso un edicto por el cual mandó que para cierto dia pareciesen en Roma personalmente todos los señores feudatarios de la iglesia, y cualquiera persona lega de cualquier estado y condicion que fuese, que en alguna manera tuviese tierras ó alguna cosa temporal de la iglesia. Acudieron luego á Roma muchos señores comarcanos á reconocer este vasallaje al Pontífice, y á recibir sus nuevas investiduras y confirmacion. Solo Marco Antonio rehusó de ir, temiendo no se le hiciese alguna fuerza; y no se teniendo por seguro en sus tierras acordó ponerse en salvo y fuése á meter en Nápoles." El mismo autor sigue confesando que el gobierno de Roma no buscaba entónces sino pretextos para romper con el Rey de España y despojar á sus amigos.

El Papa pretendió que el reino de Nápoles le fuese entregado. De Thou y Suave dicen que el motivo en que fundaba su pretension consistia, en que segun él habia incurrido en crímen de lesa magestad el Rey de España, favoreciendo y recibiendo bajo su proteccion á los Colonas sus súbditos rebeldes; pero en verdad no alegó otra razon que los atrasos del censo que por Nápoles pagaba.

El Rey Felipe cuando recibió la nueva de que el cardenal Carraffa era elegido Papa, escribió en 25 de junio de 1555 á su embajador en Roma para que hiciese presente al nuevo Pontífice que debia darse por pagado el censo de siete mil ducados por año que la Sede apostólica pretendia por el reino de Nápoles; dándole por razon que en el concordato hecho entre Clemente VII y el Emperador Cárlos V, su padre, se habia convenido entre otras cosas que en haciendo dar á la Santa Sede algunas ciudades y tierras de que los venecianos y el duque de Ferrara le habian despojado, ni él ni sus sucesores quedarian obligados á pagar el censo de siete mil ducados, sino solo una hacanea blanca en señal de reconocimiento, y el Emperador habia cumplido por su parte la condicion. Paulo IV que á cualquier costa queria guerra desatendió estas razones. Esta mala voluntad, ya se la temia el Rey desde el principio de su eleccion; y por esto dispuso que el Cardenal quedase en Roma sin volver al vireinato de Nápoles, á fin de que con su prudencia y habilidad pudiese moderar el espíritu del nuevo Papa, ó velando mas de cerca sobre su conducta, informarse de sus proyectos, á fin de prepararse en caso de ataque á una buena defensa. El Cardenal estaba muy opinado en Roma por su saber y talentos; y el cardenal Palavicino hace grandes elogios de las relevantes pruebas de su sabiduría y destreza, refiriendo todos los trabajos que hizo en el concilio de Trento hasta el año de 1560 en que murió.

(3) Obligado el cardenal Pacheco á ir á Roma nombró por su lugarteniente en Nápoles á D. Bernardino de Mendoza, á quien Giannone equivocadamente llama Bernardo. Este D. Bernardino debió ser el hermano de D. Diego Hurtado de Mendoza, el embajador y literato, cuyos hermanos

todos fueron en aquel siglo lustre de la nobleza española. El que llevó aquel nombre fué el ilustre capitan general de las galeras de España que ganó la famosa batalla de Arboran contra los corsarios Ali y Caramani, y murió mandando las trincheras de San Quintin. Solo gobernó á Nápoles seis meses. En este tiempo se ocupó en levantar gente para prevenir los designios del Papa, siguiendo la costumbre que siempre se practicó en Nápoles de hacer levas, cuando el Papa las hace con objeto de resguardar las tierras que confinan con el estado eclesiástico. La actividad de D. Bernardino perturbó á Paulo IV, quien trabajó con el marqués de Sarria embajador de España en Roma que negociase con él deshiciese su campo, prometiendo hacer lo mismo en sus tierras. Envió el embajador á su hermano D. Rodrigo y por su intermedio se logró que cesase en Nápoles todo bullicio de guerra; y el Papa *con gran disimulacion mostró gran contentamiento y mandó* (copiamos á Illescas) *que se prosiguiese en el hacer de la gente.*

X.

Don Fernando Alvarez de Toledo (1), duque de Alba, vino por Virey de este reino por el Rey D. Felipe II año 1555 (2): salió con ejército á lo de Roma, y despues fué llamado á España. Quedó por su lugarteniente D. Fadrique de Toledo (3), su hijo, año de 1558. Gobernó con grandísima satisfaccion del reino por espacio de tres años, imitando

en todo á su padre, el cual gobernó con tanta autoridad, grandeza, valor y cortesía que por ello quedó con nombre y eterna memoria de tan gran señor. —Hizo la capilla para la sangre y cabeza de San Génaro y otras reliquias en el arzobispado, que se llama el *Tesoro*, la cual dejó por memoria suya, y en ella un retablo suyo, retrato de su imágen y de su mujer la Duquesa, á donde hoy dia se vé encima de la puerta de la dicha capilla. Hizo S. E. llamamiento del Baronese para que saliesen de persona á la guerra con las lanzas y caballos á que estan obligados. Habiendo este señor venido victorioso de las guerras de Alemania y presa del duque de Sajonia y otras muchas victorias de reinos en servicio del invictísimo Emperador Cárlos V y Filipo II sus Señores, y gobernado los estados de Flándes con tanta grandeza, autoridad y vigor como para remedio de aquellos estados convenia, fué uno de los mas valerosos y señalados Vireyes que hasta hoy han gobernado este reino. Tuvo título de Vicario general de Italia, lo que ninguno hasta hoy ha tenido. Y en materia de grascia y abundancia nunca mayor este reino la ha tenido, castigando rigurosamente los malos y premiando los buenos.— D. Juan Manrique (4) quedó por lugarteniente por ausencia del dicho D. Fadrique año 1558: gobernó en su tiempo con mucha puntualidad y satisfaccion: no se ofreció cosa notable de que hacer memoria.

NOTAS.

(1) Fué el gran duque de Alba D. Fernando Alvarez de Toledo digno sobrino del marqués de Villafranca, de quien ya se ha hablado; hijo de su hermano mayor Don García de Toledo, que murió en los Gelves. Escribir su vida es materia larga y para tomada de propósito; sus muchos y grandes hechos no sufren compendio. El P. Antonio Osorio tomó sobre sí esta tarea, que las historias de Cárlos V y Felipe II ofrecen materiales para mejorar. Personaje el duque de Alba de los mayores del reino por sus talentos, nacimiento y carácter igual á Felipe II á quien sirvió, los nacionales le celebran, los extranjeros lo increpan de cruel y de bárbaro, pintando con negros colores su gobernacion de Flándes. Los juicios que se forman de su conducta en aquel pais dependen del distinto punto de vista de que se miran los acontecimientos. Para los españoles que no podian considerar á los flamencos sino como súbditos rebeldes á su Rey y Señor natural, sus rigores eran justicias: para los extranjeros que no querian ver en los alborotos de Flándes, sino un pueblo libre que se levanta contra su tirano, el duque de Alba tenia que ser el bárbaro instrumento de la tiranía y sus castigos justos, inhumanas atrocidades. Lo único que es cierto de tanta declamacion, es que el duque de Alba era de carácter duro, que mandaba militarmente y militarmente queria ser obedecido; pero la blandura no podia ser la virtud de aquellos caractéres de hierro que con asombro del mundo presentó España en el siglo XVI.

No se han contentado con tachar al duque de Alba;

algunos han querido dejarse cegar del odio al nombre español hasta el punto de negar que el sol alumbra; y han tratado de negar al duque el valor personal que le distinguia. En un diccionario biográfico francés no despreciable se dice que al principio dió una idea tan ínfima de sus talentos y denuedo, que Cárlos V solo le ascendió á los primeros grados por consideraciones particulares, pero no le confió comision alguna de importancia; y un chusco español le dirigió una carta con este sobrescrito: *Al Excelentísimo señor duque de Alba, general de los ejércitos del Rey en el Milanesado en tiempo de paz, y mayordomo mayor de S. M. en tiempo de guerra.* Pero ignoraba sin duda el que recogió este chiste, que el Milanesado era tan codiciado y estaba tan expuesto, que aun en tiempo de paz necesitaba para su conservacion de grandes capitanes, y siempre se dió este mando comprometido á personas de la mayor confianza. Cárlos V no gustaba de gente inútil, y al duque de Alba lo quiso siempro en términos de darle las mas señaladas muestras de su estimacion y cariño. En esta consideracion eligió á él y á la duquesa su esposa por padrinos de boda del Príncipe D. Felipe su hijo, cuando casó con la Infanta Doña María de Portugal, su primera mujer, el año 1543. En la misma el año 1547 en la instruccion que dió al Príncipe de lo que debia observar en Italia cuando pasó para ser jurado sucesor en el Pais-bajo, dice el P. Osorio que incluyó en ella el párrafo siguiente. "Como sea necesario que paseis por Italia, y yo no dudo que los Príncipes de ella os pidan que alojeis en sus palacios, cuando á alguno de estos Príncipes hiciéreis el honor de admitirlos en vuestra mesa, admitais tambien al duque de Alba: porque seria indigno que este señor, cuyos grandes servicios y cuyo mérito eminente le hacen

para mí mas amado y mas estimable que algunos de estos Príncipes, fuese privado de una honra de que ellos son menos dignos que él. Porque si su calidad de súbdito parece que le hace inferior á ellos, él no los cede en el nacimiento, es superior en el mérito y en el valor, y yo no hallo nada mas alto que él, sino los soberanos de que la divina Providencia le hizo súbdito." ¿Qué otro testimonio mas clásico se desea? Pasemos pues á examinar sus hechos como vicario general de Italia y Virey de Nápoles.

(2) Sabido por Felipe II que el Papa se aliaba con los franceses para hacerle la guerra, dió el vireinato de Nápoles al duque de Alba que estaba de gobernador de Milan, y de vicario general de los ejércitos de Italia. Esta nueva desconcertó á los franceses que por un descuido de los españoles se habian apoderado del Casal, entrándoles en miedo la gran fama que el duque tenia de gran soldado y de Príncipe de mucha prudencia y autoridad; y el saber además que teniendo abundancia de dinero habia enviado á mandar se levantase infantería italiana, se llamasen los españoles de Toscana, se hiciese bajar la infantería y caballería alemana de los que llamaban *herreruelos*, que entónces comenzaban á adquirir gran crédito de terribles en la guerra; y que ordenaba que en Milán se apercibiese artillería y municion, y todo lo necesario para un poderoso ejército. Entretanto los Caraffas no se descuidaban; enviaban capitanes á levantar gente; estaban guarneciendo á Paliano, mientras el Papa armaba al pueblo de Roma, y parecieron en una muestra diez mil armados, la mayor parte, segun Antonio de Herrera, populares y forasteros. El duque de Alba, que estaba en Nápoles desde fin del año 1555, examinaba todos estos pasos;

y envió á Francisco de Valencia, caballero del hábito de San Juan, á consultar con el duque de Florencia, si seria bien que la guerra se hiciese á nombre de Marco Antonio, y si se podria contar con él, y él contestó que la guerra se haria con mas autoridad á nombre del Rey y del duque de Alba; y que él, aunque sabian que era parcial de España, convenia que por entónces permaneciese neutral, teniendo en suspension al Papa. El duque sin embargo no quiso emprender nada sin dar los últimos pasos de conciliacion y envió varias embajadas al Pontífice para traerle á ideas de paz; mas este, cada vez mas encarnizado, decia que no podia haberla con los que maquinaban contra él en su propia casa; y los Carrafas por evitar toda composicion, que no querian, clamaban que se habian descubierto en Roma conspiraciones de los españoles.

Viendo ya el duque que no habia otro recurso que tomar las armas, pues nada habian aprovechado sus embajadas, trató de hacer sus protestas, como se acostumbra en guerras que se emprenden justamente; y envió á su Santidad persona que, ofreciéndole todo respeto y reverencia como ministro de la iglesia, se quejase de camino del mal tratamiento que se hacia á los fieles ministros del Rey; y retase á sus rebeldes y enemigos, porque tenian presas las personas públicas, habian tomado los correos y abierto otros despachos del Rey y hecho otros agravios é injurias, que además del daño causaban gran menoscabo á la dignidad Real. El Papa viéndose con la guerra encima, trató de dilatarla hasta la venida de su sobrino el cardenal Caraffa, que estaba negociando en Francia, y de Pedro Strozzi, y dijo que queria poner el negocio en consulta con los cardenales. Celebrada esta junta, contestó

con altivez al duque de Alba, que el Papa era Príncipe y libre y superior á todos, y que no debia dar cuenta de sus actos á nadie: que si habia puesto preso á Garcilaso, siendo persona pública, era porque habia maquinado contra el Príncipe á quien era enviado; y que si el Rey Católico queria resentirse haria cosa contra toda razon; mas que tuviese entendido que él por ningun peligro dejaria de volver por la dignidad de la iglesia ni de defender aquella Santa Sede. Despues de esta respuesta mandó Paulo IV con gran calor reforzar todos los presidios, aguardando de hora en hora la guerra con gran ánimo, porque sabia que el cardenal Caraffa habia sido bien despachado de la corte de Francia, y que Pedro Strozzi se hallaba en Leon de camino para Italia. Además las galeras de Francia habian llegado á Civitavechia con dos compañías de gascones que habian sacado del Sienés; tenian 2,000 en Roma, y en Antibo en Provenza estaba la armada con mas gente, aguardando al legado, porque como las galeras del Rey Católico estaban divididas y algunas en corso, tenian los franceses segura la mar.

Ya creyó el duque no debia detenerse, y con 18,000 infantes, 400 hombres de armas y 1,500 caballos ligeros entró en campaña, pareciéndole que apretando al Papa sobre Roma se daria á partido. Podia hacerlo sin resistencia y apremiarle por mar y por tierra. La órden fué bien dada, pero como acontece muchas veces que la ejecucion no corresponde á las órdenes, sucedió ahora que las galeras aun no estaban juntas, ni los alemanes en Italia; y el tiempo iba delante. Muchos Príncipes de Italia, conociendo que cuanto mas se difiriese la guerra seria mas cruel, suplicaban á Paulo IV que dejase estar aquella parte de Italia en paz, y disfrutar al Rey Católico su reino, pues

hallaria otros medios de dar estados á sus sobrinos sin tomar á nadie aquello de que estaba en quieta posesion; pero los emigrados de Nápoles, fuera del terreno patrio, querian mas la guerra que la paz, y Paulo les daba crédito, porque las palabras de ellos correspondian con sus deseos. Aunque llamaba á menudo á consejo á los Cardenales, estas reuniones eran sin fruto, porque reprendia ásperamente á los que no le hablaban á su gusto, y nadie le osaba contradecir. El duque teniendo en órden el ejército envió á Pirro Lofredo, caballero napolitano, á protestar mas abiertamente al Papa, que viendo que no queria aceptar ningun medio, y sabido que habia hecho liga con sus enemigos, y recibido sus soldados, y fingido mucho tiempo; y conociendo que su Santidad queria la guerra, se la declaraba, estando pronto á admitir la paz siempre que la quisiese.

No valiendo nada todos los afanes que el duque se habia tomado para la conciliacion, no queriendo esperar á que cayesen sobre él y le llevasen la guerra á su casa, el 29 de diciembre de 1556 se puso en marcha hácia los estados de la iglesia y se apoderó de Pontecorvo. Antes de pasar mas adelante esperó á ver la decision del gobierno romano, pero encontrándole tenaz en sus ideas de guerra, envió á D. García de Toledo con la infantería española y alguna caballería sobre Frisolon, y cayó en manos del duque igualmente que Falvatera, Castro y otros lugares de Marco Antonio Colona; los de Ripi echaron fuera una compañía de infantería italiana y se dieron tambien al duque. Aun para este tiempo no habian llegado el cardenal Carraffa y Pedro Strozzi; de manera que Paulo se vió en un conflicto; é irritado de sus desastres hizo poner en prision á Pirro Lofredo, á pesar de su carácter de-

enviado, y sin las súplicas del Sacro Colegio le hubiera hecho morir en un patíbulo. El duque siguió su camino y se enseñoreó de Añani, de Tivoli, de Vicovaro, de Ponte Lucano y de todas las plazas que pertenecian á los Colonas hasta Marino, amenazando hacer el sitio de Velletri y haciendo sus correrías hasta las puertas de Roma. "Este gran capitan (dice Giannone, y es de las pocas veces que lo hemos visto elogiado por un autor extranjero) nos dejó en esta ocasion una importante leccion y un buen ejemplo del modo con que se debe hacer la guerra contra el Pontífice, siempre que las circunstancias obligasen á ir á atacar sus estados, para prevenir las empresas que se pudiesen hacer contra el reino. Despues de haber inútilmente puesto en práctica todos los medios para lograr la paz, á medida que iba apoderándose de las ciudades y tierras del estado eclesiástico, porque nunca pudiese imputársele que hacia guerra por despojar la iglesia, hizo pintar en todos los lugares que se le entregaban las armas del Sacro Colegio, protestando que no las ocupaba sino en su nombre y en el del Papa futuro. Así lo hizo en Pontecorvo, en Terracina y Piperno y otros pueblos, aunque algunas gentes sospecharon entónces que el duque de Alba solo se propuso con esta conducta sembrar la disension entre el Papa y el colegio de Cardenales.

Felipe II, obrando con su circunspeccion natural, consultó sobre esta guerra; y habiendo habido un gran teólogo que á las preguntas que le hizo diese respuestas positivas y conformes á sus deseos, escribió al duque prosiguiese con vigor en su empresa, y se sirviese de todos los medios que juzgase oportunos para que Paulo volviese en sí, mientras que él por su parte si no cambiaba de conducta haria prevalecer en sus reinos de España todas las

pretensiones sobre que habia consultado. Los progresos que el duque hacia en los estados eclesiásticos eran tales, que Roma misma temblaba y multitud de familias buscaban con la fuga medios de preservarse de un próximo sitio; este triste espectáculo no amansó á los que deseaban guerra, ántes bien exasperó sus deseos de venganza; y mandóse al duque de Montebelo fuese á atacar las fronteras del reino por la parte del rio Tronto, esperando por este medio excitar alguna revolucion en el Abruzzo, llevando así la guerra á esta provincia para librar de ella el estado eclesiástico; mas el gobernador que mandaba en esta parte, y á quien el Virey habia enviado socorros, obligó á las tropas pontificias á encerrarse en Ascoli. Paulo solicitaba del Rey de Francia los socorros ofrecidos, y al mismo tiempo fulminaba anatemas contra el duque. Entretanto este general avanzaba; se apoderaba de Grottaferrata y de Frascati; prendió sin tirar un tiro al conde Baltasar Rangon con 150 hombres que iban con él, y acampando en seguida sobre Albano, envió á Ascanio de la Cornia á ocupar á Pocigliano y Ardea: pasó luego hácia la marina y ocupó á Nettuno sin ninguna dificultad. Ostia se le entregó y la fortaleza despues de alguna resistencia: la caballería corrió hasta las puertas de Roma sin hallar obstáculo.

El cardenal Caraffa viendo á su vuelta de Francia el estado de la guerra, quiso tener con el Duque una conferencia, y en efecto la tuvieron en la isla de Fiumicino, en que no concluyeron mas que una tregua de 40 dias, creyendo cada cual encontrar en ella su propia ventaja, pues el Cardenal estaba bien informado que el Rey de Francia habia hecho ya partir al duque de Guisa con 12,000 infantes y 400 hombres de armas, 600 caballos ligeros y

gran número de nobleza; ejército que estaba detenido en Lombardía por los rigores del invierno; y el Virey por su parte sabiendo la venida de los franceses queria tener el tiempo de atender á las provisiones de víveres para su ejército, á causa de que los vientos contrarios habian impedido á la armada provisionarlo, y en Nápoles hacia falta su presencia para los preparativos necesarios contra el duque de Guisa. El Virey habiendo dejado sus tropas al mando del conde del Pópulo, que nombró su lugar-teniente, volvió á Nápoles. Allí tuvo primero una asamblea en que consiguió un don de un millon de escudos, con cuyo socorro formó el plan de un ejército de 30,000 infantes italianos, 12,900 alemanes y 2,000 caballos españoles y además la caballería del reino que hizo subir á 1,500 caballos. Y para que el Papa mientras durase la guerra no pudiese sacar dinero del reino, que le proporcionase hacer armas contra él, reunió en enero de 1557 el Consejo colateral, é hizo expedir, tanto en su nombre como el del Consejo, una carta al tribunal de la Cámara Real, advirtiendo que convenia al servicio de S. M. que se secuestrasen todas las rentas de algunos arzobispados, obispados y abadías del reino. Eran tan generales las órdenes que para este efecto se dieron, que se embargaron hasta los calices y las patenas; mas el Duque los exceptuó por órden que dió á los gobernadores de las provincias; y como el trasporte del oro y de la plata de las iglesias de Nápoles alarmaba al pueblo piadoso, mandó cesar la exaccion, y que se devolviese á las personas eclesiásticas lo que se habia tomado, con tal que lo tuviesen en secuestro hasta nueva órden del Virey. Mandó igualmente que las campanas de los conventos é iglesias se fundiesen para las necesidades de la guerra, y que se

quitase la artillería de bronce y los falconetes que habia en la ciudad, valuándolo todo para pagarlo en lo sucesivo.

Hecho todo esto, salió en abril para el Abruzzo á oponerse á los franceses. Por otra parte el cardenal Caraffa partió de Roma para Lombardía á verse en Reggio con los duques de Ferrara y de Guisa, donde consultaron á donde llevarian el teatro de la guerra: sus opiniones fueron varias; unos opinaban que se emprendiese el sitio de Milan, otros que se libertase á Siena, otros que directamente se fuese contra el reino de Nápoles; mas como el Cardenal les asegurase que toda otra resolucion que no fuese esta, desagradaria al Papa; y que el duque de Guisa llevaba órden de conformarse en todo á su voluntad, el ejército se dirigió por la Romanía hácia el rio Tronto, al tiempo que espiraba la tregua. Comenzáronse las hostilidades y se vió el Abruzzo expuesto á todos los furores de la guerra. El duque de Paliano y Pedro Strozzi se pusieron en marcha con 6,000 hombres italianos y gascones, 600 caballos ligeros y 6 piezas de artillería, y tomaron la fortaleza de Ostia con el bastion que el Virey habia hecho levantar. Marino, Frascati y las otras tierras vecinas no pudieron resistir: los españoles abandonaron Nettuno: si el ejército eclesiástico hubiera aprovechado estas ventajas se hubiera igualmente apoderado de Frosolon y Anagni: por otra parte Julio Orsino marchaba á arrojar los españoles de Paliano; mas Marco Antonio ayudado de los habitantes del pais, todos aficionados á su casa, le obligó á retirarse. Hácia el rio Tronto el duque de Guisa proyectaba sitiar á Civitella, y estaba en Ascoli esperando la artillería que se hacia venir de lejos. Quejábase amargamente de lo mucho que tardaba; y habiendo en

fin llegado, batió la plaza con todo vigor; mas el valor de los sitiados rebatió el de los sitiadores. Faltándoles á los franceses lo necesario para volver al asalto, el duque se quejó al marqués de Montebelo vivamente del Cardenal su hermano, que habia comprometido al Rey de Francia en esta empresa bajo la fé de promesas que no efectuaron; y se trabaron de palabras en términos que el marqués abandonó el campo sin dar aviso de su partida. El duque de Paliano y Pedro Strozzi corrieron al momento para remediar su falta. Sin embargo, el sitio no adelantaba y los franceses murmuraban de sus aliados.

Durante estas empresas, el de Alba avanzaba con 20,000 infantes, 2,000 hombres de caballeria y todas las provisiones necesarias para hacer levantar el sitio de Civitella; y al rumor de la llegada de un ejército tan numeroso Pedro Strozzi aconsejó al duque de Guisa que se retirase, el cual fué á Ascoli seguido por el de Alba que entró en las tierras del Papa y se apoderó de Angarano y de Feligrano. Marco Antonio hacia al mismo tiempo grandes progresos en la campaña de Roma. Preveyéndolo el de Alba, le habia enviado 3,000 alemanes, de 6,000 que trajo la escuadra de Doria, con lo cual se apoderaba de sus antiguos estados; y habiendo querido las tropas pontificias socorrer á Paliano las derrotó completamente, merced á un nuevo socorro que le envió el Duque, despues que hizo á los enemigrs levantar el sitio de Civitella. Paulo IV espantado llamó al duque de Guisa á la defensa de Roma: Alba despues de dejar cubiertas las fronteras del reino de Nápoles, fué á sitiar su ejército bajo los muros de Valmontone, situada en la campaña de la capital del mundo cristiano. La noche del 26 de agosto de 1557 se intentó darle un asalto, que impidió la lluvia.

Roma estaba amenazada de que se repitiese la escena que años ántes la hicieron llorar las tropas del Duque de Borbon. El grito general de los habitantes obligó al Papa de tratar de acomodamiento por la mediacion de los Príncipes vecinos. El duque de Florencia y la república de Venecia emplearon su mediacion con el Rey Felipe para que tratare de inclinarse á la paz; y este Rey entónces satisfecho de haber escarmentado á los franceses en la jornada de San Quintin, escribió á la república que nunca tuvo intencion en obstinarse en hacer la guerra al Papa; y que queriendo hacer tratado de paz, la elegia por árbitro de las dificultades que ocurrierán. El Papa viendo los malos sucesos de la guerra, y que el Rey de Francia llamaba al de Guisa para reparar el descalabro de San Quintin, iba perdiendo ánimo y esperanza y se inclinaba á acomodamiento. La paz se hizo con condiciones muy ventajosas para los vencidos, caüsadores de todas las calamidades de la guerra.

El duque de Alba de vuelta en Nápoles, despues de haber estado en Roma á besar el pié al Pontífice, fué recibido con los aplausos debidos al libertador de la patria; mas cuando hacia los preparativos para arrojar á los franceses del Piamonte, Felipe II le llamó para tratar con él otros asuntos mas arduos y apremiantes. Partió, pues, en la primavera de 1558, con universal sentimiento, dice Giannone, que lo hacia mas vivo lo poco que habian gozado sus gobernados de su presencia. En el corto número de años que gobernó el reino dió cuatro pragmáticas. No pudo hacer mas, porque las atenciones de la guerra no solo no le permitieron atender á la buena administracion interior, sino le obligaron á hacer contribuir á los infelices pueblos dos millones de ducados, á dejar deudas sin

satisfacer y á acudir á préstamos. La guerra era de tal género que no pudo exigir al enemigo indemnizacion de estas pérdidas.

(3) Cuando en 11 de abril de 1557 fué el duque de Alba contra los franceses, dejó por lugarteniente del reino á su hijo D. Fadrique, que gobernó hasta el mes de setiembre siguiente, en que el duque volvió á Nápoles. Cuando despues fué llamado por el Rey Felipe á España tambien quedó desempeñando las mismas funciones, aunque no fué por largo tiempo, porque Felipe II con el mismo correo que envió de España para que llamase al de Alba, envió á decir á D. Juan Manrique de Lara, su embajador en Roma, que fuese de lugarteniente á Nápoles. Durante el gobierno de D. Fadrique apurados todos los recursos hubo que recurrir á los préstamos, y para cubrirlos tuvo la ciudad que hacer dos donativos, uno de 400,000 y otro de 100,000 ducados.

(4) El gobierno de D. Juan Manrique de Lara no tuvo nada de tranquilo. A los ocho dias de haber llegado á Nápoles, el 5 de junio de 1558, se presentó la armada turquesca de 120 galeras bajo el mando del Bajá Mustafá; saqueó la ciudad de Reggio en Calabria, y avanzando hasta el golfo de Nápoles, habiendo desembarcado de noche cierto número de tropas, cometieron las mayores atrocidades en Massa y en Sorrento; casi todos los desgraciados habitantes de este último pueblo fueron reducidos á la esclavitud y trasladados á Levante, de donde no pudieron ser rescatados sino á un precio elevado. Suceso trágico que arruinó á Sorrento en términos que despues de tres siglos aun no se ha restablecido de esta pérdida. A D. Juan Manrique le relevó á los cinco meses el cardenal de la Cueva. En la *Historia general del mundo* du-

rante el reinado de Felipe II, escrita por Antonio de Herrera, se hallan esparcidas muchas noticias acerca de Don Juan Manrique: es fácil el dar con ellas, porque la dicha historia está compuesta en forma de anales.

XI.

El cardenal D. Bartolomé de la Cueva (1) vino por Virey de este reino por el Rey Filippo II á 21 de octubre de 1558: gobernó en su tiempo con particular valor y cortesía á satisfaccion de todo el reino: no sucedió en este tiempo cosa de que poder hacer mencion.

NOTAS.

(1) Segun Giannone vino solo en calidad de lugarteniente, aunque nuestro autor lo cuenta como Virey. Lo mismo que dice Giannone se infiere de las palabras de Herrrera, el cual dice en el tomo I de su Historia general del mundo, durante el reinado de D. Felipe el Prudente: "Ya en este tiempo (cuando la dieta de Ratisbona) se hallaba con el Rey D. Juan Manrique de Lara de vuelta de Nápoles, en cuyo gobierno dejó hasta la llegada del duque de Alcalá á D. Bartolomé de la Cueva, cardenal de Santa Cruz y hermano del duque de Alburquerque." Era este D. Beltran de la Cueva el que, estando en aquella sazon de Virey y capitan general de Navarra, entró

con ejército en Francia. El gobierno del cardenal La Cueva fué corto, porque el Rey le envió á Roma á que velase de cerca las intenciones de Paulo IV, que jamás le inspiraron confianza. La muerte de este Pontífice, que sucedió á poco, le obligó á quedarse en Roma para asistir al cónclave y contribuir á que no fuese elegido ningun enemigo de su Rey. En poco estuvo que no fué elegido Papa: únicamente el ser español y muy celoso por los intereses de España, que con esta eleccion hubieran aumentado su ascendiente sobre Italia, detuvo á los cardenales. Murió en Roma en 1562 y fué enterrado en la iglesia de Santiago de la nacion española, en que se vé su sepulcro.

XII.

Don Pedro Afan de Ribera, duque de Alcalá (1), de eterna memoria, vino por Virey del reino por el Rey D. Filippo II (2) á doce de junio de 1559: gobernóle 13 años y meses: murió á 4 de abril de 15 . . . (3). Llevóse su cuerpo á la capilla secreta del parque, á donde le abrieron y embalsamaron y pusieron en un ataud de plomo; y á dos horas de noche le llevaron á depositar á la iglesia de la Cruz, llevando su cuerpo los criados mas preeminentes, saliendo por la iglesia del parque, acompañando los frailes de dicho convento y el capellan mayor con su clerecía de la capilla Real con 12 hachas, y le depositaron por acto público po-

niéndole al lado derecho del altar mayor debajo de un dosel y paño de brocado con una reja de hierro al rededor de dicho cuerpo: encima de dicho ataud pusieron el estoque y baston de capitan general con una corona de título ducal y su guioncillo de capitan general, y sus armas con una lanza puesta encima del dosel y dos blandones de plata con dos hachas encendidas.—El segundo dia se publicó su muerte, y de ahí á algunos se le hicieron obsequias suntuosísimas, asistiendo solamente el Colateral y tribunales, diciéndosele su misa funeral y sermon. Hízosele castillo-ardiente de muchas hachas y luminarias, como Virey, acudiendo muchos obispos para cantar los responsos, con todas las religiones al rededor con el arzobispo y todas las demás iglesias de Nápoles: cada una le hizo obsequias particulares con misas, funerales, con mucho dolor y aplauso de toda esta fielísima ciudad y reino. Fué su gobierno de eterna memoria, el mas óptimo, justo y santo de cuantos han gobernado (4). Sucedió en su tiempo enviar de este reino socorro para Oran en Berbería, donde por su gran diligencia y solicitud llegó tan á tiempo, que libró á dicha ciudad de Oran del cerco, por el cual socorro hoy dia es del Rey nuestro Señor la dicha ciudad de Oran, con todas las demás fuerzas y lugares de la costa de Berbería, que S. M. posée. Hizo en su tiempo caminos por todo el reino para que se pudiese practicar y acarrear el trigo de Pulla y otros bastimentos para la grasa de él. Hizo todas las torres

para la guarda de las marinas deste reino. Puso é instruyó los caballares de torre en torre cada uno en el tenimiento (*) de tierras circunvecinas y de su territorio, para que las torres con fuego y humo hiciesen señal de bajeles de enemigos, y los caballares corriesen avisando cada uno en su tenimiento.—Tuvo en su tiempo limpio todo el reino de bandidos; y aunque tuvo algunos años estériles y de mucha carestía, no lo hizo sentir por su buen gobierno y grandísimas limosnas que de su bolsa daba cada dia, mandando al licenciado Barragan, su limosnero, que tomase nota particular de todas las viudas, doncellas, huérfanas, personas necesitadas de todo el cuartel, así españoles como italianos, personas de cualidad y honradas, á las cuales cada dia mandaba socorrer conforme al estado de cada una. A las unas con tantos trombalos de trigo cada mes, y otras de menor cualidad racion de pan cada dia, y á las menores dos reales cada dia á cada una, que importaba mucha cuantidad de ducados al dia. Con este socorro y limosna tan grande no solamente los pobres no sintieron la carestía, pero estaban abundantemente.

Tenia este señor por su devocion dada órden que ocho pajes suyos los mas cualificados fuesen de

---

(*) Así el original: no comprendemos bien lo que quiere decir esa palabra: acaso haya querido el autor expresar la idea de que los caballares tenian la tenencia ó gobierno de las tierras circunvecinas.

guardia cada dia para que en sintiendo tocar la campanilla de la parroquia de Santa Ana, parroquia de los españoles, para salir el Santísimo Sacramento, fuesen los dichos pajes con ocho hachas de cera blanca veneciana, en cuerpo y descubiertos, acompañándole. Y el uno de ellos fué siempre á dar relacion á S. E. á donde habia ido, y si era á casa de algunas personas necesitadas, mandaba luego que fuese su médico á visitar al tal enfermo, ordenando se le diese racion de todo lo necesario de despensa, y asimismo el boticario de palacio, jarabes y medicinas, todo gratis.

Fué severísimo en la justicia; no se sabe hubiese hecho en todo su gobierno dos gracias. Fué muy misericordioso con los buenos y beneméritos, honrando así españoles como italianos, de todos los gobiernos, comisiones y dignidades que los Vireyes provéen.—Fué tan severo que no la perdonó á los suyos propios y mas queridos criados. Mandó cortar la cabeza á Saavedra, hijo de Doña Francisca, la cual él trujo de España para su regalo, que no comia cosa que no fuere por su mano. Este Sayavedra fué por gobernador á Rossano, y tuvo amores con una señora, mujer de un letrado, el cual habia hospedado en su casa á dicho Sayavedra, y en pago de este beneficio que habia recibido le hizo matar; y luego envió á España un hombre á posta (precisamente) para que matase á su mujer para casarse con la mujer del dicho letrado. Hízose la informacion y S. E. envió para que trujesen preso

al dicho Sayavedra y á la mujer del letrado. Vinieron á Nápoles, y atormentados en la Vicaría confesaron el delito. Fueron luego condenados á muerte todos dos por la gran corte de la Vicaría, y confirmado por el sacro Consejo, y aunque los delincuentes alcanzaron el perdon de las partes, y vinieron á palacio todo el baronese y electos en nombre de la ciudad y todas las mas principales señoras de Nápoles, pidiendo y suplicando el perdon de la vida de los delincuentes, respondió con mucha cortesía y agradeciendo mucho el amor y voluntad que hacian á un criado suyo tan amado y que prometia, y daba palabra de hacer con ellos como si fuesen sus propios hijos; con lo que se fueron muy contentos y satisfechos. Entendian haber alcanzado la gracia, y al segundo dia mandó que se les cortasen públicamente las cabezas á todos dos, diciendo que si su propio hijo hubiese cometido delitos semejantes le habria dado el mismo castigo.

Fué asimismo amparo, socorro y remedio de todos las personas eclesiásticas: . . . . . (*) en su tiempo toda la gente de guerra así españoles como italianos y todas las demás naciones.—Sucedió la pérdida del duque de Medinaceli, Juan Andrea Doria el mozo, D. Alvaro de Sande, coronel de la infantería española, perdiéndose en los Gelves con

(*) Hay un verbo que no se lée: acaso *honró* ó *favoreció* segun lo indica el sentido.

la mayor parte de la armada marítima y de la gente de guerra que quedó en el fuerte de la dicha isla de los Gelves.—Sucedió asimismo en su tiempo el sitio sobre la isla de Malta del Turco y el socorro que de aquí envió con el prior de Ungría y Capua, donde con setecientos escogidos caballeros y aventureros entraron en Malta por la ciudad vieja á media noche por medio del ejército turquesco sin perderse solamente dos hombres.—Recibió en su tiempo al conde de Mondega que venia de Sicilia á reconocer su estado, recibiéndole y hospedándole en su casa con mucha grandeza, amor, ceremonias y cortesía; tratándose igualmente de Excelencias por no ser súbdito, que á los demás de los Grandes del reino trataba y honraba con mucha cortesía, mas que á todos los titulados y dignidades de él, dándoles de Señoría Ilustrísima, como asimismo honraba á todos los caballeros privados, honrando y tratando con mas cortesía á los viejos que á los mozos, y conforme su nacimiento y cualidad de cada uno. Con la cual cortesía tenia contentos á todos, así nobles como ciudadanos, por dar á cada uno lo que merecia. Fué señor de eterna memoria por su amparo y socorro de todos los buenos.

El marqués de Trevico, decano del Colateral, gobernó por su muerte por espacio de ocho dias.

NOTAS.

(1) Don Per Afan Enriquez de Rivera, primero que obtuvo el título de duque de Alcalá de los Gazules, fué segundo marqués de Tarifa, poseedor de la gran casa de los adelantados de Andalucía, una de las mas ricas é ilustres del reino. Sus virtudes y talentos no eran inferiores á su nacimiento. Mostrólas de jóven en el vireinato de Valencia que obtuvo y desempeñó con aplauso.

(2) Sin que nos paremos á dar mas extensas noticias de este caballero, entremos á examinar su gobernacion de Nápoles que puede dar materia para escribir volúmenes; pero volúmenes que honren el nombre español que llevaba. Los extranjeros que se han esmerado en recoger y exagerar los hechos denigrativos de nuestra historia, bien podian haber escrito en contraposicion biografías de personajes como el duque, sin lo cual el retrato que nos dan del carácter español es malignamente infiel. ¿Pero en qué pensamos nosotros los españoles que con ingrata indolencia los tenemos olvidados? Llegó el duque de Alcalá á Nápoles el mismo dia que el cardenal La Cueva partió para Roma; y desde los primeros tiempos de su gobierno se vió rodeado de grandes dificultades que necesitaban de todo su corazon y su cabeza para ser vencidas. Una escasez extrema de granos redujo á los habitantes del reino, devorados por el hambre, á mendigar por las calles; el pueblo aterrado por los frecuentes temblores de tierra que se dejaban sentir en Nápoles y en las provincias, principalmente en la Basilicata y los Principados, contemplaba sin consuelo los estragos que ocasionaba en las ciudades y cam-

pañas; la peste, las graves enfermedades, en fin, cuantas calamidades puede llover el cielo sobre un reino vinieron á caer sobre el de Nápoles al principio del gobierno del duque; sin embargo, dice Giannone, aconsejado por su prudencia y sostenido por su piedad puso á todo pronto y eficaz remedio. Y no se vió solo acosado de las desgracias de la naturaleza; los turcos, los herejes, los bandidos fueron tambien otro motivo de sus cuidados, y los enemigos de las prerogativas Reales le obligaron en tiempos espinosos á estar vigilante y á oponerse á sus pretensiones con teson y con circunspecto respeto. El concilio de Trento terminó despues de varias interrupciones el año 1563 bajo el pontificado de Pio IV, y no todos los Príncipes que pidieron su celebracion quedaron contentos. Así cuando se trató de recibir y aceptar los derechos relativos á la disciplina, hubo en algunos reinos sus dificultades. En Francia no fueron admitidos estos decretos, que perjudicaban sus intereses temporales. Felipe II, aunque descontento de artículos que rebajaban la autoridad Real, manifestando un gran respeto y sumision á la iglesia, trató sin embargo de que el concilio se publicase en todos sus estados.

El duque de Alcalá segun órdenes secretas que tenia del Rey mostró en público su intencion de que integramente se observase el concilio; mas en secreto consultó cuales eran los decretos perjudiciales á la jurisdiccion Real, á fin de enviar al Rey una nota. Los eclesiásticos comenzaron á entender en multitud de asuntos que hasta entónces pertenecieron á la jurisdiccion civil, y el duque queriendo imponer un dique á su conducta, consultó al Rey Felipe, qué medios deberia emplear para ello. El Rey le contestó que obrase con vigor, como él hacia en los rei-

nos de España; y autorizado el duque con esta órden Real, escribió á todos los gobernadores de las provincias, á los capitanes de los pueblos del dominio Real, y á los barones que no permitiesen á los eclesiásticos infligir á los legos penas temporales. Asombrábanse los clérigos de que, circulando impresas las decisiones del concilio, el Virey impidiese que muchas de ellas se practicasen; y de aquí nacieron sus quejas á Roma; y de aquí las solicitaciones de Pio V, ocupado con ardor en hacer practicar en todas partes las decisiones del concilio.

Este Pontífice por un exceso de zelo vino á aumentar la pugna entre la potestad eclesiástica y la secular con la publicacion de la bula *In Coena Domini*. Luego que la bula apareció en Roma, el duque de Alcalá tomó Consejo de los sabios regentes que presidian entónces el consejo colateral entre los cuales se contaba á los célebres Villano y Revertera; é informado por otra parte que ninguno de los Príncipes Católicos la habia querido admitir en sus estados, ántes bien castigaban severamente á los que la propalaban y distribuian, evitó que públicamente circulase en el reino. Los obispos se quejaron al Papa y este al Rey, por medio de su nuncio, de que el duque entorpecia en sus funciones la jurisdiccion eclesiástica. El Virey deseando acertar respondió al monarca, que de resultas de estas cartas le habia escrito por medio de dos consultas. Fueron sucediendo otros casos, que dieron lugar á Felipe II juzgase por las representaciones de su Virey este asunto de la mayor importancia, y lo sometiese al exámen de los teólogos mas acreditados de España. El duque sin irreverencia y atropello sostuvo siempre las prerogativas Reales; y el Papa creyendo mas conveniente tratar estos asuntos y otros directamente con el Rey envió de legados

á España primeramente á Vincencio Giustiniano y despues á su sobrino el cardenal Alejandrino. Sobre todos estos asuntos puede consultarse á Giannone que trata largamente de ellos en el libro XXXIII de su Historia de Nápoles, y á Antonio de Herrera *Historia general del mundo en tiempo de D. Felipe el Prudente.*

Doce años gobernó el duque de Alcalá el reino de Nápoles; y si hasta aquí hemos extractado á Giannone, de aquí adelante no podemos resistir á la tentacion de traducirle literalmente. Las palabras de un autor extranjero á quien ningun género de relaciones unieron con la persona historiada, llevan en sí cuando elogia un sello de autenticidad que nada puede borrar. "Ocuparon los doce años de su gobierno no solo aquellas fatigosas contestaciones, sino el prevenir con su vigilancia los funestos efectos de la guerra con que le amenazaban los turcos. Los formidables preparativos que se hacian frecuentemente en Levante, le tenian en una prudente alarma; la guerra emprendida en 1565 para la conquista de Malta debia justamente hacer temblar los reinos de Sicilia y Nápoles; y en tal coyuntura necesitó proveer las plazas marítimas de gruesas guarniciones que le acarrearon gastos excesivos. Disipado el temor de Malta, quedaron siempre los mismos los peligros de Nápoles. Al año siguiente los turcos salieron de Constantinopla con una poderosa armada, y despues de haber conquistado la isla de Chio, que los genoveses poseian hacia trescientos años, entraron en el mar Adriático, y no habiendo podido sorprender á Pescara, saquearon sus riberas y todas las cercanías del mar, y con grueso botin de hombres y de efectos se retiraron á Levante. En el año 1570 volvieron á aparecer estos crueles enemigos del nombre cristiano atemorizando la Italia. El duque de

Alcalá atento siempre á preservar el reino de tales incursiones, hizo venir para su defensa tres mil alemanes, y proveyó de todo lo preciso los lugares mas expuestos. La tempestad descargó sobre los venecianos: la escuadra turca atacó la importante isla de Chipre, y Juan Andrea Doria acudió para socorrerla con cincuenta galeras en que habia 23 de la escuadra de Nápoles. Estas continuas alarmas tan onerosas á los pueblos como la misma guerra, y la de religion desencadenada en Flándes, causaban á Felipe II continuos é inmensos dispendios; y por consiguiente la necesidad de aumentar los tributos del reino. Mas la habilidad del duque de Alcalá que con su dulzura sabia atraerse los barones é inclinarlos á satisfacer los pedidos que les hacia, suplia á todo; y el cariño que le profesaban los distintos órdenes del estado, y particularmente la nobleza, que le suplicó se hiciese su conciudadano, como se hizo, agregándose al *seggio* de Montaña, le facilitaron cuanto se proponia; por cuyo medio, haciendo segun práctica convocar asambleas generales en San Lorenzo, en el espacio de seis años logró de Nápoles y del reino donativos inmensos. En el año 1564 Francisco de Constanzo, de la plaza de Portanova presidente, como síndico de la asamblea, hizo al Rey un donativo de un millon de ducados. En 1556 bajo el sindicato de Favio Rosso de la plaza de Montaña, otro de un millon y doscientos mil ducados: otro de igual suma bajo el de Juan Macedonio de la plaza de Porto en 1568; y en fin en 1570 otro de un millon bajo el de Pablo Poderico. En recompensa de tantos esfuerzos hallamos en el volúmen de las gracias y capitulares de la villa y del reino de Nápoles gran número de privilegios concedidos por Felipe II, especialmente durante este vireinato.

(3) Acerca de la muerte de este excelente Virey, que es de lo primero que trata nuestro autor, dice Zúñiga en sus Anales de Sevilla año 1572: "En este año á 2 de abril murió en Nápoles, donde era Virey, D. Pedro Afan Enriquez de Rivera, segundo marqués de Tarifa y primer duque de Alcalá de los Gazules, dejando el mundo lleno de su fama, y en aquel reino eterna memoria de su feliz y acertado gobierno. Fué traido á sepultar al convento de la Cartuja (de Sevilla), donde tiene su sepultura particular en la capilla mayor, entre las gradas y el túmulo del primer adelantado su pregenitor, con una lápida de bronce." Copia en seguida y traduce los epitafios; luego dice: "No dejó hijos legítimos, aunque fué casado con Doña Leonor Ponce de Leon, hija de los marqueses de Zahara D. Luis y Doña Francisca Ponce de Leon: naturales, sí: en Doña Teresa Pinelo, doncella noble, á D. Juan de Rivera patriarca de Antioquia y arzobispo de Valencia; y en Doña Luisa de Mosquera de igual estado y calidad, á Doña Catalina de Rivera marquesa de Malpica. En los estados sucedió D. Fernando Enriquez de Rivera, su hermano, que asistia con su casa en esta ciudad (en Sevilla), á la cual el duque Virey envió gran número de estatuas antiguas de Roma que le envió el Pontífice Pio V, que deseó mucho alejar de su santa ciudad aquellas reliquias de su gentilismo, las cuales se ven en el patio y jardin de su palacio con otras muchas insignes antiguallas; entre ellas unas que se afirman ser las estatuas mutiladas de Pasquino y Marfrodio tan mentadas de Roma en que nunca faltará su memoria, y el sitio que ocuparon destinado á los libelos y pasquines, no fáciles de hacer callar ni al castigo ni al escarmiento." Algunas de estas estatuas permanecian en nuestros tiempos en la casa

llamada de Pilatos: las demás las hizo llevar á Madrid uno de los últimos duques de Medinaceli en cuya casa recayó la de Alcalá.

(4) Nadie ha hablado sin elogio de D. Per Afan de Rivera. Siguiendo nuestra costumbre de citar con preferencia testimonios extranjeros, volvamos á traducir á Giannone: "Un gobierno tan justo y tan dulce debiera haber sido eterno; mas la naturaleza invariable en sus leyes nos privó pronto de él. Su aplicacion continua al trabajo y á negocios tan molestos trastornaron su salud. Diversas veces habia suplicado al Rey que le permitiese volver á España para restablecerla; mas las importunas pretensiones de Roma obligaron al Virey á revocar la libertad que habia dado al Duque para partir, mandándole volver atrás en caso de que ya se hubiese puesto en camino. En esta situacion, enfermo y débil, habitaba la torre del Griego, donde creia hallar aire mas sano y propio para el restablecimiento de su salud. En fin, en la primavera de 1571, atacado de un fuerte catarro y de una calentura mortal, acabó sus dias el 2 de agosto, de edad de 63 años, el dozavo de su vireinato de Nápoles. La prudencia de su gobierno era conocida de todos los pueblos; así su pérdida fué generalmente sentida; no se dudaba en decir que España no podria encontrar otro Virey de igual mérito, y que desde la muerte de D. Pedro de Toledo no se habia conocido ministro mas excelente. Su cuerpo fué enterrado con todos los honores que le eran debidos en la iglesia de la Cruz del palacio, desde donde se le trasladó á España."

"Las virtudes de que el duque de Alcalá estaba adornado son verdaderamente dignas de nuestra admiracion: la piedad cristiana formaba su carácter distintivo: pene-

trado de profundo respeto hácia el Santisimo Sacramento del altar no solo lo hacia acompañar con hachas encendidas por todos los domésticos de su corte, sino que generalmente cuando le encontraba bajaba de su coche y lo acompañaba á pié. Tierno y generoso con los pobres y los afligidos, ordinariamente enviaba un gentilhombre de su confianza á visitar á los viaticados y les encargaba hacerles considerables limosnas, cuando se hallaban necesitados. Por la desgracia de los tiempos las necesidades de los pobres eran extremadas, y él facilitó á la ciudad los medios de abrir extramuros el hospital de San Genaro, donde proveyó el sustento de mil de ellos y dió de su bolsillo crecidas sumas para pobres vergonzantes. Para evitar el indigno tráfico que las mujeres públicas hacian de la virginidad de sus hijas, emprendió en 1564 otro establecimiento conforme á su piedad, y fué la fundacion de la iglesia y conservatorio de Santo Espíritu, donde las jóvenes que tenian la virtud de resistir á los malos designios de sus madres, podian retirarse, vivir decentemente y obtener un dote en caso de casarse. Puede en fin decirse que este gran ministro dió las pruebas mas brillantes de su piedad en medio de los altercados que tuvo que sostener con los eclesiásticos en favor de la Corona."

"Igualmente admirable en su conducta gubernativa, velaba continuamente por la conservacion, por el bienestar y por la seguridad del Estado. Proveyó de fuertes guarniciones todas las ciudades del reino, expuestas á los ataques de los infieles. Por la mayor facilidad del comercio hizo muchos caminos y nuevos y magníficos puentes. Débesele el camino que conduce de Nápoles á Reggio, el que va de la Pulla hasta los confines del reino, y en fin el hermoso que va de Nápoles á Puzzol. Tambien por sus

órdenes y cuidados fueron construidos diversos famosos puentes, como los de la Cava, de la Doria de Fusaro, y del rio de Cramo ó Lagno, llamado generalmente puente de *Selce*, entre Aversa y Capua, el puente de Rialto en Castellon de Gaeta, el de San Andrés en el territorio de Fundi, y tantos otros cuyas inscripciones en mármol, repartidas en diferentes partes del reino, anuncian el nombre del duque de Alcalá. En fin este Virey para acudir á las dificultades que podian ocurrir en lo sucesivo sobre los límites del reino con el Estado eclesiástico, hizo poner en Portella sobre el camino de Roma mojones de mármol con inscripciones, con lo cual distinguió los dos territorios."

"Cuando se presentaba ocasion, el duque de Alcalá no dejaba de ostentar la magnificencia que exigen los altos puestos, y es en cierta manera un deber del que los ocupa. La muerte trágica del infortunado Príncipe Cárlos, sucedida en España el 24 de julio de 1568, fué objeto de los mas grandiosos funerales..... Poco despues la Reina Isabel, esposa de Felipe II, de edad de 22 años, atacada de una fiebre lenta, murió en Madrid, embarazada de cinco meses, en el de octubre del mismo año, y en el de noviembre siguiente le hizo el duque los mismos honores funerarios y con no menos magnificencia. Dos años despues el Rey Felipe casó en cuartas nupcias con Ana de Austria, hija mayor del Emperador Maximiliano y de María su hermana; y en cuanto llegó á Nápoles esta noticia, dió en el mes de mayo de 1570 soberbias fiestas con iluminaciones que duraron tres dias. A la magnificencia de este Virey debe Nápoles la larga calle que conduce desde la puerta Capuana á *Poggio reale;* él hizo labrar una fuente, bellísima en otro tiempo,

en la punta del muelle, adornada de mármoles blancos con cuatro estatuas que representan los cuatro grandes rios del mundo. En fin, echó los cimientos de los dos grandes caminos reales, que el uno va desde el puente de la Magdalena á Salerno, y el otro desde la puerta Capuana á Capua.—El gran número de pragmáticas que el duque nos dejó son una prueba auténtica de la extremada atencion que daba al mantenimiento de la justicia. De todos los Vireyes, es el que hizo mas leyes, pues se cuentan ciento emanadas de él. Las cosas extraordinarias que pasaron en tiempo de su gobierno y la corrupcion del siglo le obligaron á poner por este medio freno á la maldad y desarreglo de los hombres."

A este elogio de Giannone se puede agregar el que hace un escritor francés que escribió la vida del cardenal Granvela, sucesor del Duque en el gobierno de Nápoles. Hablando de lo difícil que era llenar convenientemente el hueco del duque de Alcalá, dice: " Llevó consigo al morir la estimacion y el sincero sentimiento de los pueblos. Durante una administracion de mas de doce años satisfizo en infinidad de asuntos extraordinarios á un señor como Felipe II, que no perdonaba ni aun las faltas mas ligeras, y que recibia los servicios mas señalados como una deuda que le pagaban sus ministros. Las empresas mas fuertes, que la corte de Roma hizo sobre el reino de Nápoles, á pretexto de que esta corona era feudo de la Santa Sede, se estrellaron en la prudencia y firmeza del Duque. Las costas fueron bien defendidas durante su gobierno contra los frecuentes ataques de los turcos; los impuestos, aunque excesivos, se repartieron sin injusticia, y se cobraron sin apremio. El Virey abrió comunicaciones entre todas las provincias del reino por nuevos caminos y puen-

tes construidos sobre muchos rios; hermoseó la capital y algunas ciudades considerables con edificios útiles y magníficos, y alivió la suerte de los pobres con inmensas larguezas. Admiráronse las leyes que estableció, el temperamento de severidad y de dulzura que observó en la administracion de la justicia y la piedad que reinó en toda su conducta. (*Hist. du Card. de Granv. A Paris* 1761 *en* 8.°, *pag.* 474).

Despues de haber puesto estos elogios de autores extranjeros, para que no se crean hijos de la adulacion y parcialidad los españoles, creemos deber extractar un libro español en que se presenta como modelo de Vireyes su gobernacion. Cristóbal Suarez de Figueroa, literato español, que trató de ir á Italia á la sombra del conde de Lemos D. Pedro, y que aunque de carácter díscolo, anduvo mendigando siempre la proteccion de los poderosos, escribió en 1629 cuando fué de Virey á Nápoles el duque de Alcalá D. Fernando, sobrino del que nos ocupa, un libro con el título de *Pusilipo: ratos de conversacion en los que dura el paseo* al Illmo. y Excmo. Sr. Duque, impreso en Nápoles por Lázaro Scoriggio, 1629. Esta obra no la conoció D. Nicolás Antonio, y así no la cita en el catálogo de las obras de este autor, como tampoco el colector del Parnaso español, que copia á D. Nicolás. Quizá no se imprimirá jamás, porque á la verdad tampoco lo merece, no siendo otra cosa que una coleccion de especies inconexas, mezcla de versos y prosa pesada é indigesta. En ella, sin embargo, se encuentra á trozos el elogio de la gobernacion de D. Perafan de Ribera, y esto que es lo único que en nuestro concepto merece conservarse del libro, nos proponemos entresacarlo, desnudando el estilo de su difusion. Reunidos los cuatro interlocuto-

res Rosardo, Florindo, Silverio y Laureano, que sostienen la conversacion en todo el libro, determinan en la primer junta tener cada tarde un rato de coloquio sobre las calidades que debe tener un Príncipe para gobernar bien, entreverando este asunto con otros varios, y Rosardo, que es el que respecto á política lleva la palabra, dice de este modo, despues de varias generalidades que suprimimos:

"Grande maravilla debe causar aquel esclarecido Príncipe, aquel jamás bastantemente bien alabado de innumerables lenguas y plumas, D. Perafan de Ribera, el máximo duque de Alcalá, pues en todos los progresos de su vida en los negocios mas importantes, y en fin en cuanto puso mano, obró tan alta y felizmente que despues de muerto (si puede morir quien vincula su inmortalidad en la memoria de los siglos) dejó con sus dignas operaciones establecido en el mundo, para los aciertos en diversas materias, la enseñanza de visibles preceptos. Y puesto que mas ardientemente nos inflaman á las virtudes y mejor nos disponen para seguirlas las acciones egregias de ilustres supuestos, que las palabras de insignes oradores y filósofos, que disputan de las costumbres; he deliberado representaros en este discurso los medios que eligió aquel virtuosísimo Principe (dignamente perpetno dechado de los que le van sucediendo) en el empeño difícil de gobernar este rico y dilatado reino: á fin de que así como Dios habia formado á D. Perafan segun la mejor idea para dicha ocupacion, quien hoy le rige como sangre suya tan próxima se forme á sí segun la idea del mismo famosísimo Duque. No hay duda sino que imitándole y transformándose todo en él será por consentimiento general llamado padre de la Patria, varon sobre todos pru-

dente; para con Dios piadoso; para con los hombres justo, en sí mismo templado en el cuidado familiar, diligente, y mucho mas cuidadoso en lo que perteneciere al bien de la república."

"En cuatro puntos á mi ver los mas esenciales de la administracion se ceñirá la mayor importancia de esta imitacion: abrazando de camino las circunstancias que se derivan de cualquiera de ellas; *Gobierno* (démosle título de popular por la muchedumbre) *Justicia*, dispuesta de sus dos especies distributiva y conmutativa, *Estado* y *Milicia*. Deben tratar al pueblo como doméstico criado, quitándole de delante toda ocasion de queja, con tenerle bien mantenido, gustoso y en particular poco opreso con esquisitos tributos; porque rotos los límites de la modestia, solo con sumo rigor de sangrientos castigos se detienen sus ímpetus: puesto que no se puede doblar con razones, ni vencer con autoridades, ya que las unas no entiende y refuta las otras. La causa de haber bien amenudo adelgazádose su alimento, ha sido por sustentarse hijos extraños de los frutos que para los suyos fecundamente produce el reino, estenuando su abundancia. Tambien de la malicia y fraude de los proveedores, dignos de riguroso castigo. Es cierto abunda todo con notable exceso, cuando la variedad de lo que se recoge en sus doce provincias quedase en ellas, y cesasen las malignidades y robos en pesos y posturas, de quien lo vende y distribuye. Medio bastante seria para que sobrase todo, y todo puro y perfecto como sucedió en la administracion del Duque, á quien pidiendo uno de los mayores titulados cierta saca de trigo por estar empeñado y haber tanto que no se vendia, y ser menester arrojallo. Procure lo respondió desempeñarse con otro camino; que es mi re-

suelta pretension que haya tanto que se arroje (*)."

"Ordenaba el mismo le hiciese un criado de los que mas se fiaba certísima relacion todos los dias sobre el estado en que se hallaba la ciudad, cuanto á bastimentos, incluyéndose en esta palabra hasta las mas comunes menudencias, y si se distribuian sin mezcla y con fidelidad. Advertia se notase con todo cuidado si en los puestos públicos sobraba el pan, universal alegría y satisfaccion, bien cocido y condicionado; y mandaba muchas veces le trujesen á su presencia para que de su bondad fuesen jueces los ojos. Era prontísima y rigurosa la pena de todo bastimento adulterado, de todo peso disminuido; corporal casi de contino, raras veces pecuniarias, sin que en esta parte tuviese el perdon lugar. Así vivia el grassero (suena como sabeis superintendente de vituallas, su juez superior y ponedor de precios) vigilantísimo y solícito sobremanera, ocasion de temblar todos, resultando de semejante miedo la comun utilidad en llevar cada uno lo que le tocaba cabal y no pervertido."

"Por lo respectivo á la justicia el Duque en su tiempo ordenó á los tribunales, en particular al de la Vicaría y á su regente se despachasen las causas con toda celeridad. Prometia aumento, y era certísimo el cumplimiento de su promesa, (porque su palabra imitaba á la de Dios en ser sustancia) al juez que con mas diligencia pusiese

---

(*) La falta de nociones económicas y el atraso del comercio ocasionaban en aquel tiempo grandes males. No por estancar de este modo los frutos dejó de haber hambres en Nápoles. No se permitia la libre venta de los frutos de la tierra y se sacaban grandes contribuciones. Por dos caminos se aniquilaba el pais.

los delitos en estado de sentencia. Tenia señalada cierta hora en el dia último de la semana para que el mas moderno le relatase los casos mas graves controvertidos, y las condenaciones hechas conforme á los cargos y culpas. Por instantes encomendaba la rectitud en los jueces, castigándolos con gran severidad si de ella declinaban. Los oficios tenian límite solo en su albedrío, segun por la administracion reconocia el daño ó el provecho de las ciudades. Cometíalas á varones bien instruidos en virtud, y de buen gobierno en sus casas, alegando no podria ser buen repúblico el depravado en costumbres, el distraido de su familia. Proveia sin género de negociacion y sin otros medianeros, mas que méritos, repitiendo por puntos: quien compra el administrar justicia ha de venderla, afirmando lo mismo de quien distribuia cargos por favor, pues todo era compra; con todo eso era puntualísimo en proveer en vacando, porque se alentasen los profesores de letras con ver gozaban todos de los premios señalados á la virtud y suficiencia."

Y aunque gustaba saliesen las justicias y rigores de la determinacion de los jueces, y de su arbitrio solo las remisiones, quitándose de delante toda ocasion que le pudiese ministrar aborrecimiento, era con todo tan raro y detenido en la concesion de gracias, que solo en las desgracias puras se obtenian, y dél se impetraban, sin reparar en ruegos, ni malquerencias de los que por no conseguir su intento hacen de la razon injuria; que á los celosos gobernadores ningun respeto los ha de apartar de lo justo. En tanta veneracion tenia la justicia, publicando dependia solo de su libre ejecucion la conservacion de cualquier imperio. Valíase prudentemente de las reprensiones hechas en secreto á ministros, mortificando

cuando era menester á quien lo merecia; mas en público los honraba mucho, porque los puestos que representaban no padeciesen detrimento ni perdiesen estimacion. No dudaba redundar la que los súbditos les tenian en la del Rey ó en la suya propia, en virtud de que obraban, en cuyo generoso cuidado fué único el señor Rey D. Felipe II que Dios tiene. Ha enseñado la experiencia seguirse grandes indecoros á los tribunales, cuando el Príncipe los desestima, atreviéndoseles hasta los menores, sólido principio de la ruina de los reinos. En esta conformidad jamás el duque desvió del derecho camino los negocios. Nunca los violentó ni cometió á nuevas juntas con escandaloso descrédito de los á quien pertenece su conocimiento, cual si fuesen inconfidentes. Así advertia siempre á los secretarios consistiese su principal diligencia, á donde tocaba ver y consultar lo que contenian; porque los despachos caminasen por su vereda con presteza y sin confusion.

"Privaban con él no truanes, músicos, ni terceros, malsines, chismosos ó esploradores; sino todos los buenos á quiénes honraba en público y en secreto. Solia decir ser dilatados y maravillosos los caminos de ofender, siendo infinitos los lazos que puede tender un pésimo para prender y hacer caer al hombre, no habiendo tan estrecho modo de amistad que no pueda desatar la malicia. Advertencia para los Príncipes á fin de saber como se hayan de gobernar en sus empresas, y descubrir el camino para escluir y burlar los simuladores cortesanos. Pondera asimismo delgadamente debrian los mayores ministros y los que se empeñan en el gobierno de los otros, inquirir con gran diligencia la verdad de las cosas, teniendo estabilidad y firmeza sin volverse y revolverse como hoja ó veleta al viento. No hay duda sino que esta inconstancia es gran

defecto en los menores; y así mucho mayor yerro en los Príncipes dar fáciles oidos á imposturas; ántes cosa llena de escándalo y de crueldad extrema negar lugar en su consideracion para que se vean inocencias. Gran calamidad para un pueblo gobernado de personaje en quien como en tabla rasa nada se nota de experiencia, nada de talento, de perspicacia, y de juicio nada. A cuan evidente peligro se exponen sus personas! O infelicísimas gentes encomendadas á millares al cetro de semejante justicia! Deben los grandes ministros ser parecidos á Dios, que tiene de todas las cosas, por minimas que sean, particular cuenta. A un señor toca hacer lo mismo sin manifestar enfado de las importunaciones de miserables. Si le pesa despida del hombro el mando, dijo un pobre á un privado, que ahí le tiene el Rey para tolerar molestias. La malignidad de los ministros, si así fuese, no pasaria tan adelante, ni mostrarian tan corta fé para con las órdenes celestes. En la parte de donde se piensa nace la bondad, está sembrada la malicia, y donde creemos alberga la sinceridad, está la fraude alojada. Parece lleva cada uno en el rostro estampada la verdad, y con todo como reina asiste en el pecho de muchos la mentira. Engañan canas, engañan calidades, para todas son bien menester los ojos de Argos y las estratagemas de Ulises. Quién habrá pues tan advertido que se pueda guardar del todo, hallándose envuelto el mundo en tantos peligros."

" Privaban con él, decia, todos los buenos, sabiendo en lo distributivo elegir siempre lo mejor. Repartia los premios y cargos entre los mas beneméritos, atendiendo mas á sus buenas partes que á la importunidad de intercesores. No se contentaba con que fuesen los elegidos, en particular de toga, letrados, rectos, de buena intencion

y vida, sino tambien sagaces, astutos y pláticos y sabidores de infinitas circunstancias, dobleces y malicias, que no se aprenden en los libros encerrados en los estudios. Porque así reconocerán calumnias, aclararán falsedades, y descubrirán persecuciones. La fama de austero y rigido, que habia cobrado (y cuadrábale muy bien reconociéndose superior á cuantos fueron súbditos de aquella monarquía) ocasionaba en los ministros grande limpieza de manos, y no menores desvelos para acertar en lo que administraban y ejercian. Hállanse los hombres sujetos á tantas imperfecciones, que es sin duda rarísimo el que se escapa de todas. Por lo menos será mejor el que menos tuviere, segun escribe el ingenioso Horacio, alegado por San Gerónimo en la epístola IX. Con todo eso cualquiera, en ministro causa notables inconvenientes, pues han de ser todos; siendo posible, dechados en quien aprendan los demás. Sabido es llevan sus acciones tras sí los ojos de todos. Son como blanco; en ellos los ponen: á ellos como á oráculos por respuestas acuden: y con ellas se reglan y miden.

En todas las provincias y ciudades del reino tenia el duque fidedignos relatores, para que con incesables avisos le informasen no solo del proceder de los gobernadores y jueces sino tambien de la fertilidad ó escaseza de los años. Alegrábase con saber se hallaba el dominio, cometido á su cuidado, tan presidiado de armas, cuanto guarnecido de agricultura. Juzgaba esta mas excelente que las otras artes mecánicas, por ser fundamento de todas y sin quien perecen. Demás de poner esta la mira en la propia substancia corporal, y en la union de cuerpo y alma en esta vida. Las otras tratan solo del ornamento esterior, inferior mucho á las cosas substanciales, tenien-

do relacion como de accidentes al sujeto. Así afirmaba ser conveniente en sumo grado conceder á los labradores honores y favorables privilegios, porque todos los estimen y ellos se alienten mas á seguir su ocupacion. Daba el segundo lugar á la mercancía, por ser comercio universal con quien se llena el orbe de lo necesario. Siguiendo la opinion de los antiguos hacia mucho caso del ministerio de la lana, como enderezado á vestir los cuerpos. Anteponíala á la seda con ser preciosa, no cuanto á su dignidad, pues llega á ser tan válida; sino por introducir en la república los que en ella tratan cierto singular bien deleitable, ó mas presto cierta molicie para el cuerpo, y por el consiguiente cierta disolucion para el ánimo.

Mas volviendo al primer intento prosigo con que habiéndose hecho capaz de la administracion de los gobernadores, así como era pronto en apremiar los vigilantes y rectos, así tambien, precediendo jurídicas diligencias, privaba y abatia incontinente á los que reconocia notados de insolencia y flojedad. Decia no era mucho que los Vireyes errasen en algunas elecciones, que eran hombres en fin, electores y electos; mas ser perniciosísimo durar en la obstinacion de conservar los antepuestos, si en ellos se descubrian con verdad bajíos de incapacidad, culpas de codicia. Dije con verdad, y debo añadir averiguada, porque huia de toda ligera novedad, afirmando interponia el Príncipe su autoridad y palabra en la patente que daba al proveido firmada de su mano, para conservarle en el oficio uno ó dos años; y que si era aun entre ordinarios, caso de menos valer faltar á la seguridad de lo prometido, cuanto mas entre señores, cuyas voluntades expresadas son leyes escritas. Tan amigo fué de decir la verdad, que se pudo entender por él lo que á este propósito escribe

del Rey Enrique IV Pedro Matei, su cronista, en este sentido: " Y aunque en todo tiempo la verdad haya sido tan « odiosa á los Reyes que fuese menester una mano mila« grosa para hacerla entender á Baltasar, no habiéndose « servido jamás de esta vianda de que hay gran carestía « en sus palacios, todavía jamás Príncipe dió tanto lugar « á la verdad, ni le concedió libertad tan segura en las « públicas y privadas acciones como el Rey."

Favoreció con todas veras, así para oficios perpetuos como temporarios, á los españoles beneméritos, hijos naturales de este imperio, establecido con sangre de sus antepasados; y así en primero lugar legítimos herederos de sus honores y lucros. Afirmaba era por eso digno de ser llamado poco amigo de su Rey, y deseoso de que su monarquía presto feneciese, el gobernador que no amaba, que no premiaba y honraba mucho á los de su nacion. Empero no los nombraba ni elegia, si antes no los habia hablado y oido sobre algun negocio. Arguía de cualquier leve muestra (tan ponderador y atento se hallaba á todo) lo que cada uno podia valer, puesto en la ocasion. Si su conocimiento era bueno, si su entendimiento firme. Publicaba ser los indicios de un óptimo talento y discurso (inventores de todas artes y ciencias) la trabazon y agudeza de razones, como el paseo y huello descubridores del natural de cualquiera. Pocas veces engaña la gallardía del aspecto y pocas el garbo y gentileza del vestido. Moviale en particular á semejantes elecciones el crédito de inviolable fidelidad, ha tantos años adquirido por los españoles. Segun esto juzgaba tener tantas fieles espías en las provincias, ciudades y villas del reino, cuantos de los suyos enviaba á ellas por administradores de justicia. Bien le constaban los defectos de que en general eran no-

tados: enfadosa entonacion, alteracion fácil, largas resoluciones, impaciencias (realmente es cosa natural de la condicion humana el usar del mando con insolencia y guardar dificultosamente moderacion) mas en lo esencial los juzgaba á propósito, y así se valía de su servicio. Sin duda los italianos saben disimular mejor, reportarse y sufrir mas que los nuestros, abundan mas de flema que de cólera) adquirir y conservar amigos con mas destreza, satisfacer con respuestas apacibles. Mas al duque no le eran ocultos sus ardides y estratagemas en todo género de interés. Teníalos retocados y reconocidos con mucho juicio. Sabia que en los tribunales, si pueden vencer acometen, cuando no, inclinan al voto que descubren les ha de acudir otro dia. Por otra parte notaba en muchos talento para consultar y resolver negocios graves; si acaso respetos agenos y pasiones propias no les hacia torcer del derecho camino. Porque la envidia fiscal de honras y cargos suele andar muy aguda entre ellos, incitándolos con ser casi iguales, á que cada cual pretenda superioridad de nombre, crédito y opinion. Disgustábale no supiesen usar con discrecion de la preeminencia que se les daba en los títulos; porque aunque los tales califiquen mucho á quien los recibe, es menester con todo eso, posea de suyo valor y méritos con que obligue á que todos le tengan intrínseco y aparente recato y respeto, evitando con circunspeccion toda liviandad y ligereza."

"Encargaba mucho la integridad y limpieza de manos, sabiendo vencen los dineros todo obstáculo y dificultad en los negocios. Con donativos y presentes se corrompen, ganan y vuelven donde se quiere los ministros. ¿Quién podrá resistir al ímpetu de la plata con que se alcanza toda dignidad y toda cosa inicua? En las provi-

siones queria se esperasen las mercedes solo de su voluntad y mano; puesto que solia decir ser propio de quien las recibe reconocerse mas obligado al medio que se las procura que al mismo que se las concede. Era prestísimo en remunerar servicios y virtudes, sin esperar como hacen muchos, ó á que muera el mismo Príncipe primero, ó los que dél merecen ser premiados; ó por ventura hacer la merced tan fuera de ocasion y tiempo que sea de poco provecho para el menesteroso, ó conseguida con tan gran trabajo, penalidad y ánimo tan adverso que la agradezca poco quien la recibe; y quien la vé, poco la alaba. Esta suma prudencia y magnanimidad conjuntas con suma justicia y suma clemencia de no ser precipitoso en hacer daño, ó castigar, no perezoso ó tardo en remunerar y hacer beneficio, le ministraron indecibles alabanzas en las lenguas de cuantos sirvieron bajo de sus órdenes y mano. Abreviaba las esperanzas, sabiendo era la dilatada sueño de hombre despierto, ó sueño que perpetuamente vela; madrastra del sufrimiento; esfuerzo falso, jarabe de alargar los males. . . . ."

"Desagradábase mucho de los ociosos, á propósito de qué solia decir: el peligro mas dañoso, el daño mas disimulado, la perdicion mas cierta y el enemigo mas incontrastable, es la ociosidad. Tiranía que destruye la honra, y polilla que acaba con la fama, pudiéndose afirmar del que vive en ocio, segun Séneca, que yace en el sepulcro. La exaltacion, dijo Apio Claudio del imperio romano, está en el ejercicio, y su perdicion en el ocio. Para evitarle en quien tuviese deseo de ocupacion se dejaba hablar con facilidad sin dar á los porteros ocasion de vender á muchos las audiencias, procediendo con los demás, atrevidos, temerarios y descorteses. Así que se mos-

traba apacible en darles, no interrumpiendo el ageno hablar con impaciencia ó prisa demasiada. Ni quiere de las primeras palabras adivinar, ó tener por entendido el resto del razonamiento, menos notar ó reprender el pretensor si algo acaso le saliese de la boca, no cabalmente medido, ni haciéndole sonrojear con visajes ó señas con mirar con fijos ojos á los circunstantes, en razon de llevar sobre sí el que hablaba cosa que con juicio ó cabilosamente se pudiese tachar, como suelen hacer algunos, mas señores de título ó nombre por extraños caprichos de la fortuna, que por propio valor ó conocidos merecimientos. En esta conformidad repetia por instantes y representaba con maravillosa elocuencia las obligaciones en virtud de que son llamados los Príncipes viva y animada imágen de Dios. El ser estos decia mas ricos y poderosos que los demás hombres para no dar ni hacer bien, los vuelve dignos de ser ántes huidos que buscados, aborrecidos que amados, menospreciados que obedecidos, ofendidos que reverenciados. Si deben en la república ser solos, pongan, proseguia, los ojos atentamente en los admirables efectos y operaciones del mismo sol. Cuanto á lo primero es el mas digno planeta y quien despues de Dios infunde y comunica sus virtudes celestes. Ilustra con su lumbre las cosas inferiores y superiores, precediendo á todas las lumbres con la majestad de la luz de que hace bastantísima prueba todo lo criado. Abre los poros de la tierra, alimenta los cuerpos, renueva las plantas, vivifica las yerbas, influye en el hombre naturaleza de saber, modera y templa las demás plantas, á quien solo rige por ser como su caudillo y capitan. Por tanto no sin grande ocasion le llaman teólogos, filósofos y poetas, ora *ojo del mundo*, ora *rey de la naturaleza*, *belleza del orbe*, *medida del*

tiempo, claridad, ornamento y corazon del cielo, padre, fuente y dador de las ciencias; por lo que siendo mayor en virtud á todo, se halla colocado en la cuarta esfera. Mucho tienen que imitar de perfecto los que á este hermoso blandon del orbe son comparados."

"Afeaba en oposicion de esto el casi comun proceder del poderoso y el continuado lenguaje de corte. Aquel, si puede favorecer de presente, remite con engaño á lo futuro, fomentando con palabras equívocas y con ofrecimientos alevosos, padeciendo con armas de confianzas prolijas heridas de desengaños. Y de esta la vanidad se sustenta con el odio, se goza con la envidia, se honra con la mudanza, se ilustra con la malicia, se establece con el engaño, se ensalza con la tiranía, y triunfa con la lisonja, cuyo vicio idolatra con afecto mayor porque daña con mayor extremo."

"Mas el duque ¡ó cuán á manos llenas esparció en él la naturaleza sus dones! Cómo huia con veras de hacer todo lo que le habia de ser necesario ocultar y de obrar lo que á veces reprendia! Vestia sus palabras que eran pocas mas resueltas y substanciales de severa verdad, y sus obras de suave certeza. De suerte que con su entereza natural y acostumbrada rectitud, ambas convenientes á quien ha de regir tanta diversidad de naturalezas, se miró ser generalmente amado y reverenciado de todos los buenos, yendo maravillosamente creciendo de bien en mejor. De aquí nació que hallándose superior en méritos á cuantos tuvo aquel siglo, fué acometido de injusta envidia, *(numquam eminentia invidia carent)* mónstruo que siente el bien ageno como mal propio. Mas él siempre constante, intrépido siempre, nunca estimó sus acechanzas, afirmando que si la mayor grandeza tiene breve fin,

seria poca firmeza de ánimo le pudiesen trocar variedades. Tambien se conformaba con Demetrio en sentir no hallarse cosa tan infeliz en el hombre como no haber padecido adversidades; ya que faltando la prueba y muestra de si es necesario no se conozca, ó que sea muy odioso al cielo, pues se ha olvidado de ensayarle y favorecerle con algun mal para saber si resiste los golpes de la fortuna. Demás que la mundana malignidad jamás deja los buenos, puestos en cualquier grado de grandeza, sin la venenosa mordedura de la envidia. Bien que sus mayores contrarios, mártires de la misma, por su general aplauso atónitos, y conmovidos con la fuerza de sus altas obras, prorumpieron en voces no pocas veces diciendo: *Valerosísimo, prudentisimo gobernador, cuál en muchos años se ha conocido en el mundo.*

Cuidaba volviendo á tomar el hilo de su gobierno fuesen á las provincias por auditores sugetos hábiles, capaces, y sobre todo de suficiente edad y conocida experiencia, por ser cargo de quien pende el despacho de muchos negocios juntos y mezclados. Allí se ventilan y tratan no solo los expedientes de justicia, sino tambien los de estado, los de hacienda, guerra y gobierno. En todos conviene sea plático y versado el que administra en aquel puesto, porque no decrete á ciegas, echando en los votos como inexperto por medio; ya que quien camina por donde no debe, llega sin pensar donde no quisiera. Asimismo por este camino de elegir suficientes procuraba evitar la cantidad de discordias que suelen intervenir entre semejantes, siendo siempre la prudencia venerando montante de tales disensiones y desavenencias. Tres auditores y un préside juntamente con un fiscal y un secretario forman una audiencia entera, tribunal colegiado ordinario y de

apelacion. El préside como de espada, aunque está en su cabeza depositada la jurisdiccion, no tiene voto en las causas; y así de los togados solamente penden sus resoluciones. Estos como no son con igualdad divisibles, casi siempre se hallan en disparidad, como si dijésemos los dos unidos. Siente no poco el tercero se hayan de ejecutar las sentencias de mas votos, aunque mas contraste. Igual exclusion de fuerza no obstante haya muchos de naturaleza vil y de condicion obsequiosa á juntarse con el préside, que por el consiguiente aborrece la conformidad de los dos, bien que como tan conveniente, en razon jurídica fundada. Dos á dos escaramuzan con notable teson, viniendo tal vez á las manos. Cuando no para en despachar correos á Nápoles, con quejas al Virey, mostrándose todos en sus cartas celosísimos del servicio del Rey, del cumplimiento de la justicia y bien público, siempre con descrédito de los competidores. A que conviene estar atentísimo y sobre sí dando á todos oido mas no crédito, sin dejarse vencer de primeras informaciones ni en virtud de ellas venir á género de acto irretractable ó violenta determinacion, y á la reputacion agena perjudicial; pues el último ha de ser el castigo, ni para darle falta lugar cuando justificado. Demás que no hay que permita deje de decir alguno su razon ántes de ser condenado. ¡Gran dolor que tengan próspero fin malicias eslabonadas! El duque reconocida la tiránica ignorancia y deslumbramiento irracional de quien lo contrario profesaba, informado de tales desórdenes las veces que sucedian, que eran pocas, por el concierto y circunspeccion con que todos procedian, envió despachos á las audiencias para que en lo definitivo se ejecutase lo por mas votos ordenado, segun disposicion de derecho, sin réplica ó contradiccion. Este ri-

guroso precepto lastimaba mucho, en particular á los présides, gente por la mayor parte idiota, pobre y desvanecida, pues sin adornarse de púrpura, pretenden cortesía de Cardenales, ignorando por cual camino les pueda tocar la Ilustrisima con que alzando la cola de la vanidad se dejan hinchar como cornamusas. Así haciéndose fuertes con las llaves de las cárceles dan á entender no hay tan gallarda decision de Pomponio, ni tan efectiva determinacion de Papiniano para soltar cualquier preso como su absoluta voluntad, por mas que en sus sillas salten ó griten los licenciados, entre quien campea siempre el aborrecimiento, odio definido ya por mil sentencias de jueces doctorados. Mas para tener en freno la inmoderada licencia de los ministros, ordenaba al de quien tenia mas satisfaccion le diese á menudo aviso de la integridad y rectitud con que caminaban las causas, y juntamente de las sentencias mas graves, cuando por razon de campaña no traian aparejadas ejecuciones, demás de las relaciones ordinarias del tribunal, como se fuesen dando; para que haciendo venir á Nápoles en caso de sospecha lo actuado, la Vicaría, ó cualquier otro delegado por él, viese si habian sido dadas segun disposicion de las leyes. Con esto vivian todos vigilantes, acudiendo sin competencias en su deber, no queriendo poner en conocido riesgo su reputacion, robándose á mayores honras y mercedes, si en lo decretado se hallasen sobornados ó ignorantes."

"Otro bien ocasionó tras este de no menor importancia. Era costumbre (y despues, no obstante fuese perniciosísima, se volvió á introducir) conceder los Vireyes á cualquier gobernador de provincia comision de campaña. Esta consistia en perseguir malhechores y públicos facinerosos, y en proceder asimismo en las causas que se de-

rivan de albergues, favores y encubrimientos, hechos y dados á foragidos, no lo pudiendo hacer so graves penas. Estos excesos se conocen sin guardar órden judicial, ejecutando varias sentencias de muerte, nunca admitiendo apelaciones. Igual poder libre y absoluto sobre agenas vidas sin dar en alguna forma cuenta de lo administrado, es tan exhorbitante y fuera de razon (aunque por ventura necesario, como fundado por la mayor parte contra condenados á muerte en rebeldía, y otros disfamados de atrocísimos delitos como son los salteadores) que en ninguna nacion gentil ni bárbara cuanto mas cristiana y política se halla haberse concedido. Grandes son las injusticias, infinitos los agravios, indecibles los robos, que de este inconveniente resultaban y aun hoy resultan. Elegia el préside (en su provincia General comisario de campaña) por su asesor para el conocimiento de estos crímenes á uno de los auditores. Aquel acompañado de cantidad de ladrones (foragidos tambien ya con indulto ó para indultarse con título de *guiados*, pretendiendo hacer servicios dentro de tiempo limitado con quitar las cabezas á otros como ellos) salia sin el gobernador, porque sus salidas eran raras, mas bien provechosas; y como la vez que salia dejaba destruida la provincia, era menester diferirla por algunos meses. Quedábase, pues, y el otro partia á limpiar caminos, selvas y bosques de bandoleros. Mejor se podria decir á escalar casas, á robar haciendas, y á perseguir inculpables. Sin duda se vuelven estos (queden pero los buenos reservados) al improviso severísimos tiranos y verdugos sedientos de sangre humana, destruyendo por su gusto casas y linajes enteros. Conviene descubrir las sendas por donde semejantes comisarios y consultores se acreditan y enriquecen con apariencias de justicieros. Las

pragmáticas prohiben el ocultar foragidos y acudirles con alguna de las cosas necesarias á la conservacion de la vida. Justísimas por cierto y en digna providencia fundadas, pues faltando al delincuente lo forzoso, le conviene perder el cariño á la patria, tan amable para todos, sin estar, huyendo lejos, al calor del padre, hermano ó amigo, y ausentándose queda aquella parte libre de sus insolencias. Estas leyes, aunque llenas de equidad no pueden violentar las naturales, asidas y estampadas en los corazones de las gentes, que consisten en favorecer y alimentar cada uno á los suyos en sus peligros y desgracias. Por esta razon, todos los dias hay quiebras y contravenciones; ni faltan enemigos y espías que aun sin verdad las acusen y revelen al tribunal, que así llaman al asesor y ejecutores. No se descuidan en acudir, y en llegando procesa, prende y atormenta, como se suele decir á diestro y á siniestro. Ultimamente á los verdaderos fautores, que atemorizan y amenazan con los nombres y arcabuces de los mismos bandoleros, desocúpanles las bolsas, quitándoles parte de la pluma, y suéltanlos para que puedan crecer de nuevo y ellos de nuevo pelar. Al padre, hermano ó tio, que acudió alguna vez de secreto con el pan ó el vestido, movido del afecto natural, si tiene alguna cosa con que redimir su molestia, se mantiene, cuando no, recibe inquietudes y destrozos terribles. Avisan luego al Virey, anteponiendo su cuidado y exagerando su diligencia en igual género de servicios; con que dan color á los estragos hechos por ligera causa, dejando en silencio los cohechos y robos cometidos sin peligro á toda rienda. En esto se ocupan casi siempre, y no en perseguir las cuadrillas de facinerosos extinguiendo raras veces su número, ántes creciendo de continuo. Si acaso prenden ó cortan la cabeza es

de algun miserable forastero, que andaba descarriado mal plático y sin arrimo. Tales son los efectos de un poder casi absoluto, no reglado con cristiandad y razon. Trance terrible, en que es menester gran paciencia por hallarse lejítimos otro cualquier remedio. Ya que cuanto á quejas los tímidos ó no osan ó no pueden por su pobreza quizá darlas, que para quejarse y dar pruebas, aun es menester hacienda y esfuerzo. Los de mas ánimo y poder no dejan de acudir al superior, mas suelen los interesados prevenir estos riesgos tomando los pasos de mas peligro. ¿Qué no consiguen negociaciones? ¿qué no alcanzan intereses? Tienen castillos artillados que como á tributarios los defienden, los avisan, y aun les remiten los mismos memoriales que se dan contra ellos. Para satisfaccion de superiores, defensa y conservacion de su crédito, alegan y ponen delante el escudo de la enemistad general y particular, adquirida con el comun estrago y matanza. Por manera que los tristes ofendidos, ó no escuchados, ó no creidos, desesperados se vuelven á sus casas; y los mas las desamparan, temiendo y con razon el daño inevitable de aquellas furias."

"A este perniciosísimo estilo se opuso el duque, y mandó tocase solo á las ciudades y circunvecinas poblaciones el perseguir hasta prender y en caso de resistencia hasta matar semejantes facinerosos. Y esto en forma de comunidad á campana tañida, fulminando las justicias ordinarias debidos procesos contra principales y fautores. Queria los remitiesen despues á Nápoles juntamente con los presos, á costa de los propios y rentas de los mismos lugares, para que en último los viese la Vicaría, delegada por él para semejantes conocimientos y ejecucion de sentencias. Tal género de persecucion casi correspondiente á

la hermandad de España, fué de singular importancia y remedio; puesto que en tiempo brevísimo quedó toda jurisdiccion limpia de malhechores, siendo parte de los gastos públicos para correr y escalar (por evitarlos) las campañas, montes y sitios por su disposicion de mas sospecha y para ladrones de mas comodidad. Sin esto cuando crecia el número de las cuadrillas por descuido de los moradores, enviaba algunas compañías, con cabeza de satisfaccion, á aquellas partes, para que alojando á discrecion á ellos sirviese de castigo, y á los bandoleros de perdicion. Tan pronto fué siempre aquel valeroso caudillo en comunicar seguridad en donde reinaba mayor peligro; en remitir su resplandor en donde mas campeaba la oscuridad, participando de su virtud y providencia todos los ministros, en particular mientras él gobernó á Nápoles, en la forma que en el cielo participan las estrellas de la luz del sol. El tiempo despues violador de las mas santas resoluciones perturbó la importancia y acierto de esta. Tratándose mas adelante que se quitasen los alojamientos de la milicia, segun se alegaba perniciosos y de gran costa al comun, concurrió y ofreció el reino todo introducir y pagar en cada una de las provincias escuadras de á caballo y de á pié, por mitad, el número de 40 hombres cada cual con su cabeza, con título de capitan de campaña. Fué el intento persiguiesen estos tales los delincuentes de páramos desiertos. Mas á la verdad no lo hacen, ni servicio en algun tiempo considerable, por ser la escoria del mundo, gente tímida y ruin, sin determinacion ni espíritu para dar caza á bellacos. Hoy, segun esto, se hallan los tribunales de las audiencias en posesion de proceder *ad modum belli*, esto es, sin velo, ni forma ordinaria de juicio, sobre tal género de delitos comprendidos en premá-

ticas y bandos. Los Vireyes sucesores asimismo introdujeron cierto oficio con el título de comisario de campaña, que conoce de semejantes crímenes, cometidos por la mayor parte en la provincia finítima á Nápoles, que es la tierra de Labor, aunque el que lo puede ser pretenda jurisdicion en todo el reino. Es plaza digna de que la administre quien en conciencia sea un San Francisco, y en ciencia cuando menos un Bartulo, respecto de las ocasiones que se ofrecen por instantes de cometer injusticias y robos. Y así siendo tan difíciles de concurrir dos tan necesarios requisitos en el sugeto que se ha de elegir, fuera santa cosa extinguirla, dejando á la Vicaría la autoridad como la tenia antiguamente."

"El duque procedia con tiento en la colocacion de sus criados en puestos públicos. Y movíase no porque en ellos dejase de concurrir todo loable requisito, toda pretendida circunstancia, pues bastaba serlo suyos para ser todos muy buenos. Demás de ser los señores siempre en esto venturosos, eligiendo para su casa (salvo los que á ruines é ignorantes se inclinan) hidalgos y caballeros, sino por evitar ponderaciones y señalar con igual remision seguro puerto á la tempestad de murmuraciones que resultan de adelantar inconsideradamente sus domésticos. Con todo eso mostró cuidado en premiar, aunque fuese de la hacienda y honores de su estado, honradas asistencias y servicios, que la liberalidad hace afectos y fieles á los criados. Fuera de ser indignidad, sino ingratitud conocida, dejar de contino en corta esfera largos merecimientos."

"Apenas llega un Virey á Nápoles cuando los inteligentes discursivos y curriosos se arriman á los que con él vienen de mejor hábito. Muévelos dos presupuestos; el

primero inquirir y rastrear por sus lenguas la inclinacion del Príncipe, si viene necesitado, si es amigo de recibir, si es flemático ó colérico, diligente ó remiso. Si alguno le gobierna, remitiendo á vista de otros lo que es para la suya importante. Si es cruel y riguroso, ó blando y fácil en perdonar, y cosas de semejante curiosidad para saber encaminar las proas de su negociacion por los rumbos que descubrieren mejores, sirviéndoles como de blanco para no errar el tiro. El otro, á fin de elegirlos por arcaduces, por intercesores y medios en las pretensiones que tienen ya meditadas y á su tiempo esperan recibir y lograr. Granjéanlos con empréstidos, con regalos, con lisonjas, siendo en su opinion dichosísimo el que puede alcanzar por su abrigo y su inteligencia al que publica tener mas entrada y mano con su dueño. Asechanzas son estas en que el mas agudo y entendido suele caer; puesto que no hay juicio que repruebe aquellas afectuosas muestras de amor, salvo si como sagaz al improviso no recurre al presidio del discurso y prudencia. Es fuerza decir á este propósito no poco importante, no haber gente en el mundo que tanto se engañe al tratar de sí misma como los criados siempre quejosos y descontentos. Paréceles obligan mucho al señor con asistir años á sus casas, á veces como bultos sin ninguna ocupacion, ó por lo menos trivial. Olvidan haber solicitado su asiento, mas la agena intercesion que la propia voluntad de quien los ha de tener siempre delante, sufriendo sus imperfecciones. Anhelan sin atender á esto por grandes premios, y en la primera repulsa forman en sí un tribunal, donde se lamentan y exclaman. El duque tuvo siempre cerrada la puerta á tales inconvenientes con clarísimos desengaños. Agradábale familia, ni presumida, ni desconfiada, y sobre todo cuidadosa en su

servicio, asegurándola habia de correr en toda ocasion su aumento por su cuenta. Indignábale sumamente se ocupase alguno en ponderar sus acciones, que á los criados no es lícito juzgar de la razon de los hechos del Señor, solo la gloria de obedecer les queda."

"Mandó, recien llegado á Nápoles, no recibiese cosa alguno de su casa con cualquier título que fuese, pues de órden suya se les daba cuanto habian menester, en que era puntualísimo el mayordomo, sugeto en todo prevenido, prudente y noble, no desvanecido, soberbio, ambicioso. Con esto cesaron las extratagemas y ardides de los naturales, dando sus máquinas por el suelo. Sobre todo les ocasionó desmayos el rígido natural del gobernador, absoluto repartidor de premios y penas; en el resplandor de cuyo albedrío nunca se interpuso sombra de diminucion, tan exento y libre procedia. Siendo así que asistiendo continuamente al negocio (no obstante le maltratase tambien continuamente la gota) se valia en todo del acierto y madurez de su propio discurso, pareciéndole que así como se mueve con mas potencia quien es movido del primer agente; así quien hace por propia virtud, obra mejor y mas presto. Por eso afirmaba ser circunstancia de valeroso criarse entre fatigas y sudores, regir y no ser regido, y administrar cualquier reino ántes con propia capacidad que con la agena, y que esto se debia entender precediendo siempre prudentes consejos y pareceres, que suelen dar honra y hacer al que rige autor de grandes bienes, y mas si son de personas nacidas ó criadas en las cortes, graves por prudencia y doctrina. Permitia moderada libertad en el darlos, no entrando en el número de aquellos que tienen de continuo por adagio: *loquimini nobis placentia*. En los términos de esta com-

paracion, esto es, de llegar raras veces la verdad á os oidos del Príncipe, dice agudamente Séneca: *Monstrabo cujus rei inopia laborant magna fastigia et quid omnia possidentibus desit illi, scilicet qui veritatem dicat.*"

"Erale sobre manera gratísima la union y conformidad de sus criados cada uno en su ministerio, sin que el uno se entremetiese ni perturbase la jurisdiccion y manejo del otro. . . . . De suerte que teniendo cualquiera el lugar perteneciente á su cargo, sin que otro se empache en él, hará sin duda tal órden entre disímiles una armónica igualdad. De lo apuntado se infiere, porque termine ya esta materia, cuan conveniente sea abrir los ojos en la eleccion de ministros y la distribucion de cargos. Casi infinitos son los sedientos de ellos, mas ignoro cual número sea el de pretensores hábiles. No siempre las cosechas de los años son iguales en fertilidad de valor y de suficiencia, aunque de quejas siempre abundantes. Quejosos nunca faltan, ni es maravilla, porque las gracias de los Príncipes, como de poder humano, siempre fueron menos que los pretendientes, es fuerza haya gran número de mal contentos y mal despachados en todos reinos, aun en los mas dulcemente gobernados. Para evitar, pues, mucho de esto, viene á ser de gran consideracion el ministerio de buen secretario, clarin y ejecutor de mercedes, por cuya relacion se premian los beneméritos, y diestramente sin manifiesto disfavor, sino con suave y consolatoria dilacion del despacho se impiden los no tales." *(Aquí hace el autor una larga enumeracion de las circunstancias que deben acompañar á un buen secretario, asunto que trataba con predileccion, pues tambien se ocupa de él en* El Pasagero, *como verémos en otra nota mas adelante, por lo cual aquí suprimirémos lo que dice sobre*

este punto, contentándonos con lo que toca á Nápoles).

"El puesto de Nápoles, prosigue, trae consigo no menos diversas que numerosas correspondencias, por haber todos menester al que lo gobierna. Las de España con el Rey, con los Consejos y otros ministros: las de Roma con el sumo Pontífice y Cardenales: las del Emperador y sus Príncipes: las de los potentados de Italia y sus repúblicas: las del gobernador de Milan y Virey de Sicilia: las de los gobernadores de provincias y otros súbditos del reino; las de todo Levante, Grecia y Constantinopla. Es forzoso medir las razones no solo con la calidad de los negocios que corren y se desean, sino tambien con las inclinaciones y designios de quien los escribe haciendo la diferencia en las palabras que se considera en los grados. Peso propio del secretario que de necesidad ha de ser sumamente plático y experto, para que así con la presencia como en ausencia con la pluma sea en tanta variedad de personajes el honor de su dueño, conservando su reputacion y nombre con su prudencia y habilidad."

"Sintieron algnnos Reyes antiguos, (pienso serian tiranos, ó por lo menos mal quistos) no convenir exponerse á los ojos de las gentes de ordinario, que el dejarse ver muchas veces tenian por ocasion de indecoro y desprecio. En Nápoles se debe observar diverso estilo, por el consuelo que causa á todos la presencia del que gobierna. Da sentado dos públicas audiencias en dos dias de la semana interpolados; acto cuanto á cortejo y asistencia de superior majestad. Están descubiertos entretanto todos los circunstantes guardando singular silencio. Débese hacer con brevedad el despacho de los memoriales, aunque no sea en conformidad de lo que se suplica. Con el Virey se amenazan unos á otros en cualquier riña. Acu-

den (estilo de los mas populares) con quejas y exageraciones, y muchas veces con calumnias y malsinidades; y en tales casos es cordura no creer de ligero sino reservar y conceder tambien lugar á la parte contraria, conviniendo en los principios servirse mas del oido que de la lengua."

"Con ser el que gobernare, ó deberlo ser, de necesidad en todas sus cosas liberal y generoso, solamente en la distribucion de tiempo ha de mostrarse avarísimo. Ha de ser este precioso en persona de tanta consideracion, bastando apenas las horas del dia para tantos desvelos y ocurrencias de tan incesantes cuidados y ocupaciones como acompañan á cargo tan importante. Cualquier ministro tiene señalado su tiempo para el cuidado que pende de su solicitud y oficio, repartiéndose conforme al gusto del Virey. Cuando se halla en buena disposicion despacha por la mañana con los dos secretarios de guerra y de justicia, mientras se viste, consultando y refiriendo con toda celeridad como siempre se haga el Señor bien capaz de lo que se propone y trata; y si aquellas horas se reservan para mas forzosa ocupacion, se remiten á las primeras de la noche. Tras la misa que oye entre semana en oratorio, saliendo en público las fiestas que son de capilla, asistido de la nobleza napolitana, da audiencia á varios personajes, señalada por sus dias á la proposicion de sus negocios. Otros vienen de visita, volviéndose á sus casas muy ufanos con haber visto al Virey y habládole aquella mañana. Los españoles tenian señalado el sábado. Honraba el duque y premiaba á los de esta nacion, tanto que solo á los de ella aplicó siempre los cargos mas principales. Mas enfadado diversas veces de las muchas horas que los naturales de mas puesto y de mejor hábito inútil-

mente le robaban, por la falta que sin ellas hacia á cosas de mas consideracion, libró en su lengua un recado para los mismos que no pareció decente le diese otra persona que la del duque por su tenor resuelto. Salió pues cierto dia á la sala, donde estaba cantidad, en una silla de ruedas (que era en la que las veces que dejaba el lecho andaba por la lision de su enfermedad continua) y arrimándola cerca de la que amparaba el dosel, dijo en voz grave algo alta: Çaballeros, quien tuviere negocio llegue, quien no desocupe, que son las obligaciones grandes y el tiempo muy limitado. Fueron pocos los que llegaron por ser pocos los que tenian á qué, empero ninguno dejó de percibir el intento, y haciéndole reverencia dieron lugar. Entendido en esta forma, de allí adelante, salvo en ocasiones forzosas de Pascuas, de fiestas y de otros precisos acompañamientos, no le molestaban con embarazosa asistencia. En media hora poco mas sabia cuanto en la ciudad pasaba todos los dias por el órden que tenian los cabos de las estradas ó calles de referirle por escrito lo que distintamente habia sucedido en ellas. Por manera que á menudo preguntaba á los jueces que justicia se habia hecho sobre tal ó tal exceso, hallándose mejor informado que los comisarios mismos, con admiracion de todos por verle en las circunstancias tan menudamente instruido. Encubrió siempre con prudencia grandísima todo género de parcialidad, cuanto á pueblo y nobleza, causando con su neutralidad en todos singular amor y respeto. Tan pronto como el menor hallaba el mayor su castigo, si excedia en su género cada uno, sin que de él le reservase calidad ó hacienda, siendo este siempre su primero y mas generoso cuidado."

"De mediodia abajo á las horas competentes en la

citacion se entra en el Colateral. Dura casi todo lo que resta de la tarde, tratándose allí las materias mas graves del reino, estado, gracias, reclamaciones, provisiones de España; y en fin los negocios mas importantes. Compónese este supremo tribunal del Virey y tres ó cuatro regentes llamados de cancelería, personas venerables por letras, virtud y experiencias, dignísimos de mucha estimacion por lo que representan y valen, y de un secretario, asimismo intitulado del reino, sugeto de gran consideracion por el puesto y confianza. . . ."

Puesto que lo divino se prefiere siempre á lo humano, débense anteponer á las órdenes del Rey los mandamientos de Dios, las amonestaciones de profetas, los preceptos del uno y otro Testamento, los cánones de sumos Pontífices y disposiciones de sagrados doctores. Esto es en las cosas que conciernen la salud de las almas, mucho mas dignas que el cuerpo y cualquier cómodo temporal. Y pues se compone el pueblo de eclesiásticos y seglares, los prelados de los primeros deben ser tenidos en suma veneracion sin que en lo justo padezca detrimento su autoridad. Quiso el duque al paso que los honraba confiriesen con límite en sus diócesis órdenes sacras en conformidad de lo que ordena el concilio Tridentino. Porque la multitud de los que se quedaban siempre en las primeras, ó con título de clérigos salvajes, ó conjugados contra el tenor del Cánon no minorasen la jurisdiccion Real, cuanto á pagamentos fiscales; con que tambien cesaban otras casi infinitas donaciones fraudulentas, encaminadas á la esencion de pechos y tributos, por cuya malicia suele quedar mas agraviado el resto de los súbditos: siendo cosa averiguada haber hecho la Corte suelta de seiscientos y tantos mil ducados en menos de siete años á los pueblos im-

posibilitados y falidos á tales pagamentos por semejantes inconvenientes. En los crímenes y excesos cometidos por los tales ordenaba, y su mandato solo tenia por réplica la obediencia, se remitiesen los delincuentes bien examinados los recados de su inmunidad al Pontífice mismo, haciéndolos llevar muchas veces hasta Roma donde recibian castigo; causa de vivir todos alerta cuanto á proceder justificadamente. Comunmente los vasallos seglares son de tres géneros: nobles, mercaderes y plebeyos. Poseyendo tierras los nobles, es justo conservarles intacta su jurisdiccion y privilegios, fundados siempre en la observancia de la palabra Real. Deben ser decorados con oportunas honras en palacio, ó entretenidos en servicio del Príncipe. Los de mas ilustre sangre ó mas facultad se suelen ocupar en cargos de milicia ó en gobiernos de provincia. A los mas pobres es costumbre entretener en puestos de honor y lucro, con que cesan en la mejor gente rencores y aborrecimientos. Con todo eso no conviene favorecer con demasía esta parte, por los respetos que cualquier mediano político alcanza, y en particular por los zelos y diferencias que suelen nacer entre ella y la del pueblo, raras veces conforme. Por manera que para todo se ha de elegir siempre el camino de enmedio, como mas seguro; término de que en toda ocasion se valió el duque. A los mercaderes, en especial cristianos, es lícito ejercer en toda parte lícitos comercios. El favorecerlos y ayudarlos vuelve el principado abundante. Con los de otra secta se ha de negociar cautamente por evitar fraudes. Corrompen la religion, ó lo pretenden; y así es cordura ó no admitirlos ó no consentirles tratar en mas que la mercancía. A los plebeyos como á débiles es justo defender de las injurias de poderosos. No se debe alterar su modo de vivir.

Cuidar de que cada uno trabaje en su ministerio. Castigar los que delinquieren. Si fueren sus ocupaciones útiles á la república, permitírselas, y sino vedárselas. Toca á los censores (suena sala de gobierno en Madrid y colateral en Nápoles) la reformacion de costumbres, la regla del buen vivir y prohibicion de lo supérfluo: á los cuestores, esto es, ministros de hacienda, ser fieles, zelosos y vigilantes. Particularmente en que exactores, pagadores y otros pendolarios hagan con fidelidad sus oficios, sin que sean sobremanera codiciosos. Tomada la posesion, ordenó el duque luego le diese la Cámara de sumaria y perceptores de provincia relacion del estado que tenia la substancia del Real patrimonio. Que dinero pronto y efectivo en la tesorería y otras cajas, para poder disponer de su cantidad segun las ocasiones, con certeza. Resulta de no saberse con claridad y distincion, fraude al reino, á los pueblos injuria, por desperdiciarse con descuido lo que tanto vale, y para su servicio contribuyen, y en último perderse en los súbditos la benevolencia para con el Príncipe. A este pertenece generalmente la educacion de la juventud, el incitarla á buenas obras con el ejemplo de vida. Todas las naciones tuvieron en veneracion á los ancianos, aliviándolos á título de su vejez de las comunes molestias.

Es especie entre muchos sin cesar controvertida, cual sea de mas consideracion, ó conservar ó adquirir. Mas siendo lo primero acto de dicha mezclada con valor y lo último operacion de prudencia, resuélvese que el conservar es mas digno. Este reino, segun su disposicion, como á todos es notorio, no puede sin causa bastante dilatar sus confines. Hállase abierto por todas partes y por su respeto flaco y difícil de ser defendido, si no le ampara potencia grande. Cárlos de Angió, saliendo de Francia y

atravesando la Italia toda, se entró en él y le poseyó sin desnudar una espada ni batir solo una almena. Lo mas que se pudo hacer es tenerle bien prevenido y pertrechado contra cualesquier invasiones. Siempre las materias de estado producen zelos; por eso no se sufre en ellas ni menor descuido. Por confinantes tiene por tierra al Pontífice, vecino de la importancia que es justo se considere. Las inteligencias, pues, en aquella parte conviene sean exquisitas, para poseer las inclinaciones, designios y (siendo posible) las mas íntimas imaginaciones de quien gobierna. Suélese en lo demás tener con aquellos límites toda buena correspondencia, particularmente en la comunicacion de bastimentos. Hácese buen pasaje á sus galeras, las veces que ocupan el muelle; no obstante soliciten ellas á la ciudad no poca inquietud con pendencias. Por mar tiene al veneciano dueño, segun la voz pública, del mar Adriático, cuya seguridad le toca. Para este fin trae de ordinario en el mismo armada de galeras y naves, menesterosas cuando navegan del reino por las vituallas que necesitan. Es insigne esta república, y sus hombres sagaces y pláticos en igualar y detener las potencias, aunque á costa de su tesoro, puesta la mira siempre en conservar la absoluta libertad, ha mas de mil años durable en ellos. La correspondencia y término con Reyes y potentados miden con su utilidad, persuadiéndose ser esta la fina razon de estado. Conservan reputacion entre católicos, ayudada con incesables inteligencias y prevenciones; arte no tan feliz en ellos para con infieles. El Turco tiempos atrás los dejó algo disminuidos, usurpándoles á Chipre y otras islas de la Grecia. Confinan con él por mar y por tierra espacio de muchas millas; y para mantenerse sin su vejacion, fortifican sus lugares con singu-

lar vigilancia, proveyéndose en buena ocasion de todo lo oportuno á defensa. Son diestros, ni menos sutiles en sus negocios en que jamás peligran, respecto de rastrear los fines por los principios, y los medios por la misma disposicion de la cosa. Es cordura no alterarlos; á lo menos por la parte donde se pueden valer cumplidamente de sus fuerzas como son las marítimas. Muestran no ser afectos á nuestra corona, que recelan opresiones de tan gran potencia, mas conviene aplicar á sus odios prudentes disimulaciones. Concédeseles sacas de aceite, almendras y otras legumbres, de que abundan las playas y puertos que cursan en aquella parte del reino que ciñe el Adriático. Ni acerca de esto se debe inovar cosa (salvo en tiempo de guerra) por ser accion de peligro irritar tumultuosamente á los que han de obligar á gruesos dispendios. Trás esto no es justo hacer suelta de indecoros, ántes es conveniente el resentimiento; mas mostrado en ocasion que siempre se quede con superioridad.

Las fronteras piden señalada prevencion para su seguro. Que en los castillos no falte cuanto sea menester para ofensa y defensa; armas efectivas, artillería en uso, municiones, bastimentos, limpios y bien abiertos fosos, murallas fuertes y pertrechadas, sobre todo cometidos á hombres sin faltas notorias de corporal disposicion y costumbres; pues implica el ser ciego para ser guía, que capitan tanto suena. Cuando los años pasados tocó el enemigo en Manfredonia, hizo los destrozos que se saben por no poder ser ofendido. No fué posible cabalgar las piezas por estar las ruedas hechas pedazos, y el resto inútil: el valor del que gobernaba era tambien efeminado; y sepultado en confusiones no supo donde tenia la cabeza: para que se note de quien se deben fiar tales plazas. Suele el

Virey despachar quien visite castillos y plazas; mas por la mayor parte no ocasiona la ida remedio, que lo estorba la codicia. Solo saca el que va provecho, quedándose los inconvenientes en pié y con el mismo riesgo.

Importantísima es la potencia en la mar. Conociéndolo así los romanos arrojaron al agua armada poderosa, con que se libraron de Anibal y destruyeron á Cartago. Conviene, pues, corran en su estacion los mares las galeras, que mantiene el reino, para atemorizar cuando no para otro efecto. Las interpresas han de ser sin manifiesto peligro, ejecutadas con gran presteza, si posible de noche, para evitar tragedias. Sirve el dejarse ver en la Grecia de interrumpir opuestos designios, y de embarazar las armas contrarias en sus distritos sin molestar los agenos. Esto entendió bien Cigala, bajá de no oscuro nombre, que casi todos los años por otoño ó primavera daba vista á las dos Sicilias. Conducia el renegado poco mas de sesenta galeras, no todas en buen órden, sino las mas débiles para la pelea como fantasmas, solo para espantar con bultos. Retirábase á menudo á la Fosa de San Juan, puerto espacioso junto á Rixoles; y desde allí manifestándose tal vez en el mar de Poniente y tal en el de Levante, alborotaba ambos reinos. Eran increibles los daños que causaba con iguales estratagemas, porque, como las galeras caminan mas que los hombres, apenas era visto asomar por esta punta cuando acudia á ella gran parte del batallon y caballería, de quien se burlaba luego pasándose á otra distante algunas leguas..... Hace cesar este ardid el corso de nuestras galeras, que se deben prevenir y despachar á tiempo competente, no vuelva la tardanza su ministerio infructuoso. Su número, si se le agrega el de otras escuadras del Rey, es bastantísimo para dar cuida-

do y detener los enemigos en sus confines: demás de otras varias presas ejecutadas en bajeles descuidados ó menos poderosos. Debe andar muy lista la maestranza. El arsenal copioso de maderaje, perfecto y de todas suertes: clavazon, estopa y pez en abundancia, porque incesantemente se hagan unas, al paso que se fuesen envejeciendo otras.

Desde este reino se envian espías á Constantinopla y á todo Levante, de quien se ha de tener satisfaccion no sean dobles. No se ha de reparar en el premio, como sean fieles, ladinas, pláticas; pues depende el mayor del arbitrio del Virey, entrando este en el número de gastos secretos. Por estos medios se alcanzan las novedades, que intervienen en aquellas partes: las elecciones de bajáes de la Porta, (suena tanto como consejeros de estado) que humores, ó que crédito y autoridad es de la que están acompañados. Avisan si se arma, y á qué provincia se dirigen sus invasiones; si por mar, con que cantidad de bajeles y de que suficiencia; si por tierra, con que aparato y ejército..... Todo se remite (cuando el inteligente no viene de persona) á Zante y á Corfú, uno y otro dominio veneciano, donde asisten cónsules de España, que despachando bergantines puntual y velozmente traen las nuevas haciendo segun su tenor prevenciones convenientes,..."

Aconsejado el interlocutor por sus amigos que hable de la razon de estado, segun la filosofía cristiana, prosigue: "En cosa campean tanto las costumbres como en lo que apunté ha poco (sin duda en la bondad del Príncipe.) El Príncipe las refina cuando trata del gobierno; puesto que mal rige la nave timon que está carcomido. Pero en toda calificacion política, mas grande, mas digno, mas bueno,

mas heróico, mas prudente Príncipe que el duque D. Perafan de Ribera no ha visto el mundo. Mostraba cuando convenia grave alteracion y enojo; mas era en él prerogativa del perdonar, el estar enojado, descándose en él, segun dice un moderno, el ímpetu que en otros se temia. Tenia por baja calidad en un señor de ser vengativo, y mas con quien por su flaqueza y humildad no se puede medir la espada. Era rígido en los excesos notables sin oponerse jamás á los castigos, juzgándolos convenientes demostraciones; pero con todo deseó ver ejercer mas la misericordia. Apréndenlo, escribe él mismo, los buenos Príncipes de Dios: ejemplar es bastante. Lo mismo nos dicen las experiencias y escrituras. Esta fué siempre doctrina y ciencia de Reyes. Tardó mucho en ejecutar castigos; mucho dicen se tarda en forjar un rayo; y amenaza Dios á los hombres que ha de dar un filo de rayo á su espada, primero que la juegue, y al fin no la desnuda él, los pecadores son quien la desenvainan. ¿Y qué juez hay tan recto, á quien no esté dando espera Dios por sus culpas cuando él fulmina mas las agenas? que es tan natural el errar en los hombres, ya despues de su ser estragado, que no tendrá vasallos, sino perdona ofensas. Real virtud es la clemencia; poco dije, divina es... El duque oia á todos con igualdad mostrando gravedad con blandura, modestia con imperio. Fué siempre en el odio y vista reverenciable por admiracion, no por temor, sacando amor y veneracion del ser tenido por buen Príncipe, digno de la presente fortuna y de mayor aumento. Que regir bien es difícil por los muchos engaños y pocas ayudas; y si mal costoso. Eran todas sus reglas experimentadas, valiéndose de justos medios é justos fines. Siempre amador de la conservacion del reino, descubria gran sujecion al cuida-

do, al trabajo del gobierno; prudente prevencion del entendimiento bien ejercitado, para tener los súbditos tratados de manera, que ni deséen ni puedan mudar señor y estado, beneficiándolos y quitándoles las ocasiones de ofender. Tenia reducida la suma total de la resolucion y ejecucion de las cosas á sí mismo, gustando pasasen por su arbitrio todas las fortunas de los súbditos, con que se hacia mas reverenciable. Agradábale mucho se sindicasen los ministros, siendo esta permision, su freno, remedio de las quejas, custodia de las leyes, universal contento de los pueblos; indicio mayor de la santa intencion del que gobierna. Regíase tan dichosa y tan justamente, que ni afectos naturales desobedientes á la razon, se sospechaban de él, ni en la edad ardiente ni en la templada, ni en la salud gallarda ni en la enflaquecida. Tal sienten todos: así lo veneran; no será la alabanza lisonja, ni la verdad dejará de ser doctrina. ¡Oh felicísimo Príncipe! eterno monumento levantára mi piedad á tu memoria si tanto pudiere mi pluma! Demás que tan grande y luciente espejo de armar Vireyes como por instantes vamos poniendo á los ojos, donde se ve político y moral, soberano y religioso, humano y divino, no ha de permitir falte pieza á la imágen generosa del sucesor, que en él se mira y compone hoy tan dulcemente; pues con tal guía verá ilustrado su entendimiento, encendida su voluntad y dirigidas sus acciones....

La principal intencion del Príncipe debe ser que vivan en paz los súbditos. Por tanto los cuerdos solo se valen de las armas para defenderse, de quien pretende inquietarlos. Queriendo dar á entender esto usaban traer los romanos el anillo militar en la mano siniestra, que es con la que se acomoda el escudo, y no en la diestra propia de

la espada, pareciéndoles tenian las repúblicas bien constituidas mas necesidad de defenderse que de ofender. Finalmente, se valió Dios de las guerras para castigar los pecados de los hombres; y así son mucho de temer si se consideran los efectos que producen. Débese pues juzgar dichoso aquel reino, donde viven los súbditos ligados en amistad y benevolencia entre sí, y todos con su Príncipe, con que gozan unos y otros la verdadera quietud del ánimo, derivada de la dulzura de la paz. En la que los romanos concluyeron con el Rey Porsena, sacaron por condicion no se usase hierro sino en cultivar la tierra: tan lejos deseaban vivir de la militar inquietud. ¡Oh profesion penosísima la de la soldadesca, donde es propio alimento el sobresalto, la incomodidad, el peligro! Ocupacion en suma que hace á los hombres fieros, bárbaros y crueles: no como la pacífica que los conserva tratables, corteses, amorosos. Y así casi divino el Príncipe que entre los súbditos la procura, introduce y conserva. Como la milicia del reino está solo destinada para guarda y conservacion suya; y esta segun el estado presente consiste tanto en reputacion cuanto en fuerzas, por falta sino de ejercicio de facciones, oso decir han cobrado aquí las armas opinion de flojas, en comparacion de las donde los riesgos están mas propincuos, mas continuos los trabajos, y los preceptos militares en mas rigurosa observancia; no obstante deba ser siempre uno el rigor de la disciplina.

Dos particulares ocurren cuanto al gobierno de esta gente: el primero en su favor, y en su disfavor el otro. Consiste aquel en los sueldos, cuyas pagas deben ser puntuales, respeto de carecer de otro refugio ni remedio para sustentarse. El segundo pone la mira en su castigo, porque excluida la excusa de no pagados, hallan sus ex-

cesos cerrada al perdon toda puerta. No es lícito tolerar á soldados alguna desenfrenada licencia. Es de prudentes ser rigurosos en castigar delitos de la guerra, porque no se yerra allí, sin gran peligro, ni ha de haber pena liviana donde todas las culpas son graves. El Emperador Aurelio puso gran diligencia y trabajo en restituir á su estado primero la observancia de la antigua milicia. Esto certifica cierta carta suya escrita á un general de ejército de igual tenor: "Si quieres ser tribuno, ó por mejor decir, si deseais vivir, reporta las manos de los soldados. Ninguno ose (notable y menudo) singularizar robar gallinas ó reses, damnificar heredades, ni ofender agenas viñas. No tome del huesped, donde alojare, aceite, sal ni leña. Todos se contenten con los sueldos y socorros; y si tras esto tuvieren gana de enriquecer, sea con presas de enemigos, no con lágrimas de nuestros súbditos. Tengan las armas no solo lucientes y limpias sino fuertes y buenas. El nuevo vestido haga deponer el viejo, y sirva lo que sobrare de su estipendio para adornarse de arneses, no de pompas, como cadenas, joyas, sortijas, que solo sirven para hacer codiciosos á sus contrarios. Viva en su alojamiento cada uno con muestra de continencia. De tal manera esté el Real prevenido y guardado como si tuviesen cerca á los enemigos y por puntos se hubiese de combatir." Estas pocas palabras contienen una admirable forma de milicia, de cuya observancia se hallan muchos de los soldados modernos tan distantes, que fuera lo menos concederles y hacer entre ellos lícitas las menudencias que prohibia á los suyos aquel Emperador con pena de la vida.

Si un soldado (prosigo el rigor del mismo) cometia adulterio con la mujer de su huesped le hacia desmembrar en dos árboles doblando el uno hácia el otro. Por solo

un huevo que robase sufria cantidad de azotes, y á menudo por mínimo error ó falta se borraba ó despedia una legion entera, quedando el capitan severamente castigado. Ni por semejante aspereza dejaban los soldados de amar como padre á su Emperador, puesto que por otra parte los reconocia con mucha liberalidad. Dábanse las pagas puntuales y los socorros á tiempo, con que todos procedian sin olvidar su obligacion. Y es cierto, se puede afirmar, no haber otro mas verdadero y seguro modo de remediar tantos desórdenes como se miran hoy en los ejércitos. Gran felicidad tener cuidado y poner freno á los apetitos de tantos. Segun esto, el que hubiese de salir desde su robusta juventud gran maestro de campear, debe siempre tener en la memoria tan importante requisito, pues con ser pronto en las pagas, podrá, cerrándole á quejas, abrir lugar á castigos. Es defecto del imperante y no de naturaleza el faltar buenos soldados, donde quiera que hubiere hombres, porque el cuerdo superior usa en los tiempos de paz las órdenes de la guerra. Importa cuanto ser puede saber con certeza el número de soldadados con que se halla, así forasteros como súbditos y naturales, queriendo bien á menudo ver en persona las muestras de todos. Tras esta curiosidad le toca ordenar por sí pagas, municiones y bastimentos, honrando á los capitanes que pusieren mas cuidado en tener mas cumplida su conducta y mas en órden de armas y destreza de pelear los que pendieren de su cargo.

Para esto es may á propósito el colocar las ginetas ó conductas en personas de conocido valor, servicios y prudencia, bien opinados y vistos entre los de la nacion. No en tenidos por malsines y por odiosos soplones; si bien estos mas que los buenos en sus aumentos solícitos. Por-

que así como del digno empleo se sigue gran consolacion para los soldados, y tambien para los ociosos ó pretendientes de las mismas, atentos siempre á las partes ó capacidad de los nuevos capitanes, tapándose á sí propios la boca con lo bueno que en los electos descubren; así al contrario de los juzgados por indignos y deméritos, se derivan desconsuelos graves y crecidos sentimientos, viendo usurpar al indigno lo que al mas digno se debe. Por el consiguiente alabaria, puesto que del tomárselo todo resulta evidente escándalo, dejar á los capitanes sin lazo la voluntad para el nombramiento de alférez, por parecer conveniente. Sirven en las compañías algunos hombres de partes, con segura esperanza de empuñar á su tiempo la bandera, caminando por sus grados hasta los mayores de la milicia (de que se han visto algunos ejemplos) lo que les viene á ser imposible, si se confiere al de fuera sin servir, ó al que en otra parte ha servido.

Es sobremanera conveniente, cuanto á este particular, advertir los engaños y mentiras con que son tratados los Príncipes de los que hacen cabeza de semejantes compañías. Róbanlos sin cesar en paz y en guerra, y esto de su opinion sin ningun escrúpulo, por hacerlo segun alegan por lucir mejor en su servicio: siendo cierto se padece diminucion poco menos que en la tercera parte del cuerpo del mejor ejército, como lo reconoció el Rey Francisco en la batalla de Pavía, donde fué preso. Síguese de aquí no igualar jamás las fuerzas con la voz, y verse de ordinario quedar frustrados los designios y perdida la autoridad, llegada la ocasion de ejercer las armas: daño urgentísimo que pide pronto castigo y vigilante remedio..... De España suelen venir al reino tropas de nueva infantería; y como tal débil, achacosa y medio des-

nuda; que á tanto padecer en tan largo viaje mal pueden resistir tan manidos despojos. Conviene, pues, apenas desembarcada, vestirla y si menester armarla, enviándola á presidios donde poco á poco se restaure. Corre evidentísimo riesgo de muchas muertes, cuando así maltratados se detienen en el arsenal, donde la desnudez, el mal comer y dormir en el suelo húmedo y destemplado, acaba míseramente con ellos. Enternecieran los riscos y sacára llanto aun de los bronces las tremendas calamidades padecidas por la gente que habrá cinco años vino de España, á órden del capitan D. Diego Manrique de Aguayo. Murieron de incomodidades pasados de setecientos, del número poco mas de dos mil, sin la cantidad de otros, á quien diversos achaques dejaron lisiados por mucho tiempo. Fué la ocasion el detenerlos tanto en aquel lugar corrupto, menesterosos de cuanto es necesario á la vida. Trance para la nacion fortísimo, de que fueron buen testigo los hospitales de Nápoles, donde veinte á veinte se llevaban, faltando suelos y camas donde poder recibirlos y casi sepulturas donde echarlos.

Demás de ser esto necesario para la conservacion de estos hombres (cualquiera de quien, tanto cuesta á S. M. ponerle en Italia) está por otra parte fundada semejante brevedad en razon de honor y decoro, porque vistos por los naturales en tan mala forma no se provoquen á desprecios, no solo para los á quien miran en tan viles paños, sino tambien juntamente para con los demás de la nacion, pareciéndole ser todos (juicio en particular propísimo de los vulgares) de una misma condicion y metal. Es bien notable, á propósito de mantener y estimar las vidas de los españoles, lo sucedido en Flándes á D. Antonio de Zúñiga, que despues murió en Lisboa, general de

aquella infantería. Envió, el que entónces gobernaba la guerra en los estados, á este caballero, que era ya maese de campo, con cierta cantidad de soldados para que reconociese un puesto importante ocupado por el rebelde. Fué D. Antonio con tanta solicitud y silencio, que dió sobre él sin ser sentido. Hallóle fuera de toda opinion desapercibido y descuidado, y pareciéndole al caudillo oportuna ocasion para embestirle, lo puso en ejecucion animosamente. El enemigo sobresaltado al improviso, si bien de cortísimo número, se confundió de manera, que ántes de ponerse en órden fué desbaratado y echado del sitio. Murieron de los flamencos mas de mil, y solo faltaron nueve españoles. Llegó el Zúñiga, como era justo, ufano con el aplauso de igual victoria; y al referir delante del que le habia enviado el modo de conseguirla, hizo mencion de los que perdió peleando. Indignóse el que le oia grandemente, y mandó que le cortasen la cabeza por causa de dos excesos. Por haber sin órden acometido, el primero; y el otro por la falta de los nueve españoles, cuyas vidas juzgaba mucho mas preciosas que las mil quitadas á los enemigos en el vencimiento. Ni fueron menester pocas intercesiones y ruegos para revocar el rigor de la órden dada.

Mandaba el duque siguiese cada cual en toda ocasion su bandera, sin dar jamás lugar á que soldado se quedase en Nápoles á frecuentar con la ociosidad varios vicios. Que cualquier español que llegase á esta ciudad asentase luego plaza so grave pena. No se juzga en ella bien entretenido, quien deje de servir á su Rey, en parte donde no tiene renta, ni ocupacion que le ministre sustento. Milagro de algun paseante que con mujer y familia, sin hacienda ni otro sueldo, abunda de dinero, galas y regalos.

Débese, aunque el amor se disimule, amar tiernamente á sus conterráneos, echando siempre mano de ellos en primer lugar para las facciones de mayor importancia. El duque los ocupaba en los grados mas dignos y de mas confianza en la milicia, afirmando de ellos en público y en secreto ser la mejor y mas valiente nacion que tenia el mundo, y que era no pequeña dignidad solo haber nacido español. Alabanza y honra como suya, y conforme á las muchas experiencias que tenia hechas de diversos; confirmaba semejante excelencia con el ejemplo de las otras naciones que siempre le conceden el segundo lugar, aplicando á sí como apasionada el primero.

Requiere singularísimo cuidado el enviar á las provincias con el título de capitanes á guerra varones de corazon y ánimo grande, experimentados y conocidos; y mas cuando los présides no tienen noticia de las armas, como suele acontecer á menudo. Léese haber enviado las cindades de Grecia sus embajadores á requerir á otras repúblicas, que les acomodasen de algun capitan señalado cuando ellas carecian de tal persona. Ni esto se atribuyeron nunca á deshonor ó menoscabo. Así los que allí gobiernan, si no han conocido milicia, es justo tengan paciencia, dando permision voluntaria para que otros pláticos la ejerciten, siendo á tantos conveniente. Ni es razon hacer las provisiones al sonido de los títulos, sino á la medida de la suficiencia. Atendió el duque á esto con vigilancia como á todo lo demás; y hecho juicio del sugeto, raras veces se engañaba. Fué prestísimo en remitir los socorros, que de Nápoles se suelen comunicar á otras partes, así de gente como de varios pertrechos y municiones. Tenia por dañosa mucho cualquier mínima dilacion que se interpusiese en esto, por la importancia de

las ocasiones con que se piden y envían. A cuyo propósito decia se debian hacer las guerras gruesas y cortas; con potencia menor nunca, para que el enemigo pueda de un golpe ser debelado. Publicaba ser en el capitan general muy conveniente tener nobleza, experiencia, valor, fortuna, prudencia, pericia militar, y sobre todo autoridad para tener obediente el ejército, república de hombres movediza, compuesta de diversas lenguas y humores. Que el vigor de su ánimo generoso no ha de temer cosa que no la conozca; primero quién es, de donde deriva y si es digna de poner cuidado. Conocia (puesto que el Príncipe no puede asistirlos ni tener contentos á todos los soldados con su presencia) convenir sean los Vireyes, cuyo bueno ó mal proceder causa el amor ó el odio, conforme á las intenciones y humores por naturaleza y accidentes de las provincias, para con los inquietos severos, militares, vigilantes, sagaces para con los fieles, y tratables, providentes, suaves, prudentes. Apuntaba usa de la fraude la razon de guerra para vencer como de la virtud la de Estado, alguna vez; empero muchas hacen sospechoso al Príncipe con que ninguno se fia de él... Dióle el cielo inteligencia para penetrar las mas ocultas naturalezas de los súbditos, prudencia para darles convenientes leyes á ellas, providencia para mantenerlos en paz con policía y justicia, destreza para contemporizar con los inconvenientes cuando era menester madureza en los consejos, celeridad en las ejecuciones, industria en mantener la paz interior y exterior, juicio en contrapesar para esto los estados, midiendo sus fuerzas, sabiendo las agenas y el gobierno, intentos, intereses, accidentes de los confines, para valerse de ellos en las ocasiones. Quiere el órden de la naturaleza no pue-

dan dentro de un sugeto solo asistir juntamente dos contrarios; mas con todo, en los ojos del duque muchas contrariedades se descubrian. Si benigno miraba á los buenos, los volvia dichosos: si severo á los malos, los desmayaba: si piadoso á los afligidos, los consolaba: si airado á los arrogantes, los estremecia: si apacible á los tímidos, los aseguraba. Alcanzó conocimiento cierto de las cosas divinas; que ni la supersticion le hizo tímido, ni la licencia precipitado. Debajo de estos tan sólidos fundamentos, se reconoció en su era no haber ni mínimo descuido en el culto, en la obediencia, en la defensa pronta de su autoridad. Venerábanle por eso y en una voz se oian todos, que aun cuando sin obrar, con callar solo podia dar cuidados. Porque en efecto era virtuoso no solo por la costumbre sino por la razon que hace la diferencia del ser virtuoso ó acostumbrado.

Esta desde su juventud optima forma y labranza de ánimo ministró luz copiosa al entendimiento, imperio á la razon, término á la voluntad, freno á los afectos, á las acciones regla. De todas las recreaciones solo á la de la música dió mas permitido lugar.... Cuando tuvo tiempo, atendió á las historias en que está recogido cuanto es menester para bien vivir y reinar, á cuya leyenda unió los escritos de geografía y estado.... Oia favorablemente razonamientos, que imprimen belleza de costumbres, de sabios, cuya asistencia le era grata, porque su comunicacion enseña mas, deleitando insensiblemente.... Faltó, cuando él, la proteccion de las letras y la gloria de todas las virtudes.... Tenia distribuido el tiempo y dispuesto con buen órden lo que habia de hacer..... Nunca pasaba de un extremo á otro súbitamente, sino pasaba de grado en grado sin pervertir con mercedes intempestivas

y monstruosas el órden debido de los premios. Y no obstante fuese libre la voluntad, usaba de tal órden que se podia conocer de lo que habia querido primero, lo que despues podia querer. Siempre tenia firme resolucion de hacer lo justo y honesto, libre de interés, pasion, persuasion, acordándose cuando mas obsequiado que era hombre, y reconociendo de Dios aquella autoridad y poder respetable.... Alcanzó finalmente aquel heróico y máximo, aquel gobernador sin segundo, luz grande en la condicion de las cosas humanas, y en él con haber llegado todo á su perfeccion nada declinó jamás.... Mas con el eclipse de aquel sol, con la falta de aquella vida, quedó tambien todo valor eclipsado, toda capacidad disminuida, sin que haya despues acá producido España otro su semejante....

No faltaron émulos de sus glorias; mas ó no los estimaba, ó se daba por entendido, remitiéndolos sin la fé y crédito de tantas plumas á la pública erudicion de varios bronces y mármoles erigidos con diversos títulos á su inmortalidad, mostrándose con ser de todos envidiado, á todos benévolo. Solia poner mucha diferencia entre el beneficio y el premio, ya que el premio se da por mérito y el beneficio por gracia. Jamás le causó molestia el oir lo que convenia, advertido con la sentencia de Teopompo, que consistia en dar libertad á sus amigos para que sin temor le dijesen verdades: tan sin contradiccion tomaba parecer en las dudas de sus confidentes; porque por este camino jamás faltasen aciertos á sus acciones, siendo segun Platon, la ignorancia peste de los poderosos. Pensaba maduramente sobre las opiniones de todos y con prudencia hacia juicio y eleccion de la mas cuerda, ó sea de lo que por la suya le parecia mas conveniente. No tenia por me-

jores amigos ó criados á los que cuanto hacia alababan, sino á los que con moderacion advertian. Distinguia con discrecion á los que astutamente le adulaban, de los que con aficion le amaban y servian. En suma, se gobernó siempre de tal forma, que en él hallaban que imitar los naturales, que loar los extraños. ¡Oh cuán difusamente se ofrece á la memoria la divina historia de sus costumbres, siendo en fin todas ellas mas dignas de admiracion sobrehumana que de alabanza terrena! ¡O cuántos pudieron beber en el caudaloso rio de sus viriudes! ¡y cuántos gustar los saludables frutos del árbol de su vida! Si le hubiera alcanzado Xenofonte, no escogiera por ejemplar la persona de Ciro, sino la suya, para imágen y método de un importante y justo gobierno. ¿De quién, como de lo divino de sus excelencias, pudiera copiar perfecciones reduciendo su institucion en escrito?"

Esto es en extracto lo que dice Suarez de Figueroa del duque de Alcalá, donde entre algunas vulgaridades y declamaciones no dejan de hallarse noticias curiosas, y describirse costumbres dignas de ser conocidas.

XIII.

Antonio Perinot (1), cardenal de Granvela, vino de Roma por lugarteniente y capitan general por muerte del dicho duque de Alcalá en 8 del mes de abril de 1571 (2), y luego de ahí á dos meses le vino la patente del Rey Filippo II de virey y lugarteniente y capitan general de este reino: fué al ar-

zobispado á dar el juramento sólito. Sucedió en su tiempo la primer liga que hizo el pontífice Pío V, el Rey nuestro señor y venecianos, para el socorro del reino de Chipre; lo que de ello resultó se verá adelante (3).

Gobernó con mucha caridad y amor á satisfaccion, castigando rigurosísimamente á los malos y premiando á los buenos. Fué muy caritativo: tuvo el reino limpio de bandidos, y particular cuidado de la grasa (de avituallar el reino). En este tiempo vino á esta ciudad el Sermo. Señor D. Juan de Austria, victorioso de la naval con el Turco, y tuvieron ciertas diferencias entre los dos: llegó á noticia de S. M., y así envió á llamar al señor Cardenal á España (4).

NOTAS.

(1) El cardenal Granvela nació en Besanzon, año de 1517. Su padre Nicolás Perenoto, aunque de linaje oscuro, llegó por sus talentos á canciller del Emperador Cárlos V, que le amaba, si bien conocia en él el gran defecto de una ansia inmoderada por amontonar riquezas. Este afan le proporcionó medios de dejar bien establecida á su dilatada familia. A su hijo Antonio envióle á estudiar á Padua, donde se hizo amigo del cardenal Bembo, que en aquella ciudad vivia retirado. Concluidos sus estudios, el padre, á quien no se ocultó su perspicacia y aplicacion, llamóle á sí para iniciarle en los negocios; y el Emperador, prendado de su figura, sus

modales y sus talentos, le dió la abadía de San Vicente de Besanzon, y aunque no tenia 23 años cumplidos el obispado de Arras. Poco residió en su diócesis, reteniéndole en la corte la necesidad que su padre abrumado de trabajo tenia de sus auxilios; y así mientras á este último le duró la vida, compartió con él las tareas del ministerio, interviniendo en todos los grandes sucesos de aquel turbulento reinado, que movimientos políticos y religiosos se aunaron á hacer famoso. Asistió á la dieta de Wormes; fué enviado al Concilio de Trento á quejarse del Rey de Francia, y encargado de reducir á la ciudad de Constanza al dominio de la casa de Austria.

Al poco tiempo de esta última comision, murió su padre, dejándole de 32 años, y consiguió por el crédito que gozaba al lado del Emperador, ocupar la plaza que dejaba vacante en el consejo y los sellos del imperio, aunque sin título de canciller que suprimió. La ambicion de Granvela se extendia á mas, y pretendió tambien los de Nápoles, á pretexto que el sello principal debia atraer los otros y parar todos en unas mismas manos; pero su peticion fué denegada, creyendo el Monarca que eran suficientes los que le habia concedido contra la voluntad de los grandes del imperio, que miraban de malos ojos esta distincion que se habia hecho de su persona, considerándole como extranjero. Dirigiendo la parte diplomática del gobierno de Cárlos V, influyó poderosamente en el matrimonio del Príncipe D. Felipe con la Reina de Inglaterra Doña María, enlace de que esperaba grandes ventajas que se frustraron, y despues que entró el Príncipe á reinar por renunciacion de su padre, siguió mereciendo al nuevo Rey la misma opinion que anteriormente habia disfrutado con el Emperador.

Cuando Felipe II volvió á España, disgustado de los Paises Bajos, dejando despues de varias dudas su administracion, de muchos esperada, á su hermana Margarita, eligió á Granvela para que dirigiese sus consejos: cargo expuesto, porque en aquellas provincias se estaba sordamente fraguando una tremenda borrasca, que largo tiempo habia de diezmar los hombres y tesoros de España. Era Flándes la sentina de todas las sectas religiosas; la autoridad Real apenas se respetaba; la nobleza no contenta con sus antiguos privilegios, queria mandar en el Monarca; los pueblos le negaban la obediencia y los subsidios; los regulares reclamaban irreverentemente sus ricas abadías, y los protestantes procuraban hacer tan odiosa la dignidad episcopal como la inquisicion. Granvela hacia frente á todo; y aunque mal auxiliado de España, dilataba el que la nube estallase. Bien conocieron los revoltosos el obstáculo que era la consumada prudencia del ministro para el logro de sus proyectos; y adulando el amor propio de la gobernadora, lograron que lo separase de su lado, error que conoció cuando no tenia remedio.

Retiróse á Besanzon; y en su pacífica residencia en su pais natal, se dedicó á proteger las letras, cuya aficion no habia amortiguado en su ánimo el tráfago de los negocios. El, dicen que fué quien inspiró á Felipe II la idea de publicar la nueva Biblia poliglota, á causa de ser muy raros los ejemplares de la del cardenal Cisneros; pero si no fué el autor del proyecto, lo que no cabe duda es que lo auxilió con sus cuidados y riquezas, costeando las copias de los ejemplares griegos existentes en la biblioteca del Vaticano, y haciendo que la ejecucion tipográfica se confiase al célebre Plantino, cuya imprenta protegió siempre con sus liberalidades. El palacio de Granvela era un

asilo abierto á todos los literatos, sobre todo á los que gemian en la indigencia. Justo Lipsio era su secretario para las cartas latinas; Suffride Petri, traductor de Plutarco y autor de otras obras apreciables, su bibliotecario, en cuyo cargo le sucedió Esteban Vinando Pighio, gran conocedor de las antigüedades, á quien el duque de Cleves sacó del retiro de la biblioteca granveliana, para fiarle la direccion del Príncipe su hijo, que iba á Roma. Su amor á la ilustracion le movió además á perfeccionar la fundacion que habia hecho su padre en Besanzon, para estudios universitarios, llamando á aquella academia, que entónces se llamaba de San Mauricio, profesores de la mayor reputacion. Alciato dió en ella lecciones de jurisprudencia, y el famoso Dumoulin, ántes de su retiro á Mombeliard, enseñó derecho canónico. Mas no le pareció bastante á Granvela que se enseñasen las ciencias en su patria, quiso que sus escuelas fuesen destinadas tambien á instruir á los que abrazaban el estado eclesiástico; socorro necesario en un tiempo en que no se habian podido reunir los fondos necesarios para dotar un seminario segun los decretos del Concilio de Trento. Las escuelas granvelianas subsistieron hasta 1618 en que los magistrados de Besanzon dieron al colegio una forma nueva.

Al año de su retiro, siendo ya Granvela cardenal, tuvo que ir á Roma al conclave, en que salió electo papa Pío V, y concluida su eleccion volvió á su descansada residencia, donde fuera feliz si un hombre acostumbrado desde niño al bullicio y actividad de los negocios de corte, pudiera serlo en una oscuridad inactiva. A pesar de que aparentaba indiferencia hácia su vida antigua, se le traslucian deseos de acercarse al gobierno de Madrid; y habiendo vacado en este tiempo el arzobispado de Sevilla

lo pretendió, sin poderlo obtener. A los cuatro años de su retiro, Felipe II lo envió á Roma á negociar la liga contra el Turco, que los venecianos pedian, por ser amenazada la isla de Chipre, y el Papa queria por los temores que la potencia otomana inspiraba á la cristiandad. Granvela procedió con cautela en la negociacion, porque desconfiaba con justas razones de la buena fé de Venecia; y al cabo de algunos meses de contestaciones se concluyó el tratado, no sin ventajas para el decoro de España.

El Rey debió quedar satisfecho de su conducta en esta comision, cuando muerto el Virey de Nápoles, duque de Alcalá, le envió á reemplazarle. De Nápoles pasó Granvela en 1575 al Consejo de España, puesto que siempre habia anhelado, y Felipe II le recibió con pruebas de mucha distincion. Hízole Presidente del Consejo Supremo de Italia, y despues del de Castilla, en cuyos destinos dió muestras de su capacidad, oponiéndose en el de Italia al proyecto mas brillante que sólido, de la conquista del litoral de Africa, y tratando en el de Castilla de entablar la paz entre Francia y España. En las negociaciones de la agregacion de Portugal á esta última monarquía, tuvo mucha parte como sagaz diplomático. No menos le llamaron la atencion los rebeldes de Flándes, de cuyo pais tenia mas noticias que ninguno, ya por el tiempo que lo habia gobernado á las órdenes de la Infanta Margarita, ya por las relaciones que conservaba en él, como arzobispo que era de Malinas. La Reina de Inglaterra los protegia descubiertamente. Por consejo del Cardenal se esperó á que los españoles residentes en esta nacion pusiesen en cobro sus haberes para declarar la guerra, y diéronse órdenes severas para detener en todos los puertos los comerciantes ingleses y sus bajeles, enviándose cruceros

por las Indias orientales y occidentales, con cuya disposicion se atrajeron grandes males al comercio de aquella isla; venganza dura, pero merecida, y que fué la última que el Cardenal tomó contra la protectora de la rebelion de los Paises Bajos. En 1584 Felipe II le elevó á la silla arzobispal de su patria Besanzon, de que apenas disfrutó: dos años despues murió el 21 de setiembre. Su cuerpo fué depositado en los Agustinos de Madrid, y desde allí trasladado á Besanzon, donde está enterrado en el sepulcro que el canciller su padre erigió para sí propio y para su familia. Al referir la muerte del Cardenal, dice Antonio de Herrera en su *Historia general del mundo durante el reinado de Felipe II*, Parte III, lib. II, cap. 12. "En este año murió el cardenal Granvela, persona muy entendida en las cosas del mundo y de gran provecho por su larga experiencia, si no fuera de ingenio violento."

Felipe II le dirigió una afectuosa carta en su última enfermedad: muchos escritores le han celebrado, entre ellos Auberto Mireo y Firmiano Strada: hasta sus enemigos reconocieron en él cualidades eminentes al mismo tiempo que se ensañan en su persona. "En este ministro, dice Grocio, la sagacidad, la actividad, la ambicion, el lujo, todas las buenas y las malas cualidades brillaban en un grado superior."

(2) Gran confianza debia tener Felipe II en Granvela, cuando á pesar de su cualidad de Cardenal le confió el gobierno de Nápoles. Todavía subsistian en pié las graves pretensiones de la Santa Sede, contra las cuales tuvo que desplegar su carácter el duque de Alcalá. El Papa Pio V, de una virtud rígida y de un zelo ardiente por las prerogativas de la dignidad pontificia, persistia con tenacidad en ellas. Del principio de que los habitantes de Nápoles y

Sicilia eran súbditos mediatos del Pontificado, sacaba consecuencias que anonadaban el poder Real, no pudiendo los Vireyes en su concepto cargar impuestos sin su consentimiento, y quedando los pueblos de las Dos Sicilias obligados á proveer segun sus órdenes á las necesidades de Roma y de todo el estado eclesiástico. Se sublevó contra el *Regium exequatur* juzgando humillante para el Vicario de Jesucristo que con esta precaucion los soberanos seculares, unas veces admitiesen y otras desechasen sus bulas: pretendió el cumplimiento en todas sus partes de las decisiones del concilio de Trento: se empeñó en que los jueces eclesiásticos de Nápoles entendiesen de todos los delitos que se llaman mixtos, porque se oponen igualmente á las leyes de la iglesia que á las del estado: parecióle injusto el uso de que los diezmos, que con frecuencia concedian los Papas en los reinos de las Dos Sicilias, entrasen en las arcas Reales, para saber si los exactores se habian excedido y para partir por iguales partes la suma entre la Santa Sede y el Rey, y queria que este presentase el título de esta concesion, ó desistiese de ella: por otra parte los oficiales Reales no querian consentir la costumbre singular de que estaban en posesion los obispos del reino de Nápoles, de hacer testamento á nombre de los que morian intestados, á pretexto de cumplir por ellos la obligacion de la limosna y de los legados piadosos. Granvela, que por una parte estaba interesado en mirar por la autoridad espiritual de la iglesia, y que por otra tenia encomendados los derechos temporales del Rey de España, á pesar de ser cuestion difícil de deslindar donde acababa la una para empezar los otros, atendió á estos sin vulnerar la primera.

En cuatro años que gobernó á Nápoles dió relevantes

muestras de su capacidad y zelo, tanto en estos árduos asuntos, como en los cuidados que tuvo que tomar para proveer á la seguridad del reino, y arreglar la hacienda, y aun le quedó tiempo para otros negocios mas altos. El 1.º de mayo de 1572 murió Pío V, y obligado á asistir al conclave, dejó por lugarteniente en Nápoles al obispo de Badajoz, entónces en Italia. Al llegar á Roma, supo que el cardenal Farnesio, vice-canciller de la iglesia romana, y sospechoso á Felipe II, tenia gran partido, y que habia otros cuyos amaños podrian prolongar el conclave. Por evitar los perjuicios que á la Italia, amenazada del Turco, podian resultar de estas dilaciones, hizo desistir con maña al cardenal Farnesio, al cardenal Alejandrino y al de Placencia, con lo cual en breve plazo fué electo el sabio cardenal Buoncompagno (Gregorio XIII). Vuelto á Nápoles, redobló sus esfuerzos por la buena administracion del reino; y el historiador Giannone hace justicia á sus afanes. "Mientras el gobierno de él estuvo en su mano, dice, puso en planta todo lo que sus talentos, su prudencia y su firmeza le dictaron para mantener los derechos de la corona, y nunca se podrán elogiar bastantemente su entereza y su fidelidad. Despues que hubo cumplido perfectamente todos los deberes del gobierno, al tiempo que el reposo de que gozaba el reino, nos hacian esperar recoger las mayores ventajas de la integridad y habilidad de este Virey, tuvimos la desgracia de perderle, porque fué llamado á España para ser elevado á los mayores honores, y ejercer el cargo de Consejero de Estado y Presidente del Supremo Consejo de Indias." Esta es equivocacion de Giannone. Granvela fué el que instituyó la nueva milicia con título de *batallon de Nápoles*, con la cual esperó que los pueblos, alhagados de la confianza que de ellos se ha-

cia, se aficionasen al gobierno de España, y defendiesen sus hogares con mas celo que lo hacian las tropas extranjeras. Cada ayuntamiento dió el número de hombres que se le pedia á proporcion de su vecindario: al principio no se les señaló sueldo; pero despues para animarlos á alistarse se les concedieron algunas exenciones. Durante la guerra, esta milicia tenia los mismos emolumentos que la tropa. Componíase de 20,000 á 30,000 hombres mandados por oficiales experimentados, y se hizo respetar de los corsarios, que desde su institucion fueron menos emprendedores. Dió cuarenta pragmáticas, que todas fueron de la aprobacion de todos: prohibió por una el uso de armas que pudieran ocultarse: por otra disminuyó el derecho de asilo de las iglesias, franquicia exagerada que aseguraba la impunidad á los mas grandes delitos: quitó por otra, bajo severas penas, un uso inmoral introducido por la avaricia ó debilidad de los amos, y la desvergüenza y amor al lucro de los criados, y era que los de los Vireyes, los de los eclesiásticos y los de los seglares que tenian algun cargo público, hacian cuestaciones que no se evitaban impunemente: por otra, atento á la recta administracion de justicia, prohibió á los magistrados solicitar beneficios y empleos para sí mismos y para sus parientes, temeroso de que el deseo de obtener gracias, ó el reconocimiento despues de haberlas obtenido, no los comprometiese á cometer algunas injusticias: fué el azote de usureros, jugadores y de cuantos turbaban el público reposo; en fin, protegió los privilegios de los eclesiásticos y de los caballeros de Malta; mas los excluyó de los destinos civiles para encerrarlos en el límite de su estado.

(3) Durante el vireinato de Granvela, vino á Nápoles D. Juan de Austria, hecho generalísimo del ejército de la

Liga, de aquel ejército que subyugó el orgullo turquesco en las aguas de Lepanto. Reunion mas brillante de tropas y caballeros, que colmados de entusiasmo anhelaban combatir por la fé, jamás la ha visto Nápoles. El Cardenal trabajó mucho en los preparativos; pero dió por premiados todos sus afanes con ser el que tuvo el honor de presentar á D. Juan de parte del Papa y de los confederados el estandarte sacro de la Liga, estandarte precioso de damasco azul bordado con un Crucifijo, á cuyos pies se veian las armas del Papa en medio de las del Rey de España y venecianos, enlazadas con una cadena y debajo las de Don Juan. Amigo del esplendor y boato le hizo la entrega con la mayor solemnidad en la iglesia de San Francisco delante de la nobleza napolitana y de los Príncipes de Parma y Urbino, con un breve y enérgico discurso, copiado por Cabrera, *Vida de Felipe II*, que promovió un religioso entusiasmo. La gloriosa victoria de Lepanto no libertó á Granvela de gastos y faenas para los años siguientes. Aunque desecha la Liga, el Rey Católico seguia armado, decidido á llevar la guerra al litoral de Africa, como lo hizo enviando á D. Juan su hermano contra Tunez, de tan fácil conquista como difícil conservacion. Reducida Tunez, D. Juan se reembarcó para Nápoles á gozar de su triunfo, donde el Virey, dejándose llevar de su aficion á la magnificencia y las fiestas, le dió corridas de toros, justas y torneos, saludándole como el libertador de la patria, y haciéndole todos aquellos honores y festejos que mas pueden llenar el corazon de un jóven Príncipe.

(2) No se sabe á punto fijo cuales fueron los motivos que tuvieron para indisponerse D. Juan de Austria y el cardenal Granvela; pero sin temor de equivocarse, se puede asegurar que todos fueron debidos á las exageradas

ideas de ambicion y de grandeza, que en el pecho de aquel infundieron sus consejeros. Créese que el primer motivo de resentimiento fué que habiendo querido Don Juan, que despues de la batalla de Lepanto, le señalasen públicas recompensas los Vireyes de Sicilia y Nápoles, Granvela al ver lo cargados que estaban los pueblos de impuestos, se opuso á que se sacase ningun don gratuito. Don Jnan tenia además sus pretensiones de que los gobernadores de Italia estuviesen bajo su mando, y siguiesen sus insinuaciones como preceptos; y Granvela no era hombre que se dejaba dominar. Esto bastaba para que chocasen; pero aun hay mas. Dice un biógrafo de Granvela que Felipe II le tenia encargado que velase sobre D. Juan, cuyos talentos y ambicion le daban en que pensar. Este Príncipe despues de la conquista de Tunez, no atreviéndose á proponer por sí á su hermano que le hiciese Rey de la nueva conquista, hizo que el Papa lo propusiese por él; y por si el sueño de su ambicion se realizaba, no desmanteló la plaza, ni destruyó las fortalezas segun le estaba mandado. Granvela daba parte al Rey de estos sucesos y de los manejos que se urdian para la elevacion de D. Juan; así la llegada del nuncio no halló al Rey desprevenido, y pudo preparar una contestacion evasiva. En la primavera siguiente, la armada turca se dispuso á reconquistar el reino perdido, y Granvela que tuvo avisos ciertos de ello dió parte á Cervellon, famoso ingeniero dejado allí por D. Juan, para que concluyese ántes el fuerte de Tunez, si es que se juzgaba en disposicion de defenderlo: fuerzas no le envió por no juzgar conveniente en aquella coyuntura desguarnecer la costa de Nápoles; y lo mismo hizo el duque de Terranova, Virey de Sicilia. Llegados los turcos, los españoles se defendieron

con gran valor en especial en la Goleta, pero tuvieron que sucumbir.

No se ocultaria á D. Juan y sus consejeros que el Virey cardenal era poco afecto á sus proyectos, y su encono se exacerbaria atribuyendo á enemiga la falta de auxilios en que dejó á los infelices que guarnecian á Tunez, y culpando de su pérdida á este abandono. Don Juan temiendo despues de este contratiempo presentarse en España, y no logrando, como queria, en pago de sus servicios el título de Infante, se redujo á pedir ser nombrado lugarteniente general del Rey en Italia, con autoridad superior á la de los Vireyes de Nápoles y Sicilia y del gobernador de Milan. El Rey no le dió otra contestacion sino que pasara pronto á Italia, donde su presencia hacia falta para el mando de la armada, y que allí recibiria nuevas órdenes. El silencio que guardó largo tiempo tuvo al Príncipe en gran cuidado: es verosímil que Granvela tampoco estuviese tranquilo, conociendo la poca aficion que le tenia D. Juan, á quien estaba expuesto de tener por superior. Ambos estaban bastante agriados para que pudiesen reconciliarse cordialmente; así el Cardenal estaba poco dispuesto á soportar la subordinacion que se le preparaba. El resultado fué que la armada no se equipó este año (1575) y D. Juan quedó por lo tanto sin ningun género de autoridad; y Granvela pasó al Consejo de España, dejando el vireinato al marqués de Mondejar.

XIV.

El marqués de Mondejar (1) vino en su lugar el 10 de julio de 1575 por Virey de este reino, con la

marquesa su mujer y seis hijos, los cuales fueron ejemplo de virtud y castidad; favoreciendo, ayudando y socorriendo á todos los españoles beneméritos de servicios, yendo en competencia el un hermano con el otro, á quien mas podia favorecer y ayudar con su padre. Gobernó con mucho valor, ayudando asimismo á las personas italianas beneméritas de servicios. Fué muy recto y justo, castigando á los malhechores y facinerosos: tuvo mucho cuidado en faverecer á las viudas, doncellas, huérfanas miserables y eclesiásticas personas. Precióse mucho de honrar á los religiosos. Casó á Doña Elvira de Mendoza su hija con D. Pedro de Toledo: murió en su tiempo D. García de Toledo (2), padre del dicho D. Pedro: hizósele un suntuosísimo entierro como capitan general, llevando la infantería española las picas arrastrando, banderas negras con la cruz de Santiago, sin llevar en ellas la cruz de Borgoña, tambien arrastrando, tambores destemplados, pífanos roncos, doce pajes á caballo cubiertos de luto, llevando cada una y cada uno en media hasta de lanza las presas y victorias que en su tiempo habia habido; y último de todos un paje con el guioncillo, insignia de capitan general. Fué sepultado en Santiago de los españoles, con la mayor pompa funeral que jamás se ha visto, detrás del altar mayor donde hizo su capilla y entierro, poniendo al rededor del sepulcro todas las banderas y empresas como en el dia de hoy se ven.

Sucedió en su tiempo (en el del marqués de

Mondejar) el levantamiento de Marco de Berardo *Calabrés*, haciéndose llamar Rey y Señor de la Campaña. Traia consigo 500 bandidos, parte á caballo y parte á pié, siguiendo al dicho Berardo. Tratábase en forma real, ordenaba y mandaba con la misma autoridad á todas las provincias con órdenes y patentes, intitulándose Rey y Señor de la Campaña. Cincuenta bandidos le hacian la guardia al rededor del pabellon de campaña; tenia el capitan de la artillería y nombrados maestres de campo, sargento mayor, capitan de la grasa (de bastimentos) y de campaña, llevando siempre el capitan de la artillería ocho piezas de campaña para batir las tierras que no obedecian sus órdenes, provisiones y contribuciones, que cada una habia de pagar, para sustentarlo á lo Real y pagar sus bandidos. Esto fué de tal manera que atemorizó todo el reino por miedo de algun levantamiento de gente de rapiña. Por lo cual fué forzoso á S. E. tratar de reparar tan grandísimo daño, enviando á su propio hijo D. Pedro Gonzalez de Mendoza con diez compañías de infantería española, llevando consigo al abogado fiscal Panza por su consultor, y el dicho D. Pedro título de Vicario general. El cual habiendo llegado á las provincias en donde estaba dicho bandido, que las gobernaba el marqués de Cerelara, y concertóse con él levantando gente así de á pié como de á caballo, naturales de las mismas provincias, echando órdenes y bandos muy particulares, que so pena de la vida, ninguna persona de cualquiera

suerte y cualidad que fuese pudiese sacar ni llevar de las tierras pan, vino, ni otras cosas comestibles, y esto para quitar el victo al dicho Berardo, y asimismo debajo de las mismas penas á todos los síndicos, electos y hombres de las tierras y provincias, que no pudiesen socorrer, ayudar ni alimentar dichos bandidos, y que sus padres, hijos y hermanos fuesen obligados en término señalado traer sus cabezas, ó fé como estaban fuera del reino, y esto con tanto rigor que no se perdonó á persona ninguna. Por las cuales órdenes y penuria de comida fué fuerza á los dichos bandidos repartirse por una y otra parte en tropas, y matarse unos á otros para gozar del indulto, que era que presentando cada uno la cabeza de otro bandido, se indultaba á sí mismo.—A cuya causa toda esta gente vino á deshacerse y á haberse en menos de dos meses en manos de la justicia. Al dicho Berardo prendió y mandó ahorcar con su corona, como á Rey que se hacia llamar, como en efecto lo ahorcaron. Con esto el buen D. Pedro de Mendoza limpió y libró aquellas pobres provincias que estaban oprimidas con esta infame gente, y puso en quietud y sosiego todo el reino, que fué uno de los mayores servicios que se han hecho á su Majestad.

Gobernó S. E. este reino con tan grandísima satisfaccion de todos en general por el zelo que tuvo de dar á cada uno lo que le tocaba, administrando recta justicia y teniendo particular cuidado con

que á los pobres no se les hiciese agravio ninguno, y que estuviese el reino abundante de todas las cosas comestibles, no permitiendo sacasen de él cosa ninguna, tocante á la grasa. Gobernó mas de cuatro años; salió con gran beneplácito de todos, dándole al partirse mil bendiciones (3).

NOTAS.

(1) Llamábase el marqués D. Iñigo Lopez Hurtado de Mendoza, de la prosapia de la ilustre familia de este apellido, que tantas casas ilustres dió al reino; pero por lo que respecta al gobierno del marqués, no todos dan noticias tan satisfactorias como nuestro autor. Dando oidos á bajos aduladores, abolió, dicen, algunas leyes sabias del Cardenal su antecesor, que estaba de Presidente del Consejo de Italia en Madrid, y con esta imprudencia se granjeó su odio: no supo hacerse amar con mas afecto de Don Juan de Austria, que comandante general de las fuerzas de Italia, vivia en Nápoles en fiestas y diversiones. El marqués creia con la presencia del Príncipe oscurecida su dignidad de Virey, y no supo sobrellevar disimulado esta mortificacion de su amor propio. La nobleza no le era afecta; el pueblo tal vez por instigaciones de ella estuvo para sublevársele á causa de la adulteracion del pan. Sin embargo Giannone confiesa, que aunque no querido, hizo cosas buenas en Nápoles. Echó los cimientos al nuevo arsenal de la plaza de Santa Lucía, y comenzó á preparar una poderosa escuadra contra los turcos; proyecto que tenia adelantado cuando salió del vireinato. El gobierno

de Madrid tuvo tambien motivos para estar satisfecho de su actividad y celo, pues en los cuatro años de su gobierno le proporcionó tres cuantiosos donativos.

(2) Efectivamente segun resulta de los papeles de la casa de Villafranca murió á 31 de mayo de 1577, cargado de achaques, que le originó su dilatada carrera así marítima como terrestre. Fué hijo del gran marqués de Villafranca D. Pedro, quien, como ya hemos visto en su respectivo lugar, le nombró su lugarteniente para la empresa de Siena por su patente expedida en Florencia á 21 de febrero de 1553. Fué célebre general y hombre de suma prudencia y consejo. Comenzó su carrera marítima en 1539, entrando á servir con dos galeras propias á las órdenes del Príncipe de Melfi Andrea Doria. Mas adelante ganó el Peñon, socorrió á Malta, y tuvo á su cargo otras expediciones.

(3) Surmonte, escritor contemporáneo, en este punto no está acorde con el nuestro, pues dice que le acompañaron mas los sentimientos que ocasionó su conducta imprudente y el llanto de su familia, que las bendiciones de los napolitanos, entre quienes quedó en mala opinion; pero esta mala opinion mas la debió á falta de tacto y maña que á defectos sustanciales que puedan perjudicar su memoria. Por un asunto meramente doméstico, chocó con las dos principales ramas de la casa Carraffa, que eran entónces el Príncipe de Stigliano y el duque de Nocera, y encargaron á Juan Antonio Carraffa, marqués de la Padula, fuese á Madrid á dar sus quejas al Rey. Favorecido este enviado por el cardenal de Granvela, enemigo personal de Mondejar, resolvió el Rey deponer á este del vireinato; y mandó en consecuencia al Príncipe de Pietra Persia, que hacia tiempo desempeñaba en Roma las fun-

ciones de embajador, pasase incontinenti á Nápoles. El de Mondejar partió de esta ciudad el 8 de noviembre de 1579, y se embarcó en las galeras, sin que le arredrase el atravesar el mar en la estacion de invierno.

XV.

Don Juan de Zúñiga, Príncipe de Pietra Persia y comendador mayor de Castilla (1), vino por Virey de este reino á 11 de noviembre de 1579, por el Rey D. Filipo II. Despues de haber dado el acostumbrado juramento en el arzobispado, comenzó á ejercitar su cargo dando gratas audiencias y administrando mera y recta justicia, ordenando y mandando á todos los tribunales en esto tuviesen particularísimo cuidado; de manera que ninguno viniese con alguna causa á quejarse, porque decia lo sentiria mucho, y esto por ser como era muy zeloso de la justicia: y así procuraba á ninguno se le hiciese agravio, particularmente á los pobres, por saber ser los que en sus causas tienen quien menos los ayude y favorezca.—Sucedió en este tiempo la Junta de los Titulados y cofradía llamada de los Blancos, que es la que sirve de ir convirtiendo á los condenados á muerte. Estos, como queda dicho arriba, eran todos titulados y los señores mas graves del reino; y por su mandado se dió un memorial sin firma en nombre del reino de Nápoles á S. M.

el Rey D. Filipo II, diciendo en él se obligaba este reino á darle cien galeras armadas, con tal que sacase de él toda la infantería española, caballería y demás gente de guerra que en él tenia, supuesto no servia para defensa dél, y que seria mucho mas bien guardado y defendido con dichas galeras, que con toda la infantería; y que S. M. nombrase el general de las dichas galeras, y que los capitanes de ellas hubiesen de ser naturales del reino.—Y habiendo visto S. M. la dicha peticion, y penetrado su mal intento de los que le habian dado, con su maduro y mas que humano entendimiento dijo á su Consejo: "Perdido tenemos el reino de Nápoles." Quedaron todos espantados solo con haber oido de la boca de S. M. palabras semejantes. Con esto puso luego por obra el remedio. Y así determinó enviar nuevo Virey (2) con algunas órdenes verbales, y en particular para que con toda diligencia y cuidado se procurase de donde habia salido esta peticion; y que á los tales cofrades de mandato regio se les notificase que de ninguna manera fuesen osados á juntarse mas, ni pasar adelante con dicha cofradía, so pena de la vida y traidores á su Real corona; y así nombró por Virey de este reino al duque de Osuna, con órden que con brevedad partiese para Nápoles. Desocupó el señor Príncipe el puesto con mucha brevedad, teniendo noticia de la venida de Osuna; habiendo en su tiempo gobernado con mucha satisfaccion rectísimamente.

NOTAS.

(1) Don Juan de Zúñiga, Príncipe de Pietra Persia, personaje de valer, era hijo segundo de la casa de los condes de Miranda. En la embajada de Roma se distinguió por su aptitud, favoreciendo en aquella corte las miras del duque de Alcalá, y tomando parte en los delicados negocios á que habia dado lugar el planteamiento del concilio de Trento, como puede verse en Giannone, cuando trata de la gobernacion del duque. Llegó á Nápoles en 11 de noviembre, y desde luego dió pruebas de su moderacion y generosidad, negándose á la vana ceremonia del puente, que estaba en uso para la entrada de los Vireyes, y dió al hospital de incurables un presente que la ciudad le hizo de 15,000 escudos. Durante su gobierno sucedió la expedicion de Portugal por Felipe II, á que contribuyó el reino de Nápoles con sus fuerzas, y la correccion del calendario que hizo memorable en toda la cristiandad el año 1582 en que se verificó. Poco costó al Príncipe conocer las leyes y usos de Nápoles, pues estando en Roma, la necesidad le enteró de ellos por los muchos negocios de este reino en que intervino; así desde el primer dia su gobierno fué inteligente y sabio. Concluyó el vasto edificio del arsenal, comenzado por su antecesor, é hizo fabricar la magnífica puerta que mira al muelle. Estableció una enfermería en las prisiones de la Vicaría, y en fin, dejó cerca de treinta y tres pragmáticas, *cuyas sabias disposiciones harán por siempre,* dice Giannone, *su elogio en el arte de gobernar.*

(2) Este mismo escritor manifiesta que el Príncipe dejó el mando por haberse cumplido los tres años que Felipe II

habia señalado por reglamento para la duracion del cargo de Virey, y nada apunta de lo que dice nuestro autor, aunque no por eso dejamos de creer sea exacto. Herrera, en su Historia general durante el reinado de Felipe II, dice que lo llamó de Nápoles para que le ayudase á llevar el peso del gobierno de tantos reinos, y para confiarle la educacion del Príncipe su hijo, lo cual puede ser cierto sin que por eso deje de serlo aquella causa de su salida de Nápoles: pudiendo ser bueno para educar al Príncipe y dar buenos consejos al Rey y no convenir su presencia en Nápoles, por ser demasiado blando para resistir á las pretensiones de las cofradías. El Rey le habia hecho el año de ántes de su Consejo de Estado y Guerra, y al tiempo que ayo, le hizo mayordomo mayor del Príncipe. Estos dos últimos cargos prueban el gran concepto que Felipe II, gran conocedor de los hombres, tenia de sus talentos y virtudes; de otro modo no hubiese fiado á su cuidado tan sagrada incumbencia. Dejóle con ella, dice Herrera, cuando yendo á celebrar Córtes á Aragon, nombró por Presidente del Consejo á D. Francisco Zapata de Cisneros, y al licenciado Paulo de Laguna para el Consejo Real, y tomó cuantas providencias convenian para dejar asentadas las cosas de Castilla durante su ausencia. El cronista de Felipe III Gil Gonzalez Dávila cita al Príncipe de Petra Persia entre los Grandes que asistieron á la jura del Príncipe de Asturias en San Gerónimo de Madrid en 1584, dia 11 de noviembre; mas nada dice de su nombramiento de ayo y mayordomo mayor, ántes bien escribe que fué desde luego conferido este cargo á D. Gomez de Avila, marqués de Velada, á quien llama uno de los Sénecas de aquel tiempo. Mas Herrera, contemporáneo, que trató con todos los personajes de la corte en su calidad de cronista, no es po-

sible se equivocára en cosa tan visible y pública, que refiere dos veces, una en el capítulo XVI del libro XV de su Historia general, y otra diez capítulos mas adelante. Para conciliar á Herrera y á Gil Gonzalez, era preciso suponer que el marqués de la Velada fué nombrado ayo por renuncia del de Petra Persia, con quien, segun el mismo Gil Gonzalez, consultó Felipe II la delicada materia de los criados que deberian darse á su hijo; pero, segun consta del mismo Herrera, no obtuvo el marqués tal cargo hasta la muerte del Príncipe de Petra Persia, como luego verémos. Es raro que dos escritores tan próximos á los sucesos estén divergentes en hechos, cuya notoriedad debia hacerlos muy claros. Don José de Pellicer de Ossau y Tovar en su *Justificacion de la grandeza y cobertura de primera clase, de la casa y persona de D. Fernando de Zúñiga, noveno conde de Miranda, quinto duque de Peñaranda etc.*, impresa en Madrid, por Diego Diaz de la Carrera, año 1668, que es una historia genealógica de la casa de Zúñiga, dice al folio 135 lo mismo que Herrera.

"Fué el Príncipe de Pietra Persia, hijo segundo de Don Juan de Zúñiga, ayo de Felipe II y capitan de la guardia del Emperador Cárlos V, que le amó con extraordinario afecto; y de su mujer Doña Estefanía de Requesens, señora de esta casa y estados. Tuvo por hermano mayor al gran caballero D. Luis de Zúñiga y Requesens, á quien Felipe II nombró como director y consejero de D. Juan de Austria su hermano, cuando la batalla de Lepanto, y que luego murió gobernador de los Paises Bajos, donde se distinguió por su gobierno dulce y prudente. Entró de caballero como su padre y hermano en la órden de Santiago, y como ellos llegó á ser Comendador mayor de Castilla. Durante su embajada en Roma pasaron por su mano

entre otros asuntos delicados todas las negociaciones que mediaron con el Pontífice Pio V para la liga contra el Turco. Casó con Doña Julia Barresi, por quien fué Príncipe de Petra Persia, y murió sin sucesion, á fin del año 1586. Teníale Felipe II por su ministro universal, y con su muerte repartió los cargos dando el de ayo y mayordomo mayor del Príncipe al marqués de Velada, á D. Juan de Idiaquez el de los de Estado y Guerra, el de los de la casa Real, fábricas de Italia y corona de Aragon al conde de Chinchon, y lo que tocaba á la corona de Portugal, Consejo de Hacienda de la de Castilla, y otros diversos negocios de estos reinos á D. Cristóbal de Moura." Esto dice Herrera, Parte III, lib. II, capítulo último de su *Historia general;* y en el mismo forma este juicio del Príncipe: "Fué personaje de gran prudencia é integridad, muy libre y desapasionado en las cosas que trataba, amigo de gente buena, maduro en las resoluciones y solícito en las ejecuciones; cuya muerte fué gran pérdida para la monarquía de España; porque conociendo el Rey en él las referidas partes, le daba gran crédito, y los negocios tenian mayor despacho: los cuales no mejoraron porque, los grandes accidentes que sobrevinieron, requerian en el Rey mas vigor, salud y resolucion, y ayuda de tanto crédito, prudencia y ejecucion."

XVI.

Don Pedro Giron (1), duque de Osuna, vino, como arriba queda dicho, á este reino por Virey, lugarteniente y capitan general por el Rey Don

Felipe II. Tomó posesion á los 28 de noviembre de 1582. Entró con muy gran grandeza; y habiendo dado como es costumbre en el arzobispado el acostumbrado juramento, procuró con grandísimo cuidado saber donde se hacia esta junta de la confradía de los Blancos, para hacer lo que S. M. le habia con tantas veras mandado y encomendado, porque lo traia muy por su cuenta; pero aunque hizo todas las diligencias posibles no lo pudo saber en mas de seis meses. Al fin, por buena inteligencia del Regente salernitano, súpose se juntataban en una capilla dentro los *Incurables*. Y así dijo al dicho Regente fuese á ella á notificar el órden de S. M., como lo hizo, á los que halló dentro; y sabidos los que faltaban, fué á sus mismas casas á notificárselo; con lo que cesó y acabó esta confradía.

Asimismo sucedió en su tiempo la revuelta y tumulto popular y muerte del electo del pópulo Starache, el cual el comun pópulo sacó arrastrando públicamente por todas las calles de Nápoles, yendo gritando á voces, "viva el Rey y muera el mal gobierno." Pasaron con el cuerpo en esta forma, arrastrándole por la plaza de armas del palacio Real, con poco respeto á la persona que en él estaba que era S. E., ántes haciendo alto debajo de las ventanas dél daban voces gritando, como queda dicho, "viva el Rey, viva el Rey, y muera el mal gobierno." Viendo la compañía que estaba de guarda un alboroto semejante, y tanta multitud

de gente, tomó luego las armas para hacerles resistencia. Pero S. E. oyendo este rumor, sin saber que cosa fuese, viendo una tan gran desvergüenza y desacato hizo señas con un lienzo para que dejasen las armas; y viendo no le entendian lo que mandaba por señas, en alta voz mandó al capitan de la guarda que arrimase las armas y dejase pasar á aquellos perros rabiosos, pues era gente plebea, descalzos, desnudos, gente vil y forastera. Pero no contentos con esto esta canalla fueron y le saquearon la casa, y una massería, robando todo cuanto hallaron en ellas, que solo por esto merecian ejemplar castigo, como en efecto de verdad S. E. le hizo con mucha prudencia; y asigurándoles hasta que diligentemente mandó tomar informacion contra los delincuentes, y tomada, hizo prender á algunos de ellos en Roma, Venecia, Flándes, Alemania, España, y en particular, habiendo algunos sido cautivos en Turquía, los mandó rescatar como los rescataron, trayéndolos á esta ciudad de Nápoles haciendo justicia de todos, que fueron arrastrados y ahorcados mas de cuarenta. Mandó S. E. que una casa de un boticario (que estaba á la Sillaria) por haber sido él el orígen de semejante tumulto, no habiendo podido hallarle para hacer justicia de él, por grandes diligencias que se hicieron, que la derribasen y sembrasen de sal, como se hizo, mandando fabricar en el puesto de la dicha casa una pirámide alta de tierra (elevada sobre la tierra) quince palmos, con una reja de hierro en forma de capilla con sus casi-

llas, donde se pusieron todas las cabezas y manos de los justiciados con título y nombre del delincuente: envió á galeras mas de 200, condenados en vida: hizo perjudicados á mas de otras 300 personas, y despues ántes que se partiese, á peticion de la dicha ciudad y plaza del pópulo, mandó quitar la pirámide, reja, cabezas y manos que estaban puestas en la sillería por parecer denotaba modo de rebelion. Vino luego el perdon general por el Rey Filipo II de todos los que estaban en galeras y á los perjudicados, reservando á tres que fueron cabeza de la revuelta.

Floreció en su tiempo la justicia y toda la gente de guerra: fué gran remunerador de todas las personas beneméritas: fué óptimo su gobierno. Estuvo esta ciudad lo mas alegre y contenta que jamás se ha visto, por las muchas fiestas y satisfaccion que tan grande Príncipe dió de su gobierno. Partióse de este reino á 16 de Noviembre de 1586.

Sucedió en su tiempo el incendio del atarsenal nuevo, el cual se quemára todo, si no fuera por las grandes diligencias que mandó hacer; yendo de persona, poniéndose dentro del dicho fuego, adonde acudieron todos, viendo su persona, así titulados, caballeros, continos, entretenidos, soldados y toda la chusma de las galeras, reparando y apagando el dicho fuego con grandísimo valor y ánimo del dicho Duque.

No quiero dejar de decir cuan alegre y contenta tenia la infantería y demás gentes de la ciu-

dad como son titulados, caballeros, mozos, así italianos como españoles, pues tenia dada órden que las compañías que entraban de guarda cada dia en el palacio Real, que las dos hileras por compañía de manguardia fuesen de caballeros y soldados torneantes (diestros en torneos) tanto aquella que entraba como la que salia; haciendo alto la que entraba al palenque de la plaza de armas de palacio viejo; y la que salia, formaba un escuadroncillo de la otra parte del palenque con dos hileras de torneantes, y tocando las cajas y pífaros comenzaban á tornear de uno en uno, luego de dos en dos, y luego de toda la hilera de una parte y otra, dando lugar á la otra hilera que hiciera lo mismo. Despues todas dos hileras juntas, peleaban á la folla con estoques, y luego daban fuego á una calle que habia en el palenque, que de fuego artificial (se hacia) para despartir la folla, tocando luego las cajas á la ordenanza saliendo la una compañía, y la otra entrando de guardia. Esta fiesta era debajo de las ventanas y mirador de palacio donde casi siempre asistia S. E. con la duquesa y muchas señoras y damas. Acudian muchos forasteros y caballeros cada noche á ver este regocijo á la plaza de armas. Los torneantes, la mayor parte de ellos eran titulados y caballeros muy principales, los cuales tenian muy regalados al capitan, alferez y sargento con muchas dádivas, y convidándolos á comer á sus casas, porque los admitiesen en sus compañías como está dicho. Cada dia habia torneo

y fiesta pública, por lo que estaban todos muy alegres y contentos, así caballeros como gente de guerra; regocijo que ningun Virey lo ha hecho. Dejó eterna memoria de su felicísimo gobierno con gran júbilo de esta ciudad.

Ofrecióse en su tiempo la venida del generalísimo de la mar el Príncipe Juan Andrea Doria, la primera vez que vino á esta ciudad, donde salió S. E. á recibirle con todo su acompañamiento sólito al muelle, recibiéndole con puente entoldada, como es costumbre. Llevóle á palacio por su huesped, y en el caminar mandó se diese la mano derecha á toda la guardia tudesca del dicho Príncipe, y que la suya tomase la siniestra.—Asimismo se ofreció la prision de D. Pedro de Toledo, general de las galeras de esta escuadra (2), las cuales mandó S. E. entregar al conde de Villazores, sardo, hasta la averiguacion de la causa. Hizo perjudicados al alguacil Real, y á otros muchos gentileshombres principales, capitanes de galera, que se hallaron á tomar preso al juez Cuadra por órden de D. Pedro de Toledo, llevándole de potencia preso á la Capitana. Publicó sentencia de privacion del cargo de las galeras y diez años relegado en una isla á dicho D. Pedro. Y luego en el mismo punto publicó la gracia general, que su Majestad hacia á todos los perjudicados é inquisidos en dicha causa, reintegrándolos en sus cargos y dignidades que ántes tenian.

NOTAS.

(1) Fué hijo el duque de D. Juan Tellez Giron, segundo del nombre, conde de Ureña, y de Doña María de la Cueva, hija de D. Francisco de la Cueva, duque segundo de Alburquerque. El conde D. Juan su padre, retirado en Osuna, se distinguió por el número y magnificencia de sus fundaciones piadosas, entre las cuales fueron la universidad de Osuna y su excelente colegiata; no concibiéndose que sus rentas bastasen á estas dos obras y á las del gran número de conventos que elevó en los pueblos de sus estados. El Padre Martin de Roa en la Vida de la duquesa de Feria, hace un gran elogio de este magnate. Su esposa Doña María de la Cueva, fué elegida por el Rey Felipe II para la enseñanza de la Reina Doña Isabel de la Paz; y en tan delicado magisterio, y en un Rey como este, no es probable tuviese parte ni el padrinazgo ni la intriga, consecuencia debió ser del mérito relevante de esta Señora. Hijo primogénito de tales padres, fué D. Pedro Giron, y quedó tan abundante en bienes de fortuna por la rígida administracion del conde su padre, que á pesar de los grandes caudales que este gastó en sus obras, pocos Grandes podian competir con él en medios de gastar. Así fué enorme el dispendio que hizo cuando por órden de Felipe II fué á acompañar á la Reina Doña Isabel de la Paz desde la raya de Francia hasta entrar en Castilla en compañía de la condesa su madre, nombrada camarera mayor de la Reina; y dícese que el Príncipe de la Roche y demás señores de la comitiva francesa quedaron asombrados de aquella riqueza, familia y ostentacion, que hacian creer que el Rey de España se servia de Reyes. Cuando el albo-

roto de los moriscos de Granada estaba ausente de sus estados; pero puso en campaña tres escuadrones; dos de infantes y uno de caballos, gente toda lucida que fué de utilidad en aquella guerra.

Honróle despues el Rey con el gobierno de Sicilia, creyendo que aunque jóven tenia prudencia y disposicion para este cargo. No se equivocó el Rey en su concepto; D. Pedro fué amado y respetado de los sicilianos; y atento á sus servicios le hizo merced del título de duque de Osuna, siendo el primero que llevó este título, que en nuestros dias se ha ido tragando todos los mas ilustres y poderosos de la monarquía. Hízole además su camarero mayor, notario mayor de Castilla y del Consejo de Estado. Don Alonso Nuñez de Castro, panegirista de los Girones, no refiere su vireinato de Nápoles, de que hablarémos en la siguiente nota. Estuvo el duque casado dos veces, la primera con Doña Leonor Ana de Guzman, hija de D. Juan Alonso de Guzman, VI duque de Medina Sidonia, y de la duquesa Doña Ana de Aragon su mujer: la segunda con Doña Isabel de la Cueva, su prima hermana, dama de la Reina Doña Ana, de quienes tuvo un hijo, el sucesor de la Casa, padre del famoso duque de Osuna, y dos hijas que casaron, una con el marqués de Tarifa Don Fernando Enrique de Rivera, y otra con D. Juan Fernandez de Velasco, Condestable de Castilla.

(2) Dice Giannone que, por pagarle Felipe II los inmensos gastos que habia hecho en su servicio en la guerra de Granada, en la conquista de Portugal y en otras empresas, le dió el vireinato de Nápoles, de que tomó posesion en noviembre de 1582: que su aire reservado, ó por mejor decir su espíritu extraordinariamente altivo, indis-

puso la nobleza contra él y disminuyó el mérito de su gobierno, atrayéndole dificultades que un carácter abierto y amable le hubiera evitado, si bien luego conoció su error, y queriendo borrar la mala impresion de su despego, que se interpretó á desprecio hácia la nobleza del reino, se hizo inscribir entre los nobles dél seggio de Nido. La necesidad de acudir á los continuos pedidos de dinero, para subvenir á los gastos que abrumaban al Rey, hicieron pesado é inquieto su gobierno. Emprendió poner de impuesto un ducado á cada tonel de vino, y su proposicion fué denegada: sin embargo con promesas de aumentar las gracias y privilegios del reino, sacó durante su vireinato dos donativos, cada uno de 1.200,000 ducados, y en ambas coyunturas efectivamente la ciudad obtuvo nuevos privilegios. Giannone no puede al mismo tiempo menos de confesar que el duque fué digno de elogios por el gran celo que mostró por la administracion de justicia, en la cual para él no habia acepcion de personas, hallando á su lado el mismo acceso la causa del débil que la del poderoso: elogia además su laboriosidad para la pronta expedicion de los negocios, cualidad esta que unida á la anterior le granjearon el afecto de los pueblos. Diéronle además estos grandes bendiciones por las ventajas que lograron de su incesante aplicacion en los cuatro años que fué Virey. El acueducto que conduce el agua desde la aldea de la Polla á los canales de Nápoles fué recompuesto por sus cuidados. Por evitar el aire insalubre de los vecinos pantanos, trasladó fuera de la puerta de Constantinopla, cerca del palacio de los duques de Nocera, é hizo mas magnífico el picadero Real, que los Reyes de la Casa de Aragon establecieron á la márgen del rio Sebeto, cerca del puen-

te de la Magdalena: construyó caminos, edificó muchos puentes en los rios, que se encuentran en el de la Pulla, y dió con estas obras mayor facilidad y seguridad al comercio con la capital; en fin, dejó varios reglamentos y pragmáticas, en que brilló su prudencia y juicio.

(3) El D. Pedro de Toledo general de las galeras de España, á quien se formó proceso durante la administracion del duque de Osuna, debió á nuestro parecer ser D. Pedro marqués de Villafranca, quinto de este nombre; pero en los autores que hemos registrado, ninguna mencion hemos hallado de semejante asunto, que debió ser muy ruidoso en Nápoles por la categoría del sugeto. Sin duda los escritores han tratado de echar tierra á este enojoso incidente, por evitar los rencores que su recuerdo podia sostener entre las dos poderosas familias de Osuna y Villafranca. Giannone es muy lacónico al referir el vireinato del duque, y pasa de largo por este y otros asuntos. Herrera en la historia general del mundo en tiempo de Felipe II, refiere en varias partes hazañas del marqués de Villafranca, y guarda silencio sobre este punto. En la obra que escribió Gerónimo de Sosa, religioso francisco, é imprimió en Nápoles en casa de Novelo de Bonis impresor arzobispal año 1676, en 4.°, con el título de *Noticias de las grandezas de los marqueses de Villafranca y su parentesco con las mayores casas de Europa, en el árbol genealógico de la ascendencia en ocho grados, por ambas lineas, del Excmo. Sr. D. Fadrique de Toledo Osorio,* nada dice tampoco á pesar que el objeto de su obra es tratar privativamente de la familia de Villafranca y de que trae una biografía de D. Pedro. Igual silencio guarda D. Luis de Salazar y Castro en su *Justificacion de la grandeza de primera clase que pertenece á D. Fadrique de Toledo Oso-*

rio, marqués de Villafranca y de Villanueva de Valduesa, etc., que se imprimió en folio en Madrid, 1704. Fué D. Pedro único hijo varon de D. García, IV marqués de Villafranca, aquel cuyos funerales refiere nuestro autor en el artículo XIV, y desde que la edad se lo permitió, sirvió al lado de su padre. Despues de heredado, pasó á servir al ejército de Flándes que mandaba D. Juan de Austria, y se halló en el combate de Rymenant, donde quedó herido en 1578. Al siguiente año se halló con el Príncipe de Parma en el famoso sitio de Maestrich. El año 1580 tuvo comision del mismo Príncipe para socorrer á Martin Esquenque, y dos despues estuvo en la jornada de las Terceras. El Rey en pago de estos servicios le dió el cargo de general de las galeras de Nápoles, con que en el año de 1586 fué á los Querquenes, islas de la costa de Berbería. Atendió luego á la seguridad de las costas de Nápoles, siempre infestadas de turcos, y en varias ocasiones apresó 76 bajeles enemigos. El año 95 con 25 galeras de su escuadra y de la de Sicilia saqueó á Patras, cogiendo mas de 400,000 ducados. Felipe III le dió en 1607 el cargo de general de las galeras de España que hasta entónces tuvo el conde de Niebla, y dos despues sobre tan autorizado empleo, la comision de pasar como su embajador extraordinario á persuadir al Rey Cristianísimo Enrique IV, se apartase de proteger á los rebeldes de Flándes, y para echar los primeros cimientos al tratado de las dobles alianzas. Tuvo despues la principal parte por encargo del Rey en la expulsion de los moriscos, y fué hecho en seguida Consejero de Estado. El año 1614 se halló en la conquista de la Mamora, en que se portó con el valor y acierto que siempre, y pasó de allí al gobierno del estado de Milan con el cargo de capitan general de las ar-

mas españolas en Italia. En tiempo de Felipe IV estuvo nombrado Virey de Nápoles, y cuando se preparaba á partir falleció en Madrid sábado 17 de julio de 1627.

XVII.

Don Juan de Zúñiga (1), conde de Miranda, vino pon Virey de este reino por el Rey Filipo II á 18 de noviembre de 1586. Floreció en su tiempo la justicia: gobernó nueve años con mucha satisfaccion de toda la ciudad, gratificando, proveyendo y remunerando á las personas beneméritas, así españoles como italianos, por el cual óptimo gobierno y satisfaccion la ciudad de Nápoles le hizo hacer dos fuentes de oro con sus armas y empresas, así del dicho conde como de la ciudad y reino de Nápoles, de valor de mas de siete mil ducados, y se las presentó (2), las cuales recibió con grandísimo amor y cortesía; pero despues cuando se partió hizo alto con las galeras en Gaeta, y mandó volver las dichas fuentes á la ciudad, por acto público, agradeciendo mucho la voluntad y amor con que se les habian presentado; habiendo primero de su partida ido á visitar y despedirse de los dos gloriosos apóstoles San Mateo en Salerno y San Andrés en Amelfi, en el modo y forma que se ha escrito en el gobierno de Benavente (*).

(*) Del gobierno de Benavente se escribirá luego art. XXI.

Casó en su tiempo Doña Juana Pacheco, su cuñada, y hermana de la condesa de Miranda, con el Príncipe de Conca (3): hicieron solemnísimas fiestas con grandísima alegría de todas las señoras de esta ciudad (*). Ejercítose la Condesa todos estos nueve años visitando hospitales, en casar huérfanas, encerrar arrepentidas, socorrer viudas, y en particular todos los miércoles del año iba de persona á los Incurables, llevando siempre consigo cuatro ó cinco señoras tituladas, las cuales andaban en competencia de quien mas camas, sábanas, camisas y comida podia llevar á dicho hospedal; y la misma Vireina de su propia mano daba de comer á las mugeres tullidas y desahuciadas de vida, mudándolas de cama y camisas que ella llevaba consigo. Fué ejemplo de virtud, caridad y misericordia: estas eran las fiestas y torneos de una tan devota y hermosa señora (4).

(*) Aquí debe haber saltado algun periodo el copiante del ms.

NOTAS.

(1) Don Juan de Zúñiga era hermano de D. Pedro de Zúñiga, quinto conde de Miranda, que no dejó sucesion masculina. Casó con su sobrina Doña María, sucesora en la casa, segun escribe Sandoval, por evitar pleitos. La primer memoria que se halla de D. Juan es de 1569 en la guerra de Granada, donde fué muy mal herido, peleando

con gran valor en la toma del fuerte de Bentomiz. Diéronle, segun Herrera, un flechazo y un arcabuzazo en un muslo, ambas heridas en una misma parte, y estuvieron para cortarle la pierna. Seguia las armas bajo el mando del comendador mayor su tio D. Luis de Zúñiga y Requesens. Debió continuar el resto de su juventud en esta honrosa profesion, pues el citado Herrera, que le dedicó su *Historia general*, el año 1601, dice, que de cuantos puestos tuvo de ninguno se preciaba mas que de su carrera militar. El año 1582 fué de Virey y Capitan General al principado de Cataluña. Adquirió gran reputacion por haber asegurado dos años despues las costas del Principado contra la armada de los turcos, y defendido á Cadaques, cuando la invadieron. En 1585 hospedó al Rey Felipe II y á las Infantas y al Duque de Saboya tan magníficamente, que Herrera pondera *sus grandes y extraordinarios presentes y regalos*, que fueron tales y tantos *que puso admiracion ver cosas tan extraordinarias y sazonadas tan fuera de tiempo*. Presidió en las Córtes que se celebraron en Monzon el mismo año, y el mismo historiador dice que el Principado de Cataluña procedió en esta reunion á satisfaccion del Rey, mediante la prudencia del conde de Miranda que presidia en ellas, porque en todas cosas valen mucho los medios.

Desde Cataluña pasó de Virey y Capitan general del reino de Nápoles. Nueve años duró en este cargo: elogio suficiente es de su mando que Felipe II le dejara completar el tercer trienio. Tomó posesion el 18 de noviembre de 1586. Herrera hace capítulo particular en su Historia general del gobierno del Conde en Nápoles, que es el XII del libro II de su tercera parte. Los motivos de su eleccion los refiere de este modo: "Como el Rey

Católico iba pensando en lo que convenia para hacer el debido resentimiento con la Reina de Inglaterra por las ofensas recibidas, entre las demás cosas proveia en los reinos, en donde habia pensado hacer las provisiones para la guerra, de ministros en quien confiaba que ejecutarian sus órdenes con la diligencia y puntualidad que para tales casos se requiere. Y entre otros proveyó por Virey de Nápoles á D. Juan de Zúñiga, Avellanedá y Bazan, conde de Miranda. . . . . Llegado á Nápoles como Príncipe celoso de su conciencia y cuidadoso en la administracion de su oficio, la justicia cobró reputacion, la milicia vigor y la hacienda Real órden y regla; y los ministros como miembros obedientes á la cabeza mudaron forma de proceder con la imitacion del superior, y el pueblo estaba contento con el abundancia y cumplimiento de justicia. El mismo elogio hace Giannone de este Virey, añadiendo alabanzas por la magnificencia con que á ejemplo de sus predecesores, se esmeró en exornar la ciudad de grandes monumentos. Hizo la soberbia plaza que se eleva delante del palacio Real, que sirve de plaza de armas á las tropas y de anfiteatro á la nobleza para sus juegos y espectáculos: agrandó el magnífico puente de la Magdalena sobre el rio Sebeto: reedificó el que va del monte Echia al castillo del Ovo: renovó la fachada de San Pablo de los Teatinos: restableció los sepulcros de los *Reyes aragoneses* en la sacristía de Santo Domingo, y construyó fuera de la puerta Capuana en un sitio deshabitado el almacen de pólvora. Asimismo se debió á su cuidado el camino de Nápoles á la Pulla. No por eso se crea que su vireinato fué sosegado: molestáronlo atrevidos bandidos; al principio un tal Benito Mangon, famoso por sus crímenes; y ajusticiado este, Marco Sciarra, que

desoló el reino durante siete años: la Francia y la Inglaterra le obligaron á poner en contribucion sus recursos, y el formidable armamento de los turcos aumentó sus cuidados.

(2) Acerca de la presentacion de este regalo, dice Pellicer: "En tres estados consideraba Marco Tulio á los procónsules de las provincias romanas: *esperados al ir, servidos al estar y desamparados al volver*. Fué excepcion de este sentir el conde D. Juan, porque reconocida la gran ciudad de Nápoles á los beneficios de su gobierno mandó labrar en secreto cuatro fuentes de oro de gran peso y de mayor hechura, y grabar en ellas las acciones mas señaladas de su gobierno, y por mote de las armas de Zúñiga este blason *Comes à Miranda, admirandus Comes*. Estuvieron guardadas hasta la hora misma que el conde se marchaba para España, y allí llegó con ellas un diputado, de forma que el conde juzgó convenia ceder á su buena voluntad y cortesía. Recibiólas entónces, y dentro de poco tiempo se las volvió á enviar desde Gaeta con D. Juan de Zúñiga, caballero de su casa, y con la carta de gracias siguiente." *(Aquí copia Pellicer la carta.)* Tomó este autor tal hecho de Gil Gonzalez Dávila, en su *Teatro de Madrid*, en que recopila la vida del conde con las de otros Presidentes de Castilla. Es probable que el conde no hubiese salido de Nápoles, si el deseo de ver su patria despues de nueve años, y el sentimiento de haber perdido allí algunos de sus hijos, no le hubiesen hecho pedir su licencia. La navegacion fué terrible, de milagro llegó la capitana, en que iban el conde y la condesa, á Lloret en Cataluña: fuéronse á pique dos galeras en que venian sus criados, recámara y hacienda; pérdida que importó mas de cien mil ducados. Solo despues de pasa-

do un año desta tormenta hallaron las galeras de Juan Andrea Doria un baul, que reconociendo ser del conde se le envió. Sabíase que el Rey le reservaba el cargo de Presidente del Consejo de Italia, que habian tenido los cardenales Granvela y Quiroga. Mas adelante se le dió el de Presidente del Consejo Supremo, que segun Herrera, ocupó con general aplauso y satisfaccion, gobernando con celo de amador de justicia, y gran ejemplo de religion y prudencia. Cansado de los años, renunció este destino, y se retiró á sus estados; y el Rey Felipe III en prueba de aprecio le hizo entónces primer duque de Peñaranda, con segunda grandeza. Murió en fin á 4 de setiembre de 1608 y fué sepultado en el monasterio de *Domus Dei*, patronato suyo, donde habia labrado para su entierro particular la capilla de San Pedro, que enriqueció con reliquias.

(3) Doña Juana de Zúñiga y Pacheco, hija del conde D. Pedro, hermano mayor de D. Juan, y por lo tanto su cuñada y sobrina carnal, casó efectivamente en Nápoles en 1589 con el conde de Palena, primogénito de los Príncipes de Conca, que fué despues Gran Almirante de Nápoles y Caballero del Orden del Toison. Fué hijo primogénito de estos señores Julio César de Capua, tercer Príncipe de Conca, conde de Palena, Gran Almirante de Nápoles, que casó en 1612 con Doña Sueva Dávalos y Aragon, Princesa propietaria de Montesarcho, con sucesion. Gianone creyó que Doña Juana era nieta de nuestro conde de Miranda: nuestro autor estaba mejor informado.

(4) Celebran nuestros escritores las virtudes de la condesa Doña María, y en esto van conformes con el texto. Como otra Santa Isabel de Hungría, sabia unir con el fausto de la grandeza la humildad y caridad mas acendrada, que le hacian no desdeñarse de los oficios mas bajos.

Sobrevivió á su esposo 22 años, no habiendo muerto hasta 1630. Heredóle D. Pedro de Zúñiga. La educacion retirada y religiosa que dió la Condesa á su familia brilló en su hija mayor Doña Aldonza de Zúñiga, que fué una de las primeras religiosas del monasterio de la Encarnacion de Madrid, fundacion de la Reina Doña Margarita de Austria. Con su ejemplo dícese que dejaron el mundo otras grandes señoras. Tomó el hábito de Santa Isabel. Fueron sus padrinos los Reyes, y llevóla la Reina de la mano, ofreciendo á Dios con gran ternura esta primera víctima, que sacrificándole los ilustres títulos de su casa, tomó en la de Dios otro nuevo, llamándose Aldonza del Santísimo Sacramento. De allí pasó en 1616 con las demás religiosas al Real convento de la Encarnacion, donde fué prelada muchos años, y vivió y murió santamente. Así lo escriben Quintana y otros, entre ellos D. Diego de Guzman, arzobispo de Sevilla, en la Vida de la Reina Doña Margarita.

XVIII.

Don Enrique de Guzman (1), conde de Olivares, vino por Virey de este reino del de Sicilia en el año 1595 por el mes de noviembre: hizo alto con las galeras en Puzol, dando lugar á Miranda para que acomodase sus cosas y desocupase el puesto con su comodidad. Trujo consigo á D. Gaspar de Guzman, su hijo, en hábito clerical; y, aunque era muy mozo, siempre favorecia y amparaba á todos los que se le encomendaban, con su padre,

con tanto valor y amor que cada uno salia consolado. Tambien vino en su acompañamiento el conde de Uceda y D. Francisco de los Cobos, sus sobrinos, los cuales tambien se preciaban de favorecer y honrar la nacion española, y á los demás que de ellos se amparaban. Nunca de ellos se sintió mocedad, sino mucho valor y grandeza.

Halló (el conde) este reino con mucha carestía de trigo y otras cosas: dió luego órden para que de Sicilia fuese socorrido de trigo, haciendo venir mas de cien mil tumbanos; con lo cual no solo remedió y reparó este reino de la hambre, pero viniendo el año bueno de la *racolta*, fué esta ciudad y reino abundantísimo en todo su tiempo, y felicísimo gobierno, por el buen celo, vigilancia y cuidado particular que tenia de la grasa y abundancia. De manera que vino á tan bajo precio el trigo, que á cinco reales el tumbano valia dentro de Nápoles; y fuera á tres, y no se hallaba á (quien) vender: por las calles iban vendiendo tocino, queso, aceite y probaduras, á tan bajo precio y con tanta abundancia que jamás ha tenido este reino. Hallóle muy lleno de bandidos: y S. E. con su grandísimo valor en menos de seis meses no dejó ninguno; de manera tal que se podia ir por todo el reino con el oro en las manos segurísimamente: tanta era la vigilancia, vigor y cuidado que este buen señor tenia.

Sucedió en su tiempo la muerte de Filipo II, la cual mandó publicar á los electos de esta fielísima ciudad; luego fué por Nápoles á caballo con el

electo del pópulo, tomando la posesion popular por via de reclamacion (2). Hizo la novena, y luego las obsequias, con tantas ceremonias y pompa funeral como se debia á un tan poderoso é invictísimo Rey, como se verá particularmente en sus obsequias que van escritas á parte, á donde particularmente se narran.

Gobernó este señor por espacio de tres años y medio con santa vigilancia y cuidado particular, como queda dicho, por lo que mereció el nombre de *Pater Patriæ*. Tuvo particular cuidado de las religiosas y de honrar los sacerdotes, socorrer y ayudar á toda la nacion española é italiana, pagando sus sueldos mes por mes á toda la gente de guerra, caballería, infantería, continos, entretenidos, plazas muertas, gente marítima y castillos con mucha puntualidad, teniéndolos á todos muy satisfechos y contentos. Iba cada sábado por su devocion á oir misa fuera de palacio á una iglesia del título de Nuestra Señora; y asimismo todos los lúnes y viérnes que caian en fiesta iba con una silleta, privadamente solo con su guardia y maestro de ceremonias, visitando y mirando al mercado, y todas las plazas y tiendas, que vendian cosas comestibles, preguntando el precio de cada cosa, llamando los capitanes de las dichas plazas para que le hiciesen relacion de lo que pasaba, cada uno en su cuartel, y esto con tanto cuidado y amor que redujo todo lo de la grasa en abundancia, como queda dicho.—Dejó este señor por memoria todas las fuen-

tes que van desde el oficio de las galeras hasta llegar al puente de la Magdalena, sacando fuera de la ciudad por el dicho puesto una muy larga calle en forma de atarazanal, donde pudiesen todos los bajeles, que viniesen de fuera, estar comodamente, desembarcando cada uno la fruta, leña, carbon, aceite, vino y todas las demás cosas comestibles, que para grasa de esta ciudad vienen. Hizo la casa de la harina; mandó derribar algunas casas que impedian la calle que va de palacio á Santa Lucía, á donde hizo su epitafio y memoria (puso su inscripcion) que dice *Via Olivares.*—Sucedió en su tiempo la cruelísima borrasca y tempestad de fortuna al muelle, donde se perdieron muchas naves, galeras y muy gran número de bajeles pequeños. Fué tan celoso de la justicia que de ordinario queria que le hiciesen relacion por todos los tribunales de las causas que tenian en las manos, y como las despachaban, así criminales como civiles; era de manera que cada uno conseguia su justicia brevemente, sin tenerla sepultada (3). Daba la mas grata audiencia que se ha visto, así secreta como pública, despachando los memoriales al segundo dia.

Tenia por costumbre cuando comia, que en levantando los manteles se abriesen las puertas y entrasen todos los negociantes á pedir y negociar su negocio, sin portero ni embajada, teniendo la empolleta en la mesa por espacio de una hora oyendo á todos. Levantábase muy de mañana, y salian los

porteros por la sala grande de palacio llamando y gritando: *quién quiere negociar con S. E.?;* de manera que á cualquiera hora del dia tenian todos grata audiencia. Tuvo grandes hospedajes de Cardenales, generalísimo de la mar Príncipe Doria y otros muchos. Fué de manera su gobierno en todo lo que queda dicho, que se eternizó en esta ciudad y reino. Partió dejando esta ciudad con grandísimo sentimiento de haber perdido un tan gran señor Gobernador, llamándole todos á voces: "Padre, cómo nos dejas?", que como estas palabras las sacaban del corazon, hicieron enternecer á su Excelencia. Hicieron un epitafio que decia *sentian mucho la muerte del Rey Filipo II por ella, y por perder por esta causa el buen gobierno del señor conde de Olivares.*

NOTAS.

(1) Este D. Enrique de Guzman fué segundo conde de Olivares. El primero que llevó este título, que despues hizo tan célebre la privanza del Conde-Duque, fué D. Pedro de Guzman, hijo segundo de D. Juan Guzman, tercer duque de Medina Sidonia. Don Pedro sirvió al Emperador Cárlos V, quien, teniendo en cuenta los servicios que le hizo y lo ilustre de su cuna, le dió el referido título. La casa de Olivares desde luego marchó á la par con las primeras del reino; así es que D. Enrique casó con Doña María Pimentel de la de Benavente, y fué te-

sorero mayor de Castilla, alcaide del alcázar de Sevilla, embajador extraordinario en Francia y ordinario en Roma, Virey en seguida de Sicilia, y como vemos de Nápoles, y últimamente del Consejo de Estado y Guerra. Felipe II le nombró para aquellos cargos, y en ello dió una nueva prueba de su discernimiento para conocer á las personas que empleaba. El Conde era uno de los ministros mas hábiles y prudentes que poseía España en aquellos tiempos, de grande experiencia y facilidad para la expedicion de los negocios políticos, y de gran probidad en su desempeño: tenia fama bien adquirida de gran papelista, y entre nuestros bibliógrafos es frecuente la mencion de su archivo y biblioteca.

Fué á Nápoles por sucesor del conde de Miranda, y llegó á Puzzol en noviembre de 1595. Los qne rodean á los Vireyes en cuanto llegan, para conocer su humor é inclinaciones, y arreglar por estos datos su conducta, vieron desde luego que el Conde era de un carácter austero, enemigo de diversiones, y que hacia poco caso de que la nobleza llenase sus antesalas para hacerle la corte. Suprimió los bailes, comedias y fiestas que sus predecesores acostumbraron dar en palacio; y atento solo á los trabajos del gobierno daba audiencia á todas horas y velaba incesantemente por la recta administracion de justicia. Se distinguió de todos los Vireyes por su cuidado extremo en la economía de su gobierno, evitando todo gasto superfluo, y haciendo con medida los necesarios. Con esta mira publicó diversas pragmáticas en que reformó muchos abusos, siendo entre ellos la vanidad de títulos, que gran número de personas se arrogaban insolentemente de palabra y por escrito, y el lujo inmoderado de los trajes de las señoras.

El Virey encontró un excelente auxiliar de su severidad en Luis Acerbo, jurisconsulto genovés, á quien nombró regente del Vicariato; y que en el desempeño de su oficio no dejó nunca impunes ni grandes crímenes ni pequeñas faltas. Casi por primera vez hallamos un Virey bajo cuyo gobierno no se habla de ladrones ni de bandidos; en que las campañas gozan de sosiego y seguridad, y los pueblos no están expuestos á asaltos y tropelías.

Dispuesto á sostener Nápoles en la abundancia, hizo construir la casa llamada *Conservatorio de harinas*, para colocar las que venian por mar, así como otro para los granos del mercado público. Construidos estos dos importantes edificios, se dedicó á hermosear la ciudad, aprovechando los talentos del célebre arquitecto el caballero Dominico Fontanà: hizo allanar la calle que va del gran muelle al pequeño, y la adornó de una fuente: comenzó la de la Marina del vino, que concluyó su sucesor el conde de Lemos. Tambien allanó y ensanchó la calle que desde el convento de la Trinidad del palacio va á Santa Lucía, y enderezó la línea, quitándole las tortuosidades que ántes tenia. Esta obra es acaso la que le dejó mas satisfecho, pues quiso que la calle tomase de su apellido el nombre de Guzman: concluyó la Aduana Real, que era uno de los edificios mas considerables de Nápoles; y es de advertir que además de otros magníficos con que exornó la ciudad, él fué quien restauró los sepulcros de Cárlos I de Anjou y de Cárlos Martel, Rey de Hungría.

Si se necesitasen ejemplos del absoluto poder con que los Vireyes gobernaban á Nápoles, bastaria para probarlo el caso por el cual el conde de Olivares salió del vireinato. Debe decirse sin embargo en loor de los Vireyes, que,

por confesion de los mismos escritores italianos, no abusaron de este poder excesivo; generalmente lo emplearon en el engrandecimiento del reino, tal cual ellos lo comprendian; y hubo mas de equivocacion que de mala fé en las causas que lo tenian atrasado. Varios banqueros hicieron quiebra en tiempo de este Virey, y arruinaron á multitud de personas que les tenian confiado su dinero. Un comerciante genovés llamado Saluzzo, tomó de aquí ocasion de proponer al Virey que se estableciese en Nápoles un banco general, en que se obligase á imponer todo el oro y plata de la ciudad y del reino. Los diputados de Nápoles se opusieron á su establecimiento, diciendo que habia ya diferentes bancos, fundados por los Montes de Piedad, administrados con fidelidad suma, en los cuales se podia depositar el dinero con toda seguridad. Mas al Virey le habia agradado la propuesta del genovés, creyéndola muy ventajosa al público, no chocándole lo que tenia de tiránico el obligar á la imposicion. Atrasadas las ciencias económicas, y estando en una época en que los que mandaban se criaban en las máximas de que el gobierno era todo, ignoraba el respeto que se merece la propiedad privada y la libertad que todo ciudadano debe gozar en el empleo de sus bienes muebles y raices. Creyó, pues, que los diputados se oponian por celos contra la gloria de su gobierno; y empleando en este asunto toda la severidad de su carácter, hizo prender al Príncipe de Caserta, Alfonso de Gennaro y á Octaviano Sanfelice, los mas respetables de los diputados. Las plazas de Capuana, de Porto y de Montaña, ofendidas de este acto, despues de haber elegido otros nobles para ocupar el lugar de los presos, enviaron secretamente á Madrid á Octaviano Tuttavilla para representar al Rey las violencias del conde de

Olivares, el cual informado que toda esta oposicion le venia de los consejos de D. Fabricio de Sangro, duque de Vietri, secretario de Cuentas, lo hizo tambien prender á pretexto de acusaciones que dió contra él Juan Antonio Cardona, marqués de la Padula, su enemigo. Este nuevo encarcelamiento avivó en la corte de España las quejas contra el Virey; y el diputado Tuttavilla fué á arrojarse á los pies del Monarca, pintándole con los colores que halló mas propios para obtener satisfaccion los rigores y violencias que usaba con la nobleza, tratamientos decia de que se valia contra fieles súbditos de S. M., nada mas que por satisfacer su injusta venganza. El Rey, que era Felipe III, que acababa de suceder en la corona, oyó estas representaciones y envió al conde de Lemos. El de Olivares se retiró á Posilipo al palacio del duque de Nocera, de donde partió para España el 19 de julio de 1599. Giannone dice despues de referir estos sucesos: "Todo el mundo pensaba que el gobierno de este Virey hubiese sido de mayor duracion; y hubiéralo sido á no morir Felipe II, pues efectivamente no se podia desear uno mas justo, mas prudentemente previsor, y que estuviese dotado de una aplicacion mas asidua que la que admiraba en el conde." ¡Tan convencido estaba este historiador que la arbitrariedad en aquellos tiempos no podia considerarse como injusticia!

(2) La nueva de la muerte de Felipe II se supo en Nápoles á principios de octubre de 1598. Felipe III tuvo cuidado de escribir á los electos de la ciudad dándoles parte, y exhortándoles á seguir esmerándose en todo lo que fuese de su servicio y bien de sus pueblos, y á obedecer al conde de Olivares, á quien confirmaba por Virey y ministro supremo, como lo habia sido en tiempo de su

padre. Los barones del reino se reunieron con este motivo en las salas del palacio Real con la mayor parte de la nobleza y oficiales. El 11 del mismo mes de octubre el Virey á caballo, y seguido de todos ellos, recorrió las calles proclamando con las ceremonias y solemnidades acostumbradas al nuevo Rey, Felipe III, y principalmente en las cinco plazas de los nobles y en la del pueblo. Al dia siguiente fué general el luto y se comenzaron los preparativos para suntuosos funerales. Felipe II, á pesar de que los extranjeros se han ensañado en su memoria, atribuyéndole crímenes inauditos; y aunque ciertamente su vida privada no era exenta de manchas, era querido de sus súbditos, por cuyo bien se desvelaba; y su muerte fué sentida en la estension inmensa de la monarquía. Así de todas partes se esmeraron en tributarle lo mejor que pudieron los últimos honores. Celebrado fué el catafalco y honras de Sevilla, que hicieron aun mas célebres las cuestiones de la ciudad y el cabildo. Nápoles no quiso ceder tompoco á ningun otro pueblo en pompa y ostentacion. El conde hizo elevar un mausoleo en la iglesia catedral, confiando su direccion y decoracion al caballero Octaviano Caputi, de Cosenza, que cumplió en términos tan satisfactorios su cometido que jamás Nápoles presenció cosa tan magnífica y sorprendente. Las honras se hicieron el último de enero de 1599; se dió principio á ellas al anochecer y no acabaron hasta el dia siguiente por la mañana. En seguida imprimió una relacion en que se describia toda la pompa funebre, y se insertaron algunas obras de los literatos de aquel tiempo, la mayor parte de jesuitas, que eran los únicos que entónces se dedicaban á los estudios amenos.

El genio de Felipe II se dejó conocer en la adminis-

tracion del reino de Nápoles como en la de las demás provincias. Todos los Vireyes que eligió eran aptos para gobernar y para auxiliar sus miras. Su política fué severa y enérgica. Con su muerte comenzó á aflojar, hasta que las naciones extranjeras viendo que el leon, cuya sombra las tenia intimidadas, ya no rugia y tenia limadas las garras, hicieron burla y escarnio de él; pero aun estamos lejos de esos tiempos que contribuyó á acelerar la administracion corruptora é improvida del Conde Duque de Olivares, hijo de nuestro Virey.

(3) Lo tarda y poco expédita que era en Nápoles la justicia, se testifica por todos los escritores napolitanos; era este un mal que parecia no tener remedio, pues aunque todos los Vireyes mas celosos y vigilantes pusieron en él la mano, el mal siempre quedó en pié. Oigamos lo que dice Cristóbal Suarez de Figueroa en la obra anteriormente citada, que tituló *Pusilipo*, pág. 79. "Los efectos de la justicia no hay duda que penden de los ministros de ella, como el bajel de los pilotos, que siendo pláticos lo llevan á su albedrío, asegurando con su saber los pasajeros de los peligros del mar, ocultas rocas y bajíos. Para conseguir este fin llevan la sonda en la mano y los ojos en la carta y norte. Sin la sonda de la razon, carta de la ley, y norte del buen zelo la nave de la justicia va perdida, pronto encalla y al improviso se pierde. Dejadas las causas civiles, cuyos límites en todos los tribunales son tan extendidos, como merecedores de cobrar veloz curso, (habiendo alguna que tardó en resolverse ciento cuatro años) será conveniente pasar á las criminales. Trátase en ellas de haciendas y vidas y honras; y así se deja considerar de cuanta importancia sean. Muchos y muy atroces delitos son los que se cometen en esta ciudad y reino (es-

cribia en Nápoles) por la muchedumbre y variedad de gente, que en uno y otro habita. A Nápoles, como á patria comun, acuden todos. Por tanto auxilio y singular favor del cielo ha menester, quien ha de domar inclinaciones tan rebeldes, quien ha de corregir costumbres tan estragadas. El piloto mas sabio y experto se atribula en las grandes borrascas, cuando conoce hallarse mal seguro el bajel en que navega. Requiere fuerte reparo el edificio que amenaza fácil ruina. Sugetos de grandes vicios, sugeto de grandes virtudes piden..... Algunos atribuyen la dilacion de lo criminal á la multitud de facinerosos. Muchos son los presos, así de esta ciudad como de otras partes, por ser sus tribunales ordinarios y de apelacion. Despáchanse cada dia no muchos respecto de los que se podrian, y cada dia entran muchos para no salir en algunos años. Que esto proceda por culpa de abogados, de escribanos y procuradores no tiene duda. De mala gana unos y otros remiten el provecho que les resulta de tan largos términos. Así dilatan las causas todo lo que pueden; y pueden mucho con notable daño de las partes."

"Llaman por eso todos á la Vicaría, Consejo ó Sumaria, destruccion de haciendas y de vidas, y aun no se diga perdicion de infinitas almas, reducidas á desesperacion. Son por este respeto aquellas cárceles sepulcros de los míseros desvalidos que carecen de medios. Vivos están enterrados, padeciendo desnudez y hambre. Allí faltos de aire limpio (*) viven, ántes mueren desconsolados. Impacientes sobre todo porque el billete y recado del persona-

(*) Copiamos segun está impreso; pero parece que el autor debió escribir *no viven*.

je pudo acelerar el despacho del nuevo crímen y detener y olvidar los mas antiguos. Esta verdad es tan grande que en varios tiempos ha sido menester ir á menudo á Vicaría uno de los Regentes de Colateral á despachar causas sumariamente por temor de las enfermedades contagiosas. Sábese por experiencia salió de las cárceles la peste, si tal vez la hubo en la ciudad. Mas aquel expediente que por ventura en alguna ocasion pareció acertado para evitar la causa del contagio encendió peste mortal en la jurisdiccion de la justicia. Hubo alguno de los mayores ministros que entendiendo hacer relevado servicio á S. M. pobló las galeras de cuerpos corruptos, que apenas fueron allí plantados cuando murieron. Porque para semejante lugar son á propósito sugetos sanos, de años y miembros robustos; no como los de aquellos flacos y débiles. Salia, pues, el pobre desfigurado á la visita. No escuchaban su razon: atropellaban su descargo: y trás ligero delito, largo dispendio y prision, le pedian se concertase para galeras, que en su lenguaje es lo mismo que convenirse con el Rey. Hacíalo en fin estimando salir de un infierno para otro, donde, si en el primero no comia ni vestia, en el segundo, aunque mal, participaba de ambas cosas. Crecido era el número de casi inocentes que allá iba, digo, de casi, respecto de las penas menores que merecian. De suerte que si las causas caminaran por la brevedad de sus términos, activándolas como se debia, no se siguieran semejantes inconvenientes, como peligro de peste y necesidad de aplicar penas no merecidas."—Grande, pues, es el mérito del conde de Olivares que quiso con su actividad y su celo poner remedio á tamaños males.

XIX.

Don Fernando Ruiz de Castro (1), conde de Lemos, marqués de Sarria, vino por Virey de este reino por el Rey Filipo III en el año 1599 en el mes de octubre, y tomó su posesion (2). Trujo consigo á D. Francisco de Castro, su hijo. Comenzó á ejercitar su oficio, cargo ó gobierno con muy grande autoridad: fué un señor tan católico y caritativo que se (*) comulgaba, así en palacio como fuera, á las obligaciones de obligacion de su hábito, ponia la boca en tierra ántes de comulgarse, llorando infinitas lágrimas, de manera que hacia enternecer y edificaba á los que le veian.—De allí á seis meses, año de 1600, en el mes de marzo, le vino órden de S. M. para que fuese á Roma á dar la obediencia en su nombre como nuevo Rey al Sumo Pontífice Clemente VIII, como lo hizo, partiéndose á 9 del dicho mes, llevando consigo á la condesa su muger, para que besase el pié á su Santidad. Las prevenciones y órdenes que para su partida se hicieron con la entrada que hizo en Roma y acompañamiento que llevó va escrito aparte al folio 248 (**).

(*) Este *se* debe ser equivocacion del ms., pues el sentido pide *si comulgaba*, *etc.*

(**) En varias partes de este escrito se habrá visto que el autor se refiere á otros capítulos de su obra; pero segun se ha dicho en el prólogo, estos no han llegado á nuestras manos.

Don Francisco de Castro, su hijo, quedó gobernando cual interino; y lo hizo con tanta grandeza y autoridad que todos quedaron muy contentos y satisfechos, dando sus audiencias así secretas como públicas, despachando los memoriales que se daban al siguiente dia; y cuando salia á misa á la capilla Real, lo hacia con tanta autoridad como si hubiese ejercitado muchos años este cargo; y admiraba mucho que un mozo de veinte años supiese representar con tanta autoridad este cargo; y así es muy justo se estime y alabe, tanto que habiendo llegado á noticia de S. M. su buen gobierno, mandó escribir una carta á su padre, agradeciéndole mucho el viaje que habia hecho á Roma á dar la obediencia en su nombre, y de la autoridad con que lo habia hecho; y que estaba muy satisfecho de este servicio, y en ella un capítulo que decia: "Dareis de mi parte las gracias á D. Francisco de Castro, vuestro hijo, agradeciéndole lo bien que lo ha hecho en servirme por vuestra ausencia, en ese mi reino; y pues ha descubierto en él tan buen talento, asiguralde que tendré cuenta de su persona empleándole en mi servicio:" la cual carta mandó su padre leer en voz alta estando comiendo.

De ahí á pocos dias (que) vino de Roma, estando gobernando su cargo el dicho conde de Lemos, cayó enfermo S. E.; y viéndose peligroso de la vida, escribió á S. M. suplicando que si nuestro Señor fuese servido disponer de su persona, quedase en el gobierno de este reino D. Francisco de Cas-

tro, su hijo, hasta que llevase á su madre á España, pues S. M. habia tenido tan buena satisfaccion de su gobierno. Respondió S. M. con una carta escrita toda de su puño, diciendo: "He visto lo que me pedís, y si nuestro Señor os llamase para su servicio, es mi voluntad que quede gobernando ese mi reino D. Francisco de Castro, vuestro hijo, hasta otra órden mia, como por esta lo mando—Yo EL REY."

Convaleció de la enfermedad; y cuando estuvo bueno, fuése con la condesa á Puzol á tomar remedios, holgándose por espacio de dos meses; y luego se volvieron á Nápoles; y por el calor de las caniculares fueron á estar de casa á Chiaya al palacio de D. Pedro de Toledo; y de ahí á seis meses volvió á caer malo, por lo cual los médicos ordenaron que mudase aire, y así se entró en palacio Real en sus aposentos, en donde vino á crecer la enfermedad, de la cual fué nuestro Señor servido llamarle para sí. Pasó de esta vida á mejor con grandísima lástima de toda esta ciudad, muger é hijos (3).

NOTAS.

(1) Los condes de Lemos descendientes por línea recta de los Osorios, de quienes dimanan tambien los marqueses de Astorga, los condes de Altamira, los de Villanueva de Cañedo, los marqueses de Valdunquillo, los de Cerralvo y otras ilustres casas, eran de los mayores seño-

res de Galicia. Hijuela de su casa fué la de los marqueses de Villafranca. El título de conde de Lemos lo dió Enrique IV á Per Alvarez Osorio en los primeros años de su reinado, y la importancia de sus estados era tanta, que son los mismos que se dieron con idéntico título al condestable de Castilla, conde de Trastamara, nieto del Rey D. Alonso XI, y primo hermano de los Reyes de Castilla y Navarra. Don Fernando Ruiz de Castro fué VI conde de Lemos, Villalba, Andrada, marqués de Sarria. Llegó en las órdenes militares á comendador mayor de Alcañiz y de la Peña de Martos, y realzó la nobleza con sus enlaces, pues estuvo casado con Doña Catalina de Zúñiga, hija de Doña Isabel de Borja, marquesa de Denia, nieta de San Francisco. De este enlace tuvo varios hijos, siendo el primogénito el célebre conde de Lemos D. Pedro Fernandez de Castro, de qnien luego hablarémos, por haber sido tambien Virey de Nápoles y de los que mas honraron este cargo. Pasemos á tratar del gobierno de D. Fernando.

(2) Comenzó entregándose á los proyectos de magnificencia y engrandecimiento del reino á que le llamaba su espíritu elevado, cuando le sacó de estos agradables cuidados la conjuracion que tramó en Calabria Tomás Campanella, fraile dominico. Giannone la describe por menudo, no es menester que aquí repitamos sus palabras. Salido de este molesto negocio, quedóle el afan que le daban los turcos, quienes, á su vuelta de Roma, al mando de Amurat Rais, aparecieron con seis bajeles en los mares de Calabria, y desembarcando tropas á las riberas del golfo de Scalea, proyectaron saquear esta tierra y la circunvecina. Don Francisco Spinelli, Príncipe de Scalea, rechazó á los bárbaros, aunque perdiendo él la vida. La condesa de

Lemos hizo concebir al Rey Felipe la idea de visitar su reino de Nápoles, y el conde viendo que el palacio Real de Nápoles, edificado por D. Pedro de Toledo, habia de ser pequeño para recibir á su Señor y corte tan numerosa como brillante, proyectó la construccion de otro mas suntuoso y magnífico, y con permiso del Rey encargó los planos al célebre arquitecto Fontana: sirvió despues de habitacion á los Vireyes. Muerto el conde sin concluirlo, cupo esta gloria á D. Francisco de Castro su hijo. Este palacio que es uno de los mas hermosos y elegantes de Europa, creen algunos equivocadamente que fué del todo obra de D. Pedro Fernandez de Castro por no reflexionar que hubo dos condes de Lemos Vireyes de Nápoles. Además de estos gastos durante su vireinato se hizo su donativo al Rey de un millon y docientos mil ducados.

(3) Muerto el conde, su cuerpo fué trasladado, con toda ceremonia debida á su clase, á la iglesia de la Cruz de los hermanos menores donde se le hicieron grandiosos funerales. Su gobierno duró dos años y tres meses, y fué notable por su prudencia y por las excelentes leyes que publicó para corregir abusos. De él heredó su hijo mayor D. Pedro el amor y aficion á las gentes instruidas. Antes de ir de Virey á Nápoles tuvo en su casa con el empleo de secretario al famoso poeta Lope de Vega Carpio, que despues de la desgraciada expedicion de la Invencible, volvió á la corte desacomodado y sin medios. Dice Montalvan en la *Fama póstuma á la vida y muerte de Lope de Vega*, que fué el último dueño de este ingenio, y que lo fuera siempre á no haberle dejado para casarse. Lope recordaba con gusto este destino, y escribiendo al conde de Lemos, hijo, le dice, excusándose de que le hable en estilo familiar

Mostrara yo con vos cuidado eterno
mas haberos vestido y descalzado
me enseñan otro estilo humilde y tierno.

Y mas adelante hablando de las virtudes del padre, reproducidas en sus tres hijos, dice:

Como del sol miramos procediendo
la luz, el resplandor y el calor cuando
nuestro corto compás le está midiendo
Tal en vos, en Francisco, y en Fernando
vemos del sol que el mar de España esconde
tres vidas que le están representando.

XX.

Por su muerte (del conde de Lemos) se dió la posesion de Virey al señor D. Francisco de Castro (1), su hijo, en virtud de la carta de S. M. hasta acabar el trienio de su padre, con patente de S. M. de Lugarteniente y Capitan general. Gobernó con gran satisfaccion, sin perder punto de su autoridad, no obstante ser mozo de veinte años, que fué la mayor grandeza.—Partió con muy gran beneplácito de todo el reino en general por lo mucho que lo querian por su buen gobierno y afabilidad. —De la misma manera quedó muy contento el señor conde de Benavente, porque en todas las visitas que se hicieron le mostró gran subordinacion y obediencia; aunque no por esto se perdieron las

debidas ceremonias, tomando cada uno lo que le tocaba por razon de su cargo, sin perderse en cosa alguna el decoro. Llevó consigo á la señora condesa de Lemos, su madre viuda, que iba por camarera mayor de la Reina Margarita, nuestra Señora, que hacia mas de dos años le tenia hecha merced de dicho cargo.—Asimismo llevaron estos señores en su compañía el cuerpo difunto del señor conde de Lemos su marido, y padre, que como queda dicho murió gobernando este reino, y estaba solo, depositado en el convento de la Cruz.—El sentimiento grande que hicieron estos señores y otros muchos aficionados y amigos del difunto, no se puede significar, cuando le sacaron de su depósito. Solo lo que en este particular puedo decir (es) que fué tal como el dia de su entierro, porque se renovaron los dolores primitivos del dia que pasó de esta presente vida á la eterna (2)."

No quiero pasar en silencio por curiosidad lo que en una visita que el señor D. Francisco de Castro hizo en Puzol al nuevo Virey conde de Benavente, que como dejo dicho se trataron muy familiarmente, y fué que sobre las ceremonias el señor D. Francisco queria al parecer mostrar que deseaba le precediese el señor conde de Benavente; así se adelantó en la entrada de una puerta en querer que entrase primero el dicho señor conde, el cual no permitiéndolo le tiró del ferreruelo, queriendo que entrase adelante, y dijo el señor D. Francisco: "Señor, ya que V. E. me quita el cargo no me

quite la capa;" y con una risa alegre le respondió S. E.: "No se quita á los lugartenientes porque no la tienen (3)."

NOTAS.

(1) Admirable es por cierto el seso y prudencia que manifestó este jóven para el mando, sin embargo de sus pocos años. Veinte le da nuestro autor; Giannone solo se alarga á veinte y tres. Aunque solo lugarteniente le hemos puesto en párrafo aparte como Virey, porque obtuvo este cargo por nombramiento de la corona. Gobernó hasta el mes de abril de 1603, completando el trienio de su padre, y publicó diez sesudas pragmáticas. Resistió á los turcos y contuvo las correrías del Bajá Cicalá, que saqueó á Regio, segun De Thou lo cuenta en su historia.

(2) Sus méritos propios y la proteccion de la casa de Sandoval, omnipotente en aquel reinado, y con la cual tenia próximas relaciones de parentesco, aumentadas por el enlace de su hermano el conde de Lemos D. Pedro con Doña Catalina Sandoval, hija del Duque de Lerma, hicieron que no parára aquí su ilustre carrera. Fué embajador en Roma y despues Virey de Sicilia, cuyos habitantes quedaron satisfechos de su mando, no desmintiendo en la madurez de sus años las muestras que habia dado en Nápoles en el verdor de la edad. La muerte sin sucesion de su hermano mayor el conde en 21 de noviembre de 1623 le proporcionó heredar su ilustre casa, cuando aun estaba en años de poder saborear los alhagos de la grandeza. Con esto aumentó con su propio patrimonio las grandes riquezas que disfrutaba por su

muger Doña Lucrecia Legnan de Gatinara, condesa de Castro y duquesa de Taurisano, de quien tuvo dos hijos en que se veia reproducido. Sin embargo de favorecerle de este modo la suerte se disgustó del mundo, y entró monge benito. No sabemos la causa que obró esta revolucion en su espíritu. Manuel de Ocampo, natural de Madrid, escribió *Carta al Conde de Lemos sobre entrarse religioso,* que imprimió en esta capital año 1630, segun D. Nicolás Antonio: por ella acaso se traslucirá alguna cosa. Murió el conde en 1637.

Despues de escrito lo anterior hemos logrado una nota del archivo del Excmo. señor duque de Alba, en cuya casa está refundida la de Lemos en que se dice: " Don Francisco de Castro, conde de Lemos, de Villalva y de Castro del Rey, marqués de Sarria, duque de Taurisano, del Consejo de Estado y Comendador de Hornachos en la Orden de Santiago, despreciando todos estos honores y riquezas por entregarse todo á Dios en el estado de monje, tomó el hábito de San Benito en el monasterio de Sahagun en Castilla la Vieja, obispado de Leon, en 19 de setiembre de 1629, habiendo sido ántes embajador en Roma y Virey de Nápoles y Sicilia por el Rey de España. Llamóse en la religion Fr. Agustin de Castro, y deseoso de mayor observancia y austeridad, se retiró al priorato de San Eufrasio, que hoy es priorato del monasterio de San Julian de Samos de este reino de Galicia, en donde vivió con su maestro de novicios Fr. Anselmo Vidal, haciendo una vida de anacoreta. Posteriormente fué á Madrid, pero se ignora porque causa ó motivo, y estando allí le sobrevino una enfermedad de que murió en el mes de setiembre de 1637, y se le sepultó en el enterratorio de sus mayores. Hubo en la religion de San Benito otro hijo

igualmente de los Excmos. señores condes de Lemos, profeso en el monasterio de San Vicente de Salamanca, y se llamó fray Juan de Castro: fué abad del monasterio de Búrgos, posteriormente obispo de Taranto y electo de Córdoba: murió ántes de posesionarse del obispado, y fué muy señalado y esclarecido en letras, virtud y penitencia."—Don Francisco de Castro podia tener cuando murió unos 55 años.

(2) Las palabras de D. Francisco de Castro y del conde de Benavente, que transcribe aquí nuestro autor, que por cierto nada tienen de particular, manifiestan el extraordinario respeto con que los napolitanos miraban á los Vireyes, recogiendo cualesquiera dichos de su boca como si fuesen oráculos. A esto contribuia la gravedad y decoro que es instintiva en el carácter español, y que entónces se unia á la arrogancia que daba á nuestros compatriotas la idea de su superioridad sobre las demás naciones.

XXI.

Don Juan Alfonso Pimentel de Herrera (1), conde de Benavente, entró á gobernar su cargo de Virey de Nápoles, lugarteniente y capitan general por el Rey Filipo III, á . . . de abril de 1603. Hizo alto en Gaeta, adonde, habiendo dado aviso de su llegada, se le hizo el recibimiento y honras acostumbradas á los demás señores Vireyes, que hayan venido á este reino con dicho cargo, como queda es-

crito en las entradas que hacen los Vireyes (*), que es el órden que hasta ahora se ha tenido y de aquí adelante se tiene de tener y observar.—De aquí vino á Puzol, adonde se le hicieron las visitas y ceremonias acostumbradas, adonde se entretuvo por espacio de veinte y dos dias, holgándose y dando tiempo á que el señor D. Francisco de Castro pusiese sus cosas en órden, y con su comodidad desocupase el puesto. Despues de haberse hecho las acostumbradas visitas y prevenciones para la entrada, saliendo el señor D. Francisco de Castro acompañado (como es sólito) del Baronese, Ciudad, Colateral, tribunales, continos y la mayor parte de la nobleza de Nápoles por ser de todos en general amado y bien visto, haciéndosele de los castillos la salva general como á Virey, se fué á casa de Mergollino, adonde hizo alto hasta tanto que se le diesen galeras para su viaje. Gobernó el Colateral dos dias que hubo de vacancia, dando las órdenes verbales para todo lo que era menester para la entrada de S. E.

Lúnes siguiente entró el señor conde de Benavente con 12 galeras en Nápoles, adonde le estaba prevenido el ponte y acompañamiento acostumbrado, con el cual vino hasta palacio. Al siguiente dia fué al arzobispado á dar el juramento; y habiéndole

---

(*) Se escribirá en el segundo capítulo de este escrito último que se publica.

dado comenzó á ejercitar su cargo de Virey y capitan general con aquella grandeza que acostumbran los señores de esta tan ilustre casa, continuándolo en todo su gobierno. Trujo consigo á su mujer y seis hijos muy galantes; y de ninguno de ellos se sintió jamás mocedad, ni liviandad, que es ordinario en los Príncipes mozos y libres.—Vino en su tiempo el Príncipe de Asculi, al cual S. E. tuvo alojado con toda su casa en un cuarto (habitacion) por algunos meses. Asimismo al marqués de Santa Cruz y á la marquesa su mujer muchos dias. Tambien tuvo al Adelantado de Castilla con la condesa su mujer, que venia de España por general de la escuadra de las galeras de Sicilia, y estuvieron tambien hospedados y muy regalados por algunos dias con mucha grandeza.

De ahí á dos meses mandó S. E. hacer un famoso torneo en la plaza de armas, adonde concurrieron todos los titulados, caballeros mozos, así italianos como españoles, á dicho torneo, como se escribe en las semejantes fiestas que se acostumbran hacer en palacio.—De ahí á un mes vino el señor duque de Mantua con cuatro galeras de Florencia á Puzol, para tomar remedios, el cual estuvo algun tanto confuso como tambien lo estuvo el de Benavente sobre como se habian de tratar, como mas largamente se dice cuando se habla de este particular á folio .... Asimismo en este mismo tiempo vino á esta ciudad con seis galeras el generalísimo de las galeras de Francia con su gran

estandarte: en su ingreso que va escrito aparte, se verá la grandeza con que fué recibido á fol.

Fué este señor tan severo, tan justo y tan celoso de la justicia que no la perdonára á su propio hijo. Tuvo particular cuidado de la grasa: fué muy celoso de la honra de las viudas, doncellas y eclesiásticas personas. Fué tan caritativo que cada dia daba infinitas limosnas á los pobres, que venian á palacio, oltre las que hacia secretas á caballeros pobres y pasajeros, que pasaban de este reino á otros. Ofrecióse en su tiempo que un D. Francisco, siciliano, habia tomado el arrendamiento de moler los trigos y traer la harina para la grasa de esta ciudad, la cual de ordinario come mas de mil tumbanos de trigo cada dia, que cada tumbano es como una fanega de España. Habia este D. Francisco concertádose con el conservador del grano de esta ciudad, que le consignase cada dia todo el trigo que le pidiese, sin que se hiciese introito ni éxito (se le tomase razon de las entradas ni las salidas) ni del trigo ni de la harina, por lo que hurtaron él y sus compañeros mas de 800,000 tumbanos de trigo, vendiéndole á las islas convecinas á menor precio, á los casales de Nápoles, pasteleros y macarroneros, escondidamente de noche. Fué de manera que no habia quedado trigo para dos meses en todas las fojas y conservadero de la ciudad. Y viendo S. E. el grande aprieto y peligro de hambre en que se via este pópulo y ciudad, mandó llamar á Miguel Vaez, conde de Mola, por haber tenido noticia de

la grande inteligencia que tenia en los reinos extranjeros, para que con todo y particular cuidado hiciese venir cantidad de naves de aquellas partes, cargadas de trigo, y esto fuese con toda la brevedad posible, por el gran aprieto y confusion en que se hallaba en tan urgente necesidad, como las hizo venir y se escribe en el impreso del generalísimo de Francia á folio 229. Prendióse al dicho D. Francisco, arrendador del trigo, y lo trujeron á casa de D. Diego de Veza, presidente de la Sumaria, el cual se dió tan buena maña, que escapó por otra puerta, y se fué á Roma en hábito de jesuita, llevando dos pares de anteojos por transformar el rostro. Tuvo S. E. noticia del caso, y trató por medio del embajador de España que estaba en Roma: pidióse á su Santidad licencia para podelle prender, adonde se hallase, como se la dió; é hizo tan buena diligencia, que le prendieron y trujeron preso de Roma á Nápoles, donde le pusieron en la cárcel: diéronle tormento: confesó el delito, y condenáronle á muerte á él y á otros dos compañeros; y confirmó la sentencia el Sacro Consejo. Fueron muchos jesuitas, frailes y otros muchos caballeros á pedir á S. E. que le mandase cortar la cabeza, como á caballero que pretendia serlo. Respondióles que el que habia vivido como ladron, era justicia muriese como tal; y así mandó que le ahorcasen luego á él y á sus compañeros. Pusieron sus cabezas, pies y manos en unas rejas de hierro encima de la puerta del conservadero del trigo de esta

ciudad con el letrero, nombre y delito de los delincuentes.

Sucedió asimismo ponerse fuego al monasterio de la Cruz, frontero de palacio, el cual se quemára todo si no lo hubiera mandado socorrer enviando á sus propios hijos, y él mismo mirando de su corredor las diligencias que se hacian, dando voces acudiesen todos al remedio de aquel incendio, mandando se derribase una pared de la cortina del refitorio para que el fuego no entrase en la iglesia, como se derribó y remedió é apagó el fuego por la misericordia de nuestro Señor.—Asimismo sucedió que en el territorio de Benevento, ciudad del Papa, habia una hostería, que confinaba con el territorio de S. M. en este reino un tiro de arcabuz de una jurisdiccion á la otra, en la hostería estaban mas de 400 bandidos, saliendo de noche conmoviendo y robando á todas las tierras convecinas, jurisdiccion de S. M.; y luego se pasaban á dicha hostería, sin que la justicia Real pudiese prenderlos; y así escribiendo S. E. al gobernador eclesiástico de Benevento le diese licencia para poderlos seguir y prender; respondió que no podia dársela sin órden de S. E.; y habiendo escrito muchas veces al embajador de España que residia en Roma tratase con S. S. se la diese para prender dichos bandidos, que acudian á dicha hostería, no fué posible alcanzarla, diciendo se vendria á perder la jurisdiccion eclesiástica. Por lo que tomó (por) expediente para la extirpacion de dichos ban-

didos de comprar aquella hostería de dineros de S. M., como en efecto la compró; y teniendo buena inteligencia con los tabernarios que allí puso de su órden, que eran del reino, que le diesen señal con lumbres de noche cuando los bandidos estuviesen recogidos en dicha taberna, dió órden al caballero Fontana, ingeniero mayor, que secretamente fuese á un lugar que estaba cerca de dicha taberna, territorio Real, y que de allí hiciese una mina, la cual llegase hasta debajo de la dicha taberna secretísimamente, poniendo en ella los barriles de pólvora necesarios para podella volar; y que estuviese muy bien atento cuando el hostero hiciese la señal para que luego diese fuego á la mina y se volase, como todo se hizo, volando la taberna con mas de cuarenta bandidos que estaban dentro, habiendo primero salídose fuera los hosteleros. Ofendióse mucho de esto el gobernador de Benevento, que era un obispo, escribiendo á S. S. el caso para poner papelones de excomunion. Su Santidad mandó al embajador de España escribiese á S. E. de como habia roto la justicia eclesiástica; á lo que respondió S. E. no habia roto tal, sino que habia quemado una hostería de S. M., y que no habia prendido ninguno en el término de la Iglesia. Fué tomada en risa estratagema tan rara, y del Colegio de Cardenales celebrada como de S. S., el cual mandó no se hablase mas de ello.

Vino órden de S. M. al conde de Benavente que procurase por todos los caminos que mejor le pare-

ciesen el desempeñar una gran deuda, que esta fielísima ciudad tenia; en virtud de la cual se puso una gabela sobre la fruta que importaba 90,000 ducados al año en beneficio de la dicha ciudad; y habiéndola arrendado, los arrendatarios hicieron dos casas muy grandes de madera con sus pesos, la una en mitad del mercado de esta ciudad, y la otra en la marina, para poder tomar cuenta y razon de la fruta que entraba: y en la del mercado hizo pintar algunos santos al rededor de ella para que no se ensuciasen ú orinasen allí. De lo que el cardenal Aquaviva, arzobispo de esta ciudad, envió dos clérigos citados para que diesen de blanco á todos aquellos santos que allí estaban pintados; los cuales fueron con tanta bulla y alboroto con muy gran tropa de gente menuda y vil gritando todos *viva el cardenal Aquaviva*; y con este tumulto, dando de blanco á los santos, fué tanta la gente que acudió que derribaron la casa, sin dejar memoria adonde estaba, perseverando siempre aquella plebeya gente *viva el cardenal Aquaviva.* Por que llegando á noticia de S. E. mandó tomar informacion de tal atrevimiento y desvergüenza, enviando á dar parte de ello al cardenal, diciendo pudiera su Señoría Ilustrísima haberlo ordenado, que él lo hubiera mandado quitar sin haber habido el rumor y alboroto que sucedió contra la jurisdiccion Real. Apuntáronse estos dos señores así por esto como por otras cosas en razon de jurisdiccion, de lo cual se dió parte á S. S. y á S. M.; por lo que vino órden al

cardenal Aquaviva que fuese á Roma, y á S. E. que mandase rehacer dicha casa y gabela que habia puesto en beneficio de la ciudad: hizóse todo luego conforme á las órdenes.

Tuvo cuatro parlamentos generales en su tiempo, en los cuales esta fielísima ciudad y reino dieron á S. M. grandísimos donativos; y en particular le dieron y concedieron por medio de S. E. la sal toda que tocaba al reino de Nápoles, que S. M. estaba obligado á dar al reino de Nápoles á cada fuego, que importó ochocientos mil ducados al año, que fué el mayor donativo y servicio que jamás los Reyes han recibido de esta fielísima ciudad y reino.—Hizo S. E. siete fuentes en el camino Real que va á Pozzoreal, para recreacion de los ciudadanos pasajeros y viandantes y comodidad pública. Asimismo hizo venir á Santa Lucía el agua del Formal, adonde hizo una muy suntuosa fuente. Tambien hizo que dicha agua del Formal fuese por todo el burgo de Chiaja con nueve fuentes hasta Mergollino é iglesia de nuestra Señora de Pié de Erveta, que nunca la habia tenido, que fué la mayor grandeza y recreacion universal que se ha visto.—Hizo gran parte del Palacio Real que habia comenzado el conde de Lemos D. Fernando. Salió de esta ciudad con grandísima grandeza y beneplácito general muy contentos todos de su gobierno.

NOTAS.

(1) Lope de Vega, que apenas dejó de celebrar á ningun hombre ilustre de su tiempo, escribe así en un jardin alegórico, que describe á Francisco de Rioja, y el cual supone tenia las estatuas de todos los hombres célebres de su tiempo, hablando de D. Juan Alonso Pimentel

Y puse por octava maravilla
al claro Pimentel de Benavente
á quien las nueve dan décima silla.

Por su nacimiento era de los principales personajes de España. Además de conde de Benavente, lo era de Mayorga, comendador de Castro Toraf y Trece de Santiago. Antes de ir de Virey á Nápoles tuvo igual cargo en Valencia, y á su vuelta de aquel reino hiciéronle Presidente de Italia, mayordomo mayor de la Reina y del Consejo de Estado. Estuvo casado en primeras nupcias con Doña Catalina de Quiñones, sexta condesa de Luna, y en segundas con Doña Mencía de Zúñiga y Requesens, marquesa viuda de los Velez y señora de las baronías de San Andreu, Rosanes, Martorell y Molins del Rey en Cataluña. De ambas tuvo sucesion. Falleció en 7 de noviembre de 1621. Al lustre de su nacimiento añadió eminentes prendas personales, como se verá por su gobierno en Nápoles.

(2) Llegó á Nápoles, segun Giannone, el 6 de abril de 1603; y desde el dia que llegó su aplicacion continua fué la recta y pronta administracion de justicia, sin que ni las iglesias sirviesen de asilo á los criminales. Tuvo serias contestaciones con los eclesiásticos acerca de la bula de Gregorio XIV sobre la inmunidad de las iglesias: dióle en

que entender el estado de la hacienda pública por los grandes impuestos y continuos dones que exìgia de sus provincias la penuria de la monarquía: tuvo á raya algunos tumultos que ocasionaron los nuevos arbitrios de que tuvo que valerse, y los perjuicios que hacian al comercio los monederos falsos, cuyos latrocinios evitó mandando que no se tomase sino al peso la moneda: persiguió á los corsarios turcos y destruyó sus guaridas: dió caza á los bandidos que desolaban la Calabria, y aunque no logró exterminarlos, porque su número era inmenso, los obligó á desbandarse y ocultarse: á todo subvino su actividad y su prudencia. Los napolitanos hubieran querido que su vireinato fuese eterno; mas los privados que gobernaban á Felipe III tuvieron á bien que le substituyese el conde de Lemos. Fué Benavente Virey de Nápoles poco mas de siete años, y en ellos dejó perpetuos monumentos de su rectitud, y muestras indelebles de su magnificencia. Hizo mas de cincuenta pragmáticas, y todas, dice Giannone, grabadas con el sello de la circunspeccion y de la prudencia. Adornó á Nápoles con dos magníficos paseos, enriquecidos de suntuosas fuentes: mandó construir el puente y reedificar la grandiosa puerta que conduce al burgo de Chiaja, por cuyo motivo fué llamada Puerta Pimentela; y además de algun otro edificio notable, hizo en la isla de Elba, sobre la costa de Toscana, edificar el Fuerte Pimentel, y en el reino los suntuosos puentes de la Cava, de Bovino y de Benevento.

XXII.

Don Pedro Fernandez de Castro (1), conde de Lemos, vino por Virey lugarteniente y capitan general por el Rey D. Felipe III, sucediendo al de Benavente. Visitáronse con mucho amor, grandeza y cortesía, conforme queda ya dicho. Hizo su ingreso en la forma que los demás Vireyes. Comenzó á ejercitar su cargo con mucha grandeza, vistiéndose el manto Real, llevando los pajes descubiertos y en cuerpo, y al caballerizo á pié y al estribo, dando llave dorada á su camarero mayor, á todos los gentiles hombres de cámara y copa; y asimismo á los pajes de cámara y á los demás mozos de cámara de retrete y estrado, guardaropa y porteros, llave pavonada, que eran infinidad de llaves; trayendo asimismo S. E. la llave dorada de la Cámara de S. M. como gentil hombre de ella.

Abrazó los negocios de este reino con tanta voluntad y amor, trabajando y notando de su puño, como si fuera un escribiente del escritorio; abrazó mucho, y por sus enfermedades le ordenaron los médicos que no trabajase tanto.—Dejó por memoria de su gobierno el estudio y escuelas (2) que hizo fabricar sobre unos edificios, que el duque de Osuna el viejo, habia comenzado, dedicándolos para caballería Real. Gastáronse en ellos mas de 100,000 ducados. Sucedió en su tiempo el incen-

dio del fuego del Palacio Real donde S. E. vivia, dia de San Esteban, donde acudió toda la gente de guerra, entretenidos, continos, la chusma de las galeras, y animosamente se echaron al fuego, por lo que se reparó, aunque se quemó el oratorio y otras dos ó tres cameras y sala del palacio viejo, con algun daño de ropa que no se pudo salvar.—Tomó muestra general en las Padulas á toda la gente de guerra, ajustó las rentas reales, y situó la infantería, caballería, continos, entretenidos, plazas muertas y castillos. Envió al estado de Milan mucha gente, socorriéndola de aquí. Vino en su tiempo el Príncipe de la mar Filiberto Emanuel, hijo del duque de Saboya y sobrino de S. M.: hízole muy gran recibimiento y le hospedó en su palacio por muchos dias, haciendo comedias, torneos, festines y suntuosísimos banquetes muy á lo Real; despues se disgustaron no digo el por qué, por no ser de necesidad para esta materia.

Gobernó por espacio de seis años con mucha grandeza, guardando mucha justicia y mirando mucho por el beneficio de S. M. y su Real servicio. Sucedióle D. Pedro Giron, duque de Osuna; pero porque los dos no estaban muy corrientes, no quiso aguardarle, y para este efecto procuró carta de S. M. para que pudiese dejar por lugarteniente al señor D. Francisco de Castro, su hermano, el cual estaba en Roma y habia de pasar al reino de Sicilia por estar proveido por Virey de aquel reino, sucediendo el dicho señor duque de Osuna. Vínole la

carta y así se partió, dejando como queda dicho á su hermano gobernando, como gobernó hasta que entró Osuna, con mucha satisfaccion de todo el reino, como otras dos veces lo habia hecho.

NOTAS.

(1) Dulce y agradable debe ser el nombre de D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, á todos los amantes de las glorias españolas; no precisamente por lo que se distinguió en el gobierno de Nápoles, y eso que fué uno de sus mejores Vireyes, sino por lo que protegió las letras ántes de ascender á aquel eminente puesto, en él y despues que volvió á España. Llenas están las dedicatorias y los libros (*) de aquel tiempo de elogios de

---

(*) He aquí algunos elogios y testimonios de los mas célebres poetas de aquel tiempo en favor del conde de Lemos. El fénix de los ingenios, Lope de Vega, dirigió al conde, siendo Presidente de Indias, una Epístola, es la XIV del tomo I, pág. 447, en que entre otras cosas le dice que todos los que le conocian dejaban su generoso nacimiento por alabar su divino ingenio, y aquella penetracion para hallar los arcanos de la naturaleza.

¿Qué hará quien decir puede que ha llegado
al ara del altar divino vuestro,
corrido el velo, y la deidad tocado?
En dulce trato del discurso nuestro
(perdonad el lenguaje) os tuvo y quiso
por señor, por Apolo, y por maestro.

Despues de una ausencia de seis años, volvió el conde á las riberas del Tajo y llamó á Lope, que lo refiere así:

nuestro conde. Rodeábanle los literatos para obtener sus favores, y unos á otros trataban celosos de impedirse el acceso hasta el liberal magnate. Véase lo que se lée en el Pasajero del doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, Alivio VIII, fol. 378 vto., hablando de los patronos que habia buscado para las obras que compuso. "Califiqué, dice, la segunda obra con el nombre esclarecido de un señor de antigua nobleza y autoridad en el reino de Galicia. Presidió un tiempo en el Supremo Tribunal de las dos Indias, gobernando en verde edad con madura prudencia. Trasladáronle desde allí sus méritos al vireinato de Nápoles, cuyos confines lograron por su valor seis años de entera felicidad.—Don Luis. Justo fuera no excluir en esta ocasion el conocimiento, siendo facilísimo á ministro tan grande dar la mano á quien pusiera á sus pies cualquier ofrenda.—Doctor. Intentélo, mas impidióme la en-

---

Yo que pensé que en mi profundo abismo
ya no tenia redencion de veros
Mecenas, perdonad el hispanismo,
Me ví, porque gustais de engrandeceros,
con divina piedad de vos llamado,
fuese curiosidad, ó fuese Autheros.

Refiriendo la elegancia de los versos y del estilo del conde, dice:

No escribís, como dicen de los nobles,
que como hombre de bien canta fulano;
sino que moveréis piedras y robles.
Estilo superior, divina mano,
pluma sutil de peregrino corte,
arte divino, contrapunto en llano.
Sois del mar de escribir lucido norte;
pero diréis que son lisonjas estas
como me dan los aires de la corte.

trada un eclesiástico, á quien entregué la obra dirigida. Dificultóme tanto la audiencia por las muchas ocupaciones, que resolvió mi cólera no esperarla. Valíme tambien de un médico que dió muerte en vez de salud á mi esperanza. Hallé tan sitiado al conde de ingeniosos, que le juzgué inaccesible, como si no tuviese por costumbre el sol dar luz á muchos. Desahuciado, pues, de este homicida familiar (cuya intencion sin duda no fué buena, por haber considerado estrecha provincia la que es tan dilatada para entrar, aparte del señor que la habia de gobernar) dí vuelta desde Barcelona á Madrid sin hablar ni ver el rostro del que habia sido el principal motivo de mi viaje."—(Edicion de Madrid 1617, en 8.°)—Otros fueron mas afortunados que el doctor Figueroa, á quien es natural que su carácter envidioso y díscolo hiciese enemigos que le impidiesen los medros. Los Argensolas fueron fa-

---

Aunque, si son verdades manifiestas,
díganlo las epístolas divinas
que os escuché con tal primor compuestas.
. . . . . .
sino me parecieron la armonía
del estrellado celestial concierto
. . . . . .
No solo á Ovidio y á Virgilio imita
mas los excede en dulce y grave estilo
y de ellos, como fénix, resucita.

Lope además escribió dos cartas al conde, cuando estaba este retirado en Monforte; tomo XVII, pág. 402. La primera fecha de Madrid á 6 de mayo de 1620, contestando á la demanda que S. E. le hacia de que buscase *sugeto* (asunto, hoy se tendria por galicismo) de una comedia para la fiesta del Rosario, y le da su dictámen de no poderse escribir segun el libro de los *Milagros del Rosario*, proponiéndole el medio: confiésale que es su hechura y pondera cuan-

vorecidos del conde; el inmortal Cervantes encontró en él reparo á su pobreza. Los primeros le acompañaron á Nápoles, yendo Lupercio con el cargo de secretario de Estado con órden de llevar consigo todos los literatos españoles que quisiese para darles los empleos de su palacio, y poder descansar á su lado de las faenas de la gobernacion; y aunque Cervantes con sentimiento propio no fué de los elegidos (culpa sin duda de los Argensolas) vivió siempre tan agradecido á los favores del conde que no le olvidó en sus trabajos, que queriendo llevar su agradecimiento mas allá de los términos de la vida, le dedicó entre las ansias de la muerte la novela de *Persiles y Sigismunda*. Modelo memorable de la gratitud de un ánimo noble, que debió hacer gran mella en el alma del conde; y que debe alentar á los magnates á no ser ingratos con

---

to desea servirle; háblale al fin de sus ocupaciones literarias. La segunda es fecha tambien en Madrid á 9 de julio de 1620, y en ella le envía el tercer acto que espera ha de corregir S. E., y le remite un librito que salió en Sevilla.

Don Luis de Góngora tambien dedicó al conde de Lemos un soneto desde Monforte, adonde el cardenal D. Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, fundó una universidad. Otro escribió á la pasada de los condes de Lemos por los puertos de Guadarrama. Otro al conde, cuando fué de Virey á Nápoles, y una cancion á la nueva falsa que desde esta ciudad vino de su muerte, etc. Hállanse estas composiciones en sus obras.

Cristóbal de Mesa, escritor fecundo, natural de Zafra, que residió mucho tiempo en Italia, fué tambien de los favorecidos del conde, como lo dice en una Epístola que le dirigió, y está en sus Rimas al fin del *Patron de España*, donde se leen estos versos:

El favor que me dás, es la coluna
que me sube y levanta desde el suelo
no solo hasta el reino de la luna.

las letras. Bien merece este su protector decidido que le consagremos algunas líneas, pues la biografía que á principios de este siglo se le dedicó en la magnífica coleccion de retratos de personajes ilustres que publicó en folio marquilla la imprenta Real, no puede bastar á satisfacer á los curiosos.

Fué este caballero hijo primogénito de D. Fernando Ruiz de Castro, VI conde de Lemos, de quien ya se ha hablado, y de Doña Catalina de Zúñiga, hija de la marquesa de Denia, Doña Isabel de Borja, nieta del célebre duque de Gandia San Francisco. Nació en Madrid por los años de 1576. Crióse en el seno de su propia familia, que no descuidó darle aquella educacion generosa y varonil, ya entónces harto descuidada, que produjo tantos héroes entre la nobleza, y que la casa de Castro se esmeró en

---

Mas hasta donde alumbra el Rey de Delo
con rayos de su luz, aquella esfera
de inmenso resplandor del cuarto cielo.

Solicitaba le llevase consigo á Nápoles como se vé en estos versos:

Tú cuando de Virey lleves el cargo
de donde tiene túmulo el Mantuano,
segun la voz comun de tiempo largo,
Yendo á regir con sabia invicta mano
la ciudad del sepulcro de Gaeta
y á Capua antigua que fundó el Troyano;
No me dejes rendido á mi planeta
en este reino en el estrecho estado
en que cruel fortuna me sujeta,
Tú vencer puedes el rigor del hado
y en felice, trocar mi adversa suerte,
que en la vida me tiene sepultado;

dar en todos tiempos á los suyos. "Siempre en esta antiquísima casa dice Espinel (en el *Escudero Márcos de Obregon*, Rel. 1.ª, Desc. 23, pág. 103) han llevado y llevan esta grandeza de ánimo y cortesía como se ha parecido y parece en el que ahora la posée;" y añade hablando del conde: "que desde niño tierno, descubrió tanta excelencia de ingenio y de valor, acompañado de ingenuas virtudes que habiéndole puesto su Rey en los mas preeminentes oficios y cargos que provée la monarquía de España, ha sacado milagroso fruto á su reputacion; siendo muy grato á su Rey, muy amado de las gentes subordinadas á su gobierno y muy loado de las naciones extranjeras." Giannone en su historia de Nápoles, ignoro de donde lo tomó, dice que cultivó las ciencias en la universidad de Salamanca. Felipe II, Príncipe que sabia cono-

---

Que pues tu siervo soy hasta la muerte
de llevarme contigo ten memoria
y sufriré mi mal hasta la muerte.

En otra Epístola al mismo conde, yendo por Virey á Nápoles, pág. 152 vto. en que le da la enhorabuena por este cargo y satisfaccion de que concurra poco á su casa y de que no le escriba, como acostumbraba, versos ó algun discurso poético en prosa, á causa de hallarse enfermo cinco meses habia: quéjase de la variedad de los tiempos, pues ántes tenia por amigo á Juan Ramirez de Arellano, por cuyo medio se habia introducido con el conde, y él leia y daba á S. E. sus papeles, sin envidia y con ánimo benévolo y desinteresado; pero entónces otros impedian la aproximacion; aludiendo sin duda á los Argensolas y á otros que tomó á su lado para ir á Nápoles. En el texto hemos copiado idénticas quejas de Cristóbal Suarez de Figueroa. Dice así Mesa:

Otros en amistad no tan fieles,
de vuestro claro sol cubren la lumbre

cer á los hombres y aprovecharse de ellos, le llamó á sí, siendo aun muy jóven, y le hizo su gentil hombre de Cámara reservándole para mayores cosas. Era entónces marqués de Sarria, título de los primogénitos de Lemos. La muerte de Felipe II estorbó sus designios; pero Felipe III los realizó con creces. Dióle las encomiendas de Santibañez y de la Zarza en la órden de Alcántara; le hizo procurador general de la misma órden, y Presidente del Consejo Real de las Indias. En 1606 el Rey de Inglaterra, hasta el cual llegó la fama de su popularidad y amable carácter, le concedió privilegio como á caballero de alta guisa para él y sus sucesores varones de dos alcones y cuatro perros *leporarios* en cada año, los mejores del reino de Inglaterra.

Acercabásele el tiempo de darse á conocer en hori-

---

gobernados por nuevos aranceles;
No me dá la privanza pesadumbre etc.

Picado ó resentido de esto intenta desacreditar á algunos de los que llevaba. Hace una pintura de los grandes ingenios de Italia, de sus Academias y de las tareas en que se ocupaban, y como honraban á los mas eruditos, habiendo tambien ignorantes como sucedia en España; en la cual pretendian gran reputacion algunos que apenas cuatro veces al año escribian á su dama cuatro coplas, ó algun soneto ó epígrama para adular á algun personaje, y en seguida añade pág. 155:

En Italia salí de aqueste engaño:
que yo, señor, hasta que en ella estuve,
nunca ví claro aqueste desengaño:
Aunque en España por maestro tuve
á Pacheco y á Hernando de Herrera,
y con Medina y Luis de Soto anduve,
Del retórico Sanchez oyente era;

zonte mas despejado. Su proceder en la Presidencia del Consejo de Indias habia puesto de manifiesto sus talentos, y convenia fuese á hacerlos brillar en beneficio de la monarquía en uno de esos mandos lejanos en que la nobleza española competia en grandeza y poder con los mayores Príncipes. Ascendido ya á conde de Lemos por muerte de su padre, envióle Felipe III en 1610 de Virey y capitan general de Nápoles. Trató de ir á su gobierno con el boato de una espléndida corte, y cuidó con particular atencion que le acompañáran poetas y literatos, segun se ha dicho, para que le distrajeran en sus ocios de las faenas y sinsabores del mando. Cuando estaba para partir al vireinato muriósele al conde el secretario que tenia, llamado Juan Ramirez de Arellano, y en la misma noche en que murió escribió á Lupercio Leonardo de Ar-

---

mas despues que cinco años traté al Taso
el estilo mudé de otra manera.
De algunos españoles haceis caso,
que en Italia vereis por experiencia
que á la falda no llegan del Parnaso.

Aunque estos versos no prueban mucho lo que Mesa aprendió de buen gusto y poesía de estilo con la comunicacion del Taso, sirven á lo menos de comprobantes para ver los zelos y porfias que habia entre los ingenios de aquel tiempo para conquistar la proteccion del conde de Lemos. En la misma epístola ofrece á este personaje la traduccion *de su Virgilio* al parecer la de la Eneida:

Por lo que mereceis, por lo que os debo
y en vuestro nombre célebre prosigo
la traduccion de mi Virgilio nuevo.

Imprimió en 1614 y publicó en 1615 la traduccion de la Eneida y no se la dedicó. No hubo de merecerlo el conde por no ha-

gensola confiriéndole la secretaría de Estado y Guerra de aquel gobierno; plaza muy lucrativa. Permítasenos una digresion sobre los requisitos que entónces se contemplaban precisos en el secretario de un gran señor, pues es un dato curioso para conocer las costumbres de aquel siglo. El tantas veces citado doctor Cristóbal Suarez de Figueroa manifiesta con su natural malicia en el *Pasajero*, (Alivio V, fol. 224 v.°) que "las personas distinguidas por sangre y grado creian desmerecer de su gerarquía cuando se explicaban en lenguaje comun propio de la humilde plebe, queriendo hallar términos exquisitos para nombrar oscuramente las cosas mas claras, por ser únicos en todo y hasta en aquello no conformarse con el despreciado vulgo." De aquí el estilo enfático, altisonante y pomposo de las comunicaciones oficiales, que dió, digámoslo así, una

---

ber atendido su pretension. Sin embargo le dedicó despues un soneto á su vuelta de Nápoles que está entre sus *Rimas*.

Don Estéban Manuel de Villegas con aquella familiaridad y franqueza que le daban sus pocos años y su carácter atolondrado, tambien dirigia al conde sus epístolas en verso. La Elegía V (bajo este nombre comprendió Villegas, no sé por qué, sus Epístolas) es una carta á Cristóbal de Mesa, escrita á principios de 1616, la cual empieza burlándose de Góngora y concluye manifestando sus deseos de volver á Madrid á continuar sus travesuras: en ella se vé que esperaba al rector de Villahermosa Bartolomé Leonardo de Argensola, su maestro, de vuelta de Nápoles con el conde, como efectivamente vino en la primavera de aquel año. La Elegía VIII está dirigida al conde y lleva este lema *Labor omnia vicit*. Trata de la vida regalada de los grandes y cuanto se aprende con los trabajos.

Porque todas las cosas á deseo
tienen tan en su punto la dulzura,
que un no sé qué de Dios en ellas veo.

Luego se vuelve al conde para que logre la ganancia de su tra-

sancion oficial al estilo que se bautizó con el nombre de Gongorismo." Para proceder derechamente y seguirles el humor, prosigue, fuera bien tener secretarios capaces; pero eran rarísimos los que podian servir con satisfaccion el tal ministerio." Con este motivo describe las cualidades que deben adornar á un buen secretario, y en esta descripcion por no poder prescindirse de su genio no dejó de flechar alguna alusion satírica, aunque embozada, contra el buen Argensola. "Conviene, dice, sean sus partes (las del secretario) en extremo subidas de punto; científico (á lo menos de letras humanas) discursivo, cuerdo, plático, experto, fiel; y que así en la presencia como con la pluma sea el honor de su dueño, conservando su reputacion (la de su dueño) y nombre con su prudencia y habilidad. Muchos conocen á los señores no mas

---

bajo, ya que está fecundado de la oratoria y de la filosofía, y dice:

Que quien tu curiosa librería
pretende ponderar, no es menos loco
que el que cuenta los átomos del dia.
Duélome y con razon de ver cuan poco
se premian los ingenios cultivados,
tanto que el cielo con las manos toco.
Y mas si considero los premiados,
en quien el idiotismo se trasluce,
como en vasos de vidrio delicados.
No, no, la gran doctrina que en tí luce
comprada á puro espíritu, y regida
de ingenio que á mil actos la reduce
A quien eternamente darán vida
los anales del tiempo: que es forzoso
que llegue á ser de todos conocida.

Sigue diciendo que él lo alabára sino se hiciera sospechoso;

que por las cartas; y por ellas miden su talento y discrecion. Así seria justo poner particular desvelo en elegirle cual conviene al descanso del señor y á los requisitos apuntados. Verdad es que tan acrisolados méritos infundiéranle al secretario (aquí entra la espigüela contra Argensola) altivez, la altivez abominacion al vos, y sobre todo á la cortedad y escasez que tienen por costumbre usar con los criados. De forma que solo á Vireyes y otros grandes ministros, es acertado servir en tales puestos; porque como acompañan al oficio aprovechamientos copiosos enriquecen con brevedad y no á costa de sus amos." Bien cabales debian brillar en Argensola los requisitos indispensables al secretario de un Virey, pues ya tenia dadas relevantes pruebas de su capacidad para tal destino. Por los años de 1585 lo habia obtenido al

---

que era un tiempo en que de todo se censuraba etc. Al año siguiente, 1617, siendo ya el conde Presidente del Consejo de Italia, le dedicó este mismo poeta la segunda parte de las Eróticas que juntamente con la primera imprimió por entónces en Nájera. La Elegía I, que es la dedicatoria, se encabeza: "A D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, marqués de Sarria, Presidente del Consejo de Italia." En pos de este encabezamiento comienza ponderando la caducidad de las cosas humanas y de los obsequios con que pudiera satisfacer su gratitud al conde; y luego, contrayéndose á la memoria de sus virtudes, dice:

Pues que cosa podrá nuestra fineza
á Vuecelencia dar, que eterna viva,
si es en todo mortal, naturaleza?
Será por dicha plata fugitiva
del Lete? Mas tu nombre, ó gran Mecenas,
memoria en todos ánimos cultiva.
Ya por la rectitud y letras buenas
como por la suave policía

lado del duque de Villahermosa, conde de Rivagorza, y habiendo sido enterada por este magnate la Emperatriz Doña María, que vivia retirada en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, de la felicidad de su ingenio, de la elegancia de su pluma, y del candor de su ánimo, tambien le dió el mismo cargo cerca de su persona ántes del año 1594. (Pellicer, Vida de Lupercio, pág. 10).

El mismo Argensola, como tan conocedor en materias literarias, fué el encargado por el conde de Lemos que buscase oficiales para la secretaría; y los mas fueron poe-

---

con que honraste el pais de las Sirenas
O ya por la modestia con que hoy dia
gobiernas desde acá toda la Hesperia
ó lo mejor de aquella monarquía.

Pero supuesto que el conde usaba á veces de Urania dice que le dará su musa, la cual alguna vez podrá ocupar las estancias del cuarto de S. E.; que no cantará cosas heróicas y elevadas, las cuales reservará para su ancianidad, sino dulces amores suyos: trata en algunos tercetos de su amor y de las bellas cualidades de la dama que adoraba y de las penas que le causaba; pide que le disculpe y ofreciéndole sus respetos añade:

Son mis abriles poco mas de veinte;
pero con mis deseos comparados
cual punto á redondez circunferente.
Tendrélos por dichosos, si mandados
fueren de tanto Príncipe; que el zelo
los hará desde luego interesados.

Concluirémos esta larga nota con lo que decia Alonso de Salas Barbadillo en la dedicatoria del *Dios Momo*, escrita en 1627. " El conde de Lemos, á quien sobre tantos títulos hizo mayor su virtud y modestia, y con ser tan cristiano que ninguno mas que él en su tiempo frecuentó los sacramentos, se entretenia mucho con este género de estudio y sus profesores, á quien dió la mano, y algunos gozan hoy por su proteccion de honradas comodidades.

tas por conformarse con la inclinacion del Virey, y hasta con sus órdenes; mas como eran muchos los pretendientes y no todos podian ser elegidos, de aquí las quejas de los que no fueron elegidos y habian solicitado ántes en tiempo de Arellano ir al lado del conde. No son extrañas estas quejas: muchos de los que eran favorecidos y amigos del primer secretario no lo eran del segundo; y estando consentidos en haber conseguido su pretension, con la muerte de aquel vieron burladas sus esperanzas; ni es extraño que Lupercio lisonjeado con todo el favor y la privanza del conde y tal vez de un genio fuerte y demasiado celoso de su favor, apartase de su lado á los hombres beneméritos que podrian perjudicarle y menoscabar su poder, ó á aquellos que por su carácter no estuviesen dispuestos á reconocer su supremacía. En la Vida de Cervantes de D. Martin Fernandez de Navarete, pág. 420, puede verse quienes fueron los preferidos.

Pasemos á dar una idea del gobierno del nuevo Virey. A su entrada en Nápoles encontró exhausto el reino y el tesoro, entrampados los pósitos, desprovistas las arcas militares. Ni la ciudad tenia medios de surtirse de granos, ni la guarnicion esperanza de ser pagada. Aplicóse á hacerse bien quisto de todos para que los impuestos se pagasen con menos disgusto: mandó reconocer las cuentas de la ciudad y del reino para evitar los fraudes y castigar los ya cometidos; y con una sabia economía hizo renacer la abundancia. No descuidó tampoco la exacta administracion de la justicia: velaba sobre los magistrados; y hubiera incurrido en su desagrado aquel en quien hubiese notado la omision mas leve. Protegió las letras y las artes: hizo un magnífico edificio para universidad, de que hablarémos luego mas detenidamente (nota 2): protegió

las academias que se abrieron bajo su patrocinio; y amante del ornato público embelleció la ciudad con costosos monumentos: á su munificencia debieron los jesuitas su colegio de San Francisco Javier, y el público los molinos que estableció en las afueras junto á la puerta Nolana. Extendió sus cuidados al resto del reino; y haciendo construir nuevos puentes hizo mas cómodas y fáciles las comunicaciones por tierra. Mas beneficios hubiese debido el reino á su benevolencia si su gobierno hubiese sido mas largo, dice Giannone, de quien extracto toda esta relacion. Conforme con ella es la que hace Gil Gonzalez Dávila en su Historia de Felipe III, lib. II, cap. LIII, si bien en algunas partes la amplia. "La ciudad de Nápoles, cabeza de aquel fertilísimo y poderoso reino debe mucho al conde, dice este escritor. En el principio de su gobierno edificó los palacios Reales, donde habitan sus Vireyes, con la grandeza, magnificencia y majestad que merecen, como morada de Emperadores y Reyes; y en la hermosura y exterior del edificio vencen á lo mejor de Italia, y él mismo como Príncipe amador y tutelar de las letras, que las honró y sublimó con premios y coronas públicas, consagró á los estudios públicos de aquella ciudad opulenta uno de los mayores edificios mas costosos y nobles que hoy tienen las letras en toda la cristiandad..... De no menor admiracion á estas fábricas que merecen la inmortalidad de la memoria, añadió otra que mira á la virtud del bien público. Mandó cegar y agotar en la provincia y tierra de Labor, llamada de los antiguos Feliz, las lagunas que con la abundancia de sus aguas iban talando la tierra, y con sus exhalaciones consumiendo la salud de los vecinos, ayudando para ello las salidas y avenidas de los rios Elanio y Lagino. Con este

beneficio el aire quedó sereno y la salud mejorada, y lo que era pantano sirve hoy de fertilísimo campo donde se hacen cosechas muy abundantes, en que gastó mas de trescientos mil ducados. Ilustró la ciudad de Nápoles, hermoseándola con abundancia de aguas, sacadas del Monte Vesubio, conduciéndolas con expensas públicas: y son tantas que bastan á regar sus jardines y huertas, y para la molienda de treinta ruedas."—Hasta aquí Gil Gonzalez Dávila.

Uno de los cuidados de los Vireyes españoles fué siempre dar ejemplo de piedad y de respeto á la religion cristiana al mismo tiempo que reprimian y contrarestaban las pretensiones de la autoridad eclesiástica sobre la potestad civil. El conde de Lemos fué de los que mas se distinguieron en este punto; pero su piedad era sincera y le salia del corazon. No bien nombrado Virey tomó carta de hermandad del General de la Camándula de San Rufino. Llevó por confesor á F. Diego de Arce, religioso francisco, que además de poder dirigir sabia y prudentemente su conciencia, pudiese hacerle agradable sociedad, instruyéndole en puntos bibliográficos en que era muy inteligente. Fué este religioso natural de Cuenca, conventual de la provincia de Cartagena; y á su esmero y providencia debia el convento de San Francisco de Murcia su extensa biblioteca ennoblecida con excelentes obras, pues era insaciable en recoger libros y adornar y enriquecer las librerías; y para promover en los religiosos igual solicitud escribió un opúsculo sobre la antigüedad y provecho de ellas, de la estimacion que de ellas deben hacer las repúblicas, y las obligaciones que tienen los Príncipes de fundarlas, aumentarlas y conservarlas. La comunicacion con ellas no fué para él estéril, como lo muestran muchos libros de diver-

sas materias que escribió; y unos se imprimieron y otros quedaron manuscritos. Residió algun tiempo en Casano en la Calabria; y el Rey D. Felipe III queriendo sacarle de allí y traerle mas cerca de su persona por las excelentes noticias que de él tenia le eligió para obispo de Tuy; pero el que todo lo gobierna tenia dispuesto otra cosa, y murió sin salir de Casano el 1.° de enero de 1617. (*Lafuente, Diario histórico,* tomo I, pág. 32 y 33—*Alcázar, Vida de San Julian, obispo de Cuenca,* fol. 236.) Por este estilo eran las gentes de que se rodeaba el conde.

Del vireinato de Nápoles fué promovido á la Presidencia del Consejo de Italia. Confiriróle el Rey esta dignidad en 1615 para remunerar los servicios que le habia hecho en aquel reino. y en el nombramiento le distingue con singulares relevantes expresiones; siendo entre ellas que descargaba en su instruccion y prudencia las materias árduas que en el Supremo Tribunal se tratan concernientes á la paz, justicia y buen gobierno de los estados de Nápoles, Sicilia y Milan. (*Archivo del señor duque de Berwich y Alba, á cuya casa está en el dia unido el condado de Lemos*). Este destino le proporcionó nuevos motivos de acreditar su política, y de hacer uso de los preciosos y abundantes recursos de su ingenio; y siendo naturalmente activo y estando en edad de poder consagrarse al trabajo, su eleccion fué un bien para los negocios de aquellos paises. Mas era imposible vivir en la corte y en tan elevado puesto sin tener necesidad de mezclarse en enredos palaciegos, mucho mas con los parentescos y relaciones del conde.

Cuando Felipe III comenzó á escasear su favor al duque de Lerma, desbancado este de la gracia del Rey por su propio hijo el duque de Uceda (que entre los que fre-

cuentan los salones reales no hay sangre), viéndose Lerma en extremidad tan dolorosa para un ambicioso que ha sido adorado como árbitro de tan vastos imperios, se esforzó en conciliarse la gracia del Príncipe de Asturias que tenia 13 años, con la esperanza loca de que los rayos de este nuevo astro disiparian las nubes aglomeradas, que le privaban la vista del sol poniente. Para mejor asegurar el éxito de esta tentativa, interesó á sus yernos el conde de Lemos y D. Fernando de Borja, sugeto dotado de un juicio exquisito y de un profundo conocimiento de los negocios, ambos gentiles hombres de la Cámara del Príncipe y deudores de su alta dignidad al duque. Encontró este en ellos la gratitud, que no pudo hallar en su propio hijo, unida al vigor del espíritu y á la sublimidad del genio. El conde de Lemos y Borja empezaron luego á hacer valer sus buenos oficios con el Príncipe en favor del privado, á quien amaban como padre. Representáronle para esto la incapacidad de Uceda, y se extendieron sobre las virtudes, la experiencia y talentos politicos del duque, cuya afliccion consolaron de este modo por un momento alentando su esperanza. Esta intriga dió resultado opuesto al que se buscaba. Enterado el Rey de ella, lejos de prolongar el crédito del primer ministro, aceleró su caida; y la corte que hacia al Príncipe, convirtió en el Rey la indiferencia, con que ya le miraba, en aversion decidida. Por otra parte el conde de Lemos gozaba tal favor del Príncipe que conversaba con él frecuentemente muchas horas despues de recogerse. Para evitar el Rey todo inconveniente prohibió para en adelante estos entretenimientos nocturnos. No se obedeció su órden, y sentido de ello, separó los oficiales de la Cámara de su heredero que eran confidentes de Lemos, y nombró Virey de Aragon á Don

Fernando de Borja, sobrino y ardiente partidario del nuevo favorito.

Lemos, en quien el mando y la fortuna habia creado un carácter imperioso, creyó ver en la separacion de los oficiales y en el destierro de su compañero un ultraje y una injusticia hechas á él mismo; y tuvo el atrevimiento de pedir al Rey cuenta de las razones que le habian obligado á alejar á D. Fernando del servicio del Príncipe de Asturias, declarando que si Borja era desterrado de la corte él le acompañaria en su retiro. Terribles pruebas eran estas para un monarca de ánimo apocado, como Felipe III; pero en esta ocasion supo sostener su autoridad, haciendo violencia á su natural, y con tono irritado replicó al conde que el vigor que acababa de ejercer con D. Fernando era un acto de su inmutable voluntad, y que si él persistia en su resolucion lo dejaria dueño de acompañarle en su destierro. El conde humillado con respuesta tan severa en boca de un monarca tan dulce, trató de que el Consejo de Italia representase á favor de Borja; pero no habiendo adelantado nada por este medio, despues de haber apurado todos los recursos, se retiró de la corte penetrado del dulce consuelo de haber tanteado todos los medios de obtener el favor Real y de haber cumplido con Borja todos los deberes que le imponian la mas tierna amistad y la caballerosidad mas delicada. Desde entónces mostró en toda su conducta la mas noble independencia y la mas alta dignidad de carácter.

Retiróse, pues, en 1617 á Monforte desde aquella corte en que tantos aplausos obtenia ejerciendo la Presidencia del Consejo de Italia. Su vida en Monforte era la de un sabio que se retira del bullicio del mundo. El cuidado del gobierno de sus estados y del bienestar de sus

vasallos formaban sus ocupaciones: los libros, la correspondencia amistosa con los literatos ausentes y la gustosa conversacion con los que acudian á visitarle, los pasatiempos de los muchos ratos que le quedaban ociosos. Todavía permanecia en Galicia el 8 de agosto de 1621 cuatro meses despues de la muerte de Felipe III. Este suceso debia variar su posicion y convertir en triunfo su desgracia. Pero tambien los dias del conde tocaban á su término; y cuando la fortuna sacándole de su retiro parecia prepararle nuevos y mas gloriosos destinos falleció el 19 de octubre de 1622 á los 40 de su edad. Su complexion no debió ser de las mas robustas y su aficion al trabajo acabó de arruinarla. Ya en Nápoles habia estado enfermo, y de allí se extendió á España la falsa noticia de su muerte, que fué llorada por nuestros poetas. No dejó sucesion, aunque estuvo casado con su prima Doña Catalina Sandoval, hija del gran cardenal duque de Lerma, por cuyo motivo recayeron sus estados en su hermano D. Francisco, á quien ya hemos visto gobernando á Nápoles como lugarteniente en tiempo del vireinato de su padre, por medio del cual prosiguió la ilustre casa de Castro hasta su biznieto D. Ginés Francisco de Castro y Portugal, XI conde de Lemos, caballero del Toison, Virey de Cerdeña, en quien se acabó la línea varonil á principios del siglo XVIII.

La fama de literato que tuvo nuestro conde de Lemos D. Pedro, ni fué usurpada ni comprada á la adulacion y al hambre de los escritores de su tiempo por medio de sus continuas dádivas y socorros, segun han creido algunos. Si en los elogios de Cervantes, los Argensolas y otros tuvo alguna parte la gratitud, túvola no menor la justicia. Su comedia de *La Casa confusa*, que se repre-

sentó en Lerma con gran aplauso y asistencia de la corte, algunas poesías líricas en que ensayó su estro, y la descripcion que siendo Presidente del Consejo de Indias escribió de una provincia de aquellos dominios, y dedicó á su padre, acreditando su cultivado talento, justifican la ficcion de Cervantes de la corona que en la batalla del Viaje al Parnaso le adjudicó Apolo y le remitió á Nápoles con Mercurio.

(2) La universidad de Nápoles fué fundada por el Emperador Federico II para que sus naturales no tuviesen que acudir á fuera en busca de la instruccion; y mandó que en ninguna otra parte del reino se pudiese enseñar. Restauróla el Rey Roberto llamado el *Sabio;* otro Rey sabio, D. Alonso V de Aragon, la organizó de nuevo; mas ninguno cuidó de que las letras estuviesen bien alojadas. Los profesores dieron antiguamente sus lecciones en San Andrés de Nido; lugar poco á propósito para los ejercicios públicos, y así tuvieron que retirarse al patio que sirve de pórtico á la iglesia de Santo Domingo de Padres Predicadores, donde tenian tres salas; la primera destinada al estudio del derecho canónico y de la lengua griega; la segunda para el derecho civil, y la tercera para cátedra de los que se llamaban artistas. Esta estancia era insoportable y poco decente, porque por un lado el ruido de los escolares era un continuo motivo de escándalo para la iglesia vecina; por otro el incómodo sonido de las campanas ahogaba la voz de los profesores. El conde, como gran protector del saber, no pudo sufrir que la universidad permaneciese en tal estado; y llamando al célebre arquitecto Fontana le mandó qne preparase una mansion digna de la majestad de las ciencias que en ella se enseñaban. Fontana preparó el plano del edificio fuera de la

puerta de Constantinopla, en el mismo sitio en que Don Pedro Giron, duque de Osuna, habia establecido las caballerizas Reales. Comprendia un gran salon para los concursos y públicas controversias, y salas capaces para contener gran número de estudiantes. Ninguna universidad de Europa podia en aquel tiempo gloriarse de tener tan magnífico edificio; y si hasta entónces habian estado mal alojadas en Nápoles las ciencias, gracias al conde lo estuvieron como muy pocos soberanos. Aun llama la atencion por sus magníficos pórticos y las perspectivas enriquecidas de estatuas de una escultura delicada. Nada dejaria que desear si las inscripciones que se colocaron en mármoles hubieran sido de mejor gusto: los jesuitas que entónces dirigian la instruccion en la amena literatura no lo tenian. No pudo ver este Virey concluida su gran obra porque le vino su relevo; y aun así gastó en ella ciento cincuenta mil ducados que se exigieron al reino; cantidad enorme en aquellos tiempos. Aun sin concluir la obra, deseando tener bien alojados los estudios los hizo trasladarse allí cuando las habitaciones estuvieron en estado de ser habitadas; y para dar una muestra pública de su proteccion asistió con la magistratura á la toma de posesion el año 1616, y los regentes del colegio y los profesores de la universidad estuvieron vestidos á la española.

Bien conocia el Virey que no bastaba para que floreciesen los estudios que tuviesen un cómodo edificio si carecia la universidad de buenos y atinados reglamentos; y así dió diversos que se encuentran en el cuerpo de pragmáticas de aquel reino. Confirmó la rectoría al capellan mayor: prescribió el número de oficiales y lo que deben hacer para velar por los intereses de la universidad: arregló cuanto concernia á los protectores y al rec-

tor, y el modo de elegirlos; y cuanto tocaba á los bedeles, al maestro de ceremonias, al capitan de la guardia y los porteros. Tenia tambien formado el proyecto de establecer una gran biblioteca, y de antemano hizo el reglamento para el uso y conservacion de los libros, y aun sobre las funciones del bibliotecario. En fin fundó en la universidad una capilla y dotó un capellan, prescribiendo las fiestas que debian celebrarse en ella. De todas las disposiciones que dió respecto á los profesores, fué sin duda la mas útil la de mandar expresamente que todas las cátedras se diesen por oposicion. En cuanto á los escolares los obligó á que se matriculasen: quiso que fuesen examinados, cuando pasasen de la gramática á las otras ciencias: prescribió el órden que se observaria en las controversias públicas, y tomó otras varias providencias. Estas leyes se juzgaron tan atinadas que nadie dudó de su conveniencia; aunque al principio hubo descuido en practicarlas; así aquel mismo año D. Pedro Giron, duque de Osuna, que sucedió al de Lemos en el gobierno, publicó una nueva pragmática, recordándolas todas, y mandando fuesen inviolablemente ejecutadas.

Estando hablando del impulso que dió á las letras el de Lemos, no podemos resistir á la tentacion de trasladar aquí lo que dice Giannone de las academias que en su tiempo se fundaron. "Los Príncipes, dice, y los depositarios de su autoridad inspiran casi siempre á los otros hombres los sentimientos buenos ó malos de que les dan ejemplo con su conducta. La aficion que el conde tenia á las buenas letras y la proteccion que las dispensó, promovieron en Nápoles la misma aficion en gran número de personas, que las cultivaron con buen éxito; y se renovó el instituto de las academias establecidas en

tiempo de D. Pedro de Toledo. La que se tituló de los *Ociosos* se distinguió sobre todas; nació bajo los auspicios del cardenal Brancaccio, y tuvo sus sesiones en el claustro del convento de Santa María de las Gracias. Juan Bautista Manso, marqués de Villa, era su *Príncipe* ó Presidente; y algunas veces se reunia tambien en Santo Domingo el Mayor, en la sala en que se conservaba en pie la cátedra desde donde Santo Tomas explicaba sus lecciones. No fueron solo los literatos los que quisieron ser miembros de la academia de los *Ociosos;* la nobleza y los señores que tenian algun rastro de buen gusto pretendieron tambien tomar parte en ella, y entre otros D. Luis Caraffa, Príncipe de Stigliano, D. Luis de Capua, Príncipe de la Riccia, D. Felipe Gaetan, duque de Sermoneta, D. Cárlos Spinelli, Príncipe de Cariati, D. Francisco María Caraffa, duque de Nocera, D. Juan Tomas de Capua, Príncipe de Rocca Romana, D. Juan de Capua, D. Francisco Brancaccio, D. Juan Bautista Caracciolo, D. César Pappacoda, el P. Tomas Caraffa, dominicano, D. Hector Pignatelli, D. Fabricio Caraffa y D. Diego de Mendoza. Aun contando en su seno todos estos personajes, su mayor lustre lo sacó la academia del conde de Lemos que honraba á menudo sus sesiones con su presencia, y leia en ella sus composiciones, recitando en cierta ocasion una comedia que fué extremadamente aplaudida. Cuantos sabios se habian adquirido la mas notable reputacion aspiraban por este motivo al mismo honor, de cuyo número fueron el caballero Juan Bautista Marini, Juan Bautista de la Porta, Pedro Lassena, Francisco de Petris, el consejero Scipion Teodoro, Julio Cesar Capaccio, Ascanio Colelli, Tibero del Pozzo, Antonio María Palomba, Juan Andrés de Paolo, Pablo Marquis, Juan

Camilo Cacace, que despues fué regente, Nicolas Antonio Mamigliola, Octaviano Sbarra y otros. Al mismo tiempo hubo otra academia que tambien se hizo célebre, cuyo presidente era D. Francisco Caraffa, marqués de Anzi, y tenia sus sesiones en el claustro de San Pedro de Majella, y por socios á Tiberio Caraffa, Príncipe de Bisignano, á Monseñor Pedro Luis Caraffa, á Juan Mateo Ranieri, á Octaviano Caputi, á Scipion Milano y á algunos otros. Preciso es convenir, sin embargo, que era tal la condicion de los tiempos, que entre todos estos partidarios de las ciencias y de las buenas letras no se hallaba aquella claridad y elegancia, que se vió en seguida al fin del mismo siglo. La jurisprudencia dió pocos pasos, y los profesores y abogados, cuyo número se habia aumentado, seguian la misma senda que sus padres, substituyendo el pedantismo y una erudicion indigesta á las verdaderas dotes de estilo: la filosofía encerrada en los claustros estaba privada de la libertad, y los frailes continuaban su enseñanza por su pernicioso método escolástico; para ser médico era preciso declararse *Galenista*; los jesuitas eran los únicos depositarios del estudio de las lenguas, particularmente de la latina; la poesía desnaturalizada parecia no hacer su habitacion sino en cerebros descompuestos; en fin la historia solo por pocas personas era tratada con aquella dignidad que exige. Solo pueden presentarse en contraposicion de este cuadro algunas honrosas excepciones que cita Giannone, y que dejamos allí por no alargar demasiado esta nota. El mismo autor es quien traza el presente cuadro.

Las academias no son capaces de crear el buen gusto cuando no existe; y por la misma razon que en determinadas circunstancias dan excelentes frutos, puede en otras

presentar su creacion muy graves inconvenientes. Del mismo modo que bajo el imperio de un gusto depurado, son un firme antemural contra las invasiones de todo aquello que puede pervertirlo y corromperlo, y sus individuos centinelas vigilantes que impiden al enemigo entrar á traicion en sus floridos dominios; creadas cuando el mal gusto impera, le sirven de atrincheramiento contra toda beneficiosa reforma. En España tuvimos de esto un ejemplo en este mismo siglo XVI: las academias solo sirvieron para autorizar la decadencia del gusto.

Pero adviértase que cuando el conde de Lemos no lograba levantar de su postracion la literatura italiana, ni con su aficion ilustrada, que tan seguro influjo suele ejercer sobre todos los que rodean al poderoso, ni fomentando con su proteccion fundaciones de tanta importancia como estos cuerpos literarios y la universidad, las letras españolas estaban en el auge de su brillo. Cervantes le dedicaba la segunda parte de su Quijote, en nada inferior á la primera; y en las obras de este autor, en la *Historia* de Mariana, en el *Gobernador cristiano* del P. Marquez y en las elucubraciones de otros insignes españoles, brillaba en toda su majestad y pureza la prosa castellana, mientras Francisco de Rioja sacaba de la lira española los sones mas elegantes y puros que jamás dió, siendo sus versos buenos, no con relacion al tiempo en que se escribieron, sino con una bondad tan absoluta, que en este siglo que blasona de ilustrado por los adelantos que ha hecho en todas materias, han merecido los aplausos de Italia, traducidos á su lengua por un napolitano amigo de la buena poesía. Sirva esto de aviso á los que suponen que la corrupcion literaria pasó de España á los italianos, atribuyéndola á nuestra dominacion y á la inoculacion

que hizo ella en aquel país de nuestros gustos é ideas. Esta opinion sostuvo á fines del siglo pasado el abate Bettinelli; y en pos la adoptó, como una disculpa de los desvaríos en que incurrió su patria, el abate Tiraboschi en su excelente historia de la literatura italiana. Las sabias plumas de otros dos abates Lampillas y Andrés salieron con copia de escogida erudicion á la defensa de España; la primera con exaltado entusiasmo patriótico, la segunda con una calma y circunspeccion que hacen mas terribles sus argumentos. Y aunque el abate Tiraboschi al echar en cara á Lampillas lo exagerado de su apasianada apología se deshace en elogios del juicio, ciencia y urbanidad del abate Andrés, concluye que persiste en su opinion, no habiendo logrado convencerle sus razones. No es esto extraño, porque no hay nada mas ciego que el amor propio de un literato; y es mas fácil grabar en un diamante que en su mente ideas nuevas, borrando las que ya habian tomado posesion de ella, y mas si es necesario que se humille á confesar que andaba errado. ¿Qué diria el abate Tiraboschi si se le demostrase por la pintura que los propios autores italianos hacen del estado de sus letras á principios de 1600, que el que tiene por hijo nació ántes que el que bautiza con el título de padre; es decir, que el mal gusto de Italia precedió en algunos años al de España? ¿Qué diria si sacando de este principio las consecuencias precisas, se le probase que la corrupcion del gusto en Italia contribuyó al de nuestros escritores?

Pero algun tiempo fué moda suponer á los españoles el orígen de todo lo malo que existia en los pueblos que habian dominado; y hartas culpas propias tenemos de que dar cuenta á Dios, para que nos carguemos con las agenas. Mas justo fuera que se hubiese publicado lo mucho

que debió Italia en estas materias al imperio español, desde que se sentó en el solio de Nápoles la estirpe de los Reyes aragoneses. El primero de ellos, Alonso V, á quien por su prudencia y su cordura dió el título de Sabio, rodeado siempre de todos los hombres distinguidos de su edad, aficionado á la lectura de los buenos libros que le consolaban en la paz y le acompañaban en la guerra, puso en moda el amor á las letras; hizo conocer los buenos modelos; y entre la proteccion que dispensó á otras ciencias, fué el primero que dió impulso al útil estudio de la numismática. Los españoles y los italianos no son los únicos que le dieron el nombre de protector de las letras; su fama se extendió á mas paises, y autores extranjeros le saludan con el mismo dictado. El polaco Stanislao Wartchewiczki, autor del siglo XVI, dedicando á Sigismundo Augusto, Rey de Polonia, su traduccion latina de las *Historias etiópicas* de Heliodoro, le presenta como ejemplo al Rey Alfonso, colocándolo al lado del Emperador Augusto. *Hanc ob causam* (dice en la dedicatoria) *et ex iis, qui sub ditione M. tuæ sunt, ex aliis gentibus libenter ad M. tuam scripta mittunt, vetere et gravissima consuetudine; sicut olim ad Augustum, ad* Alphonsum neapolitanum regem *et recenti memoriæ ad patrem M. tuæ mittebantur.* Uno de los regalos que hizo á Nápoles fué su hijo Fernando, educado en el seno de la sabiduría. Por los consejos de Laurencio Valla, Antonio Panormitano y otros sabios de su corte, cultivó su espíritu en las letras no menos que su cuerpo en el ejercicio de las armas, encargando su direccion á los mas excelentes maestros; uno de los cuales fué Borgia, obispo de Valencia, papa despues con el nombre de Calisto III. Con tal educacion Fernando no solo fué apoyo de los literatos, sino que mereció ser colocado en

su clase, como se vé por algunos discursos llenos de elocuencia, y algunas cartas colmadas de discernimiento y buen gusto, que se conservan de su ingenio. Así es que nada que no llevára el sello del saber y de la elegancia le acomodaba á su lado, y nadie era admitido á secretario ó á oficial de la chancillería sin ser buen humanista. Antonío Petrucci, su primer secretario, era discípulo de Laurencio Valla, de quien aprendió la pureza de la lengua latina y bebió la aficion á otras varias ciencias en que llegó á ser muy versado; y el segundo, Juan Pontano, que sucedió á Panormitano despues de su muerte, fué varon excelente, que se granjeó una reputacion superior á la del sabio á quien substituia, pues aun se conserva en Italia la fama de la vasta extension de sus luces y de su experiencia en la lengua del Lacio. Cuidó además este Rey de llamar á la universidad de Nápoles los mejores profesores de su tiempo; y sabiendo la gran fama que Constantino Lascaris disfrutaba por su saber, quiso atraerle á ella señalándole crecidos honorarios.

La ilustracion del siglo XV se ha atribuido generalmente á los griegos que se refugiaron á Italia, cuando Constantinopla cayó en poder de los turcos. Los griegos hasta el último instante de la existencia de su imperio cultivaron las letras y tuvieron infinidad de personajes llenos de erudicion: basta respecto á humanidades citar el Comentario de Custatio sobre Homero, y en cuanto á jurisprudencia el cuerpo de leyes y de cánones recogido por Leunclavio y por Freher. La mayor parte de estos sabios que huyeron con sus bibliotecas de la esclavitud de los turcos se refugió en Nápoles; muchos de sus nombres han sobrenadado á las aguas del olvido como los de Manuel Crisolora, Besarion, el citado Constantino Lascaris, Tra-

pezuncio, Gaza, etc.; sus ejemplos fueron beneficiosos á la ilustracion; los libros que trajeron un medio poderoso para adelantarla; pero la equidad exige que digamos que no hubieran encontrado favorable asilo si los Reyes Don Alonso y D. Fernando no hubieran enseñado á estimar la ciencia, ni esta hubiese fructificado, si ambos no hubieran preparado el terreno. Estos Reyes habian hecho lo mas por la restauracion de las buenas letras; la venida de los griegos no hizo mas que auxiliar su desarrollo. El buen Rey Fernando que elevó el reino á un estado de grandeza cual hacia mucho tiempo no habia tenido, lo engrandeció en la parte literaria como en la política; y la universidad restaurada por él llegó á ser tan célebre por los grandes hombres que produjo, que entre las gracias y privilegios que pidieron los napolitanos al Gran Capitan, una fué que la conservara tal cual este monarca la habia constituido.

El amor al saber se conservó entre los hijos de este Monarca; y pudo decirse que estaba vinculada en los descendientes de la familia aragonesa dominante en Nápoles. Bajo el imperio de esta casa nació Jacobo Sannazaro, elegante escritor y poeta, tanto en lengua latina como en la vulgar italiana; y sus obras hicieron época como acostumbran las de los ingenios privilegiados: vivió bajo la dominacion del Gran Capitan y de los primeros Vireyes españoles sin que esto perjudicase á su delicada pluma. Por el mismo tiempo vivia en Nápoles el conde Baltasar Castiglion, autor de una obra de purísimo estilo, que sus compatriotas llamaron libro de oro. No debió pocos alientos este autor á la proteccion española. Aunque nacido en Mántua y criado en la corte de los duques de Urbino, que le enviaron por embajador á Enrique VIII de Inglaterra,

á Clemente VII y al Emperador Cárlos V, para tratar negocios de importancia, se aficionó á servir á este poderoso Monarca, árbitro del pueblo que entónces daba la ley al mundo: el Emperador le hizo obispo de Avila, cargo que no quiso admitir por no hacerse sospechoso al Papa, y honróle con su confianza hasta un grado que Cárlos V no dispensaba á muchos. Murió este prelado en Toledo en 1529; y á la inspiracion del suelo español debió la bondad de alguna de aquellas elegías latinas, que Scaligero preferia á las de Propercio; y á la observacion de nuestra brillante corte algunas de las mejores páginas del *Cortesano*, y parte de aquella delicadeza y elegancia de estilo que lo caracteriza. Luis Tansilo, excelente poeta, amigo de Garcilaso de la Vega, es favorecido de Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y obtiene un puesto entre sus familiares con titulo de *Contino*, y si en tiempo de este Virey que á causa de las ideas libres y anticatólicas que bullian en las cabezas de la mayor parte de los literatos mientras Lutero daba libre curso á sus ideas en Alemania, fué muy contenido el gobierno en fomentar ningun género de erudicion, los tribunales de Nápoles contaron doctores, que sino en novedad de doctrina, en elocuencia y gusto literario entraban en competencia con los mejores de Europa.

Si las letras, y sobre todo el gusto, decayeron despues, culpa no fué de los españoles bajo su imperio llegaron al auge de su perfeccion; y esta influencia venenosa, que se les atribuye, tan perjudicial parece que debia serles en tiempo de Cárlos V como en el de Felipe III; así á ser cierta tenia que ahogar á las primeras y descaminar al segundo desde la cuna sin permitirles arribar al estado floreciente á que llegaron. Causas superiores á la flaqueza

humana produjeron su degradacion. Todas las cosas de este perecedero globo que habitamos, tienen tres estados, infancia, complemento y declinacion; y á nadie es dado contener este curso invariable de la naturaleza. Nunca estan las cosas mas cerca de su decadencia que cuando ya han llegado al completo desarrollo que les es permitido; y lo que ántes nace, ántes llega á la debilidad de la senectud. Por esta razon la literatura italiana que se perfeccionó con anterioridad á la española, llegó ántes á su decadencia, sin que esta que estaba todavía en su robusta virilidad pudiese tener parte en ella. ¿Y cómo habia de tenerla? ¿Por medio de los libros españoles que se leian en Italia, como en todo el resto de los paises civilizados? Pero estos acabamos de decir que estaban en general mejor escritos que los italianos. ¿Por medio de los literatos españoles, que acompañaron á los Vireyes en especial al conde de Lemos y formaban su corte, que inocularon el veneno del mal gusto á los escritores italianos que los rodeaban? La decadencia italiana era anterior, y no podian contagiar á los italianos de defectos qne no estaban contaminados. Los principales literatos que acompañaron á Lemos fueron los dos hermanos Argensolas; y estos poetas, aunque no de brillante imaginacion, poseian un gusto acendrado, un estilo puro, un conocimiento profundo de las rígidas formas de la belleza antigua, que resalta en sus escritos; y justamente dijo Lope de Vega que habian venido de Aragon á Castilla á enseñar el manejo de la lengua castellana. Tales hombres, que en España eran los mantenedores del buen gusto, no podian en Italia ser los corifeos del depravado.

Todo fué al contrario de lo que se supone, porque estaba en el órden de las cosas que fuese así. El mismo es-

tado á que llegaron las letras en Italia fué una de las muchas causas que se reunieron para su corrupcion en España. Aquel pais era para los conquistadores españoles lo que la culta Grecia fué para los antiguos romanos, el asilo privilegiado de las musas. La elegancia en las artes de imaginacion llegó en él á un estado de perfeccion que era inútil buscar en cualquier otro; y en esta parte los españoles desde que fijaron en él sus victoriosas plantas se lo propusieron como modelo. Grande fué el número de nuestros compatriotas que acudió á él á dar la última mano á sus estudios: unos permaneciendo en Roma á sus pretensiones eclesiásticas; otros militando en los tercios que guarnecian sus plazas ó á los ejércitos que allí reunió la necesidad de nuestras empresas; otros buscando acomodo en sus empleos civiles, y obteniendo puestos en su magistratura. Garcilaso, aunque en sus versos campea mas la imitacion latina que la italiana; y Cervantes, genio original é independiente, se perfeccionaron por los modelos que allí se presentaban á su admiracion; y es preciso confesar que en punto á poesía, así como Roma no logró un Homero, España no produjo escritores del mérito del Ariosto y del Tasso. El respeto que por verdaderos méritos se granjean así los individuos como las naciones, se conserva aun despues que los motivos que los engendraron, decaen ó desaparecen del todo; sosteniéndose por una preocupacion arraigada lo que en su origen se logró con razon legítima. Los españoles que se dedicaron al estudio é imitacion de la literatura italiana cuando esta llevaba conocidas ventajas á la nuestra, aun despues que se hicieron superiores á sus maestros en gloria literaria, siguieron por costumbre estudiando é imitando á los que habian logrado dejar atrás. Mas si, cuan-

do Italia se hallaba en el caso de servirles de modelo, consiguieron con este estudio dar eminentes cualidades á su estilo, despues que aquella decayó no hicieron otra cosa que impregnarse en defectos, de que se veian libres. Dos ilustres españoles, Saavedra y Quevedo, estuvieron en Italia á principios del siglo XVII; y cuando nuestra prosa, aunque algo incorrecta, conservaba naturalidad, armonía y abundancia, estos dos grandes ingenios trajeron de allá un estilo cortado, incoherente, poco natural, falto de majestad y de gracia, y poco conforme á la índole de nuestra cadenciosa lengua, que por el afan de ser brillante y sentencioso, fué funesto procedente del depravado conceptismo. De este modo de escribir dió ejemplos el primero en sus *Empresas políticas*, y el segundo en su *Romulo*, traduccion de un escritor italiano, del conde Virgilio Malvezzi, á quien profesó una exagerada admiracion.

No es esto decir que sin los ejemplos de Italia nuestro gusto se hubiese conservado puro. Iguales causas debian producir en ambos países idénticos efectos. A los naturales, que ántes hemos expresado, se unian para acabar con la clásica pureza del estilo el abandono del estudio de la elegante antigüedad, ciertos regazos de la edad media, la extraviada direccion que daba á los espíritus la mazorral enseñanza de las universidades, cuya maléfica influencia, que habia sido contrarestada largo tiempo por la veneracion supersticiosa hácia los modelos de Grecia y Roma, amortiguada esta, habia vuelto á dar sus ingratos frutos; pero lo cierto es que los primeros síntomas de corrupcion nos vinieron de Italia; y sin la decadencia de esta, no hubiera sido tan rápida y espantosa la nuestra. Puede ser que en España hiciese mas estragos, y que nuestros

escritores se entregasen á desvaríos en que nunca incurrieron los italianos: puede ser que llegada aquí al colmo la corrupcion, nosotros contribuyésemos á aumentar la de aquel país que dominábamos: la influencia que existia entre ambos era recíproca, y así como lo fué para lo bueno, tenia que serlo para lo malo; pero de esto á ser los españoles los causantes de la depravacion del gusto en Italia hay gran diferencia.

El lector nos perdonará esta digresion, porque la apreciacion comparativa de ambas literaturas no es punto ageno de nuestro propósito; y en ninguna parte podia colocarse con mas fundamento que al hablar de un Príncipe, que fué protector celoso de las letras, y se esforzó inútilmente por hacer que prosperasen en Nápoles.

El conde de Lemos, que celebró con comedias la estancia del duque de Saboya en su palacio, era muy aficionado á este género de espectáculos. Tanto como entónces se resentian los teatros públicos de pobreza é impropiedad, era grande la ostentacion y lujo con que se representaban las comedias en los palacios de los grandes señores en Italia. Juan Calvete de la Estrella nos ha dejado una descripcion de las que se hicieron por obsequiar al Príncipe D. Felipe (despues Felipe II) cuando pasó por aquella península para ir á reunirse con su padre en los Paises-Bajos. En España no se conoció esta pompa hasta que Felipe IV hizo de las comedias una funcion de corte. El conde de Lemos naturalmente magnífico no se quedaria atrás en el lujo de estas diversiones á los otros Príncipes de Italia; pero de ordinario las tenia privadamente para descansar de las fatigas del mando, tener el gusto de deponer su autoridad; y olvidando por un rato su elevado empleo, poder entretenerse con agradable familiari-

dad con los poetas que de España habia llevado en su compañía. Cuéntase que con este objeto solia repartirles asuntos de comedias, que despues hacía que las improvisasen en su presencia, riéndose con los donosos disparates que resultaban; y que para una de estas representaciones, en que dió por argumento *El rapto de Proserpina*, dispuso que el canónigo Argensola, hombre grave aunque gracioso, grueso, y ya no jóven, hiciese á pesar de su formalidad el papel de la hermosa Reina del Averno, lo que dió lugar á un chiste del canónigo, que hizo que el drama improvisado acabase en algazara estrepitosa.

XXIII.

Don Pedro Giron (1), duque de Osuna, vino por Virey, lugarteniente y capitan general de este reino, del de Sicilia, en el mes de julio de 1616. No se hicieron las acostumbradas visitas con las ceremonias debidas por estar el duque enfermo. Partió el señor D. Francisco de Castro á su gobierno el 1.° de agosto de dicho año, á dos horas de noche, despues de haber dado el nombre al sargento mayor, el cual se fué luego á dicho señor duque con el mismo nombre á Posilippo, donde se hallaba, á darle la obediencia y tomarle de su Excelencia, como en efecto le tomó: hallábase S. E. en el palacio del duque de Traeta. En cuanto al volverse las visitas el señor duque de Osuna no las

volvió al señor D. Francisco á causa de hallarse enfermo. Diósele por el Colateral la posesion para que pudiese ejercitar su cargo. Gobernó desde allí por todos los caniculares.—Hizo su ingreso con 12 galeras, recibiéndole esta ciudad con el puente, síndico, ciudad, Baronese, Colateral, tribunales, continos, guarda alemana con la mayor grandeza que hasta entónces se haya visto se haya hecho á ningun Virey. Trujo este señor consigo dos galeras y dos famosos galeones, los cuales habian peleado con toda la armada Real del Turco, defendiéndose de ella, maltratando y destrozando algunas galeras, y en particular la propia Real del Turco. Luego hizo armar otros doce galeones, guarneciéndolos de mucha artillería y infantería española, todos de mosquetería, sin picas ni otras armas. Envióles en corso con algunas galeras debajo del cargo de D. Octavio de Aragon (2). Hicieron muy famosas y ricas presas, hinchendo esta ciudad y reino de cosas muy preciadas que trujeron que habian tomado. Envió luego los doce galeones á que residiesen en el puerto de Brindis, freno y cuchillo de los venecianos.

Ofrecióse asimismo levantar muchos tercios, así de españoles como de italianos, valones, compañías de tudescos, escoceses, franceses é irlandeses, y de todas naciones, formando un ejército ordinario para ayudar y socorrer á D. Pedro de Toledo, gobernador de Milan en la guerra que tenia S. M. con el duque de Saboya, por sus diferencias con el duque de

Mantua (3): envióle muchos tercios españoles é italianos, y asimismo 18 compañías de gente de armas, caballería la mas lucida de Italia, y otras cuatro compañías de gente de armas, caballos ligeros, enviando por cabo y conductor de toda esta caballería al Príncipe de Avelino, caballero del Tuson de oro. Tambien invió á dicha guerra al duque de Matalon con otras seis compañías de caballos, corazas y lanzas.—Ofrecióse asimismo enviar otros dos tercios de italianos á Alemania al socorro del Emperador, enviándole 455,000 ducados para socorro de la guerra que tenia con el conde Palatino, luterano, y esto todo por órden de S. M. Tuvo en esta ciudad y reino mas de 15,000 hombres de guerra, no faltando jamás todo el victo necesario y grasa abundantísima, sin sentirse penuria de nada.

Fué tan severo y justiciero sin perdonar ni dejar pasar sin castigo ningun delicto feo, castigando rigurosísimamente de justicia y mandato regio sin dar lugar á los *maestros d'atas* (actas), y escribanos que ocultasen los delitos por sobornos. Hizo ahorcar en su tiempo á mas de cien personas facinerosas, soldados huidos, así españoles como de otras naciones; mandó echar en galeras mas de otros cuatrocientos; habiendo echado bando sopena de la vida ninguno se atreviese á poner mano á la espada, así de gente de guerra, marítima, como de otras profesiones. Por el cual bando y temor que le tenian, nunca sucedió revuelta ni cosa descompuesta, estando tanta gente y de tan varias

naciones levantados con las armas en las manos, que en un dia entraron en esta ciudad 62 banderas de infantería española, ultra el tercio de valones y otras naciones. Espantó al mundo ver la quietud con que se vivia; y esto porque cada dia y de noche de persona iba rondando y reconociendo toda la ciudad. Tenia dado órden que todos los presos que prendiese la justica los llevasen delante de él, como se hacia. Preguntábales y examinábales sobre el delito sobre que venian presos. De manera que con la mucha variedad que de preguntas les hacia, muchos con el temor que le tenian confesaban de plano y con el instinto natural, que Dios le habia dado en fisonomía y modo de hablar, conocia luego como estaba el tal delito; y así casi no era menester admitirles ni á la Vicaría ni á otro ningun juez, sino que (como queda dicho) de mandato regio él mismo los condenaba, quien á muerte, y quien á galera, y quien á azotes, segun los méritos del delicto (4).

Tenia con esta resolucion atemorizados no solo esta ciudad y reino, pero á todos los demás reinos, repúblicas, potentados y enemigos de la corona Real de España. Ofreciéronse otras muchas cosas (propias) de su grandeza y valor; y asimismo otras muchas en pro que no son dignas ni se debe meter en boca ni en plática el valor de tan generoso Príncipe y señor; y así las dejarémos para que otras personas mas bien entendidas las digan (5).

Vino órden de S. M. que viniese por lugarte-

niente y capitan general el cardenal Borja á peticion del dicho duque, el cual por dos veces habia suplicado á S. M. que por algunos dignos respetos le diese licencia para ir á la corte á comunicar con S. M. algunos secretos que convenian mucho á su Real servicio. Y así con esta intencion entendió el señor cardenal Borja no venia á este reino, sino por lugarteniente suyo y á su peticion; y con esto su Emin.ª escribió desde Roma á S. E. como tenia órden de S. M. para venir al gobierno de este reino, y sobre querer S. E. ver la patente, se vinieron á apuntar y tener algunos desabrimientos sin querer mostrarse las cartas de S. M. el uno al otro, ni el órden que tenian. El duque hizo pié en no querer partir sin ver primero la órden de S. M.; y el cardenal en querer entrar á tomar la posesion; y así vino é hizo alto en Puzol, y luego se partió á la isla de Prócida, aguardando que S. E. le desocupase el puesto, habiéndole enviado S. E. todo lo que les toca á los señores Vireyes que vienen á gobernar este reino. Tuvo el cardenal pláctica muy secreta con el Colateral, de que fuesen á dalle á Prócida la posesion del gobierno, como fueron y se la dieron á los 6 de junio de 1620; y esa misma noche entró secreta y embozadamente en Castillonuevo.—Viéndose S. E. despojado y privado de su gobierno, sin saber cómo, cosa inusitada, sin haber ejemplar ninguno de cosa semejante, pues hasta ahora no se ha visto ni leido, estuvo irresoluto de lo que habia de hacer. Al fin se resolvió ser flage-

lado de la divina mano de Dios, estando con mucha prudencia y cordura. No salió de palacio sino aquella misma mañana, que bajó al Ataracenal á despedirse de la infantería que estaba en él, sintiéndolo todos hasta el punto que los capitanes renunciaban las ginetas con grandísimo sentimiento, y la gente militar lloraba (6). Partió S. E. para España con 8 galeras á los 14 de junio de dicho año, dejando en palacio á la señora duquesa su mujer.

NOTAS.

Grande fué el mérito del duque de Osuna en su gobierno, y justo el elogio que de él hizo su amigo el famoso Quevedo, increpando á la nacion española su desgracia en aquel valiente soneto que empieza:

Faltar pudo su patria al grande Osuna, etc.

Su magnanimidad, su aplicacion á los negocios, sus talentos para concebir, su actividad para ejecutar, su energía para vencer obstáculos, sus prendas en fin gubernativas y militares, digno le hacian de cualquier elogio y le colocaban en el número de los héroes; pero difícil es poseer impunemente en el mundo cualidades superiores. En las repúblicas antiguas el hombre que se aventajaba á los demás era condenado al ostracismo, porque el amor á

la libertad de aquellos pueblos les hacia mirar con recelo hasta las virtudes, prefiriendo desterrarlas de su seno, al vivir en el temor de que avasallando los ánimos peligrase su independencia; en las monarquías modernas los Principes y sus privados no pueden perdonarles su gloria que parece que abate su mal fundado orgullo; y los hombres vulgares que abundan en todas las carreras del estado, se sublevan y hacen liga instintivamente contra el hombre grande, cuya superioridad es una sátira perpetua de su poca valía. Esto fué lo que sucedió al duque de Osuna. A la elevacion de su cuna, circunstancia que debió á la suerte, añadió su propio mérito la ventaja de ocupar los primeros puestos del estado, y adornar su pecho con la ilustre insignia del Toison de oro, y este mismo mérito le condujo á morir á manos de la envidia en una prision. Y decimos este mismo mérito porque si hubiese sido una persona vulgar, se le hubieran perdonado sus imprudencias.

Fué este caballero hijo de D. Juan Tellez Giron, á quien arrebató en flor la muerte, robándole á grandes esperanzas, y de Doña Ana María de Velasco, hija de Don Iñigo Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, y de la duquesa Doña María de Aragon. Heredado en tierna edad, y no sé si tambien huérfano de madre, puso el cuidado de sus estados en manos de su abuela Doña Isabel de la Cueva, y aun cuando llegó á mayor edad los dejó bajo su dependencia; pues él habia nacido para cosas mayores que para el oscuro manejo de sus cuantiosas rentas. Su fogoso carácter y pensamientos levantados no podian circunscribirse á tan cortos límites. En su juventud dice Céspedes *(Historia de Felipe IV, cap. II)* mostró en sus acciones mayor despejo y lozanía que en cierto modo pi-

den hoy la circunspeccion y gravedad que ha introducido la lisonja en los palacios de los Príncipes; y desde entónces tuvo enemigos. Algunas disipaciones propias de la edad y de la riqueza, y á que se entregan con mas facilidad los ánimos mas ardientes dió pábulo á la maledicencia para cebarse en él.

Peregrinó por varias regiones y provincias, y á su ingenio vivo no fueron inúliles los viajes. Sirvió en Flándes dignamente, y por natural inclinacion, pues le arrastraba hácia sí el arte de la guerra: seis años lo cultivó en aquellos paises alterados, y de tal manera retuvo lo que aprendió, que en breve tiempo se le consideró capaz del mando de un ejército: siempre en cuantas facciones se vió mostró la frente á los peligros y alguna vez de modo que le mataron tres caballos. Chicheri que lloró sus asaltos; Caibia despojada de sus riquezas, las riberas del Danubio, que vieron con pavor su ejército, la Mosa y el Rin, que presenciaron sus combates, podrán decir su valor. Sus virtudes guerreras, las instancias del de Uceda, que era su consuegro, y la intercesion del archiduque, que aprobó mucho sus acciones, en especial la memorable del gran motin, que empezó en Aina, y vino á terminar en Roremunda, donde el duque estuvo en rehenes con gran peligro de su vida, movieron, ó por valernos de la espresion de Céspedes, violentaron al Rey Católico Felipe III á darle el vireinato de Sicilia. Justo es decir que hasta sus enemigos confesaron que merecia el cargo.

En él dió distinguidas muestras de sus talentos civil y militar. Reformó las costumbres, volvió su energía al mando y su sumision á los súbditos; hizo castigos, que por demasiado ejemplares hay quien los titula horrendísimos, aunque sin querer dar á la expresion la fuerza que

hoy se la daria; cortó el daño que se hacia en aquella provincia con la falsificacion de la moneda, é hizo en fin que el nombre español, cuya consideracion iba decayendo, fuese en mar y en tierra temido como en lo antiguo. Hubo sediciones y levantamientos, pero los cortó en breve tiempo su actividad y vigor. Cuando la plebe se tumultuaba, no se contentaba con dar órdenes, sino era el primero que salia á la calle á contrastar sus iras. En prueba copiarémos unas palabras de Quevedo en su Marco Bruto, en que aprovecha la ocasion de celebrar á su amigo y favorecedor. "En nuestros tiempos, dice, el victorioso honor de España, asombro de todos los enemigos de su grandeza, mortificacion triunfante de sus émulos, el Excmo. Señor D. Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, Virey de Sicilia, en Mecina, cuando por la gabela de la seda se amotinó el pueblo y el rumor de las amenazas armadas confundian la ciudad, pudiendo seguir el ejemplo en semejantes sediciones de otros antecesores suyos, retirándose al castillo para asegurarse, se arrojó en un caballo solo y en cuerpo con espada y daga en el mayor hervòr del tumulto, el cual suspendido con resolucion tan animosa, de tal manera le reverenciaron al que aborrecian, granjeados de su valor, que mandándoles abrir las puertas y las tiendas, recogerse y dejar las armas fué pacíficamente obedecido. La misma hazaña repitió dos veces en Nápoles en los rumores de Genuino, electo de el pueblo, donde el riesgo en que se puso, le aseguró con aclamacion del que podia temer; y diciéndole algunos ministros que no saliese porque corria riesgo su vida, respondió: *Creo dicen me darán muerte, y me persuado que si ven que los temo lo ejecutarán; las cosas grandes no las consigue quien no las aventura*. Toda aquella populosísima ciudad

le vió en su caballo acompañado de sola su espada mandar la quietud que otro alguno no pudiera rogar ó persuadir." El duque de Osuna era de aquellos hombres cuya serenidad intimida y cuya presencia conjura las borrascas helando los corazones de los mas atrevidos.

En el mar restableció el honor de la bandera española con sus portentosas victorias, especialmente sobre los turcos. Tenia un odio irresistible hácia esta nacion, porque todo en el duque era violento. Alonso Nuñez de Castro en el librito que publicó en elogio de los Girones con el título de *Espejo cristalino de armar para generales valerosos. Madrid,* 1648, en el ampuloso y ridículo estilo que era de moda en su tiempo, trae al efecto un símil que no deja de ser exacto y oportuno. "Como el ardiente noblí, dice, sin mas enojo contra las garzas, que el que heredó naciendo; en divisándolas, aunque se defiendan en los lejos, bate en son de guerra las alas; y azorándose al eco de sus plumas, como pudiera á los del parche, requiere los aceros de sus garras, afila en su saña el pico y corta despues en varios giros el viento, corta al ave astuta los vuelos y calándose de improviso sobre ella, aunque el pico mañosamente erigido sobre el cuello lo estorve, hace presa de su cobardía, tiñe con su sangre la yerba, inquieta con sus plumas el aire, venga naturales enemistades, como pudiera un racional, agravios; así el duque nació tan enemigo de esta gente, que el oir su nombre le azoraba, el ver sus estandartes era tocar clarines á acometer." Demasiado épica parecerá al lector esta comparacion, pero tambien fueron épicas las hazañas del duque contra estos naturales enemigos de los cristianos. Con seis naos su general Francisco de Rivera acometió y puso en huida cincuenta y seis galeras

turcas. *(Céspedes, Hist. de Felipe IV, cap. II)*. Dió además caza á siete galeras de fanal berberiscas, cuyo capitan general era Sinan Bajá; libertó de esclavitud de sus reinos mil doscientos cristianos; cautivó seiscientos turcos; prendió al Rey Mahomet de Alejandría, y presentó á Felipe III su estandarte. *(Alonso Lopez de Haro, Nobleza de España, árbol de los Girones)* (*). Hízose, pues, mientras estuvo en Sicilia árbitro del mar, obedeciéndole sumisas las costas de Berbería y Levante. La fama de estas brillantes acciones excitó el entusiasmo de los escritores españoles; la admiracion le consagró sus plumas. Asombrábales que un sugeto que en sus primeros años solo habia dado muestras de un carácter violento y desarreglado, de quien solo se temian vícios y desórdenes llegase á remontarse á tal altura en la senda de las virtudes heróicas. Vicente Espinol acababa de escribir su *Escudero Márcos de Obregon*, cuando el duque gobernaba á Sicilia con tanto esplendor, y haciendo el elogio de la virtud de la paciencia, he aquí como se explica poniendo por modelo á este gran personaje. "¿Qué no hace la virtud de la paciencia? Qué furias del mundo no sujeta? Qué premio no alcanza? Pero si un flemático sabe airarse y ejecutar con vehemencia los ímpetus de la cólera, ¿por qué un colérico

---

(*) Está á la pág. 389 del tomo I de la obra titulada *Nobiliario genealógico de los Reyes y títulos de España*, dirigido á la Majestad del Rey D. Felipe IV nuestro señor. Compuesto por Alonso Lopez de Haro, criado de S. M. y ministro de su Real Consejo de las Ordenes. Con privilegio en Madrid por Luis Sanchez impresor Real. Año MDCXXII, dos tomos fol. Habla con grandes elogios del duque y celebra sus victorias; pero es de advertir que Haro concluyó su obra ántes de la caida de este magnate. ¿Le fuera despues infiel? Quizá no, porque tampoco lo fueron otros.

no sabrá templarse y preservar en los actos de paciencia? Tenemos ejemplos presentes y vivos de esta verdad muchos, y para imitar. Mas con uno solo se verá lo que puede la excelente virtud de la paciencia. ¿Quién pensára que de una tan gran cólera, con sangre, riqueza y juventud, como la que tuvo en sus primeros años el duque de Osuna, D. Pedro Giron, vinieran tan admirables virtudes, como las que tienen espantado el mundo? Que habiendo sido un furioso rayo de cólera impacientísimo en los primeros años de su mocedad, sujetase con tan grande paciencia su robusta condicion á servir en Flándes, con tantas ventajas que templase la furia de los amotinados, y pusiese su valeroso pecho á sufrir los mosquetazos con que querian escalar y saquear su casa? Qué paciencia no tuvo con templanza y justicia gobernando á Sicilia? Y qué valor sin ella bastára para la ejecucion de sus soberanos intentos, echando por mar y tierra tan poderosas armadas que ha enfrenado la potencia de los turcos, haciendo temblar á los demás enemigos con que ha sido amado y temido de las gentes á quien ha gobernado y gobierna? Preguntado D. Francisco de Quevedo, caballero de gallardísimo entendimiento, cómo se hacia respetar con tanta mansedumbre este gran Príncipe, respondió: que con la paciencia, que aunque en la gente humilde y ordinaria engendra algun menosprecio, en los Príncipes y gobernadores engendra temor, amor y respeto."

A los sicilianos los tuvo avasallados con el respeto que infundia su extraordinario carácter, que en todo parecia queria salirse de las vias ordinarias, por donde caminan los otros hombres. Estando en este vireinato sucedió el enlace del Príncipe de Asturias con una Princesa de Francia, suceso que se celebró en todos los ángulos de

la monarquía con pompa dispendiosa. Los nobles sicilianos, movidos por la vanidad no menos que por espíritu de sumision, le presentaron una peticion para que les permitiese celebrarlo como las demás provincias lo hacian, y propusieron al mismo tiempo imponerse un tributo con este objeto. Aplaudió su designio, y por su parte contribuyó con su cuota con franqueza y liberalidad; mas despues que estaban recogidos los fondos, queriendo sin duda dar á los que gobernaban á su nacion una leccion de que la sangre de los pueblos no es para gastarla en asiáticos festejos, y que las naciones no deben arruinarse por locas y estériles manifestaciones de alegría, prohibió que se emplease ni un solo maravedí en fiestas y frívolos espectáculos, y dispuso que la suma reunida se repartiese por iguales partes entre cierto número de doncellas pobres de la clase noble, diciendo que hallaba mas racional este empleo, que en el expenderla en ridículas y dispendiosas celebridades. Esta disposicion juiciosa fué sin duda efecto de uno de aquellos singulares exabruptos de que hay mil ejemplos en su conducta pública y privada; sin embargo, como no hay buena accion que malignas interpretaciones no puedan desdorarla atribuyéndolas un orígen bastardo, ó una doble intencion simulada, tambien se ha murmurado de esta por algunos escritores.

Desde Sicilia pasó al vireinato de Nápoles, y segun el historiador de este reino, al principio de su mando, manifestó una extrema aplicacion y una asiduidad sin límites á informarse y proveer á las necesidades de aquel pais, y mientras se mostraba severo en la administracion de justicia sin acepcion de personas, empleaba cuanto la generosidad y la magnificencia pueden tener de seductor

para conciliarse la benevolencia y el aplauso general. Quitó dos impuestos establecidos por sus antecesores, con lo que se captó el afecto de los pueblos; y desaprobando la corte de España esta conducta, se justificó persuadiéndola que esta supresion seria tan ventajosa al patrimonio Real como á los súbditos, puesto que de este modo estarian mas dispuestos á ceder á cualquiera nueva contribucion á que fuese menester sujetarlos. El duque de Osuna tenia razon: uno de los motivos por que los pueblos se niegan con pertinacia á todo nuevo subsidio y no puede lograrse de ellos sino violentando su voluntad, es la poca fé con que los gobiernos hacen permanentes los tributos que se impusieron por una causa dada, aun cuando la causa cese. Si fuera de otro modo no estarian tan remisos para asistirlos en sus apuros. Bien lo experimentó el mismo duque que habiendo pedido poco despues al reino un donativo de un millon y doscientos mil ducados, para remitir al Rey con objeto de atender á las necesidades de la corona, lo obtuvo sin dificultad, á pesar de lo enorme de la suma y de lo estragados que estaban los pueblos con semejantes pedidos.

(3) La muerte del duque de Mántua encendió una nueva guerra en Italia que dió en que ejercitarse á la actividad del duque, cuyo ánimo fogoso estaba en su centro en medio de las agitaciones de la guerra. Felipe III tuvo que tomar parte en esta contra el duque de Saboya, á quien habia imperiosamente ordenado devolviese todas sus conquistas del Monferrato, hechas contra la voluntad de la corte de España, que supo entretener con sagaz política. Los Príncipes de Saboya teniendo sus estados cercados por los del Imperio, la Francia y España, y obligados á velar siempre, para no ser presa de tan poderosos veci-

hos, se distinguieron por la prudencia de su política y el valor de sus armas. De su casa salió una série de generales de los mejores de Europa, que se hizo célebre tanto al frente de los propios ejércitos como de los extranjeros. Teniendo sus duques por vasallos gente belicosa y robusta que habita un terreno montañoso y cubierto de nieves, la naturaleza del país que regian los libró de caer en la nulidad y enervamiento de los otros Príncipes italianos, juguete siempre de la política de las otras naciones, y sus humildes siervos, porque les faltaban los merecimientos para ser libres. Cárlos Emanuel, que era quien entónces gobernaba la Saboya, no habia degenerado de su padre Filiberto, y reunia las prendas que forman los grandes hombres. Resistiéndose á desocupar el Montferrato, emprendió contra los españoles una guerra feliz para sus armas al principio, y en que esperó le auxiliasen las potencias celosas de la España. Pero el embajador español en París hizo que le saliesen fallidos sus cálculos respecto á Francia; y hubiérase visto muy mal, á pesar que la presencia de ánimo no le abandonaba en los reveses, si no hubiese encontrado un auxiliar poderoso en la energía y odio inveterado hácia los españoles de la república de Venecia, que le suministró armas y dinero.

El motivo de discordia que esta conducta de la república creó entre ella y la corte de España, se aumentó al propio tiempo con las reyertas que traian los venecianos y el archiduque Fernando acerca de los uscoques, viéndose el Rey de España obligado á socorrer á aquel Príncipe, su próximo pariente. Los venecianos, sus enemigos naturales, les declararon la guerra, y el archiduque Fernando tomó su defensa. El duque de Osuna vió con placer destruidas las fuerzas de la república en esta guerra;

mientras el cardenal Borja trabajaba en Roma por indisponer al Papa contra Venecia. Tanto por obedecer las órdenes de la corte como por saborearse en la devastacion de este estado que odiaba, el duque no perdonó medio para oponerse al de Saboya, queriendo quedar en disposicion, librándose de este enemigo, de emprenderla frente á frente contra la república; y envió al gobernador de Milan que era el que llevaba el peso de esta guerra cuantos socorros pudo, al mismo tiempo que armaba bajeles que enviar á recorrer el Adriático en socorro del archiduque.

Era gobernador de Milan D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, de quien en una nota anterior se ha dado algunas breves noticias biográficas, nieto del gran Virey de Nápoles de su mismo nombre, y digno representante de su ilustre familia. Reemplazó en el mando al marqués de la Hinojosa, con quien estaba indignada la corte por la deshonrosa capitulacion que con el de Saboya habia firmado en Ásti, de suerte que fué enviado á lavar esta ignominia. Su eleccion fué aplaudida en España por unir á un valor ardiente y á un celo entusiasta por la gloria de su país, un talento claro y un juicio sólido. Su lenguaje con el de Saboya fué guerrero y altivo, y rotas las hostilidades repuso el honor del nombre español. En el calor de esta guerra fué cuando durante una tregua con el Saboyano, alcanzada por la mediacion del mariscal Lesdiguieres, el marqués hizo una entrada en territorio veneciano por tierra, y Osuna con su armada obtuvo sobre los señores del Adriático los mas brillantes sucesos, que mortificaron su orgullo nacional. Nada podia herirlo mas gravemente que el que no se respetase su dominacion sobre aquel mar; y en tal inteligencia

Osuna, interrumpida la navegacion, prendió un bajel veneciano. La república dió grandes quejas á la corte de España por medio de su embajador; mas aunque consiguió órden de que la presa se volviera, el duque eludió el hacerlo con subterfugios, lo que ha hecho sospechar á algunos que las tenia secretas para obrar de este modo, ó que á lo menos el gobierno español, aunque en público manifestaba querer dar una satisfaccion á los venecianos, no le desagradaba en secreto verlos acosados y perseguidos.

Estos hicieron grandes armamentos para defender su golfo, y el duque no deteniéndose en los primeros pasos ofreció á los uscoques un puerto franco y privilegios, mas por hacer mal á Venecia que por hacer bien á ellos. Presto se sintieron los efectos de esta providencia. Animados los uscoques de esta proteccion atacaron los barcos mercantes de la república y vendieron públicamente sus géneros bajo la bandera del Virey; y aunque los recetores de derechos reales se quejaron mirando este acto como perjudicial al erario, se les impuso silencio con la amenaza de la horca. A cada instante se aterró á Venecia con alardes de atacar los puertos de la Istria. El duque con sus empresas atrevidas habia llamado á su servicio á todos los piratas del Mediterráneo; mas hasta los enemigos de su nombre le hacen la justicia de confesar que no los admitió á su lado por la vil codicia de que compartiesen con él su botin, sino por el deseo de disponer de personas valientes y exasperadas que le auxiliasen á llevar á cabo sus proyectos. Estos, segun se divulgaba, se extendian hasta tratar de penetrar en Venecia, plan que explicó de palabra y por escrito; y mandó que se trabajase en la construccion de barcas propias para entrar en los canales

y las lagunas, y dió la idea de máquinas necesarias para este designio, parecido al descenso meditado por Napoleon en Inglaterra; pero no contaba tanto con la ejecucion como con tener en perpetuo cuidado á Venecia, y á obligarla á no desprenderse de sus fuerzas, logrando de este modo que el duque de Saboya no pudiese contar con sus socorros, y que por otra parte se inquietase menos al archiduque, cuyas armas no eran tan fuertes como los españoles hubiesen deseado.

Los venecianos no dejaban piedra por mover para verse libres de los estragos con que los amenazaba la actividad del duque y su fecundidad de combinaciones. Contaban con auxiliares dentro del mismo Nápoles, sabiendo con refinada astucia hacer instrumentos de su política las pasiones de la nobleza napolitana y los intereses del comercio de esta ciudad. Lograron que este último representase á la corte de Madrid, que aquellos hombres ansiosos de pillaje de que se rodeaba el duque alejaban por completo de aquellas provincias del imperio español todo género de contratacion que las hacia florecientes; y que esta desaparicion causaba una disminucion notable en las rentas de la corona: bien sabian que hallándose el erario en continuos apuros, y no pensando el duque de Lerma en otra cosa que reunir dinero, esta observacion habia de ser de gran fuerza. Las quejas del comercio llegaron al mismo tiempo, y se encontraron acordes con lo que esponia la corte de París. En consecuencia se dió órden á todos los ministros españoles de Italia que suspendiesen las hostilidades, pues iban á entablarse negociaciones de una paz general entre Saboya, España, Venecia y el archiduque Fernando. Villafranca hizo retroceder al territorio de Milan las tropas que habian invadido el de la re-

pública; pero Osuna, sin hacer gran caso de las negociaciones que se pensaban abrir, envió al Adriático con doce bajeles bien armados al hábil marino Francisco de Rivera, y reuniendo el Consejo Colateral hizo que contestase á España que habiendo algunas naves venecianas apresado un buque de gran porte, que se dirigia á Trieste, convenia al honor y servicio del Rey que Rivera partiese á castigar esta accion; mas para que esta expedicion no apareciese como una declaracion de guerra del Rey contra Venecia, se hizo á nombre del Virey, y las naves tremolaron su bandera. Pusiéronse en defensa los venecianos, y habiendo encontrado su escuadra á la de Rivera junto á Camalota, este general tuvo miedo de ser atacado en este sitio, que en caso de un revés no le presentaba cómoda retirada, y se acogió á Brindis. Los turcos recelosos de estos movimientos guarnecieron sus plazas del Adriático; y dícese que de aquí tomó ocasion el duque de acudir en demanda de socorros á las demás potencias, publicando que el único objeto de sus armamentos era abatir al enemigo comun de la cristiandad, y reclamando en consecuencia que se le reuniesen por el pronto las galeras de Malta, de Florencia y del Papa. No eran del todo infundados los temores de alguna irrupcion de los turcos. Ragusa, pueblo comerciante, constituido en república bajo la proteccion de estos, habia tenido que sufrir insultos de los venecianos, porque enemiga y rival de Venecia en la dominacion del Atlántico habia abierto sus puertos á la escuadra de Osuna, dándole su apoyo con cierta complacencia de verle armado contra sus antiguos opresores; y el mal trato que por espíritu de venganza la daban los venecianos la obligaron á acudir al Sultan para que hiciese efectiva su proteccion. En esta situacion si Osuna lograba

que se le confiase el mando de las fuerzas navales de Italia para defender las libertades de Europa, al mismo tiempo que imponia respeto al turco, se hacia árbitro de Venecia. No podian permitir que llegase este caso los astutos republicanos. Esparcieron la voz de que el Virey se habia valido de todos los medios imaginables para disponer á su favor al gran Visir é inclinarle á hacer la guerra á la república: voz que sin duda no tenia mas fundamento que otras que los venecianos hacian correr pérfidamente contra el duque. ¿Cómo confiar la defensa de la cristiandad al que habia apelado, aunque vanamente, á los auxiliares del infiel contra los cristianos? Expusieron en las cortes de los Príncipes este argumento, y fué tan eficaz que no solo no logró las galeras que pedia, sino que le rogaron se retrajese de todo género de hostilidad contra Venecia, no fuese que el turco aprovechase la ocasion de ver esta trabada pugna entre cristianos para intentar algo contra Nápoles ó los estados pontificios.

Irritóse el duque de la maligna imputacion que se le hacia de haber tratado jamás de amistad con Constantinopla. Escribió al Papa Paulo V justificando la necesidad en que le habia puesto de hacer expediciones en el mar Adriático la conducta de los venecianos llena de presuncion; y diciéndole que ofendidos que los españoles jamás habian hecho tregua ni paz con los infieles, como acostumbraba la república de Venecia, y que la guerra que él habia emprendido contra esta no podia considerarse ser hecha contra cristianos, no siendo tales mas que en el nombre, pues en las anteriores dificultades habian rehusado la obediencia á la santa Sede y desmerecido por lo tanto el ser llamados católicos, á lo menos despues que habian arrojado de sus estados el órden de los jesuitas:

que además tenian á su sueldo los herejes de Francia que habian llamado en auxilio del duque de Saboya: que en sus flotas y armadas recibian á los de Holanda; y que habian profanado las iglesias de las tierras del archiduque. En todo esta carta aparece el carácter ardiente y arrebatado del duque y su odio hácia Venecia.

Entretanto desoyendo las súplicas que se le hacian para que suspendiera las hostilidades, envió á Rivera diez y nueve galeras al mando de D. Pedro de Leiva, con cuyo socorro pasó aquel general á Santa Cruz en busca de la escuadra veneciana, que estaba surta en aquel puerto á fin de impedir que Osuna se fortificase, como lo temian, en alguna de las muchas rocas que hay en el golfo en los confines de la república de Ragusa. Viéronse ambas escuadras en Lesina; y Rivera trató de presentar combate; mas la veneciana, que era inferior en fuerzas, permaneció á la defensiva, y la española hubo de volverse á Brindis. Por una y otra parte se aumentaron los preparativos. Los ministros españoles esparcieron voz de hacerlos muy grandes, y aun se dijo que la escuadra de galeones, destinada á asegurar la navegacion del Océano, pasando el estrecho de Gibraltar, entraria en el Adriático, y que en Sicilia se armaban gran cantidad de bajeles; voces que se confirmaban con la conducta del Virey. Leiva, ansioso de no volver á Nápoles sin haberse distinguido por una accion marítima contra enemigos que tenian bien acreditada la fama de grandes marinos, queria comprometer á batalla la escuadra veneciana que permanecia en Lesina; mas viendo que esta se contentaba con guardar el puerto, pasó á Trauvecchio, desde cuyo punto despues de incendiar el país y hacer algunas presas pasó á Zara donde hizo muchas mas. La ambicion de aumentarlas le impidió

apoderarse de algun puerto de Istria, como el Virey queria; el cual por este descuido vituperó su conducta, aunque celebró las presas con que habia empobrecido á sus enemigos y se alegró de la consternacion de Venecia.

Los ministros de esta alzaron su voz en todas las cortes quejándose de la tenacidad del duque en perseguirla, y renovando, viendo el buen éxito que tuvo, la acusacion de estar en inteligencia con los turcos: este sabiendo que era lo que mas les llegaba al alma les invadia la propiedad que se arrogaban de la navegacion del Adriático, sosteniendo que la navegacion era libre por el derecho de gentes que á nadie podia negarse y con menos razon al Rey de España; y mientras nuestro embajador el marqués de Bedmar probaba por escrito que la libertad veneciana era una pura fantasía, sostenida por la debilidad del Imperio, que tenia derechos incontestables á Venecia, y tambien era fantástico su dominio sobre el mar; el duque, las armas á la mano, hacia palpable la debilidad de este dominio con mas fuertes argumentos.

Entretanto se proseguian las negociaciones de paz, que se concluyó en París, y sus condiciones aceptadas por la república se firmaron en Madrid; pero como Osuna persistia en la guerra, acudió la Señoría á la mediacion del Papa, del embajador de Francia y de la corte de España para que obligasen á contenerse al Virey. Poco lograron el Santo Padre y embajador francés, marqués de Bethume; pero no debe sorprender cuando el mismo Rey de España, escribiendo de su puño á Osuna, no logró que variara de conducta. Por quejas del embajador veneciano en Madrid mandaba el Rey que entregase al ministro de la república residente en Nápoles las naves y mercancías apresadas. Pero Osuna manifestando acatar las órdenes

del Rey, contestó que las naves las entregaria; mas no así los cargamentos que en parte pertenecian al fisco por ser de judíos y de turcos, enemigos de la corona de España. Pedíasele tambien que depusiese su actitud de guerra; y á esto contestaba, que en las circunstancias en que se hallaba, no convenia que quedase tranquilo espectador de los preparativos de los venecianos, que continuaban en fortificar el puerto de Santa Cruz. "Persistiré, decia en otra comunicacion escrita con su arrogante vehemencia, en mi sistema de conducta mientras que los venecianos guarden á su sueldo á los mayores enemigos del Rey de España." Los senadores de Venecia quejáronse al marqués de Bedmar de las disposiciones de Osuna; mas el embajador de España disculpó á su corte diciendo que la conducta política del Virey de Nápoles no estaba sujeta á la autoridad de la corte, ni dirigida por principios fijos ó por un sistema uniforme; disculpa que parecia sincera al ver que no obstante las órdenes reiteradas de su soberano, volvia las armas contra aquel estado, con quien se acababan de firmar negociaciones de paz.

No era solo en Nápoles donde las condiciones de esta hallaban dificultades para plantearse. El gobernador de Milan, marqués de Villafranca, tambien se mostraba rehacio para aceptarlas. Desde que entró en aquel mando siempre se habia manifestado enemigo de la paz y pronto á seguir la política guerrera del duque de Osuna. El residente de Venecia, viendo que no lograba reparacion respecto á las presas hechas y que cada dia se le presentaban nuevos inconvenientes, que creia en desdoro de la república, no se satisfizo con estériles palabras, y su gobierno volvió á equipar una escuadra disponiéndose á nuevo rompimiento. Osuna envió con 19 galeras á correr las cos-

tas del Adáritico á Rivera, que renovó las presas y las inquietudes del estado veneciano que temblaba á la vista de la energía, de la actividad y de la fortuna del Virey. Mientras el senado estaba en la exasperacion, viendo que esta guerra continua acabada con su comercio y con sus riquezas, descubrió ó fingió descubrir una vasta conspiracion que castigó con severísimos castigos. Con el alarma que produjo la publicacion de los planes destructores, con el rigor de las penas, con el aparato de las fiestas sagradas hechas en accion de gracias por el gran peligro de que la Providencia acababa de libertar á la república, proponíase sin duda el senado encender la indignacion en todo pecho veneciano esperando que la ira haciendo los oficios del patriotismo pondria á su merced fecundos recursos en brazos y en dinero. Aunque oficialmente nada afirmó el gobierno de la república, dejóse correr la voz de que la conspiracion se fraguaba por el marqués de Bedmar de concierto con Osuna y el gobernador de Milán; nombres que á cualquiera costa queria la república hacer odiosos. Pero esta conjuracion es un asunto que merece ser considerado detenidamente, porque presenta grandes dificultades á la crítica; y por poderlas examinar mejor, tratarémos de ella en nota aparte.

Esta inquietud continua si no era tan perjudicial á Nápoles como á Venecia, tampoco era muy favorable á sus intereses. La nobleza napolitana odiaba al Virey porque el carácter indómito de este no se doblegaba á guardarla ciertas consideraciones de igualdad que creia debidas á su clase, y su vanidad se veia ajada con la mayor inclinacion que manifestaba al pueblo. Mina era esta de que podia sacar gran provecho la república veneciana, y no se descuidaria en fomentar los odios. Consideraba co-

mo su mayor felicidad la remocion de Osuna que conociendo su política y dispuesto siempre á salirla al paso, era un óbice invencible á su prosperidad, un amago continuo de su ruina. El resultado fué que la nobleza acudió al Rey manifestándole que los inmensos sacrificios á que obligaba al reino de Nápoles las empresas del Virey, que ella calificaba de descabelladas, su carácter duro y altanero con que tenia exacerbado á todo lo que valia algo en el reino, y la crueldad con que obligaba á este á soportar cuantas cargas é incomodidades trae consigo la guerra, hacian perjudicial su continuacion en el mando supremo; y por si acaso estas quejas de su conducta pública no bastaban para decidir al Rey á su separacion, no perdonó su vida privada. Fingiendo un gran horror hácia vicios, de que ella daba á menudo el ejemplo, hizo al Rey una fea pintura de los escándalos de su vida, diciendo que en agravio de la duquesa su esposa, señora digna por sus altas prendas de otra suerte, se permitia licencia de tener conversaciones demasiado libres con damas muy principales, de donde tomaba ocasion la sátira de insultar á las familias mas ilustres del reino, perdiéndolas aquel respeto que solo por la virtud y el decoro se sostiene. Conociendo el humor del Rey encogido y timorato, enviaron á Madrid un fraile capuchino, Fr. Lorenzo de Brindis, que se habia granjeado gran opinion por su autoridad y virtud, de que habian llegado noticias á Felipe III, que le veneraba como santo; mas informado el duque hizo de modo que el cardenal de Montalto protector de la órden de San Francisco, detuviese al religioso en Génova. Despues de algun tiempo de detencion se le permitió seguir su camino; y puesto á los pies del Rey, le hizo presente los cargos de que le habian hecho portador contra la con-

ducta del Virey, apoyados por gran número de nobles napolitanos que habian venido á Madrid; de suerte que aunque el duque de Osuna buscó cuantos medios pudo para defenderse de las imputaciones, y sus valedores hicieron cuanto estaba de su parte para sostenerle, la corte decidió relevarle del mando. El pueblo le amaba, porque el pueblo se deja deslumbrar de caractéres como el del duque, y mas el de Nápoles que tiene una imaginacion novelesca; y la audacia, la resolucion, y hasta el desprecio de las conveniencias sociales que veia en su Virey le agradaba; esperaba de él que le rebajase los impuestos, y así parece que el duque se lo habia dejado decir, habiendo quien añada que pasando un dia por los puestos públicos, en que para calcular lo que debian pagar de impuesto los vendedores, se pesaban las provisiones de boca, cortó con su espada las cuerdas del peso, como indicando que queria dejar los frutos y productos de la tierra libres de toda carga como lo son los beneficios del aire y del cielo. El mismo odio que le tenia la nobleza realzaba la persona del duque á los ojos del pueblo: tenia á su sueldo tropas extranjeras y una escuadra marítima que solo dependia de él, con que mas impunemente podia abatirla y desdeñarla. Prevaliéndose de esto sus enemigos, dijeron que trataba de perpetuarse en el mando, abusando de estos medios que tenia de hacerlo; y la corte de España, propensa siempre á temerlo todo de la ambicion de los gobernadores que enviaba á las provincias distantes, y suspicaz por lo mismo que no abundaba en medios de castigar una rebelion que en cualquier caso debia comprometer el estado de los negocios, confirió el vireinato al cardenal Borja, que estaba en la embajada de Roma. No le eligió un sucesor en España; tal fué la zozobra en que

quejas esforzadas y repetidas pusieron al gabinete de Madrid, temiendo que en el tiempo que emplease en el largo viaje pudiese el duque organizar la resistencia. Supo el duque que tenia nombrado quien le ocupase el puesto, y á pesar de la constancia de su ánimo estaba tan poco preparado para este golpe que le turbó. Pidió al cardenal dilatase su venida por algun tiempo, y al Rey con razones eficaces le diese algun espacio, y este deseo de dilatar su viaje se atribuyó á mala parte, que esto sucede al que está preocupado de una idea todo crée que tiene relacion con sus sospechas, mucho mas si hay quien maliciosamente las dé pábulo. Viendo que le eran vanos todos los recursos para permanecer en el reino, echó mano de cartas del César Fernando, de la intercesion del archiduque y de los privados, y de presentes al confesor y los ministros. Mas en tanto que en el consejo se conferia este negocio con el espacio acostumbrado, el cardenal Borja, á quien no sabia mal verse encumbrado á Virey de Nápoles, salió de Roma y se detuvo en Gaeta, desde donde envió sus embajadas al duque congratulándose con él, é invitándole á que entre los dos hubiese union, con muestras hipócritas de amigo.

Esta conducta surtió poco efecto. No ignoraba el de Osuna que el cardenal estaba en tratos con sus émulos y solicitaba su partida, motivo suficiente para que viviese en desconfianza de sus dulces palabras. Por este tiempo se le cometieron algunas órdenes sobre que preparase socorro para Bohemia, donde guerreaba Spínola, enviando diez mil soldados viejos, la mayor parte entretenidos por él en Nápoles, y tres mil españoles y dos tercios de napolitanos y lombardos; y aunque no puso mucha actividad en el despacho de esta gente, esperando ántes la pro-

rogacion de su gobierno, sirvióle este encargo á lo menos para dilatar su marcha. Probable es que de parte del gobierno de Madrid hubiese la intencion, cuando se le mandó remitir este socorro, de dejarle desarmado por si acaso tenia algunas miras hostiles; pero tambien es probable que á tenerlas no se hubiese desprendido de esta gente. Sus contrarios temieron que su estada podia dañarles; y volvieron á revolverse para evitarla. Consiguieron del cardenal que viniese á Procida, poniéndole gran temor sobre los intentos del duque. La ciudad andaba alborotada porque Julio Genuino, electo del pueblo, persona de genio acre y revoltoso, y amigo de novedades, pretendia con fuertes medios la separacion de la nobleza; y trataron de persuadirle, y él lo creyó ó fingió creerlo, que los insurrectos caminaban de concierto con el Virey, y que su alboroto no tenia otro objeto que hacer perpetuo el mando de Osuna, como si la obediencia de este á los encargos de la corte, no fuese un argumento en contrario. Pensó, pues, él ir á Nápoles; pero ofrecia inconvenientes entrar en esta ciudad sin el beneplácito del que estaba en posesion del mando. Este tenia sobradas noticias de sus pasos, pues los mismos que aguijaban al cardenal le daban parte de su intencion; pero nunca creyó que se arrojase á ejecutar su viaje, ni á entrar en la ciudad sin que él le resignase el mando, ni pensó que sus contrarios andarian tan atrevidos y arrogantes. El cardenal, importunado de sus avisos que le pintaban las cosas en gran peligro si no acudia, llamó secretamente á sí el Colateral y otros Consejos, y proponiéndoles el caso y su recelo de que la ciudad se alterase y el reino sufriese con cualquier determinacion suya acalorada, como todos fuesen enemigos de Osuna, le dieron luego la posesion; y le afirmaron con lisonja que

era tal la confusion, que aun cuando en Roma le halláran sin patente, le constriñeran á aceptar el vireinato por el bien del reino. Con esto le obligaron á que fingiendo que iba de caza remaneciese en Castelnovo poco despues de media noche, donde fué bien recibido, porque el alcaide estaba ganado; y llamando al maestre de campo, Don Pedro Sarmiento, le mandó fuese á sus tropas y las advirtiese que tenian nuevo Virey y capitan general, y la misma diligencia hizo con Octaviano Gofredo, maestre de campo, dándoles órden de que matasen sin excepcion á quien se opusiese ó alborotase. Previno además á los otros ministros y avisó á los castillos que en siendo de dia hiciesen salva. Su estruendo llevó á la ciudad la noticia, y á los oidos del duque la privacion de su cargo. Los afectos á Osuna dicen que este sintió mas el modo que el hecho, puesto que estaba ya para embarcarse; y probablemente es lo cierto; y con este atropello solo se trató de ponerle en el disparador para que estallase y perderle. A pesar de su genio violento se resignó á lo hecho, queriendo unir este sacrificio á los servicios que habia prodigado á la corona, y se contentó con desahogar su saña en una carta al Rey representándole largamente todo lo sucedido. *(Esta carta la trae en lo sustancial Céspedes en su Historia de Felipe IV, lib. II, cap. II.)*

En ella dice que el cardenal luego que estuvo en Prócida y supo que el César pedia la prorogacion de su gobierno, comenzó, para que esta no se verificase, á propalar que conspiraba á perpetuarse y á inducir esta idea en el pueblo libre, que conociendo que ya su Virey estaba sin autoridad, se desenfrenó en términos que se temió su perdicion, y él con riesgo de su vida tuvo que correr á serenarlo; ¡el que dicen que atizaba su sedicion! Que no

obstante que tenia apercibida su partida supo que en Prócida se reunian los Consejos, faltándoles la paciencia para esperar á verle fuera, provocando un escándalo, cuando los turcos estaban á la vista; y habian metido al cardenal en Castelnovo de un modo subrepticio, como si Nápoles estuviese oprimida de algun tirano, y como si su lealtad y los muchos estados que tenia que aventurar y que perder no diesen seguridad de su persona. "Con seis mil hombres, prosigue el duque, me hallé, Señor, en este trance, hechuras mias, y soldados de tal valor que á serme lícito pedir al reino que esperase órden de V. M., que es la que se ha de obedecer, supieran bien encaminarlo; y especialmente no tocándole ni al Colateral ni al magistrado, aun cuando pudiera hacer Virey, nombrar general, pues esto es solo de V. M.; y de mi honor el dar buena cuenta de estas armas que fué servido de encargarme." Habla en seguida del lustre que las dió; y como crée que su paciencia en el presente despojo será un servicio, que añadido á los otros, tendrá en cuenta el Rey; y continua acriminando la conducta del gobernador ó castellano de Castelnovo. "Pues si los castellanos que han de alzar al propio Príncipe sus puentes siendo de noche, las abajan y abren sus puertas y castillos sin atender sus Reales órdenes, y siendo personas que ni aun el nombre aun no reciben de Virey, no sé que pueda confiárseles ni que disculpa dello dén si no es, por dicha, confesar el ser nacidos dentro en Nápoles y con inclinaciones de su clima; porque si piensan descargarse con el decir que ya el de Borja era jurado su Virey, es falidísima y llena de grandes nulidades; pues no ignoraban las que tuvo su posesion en el lugar, en requisitos que faltaron, en los ministros y oficiales, y necesarias circunstancias. Y porque en fin sus productores eran

mis propios enemigos, y los que tengo castigados por atrocísimos excesos. Y si alegaren que lo hicieron por ver inquieta la ciudad, eso acrecienta mas su culpa; pues tanto mas debia obligarlos á recatarse y comprimirse. Señor, si sola mi persona es la ofendida en tal accion, el mismo caso lo dirá, y su templanza y las fianzas que tengo dadas de mi fé, el haberme dejado despojar sin ver mandado ni órden suya. A suplicarle humildemente se sirva desagraviarme ó darme licencia para hacerlo, me embarcaré luego que quiera facilitar mi embarcacion el cardenal; y á él entretanto le instruiré con muchas veras en todas las cosas de mi cargo y del servicio é interés de V. M. que este, Señor, ni ha de atrasarse ni perder por culpa mia en ningun tiempo." Hay una arrogante franqueza en todo este escrito que persuade de la razon del duque y del proceder arrebatado del cardenal, á quien la ambicion hizo indigno instrumento de persecuciones y odios.

Todo lo sucedido en Nápoles se supo en España y dió lugar á opiniones diferentes; porque todo hombre tiene enemigos y parciales; mas llegaron cartas del cardenal, y tanto ponderó las desconfianzas y sospechas que á su toma de posesion precedieron, las circunstancias, accidentes y revolucion de la ciudad, los navíos, soldados y municiones que no se suponian reunidos por Osuna sin intencion siniestra, su altiva y recia condicion, la mucha mano que tenia con la plebe, y cuanto le amaba la tropa, que movió á la mayor parte de la gente á alabar grandemente la providencia é industria del que, en su opinion, habia salvado la monarquía de los grandes males que se esperaban en aquel reino. El duque partió en fin para España el 14 de junio de este mismo año de 1620, dejando en Nápoles á la duquesa su esposa, Doña Gatalina Enri-

quez de Rivera, sobrina del gran Virey duque de Alcalá, y sus hijos. Genuino, el electo, alborotador del pueblo, partió ántes que él á Piombino, temeroso de que le prendieran, que á echarle la mano hubiera pagado sus sediciones con la vida. El duque se embarcó para Marsella, donde se detuvo dos meses, tiempo que no perdieron sus contrarios (*) para irritar contra él el ánimo del Rey; y que él, segun Giannone, dedicó á los placeres y diversiones, á que se entregaba con el mismo calor que á las tareas del mando ó á las fatigas de la guerra. Llegó en fin á Madrid, y halló el ánimo del Rey mejor dispuesto de lo que habian tratado sus émulos, aunque la maledicencia esparció la voz de que habia sido mal recibido del monarca. El duque de Uceda, que entónces lo dominaba, lo habia inclinado á su favor; y logró no solo disculparse de los cargos que se le hacian, sino incriminar la conducta del cardenal Borja, que á la verdad tiene necesidad de grande apología. Pidió reparacion de su honor ofendido y no admitia otra sino que se le volviese al mando de Nápoles de que se le habia despojado. El Consejo de España tomó en consideracion la pretension del duque, y verosímilmente hubiera salido con ella sin la oposicion virísima del em-

---

(*) Sus adversarios querian hundirle para siempre por el temor de que llegando á Madrid y sincerándose con la corte, fuese vuelto á Nápoles ó elevado á algun otro puesto preeminente, en que pudiese vengar sus agravios. No lo acertó el duque en dar tiempo para sus manejos con su detencion en Marsella; pero el empleo que dió al tiempo en esta ciudad, es un testimonio irrefragable de la tranquilidad de su conciencia y de la poca mella que hizo en su ánimo la pérdida del vireinato: ¿dónde está, pues, aquella insaciable ambicion con que se supone quiso hacerse dueño del reino de Nápoles?

bajador de Nápoles que, como de la nobleza, favorecia á los enemigos del duque. La conducta del cardenal fué desaprobada, y á pesar de las ardientes instancias de su madre la duquesa de Gandía, revocado su nombramiento. El duque estaba persuadido que la ambicion de mando del cardenal era lo que mas le habia perjudicado, que ella era la que habia dado fuerza y consistencia á las sospehas de rebelion con que habian tratado de infamarle y hacerle mal quisto en la corte, y á menos costa no se hubiera aquietado. Ruidoso habia sido su agravio y ruidoso debia de ser su reparacion. ¿Cómo hacer creer al mundo su inculpabilidad quedando en el mando su sucesor?

El duque parecia volver á la gracia de la corte, y pronto se hubieran acallado los rumores que en su perjuicio habian corrido; mas la muerte de Felipe III vino para él muy extemporáneamente. La suerte tenaz en perseguirle destruia á sus amigos y elevaba á sus perseguidores. El nuevo Rey se rodeó de nueva gente que puso empeño en procesarle criminalmente por su conducta en Nápoles. Nombróse una nueva junta para examinar judicialmente los cargos contenidos contra él en los procedimientos hechos anteriormente por el consejero Scipion Rovito, que el cardenal Borja habia enviado á la corte. Grande importancia se dió á estos cargos, segun el vigor que se empleó contra el duque. Lleváronle á la Alameda, posesion de su casa, cerca de Madrid (no al castillo de Alameda como dice Giannone), creyéndose encontrar causas para su prision, aunque segun otros le abrevió la libertad la que empleó su lengua en quejarse de quien podia mas que él. Sustanciaron su negocio dos oidores, D. Gaspar de Vallejo del Real, y D. Francisco Alarcon que lo era entónces de Granada, y pasó á Nápoles á hacer sus informaciones. Es-

taba el duque con 23 guardas en la Alameda en un principio; mas despues, serenándose un poco el semblante de las cosas se las redujeron á 13, y le aliviaron la prision. Su genio violento se la hacia insoportable aun con estos alivios; y la idea de la ingratitud y malos términos que con él habian usado sus enemigos encendia su sangre; de suerte que la quietud del cuerpo y la agitacion del ánimo produjeron en él graves enfermedades. El Rey mandó trasladarle á otro sitio por ver si lograba mas salud, como si otro sitio fuese capaz de templar y alegrar sus tristes pensamientos y destruir sus negras cabilaciones. La duquesa su esposa afligida al ver que estos males anunciaban el fin de su marido, deseando le cogiese entre sus brazos y en su casa, arrodillada á los pies del Rey se lo suplicó en un sentido memorial que copian íntegro Céspedes en su *Historia de Felipe IV, lib. II, cap. III,* y Alonso Nuñez de Castro en el citado librito de *Espejo cristalino de armar para generales valerosos, etc.* No hará, pues, falta que lo repitamos, aunque es digno de leerse. Su expresion es sentida, aunque el estilo es campanudo y afectado.

La muerte no dió lugar á que se cumpliesen los justos deseos de la ejemplar esposa; pues víctima de sus melancolías murió el duque el 24 de setiembre de 1624 ántes que el Rey se resolviese ni sus negocios se acabasen, incierto del nombre que dejaria á la posteridad. Su cuerpo fué enterrado en el convento de religiosos observantes de San Francisco de su villa de Osuna, y segun Don Juan Yañez que asegura haberle visto *(en sus Memorias para el reinado de Felipe III, pág. 49 del prólogo)* el año 1723 se conservaba incorrupto. Acabóle una hidropesía que le arraigó su vida sedentaria. "Murió en efecto, dice

Céspedes en el libro arriba citado, y cuando si su condicion ó su fortuna le hubiese dado mas amigos y no tan ásperos contrarios pudiera en fé de sus victorias salir alegre de esta vida y con mejor reputacion; pero es cosecha propia suya y muy del mundo honrar así á los que él hizo mas dichosos." Giannone no le es tan favorable. "La sensualidad, escribe al referir su muerte, y una ambicion desmesurada por el mando, corrompieron en él otras cualidades grandes, y obscurecieron el brillo de su valor y de sus talentos singulares para el gobierno. Quedan de él gran número de reglamentos útiles y prudentes, que se publicaron en Nápoles, en los volúmenes de Pragmáticas de este reino." La primera fué ciertamente un vicio de su vida privada de que apenas se puede vindicar su memoria; pero la segunda no hay por que se le eche en cara. Fué ambicioso es verdad, y si hubiese vivido siglo y medio ántes hubiera pretendido como un antecesor suyo la mano de la Reina Católica, porque no hubiera creido inferior su persona á la grandeza de un sólio; pero su ambicion fué noble y en nada perjudicó segun testimonios fidedignos á su lealtad y patriotismo. Su principal crímen fué la imprudencia: la libertad de su lengua, lo poco recatado de su conducta, y el poco cuidado que tuvo de labrarse amigos entre los poderosos, dejaron puerta franca á sus enemigos para cebarse en su nombre; y abusando de su militar franqueza y de aquella locuacidad con que se jactaba de cosas que sus obras acreditaban era incapaz de hacer; no hubo crímen que no hiciesen aparecer como verosímil á su persona, no hubo sospecha que á los ojos de los que no le conocian no hiciesen valer como certidumbre.

(2) De D. Octavio de Aragon que el duque con bue-

na eleccion llevó á Sicilia por su segundo en el mar, he visto en el índice de una coleccion anónima de mss. que existia una con título de *Cartas al duque de Osuna y de este á él*, con motivo de haberse venido con la escuadra, dejando al duque en Francia. Ignoramos donde paran estas cartas, pero no seria tiempo perdido el que se emplease en buscarlas y aun en imprimirlas, para ilustracion de la vida del duque y de la historia de la marina española. Tambien sobre las demás expediciones marítimas del duque se hallan impresos papeles sueltos, de aquella edad, que deben haberse hecho ya muy raros, y algunas noticias mss. leidas por nosotros en un índice de Colecciones, si bien no recordamos con exactitnd en cual, aunque casi podemos asegurar que es en la que poseia el baron de Casa-Davalillo.

(4) Este es un modo de juzgar el mas expeditivo, aunque sujeto á grandes injusticias, y nos parece que para condenar á un hombre á muerte ya se necesita algo mas de formalidad. Nueva prueba de lo absoluto y enteramente libre de todo freno que era el gobierno de los Vireyes en Nápoles. Habla de él Tarsia en la vida que escribió de D. Francisco de Quevedo.

(5) Algunas se han dicho en la primera nota; pero no queremos dejar de hablar con alguna mas extension en esta de una muy ruidosa en que se sospecha no es fácil averiguar con qué fundamento haber tenido parte el duque. Esta es la conjuracion de Venecia, atizada por el marqués de Bedmar, si se ha de creer á las voces que se hicieron correr para hacer odiosa la influencia española en Italia. Este caballero embajador de España en Venecia llamábase D. Alfonso de la Cueva; poseia en alto grado el talento de la intriga, y no cedia al Virey en odio á la re-

pública. Cuando el duque de Osuna trató de disputar á esta el derecho que se arrogaba de la privativa navegacion del Adriático, el marqués sabiendo que de ningnna otra manera podia herirle mas en lo vivo, hizo escribir ó escribió por sí un libro titulado *Squitinio de la libertà veneta*, que afligió como lo pensaba á los venecianos por la dificultad de encontrar un escritor que lo refutase con la fuerza y dignidad con que estaba escrito. Alguno lo atribuye á Mr. Velsero y otros á Nicolás Peirese, lo que parece confirmarse con lo que dice Gassendi en la vida de este sabio; mas Brouchad Struvius en su *Bib. hist.* dice que el verdadero autor de este libro fué el mismo marqués de Bedmar, lo que aunque no sea exacto, es indicio de que se le creia capaz de la composicion de libro tan excelente. Cuéntase que habiendo el Dux hablado al famoso Fr. Paulo Sarpi, para que lo refutase, este que conoció la gran dificultad de la empresa, por tenerse que tocar á la defensa puntos que eran mejor para callados, le contestó: *Serenissime, ne moveas Camerinam; inmotam hanc expedit esse*. El año 1618, despues de la paz entre España y Venecia, tramóse una conjuracion en esta última ciudad, y el marqués de Bedmar fué sospechado de ser el que arreglaba todos los resortes de esta terrible y complicada máquina (*). El objeto era en un mismo dia poner fuego al arsenal y al palacio, asesinar en medio de la confusion á los nobles y apoderarse de la capital, para que á favor de este completo trastorno, el gobernador de Milan Don

(*) En esta relacion seguimos á los autores que han creido ser verdad la conspiracion: luego dirémos lo que asientan los que creen lo contrario.

Pedro de Toledo entrase en la Lombardía veneciana mientras que la escuadra de Osuna llevaba á sangre y fuego el Friul y las costas de Dalmacia. Para encontrar dentro de la ciudad cómplices para tal designio, grande debia ser la perversion de la república y mucho el odio de la plebe contra los nobles; y el conocimiento de este estado fué segun dicen lo que movió al marqués á esta empresa con que los venecianos mismos se echaron la ceniza á los ojos: si no hubiese perversos que auxiliasen el crímen nadie se atreveria á poner en planta designios criminales. De ellos necesitaba el marqués para preparar bien su golpe. Aplicóse á ver los descontentos que habia en Venecia, y empleó con sagacidad los medios de corromperlos: valióse de acusaciones, y segun un autor veneciano de calumnias para perder á los que resistian á sus alhagos, é inspiró ideas de rebelion á los que escuchaban sus palabras: procuró y consiguió seducir gran número de soldados, y conquistó muchos afiliados en las clases bajas, para las cuales siempre fueron odiosas las inmensas prerogativas que en Venecia disfrutaban las altas. Pero todo no podia hacerse con venecianos: hacia falta quien diese un movimiento ordenado á estas diversas ruedas, y el duque de Osuna, segun apuntan, le envió con este objeto dos hombres de confianza emprendedores hábiles y sin escrúpulos. El primero de ellos fué un normando llamado Jacobo Pierres, hombre intrépido, que en Nápoles ejercia el oficio de corsario; y el segundo de ellos un tal Langlad, tambien francés, sugeto muy experto en todo lo que concierne á la artillería. Ambos fingieron estar descontentos del Virey de Nápoles que los habia maltratado, y que por venganza se pasaban al servicio de la república; é hicieron tan bien su papel, que aunque el embajador de Ro-

ma escribió que no se fiasen de aquellos hombres que el sospechaba ser espías de Osuna, los mas suspicaces venecianos cayeron en el lazo y los admitieron en su servicio. Es muy inverosímil creer tan inocentes y confiados á los venecianos. Pero sigamos: el duque por su parte mostró estar irritado con su fuga; hizo poner en prision á la mujer de Pierres, y les escribió cartas á los dos amenazándolos si no volvian. Entretanto ellos sostenian correspondencia con el marqués que tenia espías en todos lados, y con los correos que despachaba continuamente á Milan y á Nápoles, aseguraba el éxito de sus intentos. Habíanse comprometido en la conjuracion algunos borgoñeses y franceses y acercábase ya la hora de que estallase. Un inglés llamado Haillot, tenia comision del duque de Osuna de llevar cierto número de bergantines y de barcas armadas que á una señal convenida debian entrar en las lagunas, seguidos de muchos bajeles gruesos, con órden de colocarse en las costas del Friul, y allí esperar el suceso. El encargo de Langlad, que por sus conocimientos habia sido empleado por los venecianos en el arsenal, era prenderle fuego mientras otros incendiarios hacian lo mismo en otros cuarteles de la ciudad. Tenian los conjurados distintivos para reconocerse: el premio ofrecido era el saqueo de la casa de la moneda y de los ciudadanos opulentos. Solo se esperaba para dar el golpe la venida de los bergantines de Nápoles, pero estos no venian; lo que inspiraba inquietud.

Este retraso ocasionado por los corsarios enemigos de España, que se apoderaron de algunos de ellos, y la borrasca que dispersó otros, dió lugar á que fracasára la empresa por causas accidentales, independientes de ella. Prorogado el dia de la ejecucion, llegó uno en que las

tripulaciones de la escuadra de la república necesitaron refuerzo; y llamados á embarcarse Pierres y Langlad, perdió la conjuracion uno de sus principales resortes. Todavía, sin embargo, estaba confiada, y hubo muchas conferencias para remediar esta pérdida; lo que dando ocasion á que el secreto, ya propagado entre muchos, se extendiese á mas gentes, dos oficiales franceses llegaron á saberlo y dieron parte al Consejo de los Diez, el cual para conocer los pormenores introdujo emisarios suyos en las conferencias de los conjurados, y con esto logró una lista exacta de todos ellos. La informacion secreta fué seguida de órdenes para aprisionar á los culpables, y los papeles que dicen se encontraron en sus casas suministraron la prueba plena del crímen. Pusiéronlos á cuestion de tormento y confesaron todo, si bien en sus confesiones no debió constar que fuesen movidos por mano española (*). El castigo no se hizo esperar: unos fueron ahorcados, otros agarrotados en la prision y por la noche arrojados al mar: los que tuvieron tiempo de salvarse fueron á buscar un asilo en el duque de Osuna: Berard, capitan francés, comandante de Crema, á quien se imputó que estaba convenido en entregar esta plaza al gobernador de Milan, fué preso con sus cómplices y con ellos murió en un cadalso: Pierres y Langlad por órden que se envió al general de la escuadra, sin forma ninguna de proceso, fueron arrojados al mar. La ciudad hizo rogativas públi-

(*) El Senado dió luego un decreto prohibiendo que se atribuyese á los españoles nada de lo que habia pasado; y si hubiese constado así de las declaraciones, parece que hubiera rebajado su dignidad en dar tal paso; pero hay quien niega aun que se diera lugar á esta formalidad.

cas en accion de gracias. El marqués de Bedmar, temiendo ser víctima de la irritacion popular atizada por oculta mano, huyó á Milan, y el Senado envió un correo á Madrid para pedir su deposicion. Felipe III quiso darles gusto y lo envió cerca del archiduque Alberto á Flándes, donde sus talentos podian ser de grande utilidad: resolucion que no contentó á los venecianos, que quisieron se impusiera al marqués algun castigo, y sospecharon á la corte de Madrid de complicidad ó tolerancia en los pasados sucesos. Al duque de Osuna bastóle negar haber tenido parte en ellos para que fuese creido de su gobierno, no así de los venecianos que encontraban una prueba en contrario en la proteccion que dispensó á los refugiados y la libertad que dió á la viuda de Pierres, que hizo conducir á Malta con una escolta.

Esta es la famosa conjuracion de Venecia, famosa mas por haber ocupado la pluma elegante y novelesca del Abbé Saint-Réal, que por las sospechas que ha inspirado de haber sido una infame mentira. Algun autor moderno la ha tenido por fabulosa, y si en la esencia apenas podemos persuadirnos que lo sea, lo es en los pormenores que describe Saint-Réal, autor que solia hacer de las historias novelas. Todos los escritores venecianos la dan por cierta, y seria llevar muy allá el maquiavelismo de esta república, creer que impuso tantos severos castigos y cortó tantas vidas solo por hacer creer á la Europa una falsedad con objeto de atraerse sus simpatías. Por tal quiso que pasase el marqués de Bedmar que difundió la voz de que la conspiracion no habia sido otra cosa que una impostura de Venecia para perderle á él, al gobernador de Milan, D. Pedro de Toledo, y al duque de Osuna, que inquietándose poco de los juicios públicos y tiem-

po perdido el desmentirlos, continuaba siempre teniendo bajeles armados en su nombre, lo que le obligaba á un gasto inmenso y daba armas á sus contrarios para suponerle proyectos de otro género. Hemos escrito la relacion de esta conjuracion segun los autores italianos, porque los españoles que hemos consultado dan poca luz sobre la materia. Util y curioso seria hacer sobre ella mas profundas investigaciones; pero la dificultad está en encontrar el modo. Resueltos á negar, si el negocio se frustraba, toda participacion á los hechos los tres personajes españoñoles que aparecen complicados en ellos, no hay que decir que á ser cierto que ellos la urdieron y fomentaron, como Venecia procuró persuadir, inutilizarian cuidadosamente todos los documentos que pudieran dejar el menor rastro; y como por otra parte en España no se dió importancia alguna á lo que pasaba en un rincon de Italia, y aun se creeria por muchos una farsa inventada por venecianos; he aquí que no hay mas remedio que estar (mientras nuevos documentos vistos á la antorcha de la severa crítica no lo destruyan) á lo que nos dicen autores extranjeros, que seguros de no ser contradichos habrán exagerado á su placer el colorido. Por lo que toca á nosotros no nos atrevemos á decidir sobre la veracidad de este suceso. Mas decidido nuestro apreciable amigo D. Aureliano Fernandez Guerra, en la vida que ha poco escribió de D. Francisco de Quevedo y Villegas, asentó que todo fué una horrible farsa: su opinion es de gran fuerza, porque es escritor sobremanera escrupuloso y detenido. Por honor de la humanidad no queremos fijar la vista en tal cúmulo de horrores. Aun es este sangriento suceso mas horrendo como ficcion de Venecia, que si el marqués de Bedmar y el duque hubiesen concebido su plan, y la

mortandad hecha por la república fuese castigo justo debido al descubrimiento de sus cómplices.

(6) No creeriamos haber cumplido con lo que se debe al duque de Osuna si dejáramos de examinar despacio las causas de su caida, de discutir si hubo en él las ideas de rebelion y levantamiento de que se valieron sus enemigos para perderlo, pintándolas con colores tan vivos que por de pronto engañaron á la corte. Nuestro autor fijo en su sistema de nimia veneracion á los Vireyes se contenta con decir que fué despojado de una manera nunca vista ni oida, y alaba su prudencia en este trance (*). No inquiere las causas de que se hiciese con él lo nunca visto hasta entónces ni oido; y así rehuyó el compromiso de faltar con el duque ó con el cardenal de Borja; pero en el modo de explicarse se conoce que jamás creyó en la traicion del primero. Mas propenso á creerla ó á hacerla creer á los demás se muestra Giannone; y como la imparcialidad con que este autor habla en general de los Vireyes españoles da cierto peso á sus palabras, bueno será examinarlas. Es de advertir que todo lo que dice sobre este punto lo toma de Nani, historiador veneciano, enemigo como tal encarnizado del duque de Osuna. El odio vé todas las acciones por un prisma, que se las disfraza, aun las loables, de color oscuro y funesto: las virtudes se le presentan como vicios, como fealdad la hermosura, la virtud como hipocresía; lo malo lo aumenta de una manera prodigiosa; la imaginacion se goza en exa-

(*) Este sencillo elogio de paciencia ó de resignacion, que aquí es lo mismo, está en contradiccion con los que dicen, que arrojando la máscara trató de sublevar el ejército.

gerar sus perfiles y aumentar sus dimensiones: lo bueno, ó no se trae á los ojos, ó le hace perder de naturaleza para convertirlo en malo, atribuyéndole causas viciosas. ¿Qué podia hacer el duque de Osuna que pareciese bien á Nani? Con esta preocupacion de espíritu que le desfiguraria hasta sus buenas acciones, no hay que extrañar acogiese con afan cuantas voces corriesen en su desdoro, representándosele como cierto cuanto rebajase su persona, ó perjudicase á su reputacion. Giannone ya dice de donde toma sus noticias; pero les presta demasiado asenso, y aun parece que anda buscando razones con que corroborar las opiniones de este. "Nani asegura positivamente, dice Giannone, que este Virey informado por los sucesos de la resolucion tomada para quitarle el puesto, proyectó asegurarlo para siempre á título de Principado. La conducta que observó confirma la verdad de las voces que corrieron." Habla de como procuró atraerse con alhagos el populacho por medio de Julio Genovino, electo del pueblo, hombre revoltoso y amigo é inventor de novedades; de como retenia á su sueldo tropas extranjeras y bajeles que dependian privativamente de él; de como protegia indistintamente los pueblos contra la nobleza, y les hacia creer que iba á suprimir los impuestos; y prosigue con Nani, que lisonjeándose de encontrar á los Príncipes de Italia favorables á su proyecto hizo por secretos amaños sondear al duque de Saboya y á los venecianos, insinuando á estos últimos que toda la conducta que habia observado con ellos era consecuencia precisa de las órdenes que tenia de Madrid; y al primero que le convenia entrar en su proyecto que tendia á arrojar á los españoles de Italia: que la república de Venecia bien lejos de entrar en semejantes proyectos guardó una prudente re-

serva; y en cuanto al duque de Saboya, los comunicó á la corte de Francia, y el condestable duque de Lesdiguieres envió una persona á Nápoles que le informase del estado de las cosas. Al llegar su sucesor, el cardenal Borja, á Gaeta, supónese que le armó emboscadas para detenerle en el camino, y que con este intento le arregló en Puzol una habitacion comodísima, sin duda para tenerlo allí encantado como Armida al capitan cruzado; y que este personaje conociendo la añagaza en lugar de detenerse en esta ciudad, pasó á la isla de Prócida, pudiendo mas en su corazon el ansia del mando que las delicias de los palacios de Puzol. El electo Genovino, prosigue Giannone, no estaba entretanto en la inaccion; y exagerando ante el populacho los beneficios recibidos del Virey, le hizo temer que despues de su marcha, los españoles los tratarian con mas rigor, habiendo llegado al punto de excitar por este medio una sedicion para impedir la entrada del cardenal Borja en Nápoles, perpetuando con ella la dominacion de Osuna; y el cardenal, informado de estos movimientos, no creyendo deber exponerse á los insultos del populacho, resolvió entrar secretamente en la ciudad, y teniéndolo todo arreglado con el comandante de Castelnovo, se metió en una barca, pasó á Puzol á pretexto de una partida de caza, y desde allí entró en coche en el castillo. Aferrado el escritor en la idea de los intentos de defeccion del duque, aun dice que intentó armar en su favor el populacho haciéndole grandes promesas, y que arengó á las tropas y las hizo mercedes: nuestro autor dice sencillamente que bajó al atarazanal á despedirse de ellas y que dieron grandes muestras de dolor por su partida. Giannone refiere además, por no dejar nada de lo que pueda acriminar al duque, que tuvo este

la precaucion de enviar delante de sí á Piombino al electo Genovino, disfrazado de marinero, por el temor de que no fuese preso, y recibiéndolo despues en su embarque lo condujo á España.

Los escritores españoles siguen otro rumbo: en general hacen el elogio del duque de Osuna; conducta que no se concibe si el duque hubiese sido criminal. Es expresion vulgar que todo el mundo hace leña del árbol caido. El duque era muerto, sus perseguidores omnipotentes, la adulacion y el interes no los podian mover á hablar en su favor. Esto no podia acarrearles sino la saña de los que mandaban; y al contrario hablando mal, haciendo ver al mundo que los que le dejaron morir en la prision habian sido justos, conseguian su apoyo y valimento. ¿Por qué, pues, se pusieron de parte del duque contra sus enemigos? ¿Qué otra cosa que el sentimiento íntimo de la conciencia, y el preferir el amor de la santa verdad á todo miramiento, pudo moverlos á la conducta que observaron? Empezarémos por Gonzalo de Céspedes y Meneses, autor de la Historia de Felipe IV. Este caballero, natural de Madrid y oriundo de Portugal, imprimia su historia en Lisboa en 1631, y en ella, aunque con rodeos y precauciones, por no incurrir acaso en la persecucion de los enemigos del duque, deja traslucir que su proceso fué producto mas bien de la malquerencia que de verdadero delito. Supone que sus palabras no son mas que apuntamientos de lo que sobre el caso dejaron escrito extranjeros y nacionales; y sin querer dar su opinion, que si hubiese sido desfavorable al duque no tenia porque ocultarla, deja al pío lector que saque consecuencias de su relato. A pesar de reprobar su libre juventud, le crée digno de un mando por haber adquirido los talentos necesarios

para desempeñarlo en sus viajes dilatados, y haber dado muestras de su valor con numerosas hazañas. Cuenta que dicen los escritores extranjeros y nacionales bajo cuya responsabilidad quiere hablar: "que sus bajeles se hicieron árbitros del mar, terror de infieles, confusion y espanto de los venecianos, que acorralados muchas veces con afrentosas ignominias pagaron bien el perturbar á Ferdinando y sus súbditos sobre Gradisca y en el Fiurli, y en el asistir al de Saboya en las revueltas del Piamonte, al Palatino en la Bohemia y á los grisones en Italia: que á todas estas invasiones habia acudido prontamente con tan magníficos socorros y tan á tiempo y ocasion, que sus mas prósperos sucesos deben atribuírsele. . . . Que de su gran felicidad redundó su mucha fama, emulaciones no pequeñas, y sentimientos en aquellos en quien cargó la vejacion de tan inmensas provisiones, levas, ejércitos, armadas, alojamientos y gabelas, y particularmente los nobles, que no le estando bien afectos le hicieron blanco de sus quejas: que estas crecieron en queriendo castigar culpas y delitos, y refrenar el torpe abuso de otros pecados mas horribles, y sobre todo en entendiendo que se inclinaba á los plebeyos, y en su desprecio y aversion disimulaba que anduviesen en competencias con su gremio (el de los nobles) que habian por esto maquinado contra su honor fuertes discursos, sacado á plaza sus flaquezas, acriminádolas, crecídolas, puéstole mal con los ministros, y procedido de tal suerte en conventículos y juntas, que no ignorándolas el duque y ellos temiendo su venganza, la procuraron estorbar con acelerar su perdicion; la cual la fueron fabricando, enviando á España nuevas quejas y personajes nobilísimos que apadrinados de repúblicas (á quien su nombre era terrible) las escuchó muy

bien el Rey, y mayormente luego que con cautelosos artificios mezclando cosas increibles, dieron sagaces á entender que el arruinarse los comercios, andar los pueblos fugitivos, flacos y errados los consejos, nacia del poco del Virey, del desconcierto de su vida; y en conclusion de los designios que maquinaba con la plebe, que este fué el único *pretexto* á que tiraba su intencion, y pudo ser (no engañándose) porque en los casos de aficion ó de política de estado, como se antoja certidumbre aun la sospecha mas ligera; así la suya cuidadosa y ántes de esto resentida de otros progresos del de Osuna, cuando él por dicha imaginaba premio excesivo á sus victores le quitó el cargo y le mandó que se viniese á España." Este último párrafo no esta claro; el autor, que nunca lo es mucho, en esta materia camina sobre ascuas, y entre que quiere y no quiere decir las cosas, dijo su pensamiento velado en una confusa reunion de palabras. En mi entender solo quiere decir que en el último pretexto fué en el que mas se esforzaron los nobles, conociendo la mella que debia hacer en la suspicacia de la corte de España. Esto se infiere de las ideas que preceden y siguen, que estan bastante expresas para inculpar al duque, diciendo quizá mas de lo que pensaba. Esto es lo que se encuentra en la historia de Céspedes: habla en seguida de la venida del cardenal su sucesor, y nada de asechanzas para impedirla; sí solo que habiendo el duque pedido al Rey le permitiese dilatar su jornada por no salir de Nápoles, bajo la *presuncion* de una nota que le infamaba; y habiendo buscado para ello la intercesion del Emperador Ferdinando, pidió al cardenal que se esperara; y el cardenal sin duda creyó que se le escapaba el vireinato de las manos, y los que deseaban

su venida que les quedaba el duque para ajustar la cuenta de sus demasías y malas intenciones; que no dejaria de hacerlo con toda la dureza de su carácter enérgico. Céspedes dice que la representacion del duque para que le permitiesen continuar en el mando iba fundada en razones mas eficaces que aparentes. En un autor que camina con tanto miedo de comprometerse con sus palabras es bastante decir.

Visto lo que refiere este autor, veamos como se explica Alonso Nuñez de Castro en el *Espejo cristalino de armar para generales valerosos etc.*, en cuya portada dice que se envanece de ser criado de su hijo D. Juan Tellez Giron. Este librito se imprimió en 1648. Mas lejano ya de los sucesos pudo ser mas explícito, y su apología del duque D. Pedro es completa; si bien hubiera ganado en estar escrita en estilo menos rimbombante y enfático. Como quiera que sea, digno es de reflexionarse sobre lo que dice: "Este varon, pues, digno de que se hiciesen selvas de laureles los poblados para abastecerle de coronas las sienes; campos de Africa las ciudades de Europa para contribuirle palmas á sus manos, murió en una prision lastimosa, barajándole la envidia la mejor estrella que gozó en su nacimiento Monarca. Pudo un dicho falso justificar en los jueces el castigo, pero no hacer que lo mereciese la inocencia. Porque nada faltase á tus ventajas, Príncipe ilustrísimo, tuviste la soberanía de envidiado. En la campaña viviste mas dichoso, en la prision mas deseado: la intencion dañada de los calumniadores te acreditó, en vez de deslustrarte; hizo mas notoria tu falta, cesando con ella las victorias. Tuya fué la culpa, aunque estuvo en ellos la malicia; pues te diste tanta prisa á rendir coronas, á sujetar enemigos, que como en ningun otro se pu-

diera interpretar sino á codicia propia de reinos, se cargaron así la ley comun de los demás, sin atender á que sus bríos, como en nada eran comunes á los otros, tampoco lo habian de ser en las leyes. Vióse en una cárcel él solo; pero mas sola sin él España. Que el duque se acompañó de sí mismo; y España en todos sus hijos, animosamente lo digo, no pudo hallar otro D. Pedro. Embarazóse la fortuna en premiarle; y por no confesar su insuficiencia mintió agravios los que á todas luces fueron servicios. ¿Cómo quiso querer á Nápoles para sí, quien rindió dos coronas turcas á su Rey? ¿Cómo pudo pretender un reino, quien tenia dispuestos los votos para coronar Emperador á Filipo? ¿Cómo pudo caber pensamiento de cercenarle la púrpura, en quien tuvo ya hecho que añadiese á la que gozaba nuevo, si hermoso, giron en Venecia? Si la malicia presumió queria el duque lo que sus méritos, sin consentírselo él, solicitaban que tuviese, poco le achacó en decir se queria levantar con un reino cuando los del orbe le venian á su corazon cortos, á sus hazañas estrechos; si lo que él quiso tener, mintió si le achacó mas de lo que su Rey quiso. Alegarán otros en favor de esta verdad argumentos irrefragables, á mí el que fuese Giron me sobra por evidencia." Pone en seguida la exposicion ya citada que hizo al Rey la duquesa Doña Catalina Enriquez Ribera, y despues prosigue:

"Menos elocuencia y menos bríos de razones le bastáran al Rey para libertar al duque, satisfecho ya en los tribunales de justicia de la pureza de su lealtad; pero aceleróle Dios tanto la muerte que no dió lugar á que tomase el Rey la resolucion que deseaba. Y para que nada faltase á tus glorias, Príncipe excelentísimo, te dispuso el cielo por mano de la envidia laureles que no se marchita-

sen, lustre que no temiese las sombras. Aprisionóte las manos para que no ganasen tierras á tu Rey; pero hechas ellas á no estar ociosas te ganaron el cielo á ti. . . . Anibal, aun no semejante á tí en las hazañas, aunque muy parecido en los premios, viéndose á una cargado de años, de prisiones y triunfos desacreditó su valor, ahogó sus laureles bebiéndose en un veneno la muerte: no supo vencerse á sí el que lo venció todo; pero el duque se supo sufrir desdichado, no habiéndole podido sufrir todo el imperio del Soldan guerrero. No le hizo mudar el rostro mudanza tan contraria de la fortuna: llegó solo á sentir su amor, no escarmentasen otros de servir, viendo así castigada su fineza. Descansa en paz, Príncipe augustísimo, que las desgracias de España han tomado bien á su cuenta tus memorias. Cuantos vasos fia el Turco á las aguas durando, dicen que tú no duras; viviendo, confiesan que tú moriste. Cuantas veces infesta nuestras costas el africano, en nuestros males lloramos tu ausencia, y nuestras desdichas nos hacen acordar de la tuya. Descansa en paz y sean epitafio á tus méritos, no el mármol que gastarán pronto sus caractéres las lágrimas, no el bronce que son pólvora sorda los tiempos, y aunque tarde sentirá su destrozo: los corazones, sí, de nuestros españoles, que en sucesivas eternidades diriven hasta el postrer paso de el sol de tus glorias ni harán falta artificiosos buriles para el letrero. Que si sabe ablandar peñascos el agua ya habrán aprendido á cavar corazones las lágrimas." Elogio de mejor gusto puede escribirse, pero no mas completo y expresivo. ¿Hubiera permitido la censura el imprimirlo durante el gobierno del mismo Rey, que mandó la prision y la conclusion del proceso, ó mejor dicho, bajo cuyo imperio abusando de su abandono en el mando se fraguaron, si el

duque hubiese muerto sospechado de traidor? ¿O no fué que con él murió tambien el delito que no fué otro que no haber sabido precaverse del resentimiento y la envidia?

Este autor cita un memorial que presentó al Rey, Don Juan, hijo y sucesor del duque, en que recordando los servicios del padre trataria de revindicar su memoria. No hemos visto este memorial que dará luces sobre este asunto, presentando argumentos con que probar la inculpabilidad del duque; sin embargo tiene en contra suya el inconveniente de ser de persona demasiado interesada en su honor para que el crítico inflexible pueda tenerlo por imparcial. Los contrarios del duque hubieran recusado su testimonio á no ir apoyado en pruebas incontrastables: no sé como recusarán el de los escritores á quienes la sangre no podia cegar los ojos.

Hablemos, pues, de D. Francisco de Quevedo, el gran filósofo de España, apreciable tanto como por sus talentos por su carácter; martillo terrible de los malvados así como entusiasta elogiador de los virtuosos. Amigo del duque de Osuna, fué á acompañarle á su vireinato de Sicilia, donde le sirvió de descanso en sus ocupaciones y de desahogo en sus ocios. Tratóle en la intimidad, y penetró en el fondo de su alma. Siguióle despues al vireinato de Nápoles, no queriendo el duque desprenderse de su compañía por lo útil que le era para el desempeño de los asuntos mas graves que ponia en sus manos, y á que él daba evasion con inteligencia y probidad. Cayó juntamente con el duque porque noble y generoso cuando vió que titubeaba su crédito no quiso desampararle. Clamó siempre contra sus perseguidores y sufrió encarcelamientos y disgustos que le abreviaron la vida por desafiar las iras de los que aborrecian á

su ilustre amigo y contra él abusaban de su poder. Estuvo preso en la torre de Juan Abad tres años y medio pasando grandes molestias, y dice su biógrafo Tarsia, que las dió por bien empleadas padeciendo con mucho gusto por amigo y Príncipe que le habia estimado sobre todos los que conoció, y le habia dado ocasiones de hacer á S. M. servicios muy relevantes; por cuya causa siempre que se ofrecia hablar del duque encarecia su virtud y grandeza con los mayores elogios. Un soneto hizo á su caida que es de los mas celebrados de este autor por ser uno de aquellos en que mas campea su estilo nervioso y vigorosa expresion: tres inscripciones sepulcrales tambien en sonetos en que compendia las glorias y hazañas de su héroe con elevacion y elegancia. No los copiamos porque están en sus poesías que todo el mundo conoce, y que están para reimprimirse actualmente bajo el cuidado de mi buen amigo, el profundo erudito D. Aureliano Fernandez Guerra, con una prolijidad y detenimiento en la reintegracion del texto, digna de los Manucios y Heinsios, pero no propia de este siglo. El primer tomo que contiene sus obras en prosa, impreso de este modo, corre y se dilata por uno y otro hemisferio (*). Pero aunque no los copiamos, no dejarémos de advertir una cosa, y es que Quevedo no hubiera levantado su voz sacrificando su sosiego, su libertad y hasta su vida por deificar la deslealtad, por colocar sobre el pedestal del héroe al que merecia un cadalso. Tenia demasiada penetracion y conocimiento de los hombres para profundizar hasta el corazon del duque, y demasia-

(*) En la *Biblioteca de Autores españoles* que á cargo de Don M. Rivadeneira se publica en Madrid con no poca ventaja de nuestras letras.

da honradez y lealtad para no abandonarle si hubiese concebido algun criminal proyecto contra su patria. Entónces, ó hubiera enmudecido avergonzado, ó solo hubiera hablado para deplorar la fragilidad humana que á hombres de tan relevante mérito hace caer desde su alta esfera.

Recapitulemos ahora lo que resulta de los testimonios citados. La nobleza napolitana queria salir del gobierno del duque, ó porque odiaba su altanería, ó porque queria andar mas libre y le incomodaba el rigor de su justicia, ó en fin se resentia de la preferencia que daba al pueblo y que ella interpretaba en desdoro de su clase. Venecia que deseaba tomar venganza de las pérdidas y alarmas que le habia causado la actividad guerrera del duque, y queria por su propio bien tenerlo lejos de Italia, conociendo este estado de cosas, atizaba la divergencia entre la nobleza y el Virey. Representóse al Rey que defraudaba las rentas públicas, que abrumaba el reino con insoportables vejámenes, que trataba con insolencia aun á los sugetos elevados y no tenian libres ni mujeres ni hijas de viciosa condicion. Esto creyeron que bastaba para lograr su objeto, hecho valer por un negociador diestro y de la confianza del Rey, y á esto solo se limitaron. Pero cuando vieron que recomendaciones del Emperador y buenos oficios de los privados del Rey, podian volver derrota la victoria que ya creian segura, usaron de armas mas fuertes, y entónces corrieron voces de que el duque meditaba traiciones de tal carácter, que si el sucesor no venia luego, Nápoles era perdida para la monarquía de España. El cardenal de Barja, que estaba ya consentido en ser Virey, y que hubiera visto su ambicion desairada si hubiese tenido que volverse á Roma, como habia venido,

dió por cierto el crímen, si porque así lo creia ó maliciosamente no lo sabemos decir, pues no tenemos datos para conocer las intenciones y pensamientos del prelado; Dios solo que lée en ellos sabrá los motivos de su conducta y le habrá dado su merecido. Puede ser que no viendo ni oyendo mas que á los enemigos del duque, escuchando hablar siempre mal de él y nunca en su favor llegase á persuadirse de buena fé que el duque maquinaba designios poco leales; puede ser tambien que la desenfrenada ambicion de darse importancia y de conservarse en el mando, de que aun no habia saboreado las delicias, le hiciese sostener lo que no creia, y representar el papel de que estaba persuadido de lo que le constaba era falso; que el mundo llama política generalmente á lo que no es sino infame perfidia. Las cartas que el cardenal escribió á la corte, pusieron de peor semblante los asuntos del duque, y los que ántes tenian suspendido su juicio alababan despues mucho la providencia del que supo encaminar cosa que entóncos se habia tenido por tan útil. Para hacer resaltar mas la conveniencia de su conducta y la necesidad de su estancia en Nápoles, y para evitar del todo que el duque volviera á aquel mando, como temian quizá lo pretendiese de la corte, formalizó el proceso de este señor, dando el encargo de sustanciarlo á Scipion Robito, consejero, y lo envió á la corte despues de formado. Fácil es representarse como estaria un proceso formado por enemigos, que segun el maquiavelismo del siglo, no habrian tenido inconveniente en jurar en falso, y mucho mas si creian tener que vengar agravios personales. Cuantos crímenes se les antojase imputar al duque, tantos, aunque ni hubiese pensado en ellos, se los dejarian suficientemente probados.

Cualquiera que fuese el cargo que de los autos resultaba, la corte hizo bien poco caso de él, cuando el duque consiguió que se desaprobase la conducta que observó con él el cardenal Borja, y se le removiese del puesto; y aun segun Giannone si Felipe III hubiese vivido, hubiera logrado volver él mismo á ocuparlo en desagravio de su salida. ¡Si se creería traidor á un hombre que se pensaba enviar á la misma provincia de que se decia habia tratado de apoderarse! Y no hay replicar que le apoyaban los privados del Rey: si estos le hubiesen creido semejante designio, á buen seguro que hubiesen consentido volverle nunca un mando en que los podia comprometer tan altamente: ó seria preciso decir que eran cómplices en su traicion, y no era tanto el envilecimiento del carácter español.

Pero Felipe III murió, y todo en la corte mudó de aspecto. ¿Por qué entónces, puesto que estaba logrado el objeto de tener al duque lejos de Italia, se encarnizaron con él y volvieron á resucitar su proceso? Todo lo explican horribles intrigas cortesanas. Al nuevo privado conde de Olivares que deseaba rodear al Rey de hechuras suyas, le desacomodaba muy mucho el alto puesto que tenia en palacio el duque de Uceda, privado del Monarca difunto. Para despojarle de él, ideó medios; y no hallando ningun motivo personal contra el duque, le ocurrió volver á suscitar la causa de Osuna, la cual le proporcionaba dos ventajas: la de separar á Uceda á pretexto de que su presencia en un alto puesto, siendo tan amigo y pariente de Osuna, podia influir perniciosamente en el ánimo de los jueces; la de inutilizar á este que le era temible, pues caso de andar vacilante su privanza, podia ser un auxiliar poderoso para los intereses de Uceda por su energía, por

los asombrosos recursos que en las circunstancias difíciles hallaba su imaginacion y actividad, y por el ascendiente que le daban sus riquezas, sus hazañas y su carácter para con muchas gentes del reino. No olvidemos para comprender la conducta contra Osuna del de Olivares, que fué el alma de esta cruel persecucion, que D. Juan Tellez Giron, hijo y sucesor del duque, habia casado en 1617 con Doña Isabel de Sandoval y Rojas, hija del de Uceda, y de Doña Mariana Manrique de Padilla su muger; bodas que, segun cuenta Alonso Lopez de Haro en su Nobiliario, fueron celebradas con grande acompañamiento de su Majestad y de los grandes y señores de estos reinos, con gran admiracion de los cortesanos y demás que acudieron á ver su extraordinaria grandeza, siendo el Rey el padrino y la Princesa Doña Isabel de Borbon, su nuera, la madrina. Ahora bien, Olivares que veia con envidia toda esta grandeza, y que en su desenfrenada ambicion procuraba insinuarse en la gracia del Príncipe, pervirtiendo su corazon y sus costumbres, luego que se vió en el valimento, y el Príncipe hecho Rey, juguete de sus caprichos, de vanidad desenfrenada y de sus pasiones, trató de aniquilar sin reparar medio todo lo que tuviese que ver con la casa de Sandoval. Bien lo conoció el conde de Lemos, D. Pedro, superior en talentos á todos los individuos de esta familia, el cual á pesar del ascendiente de su madre con el nuevo Rey Felipe IV, de quien habia sido aya, al ver desmoronarse el soberbio edificio de ambicion que habia elevado el cardenal duque de Lerma, pensaba en retirarse á Monforte cuando le asaltó la muerte, y bien lo experimentaron á su costa todas las hechuras de este magnate. Don Rodrigo Calderon murió degollado en la Plaza Mayor de Madrid: D. Pedro Franqueza, protonota-

rio de Aragon, fué preso con su muger, hijos, yernos y nueras, y se le secuestraron sus bienes: el confesor del Rey difunto, Inquisidor general y del Consejo de Estado, fué confinado al convento de Santo Domingo de Huete: á D. Fernando de Acevedo, Presidente de Castilla, se le intimó retirarse á su arzobispado de Búrgos, sucediéndole en el destino D. Francisco de Contreras despues de tres meses de contraste para que lo aceptára: los papeles de estado se quitaron al secretario Juan de Ziriza, y se confió su manejo á Antonio de Arostegui: se depusieron de las plazas del Consejo de Castilla á D. Pedro de Tapia y al Dr. Bonal: á Tomás de Angulo, secretario de la cámara y de obras y bosques, se le quitó tambien el empleo, y no fueron mas felices ni Jorge de Tovar, secretario del Real patronato, ni D. Bernabé de Vivanco, ayuda de cámara del Rey y secretario de la Estampilla, aunque á este último se le volvió despues su empleo, porque se humilló á hacer juramento en manos del Rey de usar de él con fidelidad, en lo que vino tácitamente á confesar que anteriormente no habia sido muy pura su conducta; en fin, en los vireinatos, gobiernos, milicia y política, hubo iguales mudanzas y desmoche, destruyendo á todos los que podian tener algun vínculo de agradecimiento con la casa de Sandoval, para substituirlos con gente nueva, sin atender á los méritos de los depuestos, ni tener para nada en cuenta la ineptitud de los substitutos, como se los creyese fieles instrumentos de la ambicion del conde-duque. ¡Póbre monarquía! ¿Y el que de este modo se cebaba en las hechuras del anterior ministro, aunque supiese que muchas de ellas, siempre dispuestas á seguir las inspiraciones de todo el que manda, habian de servir con igual fé al nuevo planeta que se levantaba, dejaria de asestar

sus tiros contra el duque de Osuna, que sabia habia de ser su enemigo irreconciliable y terrible? ¿Perdonaria á aquella alma enérgica que cuando no pudiese de otro modo habia de agobiar la nueva dominacion con las armas del sarcasmo? ¿No haria para perderle que prevaleciesen las calumnias, aunque las creyese absurdas, suponiendo que las creía como verdades? Segun nos pinta la historia á Olivares no hay que creer que dejase de hacerlo por escrúpulos de hombre honrado. Este concepto teniamos formado solo con ver los primeros pasos de la privanza de Olivares, y despues hemos tenido una satisfaccion al coincidir en nuestra opinion el autor de las *Anecdotes du ministère du comte-duc d'Olivares*, obra que escribió en italiano Mercurio Siry, pero de la cual no hemos visto mas que la traduccion francesa, hecha por Mr. de Valdory, Paris 1722, donde puede el curioso ver sus palabras en la pág. 52. He aquí de que raros incidentes fué víctima el duque de Osuna. Causa horror el pensarlo, pero así son los hombres, que faltos de probidad se dejan arrastrar de la ambicion. El que á vivir Felipe III hubiera vuelto en triunfo á gobernar á Nápoles, murió procesado y en prision sin mas motivo que el que el Rey de quien dependia en lugar de llamarse Felipe III se llamaba Felipe IV.

Concluyamos hablando dos palabras de Julio Genovino, en cuyos alborotos se quiso complicar al duque, suponiendo que aquel revoltoso no era otra cosa que agente de sus intentos. Durante la administracion del cardenal Zapata llegó á Nápoles el oidor D. Francisco Antonio Alarcon con encargo de hacer informacion contra el duque (V. Céspedes y Giannone). El electo Genovino que desde Piombino, donde habia huido, pasó á embarcarse con el

duque (lo que en este se reputó crímen, como si ya persona particular no pudiese admitir en su compañía al mismo que siendo Virey hubiera mandado ahorcar) fué preso en Madrid, de donde bien custodiado se le condujo á Barcelona, y de allí fué trasladado á la fortaleza de Portolongon donde permaneció muchos meses. El comisario Alarcon pasó á su prision y mandó conducirle á Nápoles y encerrarle en Castelnovo, dos dias despues á Baya, despues á Capua y últimamente á Gaeta; é instruido su proceso se le condenó á cárcel perpetua en el castillo de Oran, y á sus sobrinos y emisarios á galeras. Despues de muchos años de cautiverio obtuvo su libertad en consideracion, segun dicen, de haber enviado á Felipe IV un modelo en madera que deseaba tener de la fortaleza del Peñon, hecho durante su encarcelamiento en Africa. Vuelto á Nápoles se hizo sacerdote, pero no escarmentó de trastornar siendo uno de los que mas excitaron las revoluciones populares acaecidas durante el mando del duque de Arcos. No seria inútil revolver el proceso de Genovino para ver si en sus declaraciones y las de los testigos se complica en algo al duque de Osuna, lo que de todos modos tampoco probaria su culpabilidad, ó si sale enteramente inocente, y aparece sin participacion alguna de los motines que promovió el electo. La causa tal vez existirá en Simancas entre los papeles de la gobernacion de Italia, pero si llegase á publicarse seria necesario entrar en su lectura con desconfianza y con un espíritu sagaz y reflexivo. Hay hombres cuyo elemento es la revolucion y la intriga, y que no viven cuando no revuelven y embarullan; de estos era Genovino. Sus argucias para descaminar á los jueces, sus embustes para apartar la atencion de su persona, haciendo que se fije en asuntos

que ofreciéndose como mas interesantes pueden hacer que afloje el rigor del tribunal contra el verdadero reo, no pueden presentarse como pruebas contra nadie á no ser que vengan acompañadas de otras circunstancias que las hagan fehacientes. Las deposiciones jurídicas de tales hombres son un laberinto en que se pierde y confunde el juicio mas despejado como no esté acostumbrado al manejo de causas criminales, en cuyas miserias se aprende á conocer de lo que es capaz el corazon humano viciado por torcidas inclinaciones. ¡Tan dificil es á los hombres dar con la verdad; tan fácil que lo que muchas veces tenemos por tal no sea mas que alucinaciones del entendimiento! Pero demos de barato que Julio Genovino era partidario de Osuna, y procedió de acuerdo con él para sublevar á la plebe: esta manifestacion armada no tuvo otro objeto que pedir la prorogacion del vireinato de Osuna y evitar que entrase otro á su reemplazo. Aun cuando el duque no tuviese parte en el levantamiento, es de suponer que le fuese agradable esta enérgica prueba que se daba á la corte de España, de que el pueblo le amaba y que eran infundadas las voces que corrian de su tiranía. En su pecho bullia la ambicion, y debia serle satisfactorio el sostenerse en un mando tan principal; pero de desear conservar el vireinato á pretender elevarse á Príncipe independiente de Nápoles hay mucha distancia.

Nadie extrañará que nos hayamos detenido en analizar los hechos de este vireinato que son bien dignos de atencion, porque verdaderamente el duque de Osuna es una singularidad histórica. Un hombre que empezó en Flándes y en Sicilia, distinguiéndose por empresas tan extraordinarias que rayan en lo novelesco: que en Nápoles infundió tal terror á los enemigos de su patria que creyen-

do segura su ruina si no acaban con él, no perdonaron medio, ni permitido ni ilícito, de que no echasen mano para desacreditarlo en la corte y despojarlo del elevado puesto que ocupaba: que aunque ligero y poco contenido en su vida privada ejercia tal fascinacion sobre todos los que le rodeaban, que la adhesion de estos solo puede compararse en lo firme y arraigado con el odio de sus enemigos, no siendo hombres vulgares aquellos sobre quienes ejercia este absoluto imperio, sino talentos tan elevados como el de D. Francisco de Quevedo, bien merece que el historiador desentrañe sus hechos, y que el filósofo reflexione sobre ellos. Gregorio Leti escribió largamente su vida en italiano, pero se dejó llevar de las opiniones de sus enemigos, de cuyo contagio no pudo libertarse. Quevedo escribió sus hechos y dichos en Flándes, Italia, Nápoles y Sicilia, obedeciendo mas que á la crítica al entusiasmo de amigo. Por desgracia para el duque se perdió este papel en la última prision del autor. He aquí su título. *Vida del sumo capitan, triunfante general, siempre admirado y glorioso Virey, D. Pedro Giron, duque de Osuna, miedo del mundo, aclamacion de las naciones, gloria de España, blason de Flándes, freno de Italia, Virey de Sicilia y Nápoles, desengaño de Venecia, restauracion del Imperio, recuerdo á Roma, amenaza á Francia, castigo á Saboya, ruina á los turcos. Hoy cadáver de la venganza y de la envidia, que aun en ceniza le temen, y en el sepulcro le tiemblan. El mas valiente soldado, el mas leal vasallo, el mas acertado gobernador, humano, generoso, pio, valiente.*

XXIV.

Gaspar de Borja (1), cardenal de la Santa Romana Iglesia, estando en Roma año 1620 tuvo carta y órden particular de S. M. para que viniese á gobernar este reino de Nápoles como lugarteniente y capitan general, por haber pedido licencia el señor duque de Osuna, Virey en él, para ir á la corte y comunicar con S. M. algunas cosas tocantes á su Real servicio. Y visto por su Emin.ª la voluntad y órden de S. M., aceptó él obedecer lo que así se le mandaba, y dió órden se previniese lo necesario para su jornada. Estaban en esta ciudad, en particular la nobleza, muy cansados y enfadados del gobierno del duque de Osuna (la causa ellos la pueden decir) y así deseaban mucho que se le quitase. Tuvieron nueva del órden que S. M. habia enviado á su Emin.ª; y de parte del reino enviaron á Roma persona que fuese á solicitar su venida con grandísima instancia, escribiendo muy apretadamente lo mucho que importaba al servicio de Dios y de este reino y bien comun la brevedad de la venida de su Emin.ª á gobernarle, con algunas protestaciones; por lo que viendo con la grandísima vehemencia que le apretaban en su venida, procuró con mas brevedad el hacer su jornada, como lo hizo, escribiendo y dando parte de la órden que tenia para venir á este reino á S. E., el cual lo sintió mu-

cho, no obstante que para este fin él mismo habia antepuesto y suplicado á S. M. hiciese eleccion durante su ausencia de la persona de su Emin.ª por las muchas partes que en su persona concurrian.

Dió fondo en Prócida, sin haber querido jamás mostrar á S. E. la patente que tenia para venir aquí, y sobre esto entre los dos señores hubo algunos desabrimientos, por decir el duque no queria desocupar el puesto siendo como era Virey, no viendo primero órden de S. M. en contrario; y visto por el señor cardenal el espacio con que se estaba el duque, y oprimido de las muchas instancias que le hacian para que entrase y tomase posesion, se determinó á romper con todo y hacerlo como lo hizo. A los tres de junio de dicho año, con mucho secreto fué el Colateral á Prócida; y allí le dieron la obediencia y posesion de lugarteniente y capitan general, y con esto á la noche á las 11 poco mas ó menos vino á Castelnuevo, adonde le recibió el castellano, habiendo primero enviado órdenes muy secretas que so pena de la vida ninguno obedeciese las órdenes del duque de Osuna, sino las suyas, como Virey que era de Nápoles, teniendo prevenido á D. Pedro Sarmiento, maestre de campo del tercio de este reino, que tuviese por su cargo toda la gente de guerra, galeras y gente marítima; y en la misma conformidad á los castellanos de los demás castillos de esta ciudad que no obedeciesen otra órden sino la suya; dando la misma, so pena de la vida, al Colateral, Baronese,

Ciudad, tribunales, regente de la Vicaría, y todos los demás ministros y oficiales mayores y menores, así de la cancelería, escribanía de Racion, Real cámára de la Sumaria, tesorería general y caja militar, entró en dicho castillo secreta y embozadamente.

A la mañana, muy de mañana, hicieron todos los castillos salva general á su nuevo Virey; y fué tan bien recibido que repicaron las campanas en muchas iglesias, y se hicieron luminarias, cosa que jamás hasta hoy se ha hecho. Estuvo su Emin.ª en el dicho castillo con mucha guardia, y allí daba audiencia y negociaba sin salir de él, hasta que el duque se partió para España, que fué á los 14 de dicho mes y año. El dia siguiente de como partió S. E., fué el señor cardenal con el acostumbrado acompañamiento al arzobispado á dar el juramento como le dió y es costumbre. Volvió á su palacio, que habia tomado, que era el de D. Pedro de Toledo en Chaya, por haber quedado en el palacio Real la señora duquesa de Osuna.

Comenzó á ejercitar su cargo, como queda dicho, á 4 de junio de 1620, con mucho aplauso y grandeza á satisfaccion de todo el reino con todo el Colateral. Dejó por memoria la calle de Santa Lucía, ampliándola y alargándola para que en el paseo pudiesen ir muchas carrozas juntas, y descubriesen todo el mar; para lo cual mandó derribar todas las casas de Carlo Spinelo y todas las demás que estaban junto á ellas, para dar comodidad á que las

señoras y damas pudiesen gozar en el paseo de toda la vista de la mar, sin que hubiese impedimento alguno, aunque esto se hizo con grandísimo gasto. Puso en aquel punto un epitafio (inscripcion) en lengua latina, con las armas Reales y suyas, como hoy se vé, que dice en lengua vulgar: *Gaspar de Borja cardenal de la Santa Romana Iglesia, lugarteniente y capitan general en este reino, hizo abrir esta calle para mayor comodidad del pueblo, año* 1620.

Sucedió en este tiempo que se perdió la ciudad y castillo de Manfredonia, que es una de las mas antiguas del reino, y el castillo uno de los mas fuertes de él, y fué en esta manera (2). Vino la armada turquesca sobre ella, y no hallando quien la defendiese, la tomó con muchísima facilidad, porque al primero ímpetu fué desamparada del gobernador que la gobernaba, con muchos ciudadanos, la gente mas principal que en ella habia, con ocasion de decir iban á pedir socorro al gobernador de la provincia. De ahí á dos ó tres dias el castellano rindió el castillo al Bajá de la armada turquesca, sin aguardar un solo tiro de artillería: entraron dentro de la ciudad rompiendo cuanto habia, hasta las campanas y rejas de las ventanas, profanando los templos y las vírgenes que estaban en sus monasterios consagradas á Dios, quemando, abrasando y destruyendo aquella infelice y desdichada ciudad, entrando en el castillo, tomando la artillería y municiones que en él habia, que fué mucha, por haber metido

en él, por órden del señor duque de Osuna, poco tiempo habia, mas de mil barriles de pólvora, y otras cosas necesarias para prevencion de guerra.

Salió el duque de Andria luego que tuvo nueva de haber llegado allí la armada del Turco en compañía con mucha caballería é infantería, sus vasallos, á socorrer la ciudad; pero aunque usó muy gran diligencia no le fué posible. Al punto que le llegó el aviso de esta armada á su Emin.ª con grandísimo sentimiento que hizo procuró acudir al remedio con toda diligencia y cuidado; para lo cual mandó llamar al Príncipe de San Severo, del Consejo Colateral, del Tuson de Oro, y muy gran soldado y práctico en el arte militar, y le dió patente y autoridad bastante para que pudiese sacar de todas aquellas provincias toda la infantería de batallon y la caballería, encargándole la brevedad y cuidado particular, como de su persona confiaba; el cual Príncipe partió luego para el dicho socorro, llevando consigo muchos señores, capitanes reformados, entretenidos, etc., y muchos caballeros particulares, así españoles como italianos, que hincheron toda aquella marina y provincias de gente de guerra muy lucida y soldados viejos; y aunque es verdad que llegaron tarde para socorrer á aquella desgraciada ciudad y castillo, sirvieron y fué de mucha importancia y consideracion para atemorizar la armada del enemigo, y que no hiciesen mas daño. Pero no fué menor el que hicieron, pues dieron sobre otra tierra que tambien la destruye-

ron. Con esto se retiró la armada turquesca, victoriosa y gozosa por haber salido con su intencion sin haberle costado nada, á la Balona, tierra del Turco. Retiróse el Príncipe de San Severo con toda su gente, dejando bien provistas y guarnecidas sus tierras marítimas, y mucha infantería y gente particular dentro de Manfredonia y su castillo para que se reedificase, que como queda dicho estaba toda quemada y asolada por el enemigo. Vino y dió parte á su Emin.ª de todo lo que se habia hecho, y en el estado que quedaban las cosas; de que puedó muy servido y satisfecho, y le dió las gracias; y con esto se fué á su casa. De este infelice caso se hace muy gran cargo á la Señoría de Venecia; y con mucha razon y justo título, pues teniendo obligacion como la tienen, de guardar su golfo, dejaron entrar y pasar esta armada del Turco por su mar y golfo; y mas teniendo S. M. con tan gran gusto de su Real patrimonio fragatas de Otranto y Trana, para que vengan y vayan de Corfú, Zante, Chefalonia y á Ragusa para tomar y llevar espías y avisos secretos que los Vireyes han de tener con los corresponsales de S. M. que tiene en dichos lugares, para saber los motivos de la armada del enemigo para poderlo remediar y evitar que no sucedan tales daños; y pues dichos venecianos no lo estorbaron ni avisaron, tienen muy gran culpa.

Quiso su Emin.ª por su grandeza visitar á la señora duquesa de Osuna por la ausencia del duque su marido; y para esto envió un recaudo á S. E.

muy cumplido, pidiéndole avisase cuando era servida que fuese á visitarla. Al cual respondió besaba á su Emin.ª muchas veces las manos por la merced que le hacia, que la estimaba como era justo, pero que en ausencia del duque no recibia visitas; y con esto desistió el señor cardenal de hacerle visita, habiendo cumplido con lo que se debia á término de urbanidad y cortesía, debido á una señora tan principal y deuda suya. Llegó el señor duque de Osuna á la corte con mucha grandeza, siendo bien visto de la mayor parte de ella; y habiéndole S. M., que en aquella ocasion se hallaba en el Escorial, dado licencia para que le besase la mano y darle audiencia, parece, segun lo que se escribió de España, que la primera cosa que en ella hizo, fué quejarse del cardenal Borja, diciendo habia excedido y pasado de los términos y cortesías que se debian á su persona, como Virey de Nápoles, en la entrada que habia hecho en el ínterin de su ausencia; lo mismo hizo de otras personas particulares que le habian favorecido, que por ser tan notorio se queda en silencio. En manera tal hizo y antepuso el agravio que pretendia habérsele hecho en esta ocasion, suplicando se viese la justicia, que pudo tanto con S. M. que proveyó el ínterin que poseia el señor cardenal Borja, en persona del señor cardenal Zapata; y esto con tanto secreto y brevedad, por ser el duque de Osuna quien lo solicitaba, que en brevísimo tiempo y sin pensarse se halló en Puzol con las galeras.

En este medio tiempo estaba el señor cardenal Borja gobernando con tanta rectitud, justicia, afabilidad y grandeza, tan á satisfaccion de los Príncipes y señores, como de todo el reino, que en general todos le daban mil bendiciones. Pero cuando tuvo la nueva tan repentinamente de la llegada del señor cardenal Zapata, fué grande el sentimiento que hizo en lo interior (que en lo exterior nunca se le echó de ver) no hallando causa para que así hubiese S. M. tratado su persona, habiendo servido en tanto cuanto de su Real servicio se le habia encomendado con tanta rectitud, fidelidad y amor, de que tenia su Rey y Señor mucha satisfaccion, y que le estaba continuando por su Real mandado en este reino, imitando en todo y por todo á sus antepasados y presentes duques de Gandía, que no se puede significar. Mostróse su Emin.ª muy generoso en la puntualidad de lo que, como se ha dicho, se debe hacer con los señores Vireyes, que vienen á gobernar este reino, con el señor cardenal Zapata, yéndole á visitar y á dar la bienvenida, porque eran muy grandes amigos; y la misma correspondencia tuvo el señor cardenal Zapata, que como eran los dos Príncipes de la iglesia, se trataron como tales.

No quiero pasar en silencio lo que sucedió el primero dia del gobierno de su Eminencia á los 4 de junio que estaba en Castelnuevo, que fué que un capitan de infantería española, caballero del hábito de Calatrava y camarada del señor duque de Osuna, fué con grandísima determinacion á besar

las manos á su Emin.ª en el castillo, lo cual hizo con su gineta de capitan en la mano. Dijo: "Eminentísimo Señor: Yo soy capitan de infantería y he servido debajo la mano del señor duque de Osuna, y así no pienso servir debajo de Vtra. Emin.ª Sírvase proveer mi compañía, que para eso traigo esta á Vtra. Emin.ª, y la presento." El señor cardenal le contestó que habia andado muy descompuesto, que le prendiesen y cortasen la cabeza. Prendiéronle, dieron parte al duque del suceso, y respondió que todo lo que fuese no cortarle la cabeza seria misericordia; pero que él se la hubiese mandado quitar por el atrevimiento y desvergüenza. Vino esto á noticia de su Emin.ª, y usando de su acostumbrada benignidad mandó le sacasen de la cárcel y que no estuviese mas en el reino, so pena de la vida, como se ejecutó.

Habiendo procurado con la brevedad posible su Emin.ª desocupar el puesto para que entrase el señor cardenal Zapata, lo hizo; y así se partió dia de San Anieto por la mañana, 14 de diciembre, saliendo de su palacio de Chaya á caballo por toda la calle de Chaya, y con grandísimo acompañamiento y beneplácito se embarcó y fué hasta Gaeta y desde allí á Roma.

NOTAS.

(1) Era el cardenal Borja, hijo de los duques de Gandía, y aun estaba en la edad de las pasiones y de la am-

bicion, supuesto que su madre vivia todavía en la corte. No ganaron mucho los napolitanos con salir del duque de Osuna, á quienes acusaban de arrogante proceder, para caer en manos del cardenal. Restableció los impuestos que su predecesor habia quitado, é imitó su altivez sin tener sus talentos.

(2) Nada dice Giannone de la pérdida de Manfredonia, pero sí Gil Gonzalez Dávila en la *Crónica del Rey D. Felipe III*, que en el folio 247, col. 2, de la edicion de Madrid de D. Joaquin de Ibarra, año 1771, refiere así este suceso. "Y otra (armada) que vino del Turco, que pasaba de 70 galeras, acometió la ciudad de Manfredonia, del reino de Nápoles, en la provincia de Capitanata, y entrando los enemigos con poca resistencia, pasaron á cuchillo gran parte de los moradores, y á los que perdonaron la vida llevaron en esclavitud, y al despedirse de ella la prendieron fuego." Esto dice Gil Gonzalez, pero como nuestros buenos escritores de aquel tiempo no podian referir un suceso sin atribuirlo á alguna circunstancia supersticiosa, añade que aquel dia, que fué 2 de enero, partiendo un esclavo en el alcázar de Sevilla un tronco de naranjo, rajándole para echarle en la lumbre, descubrió en su corazon dos cruces muy bien formadas, una á cada parte, cada una de tamaño de once dedos, y en lo alto su título tan perfecto, como si un pincel lo pintára de Miguel-Angel, de lo que se tomó informacion ante Lázaro de Olmedo, y aquel dia no solo sucedió la desgracia de Manfredonia, sino que ocurrió la mayor tormenta que se vió en el mar, y se perdió una armada que iba á las islas Filipinas. La pérdida de aquella ciudad tan fuerte, que no hubiese sucedido acaso si el duque de Osuna hubiese seguido gobernando á Nápoles, prueba que en aquel tiem-

po para el gobierno de las provincias mas se necesitaban arneses que hopalandas.

(3) No se encuentran razones suficientes para que este capitan, que se portó con loable franqueza, fuese condenado á muerte; pero por aquí se vé el religioso respeto que se tenia en las provincias españolas al carácter de Virey. Es muy de dudar, sin embargo, que el duque de Osuna hubiese proferido las expresiones que se le atribuyen, aunque así correria por Nápoles.

Acerca de la biografía del cardenal Borja nada decimos, porque el que quiera leerla la encontrará en los *Anales eclesiásticos y seglares de Sevilla de Diego Ortiz de Zúñiya:* libro que no es raro por haber de él una reimpresion moderna. Tambien se halla en el *Teatro eclesiástico de Gil Gonzalez Dávila.*

XXIV.

Don Antonio Zapata, cardenal de la Santa Romana Iglesia, tomó posesion del gobierno y cargo de este reino por S. M. el Rey D. Felipe III, á los 16 de diciembre de 1620. Fué el segundo dia á dar el juramento al arzobispado con el acompañamiento acostumbrado. Comenzó á ejercitar su gobierno con mucha satisfaccion, dando cada dia audiencias libres á cualquiera persona de cualquier estado y condicion, y á cualquiera hora, preguntando y respondiendo á la pretension que cada uno traia, sin embajada de porteros, ni otro impedi-

mento alguno; y esto con mucha afabilidad y amor, que parecia que animaba á que todos le hablasen y pidiesen; y de esta manera cualquiera podia darle memorial, así de justicia como de guerra, y otras cualquiera peticiones con mucha admiracion de todos, y se sentaba á hacerlo en los bancos de los tudescos. De ahí á un mes le vino aviso de Roma de la muerte del Papa Paulo V, por lo mucho que convenia hallarse á la nueva eleccion de pontífice, previno con mucha brevedad su partida á Roma para hallarse en conclave, como en efecto se halló. Fué creado pontífice Ludovico Ludovicis, el cual tomó por nombre Gregorio XV.

Dejó su Emin.ª durante su ausencia para gobierno de este reino á D. Pedro de Leiva, general de las galeras de este reino, el cual gobernó 26 dias con mucha satisfaccion de toda la ciudad. Volvió de Roma el señor cardenal Zapata en el mes de febrero próximo siguiente, muy contento de la acertada eleccion que se habia hecho; y por el mucho amor que tenia á esta ciudad, no solo no quiso entretenerse en la corte romana, ántes procuró con toda brevedad la vuelta á su gobierno; y así de nuevo comenzó á ejercer su cargo. Por los cuatro primeros meses despues de su ingreso, parecia esta ciudad el siglo dorado. Pero el tiempo inconstante, que apura todas las cosas, dió la vuelta de manera que en breve tiempo mudó totalmente el curso; y debió de ser por los pecados de este reino, que fué nuestro Señor servido con su pode-

rosa mano é incomprensibles juicios enviar un azote de tan grandísima hambre y penuria de todas las cosas en general, que no se ha visto mayor en en nuestros tiempos, no pudiéndolo remediar por nuestras culpas, supuesto en los hornos se ponian guardias porque andaba la gente tan necesitada de pan, que para sustentar su familia no solo no lo dejaban hacer, pero se mataban por tomar una palada de pan. Y lo mismo se hacia por las demás cosas comestibles necesarias para el sustento de una casa.

Era tanta la bondad y mansedumbre de este Príncipe, y la inclinacion de no hacer mal á nadie, ántes todo el bien posible, no queriendo usar de la sólita autoridad y grandeza Real que el cargo requiere, que las heces del pópulo con poco temor de Dios y decoro debido á su persona, perdiendo el respeto á la justicia, se le vino á atrever; y subpretexto de pedirle pan le apedrearon y tiraron lodo á su carroza por tres veces; y á no hallarse con el conde de Monterey, que se halló en su compañía, le hubieran dado de mano, que es lo que se pretendia. De manera que sacándole de su natural, la desvergüenza de esta canalla le obligó á mandar tomar diligente informacion, y que se castigasen los cómplices y delincuentes con todo rigor de justicia, para que á ellos les sirviese por castigo y á los demás de ejemplo. Hízose todo, poniendo trece ruedas desde la plaza del Castillonuevo hasta por toda la calle derecha, pasada la fuente de la

plaza del Olmo, y en ellas enrodaron á todos los que pudieron haber, habiendo enviado fuera á otros reinos y señoríos por algunos de estos delincuentes que se habian huido, haciendo asimismo justicia de ellos; mandando derribar las casas adonde los tales malhechores vivian y sembrarlas de sal. Justicia muy recta y que atemorizó á todo el reino.

Corria en este tiempo una mala moneda y falsa, que llamaban zanetes, por lo que no se podia vivir ni hallar comida, vestido, ni calzado; y así procuró remediarlo con mandar hacer otra y quitar esta peste que tenia apestado el reino, como lo uno y lo otro se hizo, habiendo puesto una seca para moneda de vellon dentro del atarazanal, adonde se funde la artillería. Pero la poca ó mucha moneda que se hizo de plata nueva y de otro metal, ó por ser bueno ó por otras algunas causas, al momento desapareció, que no se hallaba. A cuya causa no se podia contratar, quedando tan exhausto el reino que no se podian ayudar unos á otros, y aunque es verdad que su Emin.ª con su buen zelo y deseo del bien comun, hizo muy grandes diligencias para remediarlo, como pastor tan zeloso del buen gobierno de sus ovejas, no le fué posible, porque cada uno procuraba guardar la poca ó mucha moneda que en su poder habia entrado, por ser como era tan buena, y la pérdida que le habia provenido de haberse quitado la mala; pero en todo, mal por mal, algun tanto se negociaba mejor.

Habiendo tenido nueva como venia á gobernar

este reino el señor duque de Alba, procuró su Emin.ª con todo secreto prevenirse para su partida, sin darse por entendido; y así sabiendo que habia dado fondo en Puzol dicho señor duque de Alba, despues de haber hecho lo que es costumbre en los señores Vireyes que vienen á gobernar este reino, debiendo salir con la misma autoridad que habia entrado, atropellando por todo á los 22 de diciembre de 1622 privadamente salió por el Carazol, en una silla, y por el parque se fué á embarcar; adonde como se embarcó, dispararon las galeras, por donde se conoció que se habia embarcado: cosa que dió mucho que pensar á todos en general, por ser cosa que jamás se habia visto. Sucediéronle todos estos desaires por la mucha familiaridad con que comunmente trataba á todos, no haciéndose guardar el debido decoro á la persona que como Virey representaba.

NOTAS.

(1) La casa de los Zapatas, aunque oriunda de Aragon, llegó desde antiguo en Castilla á ser de las mas calificadas; pero de todas sus líneas la que mas prosperó, fué la que obtuvo el condado de Barajas. Hijo del primer conde D. Francisco Zapata de Cisneros, y de su muger Doña María Clara de Mendoza, fué el cardenal Zapata, que nació el 8 de octubre de 1550, y recibió la gracia del bautismo en la parroquia del Salvador. Siguió el estado eclesiástico y fué colegial mayor de San Bartolomé de Salamanca:

graduóse de licenciado en cánones, y salió á inquisidor canónigo de Toledo, é inquisidor de Cuenca y racionero de su Santa Iglesia: entónces renunció la casa de su padre, que le correspondia por ser el primogénito, en su hermano segundo. Felipe II le presentó por obispo de Cádiz y allí hizo singulares beneficios á su iglesia y ciudad. Fundó un colegio de 30 colegiales para el servicio de aquella: labró el convento de religiosas de la Candelaria, y edificó á su costa el lienzo de muralla frente á la bahía de mas de 3,500 pies de largo. En 1596 fué promovido á la silla de Pamplona, y siendo esta ciudad de las mas afligidas en la gran peste que sobrevino tres años despues á toda España, su digno obispo el señor Zapata no quiso abandonarla por asistir á los apestados y acudir al hospital para la administracion de sacramentos. Dispuso nuevas casas de hospitalidad, derramando pródigamente su hacienda, y lo mismo hizo en San Sebastian. En 1600, Felipe III, movido de la fama de sus virtudes, le hizo arzobispo de Búrgos, en cuya catedral gastó crecidas sumas, labrando el coro y transcoro: en seguida Clemente VIII le hizo cardenal con el título de Santa Cruz de Jerusalem, con cuya dignidad renunció la mitra y pasó á Roma por protector general de España. Allí vivió muy amado de todos: fué inquisidor de la ciudad y asistió en 17 de mayo de 1605 á la eleccion de Paulo V. En 1617 trajo á España el cuerpo de San Francisco de Borja, que se colocó en Madrid en la casa profesa de jesuitas, fundada por el duque de Lerma. En 1620 le nombró el Rey para el gobierno de Nápoles, y de sus actos en este destino hablarémos en la nota siguiente. Vuelto á España le encomendó el Rey en 625 la administracion del arzobispado de Toledo en nombre del señor Infante cardenal D. Fernando, y

el puesto de inquisidor general de estos reinos, por bula de Urbano VIII dada en 30 de enero de 1627. Pero los años le agobiaban, y cansado del trabajo de los negocios renunció todos sus cargos, y se retiró á Barajas donde le dió una enfermedad que le trabó la lengua. Trajéronle á Madrid y allí falleció el 23 de abril de 1635 á los 84 y medio de edad, y se le sepultó en la bóveda de Franciscos descalzos de Barajas, fundacion de su padre. Fué muy amado de todos y en especial de la corte. Perteneció á la congregacion de S. Pedro de señores sacerdotes naturales de Madrid desde el año 1625, y Baena nota la particularidad de haber entrado en ella el mismo dia que el famoso Lope de Vega, y de haberlos perdido á ambos la congregacion en un mismo año. Llegó á ser el decano de todos los canónigos colegiales, obispos, inquisidores y canónigos de España, y en prueba de su ilustracion dejó escrito un libro intitulado *Discurso de la obligacion en conciencia y justicia que los Prelados tienen de proveer las dignidades y beneficios eclesiásticos*, dedicado al señor Infante cardenal, que ignoramos si se imprimió. Muchos autores españoles tratan de este venerable prelado, entre ellos Gil Gonzalez Dávila en su *Teatro de las Iglesias de España*, Castejon en su *Primacía de Toledo* y Baena en sus *Hijos ilustres de Madrid*.

(2) Ahora pongamos algunas lineas sobre su gobierno de Nápoles. El cardenal fué recibido en aquella ciudad el 12 de diciembre de 1620 en medio de las aclamaciones del pueblo, que con él esperaba respirar de las anteriores calamidades. Veló con la mayor atencion sobre todo género de vendedores: sensible á las desgracias, visitó las prisiones de la Vicaría; y dulce y benigno dió audiencia á todo el mundo; con lo cual todos le bendecian. Pero dos

tristes sucesos turbaron este aplauso universal. A los precedentes años estériles sucedió otro que no lo fué menos: la carestía llegó á ser extrema; y como si todo conspirase en mal del reino una lluvia incesante de cuatro meses impidió las comunicaciones: los vientos interrumpieron la navegacion; y ni por mar ni por tierra se podia surtir la ciudad. Al mismo tiempo las monedas, llamadas *zanetes*, habian llegado á estar de tal manera raidas, que no tenian mas que un cuarto de su valor primitivo, y rehusaban recibirlas en el comercio; de suerte que si por un lado el precio de los artículos necesarios á la vida habia llegado á ser exorbitante, por otro la alteracion de la moneda impedia los tratos y contratos. El populacho, falto de pan, llegó á perder el respeto á los oficiales públicos. Para evitar el desórden el Consejero César Alderisio, presidente de los granos, persuadió al cardenal que se mostrase en público y consolase al pueblo con su presencia y sus exhortaciones: salió pues en coche, y el inofensivo prelado tuvo que sufrir los improperios de la irritada canalla; como la guardia alemana tratase de contenerla, comenzó á diluviar piedras contra el coche, de suerte que fué preciso que el cardenal se refugiase en el arzobispado, cuyas puertas se cerraron, hasta que varios caballeros vinieron á su socorro y le condujeron á su casa. Meses despues, habiendo salido fuera de la ciudad tambien en coche, al pasar la puerta Capuana se vió seguido de multitud de gente; y uno de ellos con insultante arrogancia llevando un pan en la mano se adelantó á la portezuela, diciéndole: *Ved Monseñor el pan que nos haceis comer;* y añadiendo amenazas le tiró el pan encima. La benignidad del cardenal no tomó providencia sobre este insulto; con cuyo disimulo se animaron los díscolos, y por tercera vez yendo

con el conde de Monterey embajador extraordinario del Rey en Roma, que habia venido á Nápoles, un tropel de gentes le gritó: *Ilmo. Señor, abundancia de comestibles.* A estos gritos habiendo sacado la cabeza del coche mostrando un rostro risueño y amable, un desvergonzado le gritó: "No se trata ahora de reir sino de un asunto tan grave que mereciera mas bien que derramáseis lágrimas:" é irritando á la chusma con esta y otras cláusulas insultantes, incitó á sus camaradas á que le imitasen, y arrojasen piedras contra el coche: el venerable anciano así como la vez pasada tuvo que retroceder y encerrarse en casa. Reconoció entónces lo nociva que era la impunidad; y al fin encargó á cuatro célebres magistrados que instruyesen el proceso, quienes cargaron bien la maño á los criminales. Así refiere Giannone estos sucesos, coincidiendo en todo lo esencial con nuestro autor.

La supresion que se decretó de los zanetes, sin haber sido sustituida por otra suficientemente esta moneda, trajo daños sin cuento, y fomentó el hambre. Confuso el cardenal con el estado calamitoso de Nápoles, y no sabiendo dar salida á situacion tan amarga, envió secretamente á la corte un clérigo de la congregacion del oratorio, y por las representaciones que hizo, se reconoció en Madrid que dos grandes males como los que exponia necesitaba pronto remedio; y como el carácter fácil é indulgente del cardenal no era á propósito para tomar providencias serias é eficaces, envióse en su lugar al duque de Alba. El autor concuerda con cuantos escritores han hablado del cardenal Zapata en todo lo que dice acerca de la bondad de su alma, su blandura y excesiva afabilidad. Giannone dice: "Partió dejando de sí la idea de un ministro nacido en mala estrella, y cuya indulgencia y bondad ha-

bian ocasionado en parte los desórdenes referidos, cualidades bien dignas de aprecio por sí mismas, á pesar de los inconvenientes que de ellas pueden resultar." Baena en sus *Hijos ilustres de Madrid:* "Fué blandísimo de condicion y tan inclinado á hacer bien que jamás se hallaba el *nó* en su boca, sin que por esto ofendiese nunca la justicia. Su vida y su largueza con las iglesias y con los pobres ya queda insinuada, y en todas partes sus obras eternizaron su memoria." Y sin embargo de su bondad, recta intencion y fácil acceso, ó por mejor decir, á causa de estas mismas cualidades, fué tres veces apedreado por los napolitanos. El pueblo es un monstruo y para domesticarlo es necesario saber combinar la dulzura con el rigor: la demasiada bondad le inspira falta de respeto y le da alas para el insulto; el rigor puede exasperarlo; pero ingrato, como monstruo, lame mas sumiso los pies del que lo trata con dureza que del que se vale con él de la dulzura.

XXVI.

Don Antonio Alvarez de Toledo (1), duque de Alba, viniendo á este reino por Virey, lugarteniente y capitan general, despues de haber padecido muy grandes tormentas con sus galeras, la tuvo tan grande en la playa romana que le fué fuerza por no poder pasar hacer alto en Civitavieja, puerto y ciudad del estado eclesiástico, el cual por ser de mala disposicion de aire se le enfermaron la mayor parte de su casa, caballeros y criados que

venian sirviéndole, con mortalidad de muchos de ellos Fué forzado su Exc.ª á venirse por tierra á Roma, adonde besó el pié á su Santidad, el cual le hospedó y regaló en su palacio sacro con mucho amor, autoridad y grandeza, cosa que hasta hoy no se ha hecho á ningun Virey, aunque siéndolo haya ido á besar el pié á su Santidad. Partió S. E. con muy gran beneplácito y bendicion de su Santidad por tierra para Nápoles; y aunque es verdad que en aquella corte romana le estaban prevenidas para su hospedaje la casa del señor duque de Alburquerque, embajador de S. M., y la del señor cardenal de Borja, cada una de las dos á porfía, quien con mayor grandeza le habia de regalar por ser Príncipe tan grande, benigno y amado de todo el mundo, no lo permitió su Santidad, reservándose para sí el honrar á un tan grande y benemérito señor. Fué visitado de todos los cardenales y Príncipes romanos de la faccion de España, y aun de otros muchos que no lo eran, embajador del Emperador, Francia, Polonia y otros muchos embajadores de potentados y repúblicas, que en competencia unos y otros fueron á visitarle.

Salió de Roma acompañado de los mas de estos señores, como fueron el señor cardenal Borja, señor duque de Alburquerque, acompañándole la compañía de la guarda de caballos ligeros de su Santidad, con dos prelados por todo el estado eclesiástico, con los cuales y con los criados de su Santidad usó S. E. de su acostumbrada grandeza con darles muy gran-

diosas y largas dádivas, tan á lo grande que dicen podian competir con las que acostumbran á dar los Reyes. Fué recibido á la raya del reino, no con la autoridad y grandeza debida á un tan gran Príncipe; y esto debió de ser por falta de quien lo supiese mandar y ordenar. Entró en Gaeta á los 12 de diciembre de 1622, á dos horas de noche: fué hospedado en casa del capitan á guerra de aquella ciudad. A la mañana siguiente, dia de Santa Lucía, fué S. E. á aquel castillo á visitar á la condesa de Castro, que despues lo fué de Lemos, y darle el pésame de los difuntos hijos recientemente, y el parabien de los nuevos estados de condesa de Lemos. Embarcóse S. E. en sus galeras á 4 horas de la noche, zarpando al alba; y esto porque vió venian galeras de Nápoles á recibirle, á cargo de Don Francisco Manrique, y no quiso aguardallas sino hacerse encontradizo con ellas. Este mismo dia 14 de dicho mes, dia de San Anielo patron de esta ciudad, al poner el sol dió fondo en Puzol, donde hizo alto por algunos dias, recibiendo las acostumbradas embajadas de esta fielísima ciudad y visitas del señor cardenal Zapata y todos los demás. Partió de Puzol para la entrada de Nápoles, donde tambien le fué el tiempo contrario; pues por la gran borrasca que tuvo, fué menester desembarcar en Posilipo y venirse por tierra á pié de Grutta.

Al dia siguiente sábado 24 de diciembre, dia de la Natividad de dicho año de 1622, entró con sus galeras. Desembarcóse al puente que se le te-

nia prevenido, recibiendo en él todo el acompañamiento acostumbrado. No quiso ir á palacio sin primero haber dado el juramento, y así siguió al arzobispado en donde le dió, y gracias á nuestro Señor; cosa que hasta este dia no se habia hecho. Cosa nueva, pero de grandísima consideracion, por deberse hacer así, de lo que se podrá tomar ejemplo para los demás Vireyes. Comenzó su gobierno dando sus audiencias, tanto públicas como secretas; saliendo á la capilla Real con tanta autoridad, grandeza y satisfaccion de todos, que quedaron admirados de tanta grandeza, hermanada con tanta afabilidad. Trajo consigo tan famosa corte, casa, recámara, criados, pajes de hábitos, señores, colgaduras, plata y todos los oficios mayores dobles, como se acostumbra tener en la casa Real. De manera que ningun Virey hasta hoy se ha visto venir á este reino con tanta autoridad y grandeza Real. Asimismo trujo consigo en hábitos de criados, aunque deudos muy cercanos suyos, al marqués de Mancera, caballero del hábito de Alcántara y comendador, por regente de Vicaría (y aunque este cargo no está ahora en su punto solian tenerle segundos hijos de los Reyes con nombre de gobernador de esta ciudad), y al conde de Ayala, caballero del hábito de Santiago, por su capitan de la guardia; autoridad y grandeza que ningun Virey ha tenido. Mandó colgar el palacio Real de sus paños de seda, plata y oro, labrados en Flándes por órden del Excmo. señor D. Fernando Alvarez de

Toledo, duque de Alba, su abuelo, en tiempo que gobernó aquellos estados, mandando quitar los de la corte que estaban colgados. Fué esta tapicería de tan grandísimo precio y obra que causó admiracion á todos los que la vieron, por lo que acudieron por la fama á ver esta grandeza no solo los Príncipes y señores, ciudadanos y gente particular de esa ciudad, pero de fuera vinieron la mayor parte del reino, quedando todos admirados de ver cosa tan rica, pues ningun Rey ni Emperador la tiene. Trajo tambien 24 caballos, la cosa mejor que en este reino se ha visto, con ser donde los hay mejores que en muchas partes de la Europa.

Ofrecióse de ahí á pocos dias la enfermedal del Príncipe de Ascoli, maestre de campo general del ejército, Grande de España é intrínseco amigo de S. E., el cual estando á punto de morirse, fué S. E. á visitarle á su casa, embozado y secretamente como duque de Alba y su amigo, no como Virey. De ahí á algunos pocos dias murió el dicho Príncipe; llevároнle en una ataud encima de una litera de mulos, con cuatro lampiones encendidos, dos á los piés y dos á la cabecera, y muchos frailes á caballo con sus hachas en las manos por ser de noche, aunque hacia grandísima tempestad de agua. En esta forma llevaron el cuerpo difunto, pasándole por medio de un escuadron que para este efecto estaba hecho al largo del castillo por mandado de S. E., adonde, al pasar, un caballero dijo en alta voz: "Este es el Príncipe de Ascoli:" y así le abatieron

todas las banderas, cosa nueva é inusitada. Llevaron el cuerpo á Ascoli por haberse mandado enterrar en una capilla que para su entierro allí tenia hecha.

Sucedió tambien que por la cuaresma algunos hijos de vecinos de esta ciudad andaban robando y matando por la mar como piratas. Y habiendo su Exc.ª tenido relacion de semejante delito, mandó se hiciese en todas maneras diligencia para que se prendiesen y trajesen á su presencia, como se hizo. Mandó se llevasen á la Vicaría y que administrase recta justicia; pero aunque fueron condenados por ella y las leyes, á que fuesen arrastrados y ahorcados á causa de haber incurrido en la bula *In cœna Dimini;* y entre ellos haber algunos clérigos y caballeros del hábito de San Juan, fué S. E. servido enviar á Roma para que su Santidad dispensase en la absolucion, por ser como es reservada al Papa; la cual llegó mártes Santo en la noche. Y á la mañana los absolvieron; y absueltos de la excomunion en que habian incurrido, mandó S. E. que al punto fuese ejecutada la justicia, como se ejecutó por la tarde, á las dos, saliendo de la Vicaría los 9 delincuentes, arrastrados á colas de bueyes, con sus trombetas los 8. No obstante entre ellos habia un clérigo de las menores órdenes y un caballero, al cual por ser muy principal, á peticion y ruego de muchos Príncipes, le fué cortada la cabeza, por merced particular de S. E.; pero en el mismo lugar en que fueron ahorcados los 8, que fué el largo del

Castillonuevo; cosa que hizo temblar el mundo por ser miércoles Santo; y los tuvo allí en tres horcas y su cadahalso desde este dia hasta por todo el viérnes Santo, sin que fuese posible haber remedio de que S. E. hubiese querido mandallos quitar, y esto para mayor ejemplo, acudiendo por momentos á ver esta justicia innumerable número de gente.

Tuvo este señor por huésped en su palacio al señor D. Francisco de Castro, conde de Lemos; el cual por algunos dias que estuvo fué regalado y servido cuanto se puede significar de un tan gran Príncipe á otro; saliendo los dos algunos dias en carroza á pasear por la ciudad con mucho gusto y aplauso de todo el pueblo. Partióse para Gaeta por la condesa su mujer que estaba allí, para traerla á Puzol, como la trujo; llevó para este efecto las galeras.

Sucedió en este tiempo un caso muy memorable y de grandísima admiracion, del cual quedará eterna memoria; y fué que siendo el consejero César Alderisio grasero de esta ciudad, hizo en tiempo tan abundante y fértil como asimismo en los años atrás achicar el pan con tan extremada manera que los pobres no podian sustentarse por la penuria del pan; y aunque todos clamaban á Dios no hallaban remedio, hasta que su divina Majestad envió contra él la justicia del cielo con un azote tan grande como fué castigar su superbia y ambicion con una subitánea é improvisa muerte, sin poderse confesar ni recibir los sacramentos de la Santa Madre Iglesia, ni

decir palabra ninguna; corrompiéndosele el cuerpo de una manera que no podia ninguno hallarse cerca de él sino á fuerza de vinagre y extraordinarios olores á las narices. Pero la gente particular no podia entrar de ningna manera á verle del gran hedor que de su cuerpo salia, pues no bastaban aromáticos; por donde se conoce la misericordia de Dios nuestro Señor acude siempre á las mayores necesidades de su pueblo.

Halló este Príncipe tan exhausto, por su desgracia, este reino y tan falto de dineros, que no sabia como podello ajustar, pues toda la moneda nueva que se hizo en tiempo del cardenal Zapata se rehundió y salió del reino sin saber el cómo ni quién la sacó. Fué en tan extrema manera que todos los bancos públicos se dieron casi por fallidos, levantándose con la tercera parte del dinero que en ellos habia, y los otros dos tercios pagaban á razon de un diez por ciento. De manera que ninguno podia valerse ni socorrerse del dinero que en dichos bancos tenia debajo de la palabra Real, pues los bancos públicos los abonó S. M. Mandaba S. E. hacer junta cada dia para el remedio tan importante y tan necesario. No se pudiendo hallar órden para esta resolucion, tenia á S. E. con grandísima confusion y cuidado, por el gran zelo que tenia del servicio de Dios, de S. M. y buen gobierno (2).

Ofrecióse en el mes de mayo el haberse de levantar un tercio, por órden de S. M., de infantería, como se hizo, nombrando por maestre de cam-

po al marqués de Camarota; y asimismo enviar toda la infantería española, como lo hizo S. E. con mucha puntualidad y brevedad; enviando la gente de guerra, alguna parte de ella con las galeras que llevaron al señor D. Francisco de Castro, conde de Lemos, y la demás gente con otras. Esta gente desembarcó en Baya de Génova para de allí ir á Milan, por lo que se ofreciese. Viendo S. E. no se podia hallar remedio en razon de la moneda se determinó (pensamiento notable) y se mandó prender á Miguel Cabo maestre de seca con todos los demás oficiales, y que los pusiesen presos en el Castillonuevo, privándolos de sus oficios, y que diesen cuenta de mas de 300,000 ducados que faltaban de dentro de la seca. Fué tan grande la buena diligencia que puso S. E. en esto, que, con su bueno y agudo entendimiento, vino á remediarle; y en breve tiempo esta ciudad y reino estaba tan abundante de la grasa como de dinero, que admiró y dió alegría á todos el ver con que facilidad habia remediado este reino (2).

En este tiempo se ofreció el enviar S. M. un embajador extraordinario á Roma á su Santidad con embajada de mucha consideracion; y habiendo de nombrar persona tal, hizo eleccion de la del señor condestable de Navarra, legítimo hijo y sucesor de S. E., con órden viniese á Nápoles primero á tratar algunas cosas con su padre, como vino, y fué recibido como tal (3). Estaba en esta ocasion por embajador extraordinario el señor duque de Alca-

lá, y gastado del tiempo que habia estado en aquella corte romana de (parte) de S. M. Y así fué servido para remediar algun tanto esto, enviarle un ayuda de costa y de mucha cantidad, remitida á que el señor duque de Alba se la mandase pagar en esta ciudad; y para que esto tuviese efecto, estando muy bien informado el señor duque de Alcalá de la necesidad en que se hallaba este reino, determinó venir de persona, como con efecto vino. Fué recibido de S. E. con grandísimo amor y grandeza, honrando su persona como convenia y sabia muy bien hacer con personas tan beneméritas, y le dió satisfaccion de lo que pretendia; con lo cual partióse muy contento.

Sucedió que en este tiempo volóse la linterna del muelle y derribó la capilla, en que jornalmente (diariamente) se decia misa á la gente de las galeras; y S. E. lo mandó volver á hacer como hoy se vé, que es la cosa mejor que se conoce. Asimismo mandó hacer S. E. un castillejo á la puerta del muelle, poniendo dentro ocho piezas de artillería, para guarda y defensa de las galeras y bajeles que estan dentro del puerto, y doce soldados aventajados de las galeras; y entran y se mudan cada 24 horas para su guarda con un cabo. Puso S. E. por nombre á este castillo San Genaro, y así se llama. Mandó aderezar todo el muelle que estaba perdido de manera tal que no se podia caminar por él, y le puso como la palma de la mano. Hizo abrir una puerta fuera de la de Toledo, que llaman la puerta de Alba,

tomando el nombre de su fundador, cosa importantísima para el comercio popular. En el palacio Real hizo un cuarto el mas hermoso y lucido que se puede imaginar, adornado de riquísimas é importantísimas pinturas con las historias y hazañas del duque D. Fernando su abuelo. Hizo en Posilipo para la comodidad del paseo que va al palacio, adonde los señores Vireyes acostumbran estar por su regalo en el verano, meter y retirar dentro la mar mas de seis pies, de manera que comodísimamente van carrozas con mucho recreo. Camino de Nápoles para Roma, junto á un lugar llamado Traeto, distante de Gaeta doce millas, pasa un caudaloso rio llamado Garillano, jurisdiccion del Príncipe de Astillano, el cual tenia allí una barca muy grande para pasar los pasajeros, caballos, literas, etc., por no haber puente, la cual le rentaba mas de seis mil ducados al año. Vino á noticia de S. E. el rigor que se usaba con los pasajeros, haciéndolos pagar todo cuanto pedian, porque de otra manera era imposible pasar. Procuró con su acostumbrada caridad quitar robo tan manifiesto; y para esto mandó llamar al ingeniero mayor, dándole órden fuese á ver lo que se podria hacer para que allí se hiciese un puente para que libremente se pudiese pasar, como todo se hizo. Y habiéndosele hecho relacion á S. E. por dicho ingeniero mayor, dió órden para que, sin dilacion alguna, se hiciese, poniendo por sobrestantes capitanes de infantería española reformados, para que con mayor cuidado acudiesen á cosa que tanto

importaba al servicio de Dios, de S. M. y bien comun. Al fin se hizo, que es una de las cosas mas memorables que se pueden haber hecho, supuesto que ahora todos pueden caminar libremente quitando aquella barca, que con mas justo título se podia llamar *Spelunca latronum.*

Considerando S. E. lo mucho que necesitaba el Real palacio de agua, trató de remediarlo, que era muy puntual; y así mandó llamar al ingeniero mayor y otros para que viesen y diesen órden como se podria traer agua al dicho palacio. Entretúvose en esto algun tiempo; pero á S. E. como dice nuestro proverbio castellano no se le cocia el pan, y así hacia gran diligencia por la brevedad de lo que tanto le importaba. Ultimamente se le hizo relacion de donde podria traerse esta agua, pero que habia grandísimas dificultades; lo uno por ser lejos el nacimiento de ella, que era mas de 24 millas; lo otro por las grandes montañas que se habian de romper para que hubiese de venir. Preguntó S. E.: ¿atropellando cuantas dificultades se ponen, esta agua podrá venir? Respondieron que sí. Con esto envió luego médicos que fuesen á ver esta agua y la calidad que tenia. Fueron, probáronla, pesáronla, y hallaron ser mejor que la del Formal. Dió luego órden para que se tratase de que viniese esta agua, y en el entretanto que por allá se trabajaba (por abreviar de tiempo) mandó hacer una fuente que es la que está hoy delante de palacio, la cosa mejor que se ha visto, la cual echa por veintidos partes agua. Des-

pues de haber comenzado esta obra tan grandiosa, le pusieron á S. E. infinitas dificultades, diciendo era el gasto extraordinario é imposible que el agua viniese á palacio, aunque giornalmente trabajaban en esta obra mil hombres. Respondió que esto corria por su cuenta; y á pesar de sus émulos envidiosos, vino el agua como al presente se vé; una de las mayores grandezas, y al parecer increible, que hasta hoy se ha hecho y de eterna memoria.

Amplió el paso del paseo de Santa Lucía para la comodidad pública y su recreacion. Otras muchas cosas importantísimas hizo, y no fué la menor el que en todo su tiempo no se diese trata de ningun género ni manera, por lo que tenia este reino abundantísimo de todo lo necesario (4). Envió á la ocasion de Génova y socorro de Milan mucha gente y dineros, sin que lo uno ni lo otro hiciese falta en este reino. Tuvo mucha rectitud en la justicia, encomendándosela á los ministros; haciéndose estimar y reverenciar siendo de su natural benignísimo señor. Tenia S. M. casada con el Rey de Hungría á la Serenísima Infanta Doña María su hermana, y para haberla de enviar al Rey su marido, hijo del Emperador, hizo eleccion, por la mucha confianza que del señor duque de Alba tenia, de su persona para que la llevase, escribiendo á S. E. sobre este particnlar y mandándole llamar para esto, habiéndole mucho tiempo ántes hecho su mayordomo mayor. Y así proveyó este gobierno en el señor duque de Alcalá.—Acabo con decir fué grandísimo el sen-

timiento que este reino hizo cuando entendióse habia de partir por lo mucho que en general todos le querian por su buen gobierno. Habiendo llegado el señor duque de Alcalá, procuró el señor duque de Alba con toda brevedad desocupar el puesto, como lo hizo, saliendo con grandísimo acompañamiento, dándole todos mil bendiciones y buen viaje, llorando porque se partia. Fuése á 16 de agosto de 1629. Tenia comenzado el parlamento, y acabóle no obstante haber llegado Alcalá á Posilipo.

NOTAS.

(1) Don Antonio Alvarez de Toledo, V duque de Alba, Caballero del Toison, fué hijo de D. Diego, duque tambien de Alba, y de Doña Brianda de Beaumont, y nieto por consiguiente del gran duque D. Fernando. Aun estaban recientes las glorias de su abuelo y la casa en todo su explendor (*). Con tan alto nacimiento y sus prendas personales obtuvo la consideracion de la corte, de la que fué una muestra su eleccion para el vireinato de Nápoles. Nuestro autor, que fué su portero de estrados, mientras ejerció esta dignidad, se recreó, á fuer de leal criado, en dilatarse en los hechos de su señor; y aunque su relacion

---

(*) Lope de Vega en su *Arcadia* trae una larga composicion en tercetos, en que celebra las glorias de la casa de Alba, y se extiende en la descripcion del nacimiento de este su digno hijo.

es cierta, no es cabal y exacta, porque solo nos da por el lado halagüeño la pintura de su gobierno. A los méritos que refiere del duque de Alba puede añadirse la ilustrada proteccion que dispensó á las letras y el interés con que miró el sostenimiento de las prerogativas del trono. Los Vireyes habian estado siempre en pugna con la corte romana tocante á los derechos y jurisdiccion de la corona. Vivia por este tiempo Bartolomé Chioccarello, erudito infatigable, que dado continuamente á investigaciones las mas penosas sobre las antigüedades napolitanas, pasó mas de 40 años revolviendo todos los archivos del reino, los de la Moneda, de la Cámara Real y de la Chancillería, y examinando los antiguos protocolos de los notarios, y las escrituras y títulos de los mas famosos conventos. El duque quiso aprovechar su aplicacion incansable, y en 1626 le dió comision de coleccionar todos los títulos concernientes á la jurisdiccion Real, con los cuales formó Chioccarello diez y ocho tomos: "obra magna, digna de ser eternamente conservada entre nosotros, dice Giannone (Libro XXXV, cap. III.), pues en ella hallarán todos los defensores de los derechos de la corona, como en un manantial puro, multitud de clarísimas razones y medios de defensa contra las pretensiones de los eclesiásticos que tienen por objeto aniquilar la potestad Real." Continuos ejemplos presenta la historia de Nápoles de estas exageradas pretensiones, y en las notas puestas á la Noticia del siguiente Virey duque de Alcalá, se podrá ver hasta donde las llevaron algunas veces. La gloria de la gran coleccion diplomática citada debe ser no solo de su autor sino del personaje que le sostuvo en su empresa, que bajo el mando de un idiota, se hubiera frustrado como otras muchas.

Estos son los títulos por los cuales el duque de Alba mereció bien del reino de Nápoles; por lo demás su gobierno fué penoso y desgraciado, y el resultado de él no correspondió á sus intenciones. La crisis monetaria, promovida por los zanetes, estaba en su auge y muchas familias arruinadas. Difícil era poner remedio á este mal, no habiendo recursos para subsanarlo con la sustitucion de otra moneda. Nombró una junta de magistrados para que escogitasen los medios de restablecer el comercio y la abundancia, y no hallaron otro expediente que una nueva imposicion, con que reparar en parte la pérdida de los zanetes que en su totalidad era imposible. Mas sobre qué gravar este impuesto? El reino estaba cargado de gabelas y de derechos sobre todos los artículos necesarios á la vida; vióse sin embargo que el vino, que entraba en la ciudad por toneles para el consumo de los particulares, no tenia carga alguna, y se le impuso un ducado por tonel, derecho que importó 90,000 ducados por año, de cuyo producto se destinó un tercio para amortizar la deuda de los bancos públicos, y otro tercio se pagó á los acreedores en nueva moneda; á los que suministraron las especies para acuñarla se les dió para su reembolso las rentas procedentes del derecho que se cobraba á los extranjeros, de quienes anteriormente el cardenal Zapata habia exigido adelantasen cuatro años. Tomáronse otras providencias para moderar los intereses que eran exorbitantes, y volvió á aparecer el comercio. Mas en los años siguientes sobrevinieron nuevos accidentes que inquietaron al reino y al Virey: en 1624 una mala cosecha produjo notable escasez y carestía, á cuyo azote se reunió el temor de la peste, que ya devastaba la Sicilia.

Nuevas y mas grandes penas atormentaron al Virey

con ocasion de la guerra que se encendió entre el duque de Saboya y la república de Génova sobre el marquesado de Zuccarello. Emprendióse tambien la guerra de la Valtelina, y una y otra pesaron sobre el reino de Nápoles, porque la hacienda de España se encontraba en el estado mas deplorable. El conde-duque sin hacerse cargo de que no era mas aventajado el de Nápoles, apremiaba para que se enviasen subsidios de hombres y dinero; como el favorito nadaba en la abundancia, le importaban poco las miserias de los pueblos. El duque buscó para obedecer los medios que juzgó menos gravosos. Para hacer levas de soldados concedió una amnistía á todos los facinerosos y bandidos que se alistasen, con lo que reunió gran número, y además impuso una cuota de hombres á los pueblos á proporcion del vecindario. Para juntar dinero consiguió de la ciudad de Nápoles un donativo de 150,000 ducados, y en fin, logró tales cantidades de los señores y el pueblo, que tuvo no solo para atender á estas guerras sino para acudir á Flándes. Todo lo logró por medio de la lenidad y dulzura, lamentándose de los grandes sacrificios á que obligaba. Las guerras de Italia no solo continuaban, sino que producian otras nuevas; por lo cual el conde-duque envió órden á todos los gobernadores de Italia que, para atender á lo que pudiese ocurrir tuviesen sobre las armas aun en tiempo de paz 20,000 hombres de infantería y 5,000 caballos, y facilitasen cuanto hiciese falta para su sostenimiento. El duque lo hizo presente al Consejo de Estado, y este determinó representar al Rey la imposibilidad en que se hallaba despues de tantas cargas de sostener este nuevo peso. Compromiso era el del Virey hallándose entre las inconsideradas peticiones de la corte y la miseria de los pueblos.

Como si el reino no tuviera bastante con hallarse entregado á los horrores del hambre, amenazado de la peste, agitado de sediciones, viendo una parte de sus hijos arrastrados á suelo extraño, ejerciendo por lo que no les importaba el oficio de soldados; la otra parte abrumada de impuestos, paralizado el comercio, y en descrédito la moneda; en marzo de 1626 se sintió en Nápoles un horrible terremoto, que repetido en diversas partes del país, difundió la consternacion y el terror; y otro por el mes de abril, arruinó casi del todo algunos pueblos considerables de Calabria. No cesaron aquí los efectos de este terrible accidente: al año siguiente destruyó aldeas y villas enteras, pereciendo en los escombros gran número de habitantes en la Pulla; y no siendo posible darles á todos sepultura, se quemaron los cuerpos á fin de preservar el aire del contagio. Los turcos no olvidaron entre tanto sus depredaciones; ántes bien, aprovechando la ausencia de las escuadras, aparecieron en los mares circunvecinos, y las galeras de Biserta apresaron bajo el monte Circello seis bajeles que iban á cargar de trigo para los graneros públicos de Nápoles; y desde allí estos piratas partieron á atacar las cercanías de Gaeta. Por otro lado catorce naves turcas vinieron en corso sobre el cabo de Otranto; y si el marqués de Santa Cruz no hubiese llegado con la armada de España para darles caza, hubieran hecho grandes destrozos.

Por esta pintura puede formarse una idea de las zozobras y penas que combatirian el alma del duque de Alba durante su administracion. Los males no consistian en él; venian de los descabellados proyectos, desórden é ineptitud del gobierno de Madrid, de que todas las provincias de la monarquía se resentian; venian de que la na-

turaleza parece que conspiraba de acuerdo con el gobierno de Madrid á aniquilar el reino. El duque segun confesion de los mismos napolitanos hizo cuanto le sugerió su prudencia para aligerar males, que no podia evitar, y procurando ser lo menos gravoso que pudiese á los pueblos, se captó (copio la expresion de Giannone) un aplauso universal. No dejó por eso de dar lustre á su dignidad en cuantas ocasiones se ofrecieron desplegando régia magnificencia. Dió pruebas de ello en los regocijos públicos que hubo con motivo del nacimiento de una hija de Felipe IV, y en las ceremonias que se celebraron en el palacio Real para dar el Toison de Oro á los Príncipes de la Roccella, de Avelino y de Bisignano. El jubileo de 1625 dió ocasion á la venida á Nápoles del Príncipe Ladislao, hijo de Sigismundo III, Rey de Polonia, y de diversos señores y embajadores del Rey que debian ir á Roma; y los trató con la esplendidez y garbo propio de los señores de la casa de Alba.

Cuando concluidos los seis años de su vireinato le nombraron sucesor y fué llamado á la corte, debió alegrarse de salir de tantos cuidados y conflictos y de abandonar un gobierno en que, si sus deseos eran muy largos, los medios eran muy cortos para hacer bien. Sin embargo, tuvo la debilidad de sentirlo y difirió todo cuanto pendia de él su partida, hasta el punto de que habiendo llegado su sucesor á Barcelona, esperó allí mucho tiempo en vano las galeras de Nápoles, y habiendo gastado en su dilatada estancia todo el dinero que llevaba, se vió obligado á embarcarse en las de Malta que le llevaron á Nápoles. A su llegada, el duque de Alba estaba en el lecho atormentado de violentos dolores nefríticos; y á pesar de esta enfermedad se entregaba á los negocios con la misma

aplicacion que de sano; y en cuanto se restableció despues de volver su visita al nuevo Virey, que le habia ido á visitar cuando enfermo, fué á San Lorenzo á dar fin al parlamento, suspendido por una indisposicion del síndico de la plaza de Nido. En estos últimos dias de su gobierno obtuvo de los varones un don de un millon y doscientos mil ducados para el Rey, y les perdonó todo lo que podian deber al fisco de derechos atrasados: á él mismo le hicieron un presente de 75,000 ducados. Así continuó gobernando, concediendo gracias, nombrando diversos oficios de magistratura y de espada, mientras su sucesor se ocupaba en ejercicios de devocion y obras pías en Posilipo. Partió en fin el 16 de agosto de 1629 con general sentimiento á causa de su bondad, su prudencia y su justicia, de que dejó grandes pruebas en los reglamentos y leyes que dejó al reino.

(2) Grandes fueron los afanes que se tomó por restablecer la integridad y pureza en el manejo de caudales; pero no se contentó para ello con echar mano del castigo. El talento del buen gobernante está mas bien en evitarlos que en imponerlos. Así encargó al regente Cárlos Tappia que perfeccionase el estado de las rentas y cargos de todos los comunes del reino, fijando las sumas que debian gastar cada año en el servicio público; precaucion con la cual se evitaron gran parte de los fraudes que cometian los que manejaban dinero.

(3) Fué á esta embajada D. Fernando Alvarez de Toledo, que despues por muerte de su padre, fué VI duque de Alba. Por la de su abuela Doña Brianda de Beaumont habia recaido en la casa de Alba el condado de Lerin y condestablía de Navarra, títulos los mas ilustres de este citado reino, que sin duda el duque le cedió al hijo, que

era ya duque de Huescar por privilegio que Felipe II concedió á Doña María Pimentel, esposa de D. Fadrique de Toledo, hijo del gran duque D. Fernando en 1563, para que lo usasen los primogénitos de Alba. Era señor de gran suposicion y grandeza; pues á los títulos de familia reunió el de capitan general de Castilla la Vieja, de los Consejos de Estado y Guerra de Felipe IV, y mayordomo mayor de la Reina Doña Mariana de Austria. Casó en 1612 con Doña Antonia Enriquez de Ribera que, despues por muerte de su hermano D. Antonio, fué quinta señora de Villanueva del Rio, y tambien de las villas de la Campana, San Nicolás, Alcaudete, Berlanga y Valverde y de la alcaidía de Carmona. Esta señora no llegó á ser duquesa de Alba por haber muerto ántes que su marido heredase estos estados; y cuando esto se verificó, contrajo este segundas nupcias con Doña Catalina Pimentel, hija del IX conde de Benavente, la cual murió sin dejarle sucesion. De su primera esposa tuvo á D. Antonio Alvarez de Toledo, VII duque de Alba, y él acabó sus dias en 7 de octubre de 1667.

(4) Cierto es lo que dice de este Virey el autor acerca de su aficion á adornar la ciudad con obras suntuosas; y se confirma con lo que dice Giannone. "Al ejemplo de sus predecesores, escribe, se distinguió por el esmero que puso en hermosear la ciudad con nuevos edificios, agrandar y reparar los antiguos. Hizo reconstruir la torre de la linterna del muelle, levantándola hasta la altura que tiene al presente; construyó un baluarte á la punta del mismo muelle con cuatro gruesas torres para la defensa del puerto; para la comodidad de los que tenian negocios en los tribunales abrió la magnífica puerta que de su nombre, se llama aun hoy dia puerta de Alba; hizo fabricar

un puente en el rio de Sele, territorio de la villa de Campaña, y otro en Otranto sobre el Garellano para comodidad de los viajeros. El temor en que se estaba de que la peste que afligia la Sicilia viniese á comunicarse al reino de Nápoles, movió al duque á transportar el lazareto del sitio en que estaba ántes cerca de Posilipo, al que ocupó despues junto á Nisita. En fin, hizo conducir á Nápoles el agua de Santa Agata y de Airola para el uso de las fuentes públicas, y particularmente para la que está bajo el palacio Real, á la que añadió diversos ornatos. En una palabra, sus cuidados hicieron cada vez mas agradable la ciudad: ensanchó las calles, construyó una fuente en la de Santa Lucía, y enriqueció el palacio Real con las obras de pintura del famoso Belisario."

XXVII.

Don Fernando Afan de Ribera, duque de Alcalá, vino á este reino por Virey lugarteniente y capitan general por el Rey nuestro Señor Felipe IV. Dió fondo en Mergollino dia de Santa Ana, 26 de junio de 1629, tan repentinamente, que ni aun el duque de Alba no lo supo para poderle prevenir de lo acostumbrado á los señores Vireyes. Vino en las galeras de Malta, enviando á dar aviso de su llegada. Sintiólo mucho S. E. por no haber tenido lugar, como queda dicho, por no haberlo sabido de haberle tenido prevenido la debida preparacion que se debia á su persona. Pero no obstante, sin dila-

cion alguna le envió puntualisamente lo acostumbrado para su servicio. Entró en Nápoles, como es costumbre entrar los señores Vireyes que vienen á gobernar este reino, habiéndole desocupado el puesto el señor duque de Alba, despues de haberse hecho las sólitas visitas y ceremonias, á los 16 de agosto de dicho año. Fué al arzobispado y en él dió el juramento y comenzó á ejercer su cargo en razon de su gobierno á mucha satisfaccion de todos, por ser tan benigno señor, dando sus audiencias ordinarias y extraordinarias, dejando á todos los que se les daban memoriales contentísimos por lo bien que á todos respondia.—Procuró siempre el buen gobierno y administracion de la justicia, mirando con particular cuidado por las necesidades de los pobres y su reputacion; que en esto mas que en otra cosa tuvo siempre puestos los ojos, acudiendo con mucha vigilancia en todo lo posible al remedio de este particular. Cuando se ofrecia haberse de hacer palabra en Colateral sobre algunos negocios, ó causa grave en grado de apelacion, siempre S. E. queria hallarse presente para ver lo que resultaba. Y esto era porque lo entendia tan bien como todos por sus muchos estudios; y así todos y cada uno de por sí vivia alerta y todo el mundo estudiaba, no habiendo faltado á ningun colateral en todo su gobierno. Trujo consigo este señor al marqués de Tarifa, su hijo y sucesor, casado, y una señora, hija tambien de S. E., para que se casase con el Príncipe de Paterno, hijo y suce-

sor del duque de Montalto, previniendo para este matrimonio lo que convenia á personas de sus partes y cualidad. Vino, pues, en este tiempo á efectuar su matrimonio el dicho Príncipe de Paterno, y para su entrada y recibimiento se hizo toda la prevencion, como convenia por Grande de España, saliéndole á recibir S. E. con grandísimo acompañamiento que para esto tenia prevenido, trayéndole á su mano derecha, que fué lo que mas se notó de todos los especulativos, no sin alguna murmuracion de muchos. Vinieron á Palacio Real, en donde aquella noche y otras se hicieron muchas fiestas, como son comedias, saraos y festinos, con mucha grandeza y aplauso comun, por ser estas todas tan deseadas de dichos señores, tanto de una parte como de otra, por ser tan iguales en partes y calidad. En esta ocasion habiendo tenido S. E. nueva del nacimiento y felice parto del Príncipe nuestro Señor, se celebraron por él alegrías muy grandes, fiestas con grande regocijo particular y general, porque fueron muy buenas y lucidas.

Vino en este tiempo á esta ciudad la Serenísima Reina de Ungría, hermana del Rey nuestro Señor, que pasaba á Alemania á casarse con el hijo del Emperador, trayéndola por su cuenta el duque de Alba, como se verá en su ingreso, que va escrito aparte. Envió S. E. mucha gente al estado de Lombardía, juntamente con muy gran socorra de dinero y trigo para ayuda y gastos de guerra, y fué en ocasion que fué de muy gran importancia, y en tal

modo que fué el remedio de aquel estado, como muchos escribieron por sus cartas, y aquel gobernador, dando á S. E. las gracias por tan señalado beneficio y servicio como habia hecho á S. M.

De ahí á algunos dias le vino carta á S. E. de su Majestad en que le mandaba fuese á la corte por tener algunas cosas que tratar con él tocantes á su Real servicio, y que en el entretanto quedaria gobernando este reino el conde de Monterey, que era su embajador extraordinario á Roma, al cual tambien habia escrito, y por su Real carta le mandaba lo cumpliese así (2). Vista dicha carta y lo que por ella se le mandaba, obedeciendo sin dilacion alguna, puso luego por obra su partida. Vino Monterey á la ligera; tomó casa en Chaya; visitáronse los dos señores, comunicando las cosas de importancia, haciéndose con su Exc.ª lo acostumbrado con los demás señores Vireyes. Partióse el señor duque de Alcalá para España, dejando á la señora duquesa su mujer é hijos entretenidos en Caserta, habiendo gobernado este reino por espacio de año y medio con mucha satisfaccion de todos, tanto de Príncipes y demás señores, como de toda la gente comun.

NOTAS.

(1) En otra ocasion se ha hablado de la ilustre casa de los Afanes de Ribera. Mucho tenia que trabajar el du-

que de Alcalá para conservar en Nápoles las glorias de su casa, pues su apellido recordaba á los napolitanos uno de sus mejores Vireyes. Nació en el año 1584, y en tierna edad sucedió en los estados al duque su abuelo, porque su padre el marqués de Tarifa no llegó á poseerlos. Crióse mostrando generosa índole y grande inclinacion á las letras, con lo cual adquirió mas que mediana erudicion en muchas, no siendo exageracion lo que bajo este respecto se dice en el texto. Sobre el perfecto conocimiento que adquirió en la lengua latina, se adelantó en las facultades mayores y se instruyó en historia y humanidades, estudios propios de un Príncipe. Las artes liberales le ocuparon útilmente; y entre ellas tuvo particular inclinacion á la pintura, en que llegó á tener bastante destreza, siendo dice Zúñiga en sus *Anales*, valiente en el dibujo y suave en el colorido. Juntó copiosa y selecta librería, que puso en una pieza bellísima de su palacio de Sevilla, á que dió principio con la que fué del Dr. Luciano Negron, que incluia la de Ambrosio de Morales, y luego enriqueció con todo lo mejor que salió en su tiempo, y con preciosidades numismáticas y arqueológicas que reunió con grandes desvelos y gastos, formando un tesoro literario que si no hubiese sufrido grandes mermas y extravíos por los muchos viajes y muerte en pais lejano de su dueño, seria de los mayores que en aquella edad habia en Europa. De jóven tuvo que pasar á la corte por grandes pleitos que traia su casa y que ganó, aventajando sus rentas; y en ella gastó, sin que le distrajesen los placeres ocasionados para gente rica y de pocos años, todo el tiempo sobrante de sus ocupaciones en ejercicios de letras; y como curioso investigador de las antigüedades castellanas, discurrió por las ciudades, lugares y conven-

tos de San Benito y del Cister, en que recogió treinta tomos de curiosos documentos, de los cuales despues de su muerte no quedaron en la librería sino algunos pocos, como muestra; pero no fueron perdidos, pues segun propia confesion proporcionaron á Zúñiga los mas exquisitos materiales para sus Anales.

Tantas prendas heredadas y adquiridas, le valieron el vireinato de Cataluña, y luego la embajada extraordinaria á la santidad de Urbano VIII, que, desafecto á la España, no hallaba embajador que le viniese bien, y despues el vireinato de Nápoles; cuyo reino encontró en tan deplorable estado, que el mas hábil ministro hubiera fracasado, queriendo poner remedio á todo. Sus provincias, es cierto, no eran el teatro de la guerra; pero pesaba sobre ellas la de Lombardía: los turcos continuaban sus piraterías, mientras las fuerzas del reino, empleadas en otra parte, no podian hacer sino pequeña resistencia; los bandidos, de que siempre abundó este hermoso país en compensacion de otras inapreciables ventajas, prevaleciéndose de la ocasion, desolaban las campiñas, acometian á los viajeros en los caminos reales, y aun á veces tuvieron la osadía de atacar á pueblos cercados de murallas. Los temblores de tierra, las inquietudes que daba el temor de la peste, y otras calamidades que llovian sobre los pueblos, derramaban por todas partes la consternacion y el desórden. El Rey Felipe IV de nada hacia caso, entregado en brazos del favorito; y el Virey por no sobrecargar á los pueblos en tal estado y cumplir con sus obligaciones, tomó el expediente de suspender los pagos de los acreedores del Rey sobre los comunes del reino, y de sacar cuarenta mil ducados de rentas de la aduana; mas no siendo estos recursos suficientes insinuó á los particulares

que convenia hiciesen entre sí un reparto voluntario, cuyo máximum debia de ser mil ducados y el mínimum diez para cada contribuyente; por este medio los grandes, los señores y hasta los curiales aprontaron sumas considerables con que pudo el duque enviar á Lombardía los socorros que de él se esperaban. Nulos eran estos esfuerzos, que empobrecian el reino para una guerra destructora, mal emprendida y peor conducida. Exigiéronse otros, y no pudiendo proporcionarlos el exhausto tesoro, acudióse á la enagenacion de las villas y tierras del patrimonio Real y de los derechos de la corona, ventas que ocasionaron grandes desórdenes. La venida de la Reina de Hungría acabó de arruinar el tesoro; y entretanto los turcos asolaban las costas. Las galeras de Biserta estragaron las de Salerno, llevando gran cantidad de esclavos é incendiando las tierras de Agropoli; para prevenir estos males envió sobre estas costas ocho galeras; y sin embargo los criados de la casa del duque de Atella, que iban á sus tierras de Calabria, fueron arrebatados, y si las galeras de Florencia no les hubieran vuelto la libertad, hubiesen quedado expuestos al mas triste cautiverio. Los bandidos completaban en muchas provincias del reino la obra de desolacion de los turcos, y tuvo el Virey que enviar contra ellos á D. Fernando de Ribera su hijo natural (*), con título de Vicario general, y toda la autoridad que tenia él mismo, para extirparlos á ser posible y hacer la visita de las fortalezas. Los terremotos se renovaron; el temor de que la peste que desolaba la Lombardía se comunica-

(*) De este personaje habla Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*, de donde tomamos parte de las noticias que damos del duque su padre.

se á las proivncias de Nápoles cada dia iba en aumento; y corrió muy acreditada la voz de que una cuadrilla de malvados recorria la Italia para comunicar el contagio á las pilas de agua bendita á fin de que pereciese el mayor número de gente posible. En esta confusion general todo andaba desquiciado. La justicia se administraba mal, y la venalidad de algunos magistrados obligó al Virey á tomar órdenes de la corte para suspender á algunos; los abogados se ligaron entre sí y se negaron á someterse al exámen, mandado por el Rey; y no presentándose en los tribunales las causas se fallaban sin instruccion ni defensa, hasta que el Virey los obligó á volver á desempeñar sus funciones; mas carecia de la energía que tuvo su ascendiente el duque de Alcalá para hacer frente á tantas tradicciones.

Abusando de este estado de cosas, los émulos de la jurisdiccion civil, atacaron sus derechos, y he aquí un hecho que cuenta Giannone en corroboracion de su arrojo, y de lo decaido que estaba el ascendiente de la corona. El duque de Alba habia enviado á cierto español encargado de sus órdenes para trabar ejecucion contra ciertos bienes de unos particulares de Nicotera. El obispo sostuvo que en la ejecucion habia algunos bienes de su pertenencia y propio motu puso en prision al comisario del Virey. Para reparacion de este atentado el Presidente de la provincia envió al auditor Figueroa (*) á Nicotera con órden de po-

---

(*) Este auditor Figueroa ¿fué el escritor Cristóbal Suarez de Figueroa, de quien hemos tenido ocasion de hablar anteriormente dando á conocer una de sus obras? Los que han tratado de su vida y escritos, D. Nicolás Antonio y el colector del *Parnaso español*, le pierden de vista muchos años ántes á esta época y no conocen sus

ner en libertad al preso; mas el obispo habia tomado ya la precaucion de trasladarlo á otro lado cuando se entró en la prision; y no contento con haber burlado así al juez secular, lo excomulgó é hizo fijar carteles. Figueroa tuvo por nula una excomunion tan infundada, y no pensó en hacerse absolver de ella; mas pasado un año se vió citado á declarar qué pensaba acerca de la Religion Católica. Tampoco le sobrecogió mucho esta segunda persecucion: sin embargo, pasado otro año supo que la Inquisicion de Roma le habia formado proceso, y que por sentencia solemne le declaraba hereje; y quizá hubiese hecho el mismo caso de esta sentencia que de los otros juicios, si los inquisidores no queriendo dejar su obra imperfecta no hubiesen enviado órdenes terminantes á Monseñor Petronio, obispo de Molfetta, que residia en Nápoles con carácter de ministro del Santo Oficio, para que á toda costa se apoderase de la persona del señor Auditor. El prelado sin comunicar la órden al Virey ni pedir el *exequatur regio* reunió todos los archeros del Nuncio y del Arzobispado, y sabiendo que Figueroa solia ir á menudo al convento de San Luis, de padres mínimos, sin respetar la santidad de la iglesia ni al palacio Real que estaba cerca mandó prenderle en ella. Tal providencia determinó al Virey á enviar una compañía de españoles que soltasen á Figueroa y lo llevasen al palacio Real. Los Consejos del Rey se contentaron con desarmar los archeros del Arzobispado, del Nuncio y de la Inquisicion; y en una noche se los des-

---

últimas producciones. Una de ellas, la que hemos extractado en las notas del primer duque de Alcalá, se escribió para congraciarse con su pariente y sucesor, y nada tendria de particular que este le protegiese y le confiase este cargo.

pojó de las armas. A pesar de esta lenidad la corte de Roma se alborotó, tronó y fulminó monitorios y censuras. Este negocio dió al pronto alguna inquietud en Nápoles; y descompuso las fiestas que se celebraban por el nacimiento del Príncipe Baltasar Cárlos, primogénito de Felipe IV; mas luego se sosegó todo, al recibir los despachos del Rey al duque de Alcalá aprobando sus actos; y añadiendo que las órdenes del Santo Oficio de Roma no podian de ningun modo ser obedecidas en Nápoles sin preceder la licencia del Virey.

El duque de Alba no podia perdonar al de Alcalá que hubiese sido elegido su sucesor: ¡tal es la debilidad de nuestra naturaleza! sin que haya quien se liberte de caer en sus flaquezas; lo que en los pequeños hace la envidia, hace en los grandes el orgullo y amor propio ofendidos. Esta ojeriza le movió á dar sus quejas á la corte de Madrid, acusándole de haber recibido mal y friamente á la Princesa Reina de Hungría. Su ida ciertamente no le seria grata, porque sobre coartarle su presencia para el ejercicio de su suprema dignidad, aumentaba los trabajos y escaceses del reino con los enormes gastos á que su alta clase obligaba; mas el duque de Alcalá era caballero y cortesano, y no es creible dejase de hacerle todo el agasajo que su situacion comportaba. El conde-duque, dispuesto á no desaprovechar ocasion para el engrandecimiento de su familia, se prevalió de esta acusacion para llamarle á la corte y enviar en su lugar á Nápoles al conde de Monterey, su cuñado, á la sazon embajador en Roma; mas por no chocar del todo con el duque de Alcalá no le revocó los poderes sino le mandó solo venir á la corte á justificarse, enviando á Monterey en calidad de interino, aunque en realidad pensaba que el duque no volviese y que la propiedad

del cargo no solo en la esencia sino en el nombre fuese de este último. Así dice Giannone, en perjuicio de los intereses de la corona, prefiriendo sus propias ventajas al mejor servicio de su Príncipe, privó de su puesto al duque de Alcalá, que salió de Nápoles el 13 de mayo de 1631 para no volver sino de paso, cuando fué á tomar posesion del gobierno de Sicilia. Los napolitanos sintieron mucho su partida, y como le amaban no pudieron oir sin un dolor extremo las calumniosas imputaciones con que le habian desconceptuado con la corte de Madrid. El amor que los napolitanos le tenian estaba fundado en razon: el duque era honrado, moderado, clemente y amante del bienestar de los pueblos; cualidades que le hubieran hecho un excelente Virey en épocas menos críticas; pero era demasiado blando; y en el tiempo en que mandó necesitábase un hombre de áspera energía; solo fué inexorable con los bandidos. Dejó doce leyes que se hallan en la *Coleccion de pragmáticas de Nápoles*, y se distinguen por su seso y prudencia.

(2) Que eran pretexto y mal querer de émulos las quejas dadas contra el duque de mal recibimiento de la Reina de Hungría lo probaron cartas del Emperador y de la misma Reina en que satisfacieron á esta calumnia, y que Ortiz de Zúñiga dice en sus *Anales de Sevilla* (año 1632) que hubiera publicado á no ser porque en ellas se hallaban nombres de émulos y no queria resucitar enemistades. Estuvo detenido en Guadalajara, deseando la corte ocasion de satisfacer á su decoro; y encontróla oportuna en el juramento del Príncipe D. Baltasar Cárlos que se celebró en Madrid en 7 de marzo de 1632 en el convento de San Gerónimo. Llamáronle entónces; y fué destinado á recibir el juramento y pleito homenaje á Grandes

y Procuradores, y honrado del Rey con singulares demostraciones. Volvió á Italia reteniendo el título de Virey de Nápoles con 24,000 ducados de asignacion y con palabra de su restitucion, aunque por el pronto se le dió el gobierno de Sicilia. Mas aquella restitucion que él juzgaba empeño de su decoro, no se le hacia, y el conde-duque se burló completamente de la sencillez con que el duque creyó imposible que le mintiese un caballero, que tenia la monarquía en sus manos como primer ministro. Entretanto se vió acosado de tantas desgracias domésticas, que desalentado pensó en retirarse á Sevilla, y apartar su ánimo de todo lo que no fuese vacar en quietud al mayor cuidado de su alma. Muriéronsele en breves dias el conde de los Molares, su nieto, y el marqués de Tarifa, su hijo primogénito; y vió su casa sin sucesion varonil próxima á extinguirse; mortificacion grande para el hombre, que con cierto instinto de inmortalidad, desea perpetuarse en sus hijos, y mas para el que puede conseguirlo con lustre y grandeza, y les da á conservar nombre calificado.

Resolvióse á enviar á Juan Antonio de Herrera, su secretario, á Madrid á negociar la licencia del Rey; pero juzgándose su resolucion efecto repentino del dolor de las recientes pérdidas, se le respondió que convenia mucho su persona en el servicio del Rey; y que así no venia en concederle la licencia porque instaba, ántes le ratificaba la promesa de volverlo á Nápoles; y así quedó en Sicilia. Presto en lugar de devolverle á su deseada Nápoles, se le mandó ir con urgencia á tomar el gobierno de Milan; y cuando en obedecimiento de la órden se encaminaba con toda prisa á él, se le mandó suspender el viaje, porque estaba ya en aquel gobierno el marqués de Leganés. Estas informalidades, de que era objeto su per-

sona, no podian menos de obrar mella en su ánimo exacerbado, aunque se hacian mas bien por el desórden é irreflexion en los negocios del disipado favorito, que por deseo de mortificarle; así es que por satisfacerle del enojo, que le debia haber causado este suceso, le hicieron Vicario general de Italia; y no pudiendo subsistir este título por inconvenientes que al pronto no se previnieron, fué nombrado plenipotenciario para el congreso que se habia de tener en Colonia, con objeto de tratar de la paz universal. Púsose en camino el año 1636 y hallando las cosas menos adelantadas paró en Vilak, ciudad de Alemania, donde rodeado de las nieves fué obligado á invernar. La soledad, el clima tan desconforme de su patria y la lejanía de España aumentaron sus negras melancolías; y acometido de una enfermedad aguda, murió á 29 de marzo de 1637, á los 53 de su edad. Su cadáver fué depositado en la capilla mayor de un convento de capuchinos, en túmulo alto, al lado del Evangelio; y su secretario Juan Antonio de Herrera le puso un epitafio copiado por Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*. Despues fueron traidos sus huesos á España y puestos en el mausoleo de sus mayores en el convento de la Cartuja de esta ciudad. En él se acabó la varonía legítima de los duques de Alcalá, que traia su orígen de la de los Almirantes de Castilla, y puede decirse que tambien se acabó su casa, pues refundida en otra yace oscurecida bajo el resplandor de otro título.

Estuvo casado desde muy jóven con la hija del marqués de Castel-Rodrigo, D. Cristóbal de Moura, valido de Felipe II, con la cual le casó su madre cuando aun estaba bajo su tutela, temerosa que la libertad, los pocos años y la riqueza le fuesen nocivos sin el antídoto del matrimonio. De ella tuvo gran número de hijos y todos se le ma-

lograron. Mas feliz fué en los que se debieron á algunas distracciones que tuvo su flaqueza. De una dama portuguesa le nació D. Fernando de Ribera: de otra señora Don Payo de Ribera de la órden de San Agustin, que alcanzó á ser arzobispo de Méjico.

XXVIII.

Don Emanuel de Zúñiga y Fonseca, conde de Monterey y Fuentes (1). Aunque son tan notorios los grandes y relevantes socorros de gente y dinero, con que ha acudido el Excmo. señor conde de Monterey en el tiempo que sirve á S. M. el Rey nuestro Señor en el cargo de Virey y capitan general de este reino de Nápoles, y la pronta disposicion con que los ha encaminado, de tal suerte que por medio de ellos han conseguido las armas de S. M. efectos muy lucidos contra los enemigos de su monarquía y de la augustísima Casa de Austria, y la vigilancia y atencion con que ha atendido á todo género de prevenciones y á la mejor disposicion de lo que ha provenido de su dependencia y cuidado; todavía porque sea comun la noticia, y porque la tengan todos, de lós tiempos y ocasiones en que S. E. las ha hecho, y se vea el desvelo que ha costado el disponerlas, se reducen á la brevedad de este discurso, aunque la cualidad y circunstancias de la materia obligaban á que fuese mas dilatado. Tomó

la posesion del gobierno mediado el mes de mayo de 1631, habiendo venido de Roma en virtud de la órden precisa que para ello tuvo de S. M. despues de haberle servido de embajador extraordinario en aquella corte cerca de tres años, en la disposicion de los mas importantes negocios que ha tenido de muchos años á esta parte la monarquía de S. M., como se reconoció bien en la eleccion que S. M. hizo de tan grande ministro, y que ocupaba tan grandes puestos en la corte, enviándole á la de Roma.

Lo primero que hizo S. E. fué dar órdenes para la buena administracion de la hacienda Real, la cual halló muy menoscabada y en descrédito grande, y consignadas las rentas ordinarias por algunos meses con que desde luego fué preciso buscar medios extraordinarios para acudir á lo que se ofreciese; y se dispusieron y ordenaron por S. E. diferentes cocas tocante al remedio de los abusos que halló introducidos en ella con grande perjuicio del Real patrimonio. Puso en ejecucion diferentes cartas de S. M., recibidas de sus antecesores para la mas buena y recta administracion de la justicia, limitando las licencias de armas y de los juegos, previniendo prudentemente la forma de mayor facilidad para el despacho de los negocios, dando á los tribunales y ministros órdenes muy convenientes y ajustadas. Halló el reino tan fatigado de bandidos, que no solo no habia seguridad en los caminos, pero ni aun en las ciudades y lugares, pues dentro de ellos habian sucedido muchas cosas atroces y rebatos públicos;

las comitivas eran muchas y tan numerosas que en alguna demás de la gente de á pié habia 80 caballos. Temíanse grandes inconvenientes, y el mayor que amenazaba entónces era que habian de embarazar la cosecha de granos que mandó anticipadamente las mayeses; pero la vigilancia de S. E. no solo aseguró este riesgo, pero libró á los vasallos de S. M. de la aprension y falta de seguridad en que vivian, enviando en persecucion de los bandidos ministros de gran rectitud y experiencia, experimentados en semejantes ocupaciones; y acudieron á esta con tan extraordinaria diligencia que en pocos dias se conoció el fruto, pues extirparon todas las comitivas que habia en el reino, sin que quedase viva dentro de él ninguna cabeza de bandidos, gozando todos de entera seguridad en los caminos y en las poblaciones.

Halló S. E. sumamente desproveida de trigo la ciudad de Nápoles, y á no estar tan cerca la cosecha nueva y haberla asegurado del riesgo de los bandidos, como queda dicho, se hubieran experimentado los inconvenientes que falta de pan ha ocasionado otras veces en una poblacion tan numerosa como la de Nápoles. Aplicó S. E. grande remedio al cuidado solícito de los electos (que son los que tratan de la provision de la ciudad) para que la hiciesen muy cumplida, no solo en asientos de grano del reino, pero de fuera, cerrando la puerta de todo punto á las tratas, y usando de todo género de rigor por excusar los contrabandos. Fué esta provi-

sion tan acertada, y su ejecucion tuvo tan preciso efecto, que fué creciendo grandemente la abundancia en Nápoles, sin que se llegase á sentir la menor falta: y bien se pudo reconocer esto en el suceso que sobrevino de allí á poco del incendio de la montaña de Soma, pues habiendo entrado en Nápoles mas de cuarenta mil personas huyendo del riesgo que amenazaba tan horrendo accidente, y faltado muchos molinos que servian de moler harina para el sustento de la ciudad, unos llevados de los arroyos de agua, que al mismo tiempo que montañas de fuego salian juntos de la boca que se abrió, y otros cubiertos de ceniza que arrojaba el monte, estuvieron las calles y las plazas tan abundantes de pan y tan sin alterarse el precio ni la cualidad de él, que no se reconoció la menor falta; y esta parte en el discurso del gobierno de S. E. ha ido mejorando siempre, de manera que la abundancia del pan y de todos los demás mantenimientos ha sido asistida con grande providencia; y háse de notar por una de las cosas de mayor peso en el gobierno de Nápoles el cuidado de la grasa de la ciudad y provision del reino.

No será fuera de lugar el decir aquí cuanto obró, previno y dispuso la vigilancia de S. E. y su piedad en el tiempo del referido incendio, que por haber dado la novedad y su horror ocasion á tantas relaciones como se escribieron, no se hace aquí memoria particular, aunque se pudiera; y en todo el tiempo de su gobierno lo ha ido continuando con

tanto esfuerzo, procurando incesantemente el despacho de las causas de la Vicaría, y en las audiencias del reino que se han condenado al remo mas de 3,500 forzados, comprado 167 esclavos, y hecho 76 buenas bojas, con que pudieron armarse 16 galeras y salir, como adelante se dirá, con armada que llevó el señor marqués de Santa Cruz, pagando á la gente de ellas con toda puntualidad; de manera que los marineros que ántes huian y se escondian por no servir, han venido despues de buena gana y rogando para ser admitidos.

El ataracenal lo halló S. E. cerrado sin que hallase en el un palmo de madera para fabricar galeras, y teniendo necesidad la escuadra de algunos buques nuevos. Entretanto que se reparaba la falta de este ataracenal, hizo venir tres de Génova, comprándolos á aquella república. Dió órden para que se hiciesen gruesas provisiones de madera, en que se ha trabajado continuamente, y varado otras nueve galeras. Tambien mandó S. E. hacer provision de madera para bajeles para servicio de S. M. de tres mil toneladas de porte, y guarnecídolos con mucha y buena artillería de bronce, y estos han servido y sirven en lo que adelante se dirá. La fundicion de la artillería habia cuatro años que estaba cerrada, sin que en la municion hubiese una onza de metal. Encaminó S. E. la provision y fábrica de esto, como tan importante y que no es de cualidad que puede hacerse cuando aprieta la necesidad. Añadiéronse á la fundería vieja otras dos nuevas; y ha-

biéndose trabajado incesantemente se han fundido desde que S. E. gobierna este reino 208 piezas de bronce de diferentes calibres, y es cosa en que se trabaja de continuo sin alzar la mano. En la armería de Castelnuevo halló S. E. poca provision de arcabuces y mosquetes, y falta grande de coseletes para infantes, y de corazas, pistolas y arcabuces para caballería. En la provision de todo esto ha sido tanto el cuidado de S. E., que siendo cerca de 50,000 infantes y 6,000 caballos los que en tiempo de gobierno ha enviado á diferentes partes, como adelante se dirá, todos han salido armados cumplidamente, sin las armas que se han dado á las 105 compañías de batallon del reino que pasan de 25,000; y de presente hay en la municion buen número de armas; y además de las que se labran en el reino, procura S. E. hacerlas de otras partes. El tercio de infantería española del reino le halló S. E. con 26 compañías, y en ellas no mas que 1,500 soldados; reformó 14 y envió 10 capitanes á levantar á España, los cuales lo hicieron con aprobacion de S. M. y con el dinero que S. E. proveyó. Vinieron estas compañías con que se reforzó muy bien el tercio, y las personas que eligió para esta leva fueron soldados de muchos servicios y experiencia, que estaban arrinconados, ocasionando esta atencion dar á las compañías quien los supiese gobernar, á la hacienda de S. M. el beneficio de excusar el entretenimiento de los proveidos, y alentar á todos los soldados viejos y de méritos que estaban pos-

trados por ver que no se echaba mano de ellos, con que los que estaban retirados en sus casas han venido á convidarse para servir, viendo lo que S. E. ha honrado los soldados, y la consideracion que ha tenido en acordarse de todos los beneméritos en las provisiones que ha hecho.

Segun la disposicion que las cosas del mundo tenian cuando S. E. tomó la posesion del gobierno de este reino, pudo prometerse sosiego y tranquilidad, pues se habia acabado de dar ejecucion á los tratados que se ajustaron en la Dieta que el año antecedente se tuvo en Ratisbona, y el señor duque de Feria que entónces gobernaba el estado de Milan para despedir los alemanes, teniendo por asentadas las plazas de Italia, hizo instancia al señor Virey para que le enviase alguna buena suma de dinero, á que S. E. correspondió con el celo que siempre pone en el servicio de S. M., enviando luego letras de 205,000 ducados; pero no correspondieron á esta esperanza los accidentes que poco despues fueron sucediendo, pues no solo se vino á turbar el efecto de la paz, que como está dicho, se tenia por asentada, faltando franceses á lo prometido y jurado, ocupando con pretextos falsos á Pinarol y apartándose de todo lo que se habia ajustado en los intereses de Italia, pero sucedió la rota que recibieron las armas imperiales de las del Rey de Suecia y otros protestantes alemanes junto á Lipsia; accidente que manifestó los trabajos y calamidades que se habian de seguir. Por esta causa,

pues, y la novedad de franceses, juzgándose S. E. que S. M. habia de acudir á la defensa de la causa católica con fuerzas de todos sus reinos, tuvo por conveniente ir haciendo algunas levas de caballería y de infantería para poder ejecutar prontamente lo que S. M. mandase.

Al mismo tiempo juntó todo el Consejo Colateral que proponiendo que era bien estar con cuidado en el reino, cuando habia tan evidentes señales de que no duraria la paz, se resolvió que se hiciese la nueva eleccion de soldados del batallon de á pié de todo el reino, que son 115 compañías de á 230 soldados cada una, disponiéndose que los 30 asentasen con obligacion de ir á servir fuera del reino, donde quiera que se les ordenase, con que estos no fuesen cabezas de casa ni tuviesen peso de familia, porque con menos embarazo pudiesen salir cuando fuese menester; y para disponerlos con mayor facilidad, se les ofrecia que estando en el reino serian exentos de ir á las guardias, que en el verano se hacen en las marinas, y que cuando saliesen fuera, serian sus casas francas de alojamiento efectivo; con que en todas las compañías se asentó este número que vino á ser de 30,000, que en quince dias se podian juntar para servir donde se les ordenase; y con esta ocasion se armaron las compañías con armas de calibre de la municion de S. M., dando para cada compañía de 230 hombres 140 arcabuces, 40 mosquetes y 50 picas. Tambien pareció que las 16 compañías de hombres de armas del reino se reduje-

sen á corazas, armándolas como tales, y bajándoles el sueldo á este respecto, quitando á los soldados la obligacion de sustentar el caballo, que llamaban doblatura, que de ordinario eran unos males rocines que no servian de otra cosa que de aumentar el gasto á las tierras donde alojaban. Ejecutóse: con que esta caballería vino á quedar de servicio no solo para dentro del reino, pero cualquiera parte donde S. M. tuviese necesidad de servirse de ella; y porque de esta reduccion quedaron en beneficio de la hacienda de S. M. 39,000 ducados cada año, se tuvo por conveniente que se creciese el número de soldados de cada compañía, y que todas 16 se ajustasen á 60 plazas cada una sin oficiales de primera plana, con que se aumentaron 224 soldados de los que solia haber; y para el gobierno de esta caballería nombró por comisario general al capitan Francisco Correas, soldado de mucha experiencia, con un ayudante; y despues de contado el sueldo del aumento de los soldados y de los dichos oficiales vinieron á quedar en beneficio de la Real hacienda mas de 20,000 ducados cada año. Tambien pareció conveniente que toda la gente que se fuese juntando, se acomodase en la parte del ataracenal, donde no hay madera, ni se fabrican galeras ni bajeles, y en San Genaro, que es una casa de la ciudad, y en las de los estudios el tiempo que hubiese vacaciones, para que con esto hubiese mas ocasion de poderla ejercitar en el manejo de las armas, tenerla mas pronta para embarcarla, y excusar á las tierras

el daño de los alojamientos que siendo el número de la que se ha juntado tan grande, como se verá adelante, sin duda que el daño hubiera sido muy revelante, *(sic)*; y para la ejecucion de esto se hicieron tablados en los dichos tres puestos, y se proveyeron camas y todas las demás comodidades, de manera que la gente se ha mantenido bien con el cuidado que ha habido de socorrerla puntualmente, y de que por las mañanas fuesen médicos á cada puesto, y hallando enfermos los enviasen á los hospitales.

Fué tan acertada la prevencion de S. E. en ir juntando fuerzas como lo manifestó el efecto, pues no tardaron muchos dias en venir órdenes de S. M. para lo mismo que se prevenia, y que todo se enviase á Milan, pues se emplearia en lo que allí pudiese ofrecerse con ocasion de la novedad de franceses, ó pasaria al Palatinado para hallarse con el ejército que S. M. mandaba formar allí, y así por noviembre del mismo año de 1631 envió S. E. un tercio de napolitanos, y por maestre de campo al Príncipe de Belmonte con 1,900 soldados efectivos, sin los oficiales de las primeras planas. Por enero del año siguiente de 1632 envió otro tercio con 1,600 soldados, y por maestre de campo al marqués de Terracuso. Por julio del mismo año envió al Principado de Cataluña en 27 bajeles 4,700 soldados, en los tercios de los maestres de campo el marqués de Campolataro y el marqués de Santo Lúcido con artillería: traian para ella muchos instrumentos

de gastadores y municiones de todos géneros, y 700 hombres para formar ocho compañías de caballos, para los cuales se proveyó de sillas con todos sus aderezos, pistolas, botas y espuelas, yendo por coronel D. Francisco Carafa, prior de la Rochela, y para comprar caballos en que montar estos 700 hombres, se proveyeron 46,900 ducados: de este socorro se dió S. M. por muy servido porque llegó cuando no le esperaba tan presto, y en sazon que el duque de Orleans habia atravesado con algunas tropas de caballería la mayor parte de la Francia, y venídose á juntar con el duque de Memoranci, para obrar con el Rey Cristianísimo su hermano; y por lo que este accidente podia turbar las cosas y por las resoluciones que con él se hubiesen de tomar, se tuvo por de gran consideracion el arribo de esta gente al Principado de Cataluña.

Por enero de 1633 se enviaron al dicho Principado 600 infantes para refuerzo de los dichos dos tercios al cargo del sargento mayor Ector de la Calce. En julio de dicho año envió á Lombardía 4,400 infantes para refuerzo de los dichos dos tercios, en dos tercios de los maestres de campo Lucio Bocapianola y D. Gaspar Toraldo, y mil caballos efectivos, muy bien montados y armados, á cargo del comisario general D. Alvaro de Quiñones; con esta gente y la de los tercios que, como se ha dicho, se habian enviado, pudo el duque de Feria pasar á la Alsacia y formar allí el ejército con que se obraron tantos buenos efectos, como se sabe, y particular-

mente socorriendo á Brisac, con que se facilitó el poder el señor Infante Cardenal disponer su pasaje á Flándes. Por mayo de 1634 se enviaron 6,000 hombres, los 1,000 de ellos españoles del tercio de Nápoles á cargo de D. Pedro Giron, y los demás napolitanos de la coronelía del Príncipe de San Severo y del tercio del maestre de campo D. Pedro de Cárdenas. Tambien se enviaron por dicho tiempo 1,000 caballos, muy bien montados y armados, y por general de ellos el señor marqués de Taracena, conde de Ayla, hijo de S. E., á cuyo cargo fueron todas estas tropas. Con este socorro, que fué de los mas lucidos que se han visto salir del reino de Nápoles, resolvió luego S. A. su jornada; y sin él no fuera posible hacerla, pues no tenia la infantería y caballería que era menester para una accion tan grande y de tanto empeño; y estando todo prevenido para la partida de S. A. despachó correo á Nápoles, reprimiendo los inconvenientes que se seguian de la delacion de su jornada, que si no era en aquella sazon se hacia imposible; que de España no habian llegado las asistencias de dinero; que con 150,000 ducados, podia *avisarse* (*), si se le enviaban luego; y S. E. con incesante solicitud ajustó la provision de esta partida prontamente, con que ejecutó su jornada el señor Infante; y en el camino se le juntaron las tropas con que habia pasado el du-

(*) Debe estar equivocada esta palabra: el sentido pide *partirse*.

que de Feria el año antecedente, y unido con el ejército del señor Rey de Hungría, se consiguió la felicísima y memorable batalla de Norlinguen en que se señalaron los españoles del tercio de Nápoles que llevó á su cargo D. Pedro Giron, y los tercios de napolitanos del Príncipe de San Severo, del marqués de Terracuso, de D. Gaspar Toraldo y de D. Pedro de Cárdenas, y 20 compañías de caballos que gobernaba Gerardo Gambacorta, y su comisario general D. Alvaro de Quiñones, con tanto valor y bizarría, que sin duda tuvieron la mayor parte en aquella victoria, en la cual quedaron muertos de los capitanes de la caballería de Nápoles D. Pedro de Ulloa Rivadeneira, caballero del órden de Santiago, que fué el primero que cerró con las tropas del enemigo, D. Alonso Noguerol y D. Pedro Arias y Castellar; y heridos el gobernador Gerardo de Gambacorta, el comisario general D. Alvaro de Quiñones, D. Diego Manrique de Aguayo, D. Diomede Carrafa, D. Tomás de Avalos, que se hallaron en aquella ocasion; solamente quedaron Don Cristóbal Salgado y D. Antonio de Ulloa; el primero de corazas que quedó gobernando las tropas, y el segundo de arcabuceros, porque los demás fueron muertos ó heridos; y tambien lo quedó Tiberio Brancacio, teniente de maestre de campo general; y al valor de tan buenos cabos y soldados atribuyó el señor Infante la mayor parte de tan buen suceso, con el cual se consiguieron otros de grande reputacion y consecuencias, y la segura entrada de

S. A. en los estados de Flándes, tan deseada de aquellos vasallos, tan conveniente al servicio del Rey nuestro Señor, y tan solicitada de S. M.

A principios de agosto de dicho año vino de España á este reino el señor marqués de Santa Cruz, teniente general de la mar, para que el señor conde de Monterey le diese la gente y todo lo demás que pidiese para ejecutar una empresa en Francia; y aunque luego que se confirió la materia, se hallaron algunas dificultades, y la mas relevante que se ofreció, fué el ver ocupado el ejército imperial sobre Ratisbona, cuya expugnacion se temia con menoscabo del ejército; los riesgos que amenazaban á Italia, si aquella empresa se desvanecia y se consumian las fuerzas, eran muchos; y así juzgó que la sazon no permitia que se empeñasen las de S. M. en empresa ninguna. Consideracion que obligó á suspender la plática, y el señor marqués partió á Sicilia. Pero como dentro de pocos dias se rindió esta plaza, de cuyo bueno ó mal suceso, como se dice, dependian consecuencias grandes, ocasionó que el señor Virey llamase al señor marqués de Santa Cruz, con resolucion de que no dejase de intentar la empresa de Francia; y así en menos de un mes despachó diez bajeles gruesos con 27,000 napolitanos, y en ellos embarcó mucha cantidad de bastimentos de respeto (*), municiones y pertrechos de guerra, dando órden al almirante D. Francisco Imperial,

(*) Quizá *repuesto*.

que los llevaba á su cargo, que fuese á Cerdeña, que era el paraje donde el marqués se resolvió que se juntase todo, para salir desde allí á la ejecucion del intento, y en 18 galeras, doce de la escuadra de Nápoles, 5 de la de Génova y la capitana de Sicilia, se embarcaron 2,000 españoles del tercio de Nápoles, enviando por maestre de campo para aquella ocasion al general D. Gaspar de Acevedo con el sargento mayor D. Antonio Arias Sotelo, ambos soldados de mucho valor; y tambien se embarcó en las galeras el maestre de campo Cárlos de la Gata, soldado viejo y de opinion, con 1,300 hombres de su tercio con que iban de este reino 6,000 hombres, 2,000 españoles y 4,000 napolitanos, toda muy buena gente, pagada y rematada hasta el dia de la embarcacion, con cabos y capitanes de muchos servicios y de entera satisfaccion. Iban catorce piezas de artillería con todo lo que habian menester, y oficiales y artilleros bastantes para el manejo de ellas, y tanta cuantidad de instrumentos de gastadores, que podian trabajar á un mismo tiempo mas de tres mil personas. Iba mucha pólvora, balas, cuerda y fuegos artificiales de todos géneros, un famoso petardero demás de los ordinarios, con dos ayudantes muy prácticos que S. E. hizo venir de Liorna á peso de dinero, y de los ingenieros que hay en Nápoles se escogieron todos los mas á propósito; y no quedó cosa que pudiese ser menester que no fuese proveido muy abundantemente.

Partió el señor marqués de Santa Cruz á los 23 de setiembre, y habiendo quedado de acuerdo con el señor Virey que iria derecho á Cerdeña, donde hallaria el señor marqués del Viso, su hijo, con 7 galeras de la escuadra de Sicilia, y en ellas 900 españoles del tercio de aquel reino; desde Prócida se encaminó á la isla de la Tubina (que es cerca de Palermo) juzgando que podria ser que su hijo no hubiese acabado de despachar, y que con su vecindad lo conseguiria mas presto; hallóle todavía en Palermo: en esta forma de navegacion pasaron dias y otros en el despacho del marqués del Viso, con que los tiempos se rompieron; y habiendo intentado en mas de 40 dias, que la armada estuvo en Fabiana, encaminarse á Cerdeña, siempre el temporal los volvió á la dicha isla; con que sin lograrse la prevencion referida, dispuesta y ejecutada con tanta celeridad, que no pareció posible aun á los mismos que andaban en ello, se resolvió el señor marqués de retirarse á Mecina, y que todo volviese á Nápoles, donde podia estar junto y aumentado para el año siguiente. Grande ocasion se perdió en este accidente: en la costa de Provenza estaban tan descuidados y sin prevencion, que si la armada llegára á ella, hubiera tenido muy buenos sucesos sin contradiccion; pero el amago los puso en cuidado, y luego trataron de prevenirse y fortificarse, de manera que lo que en este tiempo hubiera sido fácil, despues llegó á ser no solo dificultoso, pero imposible. No descuidó S. E. en ir engrosando de gente

y provisiones de todo género, para que las órdenes que S. M. fuese servido de dar á la primavera de 1635, y las cosas de Lombardía le hallasen prevenido. Y bien fué menester este cuidado para todo lo que sucedió despues. No se contentó S. E. con lo que podia juntar de gente en el reino, juzgando sobre las experiencias que no podrian ser la que pidiesen los accidentes; y así con diversos correos hizo instancias al señor conde de Oñate, embajador extraordinario de S. M. en Alemania, para que en todo caso encaminase al estado de Milan un grueso de alemanes, porque debia dar mucho cuidado el verle desguarnecido y flaco; que para cualquier cosa que S. M. mandase ejecutar tendria dificultad, no teniendo Milan por lo menos 12,000 infantes y 1,500 caballos; que es lo que muchas veces se ha considerado que basta para la defensiva; y que siendo este punto tan esencial, ofrecia enviarle cien mil ducados para que con ellos facilitase el encaminar á Milan alemanes. Las respuestas del conde fueron, reconociendo esta conveniencia, y que seria la mayor de que se pudiese disponer segun el estado de las cosas; pero que el de Alemania no permitia entrar en esta negociacion, pues no habia forma de conseguirla por entónces, y que lo que mas habia podido alcanzar era la resolucion del Emperador para romper con Francia; y que para apresurar las disposiciones que estos pedian enviase los cien mil ducados, que con ellos adelantaria grandemente el efecto de este tratado; y S. E. reconociendo la im-

portancia de él, y que en ejecutarle se libraba el remedio de tantos daños, como padecian los reinos de S. M., y que los franceses no se apartarian de Alemania, ni saldrian de Italia, ni dejarian los puestos que ocupaban en otras partes, menos que obligados á acudir á la defensa de su casa propia, y con meterles la guerra en ella se podria encender tal fuego que viniese S. M. á ser el árbitro absoluto y dar las leyes á su modo, despachó luego correo enviando al señor conde de Oñate los cien mil ducados, porque sin perder un instante de tiempo pudiese efectuar los medios, con que se diese ejecucion á un negociado de tantas conveniencias.

Por el mes de febrero de 1635 hizo grandes instancias á S. E. el cardenal Albornoz, que se hallaba gobernando el estado de Milan, para que le socorriese luego con gente, así porque los franceses se iban engrosando en la Valtelina, como porque (segun los avisos que tenia) en el Delfinado se hallaba el mariscal de Crequí con 13 regimientos de infantería, sin otros 7 que le seguian y 2,000 caballos; y que la voz comun era de que todo se juntaba para volver á tocar la guerra en el estado de Milan; y como la defensa de él sea á lo que en primer lugar tiene S. M. mandado que se acuda, envió luego S. E. el tercio de maestre de campo Felipe Spinola con 1,200 hombres, y proveyó 10,000 ducados para que en Lombardía se hiciesen nuevas levas y se engrosase este tercio, como se hizo; pero reconociendo el señor Virey la importancia del guar-

necer el estado de Milan, porque la flaqueza de él no hiciese apresurar las resoluciones de los enemigos, y que entretanto que se engrosaba de las levas que iba haciendo, era necesario tomar otros expedientes, ya que no habia por entónces esperanzas de tener alemanes, como lo manifestaban las cartas del señor conde de Oñate, propuso al señor cardenal Albornoz que seria bien levantar un regimiento de 4,000 esguízaros de los cantones católicos, los cuales por la renovacion de la liga estaban obligados á dar 13,000 ducados para la defensa del estado de Milan y del ducado de Borgoña, pues introduciendo luego este regimiento vendria á haber en Lombardía cerca de 10,000 infantes; y que si fuese posible hallar entre los esguízaros algun cabo, que quisiese formar dicho regimiento con el pié de alemanes, obligándose á servir en todo y por todo como ellos, seria de grande conveniencia, así por lo que se gastaria menos, como porque en cualquier accidente habia este grueso mas que sacar á campaña. Pareció muy bien á dicho señor cardenal la proposicion, teniéndola por único remedio que por entónces se podia dar, y así escribió al señor Virey, diciendo que luego trataria la negociacion y avisaria el dinero que fuese menester para efectuarla. Dentro de pocos dias despachó correo con aviso de haber asentado la leva de un regimiento de 4,300 soldados: que los 4,000 entrarian luego en el estado, y con los 300 se guarnecerian los pasos de Orsera y Belinzona, por la importancia de ellos: que no ha-

bia sido posible hallar quien se ajustase al pié de alemanes por ser nueva forma en su nacion, y que para conducir este regimiento y mantenerlo por lo menos tres meses eran menester 100,000 ducados, los cuales proveyó luego el señor Virey con grande prontitud.

En el tiempo que esto de los esguízaros se iba disponiendo y ejecutando, envió S. E. al dicho estado de Milan el tercio del maestre de campo Cárlos de la Gata con 1,600 soldados. Tambien envió 1,000 caballos á cargo del comisario general Don Alvaro de Quiñones, los cuales se compusieron de 5 compañías, que fueron de Nápoles, y de 7 que se levantaron en Milan con el dinero que S. E. remitió para ello. Con estos socorros y con la esperanza que S. E. dió de acudir con otros, alentó al señor cardenal Albornoz y dió principio á muchas disposiciones que estaban paradas por falta de ellos.

Entretanto que esto pasaba, apretaban las órdenes de S. M. para que saliese nuevamente la armada á intentar algo en la Provenza y en particular lo que se habia tenido por conveniente, enviando relaciones de ello con Miguel Perez de Egea, las cuales conferidas en Nápoles con el señor marqués de Santa Cruz (que vino de Mecina donde habia estado el invierno), con el maestre de campo general fray Lelio Brancacho, y con el mismo D. Miguel, se resolvió por todos uniformemente que se fuese á la ejecucion, pues si la tuviese buena seria diversion

de tal cualidad que obligase á los franceses á acudir á la defensa de su casa propia, y á no cargar en el estado de Milan; y que cuando esto no sucediese, seria la gente de la armada para socorrer aquel estado en cualquier aprieto. Con esto fué disponiendo S. E. el despacho de la armada, dando cuenta á S. M. dello, y que á los diez dias de mayo estaria fuera del puerto de Nápoles, con nombre de que todo se encaminaba para socorrer el estado de Milan para deshacer en parte las sospechas con que estaban en la Provenza; y para persuadir mayormente al crédito de esto se pidió el paso á la república de Génova para 8,000 infantes y 400 caballos, y le concedió. Que el juntarse toda la armada habia parecido que fuese en Puertolongon, que desde allí se encaminaria á Cabo Corso, y desde aquel paraje á la costa de la Provenza, y que al señor marqués de Santa Cruz se le habian entregado para todos los bajeles y galeras, estandartes y banderas con las armas imperiales, en cuyo nombre queria S. M. se hiciese esta diversion.

Fuése embarcando la infantería en 10 bajeles y en 35 galeras, 16 de la escuadra de Nápoles (que hasta este número las habia aumentado la singular prudencia del señor Virey), 7 de la escuadra de Sicilia y 12 de la de Génova, y para la muestra que se tomó despues de hecha á la mar, que fué el dia preciso que se escribió á S. M., 20 de mayo, se hallaron mas de 7,500 infantes, 2,900 españoles, los 2,300 restantes del tercio de Nápoles, y los 600

del de Sicilia; con los de Nápoles, el maestre de campo D. Gaspar de Acevedo y el sargento mayor D. Antonio Sotelo, y con los de Sicilia D. Miguel Perez de Egea, á quien el señor marqués de Santa Cruz entregó un despacho de S. M., nombrándole por maestre de campo de 4,600 napolitanos en tres tercios de los maestres de campo D. Juan Bautista Ursino, Lucio Bocapianola y D. Ferrante de gli Monti, todos soldados de experiencia y conocido valor, con muy buenos sargentos mayores; toda la gente muy bien pagada y reparada de vestidos, y cada compañía armada con 40 mosquetes. Embarcáronse tambien 250 caballos en 3 compañías que se escogieron entre 10, y cebada y paja de respeto para dos meses, porque tuviese esta provision si le faltase forraje: en los bajeles y las galeras se embarcaron bastimentos para toda la gente por cuatro meses. De artillería, municiones de guerra, y pertrechos de todos géneros, se embarcó todo aquello que pidió el maestre de campo general fray Lelio Brancacho; y los oficiales mayores para el servicio de ella fueron personas de muchos servicios y plática. Embarcóse tambien todo lo necesario para el hospital y cura de los enfermos y heridos, con administrador, médico, cirujano y otros oficiales; y finalmente se proveyó cuanto pudo imaginarse que podia ser menester.

Hízose á la vela el mismo dia 10 de mayo, y con razonables tiempos llegó á los puertos de la Toscana y desde allí á Cabo Corso, donde con recio

viento de griego levante embistió una galera de la escuadra de Sicilia con otra, y se perdió, y otras estuvieron aventuradas. Mejoró el tiempo y encaminaron la navegacion á la Provenza, y á menos de 80 millas de distancia del puerto, donde se habia de ejecutar el intento, sobrevino un temporal tan fuerte que obligó á que las galeras volviesen atrás, corriendo fortuna deshecha, y llegasen al abrigo de Campo-Corso al anochecer; y aunque en aquella hora embonanzó algo, volvió á la media noche á entrar tan recio que sin poderse socorrer unas galeras á otras se perdieron nueve; siete de Nápoles, una de Sicilia y otra de Génova, y en ellas mas de 2,000 soldados y casi todas las chusmas; y las demás galeras que se salvaron corriendo unas á Puertolongon y otras á diferentes puertos de la Córcega, echaron á la mar los caballos que iban en ellas y grande cuantidad de bastimentos y municiones, y hasta el dinero que se llevaba para socorrer la armada se perdió.

En mejorando el tiempo se juntaron todas las galeras que habian quedado en Puertolongon y desde allí avisó el suceso el señor marques de Santa Cruz. Este fué el fin que tuvo la armada que segunda vez salió de este reino tan llena y proveida de todo que se pudiera esperar de ella muy lucidos efectos, si fuera concedido á los hombres así como el contrastar, el vencer los temporales y riesgos de la mar. Con los avisos de este suceso se vió el conde de Monterey en nueva obligacion de prevenir gente

y dinero, bastimento y municiones para rehacer la armada, que con el naufragio referido quedó muy deshecha y menoscabada; y considerando la conveniencia que se seguiria de ejecutar en la Provenza lo que se pudiese, porque aquella diversion evitase que las fuerzas con que franceses se hallaban en aquella parte para su defensa, no bajasen á Italia y fuese mas cierta la guerra en ella, despachó luego al señor marqués de Santa Cruz, consolándole de la pérdida y alentándole con que se compondria brevemente lo que habia quedado, de manera que pudiese seguir el intento; y que convenia estarse en Puertolongon sin venir á Nápoles ni á otro puerto cerca de él, por el peligro que habia de que la gente en saltando en tierra, atemorizada del suceso pasado, no volveria á embarcarse; y sin perder tiempo envió en cinco bajeles todos los bastimentos, municiones de guerra y otros pertrechos que el señor marqués de Santa Cruz avisó que se habian perdido en la borrasca, vestidos de municion y armas para toda la gente que se salvó de las galeras perdidas, y dinero para socorrer la gente, y para los gastos que se ofreciesen en el aderezo de las galeras y otras cosas; y con esta ocasion hizo S. E. instancia al señor Gran Duque de Toscana para que diese la asistencia que fuese menester de maestranza y otras cosas de su estado, y lo hizo con grande afecto: y porque entretanto que esto se iba disponiendo hizo instancia el señor cardenal Albornoz para que se le enviára mas gente respecto de que los franceses

iban engrosando, pareció al señor marqués de Santa Cruz enviarle el tercio de napolitanos del maestre de campo Lucio Bocapianola con 1,600 soldados; y el señor Virey envió para la armada otros tantos de las nuevas levas con que el señor marqués salió de Puertolongon, despues de haber enviado á Milan el tercio de Bocapianola con 4,800 soldados, llevando 150 en cada una de las 25 galeras que quedaron y 1,000 en los 10 bajeles: encaminóse con todo á Baya de Saona, y sin pasar de allí á la Provenza por los aprietos en que se fueron poniendo las cosas del estado de Milan, fué enviando á él la mayor parte de la gente que estaba en la armada, así de españoles como de napolitanos, porque sin estos socorros no se hubiera podido hacer oposicion al enemigo, el cual despues de haber ganado el fuerte de la Vilata se puso sobre Valencia del Pó, y en mas de dos meses y medio no se pudieron juntar fuerzas con que desalojarle; y habiendo en este tiempo continuado el señor conde de Monterey todos los esfuerzos que humanamente se pudieron hacer en juntar gente, envió nuevamente al estado de Milan 3,000 hombres, con los cuales y con los tercios que se encaminaron de la armada, se socorrió Valencia, despues de haberla defendido los españoles del tercio de Nápoles y de la mar que formó del mismo; el primero gobernado por el sargento mayor D. Antonio Arias Sotelo, y el segundo por el sargento mayor Andrés Gomez Guijarro; y los tercios de napolitanos de los maestres de campo César

Caracciolo, Cárlos de la Gata y Lucio Bocapianola, con la bizarría y coraje que manifestó el suceso, muriendo el maestre de campo César Caracciolo y algunos capitanes particulares y napolitanos, peleando en sus puestos con valor singular; y en el socorro iban con tres tercios de napolitanos de los maestres de campo Aquiles Mirutolo, D. Ferrante de gli Monti, y el duque de Marianella, y la caballería; con que en la defensa de la plaza y en el socorro no se veia sino es infantería y caballería de Nápoles, á cuyos socorros se debe totalmente el haberse levantado el enemigo, quedando las armas de S. M. con grande reputacion, pues fueron mas de 18,000 infantes y 1,000 caballos los que se enviaron en socorro de aquel estado en menos de cuatro meses, pagados y sustentados con grande puntualidad.

En este tiempo llegó de España el señor marqués de Villafranca con las galeras de su escuadra, y con algun número de españoles, y como halló tan desguarnecida la armada por los socorros que se habian enviado á Milan, reconoció que no era posible obrar en la Provenza efecto considerable; y así lo escribió al señor conde de Monterey, y S. E. instó que en todo caso se procurase hacer algo, así por el crédito de las armas de S. M. como por consuelo de tantos gastos como se habian hecho en el reino de Nápoles, despachando dos veces la armada y rehaciéndola de las pérdidas que tuvo, que fué despacharla tercera vez; y cuando no pudiese ser,

otra cosa se procurasen ocupar las islas de Santa Margarita y Santo Honorato, pues desde ellas se podria sino quitar el comercio á los franceses, á lo menos embarazárselo. Convino con esto el señor marqués de Villafranca, y tambien el señor marqués de Santa Cruz, y encaminándose á las dichas islas las ocuparon, saliendo rendidos de ellas cerca de 400 franceses. Guarneciéronlas con españoles y napolitanos, y avisaron de ello al señor conde de Monterey, que luego envió mas gente para refuerzo de aquellos puestos, provisiones para ellos, dinero para fortificaciones, artillería, municiones de guerra, gran cantidad de tablas para hacer cuarteles, compañía de caballos para correr la marina, y finalmente todo lo necesario: con que cuanto está en las islas y el ocuparlas es debido al señor Virey, y el mantenerlas á la continuacion de sus socorros que están asegurados por algunos meses.

No son menos considerables los socorros de dinero que en este tiempo ha enviado el señor Virey al estado de Milan, Flándes, Alemania y otras partes, pues llegan las provisiones que actualmente ha hecho á ocho millones y medio de ducados, que este sobre tan crecidos gastos como han ocasionado tan gruesas y numerosas levas de infantería y caballería, y el sustento de ellas, tantas provisiones de todo género de bastimentos, pólvora y municiones de guerra, fábrica de artillería, fletes y bajeles, y fábrica de otros y tanta diversidad de cosas como se previnieron para el despacho de las armadas, se de-

ben tener por muy estimables las cantidades que se han proveido para fuera, y la atencion y celo grande con que lo ha dispuesto y encaminado S. E. en que tambien se manifiesta con evidencia el amor y fidelidad de la ciudad de Nápoles y del reino, que continuamente han servido á S. M. con sus haciendas, pues no pudiendo la del Real patrimonio sufrir tantos y tan forzosos gastos, ha sido menester ejecutar diferentes medios, como son retenciones de tercias, imposicion de un tarin por fuego por algunos meses, cobrar cinco y diez por ciento generalmente de todos los que cobran rentas, crecer un tarin por cada túmulo de sal en los arrendamientos de S. M., que importó poco menos de 70,000 ducados al año, pedir servicios de infantería y caballería á los barones y universidades por las dificultades con que se hacian las levas, y otras cosas que se dejan por excusar prolijidad, bastando sobre lo dicho el decir que solo la ciudad de Nápoles ha servido con dos millones en este tiempo, cosa digna de toda ponderacion y sin ejemplo.

Con esto queda referido lo dispuesto y obrado hasta el fin del año 1635. Y aunque los sucesos de él fueron varios, y en todas partes se conocieron por tan favorables á las armas de S. M., que podian tener menos cuidadoso al señor conde de Monterey en la continuacion de nuevas prevenciones, mayormente cuando habia de serle tan dificultoso el disponerlas, respecto de los grandes y continuados socorros con que (como queda dicho) ha acu-

dido á diferentes partes en el tiempo de su gobierno, mejorándose en todas con ellos las conveniencias del servicio de S. M., y en particular librado dos veces el estado de Milan de los aprietos en que le ponia el ejército de los coligados, como lo han reconocido y manifestado todos los bien atentos; pero los muchos y buenos avisos granjeados por los medios que mas los aseguran, qué fué teniendo desde principios de este año 1636, confirmados constantemente cada semana por el Sermo. Gran Duque de Toscana, con quien S. E ha tenido y tiene correspondencia asentada y confidencia grande, que de ella han resultado muchas conveniencias al servicio de S. M., como se vió en el socorro de 500,000 ducados que hizo el año pasado y en otros que ha hecho en este, como se dirá en su lugar, de que el Rey de Francia juntaba en Bretaña una armada poderosa, así en número de bajeles como de infantería, y que se embarcarian en ella 1,500 caballos, bastimentos para ocho meses y gran cuantidad de todo género de municiones de guerra, para obrar empresas en tierra, y que al mismo tiempo se prevenian en la Provenza otros bajeles, se reforzaban galeras y se hacian ocho pontones de 90 cubitos de largo y 60 de ancho, capaces de 60 caballos, 400 infantes y 4 piezas de artillería sin pescar (calar) mas de 4 palmos de agua, para poder hacer los desembarcos con mayor facilidad: se fabricaba bizcocho y se hacia todo género de prevenciones, y que vendria á juntarse con estas fuerzas todo lo que se pre-

venia en Bretaña, para obrar en Italia cuanto se prometia de los ofrecimientos que muchos émulos de la graudeza de S. M., unos declarados y otros encubiertos, hacian; presuponiendo que, con atacar la guerra en el estado de Milan, quedaba todo lo demás que S. M. poseia en Italia tan descubierto que en llegando á cualquier parte la armada haria grandes progresos sin ninguna oposicion. Y para dar mayor fuerza á las instancias con que se solicitaba la union de ella, representaban los enemigos de S. M. cuán fácil seria entre las demás, la empresa del reino de Nápoles, fundándola en que tenian en él inteligencias tan bien dispuestas como se veria en la ocasion pública; y esto con tanta continuacion que fué avisado de ello el conde de Monterey de alguno de los ministros que S. M. tiene en Italia, y de otras personas bien afectas al servicio del Rey nuestro Señor, conviniendo con estos mismos avisos diferentes inteligencias y espías, por cuyo medio ha sido siempre S. E. muy bien avisado á costa de mucho dinero que se ha expendido con ellas, de manera que todos conformaban, y esta uniformidad dió mucho que pensar (*). Pero no fueron estas voces formadas y esparcidas de la malignidad de los émulos de S. M. las que obligaron á S. E. á poner todo cuidado en prevenir y juntar

(*) Aunque todo este largo período carece de sentido gramatical, se comprende claramente lo que quiere decir, y así no hemos querido corregirlo.

fuerzas, pues teniendo tanta obligacion de conocer la constante fidelidad y amor grande que los napolitanos tienen á S. M., como lo han mostrado en tantas y continuas ocasiones, no pudo entrar en el ánimo de S. E. el menor pensamiento de desconfianza, ántes bien seguridad grande de que cuanto fuese mayor la ocasion que obligaba á prevenirse habia de ser igual el esfuerzo con que todos ellos acudiesen con sus haciendas y con sus vidas.

Y así empezó S. E. á presentar bajeles para que juntos con los de la escuadra de este reino y con los del asiento del gobernador Nicolás de Masitrardi, que navegaban con ella de órden de S. M., se compusiese cuando menos una armada de 40 velas. Al mismo tiempo se continuaron con esfuerzos grandes las levas de gente no solo en este reino sino en los estados y confines de diferentes Príncipes; y con ardiente solicitud se procuró la venida de un regimiento de alemanes, que el conde Juan Felipe de la Torre, caballero de Triuli, se obligó de enviar á este reino, habiéndole proveido de 45,000 ducados para este efecto. Con no menos cuidado se fué atendiendo al refuerzo de las galeras, despachando en la Vicaría y en las audiencias del reino todas las causas, y acordando muchos delincuentes que estaban en las cárceles á servir por algunos años al remo. Hiciéronse grandes partidos para provision de bizcocho, y todo género de bastimentos. Con incesante diligencia se fué continuando la fundicion de la artillería, y reforzando las municiones de pólvo-

ra, cuerda, balas, mosquetes, arcabuces, diversidad de fuegos artificiales, grande cuantidad de instrumentos de gastadores, carros y todo lo necesario para el servicio de la artillería, corazas, pistolas y arcabuces para la caballería, y en todo cuanto podia ser menester, no solo para la provision de la armada, pero para la defensa del reino por tierra se fué trabajando con igual insistencia y desvelo. Y fué tan grande el que S. E. puso en juntar los bajeles, que ántes de mediado abril se tenian juntos treinta, todos gruesos, y diez polacas y tartanas. Al mismo tiempo estaban muy adelante, así las levas de gente dentro y fuera del reino, como todas las demás provisiones referidas; y no era menester menos vigilancia en tales aprestos, pues las nuevas de la armada de Francia, así en Provenza como en Bretaña, iban creciendo cada dia, y al mismo paso que ellas publicaban siempre los enemigos de S. M. que la armada se encaminaria á este reino, donde era llamada y aguardada de algunos y de muchos mal contentos que se declararian en viéndola. Pero esto no turbaba la mente de S. E. por la seguridad constante que ha tenido siempre de que estos vasallos no faltarian á la gloriosa fama de su fidelidad y al amor grande que siempre han mostrado á S. M.

En este tiempo se prendió en Nápoles un fraile llamado Epifanio Fioravante, natural de Cesena en el estado de la Iglesia, y otras personas que vinieron al reino á reconocer plazas y hacer diferentes diligencias, efecto de los buenos avisos que siempre

ha tenido el señor Virey, por medio de los cuales ha podido reparar la ejecucion de muchas cosas perjudiciales al servicio de S. M. y al bien público de la fidelísima ciudad y reino de Nápoles, que han procurado encaminar los enemigos de su Real corona; siendo buena prueba de esto lo que se encargó á un fray Tomás que se prendió el año 1633, y se le dió garrote porque demás de las pruebas del proceso, confesó que su venida á Nápoles desde Roma fué á instancia de otro fraile llamado F. Tomás Campanella, bien conocido de todos, dependiente de Príncipes poco afectos al Rey nuestro Señor, en particular de Francia, donde se huyó á luego que sucedió la dicha prision, hallándose todavía allí muy favorecido del Rey y de sus ministros, para que en buena ocasion procurase echar la peste en Nápoles por medio de un veneno que se habia de componer para matar con él al señor Virey y los ministros de S. M., así superiores como inferiores, y causar grande mortandad en la ciudad, porque con la confusion que este accidente causase, se lograse ocupar fácilmente el castillo de Sant Elmo y ciudad de Nápoles, con la gente que para este efecto tendrian prevenida para el tiempo establecido los Príncipes á cuya instancia se intentaba tan grande traicion. Por las disposiciones del dicho Fioravante y personas que se prendieron y por los papeles y plantas que se hallaron, se pudo dar crédito á los avisos de que hubiese maquinaciones contra el reino; y que el intento de la armada de Francia era venir derecha-

mente á él, solicitada de los enemigos de S. M. que tenian designios en diferentes plazas. Estas eran Gaeta en esta provincia de tierra de Labor, Taranto en la de Otranto, Barleta en la de tierra de Bari, y el monte de San Angel en la Capitanata. Trató luego S. E. de prevenir las que estaban mas expuestas á los riesgos, como son Rijoles y la Fosa de San Juan en la Calabria ultra, el castillo de Baya, distante de la ciudad ocho millas, que guarda el puerto de este nombre, y los presidios de Toscana, donde hay puerto, y Puerto San Estéban, capaces de gruesa armada.

En Gaeta se doblaron las guardias, se puso toda la artillería en buena forma, se proveyó de municiones de guerra, se fortificó el monte Orlando, poniendo en él artillería, y haciendo las haritas y cuerpos de guardia para que con comodidad pudiese asistir la infantería; y se advirtió á D. Estéban Albornoz, capitan á guerra de aquella ciudad, del cuidado con que habia de estar, y por ser tan pocos los españoles que hay en el reino se reforzó aquel presidio con una compañía de batallon. Al monte de San Angel, se envió al sargento mayor D. Pedro Solís Castelblanco, que lo es del batallon de la provincia de Capitanata, y se le dejó la vigilancia con que habia de vivir, porque una de las cosas que se habian de ejecutar por los enemigos de S. M. ántes que la armada se dejase ver en los mares de Nápoles (segun lo declaró el F. Epifanio, que como está dicho se prendió) era ocupar algun puesto en el di-

cho monte, y que á esto habia de venir un famoso bandido del reino, llamado Pedro Manchino, con algunos franceses que le darian en el dominio del duque de Mántua, los cuales embarcaria en el Pó: en barcas navegarian hasta entrar en el mar Adriático, donde cae dicho monte de San Angel; y porque tomando puesto en él se pondria en trabajo y riesgo toda la Pulla, se dieron órdenes á las compañías del batallon que habian de acudir allí en caso de necesidad, y se enviaron dos compañías de caballos de las ordinarias del reino previniendo á las otras dos de la Saqueta, que tiene esta provincia, para que las unas y las otras acudiesen á donde fuese menester, y todo se alojó cerca de Manfredonia por ser una de las plazas mas peligrosas. En Taranto se repararon las murallas de aquella ciudad, y se ordenó que se cerrasen algunas puertas que salian á la marina: compúsose la artillería y se proveyeron municiones de guerra, enviando á esto al maestre de campo D. Francisco de Bocapianola del Consejo Colateral que lo dispuso y ejercitó con mucha puntualidad, haciendo guardas con gente del batallon, y se enviaron compañías de caballos de las ordinarias, y se premiaron los de la Saqueta, que hay en aquella provincia, para que ellas y el batallon de á pié acudiesen al socorro en caso de necesidad. En Barleta se hicieron los mismos reparos y prevenciones con asistencia del maestre de campo Scipion Filamazino, tambien del Consejo Colateral, á quien envió S. E. para asistir allí este verano y acudir á lo que

se ofreciese, así en aquella provincia de Tierra de Bari, como en socorrer á la Capitaneta, dándole gente y disposicion con que lo pudiese hacer en caso de necesidad, enviando tres compañías de caballos de las ordinarias del reino, y previniendo las de la Saqueta y batallon. Rijoles es uno de los lugares mas expuestos á invasiones, por estar allí cerca de la Fosa de San Juan, capaz de cualquier armada gruesa: dióse órden que asistiese allí el capitan D. Gerónimo Marques, que gobernó en ínterin la provincia de Calabria ultra, y se le enviaron cuatro capitanes reformados españoles para que le asistieren, ordenándole que hiciese todos los reparos y prevenciones que fuesen menester para defenderse, teniendo prevenidas las compañías del batallon de que se hubiese de valer en caso de necesidad, y tambien las de la Saqueta, que en aquella provincia son cuatro; y además de estas se le enviaron tres de las ordinarias del reino.

La misma prevencion hizo en la provincia de Calabria citra, así de los batallones como de las compañías de la Saqueta, que son cinco; y además de ellas se enviaron tres de la caballería ordinaria del reino, ordenando que todo estuviese en disposicion de poder acudir con las fuerzas de una provincia al socorro de otra. Las provincias del Principado citra y Basilicata tienen poca marina que guardar; ordenóse que los batallones estuviesen prontos y tambien las seis compañías de la Saqueta, que tienen, y además de ellas se envió una compa-

ñía de las ordinarias del reino á Salerno para que desde allí pudiesen acudir adonde fuese menester. Lo mismo se dispuso y ordenó en la provincia del Principado de ultra. Tambien se previno lo mismo en las provincias de Abruzzo, y además del batallon y dos compañías de la Saqueta, se enviaron dos de la caballería ordinaria del reino, para que acudiesen á todo lo que pudiese ofrecerse por aquella parte. En la provincia de tierra de Labor tambien se previnieron las compañías del batallon y las de la Saqueta, y además de ellas dos de las ordinarias del reino; y con la compañía de que es capitan el señor Virey, se guarneció la parte de la marina de Castellamar, Vicesoriento y Massa. En todos los demás puestos del reino se enviaron capitanes á guerra para que acudiesen y cuidasen de la defensa de ellos, que es cuanto se pudo disponer y ordenar, pues con esto todo estaba en arma y vivia con cuidado. Los presidios de Toscana se reforzaron con gente y se proveyeron de víveres, municiones y artillería y de dinero para hacer las fortificaciones y reparos que fuesen menester, y se enviaron á cada plaza dos capitanes reformados de experiencia y de valor, para que los gobernadores les pudiesen encomendar los puestos y supliesen sus faltas en caso de enfermedad, ú otro accidente que pudiese ocasionar la necesidad. Envió S. E. al duque de Nochera para que reconociese qué se podria hacer en el puerto de San Estéban para impedir la entrada de armadas en él; y á luego se puso mano á la eje-

cucion de lo que para el intento permitió el terreno; y para la mayor seguridad del presidio de Orbetelo se allanó una colina que lo dominaba por la parte de tierra, se levantó todo el recinto de la muralla, haciendo baluartes y medias lunas para cubrir las partes flacas y á unos estaños que estaban á los dos lados de la tierra se les abrió comunicacion de manera que se viniesen á juntar el uno con el otro, quedando aislada la tierra y consiguientemente en defensa mayor, y á la ejecucion acudió con vigilancia y desvelo el gobernador D. Martin de Berrio.

En Puerto Hercoles se hicieron algunos reparos de menor importancia, porque aquella plaza está en perfeccion, y el sargento mayor Ausias Rodriguez que la gobernaba, es soldado de tanta experiencia, que se podia esperar que en cualquier ocasion haria su deber. En la perfeccion de Puertolongon ha algun tiempo que se trabaja; con esta ocasion se hizo muy mayor esfuerzo por medio del cuidado y asistencia del sargento mayor D. José de España, que lo gobierna, y hállase al presente en tal estado y reducido á tal perfeccion, que es de las mejores plazas de Italia.

Hallábase en esta sazon el Príncipe de Venosa en Nápoles, y el señor Virey le ordenó que se fuese á su estado de Pomblin, encargándole acudiese en lo que se ofreciese al servicio de S. M. en aquellos presidios, y para que le asistiesen envió con él al maestre de campo Pompeo Maza y á los capitanes

Juan de Zerezada y D. Francisco Valenzuela; y el Príncipe ha dado muchas muestras de la voluntad con que desea emplearse en el servicio de S. M. como lo ha hecho en muchas ocasiones, y particularmente el año 1634, que habiéndole hecho instancia el señor Virey para que levantase alguna gente, dió ochenta mil ducados de contado para la leva de un regimiento de alemanes. Tambien pidió S. E. al Gran Duque de Toscana, que en caso de necesidad socorriese á los dichos presidios, y no solo ofreció hacerlo, sino desde luego reforzó los suyos de un grueso de infantería y caballería, y dió órdenes á los ministros que tiene en los que confinan con los de S. M. para que en cualquier accidente acudiesen con gente, con municiones y con bastimentos, mostrando tambien en esto S. A. su afecto al Real servicio del Rey nuestro Señor.

En el castillo de Baya, se hicieron algunos reparos y se guarneció de buena y gruesa artillería una nueva fortificacion que se ha hecho que guarda la entrada del puerto. Al mismo tiempo procuraba S. E. hallar medios de sacar dineros como fundamento principal para tantas prevenciones y para tener tambien con que acudir á Milan con cien mil ducados cada mes, teniendo muy apretadas órdenes de S. M. para atender á esta provision en todos los doce meses de este año de 1636; y aunque habiendo sido tan grandes los socorros que deste reino se han hecho, como queda dicho, en el tiempo de su gobierno pudiera S. E. hallarse embarazado en en-

caminar otros de nuevo, todavía obligado de la forzosa necesidad y de la forzosa obligacion de prevenir á un mismo tiempo la defensa del reino, que consistia en formar la armada de bajeles para hacer oposicion á los intentos de la Francia, y en hacer en tierra diferentes prevenciones para mayor seguridad, y en acudir prontamente á Lombardía con los socorros señalados por S. M. con reiteradas y apretadas órdenes; teniendo por asentado que en ocasiones de tanto aprieto habia de ser asistido de la fidelísima ciudad de Nápoles, de toda la nobleza y reino, convocó parlamento general. Acudieron todos con singular prontitud, y en muy pocos dias se llegó á celebrar, y en él sirvieron á S. M. con novecientos mil ducados, los doscientos mil con la imposicion de un tarin por fuego en los meses de enero y febrero deste año, y los setecientos mil ducados restantes repartidos entre los barones y universidades para pagarlos en todo este presente año de 1636 en tres pagas; y con ser este servicio tan relevante, reconociendo S. E. que no era bastante para los gastos que traian consigo ocasiones tan grandes, procuró que esta fidelísima ciudad hiciese por sí sola otro, y habiéndolo dispuesto por los medios acostumbrados fué con tan buen suceso que sirvió á S. M. con seiscientos mil ducados; y es de ponderar que en menos de cincuenta dias se dispuso este servicio y el del parlamento, que juntos son un millon y medio, prueba bastante de la destreza de S. E. con que lo supo encaminar,

y tambien de cuan presentes tienen estos vasallos las obligaciones de servir á S. M. y la satisfaccion del gobierno de S. E., pues todos le han asistido conformemente.

Con estas provisiones, y con lo que resultó de otros expedientes, fué S. E. reduciendo á forma las prevenciones y con ser de cualidad que cada una de ellas pedia asistencia particular y dejaba poco lugar para las demás, acudió S. E. á un mismo tiempo á todas con tal cuidado y providencia que en menos de cuatro meses juntó y previno lo que al parecer de los mas pláticos no se tenia por posible en el discurso de muchos. No fué menos el que S. E. tuvo en la abundancia para provision de grano en esta fidelísima ciudad, teniendo tan presentes los inconvenientes que ocasionó en otros tiempos la falta de esto, como si hubieran sucedido en el de su gobierno; y llamando á los electos les hizo entender cuanto importaba hacer muy crecidos partidos y con incesante solicitud se introdujese grano, así por mar como por tierra, porque si la armada de Francia se dejase ver por estos mares y se atravesase en los pasos por donde de ordinario vienen las provisiones, seria de grande turbacion y embarazo; y á esta causa tan urgente se juntaba otra no menor que era el hallarse el reino de Sicilia con tanta falta de granos y tan desproveido, que habian en Mecina á fuerza de cañonazos hecho entrar en aquel puerto diversos bajeles en que venian para provision de esta ciudad mas de 150,000

tumbanos de trigo; y las galeras de Malta por hallarse aquella isla en el mismo aprieto, salieron á la mar y encontrando otros bajeles, que tambien venian cargados para esta provision, los llevaron á su puerto; y que así este fragente obligaba á que se esforzasen cuanto fuese posible las provisiones de grano, que tuviesen facilidad de conducirse por tierra, para que estas reparasen los inconvenientes de la mar.—Continuaba S. E. en la disposicion de todos los aprestos de la armada de bajeles en componer las galeras, en solicitar por todos caminos que las levas de gente engrosasen, y que la caballería extraordinaria que se hallaba levantada se rehiciese en número y en mejor cualidad de caballos, y al mismo tiempo solicitó con diversos despachos al señor Príncipe de Paterno, que gobierna el reino de Sicilia, que enviase aquí aquella escuadra de galeras para que ayudasen á lo que fuese menester, como lo hizo.

Destas prevenciones avisó S. E. al señor marqués de Leganés, gobernador y capitan general del estado de Milan, y al señor embajador D. Francisco de Melo, dándoles individual noticia de todos los avisos que obligaban á hacerlas, y que los motivos de S. E. se fundaban que con estas fuerzas se podria hacer oposicion á la armada francesa, si saliese, socorrer el estado de Milan, si fuese menester, con parte de la gente que se hallase embarcada en ella, ó que se obrarian en la costa de Provenza los efectos que S. M. mandase ó los que pareciesen

posibles á los ministros de Italia, y que el tiempo que se mantuviese junta estaria en disposicion de dar la vuelta á este reino en cualquier accidente, siendo esta la primera obligacion por ser sustancia del mismo reino, ó se acudiria á Sicilia ó Cerdeña, si fuese menester, ó á la parte donde llamase la necesidad y que no habiendo ocasion para que las fuerzas de esta armada se empleasen en ninguno de los efectos referidos, las encaminaria á España para lo cual tenia órdenes de S. M., si bien juzgaba que la disposicion de las cosas de Italia era mas para que pasase á ella cuanto estaba en España, que para enviar allá la menor cosa de las que se prevenian en el reino; y junto con esto les pidió parecer de la parte donde se encaminaria esta armada para que pudiese acudir á todo lo referido, y en cartas de último de mayo escribieron que el puesto mas proporcionado les parecia Baya de Saona.

Ya en este tiempo obraban los enemigos en el estado de Milan, y el marqués de Villa con el grueso de la gente que habia quedado al duque de Parma, dió principio á hostilidades en el estado del señor duque de Módena, y ocasion al señor marqués de Leganés de socorrer á este Príncipe, que vive debajo de la proteccion de S. M., como lo hizo, enviando tropas de infantería y caballería que le asistieron. Y considerando el señor conde de Monterey, que este Príncipe podria cobrar fuerzas, y que desde el Modenés al reino de Nápoles no halla-

rian oposicion, que todas son tierras del estado de la Iglesia, en las cuales no habia prevencion para impedirles, no solo puso todo cuidado en prevenirse y ponerse á la defensa de lo que el tiempo y los accidentes pudiesen ocasionar, teniendo tan conformes avisos de que los franceses tenian tratados contra este reino, pero considerando las pocas fuerzas que podia juntar, y que con ellas no seria posible hacer la defensa en el reino, pensó en la conveniencia que podia seguirse de interesar al señor Gran Duque de Toscana que juntase las suyas con las que del estado de Nápoles se pudiesen encaminar al estado del señor duque de Módena, tomando pretexto de la entrada que en él habia hecho el señor marqués de Villa. Hizo proponer esto al señor Gran Duque por medio de persona muy confidente suya, ofreciendo que enviaria diez mil infantes, dos mil caballos y doce piezas de artillería con provisiones de dinero y municiones de guerra y víveres por algunos meses, y que todo marcharia por tierra, pidiendo ántes el paso á su Santidad, ó enviando solo por tierra la caballería y por mar la infantería y artillería embarcada en los bajeles, que tenia juntos, que podrian ir hasta Liorna ó al puerto que fuese mas acomodado para desembarcar y encaminarse al Modenés; suponiendo que los diez mil infantes se compondrian de mil españoles, tres mil napolitanos de leva, mil alemanes y los otros cinco mil de gente de batallon escogida; y que juntando el señor Gran Duque á esto por lo menos cuatro mil

infantes, teniendo otros tantos el señor duque de Módena, seria un cuerpo de ejército, que mantenido en aquella parte, pudiese impedir lo que los franceses quisiesen ejecutar por la mar, pues viéndose en Liorna y otros puertos de la Toscana los bajeles y galeras del reino de Nápoles, siempre que el enemigo hiciese motivo con la armada, podria desde la parte donde se hallase junto al ejército, encaminarse á embarcar el grueso que hubiesen menester los bajeles y galeras para venir en seguimiento de ella, y además de impedirles con esto los intentos, así por mar como por tierra; se pondria en cuidado al Parmesano y Placentino, se asegurarian los estados del señor Gran Duque y del señor duque de Módena, que por sí solos no podian pensar estar libres de correr riesgo de la violencia de franceses, y estaria en disposicion de acudir con todo el grueso, que se juntase en la forma referida al estado de Milan en ocasion de algun aprieto extraordinario, y teniendo en el corazon de Italia un ejército de la cuantidad que seria el que se refiere para cortar todos los fines de los enemigos que podian tener en ella.

Pareció al señor Gran Duque digna de toda alabanza la proposicion y ponderó grandemente los buenos efectos que se podian esperar de su ejecucion; pero juzgó con todo eso que no era llegado el caso de hácerse esta union, aunque manifestó que siempre que la ocasion instase mas aceptaria el ofrecimiento. La misma diligencia se hizo con el

señor duque de Módena, y reconociendo la conveniencia estimó la proposicion, reservando aceptarla siempre que fuese menester; y que no lo hacia desde luego por haber asentado treguas por algun tiempo con el duque de Parma; y que aunque en la ejecucion de lo que se proponia hubiese de padecer su estado, cargando sobre él el peso de un ejército numeroso, todo lo sacrificaria al servicio de S M. Todo esto fué comunicado al señor marqués de Leganés, y lo juzgó por grande conveniencia; y por si acaso el señor duque de Módena no viniera bien en hacer plaza de armas en su estado, propuso que encaminada la parte del ejército de Nápoles, y la que diese el señor Gran Duque, podia llegar por tierra ó por mar al confin del estado de Milan para entrar por él en el Placentino y Parmesano, con lo cual se vendria á tener el ejército en pais enemigo y en paraje que pudiese asistir á los dos duques, impidiendo cualquier tránsito que en franceses pudiese hacer, y atender al estado de Milan en cualquiera tiempo. No se puede negar que fué grande este pensamiento del señor conde de Monterey; y muy conocidas las conveniencias que de él se podian esperar y las que se siguieron con solo manifestarle, fueron el asegurar estos dos Príncipes, manteniéndolos muy dispuestos al servicio de S. M. con la consideracion de sus propias comodidades.

No descuidó S. E., en medio de los frecuentes avisos que tuvo de que habia de ser acometido el reino de Nápoles, de mirar siempre con atencion

grande á las cosas del estado de Milan; y como el socorro mas pronto y efectivo que podia tener era de alemanes, hizo continuadas instancias al señor conde de Oñate para que lo dispusiese, ofreciendo dinero para su efecto; y habiendo escrito el señor conde, que por no haber aceptado unas letras que se le habian remitido se hallaba sin dinero y sin forma de apresurar el socorro de gente para Milan, le remitió el señor conde de Monterey cincuenta mil ducados con que dispuso brevemente el marchar la gente. Todas las prevenciones referidas sobre haber sido de la importancia que todos conocen, han tenido una parte muy estimable que ha sido el estar hechas cuando las Reales órdenes de S. M. las disponian, con que se les ha podido dar lucida ejecucion á un mismo tiempo en todas; y habiendo desde los fines de abril empezado á ser muy frecuentes las instancias del señor marqués de Leganés para ser socorrido con gentes, obligado de las prevenciones que los enemigos hacian para acometer el estado de Milan por diferentes partes, fué tratando el señor conde de Monterey de la ejecucion con la celeridad que pedia la materia y que es propia de S. E. en todo lo que toca al servicio de S. M. Hizo juntar todos los bajeles que fueron 40; dió órden que se embarcasen en ellos bastimentos para cuatro meses, y mucha cantidad de pólvora y municiones de guerra, artillería con su tren y gran cuantidad de instrumentos de gastadores con todo lo necesario para poder obrar así en mar como en tierra; previ-

niéronse las galeras de Nápoles; solicitóse la venida de las de Sicilia como lo hicieron luego; flotáronse las polacas y tartanas, en que embarcar cuatrocientos caballos; formáronse los tercios de la gente que estaba levantada, echando mano para maestres de campo y sargentos mayores de las personas en quien concurrian servicios y valor, y todas buenas partes; y el número de la gente llegó á ser de 8,000 hombres incluso el regimiento de alemanes que pasó á este reino embarcándose en Trieste.

Estando todo esto prevenido y resuelto, cuidó el señor conde de Monterey de despachar á un mismo tiempo las galeras y los bajeles, enviando en las galeras dos tercios de la gente mas escogida para que desembarcando en la ribera de Génova pasasen al estado de Milan, juntamente con los 400 caballos que habian de ir en las tartanas y polacas, y los demás tercios se embarcasen en los bajeles para ir á Baya de Saona, en conformidad del parecer del señor marqués de Leganés y del embajador Don Francisco de Melo, para que desde allí no solo diesen mas gente al estado de Milan si fuese menester, pero quedasen siempre con tal guarnicion que pudiesen oponerse á la armada que los franceses juntaban en la Provenza en caso que saliese ántes que se viniese á juntar con ella la que se prevenia en Bretaña. Tuvo aviso el señor conde de Monterey que el señor duque de Medina de las Torres habia llegado á Barcelona, y que sin detenerse seguiria

su viaje de este reino en las galeras de España; y aunque su venida conforme á las órdenes de S. M. no fué con otro nombre que con el de efectuar su casamiento con la señora Princesa de Stigliano, dejando S. M. al arbitrio del señor conde de Monterey el usar de la licencia que tenia para España, si juzgaba que con su asistencia en el reino de Nápoles no se podian continuar los socorros que S. M. tenia ordenados, siendo este el caso en que habia de quedar gobernando el señor duque de Medina, todavía el motivo de su venida dió alguna ocasion á que se obrase con tibieza en la expedicion total de lo que estaba adelante, porque la atencion de los hombres fácilmente se encaminaba á la novedad; pero el cuidado y la continua asistencia del señor Virey hizo que los impedimentos no fuesen tantos como se pudo presumir.

Llegó el señor duque de Medina en las galeras de España, no habiéndose resuelto á detenerse en Génova, como se lo avisó S. E., previniendo que para lo que habia que disponer seria de algun embarazo su asistencia en Nápoles. Confirióse entre estos dos señores lo que se habia de hacer, y el señor conde de Monterey, no solo por la mayor satisfaccion del señor duque, sino tambien por juzgar que entrando en el gobierno del reino de Nápoles seria posible que, como Virey nuevo, pudiesen obrar mas sus instancias para la continuacion de socorros que hubiese de hacer la ciudad de Nápoles y el reino por haber sido incesantes las que para

este efecto se han hecho en todo el tiempo de su gobierno, resolvió usar de la licencia de ir á España, presumiendo que lo podia hacer cumpliéndose la cualidad con que S. M. se la habia concedido, que era para en caso que con su asistencia en el gobierno no pudiese encaminar nuevos socorros; y así se publicó la partida del señor conde de Monterey para España, quedando en el gobierno el señor duque de Medina, con que vino á ser forzoso á un mismo tiempo apresurar el despacho de la armada y el viaje de S. E., valiéndose para la mayor brevedad de todos los medios, y embarcando á toda prisa su ropa y casa; y habiendo publicado la partida para el 28 de junio, estando ya embarcado en las galeras, bajeles y polacas la infantería y caballería con que desde Génova hubiera ejecutado S. E. los socorros en la conformidad que queda dicho, llegó el 26 del mismo mes un correo de España con un despacho de S. M. de los 5, ordenando expresamente al señor conde de Monterey que no partiese de Nápoles; y si hubiese salido, se volviese de cualquier parte adonde encontrase el correo, enviándole despacho para que de nuevo se volviese á encargar del gobierno de Nápoles: obedeció S. E. la voluntad de S. M. con sumo rendimiento; pero con grande dolor por lo que deseaba la mayor satisfaccion del duque de Medina, y ver con su asistencia mejorado el servicio de S. M.; pero la precision de su Real órden cerró de todo punto la puerta al arbitrio, sin permitir otra cosa que una obediencia ciega.

A este mismo tiempo llegaron cartas del señor marqués de Leganés con correos que se alcanzaron unos á otros, refiriendo cuanto se avanzaban los enemigos en el estado de Milan, pues habiendo atravesado por lo mejor de él se habian apoderado de la ribera del Tesin y fortificádose en ella, quitando el agua de los navilios que sirven á la ciudad de Milan para su sustento; y que era grande la confusion que habia en ella, haciendo instancia para que se enviase de aquí grueso socorro de gente porque sin él no se podria ir á buscar al enemigo, ni hacer mas que retirarse á las plazas fuertes dejándole señor de la campaña. Y considerando el conde de Monterey estos aprietos, encaminó luego por tierra mil caballos muy bien montados y armados, al cargo del maestre de campo Juan Tomás Blanco, é hizo que partiesen las 23 galeras de España, Nápoles y Sicilia, con dos tercios de napolitanos y un regimiento de alemanes de los del maestre de campo Aquiles Minutolo, que se hallaba en Lombardía, en quien se proveyó el de los alemanes Tiberio Brancacho y D. Miguel Pinatelo, caballeros napolitanos de valor y experimentados en la guerra; y en las polacas y tartanas fueron cuatro compañías de caballos escogidos, entre las demás que estaban levantadas á cargo del capitan Juan de Vega, soldado de muchos años y muy plático en el ejercicio de la caballería.

Entretanto que este socorro navegaba á Génova á cargo del señor D. Melchor de Borja, general

de la armada de Nápoles, le siguió la armada de 40 bajeles con todas las prevenciones que están dichas y con los tercios de los maestres de campo D. Juan Bautista Ursino, Pompeo de Genaro, Gerónimo Tutavila y Roman Garzoni, y cuatro compañías de infantería española todo á cargo del almirante Don Martin Cárlos de Mercos, y con órden de encaminarse derechamente á Baya de Saona: llegaron á Génova las galeras y polacas habiendo tenido próspero tiempo en la navegacion; hallaron prevenidas las tapas; marchó este socorro de infantería y caballería al estado de Milan y con su arribo pudo el señor marqués de Leganés juntar un grueso del ejército, é ir á buscar al enemigo y seguirle hasta que le obligó á salir del estado, logrando enteramente las esperanzas que pudo tener de esto desde el combate que en 22 de junio se le hizo dentro de sus mismas fortificaciones en el puesto de Tornavento, en que anduvieron tan bizarros los españoles del tercio de Nápoles, que sirven en Lombardía, siendo su maestre de campo D. Antonio Arias Sotelo, que salió herido, y muertos los mas capitanes de su tercio, y los de napolitanos de los maestres de campo Lucio Bocapianola y Cárlos la Gata, y la caballería del mismo reino quedando muerto Gerardo Gambacorta, que la gobernaba. Iban tambien el maestre de campo Juan Tomás Blanco, que habia conducido mil caballos, y el teniente general D. Alvaro de Quiñones; porque el llegar este socorro en tan buena ocasion y el ver los franceses que de los bajeles se

podia reforzar con otra tanta gente desde Baya de Saona, les obligó á mudar de intento, dejando los puestos que tenian ocupados y retirándose muy deshechos al Piamonte y Monferrato; y el mismo efecto obraron los socorros de Nápoles el año pasado, haciendo levantar el sitio de Valencia del Pó, con que en dos años continuados debe el estado de Milan su seguridad á los socorros que con tanta providencia y tan á tiempo ha enviado el señor conde de Monterey, como lo conocen y publican cuantos están atentos á las cosas del mundo.

Llegó á Baya de Saona la escuadra de bajeles en tiempo que no se sabia que se hubiese movido la que los franceses aprestaban en Provenza, ni que hubiese aviso cierto de la Bretaña. El señor marqués de Leganés con esto pidió que se le enviase la gente, y que de los bajeles podrian quedar algunos en Génova con poca guarnicion, otros ir á España para traer á Italia la gente de las nuevas levas que S. M. hubiese para ella, y los demás volvieran á Nápoles á embarcar nueva gente y nuevos bastimentos. Opúsose á esto el señor conde de Monterey, representando las razones que habia para no desguarnecer la armada de bajeles que era de tal cualidad que hacia sombra en los mares de Italia, y que impediria que franceses no saliesen con la de Provenza, y que si venia la de Bretaña y se juntaba, viniendo tambien de la armada Real el número de bajeles que S. M. habia mandado juntándose con los de Nápoles, hubieran podido pelear con ella en cualquiera parte

donde la encontráran. Entretanto que esto pasaba vinieron órdenes de S. M. para que de la gente de los bajeles de Nápoles se guarneciesen bien las galeras del mismo reino y las del señor duque de Tursis, y pues con esto quedarian flacos los bajeles, no convenia que peleasen con la armada de Francia, sino es juntándose con los que habian de venir de España, convenia que se retirasen adonde estuviesen seguros y sin riesgo. Ejecutóse esta órden; dieron la gente á las galeras, y la mayor parte de los bastimentos, y alguna cuantidad de pólvora á las islas de Santa Catalina y San Honorato, y quedándose con una moderada guarnicion, resolvieron los señores duque de Tursis y D. Melchor de Borja que volviesen á Nápoles (las galeras) mayormente que ya entónces habia llegado á la Provenza la armada, que franceses previnieron en Bretaña en número de 66 bajeles, que juntos con los que allí hallaron se tuvieron en Italia por fuerzas formidables y que pusieron cuidado en toda ella, con que en buena ocasion fué el retirarse los bajeles de Nápoles, pues solos no hubieran podido obrar.

No se descuidó en este tiempo el señor conde de Monterey de hacer instancia con el señor Gran Duque de Toscana para que enviase sus galeras á unirse con las de S. M. que se habian de juntar en la ribera de Génova para oponerse á los designios de la armada de Francia, pues faltaban de Italia las galeras de la escuadra de España y las de la de Sicilia, que habian ido para coger gente de la de

este Príncipe; con ellas y las de Nápoles y Génova venian á ser 30, número considerable para embarazar mucho á la armada enemiga y en particular á los embarcos; y obtuvo del señor Príncipe lo que pidió, enviando sus galeras al efecto referido, quedando el señor D. Melchor de Borja con las galeras de su escuadra de Nápoles con parte de las de Génova y todas las del señor Gran Duque, corriendo aquellos mares, y observando con grande vigilancia los movimientos de la armada francesa para oponerse á ellos. Vinieron despues las galeras de España y las de Sicilia; y con todo eso no se han retirado las del Gran Duque, ni dejado de hacer lo mismo que han hecho las de S. M.: se ha servido y alcanzado de la confidencia estrecha que el señor conde de Monterey pasa con este Príncipe, de que no solo ha conseguido las galeras, sino la permision de levantar en su estado 4,000 hombres y un socorro de 10,000 bocas de fuego y de una cuantidad de pólvora; y quedan introducidas algunas negociaciones que serán de grande conveniencia al servicio de S. M. si llegan á ejecutarse.

Desde luego que partió en las galeras el socorro para Milan y la demás gente en la armada de bajeles, fué encaminando el señor conde de Monterey nuevas levas, previniendo que habia de ser menester; y por ser grandes las dificultades con que se hacen en el reino por la grande abundancia, comodidades y delicias que gozan sus naturales, disponiende en él lo que en esta materia pareció posible,

proveyó dineros para que en el estado del señor Gran Duque de Toscana y en otras partes se fuese haciendo gente, y á los barones y tierras del reino escribió cartas pidiendo generalmente algunos soldados, superando con estas diligencias las invencibles dificultades de hacer gente, de manera que por medio de ellas cuando volvió la armada de bajeles se hallaban ya juntos mas de tres mil hombres. Llegó la dicha armada á este reino sin perder un instante de tiempo, se volvió á rehacer de bastimentos y municiones y se dispuso la embarcacion para la nueva gente que se hallaba levantada, que con la que en los bajeles habia quedado de guarnicion llegaba toda á 4,000 hombres, manteniéndose en disposicion de hacerse á la vela á unirse con los bajeles que habian de venir de España, al mismo tiempo que se tuviese aviso de su arribo á los mares de Italia.

A este mismo tiempo llegaban avisos de diferentes partes que la armada de Francia saldria de la Provenza, encaminándose á este reino y derechamente á la ciudad de Nápoles, esforzándose esto grandemente de parte de los pocos afectos de S. M. y volviendo á publicar que venia á cosa hecha, y que todos los interesados en su venida se declararian en viéndola; y corrió esto tan asentadamente y con tanta fuerza que llegó hasta los Reales oidos de S. M. y á noticia del Excmo. señor Conde-duque con ponderacion tan grande, que causó algun cuidado, como lo manifestaron las Reales cartas que despues fué recibiendo el señor conde de Monterey, que sin

perder punto de tiempo, disponia y encaminaba cuanto podia ser provechoso para la defensa. Juntó el Consejo Colateral; propuso lo poderoso de la armada francesa y sus intentos, conforme los avisos que se tenian, los peligros del reino, la necesidad forzosa de acudir al reparo y defensa de todo. Pareció que los bajeles no desabrigasen el puerto de Nápoles, pues en cualquier caso que sucediese podrian ser de servicio en él, y que particularmente se mantuviesen en la parte de la marina del puente de la Magdalena, que segun algunos avisos era el puerto adonde habian de venir á desembarcar los franceses, por no recibir ofensa en aquella parte de la artillería de los castillos. Que hiciesen venir de las compañías del batallon hasta 8,000 hombres de las provincias, que no tienen marinas, porque no faltasen á la defensa de ellas, para que juntos con la gente de leva se hiciese un cuerpo con que acudir donde fuese menester, y de esta gente se formaron tercios á los maestres de campo Juan Bautista de Azia y Mario Landulfo, soldados de muchos servicios y buena opinion. Que tambien se diese órden para que todos los españoles que hubiese en la ciudad de Nápoles, se alistasen, como se hizo, formando de ellos cinco compañías. Que en las murallas de la ciudad se repartiesen algunas piezas de artillería que la misma ciudad tiene, y particularmente en los baluartes que miran á la marina. Que en los puestos donde parecia que la armada de Francia podia arribar que se hiciesen los reparos y prevenciones que el tiempo die-

se lugar; y así se enviaron á Gaeta nuevas municiones de guerra, y se hizo introducir en ella el grano que se hallaba en los lugares abiertos convecinos, dando órdenes á D. Estéban Albornoz, capitan á guerra de aquella ciudad, que estuviese con suma vigilancia y cuidado.

Y porque se consideró que por aquella parte podia desembarcar gente, sin que la fuerza de Gaeta lo impidiese (si bien dando fondo sin puerto, es cosa de conocido riesgo), y lo mismo se temia hiciese en el estado de la Iglesia, y para el uno y el otro caso habria de pasar el rio Garellano, se hicieron á una y otra ribera dos fuertes para impedirlo, poniendo en ellos cuatro piezas de artillería y gente bastante para defenderlos; y á esto acudió D. Antonio Basil, duque de Marianela, caballero de muy buenas partes, y que acude al servicio de S. M. con grande desvelo y deseo de merecer mucho en él, como se vió en ocasion del sitio de Valencia, donde la gente de su tercio fué la que entró el primer socorro que se introdujo por la otra parte del Pó. Que se continuase en la fortificacion de la ciudad de Capua, y así se ordenó que se cerrase toda con tierra y fagina donde faltase la muralla, y que se hiciesen algunas fortificaciones por la parte de fuera, para su mayor defensa; y se hizo introducir dentro de ella todo el grano de los lugares convecinos, porque no faltase esta provision á la gente que hubiese de asistir en ella; y se enviaron 16 piezas de artillería para poner en la muralla con mu-

chas municiones de guerra, y la ejecucion de todo esto se encargó al sargento mayor Andrés Gomez Guijarro, soldado de grandes servicios y de grande puntualidad. Acordóse tambien que el castillo de Baya que guarda el puerto de su nombre, se reforzase de artillería y municiones, y que se hiciese entrada encubierta que no la tenia, y que se allanase una montaña de tierra y piedras que le impedia el descubrir la campaña, y todo se ejecutó con brevedad increible.

En la ciudad de Puzol que está dos millas distante de Baya se pusieron 600 infantes y dos compañías de caballos para correr aquellas marinas y socorrer el castillo de Baya, si fuese menester, encomendando esto al maestre de campo Scipion Capecelatro, soldado de experiencia y valor. Que en el islote de Nisita, que dista tres millas de Nápoles, por poderse abrigar en él algunos bajeles y ser paraje acomodado para echar gente en tierra, se hiciesen algunos fuertecillos capaces de dos piezas de artillería, cada uno guarnecidos con gente para impedir el dar fondo bajeles; y en Puerto Pavon, que está en el mismo islote, capaz de ocho ó diez galeras, tambien se hizo otro fuertecillo guarneciéndole con cincuenta soldados para que se pudiese impedir el dar fondo allí. Castelamar, ciudad puesta en el golfo de Nápoles, y distante diez y ocho millas de ella, no tiene puerto; pero desde allí á la torre de la Anunciada, que son cuatro millas, hace la marina una foxa donde podrian tener bajeles

algun reparo y comodidad grande para echar gente en tierra; consideróse que para impedirlo era conveniente que en la distancia de Castelamar á la torre de la Anunciada se hiciese una trinchea continuada lo mas cerca de la mar que permitiese el terreno, y en el discurso de ella cuatro fuertes de campaña en que poner artillería para tener los bajeles lejos é impedirles el desembarco, y así se ejecutó poniendo en los fuertes doce piezas de artillería, y enviando la gente bastante para la defensa de aquellas fortificaciones, encargándolas al maestre de campo Francisco Gambacorta, soldado de valor y de todas buenas partes.

Despacháronse correos á los gobernadores de los presidios de Toscana, ordenándoles que estuviesen con grande vigilancia y cuidado, y al señor Gran Duque se hizo recuerdo de los socorros que ofreció darles en caso de necesidad, y de nuevo confirmó que los daria con toda puntualidad. A Rijoles y á la Fosa de San Juan, que es la parte donde la armada del enemigo podria tener designio por la comodidad del puerto y agua, é impedir desde allí los bajeles que vienen á la ciudad de Nápoles con las provisiones de grano y otras que se cargan en los puertos del mar Adriático, se envió al maestre de campo D. Camilo de gli Monti, del Consejo Colateral, soldado de mucha experiencia, con órden de juntar todos los batallones de á pié y á caballo de las provincias de Calabria Citra y Ultra, y cuatro compañías de corazas del reino que estaban en ellas;

y que previniese todo lo que pudiese ser menester para la defensa de aquellos puestos. Avisáronse todas las costas para que estuviesen prevenidas, y tambien á los castilleros de los castillos para que todos viviesen con vigilancia y cuidado; y lo mismo se previno en los tres castillos de Nápoles. Dióse órden para que se armase toda la caballería del reino, y que mejorasen los caballos, que no eran buenos, porque estuviesen en disposicion de servir; y hallándose en Nápoles el señor Príncipe de Butera, que con gran fineza ofreció su persona al señor Virey y levantar dos compañías de caballos á su costa, como lo hizo en breves dias, le encargó S. E. que sirviese el cargo de general de esta caballería, durante las ocasiones presentes, y con muy pronta voluntad se dispuso á ello, sirviendo con suma fineza en todo cuanto se ha ofrecido.

El gobierno de la caballería extraordinaria, que serian mil caballos, le encargó S. E. al marqués de Terrazona, conde de Ayala, su hijo, sabiendo bien cuan puntualmente cumpliria con las obligaciones de su nacimiento en las ocasiones que hubiese y con la práctica que tenia de la guerra, hallándose maestre de campo de un tercio de españoles de Nápoles sobre Casal debajo de la mano del señor D. Gonzalo de Córdoba, y gobernando ántes la infantería española del tercio de Nápoles en diversas embarcaciones. El señor duque de Medina de las Torres ofreció su persona y cuanto tiene para servicio de S. M., manifestando repetidas veces la prontitud

de su ánimo, y que serviria en lo que el señor Virey le encargase; y S. E. le ofreció que lo haria en lo que eligiese.

Para reconocer los puestos referidos y para la ejecucion de tantas prevenciones se valia el señor Virey de la persona del señor Príncipe de Asculi, que sirve el cargo de maestre de campo general, siendo tambien el maestre de campo de la infantería española, y en su asistencia al trabajo y en el cuidado y diligencia con que ha acudido al servicio de S. M., manifiesta bien cuan presentes tiene sus obligaciones y las heredades de tan ilustres y grandes capitanes, y para que tuviese personas de quien valerse y á quien encomendar tantas cosas como traen consigo semejantes accidentes, nombró S. E. por sus tenientes, demás del sargento mayor D. Pedro Campuzano, (soldado de buena opinion é inteligente en el arte militar, que lo era solo) á los sargentos mayores Gaspar de Sultas y D. Cárlos de Azia, y á los capitanes Diego de Urrutia, Don Alonso Aguirre, D. Juan de Mogrovejo y D. Antonio de Villalta, todos soldados de muy buenas partes, para que sirviesen durante estas ocasiones. Hizo llamar S. E. á los electos de la fidelísima ciudad de Nápoles representándoles viva y eficazmente la imminencia del riesgo que la amenazaba y el peligro que podia tener de que faltasen mantenimientos si la armada de Francia se dejase ver en estos mares y se atravesase en los pasos por donde viene ordinariamente su sustento; y que así con-

venia hacer asientos para que las provisiones de trigo no solo viniesen por mar, pero por tierra, con que se asegurase abundantemente el sustento de la ciudad como luego se ejecutó. Llamó tambien á todos los barones que habia en Nápoles, á los cuales hizo memoria de los daños que en otros tiempos habian experimentado de los franceses, y lo que convenia que sus intentos hallasen oposicion: díjoles S. E. mucho de la seguridad grande que tenia de todos por lo que continuamente habia experimentado, y que así se prometia toda asistencia; y que conoceria el mundo lo que S. M. tenia en tan nobles y leales vasallos: pidióseles que se armasen y juntasen el mayor número de gentes que cada uno pudiese para acudir con S. E. á la parte donde llamase la necesidad: acompañó el discurso con razones de tanta antoridad y amor que todos los oyeron con ternura, mostrando en los semblantes la fidelidad á S. M. y en los aplausos la estimacion y amor á S. E.; y todos ofrecieron sus vidas, sus haciendas, y cuanto tienen por su Rey y Señor, y por la defensa de su corona; y algunos prometieron levantar compañías de caballos á su costa, saliendo de su presencia todos obligados y de nuevo aficionados á S. E., y es cierto que no se ha visto en el reino accion tan grande manifestando toda la nobleza, tan ilustre, la singularidad de sus finezas y de su fidelísima obediencia.

Tambien llamó S. E. luego al electo del fidelísimo pueblo y á las personas que lo representan;

hízoles otro parlamiento. Significóles la estimacion que S. M. tenia de la fidelidad con que siempre le habian servido, y en especial en tiempo de S. E., que tambien se reconocia obligado. Díjoles que eran grandes los riesgos que se podrian experimentar si la armada de Francia llegase á estos puertos; y que la defensa mas segura y cierta consistia en que se alistase luego un grueso número de gente de la ciudad para acudir debajo del gobierno de los capitanes de sus estradas adonde fuese menester; y fué con tanta ponderacion lo que les dijo, que salieron sumamente satisfechos y obligados; y manifestóse bien en el efecto, pues en menos de ocho dias estuvieron alistados mas de 30,000 hombres, de los cuales se armaron por entónces doce mil, los cuales guiándolos D. Juan Dávalos, Príncipe de Montesarcho, del Consejo Colateral, y caballero en quien concurren todas las circunstancias de este nombre, salieron á dar muestra tan bien armados y tan lucidos y manejando tan bien las armas que no se diferenciaron de soldados viejos.

Hallóse presente el señor conde de Monterey á esta accion, que duró mas de seis horas, celebrando con admiracion lo bien que disparaban. Fué peregrino este dia y de todas maneras grande, extraordinario y sin ejemplo, no solo por el numeroso concurso que acudió á verlo, sino por la quietud con que se hizo, pues viéndose armados doce mil hombres del pueblo no sucedió ningun rumor ni desgracia, aunque marcharon hasta mas de cuatro horas

de noche; y al mismo tiempo mostró el pueblo lo que podia y lo que amaba al señor Virey, y cuan gustosos estaban de su gobierno y satisfechos de la justicia en que los habia mantenido la singularidad de esta prevencion y el cuidado en disponer las demás que quedan referidas se publicaron por toda Italia, causando admiracion á cuantos las oian; y débese creer constantemente que obligaron á que no ejecutase su intento la armada de Francia, pues en cualquiera parte de la ciudad de Nápoles ó del reino hubiese hallado oposicion y defensa, y habiéndose detenido por esta causa no ha podido en cuatro meses que ha que está junta en los mares de Italia, lograr el menor intento; y habiendo consumido inútilmente en este tiempo tanta gente y tantos aprestos, se halla hoy su estado tal que no hay que tener cuidado de sus fuerzas.

El que S. E. ha tenido en enviar bastimentos para las galeras de Nápoles, y la infantería que está de guarnicion en ellas, y tambien para lo que está en las galeras de España fuera de su guarnicion ordinaria, ha sido grandísimo; y parece imposible que á un mismo tiempo se haya podido acudir así á esto como al sustento de la armada de bajeles, que siempre se ha mantenido gruesa y en disposicion de hacerse á la vela, y á la provision de las islas de Santa Margarita y San Honorato, pues con las municiones y dineros que se han enviado para ellos están proveidas por todo el mes de febrero del año que viene. No eran solo los cuidados que S. E. tenia de

los avisos de la armada de Francia, porque tambien se continuaron por muchas vias, que al mismo tiempo que ella viniese á este reino, tomaria la misma derrota la del turco que en número de 46 galeras se hallaba en Negroponte, de manera que por todas partes se hallaba amenazado. En descaeciendo las sospechas, despachó S. E. al señor marqués de Villafranca, que con las galeras de España y las escuadras de Italia y las del Gran Duque de Toscana se hallaba en la ribera de Génova observando los andamientos de la armada francesa, diciéndole que por excusar dilacion en juntarse los bajeles de Nápoles con los que se aguardaban de España, los enviaria bien proveidos de municiones y llenos de infantería á uno de los puertos de la Toscana, donde estarian asegurados de la artillería de los fuertes; y en llegando á Italia los bajeles de España se podrian juntar brevemente y obrar lo que S. M. hubiese resuelto; y que en conformidad de sus Reales órdenes enviaria en los bajeles un tren de artillería de doce piezas: y á esto respondió el señor marqués que no tenia por conveniente que los bajeles saliesen de Nápoles sin haber llegado primero los de España, y de este parecer fué tambien el señor marqués de Leganés, con que se detuvieron; pero siempre en disposicion de hacerse á la vela.

Ultimamente habiendo escrito el señor marqués de Villafranca, que por lo que las escuadras de galeras padecian, resolvia de pasar á España con la suya, y que las demás se fuesen á sus

puertos, dejando con las de Génova el número de diez y seis para acudir á lo que se ofrecise, y siendo esto en tiempo que la armada de Francia no estaba desunida, ántes bien se hallaba en el puerto de Villafranca, y las galeras y muchas tartanas habian ido á embarcar gente á la Provenza, le respondió el señor conde de Monterey que no le parecia conveniente desamparar los mares de Italia, entretanto que los franceses no retirasen su armada, pues era dejarles señores de la mar para ejecutar sin contradiccion cuanto quisiesen: y con esta ocasion le volvió á ofrecer que le enviaria la armada de bajeles que seria de número de treinta, todos gruesos, y en ellos cerca de 4,000 infantes, y que juntas con estas fuerzas las diez y seis galeras que resolvia de dejar se podria hacer oposicion á los franceses: y no habiéndose ajustado á esta resolucion, y pudiendo tener por cierto que por este invierno no hayan de pasar á Italia los bajeles del mar Océano, ha despedido S. E. los bajeles de flete que servian en la armada por excusar el gasto que hacian, dejando los seis de S. M. y cinco del gobernador Nicolás de Masibradi, que sirven juntos con ellos y dispuestos los dueños de bajeles que para marzo proveerán todos los que fueren menester por habérseles dado entera satisfaccion del tiempo que han servido. Al mismo tiempo ha reformado S. E. generalmente todos los oficios que se proveyeron por las ocasiones referidas y de toda la gente formado dos tercios y las compañías de caballos, reduciéndolas á once con ochen-

ta soldados cada una, excusando con eso la costa á la hacienda de S. M. y el daño de las tierras por causa de los alojamientos.

Sobre todo lo referido y que para la ejecucion de ello han sido menester muy gruesas sumas de dinero, ha proveido S. E. para solo el estado de Milan en este año un millon de ducados, suma tan relevante que quien considerare la cualidad de este socorro sobre los demás que se han hecho, reconocerá cuanto se debe al desvelo del señor conde de Monterey y al cuidado que ha puesto en el cumplimiento de la obligacion de ministro tan grande de S. M., procurando adelantar su Real servicio; y no solo lo ha hecho mostrándose tan próvido y atento en la disposicion de los socorros referidos, pero en otras negociaciones que han corrido por su mano, y en procurar mantener bien afectos al servicio de S. M. los Príncipes que en Italia se han conservado sin llegar á declaraciones contrarias; y en particular al señor Gran Duque de Toscana, de que se han experimentado las demostraciones que se han dicho; y en la misma atencion ha mantenido toda buena correspondencia con la república de Venecia, dándole entera satisfaccion en los intereses suyos ó de sus súbditos que se han ofrecido en el reino, y con no menos cuidado dispuso lo que pretendia el Rey de Polonia, con que se aseguró la voluntad de aquel Príncipe en la buena correspondencia con S. M. y con el señor Emperador, apartándose de las pláticas que podian turbar la union y confor-

midad con que se habia corrido en otros tiempos.

Las asistencias á tan grandes negocios y á tan continuos socorros no han apartado de S. E. la obligacion primera en las cosas del gobiérno mirando mucho por las de la justicia y ugualidad (igualdad) della, y en la provision y abundancia de la fidelísima ciudad de Nápoles, y en el aumento del Real patrimonio de S. M. y buena administracion de los efectos dél, acudiendo con singular vigilancia á tantos pesos y cargas como han sobrevenido en el tiempo de su gobierno, reduciéndose los socorros que en él ha hecho de infantería y caballería, y dinero á diferentes partes del reino, á número de 48,030 infantes, 5,500 caballos, tres millones y medio de ducados, aumentando las galeras de la escuadra, llegándolas á diez y seis, y acabando doce buques nuevos, fabricando una escuadra de bajeles de porte de tres mil toneladas, armándolos de muy buena marinería y artillería. Hánse fundido doscientas ocho piezas de artillería de bronce: hánse proveido mas de setenta mil arcabuces y mosquetes y picas, sin las pistolas, arcabuces, y corazas para la caballería. Las armadas que se han despachado salieron llenas de municiones de guerra y de todo género de instrumentos de gastadores, con grande abundancia. Esto es por mayor lo sustancial de las asistencias: otras de menor consideracion, la prevencion en fortificar plazas y diferentes disposiciones, ejecutadas por el mayor servicio de S. M. y seguridad del reino, van dichas en su lugar con

que se excusa el repetirlo de nuevo aquí: y con ser tanto lo que por el señor Virey se ha obrado en el tiempo referido, es igual cuidado con que S. E. procura hallar nuevos medios con que hacer gruesas sumas de dinero para las asistencias con que S. M. le ha encargado en el año 1637, y juntar infantería y caballería, número grande de bajeles, componer las galeras y prevenir grandes cuantidades de bastimentos y municiones de guerra, para que puedan ejecutarse las resoluciones que S. M. fuere servido de tomar, contra los perturbadores de la paz y tranquilidad pública.

NOTAS.

(1) Sobre el origen y genealogía de los condes de Monterey puede verse el *Nobiliario de Haro*, tomo I, cap. XXIII. Esta familia produjo sugetos ilustres. Don Manuel que fué el Virey de Nápoles, siendo cuñado y primo del conde-duque de Olivares, árbitro de la monarquía, logró no pequeños cargos en la corte, y que Felipe IV al principio de su reinado lo elevase á la dignidad de Grande á pretexto de premiar en él las virtudes y servicios del conde de Fuentes, cuya casa habia heredado.

(2) La extension que ha dado el autor al artículo del conde de Monterey nos excusa dilatarnos en esta nota acerca de los hechos de su gobernacion de Nápoles; y solo advertimos que aunque escrito como todos los demás en estilo torpe y poco castizo, es exacto cuanto dice. Su

relacion confronta enteramente con la de Giannone que tal vez no es tan extenso: esta conformidad nos hace sospechar, ó que Giannone poseyó algun ejemplar de nuestro autor, ó que ambos bebieron en las mismas fuentes: á pesar de que Raneo en todo lo que concierne al gobierno del conde escribió lo que vió por sus ojos.

ADICION.

El conde de Monterey es el último Virey del catálogo que dejó escrito nuestro autor: acaso no conoceria mas, porque le sobrecogeria la muerte: darémos, pues, para completar sus artículos una breve noticia de los que le sucedieron hasta fines del siglo XVII, es decir, hasta el fenecimiento de la dinastía austriaca.

XXIX.

El duque de Medina de las Torres sucedió al conde de Monterey en 12 de noviembre de 1636. Mercurio Siri, en sus *Anécdotas del ministerio del conde-duque de Olivares*, expresa las razones porque el de Medina era protegido del privado. En su empeño de favorecer en él una línea postergada de los Guzmanes, despues que el duque quedó viudo de su hija y sin sucesion le proporcionó

en Nápoles una de las bodas mas ventajosas de Europa, que fué la de la Princesa de Stigliano, la cual cedió con la perspectiva de ser Vireina de Nápoles. Bajo este supuesto partió el duque de España; pero despues de efectuado su matrimonio, dispuso el conde-duque que Monterey continuase en el mando á causa de lo difícil de las circunstancias. Sintió el de Medina el chasco; y conociendo su impaciencia su protector, al cabo de algunos meses le envió las órdenes necesarias para que tomase posesion del cargo deseado. El gobierno del duque de Medina no fué menos oneroso que el de su antecesor, no habiendo variado los motivos. A las plagas de los impuestos se agregaron las de las erupciones del Vesubio y las de los terremotos que el año 1638 fueron terribles. Un fanático aterró los pueblos anunciando el fin del mundo, y estuvo próxima á estallar una conspiracion á favor de los franceses, que descubierta, costó la vida á un título de Nápoles que murió ajusticiado, sin que por eso escarmentáran los franceses que enviaron una flota, aunque sin efecto. La sublevacion de Cataluña y el desmembramiento de Portugal de la corona de Castilla aumentaron los sacrificios de Nápoles, cuyo gobierno, privado de fuerzas y de medios de represion, no podia evitar que los bandidos infestasen las provincias. No dejó sin embargo el duque de Medina de las Torres de hacer frente á tantas dificultades, y y aun le quedó tiempo para ilustrar á Nápoles con magníficos monumentos; perpetuo testimonio de su amor á las artes. La caida del conde-duque le obligó con sentimiento á admitir por sucesor al almirante de Castilla, cuando, concluidos los dos trienios de vireinato, se disponia á pedir próroga.

XXX.

D. Juan Alfonso Enriquez, almirante de Castilla, llegó á Nápoles desde el vireinato de Sicilia el 6 de mayo de 1644. D. Luis de Haro, sucesor del conde-duque en la privanza de Felipe IV, le dió este mando, por convenirle tenerlo contento y lejos. Halló el reino en deplorable estado; pero su prudencia y vigilancia suplieron á las necesidades que se presentaron. Concluyóse por la demolicion de Castro la guerra encendida en Italia; y no bien salido de este afan, 64 galeras turcas aparecieron á la vista de Otranto, á instigacion segun se cree de la Francia: los ministros de Madrid exigian nuevos donativos para la guerra de Cataluña; y no quedando otro recurso para pagarlos que imponer una nueva contribucion sobre inquilinatos (todos los otros ramos estaban cargados), al ir á plantearla se alborotó el populacho y comenzó á reunirse en grupos. El Virey que conocia lo muy vejado que estaba el pueblo, suspendió la ejecucion. Los ministros de España desaprobaron su moderada conducta; mas el almirante, que conocia mejor que ellos el estado del reino, por no tener que abrumarlo mas, escribió al Rey pidiéndole aceptase su dimision, y diciéndole no queria apretar de tal modo un cristal tan precioso como era el reino de Nápoles, que viniese á quebrarse sobre sus manos. No le fué admitida por el pronto; pero en Madrid quedó en opinion de ser un hombre tímido é incapaz de gobernar un convento de frailes. Insistiendo en ser exonerado ántes que esquilmar el reino, nombrósele por sucesor al duque de Arcos, y diósele el encargo de pasar á Roma á dar la

obediencia al nuevo Pontífice elegido por la muerte de Urbano VIII. En dos años que el almirante gobernó el reino dejó, dice Giannone, notables recuerdos de su paternal administracion.

Desempeñada su comision en Roma, recorrió la Italia en clase de viajero por diversion y esparcimiento. Volvió despues á España á desempeñar su cargo de mayordomo mayor; empleo que se conciliaba mejor con su genio pacífico, y del que no gozó mucho tiempo, pues acometido de un terrible ataque á la orina murió el 6 de febrero de 1647.

XXXI.

Luego que **D. Rodrigo Ponce de Leon**, duque de Arcos, conoció el gobierno que le habia tocado en suerte, se quejó con razon de que habia ido á pagar la pena de los desaciertos cometidos en tiempo de sus antecesores. Tomó posesion en 1646, y tras de las guerras de los Paises-Bajos, Milanesado, Alemania y Cataluña, que arruinaban la España y agotaban á Nápoles en hombres y dinero, sobrevino otra que hubo de sostener el Virey casi con las fuerzas solas de este estado, para conservar las plazas llamadas *Gli presidii*, acometidas por las fuerzas francesas. La adversidad persiguió á los ejércitos de mar y tierra españoles en el año de 1647: y el descontento que era general en los pueblos, se aumentó con la desgracia de la muerte del Príncipe Baltasar Cárlos, que privaba de sucesor á la monarquía. Sus provincias distantes maquinaban sediciones. Los movimientos comenzaron en Sicilia, pero los sublevados á quienes faltaba un jefe, luego ce-

dieron á pesar de las escasas fuerzas del gobierno. En Nápoles fueron los alborotos mas formales. El duque para atender á sus forzosas expediciones, obtuvo un impuesto sobre las frutas; impuesto por todos títulos oneroso, que tumultuó al pueblo, quien hizo su jefe á un jóven de la plebe llamado Masaniello. El Virey aturdido, huyó á refugiarse á Castel del Ovo; capituló con los insurrectos y suprimió el impuesto. Su debilidad dió nuevo impulso á los desórdenes. Varias obras se han escrito sobre esta insurreccion: una de las mas formales es la que compuso en lengua española con el título de *Tumultos de la ciudad y reino de Nápoles en el año* 1647 Don Juan Antonio de Tarsia, el mismo que escribió la vida de D. Francisco de Quevedo y Villegas, que hasta el presente ha acompañado sus obras póstumas. De la de los *Tumultos* poseemos un ejemplar de la edicion hecha en Leon de Francia á costa de Claudio Burgea año 1670 en 4.° La corte de España envió á Nápoles á D. Juan de Austria con una escuadra. El duque de Arcos sacrificó su destino á la paz: el mismo reunió el Consejo Colateral para que le exonerase del mando; y aunque algunos de sus individuos opinaban que no tenian derecho de hacerlo, sosteniendo que solo al Rey incumbia crear y revocar á los gobernadores supremos del reino, la mayoría pensó que convenia absolutamente al servicio del Rey y del Estado que el duque partiese y dejase el gobierno en otras manos; en cuya consecuencia envió este su esposa é hijos á Gaeta, y él mismo dejó á Nápoles el 26 de enero de 1648 á los dos años escasos de su gobierno.

XXXII.

Felipe IV tuvo por hijo natural á **D. Juan de Austria**, que si hubiese nacido para Rey bien podia Cárlos II haber vejetado en un pupilaje perpetuo. Solo contaba 18 años cuando vino á Nápoles de generalísimo de la escuadra; y agradó por su presencia gallarda, huenos procederes y prudencia superior á sus años. Tomó el mando de Nápoles por la partida de Arcos; y desde luego se aplicó á extinguir la rebelion que se extendia por el reino con mas ímpetu que nunca. El pueblo dando mayores señales de su obstinacion, creó vocales de los tribunales superiores, y de continuo se batia con las tropas españolas. En este deplorable estado el duque de Guisa, Príncipe francés, que despues de la muerte de Masaniello se puso al frente del tumulto, quiso reasumir en sí toda la autoridad, y con su conducta ambiciosa preparó el restablecimiento del dominio del Rey Católico. El mando de D. Juan no fué largo por haber llevado á mal la corte de Madrid la resolucion tomada por el Consejo Colateral de arrogarse la facultad de deponer al duque de Arcos; y temiendo que á D. Juan no le hiciesen abusar las insinuaciones de la ambicion, envió incontinenti al conde de Oñate.

XXXIII.

D. Iñigo Velez de Guevara, conde de Oñate, que á los títulos de su casa habia unido la sucesion del fa-

moso conde de Villamediana, estaba á la sazon en la embajada de Roma. No era de aquellos Grandes á quienes habia afeminado con gran menoscabo de la monarquía una educacion muelle y apocada. Recibida la órden de partir á Nápoles, juntó grandes socorros sobre su crédito, plata y alhajas. Con ellos acaudilló tropas, y dispuso la capital á una vigorosa defensa, despues de haber explorado los cuarteles que ocupaba el de Guisa. El dia 6 de abril de 1648 volvió Nápoles á someterse á su legítimo señor. Hizo el Virey prisionero al duque de Guisa que huia; y despues de tratar sobre si le quitaria la vida, lo envió prisionero á Madrid, y el Rey despues de largo tiempo de prision le dió libertad para hacerle su amigo; pero fué poco agradecido y caballero. Temióse al pronto que el conde que era naturalmente severo se ensañase en los vencidos; mas la amnistía que dió disipó los temores. Conoció el Virey que nunca gozaria el reino de perfecta tranquilidad, si no arrojaba á los franceses de los Presidios; y aunque extenuado el reino, se atrevió á llevar á cabo esta empresa: dió despues caza á los bandidos que desolaban el Abruzo, pero cuando mas glorioso era su gobierno, mas respetado su nombre y mas conocidos sus talentos, apareció como sucesor suyo el 10 de noviembre de 1653 el conde del Castrillo. Créese que se le quitó el mando por manejos de D. Juan de Austria que no le amaba: el conde de Oñate lo sintió; pero no profirió una queja, y se retiró al convento de San Martin de padres cartujos. Fué uno de los grandes Vireyes de Nápoles, pues hizo mucho en circunstancias bien penosas. En los cortos respiros que logró durante su vireinato, se esmeró en decorar la capital, arreglar los tribunales y hacer florecer las letras.

XXXIV.

D. García de Avellaneda y Haro, conde del Castrillo, cursó en su juventud en la universidad de Salamanca, y era de un carácter dulce y humano. Durante muchos años se dedicó á empleos de magistratura, despues á los militares. Siendo Virey de Nápoles, el duque de Guisa, pagando con una infamia la libertad que Felipe IV le habia dado, tentó de nuevo con una escuadra hacerse dueño de este reino. Perdióse Castel-a-mare y Nápoles se estremeció; y si Castrillo lo estorbó no fué sin grandes esfuerzos y dispendios. Nuevas calamidades abrumaron el reino en 1656. La peste desoló provincias enteras, y la simiente que quedó de las discordias pasadas, quiso echar raices aprovechándose de esta afliccion. El Virey y las autoridades superiores tomaron sus precauciones; pero no bastaron para suspender los estragos del contagio que poblaba los hospitales y hallaba estrechos los cementerios para contener sus víctimas. Castrillo se aplicó á sostener el órden, proveer los graneros públicos, reprimir la avaricia de los artesanos y labradores, que reducidos á poco número, y ricos con los despojos de los muertos, no querian volver á sus ordinarias faenas; y no olvidó aliviar á los comunes del reino, mandando que no se exigiese de los que habian padecido la peste los derechos del fisco de 1657. Los últimos meses del gobierno de este Virey se pasaron en fiestas por el nacimiento de un Infante llamado Felipe Prospero que se malogró. Le sucedió el conde de Peñaranda.

XXXV.

El conde de Peñaranda vino desde Francfort á Nápoles el 11 de noviembre de 1658, y comenzó su gobierno bajo mejores auspicios. Restablecióse la tranquilidad del reino y descansó la Europa con la paz de los Pirineos; bien que aun para Nápoles quedó la pension de enviar socorros para la guerra de Portugal. El prepararlos y el perseguir los bandidos no dejó de dar en que entender á este Virey. Estos últimos interrumpian entre los pueblos toda comunicacion y trato. Peñaranda envió contra ellos oficiales llenos de actividad y vigor, que, cogiendo gran número de estos perdidos, ahorcaron los mas criminales; otros fueron condenados á galeras perpetuas, y los mas obtuvieron su perdon á condicion de ir á servir al Rey en la guerra de Portugal. Algunos quedaron bajo la proteccion de barones poderosos, lo que obligó al Virey á publicar pragmáticas rigurosas. Otros dos desórdenes tuvo que corregir, la multitud de duelos y los muchos robos que se hacian en las iglesias. Los napolitanos le amaban por su bondad, su afabilidad, su rectitud y extrema aversion al interés, en términos que en vez de enriquecerse en el vireinato salió de él cargado de deudas. Los defectos del conde provenian de su bondad: su extremada indulgencia relajó algun tanto la disciplina en perjuicio del respeto debido á la justicia; y la perpetracion de delitos, especialmente de asesinatos, fué muy frecuente.

XXXVI.

Siguió al dulce conde de Peñaranda **D. Pascual,** cardenal de Aragon, hombre de carácter severo; pero cuyo vigor no bastaba á reformar una ciudad llegada al estado de corrupcion que entónces corroia á Nápoles. Los bandidos robaban auxiliados y protegidos de la nobleza: los comerciantes, favorecidos de la tolerancia pública, hacian bancarotas escandalosas y fraudulentas. Cuando el cardenal se proponia reprimir á unos y otros con todas sus fuerzas llegó la nueva de la muerte de Felipe IV (1665). El cardenal elevado á la silla de Toledo, cuya dignidad le conferia el cargo de vocal de la Junta de Gobierno durante la menor edad del nuevo Rey, partió á España, donde estuvo al frente de los negocios públicos hasta 1678 en que murió.

XXXVII.

Dejó el cardenal el gobierno de Nápoles á su hermano **D. Pedro Antonio de Aragon,** que estaba de embajador en Roma, y se presentó en 3 de abril de 1666 haciendo en la capital una suntuosa entrada. El Papa por un lado y el Rey de Francia por otro se cebaron en la corona de España, titubeante en la cabeza de un menor; y las complicaciones que promovieron, obligaron á reconocer la independencia de Portugal, para hacer frente á la Francia que usurpaba el Brabante. El Virey de Nápoles mandó sa-

lir inmediatamente á todos los franceses que habia en el reino, y se apoderó de los bienes del duque de Parma y del Príncipe de Monaco, por ser partidarios de los franceses. Aumentó las guarniciones de Toscana con soldados españoles é italianos, é hizo venir un regimiento de alemanes. Firmóse en fin en Aquisgran la paz entre España y Francia, con graves pérdidas de la primera; paz de que se alegró la cristiandad que deseaba se uniesen las armas de los Reyes contra el Turco que sitiaba á Candía; mas sus tardíos socorros no evitaron que la isla cayera en manos de los enemigos del nombre cristiano. Esta conquista aumentaba el peligro de las costas de Nápoles y obligaba á redoblar la vigilancia.

Por este tiempo hubo alteraciones serias en Cerdeña y fué menester que el Virey de Nápoles enviase tropas. Los bandidos prosiguieron sus atentados; y en el Abruzzo llegaron á fortificarse en varios puntos y á exigir tributos de los pueblos. D. Pedro de Aragon valióse de varios medios contra ellos; pero todos fueron de poco efecto. La Reina Gobernadora mandó al Virey de Nápoles á rendir la obediencia al nuevo papa Clemente IX, disponiendo quedase en su lugar en Nápoles el marqués de Villafranca D. Fadrique de Toledo. Al mes concluyó D, Pedro de Aragon su cometido, y volvió á ejercer su cargo. Deslustró sus buenas cualidades como Virey una sordida avaricia, en términos que iba á la Vicaría y conmutaba á los presos sus penas corporales en crecidas multas, con que hizo, segun los cómputos del público, mas de 320,000 ducados.

Fué uno de los Vireyes que mas engrandecieron á Nápoles con magníficos monumentos, mas al mismo tiempo quéjanse los napolitanos de que les arrebató muchas preciosidades, como los restos que habian quedado del

cadáver del Rey D. Alonso V, que hizo transportar á España, é igualmente muchas excelentes pinturas, que quiso viniesen á enriquecer los museos de Madrid. Segun el testimonio de un escritor francés contemporáneo, supo conservar y emplear mejor, que lo hacian entónces generalmente los españoles, las grandes riquezas que habia traido de su vireinato. Aunque con mas de 70 años, enfermo y sin hijos de dos matrimonios anteriores, tentó un tercer enlace, y demandó á Roma dispensa para casarse con una hija del duque de Medinaceli, su sobrina jóven de diez y siete años escasos; y si bien al embajador marqués de Liche se le opusieron mil dificultades, y por último se la negaron definitivamente, se le expidió gratis al nuncio de Madrid con todas las muestras de afecto y de buena voluntad posibles hácia D. Pedro. Todavía pudo disfrutar algunos años de su nuevo estado, y de las caricias de su jóven esposa. El año 1681, casi octogenario, era uno de los individuos del Consejo de Estado, é influia en los negocios de la corte. Fué igualmente que el cardenal de Aragon hermano del duque de Cardona. En su juventud tuvo el mando de la caballería española; y cautivado en el socorro de Perpiñan permaneció algunos años prisionero en Francia: á su vuelta fué ayo del Príncipe D. Baltasar Cárlos, por la muerte del cual vivió retirado de la corte hasta que se le confirió la embajada de Roma.

XXXVIII.

D. Fadrique de Toledo Osorio, marqués de Villafranca, tomó posesion de Virey interino el 3 de enero de 1671 con intervencion de los electos de la ciudad. Propúsose por modelo de su conducta á su ilustre abuelo el gran D. Pedro de Toledo, y comenzó á darse á conocer por su severidad y aplicacion infatigable: conducta que formaba gran contraste con el abandono en materias de policía del Virey propietario que dió lugar á que se cometiesen los crímenes mas enormes de incestos, peculados, hurtos, asesinatos, duelos. El marqués hubiera cortado de raiz estos males; mas D. Pedro Antonio de Aragon se dió prisa en volver, y tomó las riendas del gobierno, mal contento de rigores que parecian una censura de su criminal lenidad.

Pocas casas de grandes de Castilla pueden aspirar á la gloria de haber producido sin interrupcion tantos varones ilustres como la casa de Villafranca. La sangre de D. Pedro no degeneró en ninguno de sus sucesores; y aun cuando una educacion muelle y mal entendida iba enervando á los descendientes y sucesores de nuestros grandes hombres, la familia de los marqueses de Villafranca sostenia con lauro sus primitivos timbres. En ella para honor de las armas españolas estuvo como vinculado el mando de las galeras de Nápoles, que despues del de Virey, era el puesto mas importante de este reino. Don García de Toledo cuando las campañas de la Liga contra el Turco fué amigo y confidente de D. Juan de Austria, y este Príncipe mantuvo con él íntima corres-

pondencia epistolar. D. Pedro de Toledo, hijo de este y su sucesor, fué de los personajes mas notables del reino y hubiera ascendido á Virey si la muerte no le hubiese cortado los vuelos. Siguió otro D. García, cuyos servicios constan por la historia y mas particularmente por un largo memorial que presentó al Rey, y que el autor de estos apuntes posée manuscrito. Vino á cerrar este número D. Fadrique de Toledo, que á pocos de sus antecesores puede ceder la palma en actividad, talentos y amor á la gloria. Fué D. Fadrique hijo de otro D. Fadrique de Toledo Osorio, general de la armada Real de España, primer marqués de Villanueva de Valdueza, y de Doña Elvira Ponce de Leon. Nació en Madrid á 27 de febrero de 1635. Heredó el marquesado de Villafranca de D. García su tio. En 1663 le hizo merced Felipe IV del puesto de capitan general de la escuadra de galeras de Sicilia, que salió á servir tres años despues, asistiendo al viaje de la Emperatriz Doña Margarita de Austria. El 67 pasó con su escuadra á levante al socorro de Candía, y discurrió por todo el archipiélago. Al año siguiente tuvo órden del Rey para pasar á España; y hallándose en Nápoles llegó el aviso del fatal suceso de la muerte del marqués de Camarasa, Virey de Cerdeña, por lo cual Don Pedro de Aragon que lo era de Nápoles, le ordenó que con sus galeras y las de la escuadra de Nápoles fuese á aquella isla, para asistir á lo que se ofreciese. Pero no llegó á ir á Cerdeña, porque pareciéndole despues al Virey que no convenia arrimarse á aquel reino con las fuerzas que llevaba, despachó algunas falúas en su alcance; y volvió el marqués á Nápoles donde tuvo órden de S. M. para retornar á levante al socorro de Can-

dia y lo ejecutó llevando las dos escuadras á su cargo. En 1670 obtuvo en propiedad el puesto de capitan general de la escuadra de galeras de Nápoles; y entónces fué cuando, enviado el Virey D. Pedro de Aragon á Roma á dar la obediencia al nuevo Papa, quedó reemplazándole en el mando. Teniendo licencia para ir á la corte, pasó á ella en setiembre de 1671 y allí parece dió algunas quejas del gobierno de D. Pedro de Aragon, que no era tan enérgico, ni tan puro como debia. A los pocos dias de estar en Madrid le hizo el Rey merced del puesto de Virey y capitan general de Nueva España con retencion de las galeras de Nápoles; pero habiéndolo reflexionado con madurez, renunció esta gracia y no quiso atravesar el Atlántico. Util fué á la monarquía su permanencia en Europa, porque habiéndose alborotado el reino de Sicilia, y no bastando su Virey el marqués de Bayona á serenar aquella tempestad, fué nombrado para reemplazarle en 1673; y permaneció en aquel dificil puesto por espacio de tres años, conservando á la monarquía aquella rebelde provincia. A su salida de aquel mando le hizo el Rey su teniente general de la mar. Las riquezas y honores que D. Fadrique heredó de sus ascendientes fueron grandes: fué séptimo marqués de Villafranca, cuarto duque de Fernandina, cuarto Príncipe de Montalvan, segundo marqués de Villanueva de Valdueza, conde de Peñaramiro, señor de Cabrera y Ribera, Coto de Balboa, Valle de Losada y Matilla de Arzon, con cuyas recomendables títulos obtuvo por esposa á Doña Manuela de Córdoba y Cardona, hija de los duques de Sesa, de quien tuvo copiosa sucesion.

El P. F. Gerónimo Sosa, de la órden de San Francisco, publicó el año 1676 en Nápoles en casa de Novelo de

Bonis, impresor arzobispal, *Noticias de las grandezas de los marqueses de Villafranca y su parentesco con las mayores familias de Europa en el árbol genealógico de la ascendencia en ocho grados por ambas líneas del Excmo. señor D. Fadrique de Toledo Osorio.*

XXXIX.

D. Antonio Alvarez, marqués de Astorga, vino en seguida á Nápoles tambien desde la embajada de Roma. Halló esta gran ciudad en una suma penuria de granos y numerario, y trastornada por infinidad de crímenes. Los turcos desembarcaron en la provincia de Bari en 1672 y en los años siguientes renovaron sus expediciones. Mas esto aun era poco. ¡La debilidad y la impotencia de un gobierno á cuantos males no da lugar! Despues de varias alteraciones en Sicilia, el Virey conde de Bayona llegó á comprender que era necesario sostener contra los mesineses una guerra formal, que un poco de energía al principio hubiera evitado; y tomando por cuartel general la ciudad de Melazzo, reunió allí todas las fuerzas del reino, contando con la cooperacion del Virey de Nápoles, que por su parte puso en Reggio su plaza de armas, á donde colocó gran parte del batallon del reino, con órden de pasar á Sicilia en cuanto el marqués de Bayona lo juzgase conveniente, y remitió á Melazzo varios socorros; de suerte que conociendo los mesineses que por sí solos no podian resistir á tantas fuerzas, imploraron el auxilio de Francia. En esta corte se dividieron los dictámenes sobre si se debia ó no

tomar parte en semejante guerra: unos lo disuadian recordando las Vísperas sicilianas, y la aversion que los pueblos de la isla tienen á la dominacion francesa; otros inflamaban el ánimo del Rey suponiendo el socorro de Mesina de gran interés para la guerra que entónces existia entre España y Francia; y vacilando entre ambos pareceres determinóse adoptar un término medio.

El gobierno español, informado de la sublevacion de Mesina, creyó que era fuerza emplear juntamente la via de las armas y la de la negociacion para entrar en la obediencia á este pueblo; y decidió manifestar primero mucha indulgencia y prometer una amnistía, con ánimo de si despreciaban los mesineses la clemencia Real, emplear todas las fuerzas marítimas en subyugarlos. Con este objeto se reunieron al rededor de los mares de Sicilia todas las escuadras españolas; mas las promesas y las amenazas fueron infructuosas, enorgullecidos los de Mesina con la esperanza de los auxilios de Francia. Mudóse entónces de Virey, y envióse en lugar del marqués de Bayona al de Villafranca, el cual estuvo á pique de apoderarse de la ciudad; pero lo impidió un socorro dado á tiempo por el almirante francés duque de Vivonne. Este almirante estaba en Tolon, esperando el éxito del socorro; y sabida la facilidad con que habia entrado en Mesina dejó el puerto, y partió para Sicilia, en cuyos mares tuvo un combate con la escuadra española, la cual despues de nueve horas de pelear con bizarría, tuvo por la contrariedad de los vientos que retirarse. Juzgando sus jefes ya inútil su presencia en aquel mar, pues los franceses habian forzado el bloqueo de la plaza, se encaminaron unas galeras á Melazzo y otras á Nápoles. Las pérdidas de esta encarnizada guerra se repararon con

levas de napolitanos, y no bastando se hicieron venir 4,500 alemanes, que todos cayeron enfermos, y ó murieron, ó no sirvieron sino para poblar los hospitales. En Madrid se atribuyó la desgracia ante Mesina á la mala conducta de los generales; y se dió órden de prenderlos, despues de examinada por una junta. El marqués del Viso y el de Bayona fueron presos en Sicilia, comision que desempeñó con disgusto el de Villafranca, y despues de algunos meses conducidos á Nápoles: el de Astorga tuvo encargo de hacer otro tanto con el general La Cueva y el Almirante, que obedecieron reverentes las órdenes del Rey: y el uno fué conducido á la fortaleza de Gaeta y el otro al castillo de Ischia. El Príncipe de Montesarchio fué nombrado gobernador de la escuadra de España; el Virey eligió por gobernador militar de Reggio al general de artillería Juan Bautista Brancacio; y el marpués de Tuffo, que hasta entónces habia tenido este cargo, llevó el mismo á la tierra de la ciudad de Otranto.

La corte de España sin medios para reponer su escuadra, y como siempre, sin dinero, acudió á Nápoles por este esencial recurso. El Virey para lograrlo tuvo que echar mano de los expedientes mas extremos; y vendiéronse las rentas que el Rey posein sobre las gabelas y otros derechos del fisco, que se negociaron á un precio ínfimo, y tambien se enajenó por tres vidas el honroso empleo de secretario de Cuentas del Reino; sin que ni estos ni otros recursos bastasen á aprontar la escuadra. El Virey con todo no desistió; y prosiguió obligando á considerables dispendios el reino. El mariscal francés Vivonne, que estaba sosteniendo la rebelion de Mesina, muy cuidadoso de los preparativos del Virey de Nápoles, despues de haber hecho

tentativas inútiles para apoderarse de alguna de las otras plazas marítimas de Sicilia, marchó á los mares de Nápoles con intencion de quemar en el mismo puerto la escuadra española; y no habiéndolo logrado retrocedió á Mesina. El Virey, marqués de Astorga, se disponia á hacer partir sus naves equipadas cuando sin su noticia el 9 de setiembre de 1675 llegó su sucesor el marqués de los Velez. Atribuyóse este suceso á que la corte de España sospechaba que el marqués y los que trabajaban á sus órdenes se habian enriquecido en esta guerra, por lo cual los socorros á Mesina eran insuficientes y tardíos. Vagas acusaciones de émulos que acogia la corte por no confesar su impotencia para sujetar esta plaza.

XL.

Era el **Marqués de los Velez** poseedor de la pingüe herencia de los Fajardos en Murcia, casa poderosa y antigua. Su madre, camarera mayor de la Reina, ejercia sobre esta señora extraordinario ascendiente. Estaba el marqués de Virey de Cerdeña, donde, aunque jóven, no habia dejado de demostrar talentos. Continuó desde que llegó á su destino enviando socorros para la reduccion de Mesina, y tuvo el lauro de acabar esta empeñada guerra que dejó aniquilada á Nápoles y destruido el tesoro público. La falsificacion de moneda continuaba; y el marqués despues de renovar las órdenes anteriores, pobló las galeras y prisiones de monederos falsos, y aun hizo ahorcar á

algunos; pero el mal estaba tan arraigado que los que lograron escapar de la horca siguieron en galeras falsificando moneda; y hasta los claustros se habian convertido en talleres de esta criminal industria. El Virey no perdonó medio para evitar la confusion que ocasionaba este tráfico infame, pero todos no sirvieron mas que de paliativos; ninguno bastó á curar el mal radicalmente. Hizo sin embargo todo lo que en aquellas tristes circunstancias se podia; por sus órdenes se acuñó una moneda de cobre tan perfecta, que luego sirvió de modelo á la que se hizo de plata por órden del marqués del Carpio, su sucesor; y aun conociendo que en el tiempo que le restaba de vireinato no podria lograr que se acuñase plata, mandó agrandar la casa de moneda.

Tambien á este Virey le dieron mucho que hacer los bandidos; pero fuese libertando de ellos, enviando á muchos á Sicilia, donde de foragidos se consiguió convertirlos en buenos soldados. Mas sensible era que los que están llamados por su dignidad á juzgar los criminales necesitasen tambien de correccion. Los magistrados estaban corrompidos; y unos por avaricia, otros por debilidad, la mayor parte prevaricaban. D. Juan de Austria, cuando fué primer ministro de España, quiso corregir esta maldad, y por informes secretos depuso á ocho magistrados y además algunos oficiales de la secretaría del Virey; pero por quejas de los depuestos que pretendian haber sido condenados sin ser oidos, se suplicó al Rey enviase segun el uso establecido por Felipe II un visitador, peticion que aceptó la corte, y envió comisarios con este cargo á todos los estados de Italia, siendo para Nápoles elegido el regente Danese Casati, cuya comision dió pocos resultados.

Muerto Clemente X, ascendió á la silla pontificia Inocencio XI, y la buena opinion que se tenia de la afabilidad é integridad del nuevo Papa, logró que su mediacion fuese poderosa á obtener la paz entre los Príncipes cristianos, comenzando á entablarse sus preliminares en Nimega para concluirla entre la Francia y el Emperador. Este tratado aceleró la celebracion de otro con España que se concluyó en el mismo punto el 17 de setiembre de 1678. En Nápoles hubo grandes regocijos por esta paz general; pero aun mayores por el matrimonio del Rey de España, que por afianzar la tranquilidad con los vínculos de la sangre, y mejor aun por la influencia que los franceses deseaban ejercer con esta monarquía decadente, casó con María Luisa de Borbon, hija del duque de Orleans, hermano del monarca francés. El marqués de los Balbases que estaba en Flándes, y acababa de ser plenipotenciario en el congreso de Nimega, fué el encargado de concluir este enlace; para lo cual pasó á París, donde fué bien recibido, por el ansia que tenia la Francia de sentar una Princesa de su sangre en el solio de España. Dícese que D. Juan de Austria, que entónces dirigia las riendas de la monarquía, propuso en el Consejo de Estado que, en atencion á que el Rey de España casaba con una Princesa, que no era hija de Rey, debian en cambio exigirse de la Francia ventajas sólidas, obligándola á devolver algunas de las plazas de Flándes, que se la concedieron por el último tratado; y que el consejo rechazó esta proposicion, declarando que el único interés del estado era tener una Princesa jóven, robusta y capaz de sucesion: así el matrimonio se concluyó en Francia por poderes, sin tales condiciones, y se envió desde Madrid al duque de Pastrana á darla la enhorabue-

na, y á hacerla un presente de parte del Rey. En Nápoles con motivo de este enlace se pidió un donativo á los *seggios*, mas no habiendo ejemplo de tal uso, y hallándose el reino muy sobrecargado, encontró dificultades esta proposicion; y se recurrió al expediente de imponer un nuevo *jus prohibendi* sobre los aguardientes. Los festejos se aguaron con la noticia de la muerte de Don Juan de Austria, acaecida en Madrid el 17 de setiembre de 1679.

La conducta de los franceses despues de este tratado fué algo tortuosa, y al ver á su gobierno formar un grande ejército, el reino de Nápoles estaba justamente inquieto, si bien sus miras se dirigian hácia el Milanesado ó Cataluña: así el Virey por órdenes apremiantes que recibió de España tuvo que embarcar para esta última provincia 2,000 hombres al mando del marqués de Torrecusa, y que enviar dos bajeles á Final con municiones de guerra. En estos afanes se ocupaba el marqués de los Velez cuando le llegó su sucesor el 6 de enero de 1683. No dejó en Nápoles como sus antecesores testimonios de su magnificencia en edificios é inscripciones, porque los continuos afanes de la guerra no se lo permitieron; pero sí 28 pragmáticas útiles y justas. Solo tenia 42 años cuando dejó el vireinato para tomar asiento en el Consejo de Estado, de donde pasó á la presidencia de Indias. Estaba casado con una hermana del duque de Medinaceli.

XLI.

Fué sucesor del marqués de los Velez, **D. Gaspar de Haro**, marqués del Carpio, que encontrando el reino extenuado y perdido, lo puso en un estado floreciente. Conoció que los desórdenes no consistian en la falta de buenas leyes, sino en la negligencia en hacerlas practicar; y así procuró que ninguna cayese en desuso. Los hechos, dice Giannone, que deben hacer inmortal á este Virey son principalmente, la supresion de la moneda antigua y acuñacion de una nueva de buena ley, y el exterminio radical de los bandidos; hechos ambos que aseguraron la tranquilidad en el reino, y que el gran marqués del Carpio llevó á cabo, alentado por los obstáculos, por la consideracion de la gloria que le reportaria el vencerlos y por el bien indecible que haria al Estado. Tomadas sus precauciones y asegurados grandes recursos, dió sus reglamentos para fijar la conducta de cuantos habian de intervenir en la acuñacion, así como para evitar por todas partes el engaño y fraude en negocio que requeria tan buena fé; y desde el año 1683 hasta el fin de su vireinato fabricó cuatro especies de monedas de plata. Al trabajar en esta mejora, hízose presente al Virey las pérdidas que se experimentaban con la supresion de la moneda antigua, y que por otra parte con el consumo de la nueva fabricacion aumentaba el precio de los objetos de plata, de suerte que sino se tenia este aumento de valor en cuenta, luego tenia que desaparecer esta nueva moneda, ya fundiéndola de nuevo, ya vendiéndola al extranjero; á todo lo cual puso remedio su prudencia, bajando un diez por ciento los quilates.

Las plazas ó seggios de Nápoles levantaron dificultades sobre este cambio, que creyeron perjudicial; y mientras se discutia esta cuestion cayó enfermo el Virey en 1687, y murió en el mes de noviembre sin haber gozado la satisfaccion de ver el fin á esta gloriosa empresa. Mas si esta no la logró terminada, gozó en cambio la de la extirpacion de los bandidos, en vano pretendida por sus antecesores. Extirpó tambien el abuso arraigado en Nápoles y en las provincias de tener los señores de este género de hombres á su servicio, haciéndose con el auxilio de su audacia unos tiranuelos. Con tales providencias pocos hombres en el mando han debido dejar la ilustre reputacion que el marqués del Carpio.

Giannone, á quien si bien en extracto hemos seguido en estos renglones, no encuentra palabras con que elogiarlo. "Seria necesario, dice, para ennoblecer la naturaleza humana, se hallasen donde quiera ministros como el marqués del Carpio, animados de solo el deseo de la justicia. Sabia ser severo cuando el bien público lo pedia, y dulce, afable y humano cuando podia serlo sin inconveniente; de suerte que reunia en uno los títulos de las virtudes mas recomendables. Formidable contra los hombres violentos é injustos, los buenos y los débiles tenian en él un asilo fácil y alhagüeño; caritativo con los pobres sobre todo lo que se habia visto hasta entónces, y sensible con los desgraciados, velaba él mismo para que no fuesen oprimidos; enemigo declarado igualmente del despilfarro que de la sordida miseria, era en todo sobrio y moderado, sin que al mismo tiempo dejasen de verse en sus actos grandeza y magnificencia. Sabiendo que para tener contento al pueblo es preciso tenerlo alimentado y divertido, se desveló porque Nápoles estuviese siempre

bien provista, así es que no ha habido un Virey mas amado del pueblo. Puede decirse que le adoraba: su presencia causaba un gozo universal, y las gentes corrian las calles por verle, alzando hasta el cielo sus merecidas alabanzas, y dándole los dulces nombres de buen padre, buen amo. La voz pública casi nunca es injusta respecto á sus superiores: á poco que ellos ofrezcan ocasion, les da al contrario elogios exagerados. Este Virey imitó en sus diversiones públicas la magnificencia de los romanos: jamás las tuvo Nápoles mas sorprendentes: todavía nos quedan pruebas que ni el tiempo ni la envidia podrán destruir. Sus sucesores que quisieron imitarle en este punto, no llegaron á alcanzarle. La muerte es ciega en su eleccion, y la mala suerte de este reino no permitió que gozase largamente de prosperidad, ni los pueblos de alegría: y así el marqués del Carpio les fué arrebatado en medio de su gloriosa carrera. Atacado de una fiebre lenta los médicos creyeron al principio que esta indisposicion no tendria funestos resultados; sin embargo, el mal prosiguió, y lo hundió en el sepulcro el 15 de noviembre de 1687. Todas las clases del Estado lloraron amargamente esta pérdida, y particularmente el pueblo no podia consolarse. Dió gran número de buenos reglamentos y leyes; si no dejó otros monumentos, si no enriqueció el reino con otras pruebas de la grandeza de su alma y de la lucidez de su entendimiento, atribúyase á una muerte prematura, sobre la cual deberia murmurarse, si fuera lícito á miserables mortales alzar la voz contra los decretos de la Providencia. Acabemos de pagarle el tributo de sentimiento, que por amor á nuestra patria le debemos, diciendo que su cuerpo fué llevado solemnemente y con todos los honores militares á la iglesia de los Carmelitas en

que se celebraron magníficas exequias. El gran condestable del reino D. Lorenzo Colona, viendo que este estaba sin jefe, vino desde Roma á tomar posesion del gobierno hasta que S. M. dispusiese de él; pero su administracion no fué larga. . . ."

He aquí á la letra lo que dice Giannone de este esclarecido varon. El marqués del Carpio es uno de los grandes hombres que honran á España; mas ¿qué premios ha conseguido de su patria? ¿qué recuerdos á la posteridad?

XLII.

Estaba en Sicilia **D. Francisco de Benavides,** conde de Santisteban, de Virey de aquel estado, á la muerte del marqués del Carpio, y fué trasladado á Nápoles, donde llegó á fines de diciembre de 1687. El principio de su vireinato se señaló por un terremoto que hizo grandes estragos en la ciudad. Prosiguió el excelente sistema que tenia trazado su antecesor, y continuó sus obras. Acuñó dos géneros de moneda, ducados y medios ducados, y dió licencia á los particulares para acuñar su propia plata en la casa Real de moneda, con solo pagar 32 granos de hechura en libra: no hubiera tenido que morderle la crítica si contento con la alteracion que ya habia hecho en el valor de la moneda su antecesor, no hubiese intentado disminuir sus quilates un veinte por ciento; en cuya consecuencia hizo acuñar cuatro especies, el ducado, el medio ducado, el tarin y el carlin, todos con la

misma marca. En esto perjudicó á su reputacion y al comercio del reino; y tanto mas, cuanto habiendo dicho que su designio en la rebaja de los quilates era extinguir por medio del aumento del numerario, que se lograba en los bancos, el tributo de los quince granos puesto sobre la sal con motivo de esta nueva acuñacion, no lo suprimió.

Por este tiempo murió Doña María Luisa de Borbon, esposa de nuestro Rey; y en Nápoles se celebraron los funerales segun costumbre en la iglesia de Santa Clara. Dominico Aulisio hizo la descripcion de la pompa fúnebre que se conserva manuscrita. La esterilidad del régio tálamo hizo que esta muerte fuese menos sentida, esperando que con pasar el Rey á segundas nupcias tal vez se lograse la sucesion apetecida por todos los que preveian las desoladoras guerras y males sin cuento, que ocasionaria un cambio de dinastía: esperanza infundada que se vió salir vana muy luego.

El conde de Santisteban mientras en Cataluña y en Flándes los franceses abusaban de la debilidad de la España, y todos los miembros de esta vasta monarquía estaban agitados é inquietos por la poca salud del Rey y falta de sucesion, conservaba en paz el gobierno de Nápoles, y consiguió se le prorogase otro trienio. Proporcionando esta paz hacer algunas mejoras, despues de haber puesto en órden el sistema monetario, se empleó en la reforma de los tribunales. Varias veces hemos hablado en nuestras notas de lo tarda que era en este reino la administracion de la justicia. Consistia esto, segun Giannone, en la facilidad con que se permitia á los abogados formar recusaciones contra los jueces, y el mucho tiempo que costaba decidirlas. El conde fijó términos perentorios para decidir estos incidentes, y dió nuevos reglamentos para fi-

jar los casos en que un juez era recusable. El año 1690 hubo miedo de peste á causa de las enfermedades contagiosas que se desarrollaron en Conversano, ciudad de la provincia de Bari, y en Civitavechia del Estado Eclesiástico; y tuvo que prohibir toda comunicacion no solo con ambos pueblos sino tambien con los estados romanos, temiendo no se desenvolviese otra peste como la que habia desolado la ciudad y reino en años anteriores, cuya memoria no podia haberse borrado tan pronto. Merced á estas precauciones, ó á tomar el mal menos malicia de lo que se le suponia, no se extendió por el reino, y el Virey desembarazado de este temor pudo velar sobre otros asuntos de buen órden y de prosperidad. Dió pues varios reglamentos sobre los medios de evitar la falsificacion de los billetes de banco, para mantener la abundancia de granos en la capital, y para arreglar la introduccion de paños y telas extranjeras. No pudo concluir el segundo término de su trienio, porque el duque de Medinaceli que estaba de embajador en Roma cerca del pontífice Inocencio XII instaba á la corte de España para que se le enviase de esta embajada dispendiosa al vireinato de Nápoles, y su pretension fué oida. Entró en la capital de aquel reino en 1695.

XLIII.

Don Luis Francisco de la Cerda, duque de Medinaceli, era un caballero bien intencionado, deseoso de hacer el bien; pero sin valor para hacerlo, cuan-

do el conseguirlo pedia cortar algunos abusos. Habia sido primer ministro de España; y en el tiempo que estuvo al frente de los negocios de la monarquía, á pesar de que el Rey jóven y débil le dejó completa libertad para obrar, no se vió fruto alguno de sus cuidados para el bien del Estado. Al principio pareció que se gobernaba por el dictámen de D. Vicente Gonzaga; mas este le habló de que para restablecer la monarquía era menester una reforma radical en todos los ramos de la administracion; y esta idea de la entereza de Gonzaga asustó la natural debilidad del duque. Tal era el último Virey que tuvo Nápoles durante el mando de la dinastía austriaca. La monarquía española se hallaba en el estado mas lamentable: sus provincias arruinadas, el gobierno desquiciado, el Rey enfermo y sin sucesion, y los reinos extranjeros con una inmoral desvergüenza tratando de descuartizar la presa y de partir sus despojos, como si los pueblos fuesen viles ganados. Sin embargo de esta situacion el duque de Medinaceli, que se propuso por modelo al marqués del Carpio sin poseer sus talentos gubernativos, procuraba tener á los pueblos contentos y entretenidos, alejando cuanto era posible de su imaginacion la idea de las consecuencias fatales del fallecimiento del Rey. A cada noticia favorable que llegaba de su salud, daba magníficas fiestas y celebraba en el palacio Real asambleas, en que los mas hábiles literatos recitaban elegantes composiciones en diferentes lenguas, en verso y en prosa, sobre el restablecimiento de tan preciosa salud, que en seguida se imprimian. En 1697 hizo grabar una moneda que él llamó escudo frisado, en que haciendo alusion á haber salido el Rey de uno de estos ataques, que comprometian su existencia, puso por un lado las armas Reales sostenidas por

una águila coronada, y por otro el busto de este Príncipe, que tenia por base una palma, abrazando con las ramas su cabeza, y debajo este lema: *Reviviscit*. Pero á pesar de los buenos deseos del Virey llegó un caso en que enfermó para no revivir. En medio de las grandiosas fiestas con que el duque de Medinaceli regocijaba al pueblo en estas alternativas favorables de la salud del Rey, despues de tres noches consecutivas de iluminaciones y fuegos por las calles de Nápoles, el 1.° de noviembre de 1700 recibió la funesta nueva de su muerte, y del advenimiento al trono de Felipe de Anjou, que no logró sentarse en él, sino despues de largas, sangrientas y azarosas guerras. La Iglesia estaba tambien sin cabeza, y este suceso aceleró su eleccion, que recayó en Antonio Albani, natural de Urbino, quien tomó el nombre de Clemente XI.

El duque de Medinaceli fué á un tiempo espectador y actor de todas las grandes resoluciones que subsiguieron á la muerte de Cárlos II, y las deplorables vicisitudes de ellas le condujeron á un triste y lamentable fin, sin ser por cierto merecedor de él. Era bueno, aunque débil para el mando, careciendo de la energía, de que por desgracia carecia tambien el pais degradado en que habia nacido. Hizo cuanto pudo por el reino de Nápoles en tiempos bien calamitosos. Completando la obra del marqués del Carpio, trató de poner coto al contrabando y fraudes que se cometian en la introduccion de mercancías y en las aduanas en perjuicio del Real tesoro; y queriendo imitar al mismo marqués en la magnificencia de los espectáculos públicos, durante su vireinato fueron suntuosísimos. Agrandó el teatro de San Bartolomé que en las representaciones musicales excedió á todos los de Italia; comenzó y acabó la magnífica calle, adornada con árboles y fuen-

tes á orillas del mar, que se extiende todo lo largo del barrio de Chiaja, y su casa tenia toda la ostentacion de la de un Rey. Bajo su proteccion florecieron la literatura y las bellas artes.

Vuelto á España, fué nombrado ministro en los primeros años del reinado de Felipe V. De repente fué hecho preso y llevado al alcázar de Segovia, entregándole á un tribunal especial encargado de formarle proceso. El crímen de que fué acusado es un enigma, aunque se esparció maliciosamente la voz de que descubrió á los enemigos la negociacion secreta con los holandeses, y les comunicó las protestas que Luis XIV habia hecho de no abandonar á su nieto. Durante la campaña de 1709 fué trasladado á Pamplona, donde murió al año siguiente, echando su muerte un velo impenetrable sobre la causa de su prision, aunque, segun la Historia de los Borbones de España, por William Coxe, no cometió otro delito que su amor á la independencia de su pais, y su constante oposicion á los proyectos ambiciosos de la Francia. Este fué el fin de un personaje que Luis XIV, en sus combinaciones para quitar á la casa de Austria la corona de España, supuso que podia ser uno de los pretendientes á ella. Fué del Consejo de Estado y Presidente de Indias, y aunque casado con Doña María de las Nieves Giron y Sandoval, hija de D. Gaspar Giron y Sandoval, quinto duque de Osuna, no dejó sucesion. Le heredó D. Nicolás Fernandez de Córdoba Figueroa y La Cerda, nono marqués de Priego, como hijo de su hermana mayor.

En el Catálogo, que el librero Salvá imprimió en Londres en 1826 de los libros de su pertenencia, hay al número 1429 el siguiente: MISCELÁNEA DE PAPELES MANUSCRITOS: el último papel del tomo es *Junta de vivos y muer-*

tos en el panteon del Escorial, ó recíprocas quejas y cargos en presencia de D. Felipe IV entre D. Juan de Austria y el duque de Medinaceli, ministro de Cárlos II en 1684. Parece que esta MISCELÁNEA perteneció á la librería del marqués de Astorga.

Aquí concluye la série de los Vireyes de Nápoles, para cuyo destino buscaron siempre los Reyes austriacos, como se ha visto, los personajes de nobleza mas alta y calificada. Glorioso es para la nacion española que entre tantos no se encuentre uno que mereciera el aborrecimiento de los gobernados y los anatemas de la posteridad por su conducta: mas ó menos aptos para el gobierno, todos descubrieron nobleza de sentimientos y sanas intenciones, y muchos además manifestaron virtudes y talentos que honrarian á los mejores Reyes. ¿Cómo sin embargo el reino de Nápoles no prosperó mas entre sus manos? Por las notas que van esparcidas en el contexto de la obra, podrá formarse alguna idea de las causas que contrariaron los esfuerzos y buenos deseos de estos señores. El feudalismo tenia echadas en Nápoles hondas raices que no bastaba á arrancar el gobierno temporal de los Vireyes, y á su sombra se sostuvieron siempre los bandidos, haciendo ineficaces las medidas de la autoridad, que por otra parte no siempre fueron acertadas. Tanto como la parte legislativa de los españoles fué sabia y prudente, fué desacertada su administracion. La metrópoli no supo evitar guerras que extenuaban las fuerzas de las provincias; y consumidos infructuosamente sus mas preciosos recursos, no pudo te-

mar desarrollo la riqueza interior, ni quedaron medios para resistir á las calamidades que el cielo envió de pestes y escaseces. Los descalabros de la corte de Madrid, cabeza de la vasta monarquía de España, hubieron de sentirse en todos los miembros de ella: los napolitanos tardaron en experimentarlos; pero cuando los dos Felipes III y IV, Príncipes no mal intencionados, se entregaron en manos de favoritos con mengua de sus pueblos, cuyas lágrimas y quejas no llegaban hasta sus Reales oidos, no solo sintieron en toda su fuerza sus consecuencias, sino que cada dia hubo una nueva causa que las ayravase, sin que en esto tuviesen culpa los Vireyes, de quienes pocas quejas pudo formar el reino. Estos al contrario evitaron los males é hicieron los bienes que estuvieron en su mano. En el miserable reinado de Cárlos II, cuando la península española estaba sumida en la degradacion mas profunda, confiesa Giannone que la jurisprudencia y las demás ciencias hicieron en Nápoles progresos sorprendentes.

Sin extendernos mas en reflexiones pasemos á ver, trascribiendo á nuestro autor, las ceremonias qne se hacian para la recepcion de los Vireyes; etiqueta curiosa, porque prueba lo grave y ceremonioso del carácter de nuestros mayores, al mismo tiempo que la autoridad y respeto con que trataban de rodear tan elevada dignidad, la mayor que se conocia despues de la del monarca.

VENIDA DE VIREY.

Escríbese á los electos que hagan el síndico y el puente y los diputados, que son diez y seis, ocho nobles y ocho del pueblo. En llegando á Gaeta hace alto allí; y la ciudad de Nápoles le despacha seis embajadores, cinco de los segios, y uno por el pueblo, á dar la obediencia y parabien de su venida; á los cuales recibe en su cámara en pié, con mucha cortesía, dejándoles decir algunas palabras de su embajada, haciéndoles señal con la mano que se cubran, no permitiendo acaben su razonamiento descubiertos: respondiéndoles con mucha cortesía, agradeciéndoles con amorosas palabras su embajada, tratándoles S. E. de tercera persona. Y si viniere con Vireina, el Virey los ha de ir apadrinando á su cuarto, y la Vireina les hará las mismas ceremonias. Tienen de ir tambien en esta ocasion dos porteros de cámara.

Es costumbre que el Virey que preside, envía una persona grave con una carta dándole el parabien de su llegada, pidiéndole aviso á donde se sir-

ve hacer alto en Puzzol, Procita, ó Isquia, para que con mayor facilidad puedan venir todas las embajadas y visitas acostumbradas. A lo cual responde lo que mejor le parece. Tambien como queda dicho se envian dos porteros de cámara y el ujier, para que le digan las personas y los nombres de los que les fueren á visitar.

En sabiendo donde viene, se envía una compañía de infantería española y la mitad de la guardia tudesca con su teniente, y algun presente de fresco. Se tiene de haber dado órden al aposentador mayor para que vaya á hacer el hospedaje. El segundo dia de su llegada, el Virey que preside, es costumbre irle á visitar, llevando por acompañamiento el Baronese y Colateral. Advirtiendo que si fuere á Puzzol se va en carrozas, y se apean en el palacio que hubiere tomado el nuevo Virey, el cual tiene de bajar á recibirle hasta el patio y puerta principal de palacio, ofreciéndole la mano derecha, y al entrar de las puertas hacer siempre las ceremonias sólitas. Pero se advierte que por estar en su casa da la mano derecha el nuevo Virey al viejo. Advirtiendo que el nuevo Virey preside siempre; y en entrando el Virey viejo tiene de apadrinar á todos los que han ido acompañándole, y cuando llegan á besar las manos á S. E. irá diciendo título, cargo, nombre y dignidad de cada uno, á los cuales recibirá en pié ha-

ciéndoles mucha cortesía. Y habiendo hecho acatamiento, y teniendo licencia de S. E. para partirse, habiendo Vireina, los tiene de apadrinar para juntamente con el Virey vayan á hacer el mismo oficio con S. E., como se ha hecho en la visita de Gaeta. Y habiéndoles despedido, quedarán los dos Vireyes con la Vireina asentados, tratando lo que se ofreciere. Acabada la conversacion, saldrá S. E. acompañando al Virey hasta donde salió á recibirle, con las mismas ceremonias y cortesías. Solo se tiene de advertir que al despedirse se tiene de partir primero la carroza.

El siguiente dia tiene de volver la visita (el nuevo) viniendo con sus galeras y apeándose á la puerta del ataracenal—S. E. acompañado del Baronese, Colateral, Tribunales y Continos, teniendo el caballerizo silletas de respeto por si acaso se ofreciese haber algun impedimento, se abajará á recibirle. Advirtiendo que tomando silleta, se tiene de mandar se vaya todo el acompañamiento, atento no tienen puesto; pero saliendo á pié tiene de ir cada uno en su lugar. Se tiene de tener dada órden á los castillos, que en llegando las galeras, hagan salva Castelnuevo, el Torreon y Cortinas de la marina, con toda la artillería; y lo mismo ha de hacer Castillo del Ovo. Solo Santelmo no dispara. Háse de advertir con grandísimo cuidado que se mida el

tiempo de manera que ninguno de los Vireyes haya de esperar el uno al otro. Vendrán á palacio, tratando de lo que se ofrece tocante al gobierno, y luego se despiden de la Vireina, yéndose á embarcar el que ha venido, para lo que se tendrán prevenidas sillas al parque, salido todo lo que es palacio, hasta donde saldrá á acompañarle conforme le recibió. Y puesto en su silla se irá á embarcar, porque no se acostumbra acompañar mas adelante. Y si acaso el que presidiere fuese cardenal, le recibirá con las mismas ceremonias; pero tiene de haber siempre el mejor lugar por ser cardenal.

El cuarto dia van todos los tribunales, los electos en forma de ciudad, nuncio de Su Santidad, internuncio de Polonia, y Presidente de Viena á dar la embajada y obediencia, recibiéndole por su Virey; á los cuales recibirá en esta forma. Hallaráse debajo de su dosel asentado, y entrando el Colateral, que es el primero que entra, los manda sentar y cubrir llamando Su Señoría á los que tuvieren título, y á los otros de merced: y despues habiendo acabado, hecho su acatamiento y tomada licencia, se salen, mandando que entre el Consejo de Santa Clara. En entrando se halla S. E. en pié, debajo el dosel con la mano á la silla. El Presidente dirá los nombres de cada uno de los consejeros; y S. E. le mandará luego cubrir y á los demás consejeros les hará la cortesía que mas fuese servido. Advirtien-

do que siendo el Presidente título, le tiene S. E. que llamar señoría, y á los demás por honrarles les tiene de tratar de tercera persona; y habiendo acabado á cada uno su cortesía, mandará cubrir á todo el consejo. Y despedidos, entrará en la propia forma la Cámara; y si el lugarteniente fuese título le tratará de señoría. Entrará luego la Vicaría con el regente delante: darle há el tratamiento de merced por su oficio; pero siendo título de señoría, y á los demás de los jueces como queda referido. Advirtiendo que si entraren con el tribunal capitanes de justicia, ó procurador de los pobres, no se tienen de cubrir, sino solo el tribunal, como queda dicho.

Estando el Virey en Posilipo, se acostumbra dar á los electos y embajadores galera para que vayan. Entran los electos en forma de ciudad; recíbelos en pié; dejándoles decir algunas palabras descubiertos, los mandará cubrir tratándoles de la misma manera en tercera persona. Seguirá el nuncio de Su Santidad, estando S. E. sentado en silla debajo del dosel; y como haya entrado en la cámara, se levantará y caminará dos pasos á recibirle, mandando al portero le dé silla, el cual se la tiene de dar fuera del dosel: llamarle há de señoría reverendísima la primera vez, tantum por respeto de la dignidad del cargo, y despues siempre de señoría; y acabada la

visita le acompañará de la misma manera dos pasos. Entra luego el internuncio del Rey de Polonia, al cual recibirá de la misma manera, levantándose solo de la silla, y en caso de que fuese obispo ó título le llamará de señoría y sino solo de merced; y al despedirse no se mueve S. E. de la silla, aunque de un tiempo acá le llama señoría. Al Presidente de la República de Venecia, el conde de Benavente lo recibió en pié, y no le mandó de dar silla; y dejándole decir algunas palabras descubierto le mandará cubrir, y esto por ser ciudadano y no de los nobles, tratándole en tercera persona. Y habiendo Vireina mandará S. E. á los porteros de cámara que vaya á visitarla, la cual tiene de recibirle con las mismas ceremonias y cortesías del Virey. Lemos, Osuna, Cardenal Borja, Zapata, Alba, Alcalá y Monterey, le trataron de señoría y le dieron silla, haciendo con él lo que con el internuncio de Polonia.

En caso que se ofreciese que el Virey presente fuese á visitar al que viene por mar, el que viene tiene de salirle á recibir á la orilla de la mar, y al despedirse le tiene de acompañar hasta fuera del patio de palacio, á donde tiene de estar prevenida silla para que abaje S. E. y no mas adelante.

Háse de advertir que el decano del Colateral va al lado del síndico cuando va por el nuevo Virey.

Durante la vacante gobierna el Colateral, habiéndose partido el Virey; pero las órdenes no las dan por escrito.

Cuando entra el Virey disparan los castillos de la misma manera que se ha dicho. Allegan al muelle, donde está prevenida la puente, compañía de S. E. y todo el acompañamiento. Antes que S. E. salga de la galera se suele saquear la puente, que los paños della tocan al capitan de la guardia. Habrá venido el caballerizo á caballo con caballo para S. E., con la carroza y sillas para la Vireina, el cual vendrá en esta órden. Saldrá dicho caballerizo del parque á caballo con toda su guardia alemana con su caja y pífano, trayendo en medio caballerizo, caballo y carroza, con todos los lacayos descubiertos delante del caballo, al cual tiene de traer del diestro un lacayo, cubierto con sus tarles, porque este, silla cubierta ni tiro de seis no lo puede llevar otro que los Vireyes. Traerán asimismo dos esclavos detrás del caballo, un gradin cubierto de tela para que S. E. se ponga á caballo; este toca darle á la ciudad. En desembarcando al puentecillo pequeño de la popa, allegan los diputados; y despues de los diputados á la mitad de la puente llegan los electos y el síndico á Virey y Vireina; los cuales los recibirán haciéndoles muchos agasajos, y mandándoles cubrir. Si el Virey viniere con Vireina

se tiene de poner el síndico entre el Virey y capitan de la guardia á un ladito, porque si se le pusiese al lado seria forzoso que la Vireina hubiese de tener el peor lugar del que le toca, pero no viniendo con la Vireina, al síndico se le tiene de poner á la mano siniestra. Pónese la Vireina en carroza y el Virey á caballo, sentándose la Vireina en la silla izquierda, á causa de que pueda ir el Virey á su lado siniestro para que pueda llevar al síndico en el lugar que le toca. Tiene de hallarse la muger del síndico para recibir á la Vireina, la cual tiene de ponerla consigo en carroza. Pero en caso de que hubiese venido acompañada (la muger del síndico) con alguna otra señora, no tiene de entrar en la carroza con S. E. sino solo ella, como sucedió en tiempo del duque de Osuna que habiendo venido la marquesa de Caravallo acompañando á la muger del síndico no entró en la carroza sino solo la muger del síndico.

La Vireina convida á otras señoras de las mas principales para que vengan con ella en carroza, como lo tuvo prevenido el duque de Medina de las Torres para la entrada que habia de hacer, las cuales eran la Princesa de Cariati, moza, la duquesa de Atri, moza, que habian de venirse con ella, y para esto habian de venir á Posilipo para embarcarse en la galera que tenian prevenidos los capotes y sombreros. En llegando á palacio se ballaron

algunas señoras españolas que para este efecto habian sido convidadas para el recibimiento, las cuales tienen de abajar hasta abajo á recibir á la señora Vireina, y las demás señoras se quedan aguardando en los corredores, puestas en ala, el nombre de las cuales tienen de ir diciendo á la Vireina; y como están allí para ir sirviendo á S. E., y luego todas juntas se entrarán con ella. Pasarán adelante el Baronese, Colateral y Tribunales, para que no impidan á las damas, que van acompañando á la Vireina.

Va S. E. á su cuarto, y la Vireina al suyo, con todas las damas que la van acompañando.

Mandará S. E. despedir al síndico y electos, los cuales ellos solos tienen de entrar con S. E., y no al Baronese; y luego llamará al Colateral, para tratar de la ida del arzobispo al dia siguiente; mandando avisar al cardenal para que dé la hora á que tiene de ir.

Suele haber esta noche ó la siguiente sarao, segun la voluntad de S. E.

Cuando S. E. va á dar su juramento al arzobispado para tomar la posesion de Virey, tiene obligacion el síndico de convidar para el acompañamiento.—Tienen de venir para acompañar á S. E. á este acto el síndico, electos y siete oficios y demás señores: allegan á palacio y sale S. E. con

este acompañamiento con todos los Tribunales y Colateral y va por la calle de Toledo: por las bocas de las calles que salen á ella están las compañías, y cuando pasa S. E. baten las banderas: dáse órden que no disparen hasta haber pasado S. E.; y de allí habiendo acabado de pasar todo el acompañamiento abajan dichas compañías al largo del castillo, adonde se forma escuadron; sube S. E. por el Jesús y por el seso (seggio) de Nido, se sube á San Lorenzo. De allí va al arzobispado, en el cual en apeándose, le viene el cardenal arzobispo á recibir con el capítulo en frente del altar de Santa Restituta. Van á adorar el Santísimo Sacramento, dándole el Virey la mano derecha. En esta ocasion tiene de ir el síndico adelante de S. E. un paso, á causa que yéndose como se viene vendria el cardenal á tener el peor lugar, debiéndosele el mejor. En rezando suben al altar mayor, en donde se ha de tener prevenido el lugar de la capilla y un banco para los electos, el cual se pone en frente del altar: en el derecho de el otro lado de adonde está el cardenal, se tendrá prevenida la música. Asiste allí el capellan mayor con sus asistentes; vístese el cardenal de pontifical, y en estándolo, se pone el secretario del reino al lado de S. E. descubierto, y lée en voz alta la patente de S. M. En comenzando á leer *Philippus Dei gratiâ rex, etc.* se tiene de levantar S. E. y todos

los demás, quitándose los sombreros, haciendo acatamiento, como si estuviera presente la persona Real; y despues en acabando de leer cuando se llega á la firma *Yo el Rey*, se hace el mismo acatamiento. Esta carta ó privilegio tiene de traer el secretario del reino.

Vienen luego los seis electos, arrodillándose todos al rededor de S. E. y su sitial; el uno de ellos trae un misal abierto en las manos, dando el juramento acostumbrado á darse á todos los Vireyes: este misal tiene de tener aparejado el secretario de la ciudad, y se le tiene de dar á los electos: pone S. E. ambas las manos sobre él, jurando observar lo que se acostumbre. Hecho esto se levantan haciendo acatamiento y se sientan en su puesto. El capellan mayor no entona el *Te Deum laudamus* por no poder dejar á S. E.: como se entona responden los músicos: al cantar el *Te Deum* se arrodilla S. E.—En acabando se desnuda el cardenal, y sale acompañando á S. E. hasta cerca de la puerta de la iglesia, haciendo muchas ceremonias para que se quede.

Sube S. E. á caballo; y con todo el acompañamiento se vuelve por las calles acostumbradas hasta el largo del castillo, el cual, en descubriendo á S. E., comienza á disparar; y lo mismo hacen todos los demás castillos y galeras, y el escuadron; y

se va por la Guardeola de D. Francisco á palacio por dar lugar á que vaya una compañía á palacio para cuando llegue S. E.—Y si el Virey se metiere en silla (que es muy grave inconveniente) el síndico ha de tener otra, y si en carroza, mete al síndico al lugar del cochero, quiero decir á la frente de la popa, y á otros tres ó cuatro señores á los estribos, algunos de los siete oficios, á los que S. E. mandare al maestro de ceremonias para que los llame; y despediráse todo el acompañamiento.

El síndico en el arzobispado y en todos los actos tiene el mejor lugar; y dura el sindicato lo que dura el negocio para que le hacen, habiéndole ántes los electos dado la posesion en San Lorenzo, sentándose en la silla del Grassero.

En ningun acto en que vaya el Colateral, el caballerizo de S. E. tiene de ir sino á pié, como va este (el Colateral) aunque va S. E. á caballo.

Vuelto á palacio S. E., y en estando en su cuarto en el aposento de la audiencia secreta se para á la puerta, y los despide, volviendo el rostro á ellos con mucha cortesía; advirtiendo que el síndico tiene de entrar hasta el aposento de S. E. y allí le despide. El maestro de ceremonias dirá aquella noche á los ministros: "Vuestras señorías se hallen mañana á tal hora en palacio que así lo manda S. E.: y lo mismo dirá á los electos de la ciudad, los cua-

les entran primero con el Grasero á S. E., el cual estará en la pieza de la audiencia secreta con el secretario del reino. La Ciudad entra por la puerta secreta; y S. E. da la carta que viene á la Ciudad, al secretario del reino, el cual se la lée despues de haberla besado. En acabando de leerla, hace S. E. un razonamiento, y se ván.

Llámase al Colateral, el cual viene, se hace lo mismo y se queda allí: luego el Consejo y se hace lo mismo: vánse los ministros y queda el Presidente, que es del Colateral.—Esto mismo hace la Cámara; la Vicaría luego hace otro tanto. Salen los ministros y S. E. se vá á su cuarto con acompañamiento del Colateral, y en dejándole allí, los despide el Virey.

Advierto que cuando el duque de Alba D. Antonio Alvarez de Toledo hizo su entrada, siguió al arzobispado derecho á dar el sólito juramento, haciendo los demás requisitos acostumbrados, como todo se hizo; y despues se vino á palacio.—Esta accion fué muy bien recibida; pero era viudo y no le corrian obligaciones de acompañamiento á Vireina.

El dia siguiente tiene de ir S. E. á visitar al cardenal, habiendo de inviar primero á dar aviso como quiere hacer esta visita, para que Su Emin.ª dé la hora para estar prevenido; que será en carroza, llevando algunos señores en ella, camaradas de S. E.—

Tendráse avisado á todos los continos y guarda alemana.—Daráse aviso á los criados del cardenal, como va S. E. á esta visita, para que estén advertidos. Su Emin.ª le tiene de salir á tres escalones que caen á un descanso, y allí se hacen las ceremonias y cortesías de la mano derecha, y lo mismo al entrar de todas las puertas. Pero S. E. tiene de estar advertido que de ninguna manera la tiene de tomar, porque le toca de *jure* al cardenal como Príncipe de la iglesia.—Advierto tambien que en el caso que el Virey fuese cardenal, aunque sea menos antiguo, le toca como tal siempre la mano derecha no siendo en palacio; y en esto tiene de estar muy advertido el maestro de ceremonias, por convenir así á la Real jurisdiccion. Acabada la visita acompaña el cardenal hasta la carroza; y no se tiene de subir Su Emin.ª, hasta tanto que S. E. entre dentro de ella y se parta de manera que ambos partan á un mismo tiempo.

Advierto que cuando viene nuevamente Virey, y da fondo en Prócita, se tiene de hacer un puente abajo al desembarcadero, para desembarcar S. E.; y cuando el Virey que preside le vá á visitar en galeras, en descubriéndolas tiene de hacer salva la tierra y castillo de Prócita, y luego tienen de responder las galeras: y el nuevo Virey tiene de abajar S. E. á recibirle hasta el mismo puente, adonde

desembarcándose se reciben con las acostumbradas ceremonias; y poniéndose los dos en sillas, llevando la mano derecha el nuevo Virey, se suben á palacio arriba á la tierra; tomando asimismo sillas, Titulados y Colateral, y en llegando á palacio, y apeándose vuelto otra vez á hacer salva la tierra, saliendo la nueva Vireina á recibir á S. E. (el Virey antiguo) hasta la puerta de su aposento, haciéndose en todo las acostumbradas cortesías, volviendo la nueva Vireina (despues de la visita) acompañando á S. E. hasta la puerta donde le recibió, y el nuevo Virey le acompaña hasta toda la parte del patio de palacio, adonde tiene de estar la silla. Allí se despiden; y se viene á embarcar S. E. en la parte donde desembarcó, haciéndose las mismas salvas que al recibimiento. Así se hizo en el ingreso del conde de Lemos Don Pedro con el de Benavente.

Convídase á las damas para el dia en que se hubiesen de partir SS. EE. los nuevos Vireyes, advirtiendo que cuando vuelve la visita, el Virey viejo le ha de salir á recibir al principio de la escalera cuando viene por tierra, como se acostumbra con los cardenales, acompañándole al irse hasta la carroza y á un mismo tiempo despues de haberse hecho las ceremonias sobre quien tiene de partir primero, partirán todos juntos como sucedió

con los señores duque de Alcalá y conde de Monterey, que pasó en Chiaya en la casa del marqués de la Idola: se tiene de medir el tiempo para que un Virey no aguarde al otro.

Al Virey que se vá nunca se le envía guarda alemana: Baronese y Tribunales se despiden del Virey al irse en la misma forma que cuando entra á serlo: con el mismo acompañamiento se vá y disparan los castillos.

FIN DEL TOMO VEINTE Y TRES.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

VIREYES DE NAPOLES.

Páginas.

Afan de Ribera (D. Fernando), duque de Alcalá. 438

Afan de Ribera (D. Pedro) duque de Alcalá. 164

Alvarez (D. Antonio), marqués de Astorga. . . 536

Alvarez de Toledo (D. Antonio), duque de Alba.. 417

Alvarez de Toledo (D. Fernando), duque de Alva,. 148

Aragon (D. Juan de), conde de Ribagorza. . . 42

Aragon (D. Pedro Antonio de). 530

Austria (D. Juan de). 526

Páginas.

Avellaneda y Haro (D. García de), conde del Castrillo. 528

Benavides (D. Francisco de), conde de Santisteban. 546

Borja (Gaspar de), cardenal. 398

Cardona (D. Raimondo), conde de Albento. . . 50

Castro (D. Francisco de). 285

Cerda (D. Luis Francisco de la), duque de Medinaceli. 548

Chalons (Filiberto). 86

Colona (el cardenal Pompeyo). 93

Cueva (D. Bartolomé de la), cardenal 163

Enriquez (D. Juan Alfonso), almirante de Castilla. 523

Fernandez de Castro (D. Pedro), conde de Lemos.. 300

Fernandez de Córdoba (Gonzalo), duque de Terranova. 27

Galons—V. Chalons.

Páginas.

Giron (D. Pedro), duque de Osuna 336

Guzman (D. Enrique de), conde de Olivares. 267

Haro (D. Gaspar de), marqués del Carpio . . . 543

Lanoya (Cárlos). 65

Lopez Hurtado de Mendoza (D. Iñigo), marqués de Mondejar. 239

Medina de las Torres (duque de). 521

Moncada (D. Hugo de). 77

Noya (Cárlos de la)—V. Lanoya (Cárlos).

Pacheco (D. Pedro), cardenal seguntino. . . 140

Pascual (D.), cardenal de Aragon 530

Peñaranda (conde de). 529

Perinot (Antonio), cardenal de Granvela. . . 227

Pimentel de Herrera (D. Juan Alonso), conde de Benavente. 289

Ponce de Leon (D. Rodrigo), duque de Arcos. 524

Ruiz de Castro (D. Fernando), conde de Lemos.. 280

Páginas.

Tellez Giron (D. Pedro), duque de Osuna. . 250

Toledo (D. Pedro de), marqués de Villafranca. 106

Toledo Osorio (D. Fadrique de), marqués de Villafranca. 533

Velez (marqués de los). 539

Velez de Guevara (D. Iñigo), conde de Oñate. 526

Zapata (D. Antonio), cardenal. 408

Zúñiga (D. Juan de), conde de Miranda. . . . 261

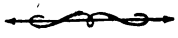
Zúñiga y Fonseca (D. Emanuel de), conde de Monterey y Fuentes. 451

Zúñiga (D. Juan de), Príncipe de Pietra Persia. 245

Fernandez de Navarrete (D. Eustaquio)— V. Raneo (José).

Páginas.

Raneo (José)—Libro donde se trata de los Vireyes Lugartenientes del reino de Nápoles y de las cosas tocantes á su grandeza, compilado por . . . . . año MDCXXXIV, é ilustrado con notas por D. Eustaquio Fernandez de Navarrete. . . . 27

Suarez de Figueroa (Cristóbal)—Descripcion del reino de Nápoles en el siglo XV bajo la dominacion de los españoles, sacada del *Pasajero* de . . . . edicion de Madrid, por Luis Sanchez, año 1617. 17

Venida de Virey. 554